

Franco Forte

CARTAGO

Aníbal contra Escipión el Africano

RESEÑA

La batalla de Zama (202 a. C.) ha quedado grabada a sangre y fuego en historia de Occidente como uno de los mayores enfrentamientos estratégicos de todos los tiempos, así como una de las más trascendentales en el ámbito político.

Por un lado, el general cartaginés Aníbal Barca dispuso una fuerza de infantería de 37.000 hombres, entre los que se contaban sus 12.000 veteranos de Italia, en tres líneas, con la caballería a los flancos y 80 elefantes al frente.

Por su parte, Publio Cornelio Escipión, que llegaría a ser conocido como el Africano Mayor, contaba con un número similar de hombres, pero confiaba en la experiencia y la espléndida preparación de sus legionarios, y sobre todo de la legendaria caballería nómada.

Un poco a la manera de Simon Scarrow, Franco Forte recrea las trayectorias paralelas de estos dos enemigos íntimos, que se estudiaron y analizaron mutuamente durante más de quince años, antes de enfrentarse cara a cara en una batalla que selló el destino de Cartago y Roma. El ritmo progresivo del relato convierte el desenlace en el momento apoteósico que realmente fue esta batalla.

Título original: Carthago. II Annibale contro Scipione l'Africani

Diseño de la sobrecubierta: Enrique Iborra

Primera edición: octubre de 2011

© Arnoldo Mondadori Editore S.p.A, Milano, 2009

© de la traducción: Juan Carlos Gentile, 2011

© de la presente edición: Edhasa

ISBN: 978-84-350-6217-6

Depósito legal: M-29.715-2011



A Antonella mi musa inspiradora personal: sensual, inteligente y siempre dispuesta a soportarme cuando me encierro en mi caverna de Oso Solitario.

¿Qué haría sin ti?

PRINCIPALES PERSONAJES

HANNÓN BARCA sobrino de Aníbal.

ANÍBAL BARCA comandante cartaginés.

AMIDAL comandante del Escuadrón Sagrado.

AMÍLCAR BARCA padre de Aníbal.

ASDRÚBAL BARCA hermano de Aníbal.

CAYO ATILIO SERRANO comandante de las legiones romanas.

CNEO CORNELIO ESCIPIÓN tío de Escipión el Africano.

EMILIA esposa de Escipión el Africano.

HIMILCE esposa de Aníbal.

LUCIO CORNELIO ESCIPIÓN hermano de Escipión el Africano.

Lucio EMILIO PAULO cónsul y padre de Emilia.

MAGÓN BARCA hermano de Aníbal.

POMPONIA madre de Escipión el Africano.

PUBLIO CORNELIO ESCIPIÓN pater, cónsul romano y padre de Escipión el Africano.

ESCIPIÓN EL AFRICANO cónsul y caudillo romano, hijo de Publio Cornelio Escipión.

VERSILIO esclavo de Escipión el Africano.

ANTECEDENTES

236 a.C.

Cartela (Iberia inferior)

—Ven, muchacho. Coge la espada y adelántate.

El hombre que dijo esto era gigantesco. A pesar del viento gélido que azotaba el promontorio asomado al Mediterráneo, a pocos kilómetros de la costa Africana, el guerrero cartaginés tenía el torso desnudo. Sólo llevaba unas sandalias de cuero y una corta faldilla de piel, ajustada al talle por un cinturón del que colgaban una funda con el cuchillo y algunas pequeñas escarcelas hechas con tripas de jabalí. Alrededor de los bíceps esculpidos llevaba cintas de cuero tan apretadas que parecían hundirse en la carne, y ambas muñecas estaban ceñidas por tiras de piel con tachuelas de cobre.

—No me lo hagas repetir, muchacho —refunfuñó el gigante rechinando los dientes—. ¡Ven aquí!

Se estaba dirigiendo a un niño que miraba a su alrededor con aire atento y pensativo, concentrado en captar todos los detalles de lo que estaba sucediendo, como si quisiera imprimirlos en su mente.

—Voy —se decidió a responder al fin, imperturbable a pesar de la mirada amenazante de su padre. Recogió del suelo una espada, una corta daga con hoja de doble filo que había quitado a un caudillo turdetano y que el padre le había explicado cómo empuñar de la manera correcta, y se acercó.

Cualquiera hubiese deducido que eran padre e hijo: el gigante de torso desnudo, Amílcar Barca, tenía cincuenta y cuatro años, y Aníbal sólo once, pero la corpulencia del chiquillo ya anunciaba que alcanzaría la de su padre. Tenía espaldas anchas, cuádriceps poderosos y brazos habituados a levantar pesos prohibitivos durante las intensas sesiones de entrenamiento que el comandante en jefe del ejército cartaginés en Iberia había impuesto. Todos tenían que someterse a ellas, desde el amanecer e incluso antes de una batalla, y Aníbal, como hijo predilecto de Amílcar, debía dar ejemplo a los demás jóvenes cartagineses que acompañaban a los veteranos del ejército.

—¿Ves a este hombre? —le preguntó su padre señalando a un soldado romano que yacía en el suelo, con el costado desgarrado por un golpe de espada y un brazo casi colgando a la altura del codo, pero que los miraba con odio, mientras sangraba por la nariz y la boca. Con el brazo sano sujetaba por la garganta a una niña, y habría podido matarla con una ligera presión—. Está herido e inerme, postrado a nuestros pies. Y, sin embargo, se niega a morir y lo hace en perjuicio de la vida de una de sus esclavas. —Amílcar escupió en el suelo, disgustado—.

Así son los romanos. Ésta es la raza que nos ha deshonrado y pretende reducirnos a la esclavitud.

Aníbal observó atentamente al legionario, que yacía ante él en un charco de sangre. Aunque estaba gravemente herido, aún era peligroso, aún estaba dispuesto a dar batalla.

La niña que tenía sujeta por el cuello era delgada, con el pelo desgreñado y unas ropas sucias que apenas la cubrían. Llevaba un collar de cuero con la anilla para la cadena de los esclavos y, a pesar de la situación en que se encontraba, no parecía asustada. Lo miraba con atención; sus ojos oscuros brillaban en los reflejos de los fuegos que estaban devorando la aldea.

Aníbal imaginó que había sido la esclava de alguna matrona del lugar, una de aquellas que los soldados de su ejército habían violado repetidamente y luego muerto, para despojarlas del oro y las joyas que ostentaban con arrogancia. Probablemente hubiese logrado huir cuando penetraron en la ciudad y le prendieron fuego, y después de conseguir esconderse entre los escombros, la había agarrado por el cuello el único legionario superviviente, un veterano de mil batallas, que había decidido pasar los últimos años de su vida en una propiedad conquistada por la fuerza y con el engaño por Roma, y que nunca habría imaginado que Cartago pudiera despertarse con tanta rabia en el cuerpo.

Ahora el soldado buscaba un ancla de salvación en un desesperado acto de vileza, y esto no sorprendió en absoluto a Aníbal. Sabía de qué eran capaces los romanos, y lo que vio contribuyó a aumentar su odio hacia aquellos que habían vencido y humillado a Cartago.

Durante centenares de años su gente había dominado sin discusión el Mediterráneo, gobernando con sabiduría y clarividencia a la multitud de pueblos con que habían estrechado relaciones comerciales y diplomáticas. Luego llegaron aquellos bárbaros tan arrogantes y se aprovecharon de las debilidades de Cartago,

que llevaba tiempo habituada a no tener enemigos con los que enfrentarse. La sometieron y humillaron, y le quitaron su bien máspreciado: el dominio de los mares. Pero, por suerte, después de años de mortificaciones, Cartago volvió a levantarse, y lo hizo gracias a la familia Barca, que había emprendido una gloriosa obra de conquista en Iberia, lejos de la influencia romana, y adiestrando un ejército que se hacía cada día más poderoso.

Ahora los cartagineses ya no les tenían miedo a los romanos, es más, los despreciaban por aquello que eran: parásitos débiles y viles que no obtendrían el dominio del mundo.

Un dominio que correspondía a Cartago.

—Si fuera un celtíbero, un carpetano o cualquiera de los hombres que pueblan este lugar, entonces no tendrías nada que temer —dijo Amílcar Barca en voz baja, extrañamente sombría—. Bastaría un solo golpe de espada para separarle la cabeza del cuello y acabar con él. —Se interrumpió, se acuclilló sobre sus enormes piernas y miró a su hijo directamente a los ojos—. Pero este hombre es un legionario de Roma. Un guerrero que no merece nuestro respeto. —Entornó los ojos en dos fisuras—. Es una serpiente, y como tal debes tratarlo. Con desprecio, pero con gran atención, porque puede ser muy peligroso.

—Lo sé, padre —asintió Aníbal.

Amílcar le mostró los dientes, entrecerrando una vez más los ojos de esa manera que sus enemigos habían comenzado a temer, y sus hombres a respetar y su hijo a considerar como la señal de que estaba a punto de decirle algo muy importante.

—Tú no los conoces —chilló volviendo a erguirse sobre sus enormes piernas—. Hasta que hayas aprendido a matarlos, no podrás decir que conoces a los romanos.

—Sí, padre —se limitó a responder Aníbal.

—Nunca les des la espalda —continuó Amílcar, mientras delante de ellos el soldado romano resoplaba, fulminando con la mirada ora el uno ora el otro. La vida se le escapaba inexorablemente, por las heridas junto con la sangre, pero aún mantenía los dedos apretados en torno al cuello de la niña, todos los músculos tensos y listos para saltar—. Nunca creas que un legionario está muerto hasta que le hayas arrancado el corazón. Y nunca subestimes a un soldado de Roma, si quieres

aprender a combatirlos y derrotarlos. Nadie, en el mundo conocido, posee la fuerza y la tenacidad de esta gente.

—Nadie aparte de los hombres de Cartago —rebatía Aníbal, sin apartar los ojos del legionario.

—Eso ya lo veremos —murmuró Amílcar con un gruñido. Luego se volvió y empezó a alejarse—. El legionario es tuyo —concluyó—. Mátalo. Y mira cómo muere, porque tendrás mucho que aprender.

Amílcar Barca, comandante en jefe del ejército cartaginés, dejó a Aníbal solo entre las ruinas de una ciudad que antaño había alojado un contingente de soldados romanos, un manípulo aislado en la frontera ibérica en apoyo de las poblaciones locales que trataban de detener el avance del ejército cartaginés. Un puñado de hombres sin el armamento adecuado que de pronto, cuando Cartago había dado buena cuenta de los turdetanos, se habían encontrado solos, y que no obstante, habían resistido hasta la extenuación, dando muestra de un valor, una habilidad táctica y un adiestramiento militar impecables.

Para cambiar la suerte de Cartago después de la derrota infligida por Roma, Amílcar había tenido que conformarse con una campaña de guerra en Iberia, pero dentro de él se agitaba como un demonio enfurecido el deseo de enfrentarse con la Urbe, para devolver a Cartago el predominio de los mares y la dignidad perdida después de la derrota de las Égades.

Sin embargo no era un ingenuo. Sabía que el ejército cartaginés no estaba listo, y su misión no consistía sólo en conquistar Iberia, sino también en preparar a los hombres para una guerra más dura y difícil: adiestrar a veteranos capaces de moverse en los campos de batalla con la misma determinación de los legionarios romanos.

Aníbal admiraba a su padre, y estimaba que estaba haciendo lo correcto, pero experimentaba sentimientos encontrados: por una parte, el odio hacia Roma lo empujaba a criticar en su fuero interno a Amílcar, cada vez que lo veía vacilar en entablar batalla con contingentes romanos; por otra, sabía que no tenía suficiente experiencia para poder permitirse comprender a fondo las estrategias de su padre.

Pero ahora tenía un problema mucho más complejo que afrontar. Y estaba solo.

Apretó con más fuerza la empuñadura de la espada y dio un paso hacia

delante, acercándose con cautela al legionario.

—Vete... —chilló éste en latín, una lengua que Aníbal estaba estudiando desde hacía algunos años y que comenzaba a conocer bastante bien—. ¡No te acerques o la mato!

Aunque el legionario estaba agotado, consiguió apretar aún más fuerte el cuello de la niña, que comenzó a boquear. Aníbal lo escrutó atentamente, y comprendió que su padre tenía razón. Si no hubiera sido un romano, él se habría arrojado hacia delante, habría apartado a la niña con un empujón y liquidado al soldado sin pensárselo. Pero la dureza y la determinación de la mirada de aquel hombre lo hacían vacilar.

Avanzó un paso más, sabiendo que se ponía al alcance de la espada del legionario, quien bien podría soltar a la niña y aferrar el arma que tenía en el regazo. Aníbal consideró esta posibilidad, y comprendió que con el romano debía emplear la astucia.

Exhibió una sonrisa burlona y avanzó dando la impresión de desinteresarse por la suerte de la niña. Sabía que su trampa funcionaría, porque en el fondo era sólo un chiquillo armado con una espada más pesada de lo que cualquiera de sus coetáneos habría sido capaz de manejar, y el legionario aún tenía bastante fuerza en el cuerpo para poderlo vencer. O al menos eso pensaba.

El soldado romano esperó a que él estuviera a tiro, apretó los dientes y, refunfuñando, empujó a un lado a la niña, aferró la espada y asestó un mandoble que habría cortado la pierna de Aníbal, si éste no se hubiera echado a un lado.

—Peligrosos e indómitos como serpientes —murmuró el muchacho, tratando de grabar en la mente esa lección.

Cualquier otro soldado en la situación del legionario habría implorado perdón y apelado a su juventud para pedir piedad, para tratar de convencerlo de que lo dejara morir lentamente, sin que se encarnizara con él. O habría matado a la niña para intentar distraerlo con un acto desesperado.

Pero el romano no cedió. Esperó el mejor momento y luego, abandonando su aire humilde, trató de herirlo, a costa de consumir sus últimas energías. Hasta que Aníbal no lo matara, no se rendiría ni se dejaría intimidar ni por él ni por ningún otro.

Mientras giraba sobre sí mismo para ponerse fuera de su alcance y levantaba el brazo para llevar el filo de la espada a la altura del cuello del legionario, Aníbal sintió que se llenaba de admiración por aquel soldado, por la fuerza de ánimo que lo sostenía, el valor que no lo abandonaba y el odio que le veía arder en la mirada.

Y mientras la hoja se hundía apenas debajo del mentón del romano, desatando otro chorro de sangre, comprendió que su padre siempre había tenido razón. Aún no era tiempo de enfrentarse a Roma, no hasta que el ejército de Cartago se demostrara tan fuerte y valeroso como el hombre que ponía los ojos en blanco delante de él y moría, tratando hasta el final de golpearlo a ciegas, con la escasa fuerza que le quedaba para blandir la espada.

Cuando el legionario se derrumbó, con la cabeza casi separada del cuello, Aníbal se quedó observándolo durante un momento, luego, en vez de limpiar la hoja sobre el cuerpo del enemigo derrotado, como era costumbre de los guerreros cartagineses, dejó caer la espada e intentó reflexionar sobre lo que había aprendido aquel día.

—Puedes salir, ahora —dijo después de un rato, extendiendo las manos para dejar ver que estaba desarmado—. No te haré daño.

Detrás de un montón de escombros se agitó una sombra, furtiva.

Aníbal se volvió, tratando de moverse lentamente para no espantarla. Pero la sombra había salido al descubierto. Y lo miraba sin ningún indicio de miedo en los ojos oscuros como la noche.

II

—¿Quién eres? —le preguntó Aníbal en cartaginés.

La niña se quedó mirándolo mientras se sujetaba el vestido rasgado sobre el pecho, erguida y orgullosa como un guerrero dispuesto a la batalla, con el cuello enrojecido por el collar y la presión del legionario.

Aníbal la observó con curiosidad. Debajo de los morados y los lamparones de suciedad que le manchaban la piel y le pegaban el pelo en una madeja compacta, tenía la tez aceitunada.

—¿Eres cartaginesa? —le preguntó, acercándose con cautela.

Ella dijo que no con la cabeza, enrigideciendo los músculos como si estuviera lista para huir o para saltarle encima, y Aníbal se detuvo.

—Ven —la invitó, alargando una mano hacia ella—. No te haré nada. Soy tu amigo.

Durante un momento ambos estuvieron inmóviles, estudiándose, luego la niña se acercó, agachando la cabeza, con pequeños pasos, sin mirarlo a los ojos. Aníbal se inclinó para observarle la cara, bajo el enredo de pelo sucio que la escondía.

—No me has dicho cómo te llamas —insistió—. Yo soy Aníbal, hijo de Amílcar Barca. ¿Y tú?

La niña lo miró a través de los mechones de cabellos, luego se giró para echar un vistazo furtivo al legionario romano.

—Está muerto —la tranquilizó Aníbal—, Ya no puede hacerte daño.

La niña se movió otra vez, se puso a su lado, luego fue detrás de él, como si quisiera esconderse de los ojos desencajados pero vacíos del soldado romano. Por más indómita que fuera y por más decidida que estuviera a luchar con uñas y dientes, también ella temía a los demonios romanos.

—¿Eras su esclava? —le preguntó Aníbal—. ¿A qué tribu perteneces? ¿Eres cartaginesa o ibérica?

La niña no respondió, limitándose a mirarlo con las manos agarradas al vestido rasgado.

—De acuerdo —dijo Aníbal—. Ven conmigo. Te daré algo de comer y ropa limpia.

Empezó a alejarse, pero ella lo aferró por un brazo y lo miró con decisión.

—¿Qué quieres? —le preguntó Aníbal ya nervioso—. Ese bastardo está muerto, no puede volver del reino de Mot.

La niña lo miró largamente, luego algo pareció resquebrajarse en su expresión, como si estuviera a punto de romper a llorar. En cambio, de repente empezó a hablar en un cartaginés bastante correcto.

—Es un romano. Los romanos me cogieron como esclava, y volverán a hacerlo.

Aníbal la miró, tratando de comprender el significado de sus palabras. Luego se encogió de hombros y le sonrió.

—Aquí nadie vendrá a cogerte como esclava —sostuvo—. Estamos en el reino de Cartago. Y yo te protegeré.

—No —lo contradijo ella—. No puedes hacer nada.

Aníbal permaneció durante un momento en silencio, sorprendido al ver que el miedo le asomaba a los ojos.

—¿A qué tribu perteneces? —le preguntó—. Eres ibérica, ¿verdad?

La niña levantó la mirada y lo miró a los ojos.

—Me llamo Himilce —respondió al fin, con un hilo de voz—. Hija de Ilapal, de la tribu de los béticos.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó Aníbal.

—Nueve.

—¿Sabrás encontrar sola a tu padre?

La niña asintió.

—¿Estás segura de que no quieres venir conmigo? —insistió Aníbal—. Te daré algo de comer y ropa. Y le preguntaré a mi padre si puede hacer que te acompañen hasta donde están los tuyos.

—No —respondió ella—. Me las arreglaré sola.

Aníbal suspiró.

—De acuerdo, entonces. Vete.

Himilce se demoró sólo un instante a observarlo, luego escapó, pasando lejos del cadáver del legionario romano.

Aníbal la miró desaparecer más allá de los escombros de la aldea, luego se dirigió hacia la tienda que su padre había erigido como cuartel general del ejército.

Pensó que ya no volvería a ver a Himilce, hija de Ilapal, de la tribu de los béticos.

Pero se equivocaba.

CAPÍTULO I

222 a.C. (catorce años después)

Roma

I

—Es la hora del ientaculum, amo.

El esclavo era joven y de complexión delgada, con la piel y los ojos color avellana. Publio no conocía su verdadero nombre, sólo el que le había sido atribuido cuando Pomponia, su madre, se lo había confiado. Versilio era un siracusano que había quedado condenado a la esclavitud después de que su familia despilfarrara todos sus bienes en una empresa comercial fallida. Lo habían vendido para saldar las deudas con algunas poderosas familias patricias romanas, y había pasado las penas del infierno en el mercado de esclavos, antes de que Pomponia se fijara en él. Publio aún recordaba aquel día cuando, merodeando por primera vez junto a su madre entre la muchedumbre del mercado de esclavos, se había sentido aturdido por los gritos de los mangones, los hábiles mercaderes que embaucaban a la multitud ensalzando las maravillas de su mercancía.

—Nunca debes creer a estos truhanes —le había explicado Pomponia mientras observaban a un enorme esclavo de cabellera rubia, con el pecho poderoso y un número increíble de cicatrices que marcaban su cuerpo—. Tratan de embelesarte con chácharas, destacando sólo las virtudes de su mercancía y escondiendo sus defectos. Mira.

Pomponia se acercó al esclavo rubio, quizá de origen germánico, y lo observó con aparente interés. De inmediato el mercader se precipitó hacia ella, tirando de la cadena enganchada en el cuello del gigante.

—¡Mirad qué músculos tan poderosos!, ¡qué fuerza! —gritó dirigiéndose a Publio y a su madre—. ¿Habéis visto alguna vez algo similar? Un joven en su máximo esplendor, robusto como un caballo y dispuesto a satisfacer cualquier deseo de sus nuevos amos.

El hombre, que tenía los dientes podridos y una fea cicatriz que le desfiguraba los rasgos, sonrió guiñando un ojo hacia Pomponia, después de levantar la corta faldilla que el germánico llevaba como única indumentaria, cogió en una mano los testículos del esclavo y se los mostró.

—¡Un verdadero semental, puedo asegurarlo! ¡Capaz de satisfacer cualquier deseo durante toda la noche!

Pomponia, en absoluto incómoda, sonrió a su vez, miró los testículos, y luego señaló los ojos del esclavo.

—¿Por qué está lagrimeando? —preguntó.

El mango se encogió de hombros, comenzando a mover las manos como si tuviera una nube de moscas alrededor de la cabeza.

—¡No es nada, no es nada! —proclamó, dando un manotazo en el enorme muslo del esclavo—, ¡Mira qué músculos! ¡Este semental está tan sano y fuerte como un buey!

—En mi opinión, está enfermo —replicó Pomponia—, Tiene una infección en los ojos. Podría ser contagioso.

Publio Cornelio admiró el valor de su madre. Aunque iba muy bien vestida y se distinguía en la multitud por su elegancia y porte, seguía siendo una mujer, y debía estar atenta cuando se dirigía a un hombre en público.

El mercader la miró boquiabierto, sin saber qué contestar; antes de que pudiera decidir si atacar a Pomponia con un arrebato de furia, acusándola de ser demasiado entrometida, o fingir que no pasaba nada y continuar magnificando las virtudes de su esclavo, un hombre gordo y con la túnica ornada de bordados preciosos se adelantó.

—¡Es verdad! —proclamó indignado, señalando al germánico—. ¡Conozco esa infección, es peligrosa! ¿Cómo te atreves a traer aquí a un enfermo?

El mango, al reconocer en el hombre gordo a un patricio de clara influencia, cambió rápidamente de actitud, prodigándose en excusas exageradas.

—¿Has visto? —dijo Pomponia cogiendo a Publio de la mano y arrastrándolo lejos—. Nunca te fíes de las apariencias.

—Pero ese esclavo... —había preguntado Publio, sorprendido—. ¿De verdad estaba enfermo? ¿Y de qué?

Pomponia sonrió.

—¡Qué va! —fue su respuesta—. No tenía nada, sólo los ojos un poco enrojecidos. Era un magnífico esclavo.

Después de aquel episodio siguieron vagando todavía un rato por el mercado, y cuando pasaron por delante de una joven esclava de piel cándida a la que su mango había desnudado el pecho para mostrarlo a los clientes, Publio opuso un poco de resistencia a su madre, tratando de entretenerla lo suficiente para dar una buena ojeada a la muchacha.

—Muy bonita —sonrió Pomponia—, pero aún eres demasiado joven para eso. Necesitamos algo muy distinto.

Cuando llegaron al tablado donde se hallaban algunos jóvenes varones de aire compungido, vestidos de manera digna y sin cadenas en el cuello, la madre se detuvo y señaló hacia ellos satisfecha.

—Míralos —le dijo—. Estos son los nuevos esclavos de los que me han hablado. Son siracusanos, de buena familia. Sanos y fiables. Podemos elegir uno.

Publio observó con curiosidad a los cinco muchachos del tablado. Eran todos bastante jóvenes, más o menos de su edad, no entrados en carnes pero tampoco flacos y chupados como la mayor parte de los esclavos exhibidos por los mangones aquel día. Era evidente que no se trataba de prisioneros de guerra, sino de hijos vendidos por sus padres para poner remedio a las desgracias de sus familias, y esto los hacía personas fiables.

—¿De verdad es necesario? —había preguntado Publio con disgusto.

—Tu padre lo quiere —respondió Pomponia—. Ya tienes catorce años, necesitas un esclavo que se ocupe de ti.

—Me bastan Raclides y Taucio —intentó rebatir Publio, pero la madre le dirigió una de esas miradas penetrantes suyas, que valían más que mil palabras, y él se vio obligado a apartar la vista.

—No se hable más —concluyó Pomponia, acercándose al más grácil de los esclavos, quien los miraba con aire humilde—. Los esclavos de tu padre no son tuyos. A los catorce años, todos los Escipiones han tenido su esclavo personal, y tú no debes ser menos.

Publio no tuvo más remedio que rendirse, pero no quiso seguir a su madre en las negociaciones por la compra. Cuando Pomponia le preguntó si el joven de aspecto humilde podía estar bien, él asintió sin mirarlo, aunque en su fuero interno, desde el primer vistazo, ya se había dado cuenta de que Versilio, como a

continuación sería llamado el joven esclavo, era el más adecuado: quizá su mirada humilde pero inteligente, su cuerpo delgado y delicado y sus manos cuidadas le habían revelado de inmediato que se trataba de un joven habituado a estudiar y a las comodidades de una domus como la suya, no desde luego de un campesino o del hijo de un tendero. Un joven con el que incluso podría sentirse en sintonía.

Ahora, después de cuatro meses, Publio lo consideraba más un amigo que un esclavo, aunque los modales humildes de Versilio no le permitían olvidar jamás su verdadera condición.

—Está bien —dijo, apoyando los pies en el suelo y frotándose los ojos con fuerza para tratar de despertarse.

—Pero no me llames amo. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir?

Versilio inclinó la cabeza con aire sumiso.

Publio le dio una palmada en el hombro.

—¡Me muero de hambre!

—Entonces eres afortunado —se reanimó Versilio— El banquete de ayer era tan abundante que sobró bastante comida. Y ya está todo listo.

Con la boca haciéndosele agua, Publio se incorporó de golpe. Adoraba que su padre organizase esos ricos banquetes famosos en toda la Urbe: cuando había invitados de alcurnia, a él y a su hermano Lucio no les estaba permitido participar, pero al día siguiente, para el ientaculum, todas las sobras estaban a su disposición para comer a voluntad, aunque los platos no fueran servidos en bandejas de plata.

Y aquella mañana él estaba hambriento como un joven lobo.

II

Después de comer, una energía inagotable se apoderaba siempre de Publio y le entraban ganas de salir al aire libre y trepar a los árboles del jardín. Pero ahora tenía catorce años, y sabía que su principal deber era el estudio, y ya no el juego. Por deseo de su padre había empezado a participar en las charlas familiares, durante las cuales se hablaba de arte, política y de las nuevas modas, así como de los juegos escénicos que, también aquel año, entretendrían a los ciudadanos romanos.

Publio ya había leído los textos de algunas de las representaciones más en boga, como el Anfitrión de Tito Marcio Plauto, y se había quedado desconcertado por el modo en que se denigraba a Júpiter, presentándolo como un vulgar jovencito que no conseguía resistir la tentación de la carne y que, con tal de conquistar a Alcmena, se ponía en ridículo hasta el punto de invocarse a sí mismo y hacer sacrificios en su propio nombre. Publio estaba convencido de que las mejores obras eran las de Quinto Ennio, que contaban la historia de Roma, por no hablar de los grandes autores griegos, y no le importaba si ahora el público prefería las vulgares comedias de Plauto. Los poemas de Quinto Ennio estaban impregnados de la sabia cultura helénica que tanto lo fascinaba, y en más de una ocasión, mientras se encontraba con su padre, el tío Cneo y algunos de los más fieles amigos de la gens Cornelia, había realizado una encendida defensa de la cultura griega y las enseñanzas de Eurípides, con el único resultado de divertir a sus huéspedes y recibir las miradas compasivas de su padre.

Sólo con Versilio conseguía hilvanar una conversación seria sobre la escuela griega, y no pocas veces se sorprendía al quedarse escuchándolo encantado, mientras le explicaba lo animado que era el clima cultural de Siracusa, tratando argumentos como el teatro, las matemáticas y la filosofía.

Los relatos más interesantes de Versilio concernían a una figura que para Publio ya se había convertido en legendaria, aunque se imaginaba que su esclavo se divertía exagerando un poco: un tal Arquímedes, uno de los mayores matemáticos e inventores de su tiempo, que había ideado una cantidad increíble de máquinas de guerra y de instrumentos para el cálculo matemático y de la hora.

Pero aquel día, después del ientaculum, Publio se sintió presa de una agitación nueva y decidió aplazar el momento del estudio. Corrió donde Versilio,

que estaba comiendo junto a los demás esclavos, y le hizo señas de que lo siguiera: le urgía hablar con él, lejos de oídos indiscretos.

El joven siracusano se metió en la boca un trozo de pan bañado en vino y abandonó la mesa de los esclavos para seguir a su amo hacia el peristilium, el jardín interior de la gran casa de los Escipiones, que una cuadrilla de siete esclavos dirigidos personalmente por Pomponia se ocupaba de mantener siempre cuidado y al máximo de su esplendor.

—¿Qué pasa? —preguntó Versilio con la boca aún llena. Publio no respondió, limitándose a mirar a su alrededor con aire circunspecto, como si temiera que alguien lo vigilase. Agarró a Versilio por un brazo y lo arrastró hasta el gran olivo que decían que surgía en aquel lugar incluso antes de que Roma hubiera terminado de someter a los sabinos.

III

—¡Debes de estar loco! —exclamó Versilio con los ojos desorbitados.

—Mi mente está completamente sana —replicó Publio, divertido—, ¿Recuerdas a la muchacha que vimos ayer? ¿Aquella con el vestido color púrpura? Sé quién es. Y sé dónde puedo encontrarla.

La mueca que apareció en el rostro de Versilio revelaba que su pensamiento era muy distinto, pero Publio decidió ignorarlo. No había sido fácil rastrear a la chiquilla de ojos azules que lo había cautivado el día anterior, cuando se había cruzado con ella por la calle. Por suerte, se había fijado en la mujer alta y elegante, que debía de ser su madre y que iba rodeada por una nube de esclavas, y había deducido que seguramente se trataba de la hija de alguna importante personalidad de la ciudad, quizá de un senador. Cuando pidió información a su madre, Pomponia había entendido enseguida de quién se trataba, y con un gesto de desaprobación había explicado que era Lucrecia, la mujer de Quinto Marcio Rufo, el pretor que disfrutaba de los favores de Cayo Flaminio y de los ricos plebeyos que pensaban que podían gobernar Roma en nombre del pueblo, marginando a la nobleza patricia.

Publio había evitado hacer comentarios, conformándose con saber quién era la chiquilla. Se llamaba Marcia, tenía su edad y vivía a sólo dos insulae de distancia. No tendría dificultades para encontrarla, y esta vez estaba decidido a conocerla.

Ante aquel pensamiento, la excitación se adueñó de él, pero Versilio lo tiró de la manga, implorándole que lo escuchara.

—No podemos ir —gimoteó—. ¿Qué diría tu padre? ¡Sabes que estás prometido con la hija de Lucio Emilio Paulo!

Publio se encogió de hombros.

—Emilia sólo tiene doce años. Es aún una niña —rebatía, como si sus catorce años le permitieran hacer ciertas distinciones.

Versilio alzó los ojos al cielo.

—¿Y tu hermano Lucio? —preguntó.

Publio volvió a encogerse de hombros.

—Deja que se divierta con los calcula. Vamos nosotros dos solos.

—De acuerdo —se rindió al final Versilio—. Pero hagámoslo a mi manera.

—¿Es decir...?

—Es decir que salta a la vista que perteneces a una familia rica, y si queremos adentrarnos en las insulae, debes tratar de pasar inadvertido.

—¿Tengo que disfrazarme?

Publio estaba cada vez más divertido.

—Exacto —asintió Versilio—. Y creo que necesitaremos la ayuda de una de las ornatrices de tu madre.

—¿Qué? ¿Por qué?

Versilio señaló la cabeza de Publio.

—Tu cabellera —respondió—. Todos esos rizos, los perfumes, los ungüentos... En las insulae se darían cuenta de quién eres incluso antes de verte. Notarían el olor.

Publio se echó a reír.

—Tienes razón —dijo, arrastrando al esclavo hacia las propias habitaciones—. Desde luego, no sabría qué hacer sin ti.

IV

La muchacha se llamaba Sumia, tenía orígenes celtas, y provenía de una de las muchas expediciones que Cneo Escipión, el tío de Publio, había realizado en la Cisalpina. La habían encontrado entre los escombros de una cabaña, y de sus padres nunca se había sabido nada.

Cuando la trajeron a Roma tenía más o menos cinco años, y desde entonces siempre había vivido en la domus de los Escipiones, ocupándose primero de la limpieza de la casa, luego del peristilium, hasta que a la edad de once años había recibido el encargo de acompañar a las ornatrices de Pomponia, para aprender el que era considerado el cometido más honorable confiado a las esclavas de sexo femenino.

Muy pronto se demostró que Sumia era muy buena, capaz de aprender deprisa los secretos del oficio, así que se convirtió en una de las esclavas preferidas de Pomponia.

Versilio se dirigió a ella para pedirle que la cabellera de Publio pareciese más descuidada, como la de la mayor parte de los romanos que atestaban las calles.

—¿Así que debería ayudaros a... estropear el pelo del joven Publio? —preguntó Sumia, divertida—. ¡De costumbre, mi habilidad consiste en hacer lo contrario!

—Entonces debería ser aún más fácil —argumentó Versilio, mientras Publio estaba sentado en una banqueta, reflejándose en la gran lámina de bronce lustrado que descansaba sobre un caballete de madera.

—No lo creo —rebató Sumia acercándose a Publio y rozándole el pelo con los dedos—. ¿Puedo? —preguntó luego al joven amo.

—Desde luego —consintió Publio, observando a la muchacha en el espejo. Se sentía más excitado que nunca, aunque sabía que, si era cogido in fraganti por su madre o, aún peor, por su padre, tendría serios problemas.

Por otra parte, Pomponia estaba ajetreada en las tareas domésticas, y Publio Cornelio pater se hallaba en el Foro, sin duda inmerso en alguna disputa política,

mientras su hermano Lucio estaba estudiando con Erasio Lúculo, el profesor de griego y matemáticas.

Así pues, podía disponer de un poco de tiempo para sí mismo y, si era prudente, nadie se percataría de nada. Versilio y Sumia, por supuesto, permanecerían callados, también porque corrían el riesgo de recibir castigos mucho más severos que los que le habrían caído a él.

—Ante todo debemos estirar todos estos bucles. Nadie los lleva en la ciudad. Aparte de los ricos, naturalmente.

Publio frunció el entrecejo, consciente por primera vez de esa marcada diferencia entre él y los demás muchachos del pueblo. Por otra parte, las peluqueras de su madre llevaban acicalándolo así desde que era niño, y para él era del todo natural notar los largos bucles sobre la cabeza. Y puesto que tenía escasas ocasiones de mirarse al espejo, no conseguía pensar en sí mismo como en un refinado chiquillo que destacaba entre la multitud de sus coetáneos.

Sumia, que ya había hecho llevar a la habitación de Publio los utensilios de su oficio, fue a comprobar que los calamistra, los dos hierros que había metido en el brasero vigilado por Versilio, estuvieran bastante calientes, luego envolvió un paño en torno a las empuñaduras y los extrajo del fuego. Esperó un instante a que llegaran a la temperatura adecuada y luego, ayudándose con un cepillo de cerdas de jabalí, comenzó a estirar el pelo de Publio, quien seguía fascinado sus movimientos en el espejo.

—¿Cómo haré para volver a estar como antes? —preguntó el joven Escipión, dándose cuenta de que su pelo, una vez alisado, era mucho más largo de lo que imaginaba y le caía sobre los hombros.

—Repetiremos el procedimiento —respondió Sumia—. Hará falta un poco más de tiempo para devolverte tus bucles, así que tenlo en cuenta.

Publio se encogió de hombros mientras se miraba en el espejo.

—También podría tenerlos así —dijo—. No veo por qué debo continuar dejándome acicalar como un muchachito.

—¿Quizá porque lo eres? —preguntó Versilio.

Publio resopló, luego hizo señas a Sumia de que continuara. A su debido

tiempo se plantearía qué hacer con su cabellera. Ahora sólo quería arreglarse para bajar a la calle y aventurarse por las insulae de la ciudad. Nunca había realizado una salida a aquel mundo caótico y misterioso, sucio y dominado por personas de todo tipo, siempre había preferido frecuentar los ambientes patricios de la Urbe, y cada vez que se desplazaba por Roma, lo hacía junto con el cortejo de esclavos que rodeaban a su madre o a su padre.

De las insulae sabía poco. Había sido Versilio quien le había contado la innovación introducida recientemente por los arquitectos romanos, que habían decidido desarrollar los edificios en vertical, en vez de hacerlo en horizontal, para satisfacer así la enorme demanda de viviendas que llegaba de la población en continuo aumento de la Urbe.

En un primer momento, Publio no logró imaginarse cómo podían ser aquellas casas, construidas las unas sobre las otras, y Versilio para explicarse tuvo que trazar un dibujo en el rectángulo de fina arena de río que Publio usaba cuando estudiaba.

—Pero así los de arriba deben pasar por la casa de quienes están debajo para entrar y salir —comentó Publio, empalidecido, haciendo sonreír a Versilio.

—Hay escaleras exteriores —fue la respuesta del esclavo—. Así no se molesta a nadie.

—¿Cómo son de altas estas insulae? —preguntó Publio observando fascinado el dibujo.

—Dicen que las están construyendo de tres niveles. Pero aún no las he visto. La mayor parte de las que están habitadas son de dos.

Publio asintió con la cabeza.

—Los constructores de Roma tienen mucha inventiva —afirmó, admirado—. De este modo habrá muchas más viviendas en la ciudad, sin tener que salir de los muros para encontrar terrenos edificables.

—Sí —comentó Versilio con una mueca.

—¿Qué pasa? —le preguntó Publio.

—Tú nunca has estado —respondió el esclavo—. Nunca has visto una Ínsula.

Publio frunció la frente, como para pedirle a Versilio que se explicara.

El esclavo respiró hondo, y luego dijo:

—Intenta imaginarte qué sucede cuando estalla un incendio. Como sabes, la mayor parte de las casas de Roma está hecha de madera, no de piedra y ladrillos como la domus Scipionis.

Publio se quedó observando mucho rato el dibujo de la Ínsula trazado sobre la arena, y trató de figurarse mentalmente lo que podría suceder si se produjera un incendio en el nivel más bajo.

—Los de arriba no tendrían salvación —murmuró al fin—. Morirían quemados como ratas.

—Exacto —asintió Versilio—. Es lo que sucede prácticamente cada día. Pero a los constructores no les interesa. Tardan poco en reconstruir aquellas trampas y en alquilarlas a otras personas. En Roma, la demanda de viviendas no se agota nunca.

Al advertir un punto de ira en la voz de su esclavo, Publio se mordió un labio. Sabía que Versilio era un joven instruido y altruista, que vivía con valor su sufrida condición de esclavitud, consciente de que era el único modo de permitir que su familia continuara viviendo en libertad, pero era evidente que se interesaba por los problemas de la gente y se preocupaba por los dramas que nacían de las especulaciones de quienes se enriquecían con la desgracia ajena.

Y por supuesto sabía lo peligroso que era adentrarse en aquellos barrios, donde la ira, el hambre y la pobreza se arrastraban como criaturas de la sombra, listas para morder a cualquiera que mostrase el menor signo de debilidad.

Por eso Versilio no veía con buenos ojos su decisión de aventurarse en las insulae, en aquel mundo que estaba creciendo cada vez más rápidamente en el corazón de la Urbe, y que para alguien como él podría revelarse muy peligroso.

Pero ahora había llegado el momento de quitarse también aquel peso de encima, y demostrar a todos, además de a sí mismo, de qué pasta estaba hecho. Los estudios de los clásicos estaban bien, él adoraba a los sabios griegos y ya no podía prescindir de ellos, pero los gritos de guerra se elevaban por doquier en Italia, y antes o después debería saltar al campo de batalla para afrontar a los bárbaros que presionaban en los confines de la República.

¿Y cómo podía convertirse en un caudillo famoso y admirado en toda Roma, si antes no aprendía a afrontar las insidias que se ocultaban en la misma Urbe? La cosa en sí le parecía una locura, pero el motivo que lo empujaba a la incursión era más que suficiente para infundirle el valor que necesitaba: los ojos azules de Marcia merecían todos los riesgos que un chiquillo podía permitirse correr, si bien con la ayuda del más fiel de sus esclavos.

—Bien —dijo Sumia, sacudiéndolo de sus pensamientos—. Los bucles ya están. Ahora hay que quitar todo rastro de perfume y ensuciar un poco la cabeza.

—Espero que no me llenes también de piojos —se preocupó Publio.

Sumia rió, mientras Versilio los miraba con desaprobación.

—Los piojos los tienen todos, pero no se ven, al menos la mayoría de las veces —respondió la peluquera—. Así que podemos limitarnos a poner un poco de suciedad en la cabeza y dejar que todos imaginen que tú también estás infestado por ellos.

—Vale —aprobó Publio, aliviado. Si había algo que no soportaba eran los piojos, dado que cada vez que los cogía su madre lo hacía rapar al cero y le esparcía en la cabeza un polvo hediondo que lo dejaba sin aliento durante días.

Cuando al cabo de unos minutos Sumia hubo terminado de esparcirle grasa y polvo por la cabeza, Versilio se adelantó, lo miró con una mueca e hizo una señal a la muchacha para que saliera.

—Nos has sido muy útil —le dijo—. Ahora déjanos solos, debo vestir a Publio como corresponde.

Sumia asintió. Antes de despedirse, señaló el brasero con los calamistra, y dijo:

—Los dejo aquí. Harán falta después, para volver a poner todo en orden.

—Eso lo veremos —objetó Publio, mirándose en el espejo. Se sentía extraño, y se veía distinto, mucho más parecido a la mayoría de jovencitos que correteaban por Roma. No sabía decir si estaba más guapo así o con los bucles: ahora tenía un aspecto más salvaje, más... adulto, y esto no le disgustaba en absoluto.

—Venga, desnúdate. Debes cambiarte.

Publio se incorporó y se pavoneó delante de Versilio.

—Entonces, ¿qué dices? ¿No te parezco mayor?

Versilio lo contempló poco convencido, luego negó con la cabeza.

—A mí me gustabas más antes. Al menos, noapestabas como un cabrón.

Publio se echó a reír y abrazó al esclavo.

—Tienes razón —dijo—. Pero no quiere decir que cada vez deba untarme el pelo con esta porquería. Podría abandonar los bucles y mantener los ungüentos perfumados, ¿qué dices? Los términos medios siempre son los mejores.

Versilio no objetó nada. Manteniendo el rostro sombrío, mostró las ropas que había tendido sobre el camastro de su amo.

—Te he procurado las ropas adecuadas —le dijo—. Póntelas y luego salimos. Comienza a hacerse tarde.

—Tienes razón —asintió Publio—. Desde luego no quiero que me descubra mi madre.

Dicho esto se desvistió deprisa, quedándose sólo con el subligar, el taparrabos de lino anudado a los lados que Versilio se ocupaba de lavar personalmente.

—Quítate también eso —dijo el esclavo—. No pensarás que los chiquillos de la plebe llevan esas cosas.

Publio se miró desconcertado entre las piernas, luego desató los nudos del subligar y lo dejó deslizarse hasta el suelo, permaneciendo desnudo delante de Versilio.

—Vale —dijo el esclavo, recogiendo una túnica de lana y lanzándosela—. Ponte ésta.

Publio cogió al vuelo la túnica, la contempló divertido y luego se la puso, haciéndola pasar por la cabeza. Le llegaba hasta por encima de las rodillas, era basta y no se le había aplicado ningún tinte. Aquí y allá destacaban grandes manchas amarillentas, como lamparones mal lavados.

—Al menos podías procurarme una limpia —le espetó llevándosela a la nariz para sentir si olía.

—Es precisamente lo que he hecho —respondió Versilio—. Los lamparones no son de suciedad, sino porque se han usado lanas de diversa calidad para hilar el tejido. —Y exhibiendo una mueca añadió—: Es evidente que nunca antes lo habías pensado.

Publio se ruborizó ante la mirada acusadora de Versilio, y comprendió que la holgura dorada en que siempre había vivido había distorsionado en parte su visión del mundo. Lo que hacía aún más necesario e instructivo su acto de rebelión, el único modo que tenía de abandonar el nido doméstico y entender un poco más a la gente de Roma, su gente.

Cuando Versilio le lanzó un cinturón de cuerda y un par de sandalias de cuero polvorientas, entendió que su vestuario para la salida a la ciudad estaba casi completo.

—¿Es todo? —preguntó—. ¿No debo llevar nada más?

—Ya es bastante que te dé las sandalias —dijo como única respuesta Versilio—. Fíjate en ello cuando estemos fuera: la mayor parte de la gente camina descalza.

Publio se mostró desconcertado. Era evidente que fuera de la domus Scipionis la vida transcurría con ritmos y costumbres bien distintos a los que él estaba acostumbrado.

—Estoy listo —dijo finalmente, cuando terminó de ponerse las sandalias y apretarse el cinturón. Se sentía extraño, con los genitales libres bajo la corta túnica, pero sabía que se habituaba enseguida. Si la mayor parte de los muchachos de su edad iba por ahí vestida de aquella manera, no veía por qué no podía hacerlo también él.

Versilio lo miró desconsolado, suspiró largamente y negó con la cabeza.

—¿De verdad estás convencido? —le preguntó de nuevo.

—Más que nunca —respondió Publio, mientras todo su cuerpo se estremecía por la excitación.

V

—Quédate cerca de mí, te lo ruego —le repitió Versilio por centésima vez desde que habían entrado en un dédalo de callejas que conducían hacia los barrios más pobres de la ciudad—. Este es el vicus Tuscus. Poca broma.

—¿Los etruscos pueden crearnos problemas? —preguntó Publio, sorprendido.

—Son ciudadanos romanos —respondió Versilio—. Pero aún se sienten... distintos. Y son reacios a someterse completamente a las leyes y las costumbres de Roma.

Publio tranquilizó a su amigo sin dejar de mirar a su alrededor. Estaba fascinado, como si se encontrara de visita en una ciudad extranjera, en vez de en la Roma que había sido su cuna.

Por otra parte, aquellas pocas veces que había tenido permiso para adentrarse en la ciudad sólo había podido hacerlo en compañía de sus padres y del pequeño cortejo de esclavos, clientes y parientes que siempre los rodeaba. Y también en estos casos siempre había recorrido las mismas calles, sin aventurarse jamás en los callejones y callejas que se hundían hacia los barrios más poblados, donde personas de toda calaña y extracción social se agolpaban en torno a los puestos de los mercaderes, las fuentes públicas y los thermopolia que servían vino, bebidas aromáticas y toda clase de comida.

Lo que se dice solo, Publio nunca había ido a ninguna parte, y aquélla era la primera vez que contravenía las órdenes de su padre. Versilio había intentado que se diera cuenta de ello varias veces, pero él ya había decidido hacer lo que le diera la gana.

Así, ahora, mientras seguía a su esclavo por las callejas misteriosas de barrios de los que sólo conocía de oídas, la excitación y la maravilla que lo colmaban eran tan grandes que lo dejaban sin aliento, mientras el corazón le retumbaba en los oídos.

Las insulae ciudadanas estaban surgiendo un poco por doquier, desde que aquella nueva técnica arquitectónica se había difundido como una mancha de aceite.

Roma se había convertido en la meta de miles de ciudadanos de todo el territorio de la República, gente que se trasladaba a la ciudad en busca de trabajo o para admirar las maravillas de las que se hablaba en todas las aldeas y los territorios conquistados por las legiones romanas. Personas que llegaban a Roma con sus familias y que ya no se alejaban de ella, y para las cuales era indispensable encontrar una vivienda, a no ser que quisieran llenar las calles con centenares de pordioseros y sin techo.

Publio conocía estos problemas, pero hasta aquel momento no había comprendido su verdadero alcance.

En la domus de los Escipiones los espacios eran amplios, y él podía moverse con comodidad. Allí, en las callejas estrechas por las que Versilio lo estaba acompañando, la multitud lo estrujaba por todos lados, presionaba, empujaba y lo arrastraba como el flujo impetuoso de un torrente del que le resultaba difícil liberarse.

Las casas eran altas y estrechas, y no pocas veces sucedía que de las ventanas cayeran a la calle desechos de todo tipo, como si quienes vivían en esos edificios ignorasen que las callejas estaban llenas de gente.

—¿Qué tiran? —preguntó a Versilio mientras trataba de no perder contacto con él entre la multitud tumultuosa.

—Agua, orina, excrementos... —respondió Versilio, horrorizándolo—. Todo lo que apesta en casa.

—Pero ¿se han vuelto locos? —preguntó Publio esquivando por un pelo un chorro de líquido maloliente. No logró averiguar qué era, pero por cómo aullaban e imprecaban los desafortunados a los que se les había caído encima, era fácil intuir que se trataba de algo desagradable.

Versilio lo miró durante un momento, luego volvió a arrastrarlo por una manga.

—Deberían arrojar esas cosas en los dolia comunes —explicó—, sobre todo porque la orina está muy solicitada por los tintoreros. Pero no todos estos edificios tienen uno. Es más, las insulae como éstas carecen totalmente de ellos, de modo que cuando los orinales están llenos, no queda más remedio que vaciarlos en la calle.

—Podrían hacerlo de noche —observó Publio mirando a su alrededor con

circunspección—. Así no correrían el riesgo de ensuciar a los viandantes.

Versilio se encogió de hombros, como si para él pensar en ello ni siquiera valiera la pena. Evidentemente estaba habituado a sortear ese problema todos los días, dado que debía moverse a menudo por esas callejas para cumplir los encargos que le hacía Pomponia.

—Sé que se han promulgado leyes al respecto —dijo, mirando en torno para orientarse—. Pero nadie las respeta.

Publio se indignó.

—Si alguna vez soy cónsul —prorrumpió—, ordenaré castigos severos para cualquiera que se atreva a deshacerse de este modo de los propios excrementos.

Versilio no contestó. Señaló un gran pórtico que corría a los lados de una calle más amplia que las demás y le hizo señas para que lo siguiera.

Publio se dio cuenta de que debajo del pórtico la multitud, aunque seguía siendo numerosa, corría en flujos más ordenados, disponiéndose de modo que quien quería comprar los productos expuestos en los tenderetes de los mercaderes o en las tabernae de los artesanos, podía hacerlo sin ser atropellado por quienes querían pasar.

—¿Adonde estamos yendo? —preguntó después de un rato, admirando fascinado los productos que los mercaderes ponían a la venta, muchos desconocidos para él.

—Has dicho que la viste mientras se adentraba en una ínsula por el lado del mercado de esclavos, ¿no?

—Sí —asintió Publio, acordándose sólo en aquel momento de Marcia y del motivo por el que estaba haciendo aquella absurda pero terriblemente excitante salida.

—Entonces éste es el camino más corto, si no queremos tropezar con alguien de tu domus.

—De nuestra domus —precisó Publio.

Versilio no replicó, limitándose a fruncir el entrecejo.

—¿Puedo echar un vistazo a algún puesto? —preguntó Publio.

Versilio lo miró sorprendido, y luego, al darse cuenta de que para él aquél debía de ser un mundo del todo nuevo, asintió.

—Ven —le dijo, empujándolo por la fuerza entre el flujo de las personas que se deslizaba junto a los puestos de los mercaderes, desplazándose más lentamente y con menos frenesí respecto de la corriente en que se habían movido antes—. ¿Qué quieres ver?

—No lo sé —dijo Publio divertido, meneando la cabeza—. ¡Todo!

Luego extendió los brazos para abarcar en un único gesto toda la Urbe.

—¡Es magnífico!

—Sí, pero también peligroso —objetó Versilio mirando a su alrededor con cautela, como si esperase un lanzamiento de excrementos de un momento a otro. Sin embargo, allí estaban bajo los pórticos, y no había ventanas por las que pudieran arrojar sobre la multitud líquidos u objetos de diversa naturaleza.

—¿Qué te preocupa? —le preguntó.

—Ladrones, asesinos, carteristas, mendigos... —respondió Versilio—. La lista es larguísima. No debes distraerte, y no busques bronca con nadie, te lo ruego.

Publio se echó a reír.

—No estoy aquí para pelearme con nadie —dijo—. Sólo quiero entender qué son todas estas cosas que venden y que nunca he visto.

—No hay tiempo —replicó Versilio, sin dejar de mirar alrededor con aire circunspecto—. Primero salgamos de aquí, será mejor. Echarás una ojeada por ahí mientras atravesamos la ínsula.

Publio observó sorprendido a su esclavo. Habría podido replicar que no era él quien podía dar órdenes, pero se dio cuenta de que Versilio no trataba de imponerse, sino de hacer lo mejor para protegerlo.

—Está bien —consintió al fin—. Hagamos lo que dices.

VI

Atravesar aquel laberinto de callejas dominadas por edificios de varias plantas, en los que miles de romanos vivían hacinados, fue para Publio una aventura como para dejarlo sin aliento. Se dio cuenta de que conocía más a fondo los usos y las costumbres de los griegos que estudiaba en los libros, que los hábitos de sus conciudadanos. Las insulae eran hormigueros llenos de vida, de ruidos y olores que nunca había siquiera imaginado. Cada vez que miraba hacia el interior de una casa o dentro de una tienda, descubría personas, objetos y costumbres que le parecían desconocidos y misteriosos, como si se encontrara en un lejano país extranjero, no en la Urbe en la que había nacido.

En un momento dado, al ver a dos muchachos descargando una enorme tinaja de un carrito y arrastrándola con dificultad al interior de un edificio de dos plantas, Publio se puso a seguirlos con curiosidad. Pero cuando llegó a un paso de la entrada del inmueble, un hombre de mirada aviesa y con una vara nudosa en la mano, de las que usaban los centuriones para imponer las órdenes a los legionarios, le cerró el paso con ademán amenazante.

—¿Adonde crees que vas? —refunfuñó.

—Esos dos muchachos —respondió Publio, en absoluto impresionado. Estaba habituado a vérselas con hombres de esa calaña, veteranos que se habían retirado a la vida privada y servían a las familias patricias como guardaespaldas y acompañantes—, ¿qué están haciendo? ¿Qué es esa enorme tinaja?

El ex centurión lo miró de reojo, como si estuviera decidiendo cuál podía ser el modo más oportuno de deshacerse de él, pero de repente Versilio se adelantó y postró frente al hombre, inclinándose humildemente como si se encontrara ante un senador.

—Perdónalo —dijo tratando de desplazar hacia atrás a Publio, sacándolo del alcance de la vara del centurión—. Es la primera vez que se aventura por aquí. Nunca ha salido de su domus.

Ante aquellas palabras el hombre cambió de expresión y escrutó a Publio con curiosidad, suavizando la mueca que le estiraba los rasgos.

—¿A qué familia pertenece? —preguntó a Versilio.

—El es Publio Cornelio Escipión. Hijo de Publio Cornelio Escipión. Y yo soy su esclavo.

El ex centurión se quedó boquiabierto por la sorpresa y a continuación bajó la vara y se apartó un poco.

—No lo sabía —farfulló, incómodo, ya sin hostilidad.

—¿Ahora puedo saber qué están haciendo esos dos muchachos? —se entrometió Publio, divertido con el repentino cambio de actitud del hombre, que sin lugar a dudas era el vigilante del edificio.

—Nada divertido —respondió Versilio.

Precisamente en aquel momento los dos muchachos salieron del edificio transportando la tinaja, pero, por cómo apretaban los dientes y se tambaleaban, saltaba a la vista que estaban haciendo un esfuerzo enorme. Al ver que por el borde de la tinaja se salía un líquido maloliente, Publio se dio cuenta de que los dos muchachos habían transportado al edificio una tinaja vacía para sustituir la llena.

—¿Qué hay allí dentro? —preguntó a Versilio, aunque el hedor que salía de ella no dejaba lugar a dudas.

—Es el dolium del edificio —respondió el siracusano, mientras los dos muchachos cargaban la tinaja en el carrito, donde había otras dos—. El contenedor del que te había hablado, ¿recuerdas? Recoge la orina de todos los habitantes de la casa.

—Pero ¿adonde la transportan?

—Donde los fullones, creo —contestó Versilio—. La recogen y la usan para lavar y blanquear las telas. Pero esto deberías saberlo.

Publio negó con la cabeza, mientras observaba a los dos muchachos mientras se alejaban arrastrando con fatiga el carrito.

—No sabía que cada vivienda tuviera un dolium común.

Y, al dirigirse directamente al centurión, añadió:

—Imagino que el contenido de esas tinajas tiene un cierto valor.

—Naturalmente —respondió el hombre.

—¿Y quién se embolsa las ganancias? —insistió Publio.

El vigilante lo miró encogiéndose de hombros.

—El propietario de la Ínsula —contestó—. Aquí todo le pertenece. También yo estoy a su servicio.

Esta vez fue Publio el que se quedó consternado.

—¿Quién es tu amo? —preguntó al portero.

—Soy un hombre libre y un ciudadano de Roma —replicó tajante el centurión—. Recibo un sueldo por mi trabajo.

—Está bien —se disculpó Publio—. Pero ¿quién te paga?

—Lucio Emilio Paulo —respondió el hombre—. En esta parte de la ciudad casi todas las insulae son tuyas.

También Versilio, como Publio, se quedó con la boca abierta por la sorpresa. Luego, los dos intercambiaron una mirada y se alejaron, despidiéndose del ex legionario con un apresurado saludo.

Ahora, mientras recorrían las calles en que los comerciantes exponían sus mercancías, Publio rumiaba sobre cuanto había descubierto: un mundo nuevo, hecho de perspectivas complejas y aún misteriosas para sus ojos, había aparecido de improviso, haciéndole entender que, además del estudio, de las paredes de su domus y de aquel mundo acolchado y cerrado en que había vivido siempre, al abrigo de los peligros, pero también de la fascinación de la vida de la gente corriente, había mucho más. Estaba Roma, la capital de la República, y había una mezcolanza inextricable de personas que se agitaban como hormigas enloquecidas, cada una persiguiendo sus propios objetivos, a menudo en perjuicio de los otros o buscando su complicidad.

Mientras veía desfilar ante él los puestos de los artesanos que trabajaban el cobre, los eborarii especializados en la transformación de los colmillos de los elefantes Africanos en espléndidos collares y objetos de decoración, los vestiarii y

los baxearii, que ofrecían prendas de vestir y zapatos para mujeres amontonándolos en marañas desordenadas, Publio tenía la mente puesta en otras maravillas: aquellas más complejas y misteriosas de las relaciones entre los hombres de poder como Lucio Emilio Paulo, cuya hija Emilia era su prometida, su padre y su tío Cneo, que con Lucio Emilio Paulo tenían relaciones de confianza y de intereses económicos y políticos, el Senado y el pueblo en todos sus niveles sociales, que entre los muros angostos de las insulae vivían agolpados los unos sobre los otros.

Intuía que la estructura social, política y económica de Roma hundía sus raíces en un estrato complejo de vínculos cuya existencia había ignorado hasta aquel momento.

Si quería convertirse en un hombre poderoso y respetado como su padre, un guerrero y un caudillo honrado por todos, no podía continuar permaneciendo a oscuras de este magma que se agitaba apenas por debajo de la superficie del mundo dorado en que había vivido.

Se detuvo de improviso y aferró a Versilio por un brazo.

—Volvamos atrás —dijo, con el rostro sombrío.

El esclavo lo miró sorprendido.

—¿Y esa muchacha? ¿Marcia?

—Ella puede esperar —respondió Publio—, Ahora debo ocuparme de otra cosa.

Mientras se alejaba con paso decidido, Versilio corrió tras él, preocupado.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

—Es hora de hablar con mi padre —respondió Publio—. Quiero saber lo que ocurre en Roma. Y en el mundo entero.

CAPÍTULO II

219 a. C. (tres años después) Sagunto, Iberia central

I

Los muros de la ciudad eran imponentes, enrocados en la cumbre de una colina que dominaba toda la llanura. No sería fácil conquistar Sagunto, y Aníbal sabía que a sus hombres no les agradaba ese tipo de batallas. Habrían preferido afrontar al enemigo a campo abierto, poniendo en práctica las estrategias de guerra y las maniobras de combate que habían aprendido durante los largos y extenuantes entrenamientos a que los había sometido en los últimos meses.

Tampoco sus hermanos, Asdrúbal y Magón, y su sobrino Hannón parecían satisfechos con su decisión de comprometer al ejército en aquel largo asedio, que ya duraba desde hacía casi ocho meses, pero no discutían sus órdenes, ni trataban de forzarlo a compartir con ellos los complejos planes que se agitaban en su mente. Aníbal se parecía demasiado a Amílcar, en el físico y en el ánimo, y ellos comprendían que había sido designado comandante del ejército cartaginés desde que había nacido.

Sin embargo, también sabían que el objetivo de Aníbal no era aquella pequeña ciudad de Iberia, que se erguía como un oasis independiente en el reino que Cartago estaba creando después de perder la guerra con Roma y el dominio de los mares. Obligados por un perverso tratado de paz a dirigir su atención hacia los territorios que no entraban en las miras expansionistas de Roma, los cartagineses, bajo el mando de la estirpe de los Bárcidas, se habían dedicado a la conquista de Iberia y de sus pueblos bárbaros y tumultuosos, llegando hasta la frontera establecida por los romanos, aquel río Ebro que Aníbal sentía como una correa ceñida alrededor de la garganta de Cartago, para impedir que volviese a los antiguos esplendores.

Sagunto era la espina en el costado de la expansión cartaginesa en Iberia, y el hecho de que Roma ya hubiera dejado claro que aquella pequeña ciudad, hasta pocos años antes del todo ignorada, era ahora una aliada a todos los efectos de la República, era un estímulo más para el odio que el comandante cartaginés experimentaba hacia aquellos que habían conseguido reducir al silencio y a la impotencia a una de las grandes potencias del mundo.

—Cartago renacerá desde aquí, desde esta anodina ciudad que asediaremos y conquistaremos a costa de interrumpir cualquier otra operación de guerra.

Porque Sagunto, por lo que a mí respecta, es una ramificación de Roma. Y Roma es el principal enemigo de Cartago.

Estas fueron las únicas palabras que Aníbal dirigió a sus hermanos cuando llegó el momento de explicarles sus intenciones en relación con la ciudad rebelde de Sagunto, que se negaba a doblegarse al dominio cartaginés.

Magón, el más joven, intentó protestar, manifestando todas sus dudas.

—Si atacamos Sagunto, daremos a los romanos un pretexto para declarar la guerra a Cartago.

Aníbal lo miró en silencio, sin expresar sus pensamientos al respecto.

—¿Es eso lo que quieres, verdad? —intervino Hannón—, Pero ¿por qué buscar un pretexto aquí, en Iberia? ¿Por qué no armar una flota y atacar Roma directamente en Italia?

—Imposible —rebató Asdrúbal negando con la cabeza—. Ahora Roma tiene el control completo de los mares. Nunca conseguiríamos atravesar el Tirreno para desembarcar en Italia. Nos exterminarían antes de atracar.

—¿Qué haremos, entonces, esperar a que sean ellos los que vengan aquí? —continuó Magón—. ¿Derrotarlos en nuestro terreno y luego aprovechar el momento para lanzar un contraataque? Pero ¿cómo?

—El peligro es otro —añadió Hannón, con el semblante sombrío—. Roma podría decidir ejercer una represalia contra Cartago. El grueso de nuestro ejército está aquí, necesitaría demasiado tiempo para regresar a nuestro país. Y ellos pueden contar con una flota ilimitada para llevar las legiones directamente a nuestro territorio.

—Quizá, después de todo, Roma no reaccione —se atrevió a decir Asdrúbal, pasándose nerviosamente una mano por la barba—Sagunto no es más que una pequeña ciudad sin importancia. Y no cruzaremos los confines del Ebro, así que, no quebrantaremos el tratado de paz. Sería absurdo atacar Cartago con un pretexto tan débil.

—¡Que vengan, si quieren! —gruñó Magón, apretando los puños—, ¡No pensarán que es tan fácil derrotar a Cartago!

—¿Y si enviaran las legiones aquí? —intentó imaginar Hannón—. Al norte y al sur de Sagunto. Tienen bastantes naves para poderlo hacer. En ese caso estaríamos cercados. Y ciertamente no podemos contar con la ayuda de las poblaciones locales. Es más, seguro que a los carpetanos les faltaría tiempo para alinearse de inmediato con los perros romanos.

Un profundo silencio se apoderó de los Barca cuando resultó evidente que, fuera como fuese, la decisión de atacar Sagunto tendría duras consecuencias para la estrategia de expansión cartaginesa. Y en relación con Roma, tal vez incluso desencadenaría una nueva guerra.

—Aníbal —observó Asdrúbal—, aún no has dicho esta boca es mía.

Sólo en ese momento cayeron todos en la cuenta de que se había limitado a escucharlos, sin intervenir.

—Es verdad —confirmó Magón—, ¿Qué piensas? ¿Cómo reaccionarán los romanos?

Aníbal los miró uno por uno, luego estiró los labios en una mueca que conocían perfectamente: era la misma que endurecía el rostro de su padre, Amílcar, cuando tomaba una decisión que estimaba incuestionable.

—No esperaremos a que sean los romanos los que nos ataquen —murmuró antes de alejarse—. Tomaremos Sagunto, y luego demostraremos a esos perros que Aníbal no necesita una flota para desembarcar en su territorio y hacerlos pedazos.

Nadie se atrevió a detenerlo, mientras salía de la tienda del consejo de guerra. Se miraron, sombríos, y entendieron que Aníbal tenía un plan muy preciso en mente. Era demasiado pronto para pretender que lo compartiera con ellos.

Ahora, mientras observaban los muros de Sagunto que el ejército estaba asaltando, alineados el uno junto al otro en los caballos negros que habían adiestrado personalmente y con la formación del Escuadrón Sagrado estrechando filas en torno a ellos como una barrera infranqueable, habían vuelto a ser un único hombre y una única mente, una familia que se batía en nombre de Aníbal, su comandante, y que perseguía un único objetivo: derrotar al enemigo y celebrar un banquete sobre las ruinas de aquella ciudad que había osado oponerse al dominio cartaginés.

Después de ello, sólo Roma se erguiría en su horizonte. Y entonces Aníbal les

explicaría cómo pensaba someter al más odiado y al más temido de sus enemigos.

II

—¡Adelante! ¡Ninguna piedad hacia quien ha renegado de Cartago!

Aníbal combatía en primera línea, dando golpes que despedazaban los cráneos y cercenaban las extremidades, pero sobre todo infundiendo terror al enemigo y espoleando al ejército cartaginés a lanzarse a la batalla.

Después de meses de trabajo y desgaste de las defensas de la ciudad, después de que Aníbal mandara cavar galerías en la base de los bastiones hasta alcanzar sus cimientos, una parte de los muros por fin se había hundido. Las operaciones habían sido difíciles a causa de los continuos derrumbes, y muchos hombres habían quedado aplastados bajo la línea de los muros que descendía piedra tras piedra sin disgregarse, hasta que, de improviso, un amplio tramo de la pared de roca y cal viva se había desmoronado, permitiendo que los cartagineses se abrieran paso hacia el interior de la ciudad. La batalla por conquistar una posición favorable sobre el montón de escombros duró casi medio día, luego los incursores de Aníbal señalaron que el camino estaba libre, y el ejército de Cartago se movió compacto, con su comandante supremo a la cabeza y los generales tras él.

Pero las defensas de la ciudad no se habían derrumbado junto con los muros: los saguntinos habían reunido sus fuerzas para tratar de rechazar al enemigo, y desde los puntos más altos de las torretas y los edificios de piedra arrojaban sobre los cartagineses una verdadera lluvia de flechas, que se abatía sobre los escudos y las corazas de cuero con ruidos sordos que ponían la carne de gallina.

Por eso Aníbal aullaba e imponía a sus hombres que hicieran lo mismo: los gritos de batalla superaban los lamentos de los heridos y el estruendo del impacto de las flechas, y transmitían energía a los soldados, que se lanzaban con ira hacia la selva de picas blandidas por los saguntinos.

Asdrúbal, Hannón y Magón combatían a su lado, encerrándolo en un círculo de protección junto a algunos veteranos del Escuadrón Sagrado, que tenían el deber de sacrificar su vida con tal de defender a su comandante supremo. Pese a ello, los dardos silbaban por doquier en torno a Aníbal, y los golpes de espada y de pica del enemigo buscaban desesperadamente alcanzarlo, porque él se erguía como un blanco terrible de ver, pero más nítido y más anhelado que los otros, el único que,

de ser abatido, marcaría un punto de inflexión significativo a favor de los saguntinos en la suerte de la batalla.

Ignorando todo esto, Aníbal combatía como un león, empuñando la espada con las dos manos, después de haber arrojado al suelo el escudo, tan erizado de flechas que parecía el lomo de un puercoespín.

—¡Abatid a esos arqueros! —gritaba Asdrúbal a sus honderos, tratando de interrumpir la lluvia de flechas que causaba decenas de muertos en sus filas.

—¡Aníbal! —gritó Hannón, acercándose a su tío y parando el golpe asestado por un guerrero enemigo que se había abierto valerosamente paso entre algunos soldados cartagineses. Después de girar la espada, Hannón golpeó al saguntino con el borde del escudo y dejó que fuera uno de los veteranos del escuadrón quien lo rematara.

—¡Aníbal, escúchame! —gruñó al percatarse de que su tío combatía como un poseso, sin cuidarse de las heridas que ya le cubrían las piernas y los brazos y de las que manaban regueros de sangre—. ¡No puedes estar en primera línea! ¡Retrocede! ¡Déjanos a nosotros la misión de abrir camino!

Aníbal ni siquiera lo escuchó. Desvió la punta de una pica arrojada contra su pecho, giró sobre sí mismo y con una fuerza formidable abatió a un adversario que estaba intentando golpearlo en el costado con la espada. Luego, casi sin parar, soltó un mandoble que laceró el muslo de un saguntino y avanzó otro paso en la reyerta, moviéndose fuera del círculo de protección del Escuadrón Sagrado.

—¡Estemos cerca de él! —gritó Magón haciendo revolotear la espada para abrirse paso entre los enemigos—, ¡No lo convenceremos de que retroceda!

Rugiendo de ira, Asdrúbal y Hannón lo imitaron, y muy pronto estuvieron de nuevo uno al lado del otro, con las narices dilatadas y los músculos tensos en el esfuerzo del combate, y sin embargo invadidos por una alegría feroz y una complacencia que sólo en la batalla conseguían experimentar.

Cuando por fin se derrumbaron las últimas defensas de Sagunto, Aníbal se detuvo, jadeando por el esfuerzo y con el cuerpo cubierto de sangre, la suya y la de los enemigos que había abatido.

Miró a su alrededor, mientras sus hombres remataban a los heridos y comenzaban a saquear todo lo que tuvieran al alcance de la mano, y asintió

satisfecho. Luego aferró el asta de la flecha clavada en su pierna y la partió, ignorando el dolor. Más tarde ya se ocuparía de extraer la punta y suturar la herida. «Cada golpe que no te mata, te hace más fuerte», le repetía siempre su padre, y Aníbal sabía que tenía razón.

—Ha sido una buena batalla —dijo, mientras sus hermanos y Hannón lo alcanzaban, agotados y ensangrentados al igual que él. Se volvió a mirarlos, con el rostro sombrío—. Pero no volváis a atreveros a pedirme que permanezca detrás.

Asdrúbal, el único que, de algún modo, podía hacerle frente, escupió al suelo un grumo de saliva y sangre:

—Te expones demasiado —lo acusó, señalando la punta de la flecha que le salía del muslo—. No es necesario que combatas con la vanguardia. Deja que hagan su trabajo. Te necesitamos vivo.

—Tiene razón —asintió Hannón—, Ya has visto lo que le sucedió a Amílcar. Si no hubiera sido tan imprudente...

Aníbal lo fulminó con la mirada.

—Mi padre murió como yo querría morir. —Meneó la cabeza, disgustado—. Si un comandante no está dispuesto a arriesgar la vida junto a sus hombres, ¿cómo puede esperarse que le tengan confianza? Esta es mi misión, y no pienso desatenderla.

La mirada penetrante que les dirigió no admitía réplica, y nadie osó hacerlo.

Entonces una sonrisa estiró los labios de Aníbal.

—Ya basta de poner esas caras. Hemos vencido.

La tensión entre los Barca se desvaneció. Cuando miraron a su alrededor vieron que el ejército cartaginés se desperdigaba por la ciudad aniquilando las últimas bolsas de resistencia.

—¿Cuáles son las órdenes? —preguntó Asdrúbal.

—Matad a todos los hombres —respondió Aníbal entrecerrando los ojos—. Dejad que las mujeres sirvan para satisfacer a nuestros guerreros. Y coged a los niños, los venderemos como esclavos.

Era el destino de Sagunto. El destino de cualquiera que se atreviera a oponerse a la expansión de Cartago.

Ahora Aníbal sabía que el próximo objetivo sería el más difícil: Roma, con sus legiones y su extraordinaria capacidad de regenerarse después de cada derrota.

Roma, que pronto tendría que arrodillarse ante él y las enseñas de Cartago.

III

El edificio que eligieron para celebrar la victoria era pequeño, feo y carecía de las comodidades propias de un hombre de mando. Sin embargo, había sido la sede del Consejo de Ancianos de Sagunto, el lugar en el que aquellos necios habían decidido oponerse al avance de Aníbal, decretando su fin y el de las generaciones futuras.

Ningún hombre había quedado con vida, a ningún varón mayor de diez años se la habían perdonado, y las mujeres que parieran hijos en los años siguientes lo harían para Cartago, trayendo al mundo una progenie mestiza, fruto de las violaciones y los abusos que los soldados de Aníbal llevaban toda la noche cometiendo, y que no cesarían ni siquiera al día siguiente.

Mientras atravesaba los pasillos del palacio, Aníbal se pasaba, pensativo, los dedos sobre la herida de la pierna, que él mismo se había suturado. Había ordenado a los médicos que se ocuparan de los heridos más graves. De menudencias como ésa, los soldados cartagineses se encargaban ellos mismos: suturarse las heridas era una manera como cualquier otra de reconciliarse con el propio cuerpo, recorriendo mentalmente los momentos más emocionantes de la batalla.

Aníbal experimentaba un extraño placer en celebrar la victoria en soledad, lavándose las heridas con agua caliente y empleando agujas de marfil e hilo hecho con tripas de liebre para suturarlas. Al contrario de sus hermanos, que deseaban verse rodeados por el caos de las celebraciones, hermosas mujeres que danzaban y mares de vino, él prefería disfrutar de algunos instantes de silencio y reposo, dedicando su atención a la única mujer que ocupaba sus pensamientos.

Con una sonrisa retrocedió en el tiempo, hasta el día en que encontró por segunda vez, de manera del todo inesperada, a la única muchacha que había conseguido abrir una brecha en su corazón.

Los héticos eran una de las primeras tribus ibéricas que habían sido sometidas al nuevo imperio cartaginés. Su padre, Amílcar, había conquistado el sur de Iberia, ciudad tras ciudad, aldea tras aldea, enfrentándose con poblaciones que, aun todavía primitivas, eran sin embargo belicosas y valientes. Entre ellas estaba la de los héticos, gente orgullosa y dispuesta a perder la vida por la propia

independencia, pero también bastante inteligente como para entender que antes de sufrir un exterminio era mejor someterse a Cartago y beneficiarse de los influjos positivos que la gran civilización púnica podía transmitirles.

Los héticos habían proporcionado muchos hombres al ejército de Amílcar y luego de Asdrúbal el Bello, su yerno. Todavía ahora una de las compañías más fiables y expertas a las órdenes de Aníbal estaba compuesta por soldados de ese pueblo.

Cuando, junto a su padre y a su tío Asdrúbal, se reunieron en Akra Leuce con la delegación de béticos que había venido a aceptar las condiciones de rendición, Aníbal se enteró de que al mando de la tribu ibérica se hallaba un hombre tan clarividente como honesto y valeroso, que había convencido a los suyos para que renunciaran a la alianza con las demás tribus rebeldes para entrar a formar parte del nuevo reino de Cartago.

Aquel hombre se llamaba Ilapal, y cuando apareció con su séquito ante la familia Barca, Aníbal se quedó sin aliento. Detrás del caudillo ibérico se encontraba una joven, alta y de mirada orgullosa, con la piel aceitunada y los ojos cargados de una expresividad sin igual.

Aníbal la reconoció de inmediato, sin posibilidad de error: era Himilce, la chiquilla a la que años antes había salvado del legionario que la había esclavizado.

Mientras Amílcar e Ilapal discutían los términos de la rendición de los béticos y su entrada en la federación de pueblos que estaba dando forma al nuevo imperio cartaginés, Aníbal e Himilce no dejaron de intercambiarse largas miradas, cargadas de mil palabras.

Cuando Ilapal, por sorpresa, ofreció su hija a Amílcar, como sello de su tratado, Aníbal se sintió como aplastado por una roca gigantesca. Pero su padre aceptó con una sonrisa y proclamó que daría a Himilce como esposa a su hijo varón mayor, Aníbal, quien un día ocuparía su lugar al mando de los ejércitos de Cartago.

Así, el matrimonio entre Himilce y él se cerró con un rápido intercambio de palabras entre sus padres, y cuando se quedaron a solas, se dieron cuenta de que un único destino los unía.

—Quizá mis dioses no sean los mismos que los tuyos —murmuró Aníbal—, pero ha sido su voluntad la que ha querido que nos encontráramos.

—Sí —asintió ella, con la voz rota por la emoción—. He rogado mucho a mis dioses por que ocurriera esto.

Y ellos me han escuchado.

Aquella noche hicieron el amor de un modo que Aníbal recordaría siempre, y desde entonces Himilce ocuparía definitivamente sus pensamientos. No había ninguna mujer capaz de estimular en él el deseo como sabía hacerlo su esposa. Y no había ninguna mujer en el mundo, aparte de ella, a la que deseara tener a su lado en aquel momento.

No podía decirse lo mismo, en cambio, de sus hermanos, sobre todo de Asdrúbal, que no perdía ocasión para meterse bajo las sábanas de mujeres de cualquier edad, raza o clase social, siempre que tuvieran el vientre opulento y el pecho generoso, como le gustaban a él.

Sonriendo ante aquel pensamiento, Aníbal abrió de par en par la puerta que conducía a la sala del Consejo, y al quedar ensordecido por la aclamación de la fiesta no pudo menos que anhelar la soledad de su alojamiento, y el recuerdo dulce y apasionado de Himilce.

IV

—¡Come, hermano! Y no te dejes engañar por estas saguntinas. ¡Son mucho más propensas a entregarse al vencedor de lo que imaginas!

Asdrúbal, ya medio borracho a causa del vino y del hidromiel, que había bebido sin freno, estaba sentado en la mesa del banquete con una jovencita semidesnuda en cada pierna, y las palpaba con habilidad, como si consiguiera alcanzar intersticios que sólo él conocía. Las dos jóvenes reían y bebían junto a él, dando la impresión de que no les disgustaban las rudas efusiones de Asdrúbal.

Aníbal las observó mejor, y reparó en que no debían de tener más de quince años, aunque ya estaban perfectamente formadas y mostraban una cierta habilidad para responder a las caricias de un hombre. Asdrúbal tenía los ojos desorbitados, estaba tan excitado que ni se daba cuenta de que no se hallaba en su cama, sino en presencia de los oficiales del ejército cartaginés, que estaban todos reunidos para festejar la caída de Sagunto.

Aníbal era uno de los pocos que no tenía en su regazo una mujer medio desnuda a la que magrear o con la que copular entre un sorbo de vino y un bocado de carne.

—No lo escuches —dijo alguien a su derecha, y volviéndose Aníbal vio a Magón sentado en una banqueta, ocupado en sorber una jarra de vino. También él parecía desdeñar la compañía femenina, por más que hubiera varias muchachas que merodeaban a su alrededor procurando atraer su atención.

—¿Por qué? —le preguntó Aníbal, divertido por el comportamiento de su hermano. Sabía que Magón lo idolatraba y que siempre intentaba imitarlo, pero ahora le parecía excesivo: al fin y al cabo, él no estaba casado ni tenía el recuerdo de una mujer que le mantuviera caliente el corazón.

Magón se adelantó hacia él para que lo oyera en el estruendo de la sala.

—Estas son todas prostitutas, habituadas a entregarse a cambio de algo —reveló—. Las saguntinas, cuando las capturamos, se defendieron con uñas y dientes, y hasta Asdrúbal ha entendido que es mejor no correr el riesgo de perder los ojos por poseer a una de ellas, cuando esta sala está llena de mujeres dispuestas

a concederse fácilmente a cambio de un lugar en el séquito del ejército.

Aníbal asintió lentamente, maravillado de la agudeza de Magón. El nunca había hecho demasiado caso de lo que movía a las mujeres que eran sometidas después de una batalla. Su objetivo era sobrevivir, y si alguna se defendía hasta que ya no podía elegir entre la rendición o la muerte, otras aprovechaban sus artes para obtener un lugar relevante en el séquito de los vencedores. Siempre había sido así, pero él nunca había hecho preguntas sobre el vasto cortejo de mujeres con el que satisfacía las exigencias de los hombres cuando acampaban. Las mujeres eran importantes, y más aún lo eran las prostitutas, porque en tiempos de guerra satisfacían los deseos de los soldados sin distraerlos con problemas de corazón, celos y todo el complicado bagaje de sentimientos que comporta la relación entre un hombre y su esposa.

Cuando se dirigían a la batalla, Aníbal prohibía que los soldados llevaran consigo a sus esposas, prometidas o concubinas, porque no quería que surgieran problemas como aquel que había causado la muerte de Asdrúbal El Bello, muerto algunos años antes por un mercenario galo que lo había descubierto en la cama con su prometida. Era inconcebible que un comandante del ejército cartaginés hubiera muerto de aquel modo, pero Aníbal sabía que no había nada más peligroso que los conflictos del corazón para minar desde el interior la firmeza de un ejército. Así pues, las prostitutas no sólo eran bien aceptadas, sino incluso necesarias, y él siempre las había tolerado sin problemas.

—Dejemos que de esas cosas se ocupe Asdrúbal —rió dirigiéndose hacia Magón—. Como ves, es un verdadero experto.

Magón rió a su vez, luego alzó la jarra y la tendió a su hermano.

—Bebamos por nuestra victoria.

Aníbal asintió, se llevó la jarra a los labios y bebió, pero tan sólo un pequeño sorbo de celebración. No quería nublar la mente con aquel vino que tenía el mismo color que la sangre vertida en la batalla.

—Ven —dijo, haciendo una señal a Magón para que lo siguiera.

Se dirigió hacia la gran terraza construida sobre los establos del palacio, y cuando estuvo al aire libre se llenó los pulmones con una bocanada de aire fresco. Los incendios se consumían por doquier, y los gritos de los últimos supervivientes que trataban de salvarse de la masacre o de los atropellos perpetrados por los

cartagineses resonaban altísimos, pero Aníbal hizo caso omiso. Estaba habituado a aquellas escenas, y de algún modo le transmitían una sensación de paz y de tranquilidad familiar.

El era el vencedor, y mientras pudiera advertir aquellos gritos sin estremecerse, sabría que la fama de Cartago crecería y se difundiría cada vez más por el mundo.

—¿No te apetece festejarlo? —le preguntó Magón cuando lo alcanzó.

—Esto es sólo el principio —respondió Aníbal—. Es pronto para celebrar nuestra victoria.

Magón lo miró, atento.

—Entonces es como pensábamos. Estás desafiando a Roma.

Aníbal permaneció con la mirada puesta en los fuegos que levantaban en el aire columnas de humo negro, mientras Sagunto ardía debajo de ellos.

—He respetado el tratado con Roma. Sagunto está mucho más al sur de la zona del Ebro.

—Pero los embajadores romanos que vinieron a vernos no pensaban lo mismo.

Aníbal esbozó la sombra de una sonrisa.

—Ahora la decisión está en las manos del Consejo de Ancianos —dijo—. Cuando Roma pida la entrega de los responsables, será Cartago quien decida si inclinar una vez más la cabeza o darme el apoyo que llevo tiempo pidiendo.

Magón frunció el ceño.

—El Consejo podría preferir la diplomacia a la guerra. Le tienen miedo a Roma, y saben que con el dominio del mar en sus manos es prácticamente imposible hacerles la guerra.

—Deja que lo crean —respondió Aníbal, con la mirada perdida en el vacío, la mente dirigida hacia algo que sólo él veía—. Nos dará tiempo.

—¿Tiempo para qué? —preguntó Magón.

Aníbal se volvió para mirarlo. Le dedicó una sonrisa afectuosa y abrazó a su hermano.

—Eres inteligente, muchacho —dijo—, de modo que sé que imaginas cuáles son mis intenciones.

Magón se mordió un labio.

—Sólo hay un modo de atacar a Roma —murmuró—. Por tierra, atravesando la frontera del Ebro y bajando por Italia después de cruzar los Pirineos y los Alpes.

Aníbal lo estrechó con más fuerza, sin confirmar ni desmentir la osada hipótesis de Magón.

—Entonces, ¿es verdad? —preguntó apartándose, atónito—. ¿Estás pensando en serio en atacar a Roma por tierra?

—Aún no —respondió Aníbal—. Primero debemos prepararnos. Para eso necesito tiempo.

—¿Y si el Consejo de Ancianos cediese a las demandas de los romanos?

Aníbal lo miró.

—El Consejo no cuenta nada. Soy yo quien tiene las riendas del ejército. Soy yo el predestinado a devolver a Cartago el esplendor que se merece.

El rostro de Magón se iluminó de admiración.

—Debemos reclutar más hombres —dijo—. Si queremos atacar a Roma debemos potenciar la caballería y las unidades de elefantes. Y luego...

—Los hombres que tenemos son suficientes —lo interrumpió Aníbal—. Por ahora.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Magón, confuso.

—Hay una sola manera de derrotar a Roma. Penetrar en Italia y convencer a los aliados de los romanos para que se subleven. Sólo así podremos reducir la

potencia romana y conquistar los puertos del Tirreno, para devolver a Cartago el predominio del mar. Una vez que lo consigamos, no será difícil ponerle cerco a Roma y vengar el honor de nuestro pueblo.

Aníbal calló y miró a Magón a los ojos.

—Tal como siempre nos dijo nuestro padre. Nosotros llevaremos a término su sueño.

Una lágrima asomó en los párpados de Magón, que se abalanzó sobre su hermano y lo estrechó con fuerza.

—Ahora volvamos allá —dijo Aníbal, divertido—. Y, por favor, no digas nada a Asdrúbal y Hannón. Ni siquiera bajo tortura.

Magón se echó a reír.

—Estate tranquilo —respondió—, mientras tengan entre manos el vino de Sagunto y sus mujeres, no pensarán en otra cosa.

—De acuerdo —rió Aníbal—, mejor así. Dejemos que se diviertan y descansen durante algunos días. Luego comenzaremos los preparativos.

—¿Partiremos todos juntos? —le preguntó Magón.

—No —respondió Aníbal—. Alguien de confianza debe quedarse aquí, vigilando nuestros dominios.

—¿Quién será?

—Asdrúbal. No creo que lo lamente. Se instalará en Nueva Cartago como un príncipe, y podrá disfrutar de todas las mujeres que quiera.

—Pues que lo disfrute —rió Magón—, Pero yo no lo envidio.

Se alejaron juntos, mientras Aníbal sentía que sólo en aquel momento los propósitos que siempre había albergado dentro de sí como tizones bajo las cenizas cobraban vigor, gracias a un viento impetuoso que ya no tenía miedo de manifestarse con toda su vehemencia.

Sabía qué hacer. Lo sabía desde hacía bastante tiempo. Desde que le había

prometido a su padre que la arrogancia de Roma sería castigada.

De una vez para siempre.

CAPÍTULO III

218 a.C. (*un año después*) Roma

I

Publio observó a su padre y sintió que el pecho se le hinchaba de orgullo. Naturalmente nunca exteriorizaría aquel sentimiento, no delante de su tío Cneo, su hermano Lucio, su madre Pomponia, y toda la cohorte de familiares, amigos y simples conocidos que se agolpaban en torno a su padre como un enjambre de moscardones, bien para iluminarse con los reflejos de su gloria, bien para intentar mantenerlo alejado de los posibles peligros que amenazaban a una persona de su rango.

Publio siempre había sabido que antes o después su padre llegaría a cónsul; estaba en el curso natural de las cosas, un sendero trazado por sus antepasados que también él, en algún momento, estaría destinado a recorrer. Los Escipiones eran una de las familias más influyentes de la Urbe, y la *gens* Cornelia, a la que pertenecían, hundía sus raíces en la época gloriosa de los *patres* que habían fundado la ciudad sobre las riberas del Tíber.

Sin embargo, aun sabiéndolo, le embargaba un extraño sentimiento de excitación cuando miraba a su padre y constataba la naturalidad con que lucía las vestiduras de color púrpura que revelaban su rango.

—Publio —lo llamó de improviso, haciéndolo estremecerse por la sorpresa—. Ven aquí, junto a mí.

Con el corazón que le martillaba en el pecho, y no sin antes haber lanzado una mirada a su fiel amigo y sirviente Versilio, Publio se unió a su padre, mientras éste reía y bromeaba charlando con su hermano Cneo. Estaban recorriendo la Vía Apia, poco más allá de la Puerta Capena, camino del sepulcro familiar, donde reposaban sus antepasados. Aquel paseo era un verdadero ritual, al que su padre daba muchísima importancia y que había marcado todas las etapas más relevantes de su carrera política.

Ahora que lo habían elegido cónsul, quería dar gracias a su linaje, y para la ocasión había querido tener junto a él a toda la familia, además de a todos aquellos que eran cercanos a los Escipiones: otras familias de confianza con las que entretejía complicadas relaciones de amistad, económicas y de poder.

Una multitud de servidores y guardias armados se había unido al cortejo,

para garantizar la seguridad y la comodidad de los numerosos prohombres y para tratar de mantener alejados a los curiosos y a todos aquellos que no querían perderse la procesión de esas personalidades. Al final, el paseo al sepulcro familiar se había transformado en una especie de desfile público, con la multitud que observaba curiosa y saludaba apasionada, rindiendo a su padre y a todos aquellos que lo apoyaban un tributo digno de un caudillo de regreso de alguna importante expedición de guerra.

—Mira a tu alrededor —le dijo su padre cuando Publio lo alcanzó—. ¿Qué ves?

Publio buscó las palabras correctas, porque sabía que no le hacía la pregunta para entablar conversación. Los estaban escuchando todos aquellos que se encontraban allí cerca, entre ellos también algunos senadores influyentes que habían defendido la elección de su padre como cónsul.

—Veo al pueblo de Roma —respondió Publio—, Hombres y mujeres exultantes que no sienten temor por lo que está sucediendo en Iberia o en los territorios fronterizos.

El padre dirigió una mirada divertida a Cneo y a los demás senadores, que estaban sorprendidos.

—¿Por qué lo crees? Yo encuentro más fácil pensar que se trata de un grupo de personas emocionadas al ver a uno de los nuevos cónsules.

Publio asintió.

—Eso es lo que pueden pensar las personas sencillas —respondió—. Aquellos que no ven más allá de las apariencias, que no se preguntan cuál es la situación de la República, qué peligros amenazan nuestra estabilidad. Pero nosotros no podemos hacerlo. Nos encontramos en una posición desde la cual podemos divisar más allá del horizonte limitado de la Urbe.

Cuando Publio acabó de hablar hubo un instante de incómodo silencio, luego su padre se echó a reír.

—¿Qué os había dicho? —exclamó dirigiéndose a su hermano y a los senadores—. ¡El muchacho ya está listo para ponerse mi toga!

Otras carcajadas resonaron en torno a él, pero Publio se dio cuenta de que no

eran de mofa, sino que lo envolvían en una especie de calor propio de la camaradería que nunca antes había advertido.

Observó a su padre y a aquellos otros hombres poderosos que gobernaban la República, y comprendió que finalmente lo consideraban uno de los suyos, una persona con un pasado y un futuro, quizás un porvenir, y ya no, sencillamente, como el hijo del cónsul Publio Cornelio Escipión.

—Nuestra familia siempre se ha distinguido en la historia de Roma —continuó el padre mientras llegaban al sepulcro y el cortejo que los acompañaba se detenía a respetuosa distancia, dejando que sólo los familiares más cercanos entraran en el edificio sagrado—. Es a ellos a quienes debemos el mérito de lo que somos. Nunca lo olvides.

Dicho esto, el padre entró en el sepulcro, seguido por Cneo y Lucio. Publio fue el último; fuera se quedaron las mujeres, Versilio y todos aquellos que no tenían un vínculo votivo con la *gens* Cornelia. Cuando se encontró ante sus antepasados, comprendió que el peso de su legado era más grande de lo que había imaginado. Miró los nichos donde se conservaban sus cuerpos, leyó los elogios grabados en las lápidas y se sintió atravesado por un estremecimiento ancestral.

Allí reposaban Lucio Cornelio Escipión Barbado, su bisabuelo, que había sido cónsul y había derrotado a los samnitas después de una guerra extenuante y difícil; y estaban los restos de otro Publio Cornelio Escipión, que había sido *magister equitum* de Marco Furio Camilo, el hombre que había derrotado a los galos y salvado a Roma de una derrota de la que ya no hubiera podido levantarse.

Aquéllos eran sus antepasados. Eran las piedras sobre las que se apoyaba su familia, sobre las que él mismo se sostenía en pie, y cuya tradición debía honrar hasta el final, como estaba haciendo su padre.

Ante ellos Publio juró que los romanos también a él lo recordarían con respeto y honor, cuando llegara el momento de ocupar su sitio en el nicho que le correspondía en aquel sagrario.

II

Aquella noche el banquete que su padre había organizado fue más sencillo de lo habitual. No es que faltaran los manjares y las bebidas más refinadas, pero los huéspedes no eran tan numerosos como de costumbre, y Publio notó que su padre debió de haberlos elegido con cuidado. Y el hecho de que fuera requerida su presencia era señal de que algo importante estaba a punto de suceder.

Con este estado de ánimo lleno de excitación y curiosidad, pero también de incomodidad, entró en el *tablinum*, donde su padre y los huéspedes de aquella noche lo esperaban conversando amablemente.

Todo parecía tranquilo, como siempre, pero cuando el padre le asignó el triclinio a su derecha y dio unas palmadas para dar inicio oficialmente al banquete, Publio respiró hondo y trató de calmarse. No había ninguna razón para estar nervioso. No ahora que su padre sancionaba oficialmente el puesto que le correspondía a su derecha, como hijo varón listo para compartir todas las responsabilidades políticas, éticas y morales que pesaban sobre una estirpe tan importante como la de los Escipiones.

—¿Así que de verdad creéis que esa estúpida ley puede ser aprobada por el Senado? —preguntó su padre aferrando un trozo de carne de una bandeja. Había planteado la pregunta con la máxima tranquilidad, sin dirigirse a nadie en particular, pero todos los presentes se volvieron hacia un hombre alto, delgado y con el pelo ralo que sorbía perezosamente una copa llena de vino especiado. Publio sabía que Cayo Licinio era uno de los hombres más influyentes de Roma, quizás incluso más que su padre.

Antes de responder a la pregunta, éste se limpió las comisuras de los labios con un paño y depositó la copa sobre la pequeña bandeja de plata que estaba en el suelo, junto al triclinio.

—Cayo Flaminio —se limitó a murmurar, con tanto desprecio en la pronunciación de aquel nombre que Publio sintió un escalofrío—. Es él quien está soliviantando al Senado y a todos los hombres influyentes de la Urbe. No le han bastado sus estúpidas leyes agrarias. Ahora quiere quitarnos también la posibilidad de mantener el comercio marítimo.

—Por lo que a mí respecta, puede hacer lo que quiera —rebatí con desdén otro de los huéspedes. Se trataba de Lucio Emilio Paulo, un hombre corpulento que se había convertido en uno de los más asiduos frequentadores de su casa. Su hija, Emilia, hacía varios años que se había prometido a Publio en matrimonio, y la naturalidad con que Lucio iba y venía de su casa era un claro signo de que las dos familias estaban a punto de unirse bajo la égida de aquel matrimonio en el que Publio intentaba pensar lo menos posible—. No me interesan esos triviales tráficos en el Mediterráneo. Ya bastantes problemas tengo para administrar todas mis propiedades aquí, en Roma.

Cneo Cornelio Escipión bufó, disgustado.

—No se trata sólo de eso —dijo—. Quieren prohibir que los senadores posean naves con capacidad de carga superior a las trescientas ánforas. Prácticamente unas barquitas. ¿Os dais cuenta?

—La *lex Claudia* pasará —afirmó Cayo Licinio—. Y la culpa será precisamente de esos senadores que piensan como Lucio Emilio. Estáis demasiado ligados a las tradiciones del pasado como para mirar al futuro. Y si algo no puede decirse de Cayo Flaminio es que no es capaz de pensar en su porvenir y en el de sus amigos.

—Tenemos problemas mucho más graves en los que pensar —intervino el padre de Publio—, La arrogancia de Aníbal, por ejemplo. Y de Cartago. No creo que podamos tolerarla.

Publio prestó atención. Había hablado largamente con Versilio sobre la audacia del nuevo comandante del ejército cartaginés, que parecía dispuesto a desafiar abiertamente a Roma, aunque por el momento su acción estaba limitada a la lejana Iberia. Versilio le había contado lo que se decía de Aníbal en las *insulae*, historias reproducidas por comerciantes que habían tenido ocasión de atracar en las ciudades bajo dominio cartaginés, y había quedado impresionado. Pero sabía que los relatos del pueblo siempre estaban cargados de exageraciones que falseaban la verdad, y él quería tratar de entender qué había de cierto sobre aquel hombre.

—Sagunto no es más que un pretexto —afirmó Cayo Licinio—. Es evidente que ese hombre cree que puede convencer al Consejo de Cartago para que lo apoye en una guerra absurda contra Roma.

—¡Se ha burlado de nuestros ultimátums! —refunfuñó Cneo, airado—. No debemos permitir que los cartagineses vuelvan a levantar cabeza.

—¿Y qué podrían hacer? —preguntó sonriendo Lucio Emilio Paulo—. Para desplazar al ejército necesitarían una flota, y no me consta que Aníbal tenga una.

—Es verdad —asintió el padre de Publio—, pero esto no cambia el hecho de que Roma haya sufrido una afrenta.

Durante un instante se hizo el silencio, luego, casi sin darse cuenta, Publio intervino en la discusión.

—¿Por qué no mandamos una embajada a Cartago? —dijo—. Así, entenderemos si Aníbal se mueve por su cuenta o está apoyado por el Consejo de Ancianos.

Todos se volvieron a mirarlo, y Publio se ruborizó al advertir que no sabía si estaba autorizado a intervenir en aquel tipo de discusiones.

Pero la atmósfera se suavizó cuando Cayo Licinio asintió y añadió:

—Claro que lo hemos pensado. Antes de emprender cualquier acción respecto de Aníbal, debemos asegurarnos de la postura del Consejo de Cartago.

—¿Y si el Consejo no lo apoyase? —preguntó Cneo.

Cayo Licinio sonrió, cogió la copa de vino y bebió un largo sorbo. Luego dijo:

—En ese caso podríamos movernos con más comodidad para acallar el clamor que se está levantando en torno a Aníbal.

—Estoy de acuerdo —asintió el cónsul Escipión—. Pero tenemos que prepararnos desde ahora mismo para la eventualidad de que Cartago se muestre hostil.

—¿Qué quieres hacer? —le preguntó su hermano.

El padre de Publio cogió un trozo de carne, se lo llevó a la boca y luego se lamió con cuidado los dedos antes de responder sencillamente.

—Haré que el Senado decida una estrategia preventiva —reveló—. Iré con mis legiones a Iberia para enfrentarme a Aníbal más allá de los confines del Ebro, por si se atreviera a superarlos. Y Tiberio Sempronio Longo tomará el mando de sus hombres en Sicilia y se mantendrá listo para atacar a Cartago por sorpresa.

Cayo Licinio sonrió satisfecho.

—Me parece una estrategia excelente —convino—. Puede ser que de esta disputa salga algo bueno para Roma. Y para nosotros, naturalmente.

—No contéis con la facción de los Fabios —gruñó Lucio Emilio Paulo—. Ya sabéis que nunca han dejado de hacer negocios con la oligarquía de Cartago. Están más interesados en la conquista de la Galia Cisalpina que en lo que ocurre en Iberia, y no creo que quieran abrir otro frente de guerra.

—Marco Fabio Buteón se opondrá, es verdad —dijo Cneo—, pero no creo que el Senado pueda negarse a considerar la opinión de un cónsul de Roma.

—Sí que hay una manera de convencer a Marco Fabio para que acepte la idea de mandar una embajada a Cartago —intervino el padre de Publio.

III

—¿Cuál? —le preguntó Lucio Emilio Paulo.

—Confiarle a él la responsabilidad de la delegación y darle plenos poderes de negociación —explicó el cónsul.

—Podría ser peligroso —rezongó Cneo.

—En absoluto —intervino Cayo Licinio—. Es más, me parece la persona ideal para irritar a los miembros del Consejo de Cartago y hacer nuestro juego. Y yo podría ir con él, para tenerlo en ascuas.

Todos se echaron a reír, y Publio no estuvo del todo seguro de haber entendido las implicaciones de las palabras de Cayo Licinio.

Desde aquel momento la conversación se desplazó a los asuntos económicos y a las intrincadas relaciones de poder que entretejían los comensales, y Publio perdió muy pronto el interés. Habría querido pedirle a Cayo Licinio que lo llevara en la expedición a Cartago, pero se dio cuenta de que sería abusar demasiado de la paciencia de su padre y de sus huéspedes.

Así que se limitó a disfrutar en silencio de la satisfacción que le dio su primera participación en una decisión política importante para Roma, y se dedicó con mayor entusiasmo a las succulentas comidas que los esclavos servían en bandejas de plata.

Pero, en su fuero interno, le quedó la curiosidad por aquel hombre del que todos hablaban, y que parecía haber tomado el camino desatinado y suicida de oponerse a la supremacía de Roma.

Aníbal Barca.

Un cartaginés al que, por algún motivo, sintió que pronto conocería, como si tarde o temprano sus destinos debieran entrelazarse.

CAPÍTULO IV

218 a. C.

Río Ebro (Iberia septentrional)

I

El río formaba una amplia curva, allí donde los exploradores habían encontrado el vado. Los generales del ejército cartaginés se habían quedado sorprendidos por la facilidad con que obtenían informaciones vitales de las tribus ibéricas que poblaban el valle del Ebro, pero Aníbal lo había previsto, y ahora sus capacidades de mando y su valor de caudillo, que nadie había puesto nunca en duda, se habían cubierto de un aura mística que lo hacía aún más fuerte y lo acercaban a los dioses. Se decía que incluso sus hermanos ofrecían sacrificios a Baal en su nombre, y por doquier se rezaba por el comandante en jefe del ejército cartaginés para que se congraciase con el dios Baal y los guiara hacia las más grandes conquistas que un soldado pudiera desear.

Por su parte, Aníbal no hacía nada por disuadir a sus hombres de que lo considerasen dotado de poderes sobrenaturales. Sabía que aquella clase de creencias reforzaba su influencia sobre el ejército, desde el más duro de los generales hasta el último de los mozos de cuadra. Y vista la empresa que iba a acometer, debía hacer que aquellos guerreros se movieran como un solo hombre, obedeciendo sus órdenes sin vacilar, por más incomprensibles que fueran en apariencia.

Incluso ahora, mientras observaba las aguas impetuosas del Ebro, Aníbal sabía que pocos imaginaban sus intenciones reales. Aquel río representaba una barrera más allá de la cual todos los tratados estipulados con Roma quedarían quebrantados y se decretaría abiertamente el desafío que Cartago quería llevar a la Urbe, pero nadie, entre los soldados y los comandantes de su ejército, había entendido hasta dónde estaba dispuesto a llegar.

—Hemos hecho controlar el vado —dijo una voz a su lado, distrayéndole de sus pensamientos—. Si he de ser sincero, no me gusta mucho.

Aníbal dirigió la mirada hacia Hannón, que había cabalgado a la máxima velocidad que le permitía su caballo y ahora lo estaba mirando con las aletas dilatadas, como participando en el esfuerzo del animal.

—¿Qué es lo que no te convence? —le preguntó, volviendo a observar los recodos del río y a los hombres que trabajaban para montar el campamento a lo

largo de la orilla sur del Ebro. Aquella noche acamparían allí, pero no permanecerían mucho tiempo.

Hannón bufó mientras daba unos golpecitos en el cuello de su caballo, para tranquilizarlo.

—Hombres y caballos podrán pasar, si es necesario —respondió—, Pero los elefantes... dudo que lo consigan.

—Construiremos balsas —le explicó Aníbal—. No es la primera vez que vadeamos un río, y éste me parece accesible.

—Nunca lo hemos hecho con cuarenta elefantes —rebató Hannón—. ¿Tienes idea de lo que significa? Podríamos perder decenas de ellos, y construir esas balsas será...

—Considéralo un entrenamiento para los hombres —lo interrumpió Aníbal—. En los próximos meses, deberemos vadear ríos mucho más grandes que éste.

Hannón lo miró, desconcertado.

—Pero... —intentó rebatir.

—Ocúpate tú —ordenó Aníbal apartando su caballo y dirigiéndose hacia la gran tienda que habían instalado como cuartel general del Estado Mayor. Como de costumbre, dormiría allí, sobre un camastro espartano que le prepararían en un rincón de la tienda.

Hannón, ceñudo, lo vio alejarse, luego reanudó la marcha para alcanzarlo, hundiendo los talones en los costados del caballo.

Antes de que lo consiguiera, otros dos caballos llegaron al galope y se detuvieron levantando una nube de polvo.

En uno iba Magón, que parecía más excitado de lo habitual, en el otro iba un joven mensajero que Aníbal ya había visto en Nueva Cartago, pero del que no recordaba el nombre.

—¡Hay noticias de Cartago! —exclamó Magón estirándose sobre el caballo para pasarle un pergamino a Aníbal—, Barulio acaba de llegar, y hemos venido a

verte de inmediato.

Mientras recogía el pergamino, Aníbal se dio cuenta de que el mensajero aún estaba cubierto de polvo mezclado con sudor. Apenas se sostenía sobre el caballo, de tan extenuado como estaba, pero aguantaba a pie firme para no desplomarse en el suelo.

—Vete, Barulio —lo despidió Aníbal con una sonrisa—. Lo has hecho muy bien. Haz que te den algo de comer y descansa. Mañana tendré otro cometido para ti.

El joven asintió, hizo girar el caballo y se alejó tratando de mantener la espalda recta, ayudado por el orgullo de haber recibido unas palabras tan consideradas de su comandante.

Aníbal observó el pergamino, luego en vez de desenrollarlo se dirigió a Magón:

—¿Qué dice?

Su hermano no consiguió evitar ruborizarse, pero a pesar de la risita burlona de Hannón respondió eufórico, con los ojos fuera de las órbitas.

—El Consejo ha rechazado las condiciones de Roma —reveló, haciendo que un estremecimiento de excitación recorriera la espina dorsal de Aníbal—. ¡Estamos en guerra!

Aníbal asintió pausadamente, notando que el corazón empezaba a latirle con fuerza, aunque siempre había sabido que eso ocurriría. Baal estaba de su parte, y no dejaría que Cartago se doblegara de nuevo ante la arrogancia de los romanos.

—Siempre hemos estado en guerra —afirmó, poniendo en marcha el caballo con un golpecito de los talones.

—¿Y si, en cambio, el Consejo hubiera llegado a un pacto? —le preguntó Hannón, sombrío.

Aníbal lo miró con los ojos entornados en dos fisuras.

—En cualquier caso habríamos seguido por nuestro camino —respondió.

Nadie tuvo el atrevimiento de objetar, y lentamente se dirigieron todos hacia el campamento, donde las tiendas, los vallados y las cocinas surgían a una velocidad prodigiosa, lo que demostraba lo adiestradas y habituadas a aquel tipo de cometido que estaban las tropas cartaginesas.

—Tenemos un ejército de cuarenta mil hombres —dijo Aníbal cuando llegaron al cuartel general—. Nadie conseguirá detenernos. Convocad a los comandantes de todas las unidades.

Entró en la tienda seguido de Hannón, mientras Magón se precipitaba a ejecutar las órdenes.

El momento tan esperado por fin había llegado.

II

Las estrellas brillaban más de lo habitual, a pesar de que la luna resplandecía en el cielo, ya casi llena. La luz que emanaban era tan intensa que Himilce pensó que no podía haber elegido una noche peor para emprender el viaje. Unos ojos atentos podrían reconocerla a ella y su carro desde una gran distancia, aunque el polvo removido por las ruedas, que a sus espaldas subía como un torbellino, era casi invisible. Sacudió otra vez las riendas, aun sabiendo que el caballo estaba agolado, y trató de no mirar a su alrededor.

La sugestión le estaba jugando una mala pasada, dando vida a las sombras que corrían en torno a ella y que parecían extrañas criaturas de la noche concentradas en escrutarla y en seguirla de reojo. Sin embargo, Himilce sabía que no había nadie. Era la única que empujaba el carro a la máxima velocidad por aquellas pistas de tierra batida, las mismas, según le habían referido algunos soldados de Aníbal, que su marido había recorrido con el ejército para dirigirse hacia la frontera del Ebro.

El recuerdo de lo que estaba sucediendo la sacudió otra vez: Aníbal no se detendría ante aquel río, no se limitaría, como sostenían todos en Nueva Cartago, a lanzar un gesto de desafío a Roma, dando a entender que era bastante fuerte para poder atravesar aquel confín en cualquier momento, y llevar su desafío a la República. No, ella sabía cuáles eran las verdaderas intenciones de su marido, las había intuido con una facilidad que le sorprendía, aunque Aníbal no se había confiado con ella. Sabía que él estaba listo para emprender la guerra contra Roma. Había adiestrado a las tropas durante mucho tiempo, con cuidado y método, infundiendo aquel sentido de la disciplina que había heredado de su padre, y ahora vibraba por el deseo de asestar un golpe letal a Roma, al símbolo de la derrota de Cartago, para devolver a su tierra y a su gente la dignidad y el poder que estaba convencido de que le correspondían.

Cuántas veces lo había oído murmurar palabras de odio contra los romanos, prometer en voz baja al espíritu de su padre que continuaría su obra, que pondría fin de una vez y para siempre al poder de aquellos bárbaros que habían quitado a Cartago el dominio del mundo.

Aníbal nunca hablaba directamente con ella. No porque Himilce no fuera

cartaginesa, sino porque el odio que lo atormentaba era un fuego que quería mantener en su interior, aprestándose para el momento en que pudiera hacerlo emerger al exterior e implicar a su pueblo en una empresa que todos consideraban imposible.

También Anshat, la hermana mayor de Aníbal, la única que alguna vez había conseguido descifrar los turbios pensamientos de su hermano, había intuido algo, exactamente como ella, pero al contrario de Himilce no estaba preocupada por la suerte hacia la que Aníbal había decidido lanzarse a pecho descubierto. Ella estaba orgullosa y satisfecha del gran proyecto que apremiaba a su hermano y al que ahora, después de tantos años de batallas y conquistas en tierras ibéricas, estaba a punto de dar comienzo.

—Debemos detenerlo —le había implorado Himilce una semana antes, después de reunirse con ella en sus habitaciones del gran palacio que Asdrúbal el Bello había hecho construir para celebrar la gloria de los Barca en Nueva Cartago—. Ayúdame a ir a verlo. No podemos permitir que inicie una guerra contra Roma.

Anshat la miró con curiosidad y, en apariencia, divertida.

—Nosotros siempre hemos estado en guerra con Roma —respondió, inclinando apenas la cabeza para observarla. Himilce siempre se había sentido incómoda bajo la mirada de aquella mujer, que nunca perdía ocasión de escrutarla con intensidad, no sabía si para intentar entender cuáles eran sus pensamientos o, sencillamente, por la típica curiosidad con que las mujeres feas intentan averiguar qué tiene de tan especial una muchacha guapa.

Anshat tenía la nariz demasiado grande y los labios demasiado delgados para resultar interesante, y más de una vez Himilce había observado que si se cortara el pelo parecería más un varón que una mujer. También el cuerpo delgado, ahusado y leñoso contribuía a dar la impresión de que se trataba de un muchacho con ropas de mujer, y sólo la mirada, el color y el corte de los ojos revelaban su parentesco con Aníbal y sus hermanos.

También el hijo de Himilce y Aníbal, Amílcar, tenía aquel corte de ojos, ya reconocible aunque sólo tenía dos años.

Himilce a menudo se sentía blanco de las intensas miradas de Anshat, y si las primeras veces creyó que sólo se debían a la típica desconfianza de los cartagineses por cualquiera que no perteneciese a su estirpe, luego entendió que su cuñada

estudiaba cada uno de sus movimientos, sus tocados y la manera en que aprovechaba la capacidad de los albayaldes cosméticos provenientes de Roma y de Grecia para dar relieve a algunos rasgos de su rostro y ensombrecer otros.

Quizás alguna vez la había visto arder de celos por ella, porque Himilce sabía que era una mujer hermosa y deseable, pero luego había comprendido que había algo más, algo que le creaba un punto de inquietud y que la hacía sentirse a disgusto cada vez que se encontraba en presencia de Anshat.

Sin embargo, no vaciló en correr a verla para pedirle apoyo cuando se percató de las verdaderas intenciones de Aníbal. Se había atormentado durante varias noches, reflexionando en aquello que le había dicho antes de partir, en el modo en que la había acariciado y besado, en que había tenido en brazos al pequeño Amílcar, observándolo con mirada sombría, como si pensara que podía ser la última vez que los viera, y cuando finalmente ató todos los cabos y entendió qué se proponía realmente su marido, se había quedado helada.

Aníbal pretendía cruzar el Ebro y marchar con el ejército hasta Italia, para combatir a Roma en su mismo territorio. Una empresa descabellada, sin ninguna esperanza de éxito, y ella debía detenerlo.

Pero Anshat, que había llegado a sus mismas conclusiones, no estaba asustada ni angustiada ante la idea de la suerte que Aníbal y sus hermanos podrían correr. En ella latía el mismo odio que endurecía los rasgos de Aníbal cuando alguien nombraba a Roma, y probablemente tenía una sola pena: no poder estar al lado de su hermano durante aquella absurda campaña militar.

—Morirán todos —dijo para intentar sacudirla Himilce, pero como respuesta sólo recibió una extraña sonrisa.

—Eres muy guapa —murmuró Anshat, alargando la mano para rozarle el rostro.

Himilce la apartó con ira y se fue al comprender que nunca conseguiría convencerla de que le ayudara.

Después de confiar Amílcar a las criadas, que se ocupaban de él noche y día, corrió a los acuartelamientos del Escuadrón Sagrado y ordenó a los pocos jinetes que quedaban en Nueva Cartago que le dieran indicaciones sobre los movimientos del ejército de Aníbal. Luego había cogido aquel carro, había uncido el caballo más robusto que había encontrado y se había lanzado hacia el norte, llevando consigo

sólo una bolsa con comida y un odre lleno de agua.

Nadie había intentado detenerla, y ella había viajado ininterrumpidamente noche y día, dejando al caballo sólo el tiempo de alimentarse y reposar un poco, antes de volver a lanzarse por las pistas de tierra batida por las que aún podía ver las señales dejadas por el avance de los elefantes.

Llevaba nueve días espoleando a aquel pobre animal y ahora finalmente sabía que había avanzado mucho. Por eso había decidido viajar también de noche, aprovechando todas las horas disponibles para intentar alcanzar a Aníbal antes de que cruzase el Ebro. Si ya lo había conseguido, sabía que para ella sería imposible convencerlo de que renunciara y volviera atrás.

Ante aquel pensamiento angustioso las lágrimas le brotaron de los ojos, así que dio otro azote al caballo, espoleándolo más de lo que permitían sus escasas fuerzas. De improviso, el animal dobló las patas delanteras y cayó redondo al suelo. El carro lo arrastró, e Himilce sintió que brincaba del pescante y se encontró volando. Cayó al suelo algunos metros más allá, se dio un fuerte golpe en el hombro y rodó varias veces sobre sí misma, intentando atenuar la caída.

Antes de que la oscuridad le llenara los ojos, junto con las lágrimas de ira y dolor, consiguió distinguir el cuerpo empapado de sudor del caballo, sus ojos vidriosos y sin vida, y le pidió perdón.

III

Cuando se despertó no sabía cuánto tiempo había transcurrido. El sol estaba alto en el cielo, y al pasarse la lengua por los labios se quedó sorprendida por el dolor: debían de haberse partido en varios puntos. Advirtió un sonido chillón a sus espaldas y se giró de pronto, imaginando que algún animal se había acercado olfateando el olor de la sangre. Localizó de inmediato a dos grandes zorros de dientes puntiagudos y mirada recelosa, pero se dio cuenta de que no estaban interesados en ella: se estaban dando un banquete con lo que quedaba de su pobre caballo.

—Ese desgarró... —murmuró tratando de ponerse de pie. El sonido de su voz bastó para hacer que los zorros se dieran a la fuga. Intentó recobrar el equilibrio, sobreponiéndose con ira al mareo, que le provocó arcadas; luego, cuando recuperó el control de sus piernas, se acercó a la carcasa del palafrén.

Los zorros se habían dado un banquete con lo que quedaba de los intestinos del caballo, pero el desgarró que tenía en el vientre era demasiado grande para que hubieran sido ellos quienes lo provocaran. Examinando el terreno circundante, Himilce muy pronto tomó conciencia de lo que había sucedido, y de que había sido muy afortunada.

—Un oso. Ha sido él quien ha descuartizado al caballo.

La voz provenía de la cima de una pequeña colina alrededor de la cual giraba la pista de tierra batida que ella estaba siguiendo desde la noche anterior. Himilce se puso rígida al ver que se trataba de un hombre. Con los animales siempre había manera de convencerlos de que se alejaran, pero los hombres... no había nada más peligroso, para una mujer sola y en sus condiciones.

Himilce no dijo nada. Se limitó a mirar al hombre procurando enderezar al máximo la espalda y esconder el dolor que sentía en todo el cuerpo. En la caída se había estrellado con fuerza contra las piedras y los arbustos, y ahora se sentía atravesada por mil cuchillos en el vientre, la espalda, las piernas y los brazos.

Mientras el hombre se acercaba, bajando rápido por la colina, intentó no desvelar su situación real, y con la mano hurgó debajo de la túnica en busca del puñal que tenía colgado en el cinturón. Consiguió encontrarlo y extraerlo justo a

tiempo, luego el hombre dio el último salto y se detuvo delante de ella.

Era joven, mucho más de lo que al principio había creído, y tenía los ojos redondos y la tez oscura propios de un cartaginés. Sólo en aquel momento Himilce se dio cuenta de que él había hablado en púnico, con la pronunciación típica de los territorios mauritanos, y una sensación de alivio recorrió su cuerpo contraído y dolorido.

—Has sido afortunada —afirmó socarrón el muchacho, señalando el caballo con una corta espada ibérica—. Evidentemente, el oso ha prestado más atención a la cantidad que a la calidad de la carne.

Se echó a reír, mirándola como si esperara que ella hiciera lo mismo, luego al notar su ademán circunspecto se ruborizó y se inclinó ligeramente.

—No te asustes —le dijo, deslizando la espada en el interior de una cuerda que mantenía atada a la cintura—. Soy un correo cartaginés. Tengo la misión de vigilar este tramo de la pista caravanera.

Himilce sintió que se le encogía el corazón, pero intentó no dejar entrever su alivio.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó.

El se encogió de hombros y a continuación señaló el collar que ella llevaba colgado del cuello.

—No perteneces a ninguna tribu rebelde, de otro modo no llevarías eso, y sobre todo no lo expondrías de ese modo. Por aquí se puede morir por mucho menos.

Rió otra vez, e Himilce decidió que no era peligroso. Es más, quizás era la ayuda inesperada que había invocado en su fuero interno desde que había emprendido el viaje por aquellos territorios desconocidos.

—¿Sabes dónde está el ejército de Aníbal? —le preguntó, yendo al grano.

El muchacho hinchó el pecho lleno de orgullo.

—¡Claro! —exclamó—. He sido alistado por Magón en persona. Y si demuestro mi valor, quizá pueda entrar a formar parte de las escuadras de correos

del gran Aníbal.

—Bien —asintió Himilce—. Entonces llévame a verle. ¿Está muy lejos?

El joven la miró boquiabierto, como si acabara de pronunciar algo incomprensible.

—¿Qué pasa? —le preguntó Himilce—. ¿Sabes dónde se encuentran?

—Claro... —balbuceó el muchacho, repentinamente sombrío e inseguro. No le quitaba los ojos de encima, como si estuviera tratando de entender qué había detrás de la máscara de tierra y polvo que le cubría el rostro—.

Pero... tengo órdenes precisas, no puedo alejarme de aquí. Y no tengo un caballo.

—Entonces iremos a pie —lo espoléó Himilce sin rodeos. Se acercó a lo que quedaba de la calesa, hurgó entre las maderas partidas y encontró sus alforjas, aún intactas. Se vertió agua en una mano y se la pasó por el rostro, para refrescarse y limpiarse un poco la suciedad.

—¿Tú... tú quién eres? —le preguntó el joven, aproximándose con circunspección.

Himilce se volvió hacia él y le sonrió.

—¿Acaso ahora me reconoces?

El muchacho empalideció, abrió de par en par los ojos y se echó al suelo, postrándose a sus pies.

—¡Perdóname! —gritó—. Yo... yo... no podía imaginar que...

—Levántate —ordenó Himilce, divertida—. Debemos marcharnos de aquí antes de que vuelva el oso.

Lo miró fijamente para averiguar si aquel muchacho había dicho la verdad o si era un fanfarrón.

—¿De veras eres un correo de Aníbal? ¿Sabes dónde se encuentra el ejército?

—¡Sí! —exclamó el joven incorporándose—, ¡No te he mentado, mi señora!

—¿Entonces puedes acompañarme hasta donde está mi marido?

El muchacho tragó un par de veces, antes de hallar la fuerza necesaria para responder.

—Lo haré. Pero, sin caballos, necesitaremos tres o cuatro días.

—Soy una mujer fuerte —rebató Himilce, poniéndose las alforjas en bandolera y haciendo señas al joven de que la precediera.

El obedeció como si hubiera recibido la orden de Aníbal en persona, y sin añadir más comenzó a trepar por la colina, ignorando la pista de tierra batida.

—¿Conoces unos atajos? —le preguntó Himilce.

—Sí, mi señora. Ahorraremos mucho tiempo.

Mientras se encaminaban, con el joven que trotaba delante de ella manteniéndose a una distancia respetuosa, Himilce comprendió que había sido afortunada. Quizá los dioses de Aníbal velaban también sobre ella, y ésa era la señal de que aprobaban su decisión de alcanzar a su marido para convencerlo de que desistiera de sus propósitos.

O al menos eso esperaba...

IV

—¡Mantenedlos contra la pared! ¡Y fijaos bien en dónde meten las patas!

Los alaridos de Vilualta, el jefe de los conductores de elefantes, conseguían superar en intensidad los gruñidos y las blasfemias de los soldados, e incluso los berridos de los elefantes, que desde hacía días no dejaban de caminar arriba y abajo por el recorrido accidentado que Aníbal había hecho construir aprovechando un relieve natural del terreno.

—¡No está bien! ¡Maldición! —bufó Magón mientras observaba que uno de los elefantes perdía contacto con el terreno y estaba a punto de precipitarse por el relieve de tierra y piedras que habían construido simulando una pendiente escarpada de montaña. El conductor gritó y aguijó con el gancho al elefante, que se mantuvo milagrosamente derecho sobre tres patas y volvió a poner sobre la tierra firme del sendero también la cuarta, que por un instante había quedado suspendida en el vacío.

—Corren el riesgo de hacerse daño —añadió Hannón, observando apesadumbrado, a los adiestradores de elefantes que incitaban sin pausa a sus animales—. Si así fuera, nos veríamos obligados a eliminarlos.

Aníbal había escuchado en silencio, sin apartar los ojos de la pequeña colina donde había hecho cavar aquel sendero empinado y lleno de escollos y que, de todos modos, estaba convencido de ello, no era nada en comparación con lo que encontrarían en los Pirineos y en los Alpes.

—Se están comportando bien —dijo al fin dando media vuelta para volver a la tienda de mando. Magón y Hannón lo siguieron de inmediato—. Si no los adiestramos como se debe, nunca conseguiremos llevarlos por la montaña.

—A mí me sigue pareciendo una locura —farfulló Hannón, que desde que se había enterado de los planes de Aníbal no dudaba en mostrar su contrariedad.

—No tenemos otro modo de coger a Roma por sorpresa —intervino Magón, asumiendo enseguida la defensa de Aníbal.

—Ni siquiera sé si conseguiremos atravesar los Pirineos —insistió Hannón.

Se detuvo y señaló a sus espaldas la colina en la que se estaban adiestrando los elefantes—. Mirad allá abajo, ¡maldición! Esos senderos que hemos cavado no son nada en comparación con lo que encontraremos en las montañas, y sin embargo en cada vuelta corremos el riesgo de que un elefante se rompa una pata o se precipite cuesta abajo.

Magón enrojeció de ira, pero antes de que pudiera replicar se produjo un gran trasiego en el campamento, y algunos hombres llegaron a la carrera.

—¡Mi señor! —dijo el primero de éstos, al que Aníbal reconoció como uno de los comandantes de los centinelas del ejército—. ¡Ha llegado una persona!

Aníbal lo miró, sorprendido.

—¿Una persona? —preguntó—. ¿Qué significa?

—La ha encontrado uno de los correos —trató de explicarse el hombre, jadeando ostensiblemente—. Y... la ha acompañado aquí. Dice que le ordenaron hacerlo.

Aníbal, irritado por el modo confuso con que se explicaba el hombre, lo apartó con un manotazo y miró en la dirección hacia donde varios soldados estaban confluendo, como atraídos por un espectáculo inusual.

—¿Se puede saber qué sucede? —refunfuñó Hannón a sus espaldas, interpretando también sus pensamientos.

Aníbal se dirigió hacia donde se concentraban los soldados que rodeaban a los recién llegados, y cuando la multitud se percató de su presencia se apartó al instante, permitiéndole pasar por un pasillo de rostros asombrados y divertidos.

—Creía que en un campamento cartaginés las mujeres no faltaban —lo acogió una voz que Aníbal nunca habría imaginado poder oír en aquel lugar—. En cambio, veo que basta poco para engatusar a tus hombres.

Aníbal evitó mover la cabeza para aclararse la vista. Sabía que no era fruto de su imaginación. Himilce estaba allí delante de él, sucia y cubierta de polvo y con algunas heridas en la frente y los brazos, pero con su sonrisa traviesa en los labios. Junto a ella, un muchacho muy joven estaba con la cabeza inclinada, rígido como si un maleficio lo hubiera transformado en piedra. Nadie más, sólo ellos dos. Ninguna escolta, ni siquiera uno de los soldados del Escuadrón Sagrado que tenían el

cometido de protegerla.

—¿Cómo has logrado...? —intentó preguntar Aníbal, desconcertado, mirando a su esposa con una mezcla de emociones. Estaba la sorpresa de verla aparecer de improviso delante de él y la ira por darse cuenta de que habría atravesado sola aquellos territorios peligrosos del norte de Iberia. Pero también estaban la alegría inmensa de poder verla finalmente en vivo, no sólo en sus sueños, y el deseo de estrecharla entre sus brazos, para aspirar su perfume.

Sin embargo... sin embargo, todo esto no debía ocurrir allí, en la ribera del Ebro, justo cuando él estaba a punto de dar un paso fundamental en la historia de Cartago.

—¿Dónde está nuestro hijo? —le preguntó, procurando disipar la confusión que le nublabla la mente.

—El está en lugar seguro —lo tranquilizó Himilce, acercándose y acariciándole el rostro—. ¿No te alegras de verme?

Aníbal miró sus ojos profundos, advirtió el toque fragante de sus dedos y finalmente sonrió.

—Ven aquí —le dijo, abrazándola y estrechándola contra su pecho tan fuerte que ella emitió un gemido de placer.

De la pequeña multitud de soldados que se habían reunido en torno a ellos estallaron gritos de alborozo, y por un momento Aníbal tuvo la impresión de encontrarse en Nueva Cartago, durante la celebración de un triunfo sobre los romanos, y no en el lugar más al norte de los territorios que los tratados con Roma le permitían poder atravesar libremente.

Aquella impresión duró poco, porque bajo sus manos Aníbal advirtió una herida en la piel de la espalda de Himilce, en torno a la cual se había coagulado la sangre. La apartó de él y la hizo girar, observó las heridas que la cubrían y le preguntó:

—¿Se puede saber qué ha sucedido?

—Antes dame un poco de agua fresca y algo de comer —respondió ella—. Y una tina con agua, si la tienes. Seguro que apesto.

Aníbal la miró boquiabierto, se dispuso a decir algo, pero enseguida se dio cuenta de que sería inútil. Se volvió para acompañarla hacia su tienda, pero Himilce lo detuvo y señaló al muchacho que la había acompañado, aún inmóvil como una estatua.

—Ese joven es capaz y valiente —le dijo ella—. Sé que querría formar parte de tu ejército. Si fuera tú, lo alistaría. Es mérito suyo que ahora esté aquí, viva.

Aníbal echó un vistazo al muchacho, que lo miraba asustado y con el rostro encendido.

—Gracias, soldado —le dijo. Luego hizo una señal a Magón—: Que se le incorpore en la unidad que prefiera.

Dicho esto se marchó junto a Himilce, mientras a sus espaldas el joven caía al suelo, desvanecido.

V

—Tú estás loca —murmuró Aníbal mirándola con una extraña expresión. Parecía indeciso entre sonreír o acentuar la arruga de preocupación que le atravesaba la frente.

—¿Por qué? —le preguntó Himilce, divertida, pasándose el paño mojado por las piernas. Se estremeció al notar que le entraba agua en una herida que tenía sobre la rodilla derecha. Ahora que por fin podía relajarse y limpiarse la suciedad, se sentía mejor, pero al mismo tiempo parecía que todas las heridas y las contusiones de su cuerpo se hubieran despertado de improviso, aprovechando aquel momento de debilidad.

Aníbal se apartó de la bañera y la miró directamente a los ojos.

—Eres mi esposa —le dijo con un timbre de voz bajo, denso de preocupación, que la sorprendió—. La madre de mi hijo. Y eres también la esposa de Cartago, no lo olvides nunca.

Ella le cogió una mano, la besó delicadamente y luego se la pasó por el pecho.

—También soy tu mujer —le dijo, sin ceder a la fuerza de su mirada—. Te añoraba, te necesitaba.

Aníbal resopló y retiró la mano, luego volvió a levantarse y a caminar nerviosamente de un lado para otro.

—Yo también te extrañaba —le dijo—. Te añoro cada vez que tengo que alejarme de ti y de nuestro hijo. Pero ésta es mi vida. La vida de un guerrero y de un caudillo.

Himilce suspiró, volviendo a pasarse el paño mojado por los brazos llenos de morados.

—Sí, lo sé. No olvides que soy la hija de un jefe. —Hizo una mueca—. Otro loco como tú.

Aníbal pareció ignorarla. Se limitó a hacer un gesto de desaprobación,

mientras la miraba a hurtadillas.

Consciente de sus propias armas y de las maneras que tenía para endulzar a su marido, Himilce levantó una pierna y la apoyó en el borde de la bañera, pasándose un paño mojado. A la luz de las velas, la piel húmeda brillaba con los mismos matices que el oro. Mientras se movía despacio, lánguidamente, Himilce procuró extender lo más posible el pecho generoso, cuyos pezones resaltaban duros y oscuros como bellotas. Ni siquiera el gran caudillo cartaginés permanecería indiferente a aquel espectáculo, lo sabía perfectamente.

Como para confirmar sus pensamientos, la arruga en la frente de Aníbal se atenuó hasta desaparecer, y él se volvió a acercarse a la bañera, se sentó en el suelo a su lado y le cogió el paño de las manos.

—Deja que lo haga yo —le dijo, comenzando a lavarla de un modo que se parecía a una caricia.

Satisfecha, Himilce apoyó la nuca en el borde de la bañera y cerró los ojos. Pues esto era lo que más había echado de menos en Nueva Cartago: la presencia silenciosa pero apasionada de su marido, aquellas manos que le recorrían el cuerpo, aquel olor salvaje que podría reconocer entre otros mil.

—Eres una mujer bellísima y astuta —le dijo Aníbal obligándola a abrir los ojos—. Pero no creas que ya no estoy enfadado contigo.

Himilce sostuvo durante un momento su mirada, luego de improviso ambos se echaron a reír. Himilce cogió con las dos manos el agua de la bañera y la lanzó contra él, mientras Aníbal trataba de resguardarse levantando ambos brazos.

—Está bien, lo sé, he cometido una estupidez —admitió al fin—. Pero debía reunirme contigo como fuera.

—¿Por qué no le pediste una escolta a Asdrúbal? —le preguntó Aníbal.

—Porque sabes que nunca me habría dejado partir. Es más, sospecho que tu hermano ha recibido órdenes tuyas muy precisas.

El hizo una mueca, sin confirmar ni desmentir nada, permitiéndole entender a Himilce que había acertado.

—También los hombres del Escuadrón Sagrado tenían órdenes, ¿verdad?

—le soltó.

Irritado, Aníbal se levantó tirando el paño en la bañera.

—Me preocupaba tu seguridad —se defendió—. Y la de nuestro hijo. Tú, en cambio...

—Yo necesitaba hablar contigo —lo interrumpió ella—. Porque estás a punto de cometer una locura, y no quiero perderte.

Himilce y Aníbal se miraron largamente, en silencio, luego él fue a coger una túnica limpia y se la ofreció.

—Sal de ahí —le dijo—. Si quieres discutir de igual a igual conmigo, no puedes estar sentada allí dentro y pretender que yo me concentre.

Himilce sonrió y se levantó, quedándose desnuda delante de él, con las manos apoyadas en los costados.

—De acuerdo —dijo—. De igual a igual. Lo que significa que el valiente Aníbal hará el esfuerzo de escuchar a su esposa, de otro modo ni en sueños podrá poseer este cuerpo.

Aníbal suspiró, levantó las manos en un gesto de rendición y asintió.

Sólo entonces Himilce salió de la bañera y se puso la túnica que Aníbal aún sostenía para ella.

VI

—Era lo que me imaginaba —afirmó Himilce, pesarosa. Aníbal había mandado traer carne y vino, pero después de los primeros bocados se le había cerrado el estómago. No había tardado mucho en saber que sus sospechas eran ciertas.

—Eres más perspicaz de lo que suponía —farfulló él, picando de un plato que contenía manjares locales muy sabrosos.

—¡No me tomes el pelo! —soltó Himilce, furiosa.

—No lo hago, créeme —le dijo mirándola con expresión sincera.

—¿Entonces por qué no me has confiado de inmediato tus propósitos?

—Si es por eso, no se los he confiado a nadie —rebató Aníbal—. Aún me cuesta creer que está todo listo.

—¿Qué es lo que está listo? ¿Hacerte matar? ¿Hacerte exterminar junto con tus hombres?

Aníbal no respondió. Se llevó una jarra de vino a la boca y bebió lentamente, como si quisiera tomarse tiempo.

—¿Qué quieres de mí? —le preguntó al fin.

—No puedes declarar la guerra a Roma —repitió Himilce por enésima vez—. Sería una locura.

—¿Por qué? —se limitó a preguntarle él, en tono extrañamente sosegado.

—Porque no tienes naves para transportar el ejército a Italia —respondió Himilce, intentando frenéticamente concentrarse y recordar todas las razones que en las últimas semanas la habían mantenido despierta de noche por la angustia—. Y porque los romanos son más numerosos y están mejor adiestrados. ¿Cómo puedes esperar que un hatajo de mercenarios pueda enfrentarse a las legiones de Roma? Sólo conseguiríais que os mataran.

Había hablado de un tirón, creyendo que tenía una infinidad de argumentos que poner sobre la mesa ante su marido, para que entendiera lo absurda que era su idea, pero al final se dio cuenta de que podía contar con bien poco, aparte de su miedo, su rabia y su inquietud.

—Mis hombres están perfectamente adiestrados —respondió Aníbal sin inmutarse—. Y te aseguro que me he ocupado personalmente de la camaradería entre los soldados. También las legiones de Roma están compuestas por milicianos de decenas de tribus y raleas diversas, no lo olvides.

—Sí, pero...

—Y por lo que se refiere al mar, estate tranquila, que no tengo ninguna intención de convertirme en pasto de los buitres de Roma —la interrumpió él.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Himilce, sorprendida.

—Debemos golpear a Roma en el corazón, sin darle tiempo a reorganizarse por la sorpresa —le explicó apretando con fuerza un puño—. Atravesaré los Pirineos y los Alpes, y caeré en Italia desde el norte, atacando las regiones fronterizas de la República. Estoy seguro de que cuando se den cuenta de la fuerza de nuestro ejército, las poblaciones locales se sublevarán contra Roma, y esto engrosará nuestras filas y sustraerá preciosos recursos a los romanos.

Cuando hubo terminado, Himilce permaneció en silencio, observándolo para tratar de entender si estaba bromeando. No necesitó mucho para comprender que Aníbal había estudiado hasta en los más mínimos detalles aquel plan desatinado y sin esperanza.

—¿Llevarás cuarenta mil hombres a los Pirineos y a los Alpes? —preguntó con un hilo de voz.

—No te olvides de los elefantes —respondió él con una sonrisa. Luego se inclinó hacia delante, le cogió delicadamente el rostro entre las manos y le dirigió una mirada tan penetrante que Himilce se quedó sin aliento.

—Sé lo que hago —le dijo—. Confía en mí.

—Yo... —intentó decir Himilce, pero las palabras se le murieron en la garganta, cuando Aníbal se tendió y la besó.

VII

Aquella noche hicieron el amor con tal intensidad que Himilce creyó que había vuelto a los primeros días de su matrimonio, cuando el deseo, la pasión y la curiosidad los empujaban a uno en los brazos del otro en todo momento, para explorar, poseer y compartir sus cuerpos con un ardor que los dejaba siempre exhaustos.

A la mañana siguiente, al despertar, advirtió que Aníbal ya no estaba acostado junto a ella. Se levantó, se lavó en la palangana de agua y se vistió. Cuando salió, en la luz resplandeciente de la mañana, vio que había un carro preparado, con un contingente de jinetes de escolta completamente armados.

Aníbal estaba junto a uno de los jinetes, y le hablaba con tono decidido.

Cuando advirtió su presencia, se volvió y la miró. La arruga había reaparecido en el centro exacto de su frente, y esto, más que cualquier otra cosa, hizo comprender a Himilce que ya no le concedería ni un instante de su tiempo.

—¿Crees que te será fácil desembarazarte de mí? —le preguntó acercándose al carro y haciéndose ayudar por él para subir al pescante, donde un conductor con un arco en bandolera sujetaba las riendas del caballo.

—Yo no te dejaré nunca —respondió Aníbal—. Siempre estarás en mis pensamientos.

Himilce lo miró conteniendo la ira, luego se relajó y le sonrió.

—Eres un iluso —le dijo.

Antes de que Aníbal pudiera pedirle explicaciones, hizo una señal al conductor de que partiera, y el hombre dio un golpe a las riendas. El carro se movió, seguido por la escolta armada, y se alejó hacia el sur, por una de las pistas que habían sido trazadas por el ejército en marcha y las caravanas de aprovisionamiento.

Mientras abandonaba el campamento, Himilce sentía los ojos de Aníbal clavados en ella, y se dijo que aquel cartaginés testarudo aún ignoraba por

completo de qué pasta estaba hecha la mujer con la que se había casado.

Se daría cuenta de ello antes de lo que imaginase.

VIII

Aquella noche Magón despertó a Aníbal haciéndole señas de que los huéspedes que esperaban habían llegado.

—¿Cuántos son? —preguntó mientras se vestía deprisa, ya despierto y perfectamente lúcido. Aníbal consideraba el sueño algo fundamental para un guerrero, capaz de regenerar las fuerzas que había gastado en la batalla, pero también una pérdida de tiempo insoportable si el cuerpo no estaba agotado por los combates o las largas sesiones de entrenamiento.

—Tres, como nos habían dicho —respondió Magón—, También está el experto que habías pedido.

Aníbal asintió satisfecho y salió de la tienda. Había decidido recibir a los delegados de los boyos al aire libre, en torno a un fuego, para que se sintieran más a gusto. Sabía que aquella gente era tan desconfiada como hábil en la batalla, y llevaba tiempo intentando ponerlos de su parte, de modo que se sublevaran cuando su ejército se extendiese por Italia, convenciendo a las demás tribus galas para que los secundaran en su desafío contra Roma.

Los boyos hacía tiempo que reivindicaban con obstinación su independencia de la República, pero, solos, nunca estarían en condiciones de liberarse de las cadenas de los romanos. Por eso, hacía meses que había mandado emisarios a toda la Galia Cisalpina, con la misión de referir el grandioso plan que Cartago estaba poniendo en práctica para asestar un golpe decisivo a Roma, y con la esperanza de reunir aliados, tanto más preciosos porque conocían el territorio y porque, si se alineaban con él, no sólo engrosarían las filas de su ejército, sino que privarían a las legiones romanas de los refuerzos que Roma esperaba de las poblaciones subyugadas, y que siempre habían constituido la fuerza de la República.

Mientras el recuerdo de Himilce, y de la sonrisa cargada de desafío que le había dirigido mientras se alejaba, aleteaba aún en su mente, junto con una extraña sensación de inquietud, Aníbal llegó al fuego en torno al cual se encontraban los delegados de los boyos junto a Hannón y a algunos guardias selectos del Escuadrón Sagrado.

—Bienvenidos —dijo poniéndose delante de ellos. Había hablado en su

lengua, pero cuando vio que los galos apenas inclinaban la cabeza y lo miraban fijamente, comprendió que eran hombres con los que debería tratar de igual a igual.

Hizo señas a sus huéspedes de que se sentaran, y ordenó con una simple mirada a Hannón que les sirviera de comer y beber.

—Conozco vuestra lengua —empezó el más alto de los boyos, un hombre de espaldas enormes y pecho desnudo, cubierto sólo en parte por una piel cortada en seco y una doble correa de cuero en la que estaban enganchados anillos de hierro, pequeñas alforjas y puñales de distintas dimensiones. El pelo del galo era largo e hirsuto, y estaba recogido en la nuca y sujetado por una cuerdecilla de cuero. Las densas patillas llegaban hasta la mitad de la mandíbula, donde una tira de piel blanca resaltaba como una cicatriz, antes de que una poblada y rojiza barba cubriera el resto de los rasgos.

—Entonces podremos hablar con más facilidad —dijo Aníbal, satisfecho.

—Nuestros hombres están listos —fue al grano el jefe de la delegación gala—. ¿Cuándo podré confirmar vuestra llegada?

—Mañana atravesaremos el Ebro —les explicó Aníbal, consciente de que no iba a poder esconder nada si quería su pleno apoyo—. Luego marcharemos hacia los Pirineos, cruzaremos el Ródano y llegaremos a las proximidades de los Alpes.

—Los romanos podrían interceptaros en Massalia —le hizo notar el guerrero galo, y Aníbal sonrió. No eran unos desprevenidos, y ya habían tratado de analizar todos los posibles escenarios de la empresa a la que se disponían los cartagineses.

—No nos dirigiremos hacia Massalia —afirmó Aníbal, advirtiendo una chispa de curiosidad en los ojos de los boyos—. Iremos directos hacia los desfiladeros alpinos, que esperamos poder atravesar también gracias a vuestra ayuda.

—¿Dejaréis a vuestras espaldas esa ciudad sometida a Roma? —preguntó el jefe de los galos haciendo una mueca—. ¿Intacta?

—No tendrá ninguna importancia —respondió Aníbal—, siempre que consigamos golpear a Roma en su territorio.

Los galos se intercambiaron miradas dubitativas, luego el jefe de la delegación señaló a uno de los hombres.

—El conoce todos los secretos de los desfiladeros de montaña —declaró—. Os ayudará a encontrar el mejor paso para vuestro ejército.

—¿Crees que lo conseguirán los elefantes? —se entrometió Magón, ganándose una mirada hosca de Aníbal.

El jefe de los boyos exhibió una sonrisa, luego hizo una señal a su experto en los Alpes y éste les mostró un envoltorio, que posó en el suelo.

—Mirad —dijo el jefe de los galos desenvolviendo el hato y dejando a la vista su contenido—. Se han encontrado a alturas que consideraríais imposibles para un elefante. Y, sin embargo, allí estaban.

Con una cierta sorpresa Aníbal observó los restos de algunos colmillos que relucían junto a las chispas del fuego. Eran extraños, con una forma y una dimensión particulares, aunque se trataba sólo de fragmentos. No obstante, era indudable el mensaje que transmitían: alguien ya había llevado elefantes a las montañas. O en aquella zona existían animales muy similares a los elefantes, lo cual demostraba que el plan de Aníbal no era tan descabellado como todos creían.

—Necesitaremos las informaciones de vuestro experto —afirmó Aníbal, mientras las narices se le dilataban por la excitación.

—Cuando lleguéis, estaremos preparados —declaró el jefe de los boyos, levantándose—. Beridice se quedará aquí con vosotros. Será vuestro guía.

—Quedaos al menos una noche —le propuso Aníbal—. Estaréis cansados. Tenemos excelente comida, vino y mujeres a voluntad.

El galo sonrió bajo la maraña de su hirsuta barba, pero luego inclinó la cabeza con un movimiento decidido y respondió:

—Te lo agradezco, pero debemos regresar de inmediato a nuestra tierra. Advertiré a nuestros hombres de que estén listos, a la espera de vuestra llegada.

Aníbal se limitó a asentir, comprendiendo que habría sido inútil insistir, y los boyos se alejaron en la noche, mientras el hombre que se llamaba Beridice permanecía firme en su puesto.

Hannón se adelantó y le dio una palmada en el hombro, luego con mirada cómplice le dijo:

—¿Qué dices, te interesa probar nuestro vino, nuestro jabalí o nuestras mujeres?

—¿Por qué no todo a la vez? —respondió el galo con una luz codiciosa en los ojos.

Hannón se lo llevó, riendo, y Aníbal pudo relajarse junto al fuego. Por encima de ellos, el cielo estaba cubierto de estrellas, y todo hacía presagiar el enorme éxito de la grandiosa empresa que estaban a punto de realizar.

—Nuestro padre estaría orgulloso de lo que estás haciendo —murmuró Magón junto a él.

Aníbal no replicó nada, limitándose a dirigir una leve sonrisa al manto de estrellas que los dominaba.

IX

A altas horas de la noche, cuando todos habían caído en las redes del sueño, Aníbal entró en la tienda de Hannón. Su sobrino dormía en un amasijo de pieles y mantas junto a una mujer, cuyas largas piernas lo envolvían como las pinzas de un cangrejo. Aníbal les dio unos golpecitos a los dos, que se despertaron sobresaltados, mirándolo con los ojos desencajados.

—Soy yo —dijo, cuando vio que Hannón sacaba un puñal de debajo de las mantas y le apuntaba.

—¿Aníbal? —murmuró el sobrino con la voz gangosa—. ¿Se puede saber qué...?

—Échala —ordenó Aníbal señalando a la muchacha con el mentón. Hannón lo miró sorprendido durante un momento, luego asintió hacia la joven, que se levantó de un brinco y se fue corriendo.

—¿Por qué estás aquí? —le preguntó al fin, cuando estuvieron solos.

Aníbal calló por un instante, a continuación habló sin apartar los ojos de los de su sobrino:

—Tú no vendrás con nosotros —dijo—. Nos ayudarás a alcanzar los Alpes, pero luego te quedarás en la retaguardia para impedir que eventuales perseguidores traten de alcanzarnos.

Una arruga profunda apareció en la frente de Hannón.

—¿Quieres deshacerte de mí?

Aníbal hizo una mueca. Sabía que su sobrino reaccionaría así, y sin embargo le hacía daño que fuera tan hostil con él.

—Te necesito porque no me puedo fiar de otros —rebatió—. Debes garantizarme la retaguardia y lograr que ninguna de esas tribus galas intente obstaculizarnos cuando atravesemos los desfiladeros. Luego volverás a Iberia, para mantener el control de las regiones del norte.

—Ya está Asdrúbal —le recordó Hannón—. ¿Estás seguro de que me necesitas también a mi?

Aníbal suspiró.

—Asdrúbal debe ocuparse de toda la Iberia central y meridional —dijo—, y no será fácil, cuando los romanos manden sus legiones aquí. Tú, en cambio, debes mantener bajo control los territorios del Ebro y toda Iberia hasta los Pirineos.

—¿Es ésta tu estrategia? —le preguntó Hannón con una sombra de burla en la voz—, ¿Nosotros nos quedamos atrás, manteniendo a raya a las tribus rebeldes y algunos manípulos de romanos, mientras tú atraviesas los Alpes, alcanzas Roma y te cubres de gloria?

—Lo pintas todo demasiado fácil —rebatió Aníbal—, aunque lo que hemos empezado a hacer no lo es en absoluto. Debo poder contar con la unión de nuestra familia.

Calló durante un momento, luego miró intensamente a Hannón.

—¿Puedo contar contigo?

El sobrino se mordió el labio inferior, como si estuviera intentando contener la ira y la desilusión, pero luego asintió con una señal de la cabeza.

—Bien —exclamó Aníbal, satisfecho, dirigiéndose hacia la salida de la tienda.

—¿Cuándo tomaré el mando de las tropas a mi disposición?

—Mañana mismo. Os moveréis en la retaguardia hasta los primeros desfiladeros alpinos, luego nos separaremos.

Hannón no dijo nada, limitándose a asentir otra vez.

Aníbal salió a la noche oscura y fría. Por más que su sobrino se hubiera enfadado con él, sabía que obedecería y que llevaría a cabo lo mejor posible el cometido que le había confiado. Lo supo por su expresión y el gesto de complicidad que le había dirigido.

El mismo que se intercambiaban siempre Aníbal y su padre.

CAPÍTULO V

218 a. C.

Roma

I

—Mira, ésta será la disposición de nuestras tropas cuando mi padre se enfrente con el ejército cartaginés. ¡Una barrera insuperable!

Publio Cornelio observó satisfecho las señales que había trazado sobre la arena. Versilio y él se encontraban en el rincón del *peristilium*, donde había un pequeño claro lleno de arena de río que desde niño había sido su rincón particular de juegos, y que ahora aprovechaba para dibujar las tácticas de guerra y de movimiento de las legiones cuando se imaginaba comandante en jefe del ejército, un *imperator* aclamado que conducía a los hombres a batallas memorables, que le procuraban inevitablemente, a su regreso a la Urbe, triunfos como nunca se habían visto en Roma, desde los tiempos de los Padres fundadores.

—Hummm... —se limitó a decir Versilio escrutando con ojo crítico las formaciones romanas desplegadas en el campo de batalla. Como había aprendido de sus tutores, Publio había dibujado con cuidado las alineaciones contrapuestas, separando las unidades de infantería de aquellas de caballería. Y lo mismo había hecho con el enemigo, usando unos símbolos nuevos para indicar a los poderosos elefantes que los cartagineses usaban para espantar y desorientar a sus adversarios.

—¿Hummm, qué? —le preguntó Publio, ceñudo—. ¿Qué es lo que no funciona?

—Como de costumbre, has puesto de tu cosecha —respondió el esclavo—. No me parece que hayas seguido al pie de la letra las enseñanzas de Marco Licinio...

Publio Cornelio resopló.

—La última vez que Marco Licinio estuvo en un campo de batalla nosotros dos ni siquiera habíamos nacido.

—Pero ha sido *magister equitum*., ¿recuerdas? —rebatía Versilio—. Yo no lo subestimaría.

—Yo no lo subestimo —dijo Publio, tratando de calmarlo. Sabía que Versilio tenía razón, y también sabía que se comportaba de aquella manera precisamente para azuzar su espíritu de contradicción, de modo que pusiera al descubierto sus

ideas y las aclarara ante todo para sí mismo. Publio tenía la capacidad innata de imaginar el desplazamiento de las tropas en el campo de batalla y de predisponer movimientos y contrarréplicas a los ataques del enemigo, como si fuera un veterano de mil batallas. En realidad, aún no había participado en ningún enfrentamiento, y todo lo que sabía lo había aprendido escuchando a su padre, a su tío Cneo y a Marco Licinio, que era el encargado de enseñarle los fundamentos del arte bélico.

Pero Publio conseguía ir más allá de lo que aprendía, aprovechando su imaginación y la capacidad de pensar en el desplazamiento de las tropas no como en un conjunto de hombres al que mandar al matadero, sino como distintos elementos adiestrados que podían obedecer al unísono las órdenes de los comandantes.

Y sobre este principio planteaba siempre las maniobras de las legiones cuando dibujaba en la arena batallas imaginarias. Las dudas y las objeciones de Versilio eran para él un material precioso para ponerse a prueba y profundizar en las estrategias que había elaborado, para entender si de verdad un día podría ponerlas en práctica, cuando tuviera el mando de una legión.

—De todos modos, no entiendo por qué has puesto dos hileras de asteros delante de los *principes* y los *triarii* —continuó Versilio, con su habitual sagacidad, señalando la disposición de las tropas con una varita—. Y además la caballería aliada está demasiado atrás respecto del frente de batalla.

Publio sonrió. Había imaginado ese tipo de objeciones, y estaba listo para explicar sus decisiones.

—Los elefantes, de costumbre, están a la vanguardia del ejército cartaginés —respondió, buscando los símbolos que indicaban la poderosa arma de Aníbal—. Tienen la misión de desbaratar nuestras líneas, para crear unos pasillos a través de los cuales la temible caballería ligera nómada pueda introducirse para sembrar el desorden. Por eso he reforzado el frente de impacto. Y he mantenido a la caballería aliada en la retaguardia para poder afrontar una eventual ruptura de los nómadas, en el caso de que los asteros no consigan impedir la embestida de la caballería enemiga.

Versilio observó sorprendido los movimientos de las tropas que Publio había descrito con palabras y breves signos en la arena, y al final hizo un gesto con la cabeza y sonrió.

—Tu padre te tendría que haber llevado consigo a Iberia —dijo—. Habría podido contar con un estratega de primer orden.

A Publio se le hinchó el pecho de orgullo y se dispuso a ilustrar la osada maniobra que había imaginado para la caballería patricia romana, la flor y nata de toda legión; pero de improviso hubo un gran trasiego en casa y vio que los servidores de la *domus* acudían frenéticamente de todos lados, llamándose en griego, latín y en sus lenguas de origen.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó sorprendido, mirando a su alrededor.

Versilio se levantó y detuvo al vuelo a una joven esclava que se estaba dirigiendo con una jarra hacia el *impluvium*. Le habló en griego, sin que Publio consiguiera captar lo que se estaban diciendo. Cuando Versilio la dejó marchar, se volvió hacia él con los ojos desenchajados.

—Tu padre —le reveló—. Ha vuelto de Massalia.

—¿Mi padre? —preguntó Publio sin entender—, Pero cómo...

—Debe informar al Senado —le explicó Versilio—, Según parece, no ha conseguido detener a Aníbal.

Publio abrió la boca para decir algo, pero luego la cerró de golpe. El corazón le latía con fuerza en el pecho, lo sentía atronar en sus oídos. No habían logrado derrotar a Aníbal, lo cual significaba que Roma tenía que enfrentarse a él. Y quizás esta vez él podría tomar parte en la expedición que se opusiera al avance de los Bárcidas.

—Vamos a ver a mi padre —dijo, sacudiéndose de encima la arena del Tíber—. Quiero saber qué ha ocurrido.

II

Cuando vio a su madre sumida en lágrimas, comprendió que estaba sucediendo algo importante.

—Quédate aquí —ordenó a Versilio, luego llegó al *tablinum* y miró a su alrededor, trastornado. Los sirvientes acudían de todas partes, atareados en preparar el equipaje para la que parecía una expedición importante, que mantendría a su padre lejos de casa quién sabe por cuánto tiempo.

Publio observó los grandes sacos en que estaban apilando las prendas de su padre, incluidos los arreos de guerra y de parada, y se disponía a acercarse a su madre para pedir explicaciones cuando, de improviso, se quedó paralizado por la sorpresa. Los criados habían llenado una gran caja de madera con otras prendas y objetos, que después de un primer momento de desconcierto consiguió reconocer: eran todas sus ropas, e incluso estaban sus textos de estudio, las tablas sinópticas y la daga historiada que su padre le había regalado algunos meses atrás, para su dieciocho cumpleaños.

Mientras la excitación comenzaba a apoderarse de él, bombeándole con tanta fuerza la sangre en las sienes que pensó que le iba a estallar, interceptó la mirada suplicante y bañada en lágrimas de su madre, y comprendió que debía mantenerse alejado de ella.

Sin embargo, Pomponia se dirigió rápidamente hacia él y Publio se sintió asaltado por el pánico, pero afortunadamente en aquel momento apareció su padre en el *tablinum* y agarró a su esposa por un brazo, deteniéndola.

—El viene conmigo —le dijo con voz firme, que no admitía réplicas—. Está decidido.

Pomponia abrió la boca para rebatir, pero sólo le salió un gemido sofocado. Escapó, yendo a refugiarse en sus habitaciones, y Publio se quedó a solas con su padre, que le lanzó una mirada dura y apresurada, mientras señalaba con un brazo todo el trasiego que los rodeaba.

—Ayuda a preparar nuestras cosas —ordenó con ademán expeditivo—. Partimos hoy mismo.

—¿Adonde nos dirigimos? —preguntó Publio, con voz temblorosa.

—Zarpamos mañana por la mañana para Pisae —le respondió su padre—. Allí asumiremos el mando de las legiones y nos dirigiremos al norte, a la Cisalpina.

A Publio le empezó a dar vueltas la cabeza, pero se controló para intentar mantenerse impassible delante de su padre.

—¿Estamos en guerra? —preguntó, evitando apenas los balbuceos.

—Sí —respondió el padre, mirándolo fijamente a los ojos—. Y te quiero conmigo. Ahora eres un hombre. Eres un Escipión. Debes conquistar tu parte de gloria.

Una vez dicho esto, el padre pareció olvidarse de él. Se dirigió hacia los esclavos, gritando órdenes con su energía habitual.

Publio se tambaleó, buscó a tientas la pared, pero dos manos lo aferraron antes de que tropezara con sus propios pies y se desmoronara al suelo.

—Era lo que más deseabas —le dijo Versilio en voz tan baja que sólo él pudo oírlo. Publio percibió pena en la voz del esclavo, quizá también una pizca de miedo.

—¡Tú vendrás conmigo! —exclamó, reanimándose—. Por fin combatiremos.

Versilio no respondió y se limitó a dejarlo cuando Publio se soltó de su apretón. No le importaba si el siracusano, por lo general contrario a las guerras y a las operaciones militares, veía en aquel giro de su vida un motivo de peligro. El había soñado mil veces con aquel momento, y ahora que finalmente había llegado tenía la intención de disfrutarlo a fondo.

—¡Ayúdame! —gritó, espoleando a Versilio para que se moviera. Quería estar listo para cuando su padre diera la orden de partir. Y poder así caminar a su lado mientras el cónsul Publio Cornelio Escipión partía hacia el frente de guerra.

Un día los poetas describirían aquel momento, y quería formar parte de él, reclamando lo que le correspondía por derecho hereditario.

Ni siquiera notó, mientras trajinaba excitado con sus cosas, la mirada triste de Versilio. Tampoco oyó el llanto sofocado que llegaba de las habitaciones de su madre.

III

El viento soplaba con fuerza, y la única gran vela central estaba hinchada como una mujer encinta, sujeta por cables que tenían el espesor de un brazo de Publio. A pesar de que el mar estaba bastante agitado, el quinquerreme surcaba las olas con poderosa imponencia, impulsado por la tracción de la vela cuadrada y las tres órdenes de remos que se movían más allá de los flancos, al ritmo impuesto por los comandantes de los bogadores. Publio había imaginado que se vería zarandeado y vomitaría todo lo que comiera, a causa del balanceo de la nave, pero para su sorpresa el quinquerreme se mostró de inmediato mucho más estable de lo que le había asegurado el mismo Versilio.

—Para mí es la primera vez —le confesó Publio, dilatando las narices en el viento salobre, en cuanto el quinquerreme salió a mar abierto, rodeado por otras ocho naves de escolta.

Se sentía excitado como nunca, inmerso en un mundo del todo desconocido: adondequiera que volviese la mirada había algo que nunca antes había visto, y le costaba contener el frenesí que le impulsaba a acosar al pobre Versilio con una avalancha de preguntas. El siracusano se mostró sorprendentemente informado sobre las naves que componían la flota consular y, aun con su manera sosegada e incluso demasiado lenta de responder, conseguía satisfacer gran parte de las dudas de Publio, por más que contener el ímpetu imparable que le ruborizaba las mejillas fuera una empresa imposible.

Por Versilio, el joven Escipión se enteró de que la nave en que se encontraban era uno de los quinquerremes más grandes y poderosos de la flota, uno de los dos que se confiaban a los cónsules durante sus expediciones militares. El resto de la flota estaba compuesto por trirremes capaces de moverse ágilmente, garantizando así el máximo de la seguridad: podían converger rápidamente contra cualquier agresor que apareciera de improviso en el horizonte.

—En realidad, diría que su función es sólo de adorno —precisó Versilio encogiéndose de hombros—. Ya no hay adversarios para las flotas romanas, en estos mares.

Publio miró a su alrededor dejando que el viento grávido de gotitas húmedas

le despeinara el pelo y, agarrándose al parapeto de la nave, asintió, satisfecho.

—Ahora la navegación es segura —afirmó, pero al dirigir la mirada hacia Versilio captó una leve mueca en sus labios.

—Nada es seguro en el mar, recuérdalo —replicó el siracusano, pero Publio se echó a reír. No conseguiría espantarlo, no mientras se encontrara a bordo de aquella magnífica nave, junto a su padre y a todos los más valientes comandantes de sus legiones.

Después de contemplar largamente los remolinos de espuma provocados por las quillas de las naves que partían las olas y disfrutar de la sensación increíble que le transmitía el viento salado, Publio volvió a sentarse junto a Versilio, listo para acribillarlo con otras mil preguntas que se le arremolinaban en la mente.

—Mira —se le adelantó el siracusano apretándole un brazo—. Tu padre.

Publio se sobresaltó al percatarse de que el cónsul, rodeado por una nube de soldados de su guardia personal y por un hombre que no conocía, había salido de una de las torretas de la toldilla, y ahora se mantenía cogido de la balaustrada escrutando, ceñudo, el horizonte. Empezó a hablar con el desconocido, mientras los legionarios se mantenían a distancia.

—Acerquémonos —dijo Publio, tironeando de Versilio para que se levantara—. Quiero oír qué dicen.

—No —respondió el siracusano oponiendo resistencia—, Yo sólo soy un esclavo, no lo olvides. Ve tú.

Publio permaneció un instante mirando a su amigo, sin saber si quedar más sorprendido o amargado por aquellas palabras, luego asintió y se alejó con el propósito de hablar lo antes posible con Versilio. Hacía tiempo que había decidido que el siracusano era, para él, mucho más que un esclavo, y quería saber, aprovechando también su inteligencia y su gran sabiduría, qué podría hacer en concreto para devolverle la libertad y la dignidad que le correspondían. Sabía que no sería fácil, pero él era el hijo del cónsul Escipión, y no tenía intención de dejarse llevar por los antiguos prejuicios de las familias nobles romanas.

Pero ahora debía pensar en otras cosas. Su padre y el hombre que lo acompañaba estaban hablando animadamente, y él quería formar parte de aquella expedición a todos los efectos, no sólo como un hijo al que tocaban papeles

secundarios.

Se volvió hacia Versilio, le sonrió y luego se alejó, manteniéndose en la barandilla de la nave, bajo el azote de las ráfagas del viento.

IV

A medida que se acercaba, Publio sentía que el nerviosismo iba aumentando. Aún no sabía con qué excusa podía convencer a su padre para que lo dejara participar en la conversación con el hombre alto y de mirada dura que llevaba la loriga de combate. Quizá lo mejor sería acercarse como por casualidad, saludar, dejar que su padre lo presentara al desconocido, y luego dar muestras de su inteligencia y astucia interviniendo con desenvoltura en la conversación, que imaginó que versaría sobre lo que sucedería una vez que hubiesen atracado en Pisae. ¿Dónde los esperaban las legiones? ¿Y adonde se dirigirían, exactamente? Estas eran las preguntas que se planteaba, y de esto, quizás, era de lo que estaba hablando su padre.

Mientras crecía su excitación, Publio se llenó los pulmones de aire salobre y se acercó. Estaba intentando establecer qué era lo más sensato que podía decir, cuando su padre se volvió hacia él y le hizo señas de que se aproximara.

—Publio, me alegro de que estés aquí—dijo—. Únete a nosotros. Pero busquemos un sitio más resguardado, hace demasiado viento.

Publio sonrió a su padre, tratando de contener la alegría y el alivio que lo embargaban, y lo siguió hacia una de las torretas de popa. Su padre se detuvo justo antes de entrar en la torreta que, en caso de batalla, se llenaría de arqueros y balistas. Encontró un lugar por el que el viento no podía pasar y asintió satisfecho.

—Aquí estamos mejor —dijo, dirigiéndose al hombre con armadura—. Ya ves, los años pasan para todos.

—No para ti, padre —intervino Publio espontáneamente, pero de inmediato se sintió como un necio. No podía creer que hubiera dicho semejantes palabras. Había pensado en otros mil golpes de efecto, que enseguida habrían puesto de relieve su madurez y su fino intelecto, y en cambio...

—Ven aquí, Publio —rió su padre, rodeándole los hombros con un brazo y atrayéndolo hacia él—. Te presento al pretor Cayo Atilio Serrano, el comandante de nuestras legiones.

El hombre con la coraza de cuero se llevó el puño al pecho y se inclinó

ligeramente, en un gesto que raras veces Publio había visto hacer en Roma. Sabía que era el modo en que los soldados se saludaban durante una expedición militar, y por un momento se quedó anonadado, sin saber qué responder: ¿debía hacer también él ese gesto, o no, dado que no llevaba armadura ni, de momento, tenía un cargo en las legiones?

Su padre lo sacó del aprieto, echándose a reír y dirigiéndose a Cayo Atilio:

—Esta es su primera expedición de guerra, perdónalo si parece aún un poco desorientado. Se acostumbrará deprisa, ya verás.

Cayo Atilio no contestó nada, limitándose a observar a Publio con mirada neutra, como si quisiera esperar antes de juzgarlo.

—En todo caso, como estaba diciendo, la situación es grave.

Publio se dio cuenta al instante de que el momento de los cumplidos había terminado. Su padre se había ensombrecido, como si una nube cargada de tempestad se le hubiera detenido sobre la frente. También Cayo Atilio estaba ceñudo, y apretaba las mandíbulas con ira, como si desease desfundar la espada y desahogar su enfado contra alguien.

—¿La expedición a Iberia no ha tenido éxito, pues? —preguntó Publio armándose de valor. Si iba a participar en aquella conversación, necesitaba conocer los detalles de lo que había sucedido.

—Cneo está allá —respondió su padre—, en Ampurias. Tratará de vigilar los territorios al norte del Ebro en caso de retirada de los cartagineses, para cortarles el paso hacia Nueva Cartago.

Publio lo miró sorprendido.

—¿Retirada? —preguntó—. ¿No hubo una batalla en el Ródano? ¿Cómo es que no detuvisteis a Aníbal?

El cónsul intercambió una rápida mirada con Cayo Atilio, luego suspiró y negó con la cabeza.

—No llegamos a tiempo —respondió—. Los cartagineses cruzaron el Ródano antes de que consiguiéramos detenerlos. Acabamos con su retaguardia, pero el grueso del ejército consiguió pasar.

—¿Y Massalia? —preguntó Publio, desconcertado. No creía que la situación fuera tan grave—, ¿Acaso Aníbal logró sitiarla? ¿Es allí donde se está combatiendo?

—No —intervino Cayo Atilio—, No hubo ningún ataque, ningún asedio.

—Sólo otra estúpida pérdida de tiempo —gruñó su padre.

Publio sintió que la cabeza le daba vueltas. No lograba entender, tener una visión de conjunto de la situación. Con Versilio habían discutido largamente de ello, y le parecía que las estrategias de los cartagineses estaban bastante claras. Aníbal había atravesado el Ebro, violando los tratados y cometiendo, así, un acto formal de guerra contra Roma. Pero no podía embarcar su ejército para cruzar el Mediterráneo, porque Roma controlaba los mares y su supremacía era indiscutible. ¿Qué iba a poder hacer, entonces, Aníbal para perjudicar seriamente a Roma? La respuesta, a él y a Versilio, les había quedado de inmediato clara: atravesar los Pirineos y luego lanzarse con una marcha a etapas forzadas hacia la colonia griega de Massalia, aliada de Roma y punto neurálgico para el control de la Galia Transalpina y del único trozo de mar del que los cartagineses podían sacar provecho para bajar a Etruria. Pero, antes, Aníbal debía asestar un duro golpe a las legiones romanas, y la única manera que tenía para hacerlo era adueñarse de Massalia y tomar el control de su gran puerto y de las decenas de naves de guerra que se hallaban allí ancladas.

Por eso el cónsul Escipión había dirigido allí las tropas, para detener a Aníbal antes de que pasara el Ródano y se lanzara con todo el ejército cartaginés contra Massalia.

En cambio... ¿qué había sucedido?

—Los esperamos a las puertas de Massalia —respondió Cayo Atilio como si le hubiera leído el pensamiento—. Pero no vimos ni rastro de Aníbal y de su ejército.

—¿Adonde fueron, entonces? —preguntó Publio, cada vez más confuso.

—Aprovecharon nuestra debilidad, las trifulcas internas de Roma y nuestra injustificable distracción —chilló su padre lleno de ira—. Esos estúpidos terratenientes...

—Perdóname, padre, pero yo... —balbuceó Publio, pero el cónsul lo interrumpió levantando una mano.

—Vamos adentro —ordenó—. Esta humedad me está matando.

V

—¿Entiendes, Publio? Esto no es sólo ineptitud política, es codicia ciega e irresponsable, que podría provocar una catástrofe.

Se encontraban en el interior de una minúscula cabina en el puente de popa, alumbrada y caldeada por dos braseros anclados en el techo mediante cadenas y tirantes, de modo que acompañaran el balanceo de la nave sin correr el riesgo de volcar y provocar un incendio. Algunos sirvientes habían traído comida y vino, pero Publio tenía un nudo en el estómago: una enorme inquietud le oprimía el pecho, después de las revelaciones que le había hecho su padre.

La casta de los terratenientes, que podía contar con fuertes apoyos en el Senado y entre los más altos representantes del mundo de la política romana, había ignorado las amenazas provenientes de Iberia y Aníbal, un caudillo al que consideraba temible pero limitado, porque no podía embarcar su ejército para atravesar el Mediterráneo.

Por esta razón los terratenientes habían continuado con sus planes de conquista de los territorios fértiles de la Galia Cisalpina, adentrándose cada vez más en los valles controlados por las tribus de los boyos y los insubres, y fundando incluso dos colonias, Placentia y Cremona, que permitirían a los destacamentos romanos acudir en ayuda de los terratenientes que hubieran sufrido agresiones por parte de las poblaciones autóctonas, desde siempre entre las más reacias a dejarse someter por Roma.

—Ha sido una verdadera provocación —refunfuñó Cayo Atilio bebiendo el vino negro y pastoso que difundía un aroma áspero en la pequeña cabina de la nave—. Esos idiotas han instigado a los boyos y a los insubres a la rebelión.

—Y nosotros tuvimos que intervenir —añadió el cónsul—. Porque estaba claro que esas tribus se aliarían con los cartagineses, si éstos lograran desembarcar en Italia.

—Por eso, pues, no conseguisteis impedir que Aníbal atravesara el Ebro —afirmó Publio, comenzando a entender lo que había sucedido.

—¡Me vi obligado a quedarme parado en Pisae! —soltó su padre,

furibundo—. Confié una legión al pretor Lucio Manlio, después de que esos malditos galos hubieran obligado a los nuestros a refugiarse en el campo de Mutina, pero ese inepto no logró imponer el orden.

Su padre hizo una pausa, durante la cual tragó con ira un sorbo de vino, y Publio lo miró en ascuas.

—¿Qué sucedió luego? —preguntó impaciente.

El cónsul levantó una mano e hizo señas a Cayo Atilio para que continuara.

—Tu padre me asignó el mando de otra legión, e intervine —dijo éste—. Lucio Manlio estaba atrincherado en Tannetum, no fue fácil recuperar el control de la situación.

—¡Perdimos un tiempo precioso! —soltó el cónsul—. Habríamos podido detener a Aníbal antes de que atravesase el Ródano, enfrentarnos con él allá abajo y poner fin, de una vez para siempre, a esta locura.

—Lo importante es que el Senado ha retirado de Sicilia las legiones del otro cónsul, Tiberio Sempronio Longo —afirmó Cayo Atilio—. No tiene sentido tener ocupadas esas fuerzas en ica, no ahora que...

Se detuvo, como si estuviera a punto de hacer una revelación embarazosa, y lanzó una mirada al cónsul.

—¿Ahora, qué? —preguntó Publio. Luego abrió desmesuradamente los ojos, fulminado por lo que acababa de intuir—, Aníbal no se dirigió a Massalia —murmuró—. No quería conquistar la ciudad ni apropiarse de las naves.

—No —confirmó su padre, con una mueca—. Alineamos las tropas fuera de Massalia, y entre tanto mandamos que zarpasen todas las naves, haciéndolas anclar en alta mar de modo que los cartagineses no pudieran apoderarse de ellas. Estábamos listos para enfrentarnos a esos malditos. En cambio...

—¿En cambio, qué? —exclamó Publio, exasperado.

—El Bárcida no dio señales de vida —respondió Cayo Atilio—. Y no volvió atrás, hacia Nueva Cartago.

—¿Entonces, adonde fue? —espetó Publio.

Se hizo un silencio y luego el cónsul y el pretor intercambiaron otra mirada.

—Quiere atravesar los Alpes —reveló al fin su padre, apretando las mandíbulas—. Ese loco ya tenía en mente esa estrategia desde el principio, y hemos permitido que nos coja por sorpresa.

—¿Los Alpes? —preguntó Publio, asombrado.

—Llegará a Italia desde el norte —confirmó Cayo Atilio—, y encontrará a los boyos y a los insubres dispuestos a acogerlo, en un territorio que ya se ha vuelto peligroso para nuestras legiones. No será fácil detenerlo.

Cayo Atilio calló, y el cónsul no añadió nada más, dejando que Publio acabase de asimilar lo que había oído. Este hizo un gesto con la cabeza, quiso añadir algo, pero luego calló.

Sin saber por qué, se sentía excitado como nunca. Habría debido estar espantado, porque la amenaza que gravitaba sobre Roma era impresionante, sobre todo por la habilidad estratégica que había mostrado Aníbal, pero en realidad sentía que era otro el sentimiento que prevalecía en él: el Bárcida era un loco, o el caudillo más valiente y temerario del que nunca había oído hablar. O quizás ambas cosas, lo que lo hacía aún más peligroso, pero también extremadamente fascinante.

Mientras observaba las expresiones preocupadas de su padre y de Cayo Atilio, Publio se sintió embargado por una emoción extraña y contradictoria. Estaba feliz. Feliz porque su padre aún no se hubiera enfrentado a Aníbal derrotándolo en la batalla; feliz porque todo no hubiese concluido con una grandiosa batalla en las riberas del Ródano, en la que él nunca hubiera podido participar. Por más que pareciese absurdo y muy poco patriótico, Publio estaba contento de que el Bárcida aún estuviera a la cabeza de su ejército y marchase sin pausa hacia Roma. Porque también él quería estar en el campo de batalla, cuando las legiones luchasen contra él y lo derrotaran.

También él entraría en la historia, no renunciaría por nada del mundo a la oportunidad de enfrentarse a Aníbal luchando contra él al lado de su padre.

—Así que estamos aquí para enfrentarnos con él —dijo después de un rato, con voz más firme y sosegada de lo que habría imaginado.

—Debemos organizarnos —respondió el cónsul bebiendo otro sorbo de vino—. Luego iremos a esperar a Aníbal a los pies de los desfiladeros alpinos.

Quiero afrontarlo allí, cuando su ejército esté débil y extenuado, antes de que tenga tiempo de recuperarse y de alistar a esos malditos galos entre sus filas.

—No le será fácil atravesar los Alpes —dijo Cayo Atilio—. Sobre todo con los elefantes. Esto jugará a nuestro favor.

—Pero no nos hagamos demasiadas ilusiones —espetó el cónsul con una mueca—. Sería estúpido seguir subestimándolo. Ahora ya sabemos de qué pasta está hecho.

Se hizo otra vez el silencio, y mientras el quinquerre se balanceaba poderoso sobre las olas, Publio se entregó a las emociones que se agitaban dentro de él: la excitación por la batalla inminente, el temor por darse cuenta de que hasta aquel momento nunca había entrado en guerra, y la ansiedad ante la idea de que la suerte de Roma, de su familia y de su pueblo estaban en sus manos.

Pero por nada del mundo se echaría atrás. No ahora que finalmente se sentía un hombre, y un Escipión, a todos los efectos.

Volvió a pensar en Aníbal y en su travesía de los Alpes, y la mente se le llenó de estupor. Aunque sabía que el sentimiento predominante en su interior debería ser de odio hacia el cartaginés, sentía que lo admiraba.

El Bárcida no era un loco. Era el adversario más temible al que Roma había tenido que enfrentarse jamás.

CAPÍTULO VI

218 a. C.

Alpes (Italia noroccidental)

I

—¡No habríamos debido escuchar a ese maldito! ¡Estoy seguro de que está practicando un doble juego!

Magón estaba furioso. Quizá más que el mismo Aníbal, aunque éste trataba como siempre de permanecer impasible ante las dificultades. Su padre le había explicado que la ira servía de poco, fuera del campo de batalla: era mejor afrontar los problemas con la cabeza fría, intentando razonar y aprovechar la inteligencia para resolver incluso las situaciones más difíciles. Y no había duda de que aquella en que se habían embarcado era la aventura más descabellada, compleja y desesperada que cabía imaginar.

—Cálmate —se limitó a responder a Magón, mirando a su alrededor con atención. La cordillera se estrechaba en torno a la pista que trepaba entre los Alpes como una amenazante promesa de muerte, y aunque él mismo se había estremecido de indecisión al señalarle su guía el sendero que bordeaba el recorrido sinuoso de un torrente, también se había dado cuenta de que no hubiese podido indicar una pista alternativa. No tenían más remedio que fiarse del galo, que afirmaba conocer a la perfección aquellos puertos de montaña, aunque todos sus sentidos palpitaban por la incertidumbre y la sensación de que el peligro estaba al acecho detrás de cada masa rocosa.

Por otra parte, ya habían tenido una demostración del talante traidor de los galos, cuando la tribu de los alóbroges, después de haberlos tranquilizado sobre el hecho de que no se opondrían al paso del ejército cartaginés por su territorio, les tendió una emboscada en una garganta angosta y escarpada, que les había costado un centenar de hombres. Si no hubiera sido por Hannón, cuya intervención desde la retaguardia barrió a los alóbroges, su expedición habría empezado con una verdadera masacre.

Pero ¿qué iban a hacer? ¿Abandonar la empresa y volver atrás? Para Aníbal era impensable. Quizá Magón quería colgar al galo cabeza abajo y torturarlo a navajazos, hasta tener la certeza de que no los estaba empujando a otra trampa, pero esto comprometería su alianza con los boyos, que Aníbal consideraba fundamental una vez llegado el momento de enfrentarse a los romanos.

—¿Qué quiere decir que me calme? —protestó Magón, poniéndose delante de él. Llevaba una capa de piel sobre la casaca sin mangas, con la que se sentía a gusto, porque en aquellas montañas el frío era intenso incluso en verano, y cuando el viento entraba por los contrafuertes daba la impresión de querer arrancarles la piel a los hombres y los animales.

Aníbal observó durante un momento a su hermano, luego le sonrió y le apoyó una mano en el hombro.

—No tenemos elección, ¿entiendes? —le dijo—. Debemos fiarnos de ese hombre e intentar tranquilizar al ejército. Si cunde el pánico, nunca conseguiremos atravesar estas montañas.

Magón negó con la cabeza, en absoluto convencido.

—Vilualta y yo hemos visto otra pista —afirmó—. Un recorrido mucho más fácil que éste, que no llega a una cota tan alta. Sería mucho más seguro.

Aníbal frunció el ceño.

—El gallo ha dicho que ese paso no conduce a ninguna parte. ¿Por qué insistes?

—¡Porque no me fío! —refunfuñó Magón—. En mi opinión...

—De acuerdo —lo interrumpió Aníbal, cuando comprendió que no convencería a su hermano. Ese cabezota necesitaba darse de frente con la verdad para poderla reconocer—. Quizá tengas razón, y quizá sea verdad que no debemos fiarnos del gallo.

Magón pareció iluminarse.

—¡Bien! —dijo—. Por fin me escuchas.

—Vamos a hacer lo siguiente —continuó Aníbal—: coge a dos hombres, entre los más hábiles y habituados a las montañas, y ve a echar un vistazo. Recorre la otra pista e intenta descubrir si el gallo nos ha mentado. Luego vuelve a informarme de lo que hayas visto.

Magón asintió satisfecho.

—¿Vosotros, entre tanto, acamparéis aquí? —preguntó.

—No —respondió Aníbal—. No quiero que el galo sospeche. Continuaremos por esta pista intentando limitar las pérdidas, sobre todo de elefantes. Tú aléjate sin que te vean. Por favor —Aníbal le estrechó los hombros con ambas manos—, date toda la prisa que puedas.

Magón asintió y salió corriendo. Aníbal sabía que la exploración de su hermano no conduciría a nada bueno, pero no veía otra solución para contener la ira de Magón y devolverlo a su lado, con la concentración necesaria para afrontar las dificultades a las que estaban a punto de enfrentarse.

El galo había sido claro: aquella pista era difícil, larga y peligrosa. Se trepaba por la cresta de las montañas dejando apenas el espacio suficiente para las bestias de carga y los carros, y no tenía idea de cómo reaccionarían los elefantes cuando se encontraran en vilo sobre un acantilado. Aníbal había consultado con Vilualta y con los otros conductores de elefantes, y había recibido su garantía de que los animales podrían lograrlo, siempre que no ocurriese algo imprevisto, como un temporal o un desmoronamiento. Al pedirle Aníbal una estimación de las posibles pérdidas, Vilualta se había encogido de hombros.

—Podríamos perder una veintena de animales —había respondido—, pero hasta que no nos hallemos en esa pista, no lo sabremos.

Ahora se encontraban en un estrecho valle que bordeaba un torrente impetuoso, y la pista localizada por el galo era una herida sin sangre que se hundía entre las montañas, dando la impresión de llevar al reino de Mot, el dios de la aridez, la muerte y los infiernos.

Aníbal no creía que hubiera un camino alternativo al que proponía el galo, pero en su fuero interno no podía sino desear que Magón tuviera éxito en una empresa que tenía algo de milagroso, porque él era el primero al que no le gustaba la idea de trepar por aquellos contrafuertes.

Después de que su hermano desapareciera en busca de los dos hombres que lo acompañarían, Aníbal volvió a montar el caballo y se dirigió hacia la cabeza del ejército. Quería tener vigilado al galo, cuando afrontaran la pista que conducía hacia las cimas nevadas de las montañas.

Si se percataba de que estaba haciendo un doble juego y que los estaba conduciendo a una trampa, no vacilaría en abrirle la garganta antes de echarlo él

mismo por uno de aquellos barrancos insondables.

II

—¡Cuidado! ¡Que estén más separados los unos de los otros! ¡Más pegados a la pared!

Vilualta gritaba, airado, las órdenes, y corría a pie entre un elefante y otro, arriesgándose a pasar por espacios tan angostos que bastaría el más mínimo error por parte de uno de los conductores de esos animales enormes para aplastarlo contra la pared rocosa o para hacer que se precipitara por el despeñadero, donde ya habían desaparecido cuatro animales con sus adiestradores.

Aníbal apretó los dientes, mientras observaba las maniobras de los conductores por aquel paso a primera vista imposible. El sendero, que durante algunas horas habían seguido manteniéndose al oeste del torrente que corría por una quebrada de vegetación exuberante, en un momento dado se había desviado bruscamente, adentrándose en una garganta áspera y partida en dos por un picacho rocoso que mantenía a distancia el torrente. Lo oían correr bastante cerca, pero no conseguían verlo. El guía había advertido a Aníbal y a sus comandantes de esa curva, explicando que se trataba de un punto difícil, superado el cual la travesía de los Alpes sería más fácil, pero nadie había imaginado que se encontrarían ante un recorrido semejante. El sendero avanzaba pegado a la montaña, dando la impresión, en algunos puntos, de no ser natural, sino la obra de alguna misteriosa cuadrilla de picapedreros que se había aventurado hasta allí arriba para asegurar el paso de carros y animales mucho más grandes que los caballos. En efecto, la roca estaba excavada en varios puntos hacia el interior, justo donde el sendero se adelgazaba, como si quisiera zambullirse en la hendidura que lo separaba del picacho rocoso que emergía como el mascarón de una nave. El viento se introducía, aullando, entre los contrafuertes, y moverse por el sendero de roca friable era una empresa que al principio Aníbal había considerado imposible. O quizá, como sugería Magón, una trampa destinada a matarlos a todos.

Durante un momento tuvo la tentación de detener el ejército y ordenar acampar en el estrecho valle del torrente, para estudiar mejor el recorrido que el galo había propuesto y, al mismo tiempo, esperar el regreso de Magón, pero luego se dio cuenta de que sería un error. Si el galo estaba haciendo un doble juego, significaba que la alianza con los boyos y los insubres en la que Aníbal basaba su estrategia estaba destinada al fracaso, y para él y su ejército no sería distinto morir

entre aquellos contrafuertes o en el campo de batalla. Debía fiarse del galo y esperar que Magón se equivocara, aunque el sendero por el que estaban trepando podía transformar su empresa en una terrible derrota.

Después de consultar a los conductores de elefantes, Aníbal había decidido confiar a Vilualta el cometido de guiar a aquellos gigantes animales hasta el valle en que el galo juraba que desembocaría el sendero. Una vez pasados los elefantes, el resto del ejército seguiría con cautela pero con mayor velocidad, aunque sería necesario desmontar algunos carros y transportar sus piezas con los mulos, dado el exiguo espacio disponible.

El primer elefante había caído en la sima de improviso, bajo los ojos de Aníbal y de Vilualta: no pudieron hacer nada, porque un pedazo de roca en el borde friable del sendero cedió bajo las patas del animal y su conductor no logró prever el peligro. Con un berrido desgarrador el elefante resbaló durante un tramo más allá del sendero, mientras el conductor intentaba obligarlo a que hiciera fuerza con las otras patas en un desesperado intento por levantarse, pero su propio peso lo arrastró hacia abajo, y desapareció con su adiestrador en el abismo.

Desde aquel momento, Vilualta había procurado inspeccionar en persona el recorrido, moviéndose con habilidad y con extraordinario menosprecio del peligro por el sendero, advirtiendo a los conductores cuando pasaban por tramos peligrosos y salvando más de un animal de la caída. Pero incluso así otros animales no lo consiguieron: alguno resbaló, algún otro se asustó y enfureció; un par de veces, en cambio, fueron los mismos conductores los que saltaron de la grupa gritando de terror, lo que sacudió a los elefantes, alterándolos y causando la caída de dos animales que caminaban demasiado cerca.

De todos modos, esas pérdidas habían servido para hacer entender a Vilualta y a sus hombres cómo moverse de la mejor manera. Los elefantes debían avanzar a una cierta distancia el uno del otro, manteniéndose pegados a la pared rocosa, incluso a costa de producirse cortes y laceraciones, y los conductores debían estar preparados para detenerlos ante el primer ruido sospechoso de roca que se partiera o de pedrisco que se extendiese más allá de la orilla del sendero.

Desde hacía algún tiempo conseguían avanzar sin más pérdidas, aunque la marcha era lentísima. Aníbal nunca había intervenido, dejando que fuera Vilualta quien tomara las decisiones. Era justo que los hombres entendieran quiénes eran los comandantes de los que se fiaba, y no tenía la intención de pasar por encima de la experiencia de sus oficiales haciendo valer su autoridad.

Ahora, por fin, la meta parecía cercana. El guía galo le había informado de que faltaban pocas curvas por recorrer, la mayoría de las cuales más amplias y fáciles que aquellas por las que ya habían trepado, y esto relajó un poco los músculos tensos de Aníbal. Aún estaba pensando en esto, mientras Vilualta corría de un lado para otro dando indicaciones a los conductores de elefantes, cuando advirtió unos gritos a sus espaldas y se volvió a mirar.

Magón estaba llegando a pie, corriendo por el empinado sendero, despreocupado de la mole gigantesca de los elefantes en movimiento, que sorteaba poniéndose al borde del precipicio.

—¡Aníbal! —gritó cuando estuvo al alcance de su voz. Aceleró aún más la carrera, pero pocos pasos antes de que pudiera alcanzar a su hermano, un elefante hizo un extraño, nervioso por su paso, y Magón puso un pie fuera del sendero de roca. Aníbal vio la sandalia de su hermano perdiendo agarre y a Magón tratando de mantener el equilibrio extendiendo los brazos, con los ojos desorbitados por la sorpresa. Un momento antes de que su hermano se precipitara abajo, Aníbal se lanzó hacia él.

III

—¡No aflojes! ¡Busca un asidero con los pies!

Magón refunfuñó, mientras apretaba la mano de Aníbal con todas sus fuerzas. Se encontraba suspendido en el vacío, con su hermano sosteniendo todo el peso con una sola mano, y después de los primeros instantes de pánico trató de acercarse a la pared de roca, deslizando los pies en busca de un punto de apoyo.

—¡Animo! —lo alentó Aníbal—. ¡No podré aguantarte durante mucho tiempo!

Magón apretó los dientes e intentó aferrar con la otra mano la muñeca de Aníbal, pero sus esfuerzos sólo sirvieron para que su hermano resbalara aún más hacia el abismo. Aníbal estaba echado en el suelo, con el brazo tendido hacia afuera para sostenerlo. Conseguía aguantarlo sólo gracias a su increíble fuerza, pero más pronto o más tarde iba a perder el agarre, si Magón no hacía algo.

Recordó los instantes terribles en que había sentido que se le hundía el pie y se había deslizado en el vacío, del todo impotente para reaccionar. Había procurado agarrarse con las uñas al borde friable del sendero, pero la roca había cedido. Durante un momento había quedado suspendido en el vacío con la sensación de tener el estómago en la garganta, luego había comenzado a caer. Pero, de improviso, una mano se había alargado hacia él y lo había aferrado por una muñeca, manteniéndolo en vilo sobre el abismo.

Magón había mirado hacia arriba y había visto a Aníbal tendido hacia afuera, con el pecho aplastado sobre el borde del sendero que amenazaba con desmoronarse a cada instante debajo de él, haciéndolos caer a ambos en la sima.

—¡Suéltame! —había gritado desesperado, odiándose por su estupidez y por el modo en que ponía en peligro la vida de su hermano, pero Aníbal había apretado los dientes y con un esfuerzo sobrehumano lo había tirado hacia la pared rocosa, dándole la posibilidad de buscar un asidero con los pies.

Magón pataleó, imprecó contra los dioses que se divertían mofándose de él y se preguntó por qué nadie intervenía para ayudar a Aníbal. Luego recordó que el sendero estaba ocupado casi completamente por las enormes moles de los elefantes

y que no había ni el más mínimo espacio. El había sido un loco y un temerario tratando de pasar como fuera, y ahora estaba pagando su imprudencia. Pero antes de arrastrar a Aníbal consigo al abismo, él mismo se cortaría la mano a la altura de la muñeca.

Aún estaba pensando en esto cuando, de improviso, la punta del pie izquierdo encontró un apoyo, y rezongando enfadado Magón trasladó allí gran parte del peso del cuerpo, hinchando los cuádriceps para izarse lo necesario para que Aníbal se levantara y se apuntalara con los pies.

—¡Eso es! —lo incitó su hermano—. Intenta encontrar un apoyo también para el otro pie.

Magón buscó otros salientes en la roca con la punta del pie derecho, y cuando halló uno emitió un gruñido de satisfacción. Hizo fuerza para izarse, pero el resalte de la roca sobre el que había puesto la suela de la sandalia cedió de improviso, haciéndole perder el agarre también con el otro apoyo, y Magón se encontró de nuevo suspendido en el vacío, con lágrimas en los ojos por la ira.

—¿Tengo que estar yo en todo, verdad? —bufó Aníbal. Magón miró a su hermano, dispuesto a pedirle que lo soltara, que no arriesgara inútilmente la vida por un necio como él, pero con sorpresa se percató de que entretanto Aníbal había conseguido aferrarlo también con la otra mano, y sentarse apuntalando los talones. Sin que pudiera hacer otra cosa, Magón notó que lo levantaban y, al final, lo depositaban en el suelo junto a Aníbal, en un tramo del sendero ocupado casi enteramente por las enormes patas de un elefante, que el conductor procuraba mantener lo más tranquilo e inmóvil posible, después de percatarse de lo que estaba ocurriendo.

Recostado sobre su espalda, al lado de su hermano, Magón cerró los ojos y trató de volver a respirar normalmente. El corazón le atronaba en las sienas, pero él sabía que no era por el miedo. La vergüenza era el sentimiento que lo dominaba, y el deseo de volver a lanzarse en el vacío para desaparecer de una vez por todas en la sima, como habría merecido.

—Ha sido divertido —comentó Aníbal junto a él, poniéndose de pie y tendiéndole una mano—. Pero ahora dime qué has descubierto sobre el otro paso.

Magón aceptó la ayuda de su hermano y se levantó. Aníbal parecía tan sereno e imperturbable como de costumbre, a pesar de lo que acababa de suceder.

—Tenías razón —le dijo—. Ese sendero no conduce a ninguna parte. El galo no nos ha mentado.

—Bien —dijo Aníbal—, Entonces continuemos. El camino aún es largo.

IV

Al final el sendero se ensanchó, inmediatamente después de un recodo a lo largo de la ladera de la montaña que había mantenido sobre ascuas a Vilualta hasta que el último elefante había pasado indemne. Después de un centenar de pasos en ligera subida, se desvió bruscamente hacia un valle estrecho y largo, pero casi llano, que se unía con el torrente, a espaldas del picacho rocoso.

En el valle la hierba era espesa y exuberante, los árboles densos y con las ramas cargadas de hojas. Los comandantes de los escuadrones de caballería se organizaron de inmediato con Vilualta para dividirlo en zonas para el pastoreo de los caballos y el sustento de los elefantes, que era mejor que permanecieran siempre un poco apartados del resto de las tropas, sobre todo ahora que debían recuperarse del nerviosismo y las emociones padecidas durante la travesía de la escarpada garganta rocosa.

Mientras los conductores de elefantes y los jinetes húmedos cuidaban los animales, los oficiales establecieron el lugar en que erigirían el campamento del ejército, preocupándose de seguir las indicaciones del guía galo, que nunca había dejado de advertir a los soldados que excavaran fosos de drenaje del agua de lluvia y que evitaran erigir las tiendas demasiado cerca de los barrancos, los torrentes o las paredes de la montaña. En efecto, en caso de una tormenta imprevista, a aquellas altitudes la roca podría desmoronarse y los torrentes desbordarse sin preaviso, provocando enormes desastres.

—Por favor —había mascullado el galo—, haced el menor ruido posible, porque aquí arriba siempre hay riesgo de provocar desprendimientos.

Ante todo se levantó la gran tienda del consejo de guerra, donde Aníbal consultaría con sus generales y donde, como era su costumbre, mandaría instalar su espartano camastro para la noche. El comandante cartaginés no se concedía ningún lujo cuando marchaba con sus hombres. Al contrario, consideraba la frugalidad y la igualdad de trato entre todos los rangos del ejército como un elemento fundamental para la cohesión de las tropas y la recíproca lealtad.

Una vez levantada la tienda y reunidos los comandantes, Aníbal hizo encender un brasero votivo y ordenó a Maruda, el gran sacerdote, que interrogara a

los dioses antes de dar inicio al consejo de guerra.

—Espero una respuesta—dijo, mirando a Maruda directamente a los ojos—. ¿Los dioses están saciados con la sangre que hemos vertido hasta hoy en la travesía de las montañas, o debemos esperar más pérdidas?

El gran sacerdote asintió, consciente de que el comandante cartaginés era el único, entre todos, que no mostraba ningún temor de sostener su mirada, y se volvió para observar en silencio el fuego que iba atenuándose en el brasero. Permaneció inmóvil durante bastante tiempo, con los brazos levantados y el rostro ceñudo. Luego, de improviso, bajo las manos y las sumergió entre las brasas, revolviéndolas con un movimiento hábil y de gran efecto.

La tienda se llenó de gruñidos y exclamaciones de sorpresa, pero Aníbal continuó impasible. De muchacho su padre le había explicado cómo lograban los sacerdotes dejar pasmados a los espectadores con aquel truco: poco antes de una consulta votiva se untaban las manos con una sustancia transparente y muy resistente, que no se quemaba y los protegía de los tizones ardientes.

Maruda, después de revolver rápidamente las brasas, mostró las manos ennegrecidas y se dirigió a Aníbal:

—El camino aún es largo y difícil —dijo, con el rostro apesadumbrado—. Los dioses no se expresan, y esto me hace pensar que no están completamente satisfechos. Podríamos sacrificar un...

—No —lo interrumpió Aníbal—. Por el momento no sacrificaremos nada. Necesito todos los animales disponibles.

Maruda empalideció y lanzó una mirada a los demás generales, como si buscara el apoyo de alguno, pero cuando se dio cuenta de que nadie se atrevería a oponerse a las órdenes de Aníbal, escondió las manos en las amplias mangas de su vestidura, se inclinó y salió fuera, silencioso y envuelto en las sombras como una extraña criatura de la noche.

Después de que se fuera, Magón se adelantó, con una mueca en los labios.

—Esos brujos no están satisfechos si no vierten sangre —dijo, mientras cogía vino de un ánfora y comenzaba a llenar jarros para todos.

—Esperemos que no se les ocurra exigir la cabeza de alguno de nosotros

—comentó Maharbal, el comandante de los jinetes númerdas, con su voz baja y cavernosa.

Todos se echaron a reír, y el clima pareció tranquilizarse, sobre todo cuando Aníbal se unió a la hilaridad general y recibió el jarro de vino que le ofrecía Magón.

—Recapitulemos la situación —dijo el comandante cartaginés—. Quiero saber cuántas pérdidas hemos tenido. Y llamad al galo. Lo necesitamos para entender qué nos espera en los próximos días.

V

—Los comandantes están contando los hombres —dijo Magón tratando de resumir la situación—, pero no creo que tengamos los datos exactos antes de mañana, también porque hay varios heridos, algunos bastante graves, y no sabemos si sobrevivirán. Se han perdido varios carros, sobre todo cuando Rasal, uno de los conductores libios, se dejó coger por el pánico e intentó hacer retroceder el carro. Ese maldito loco hizo que se despeñaran por el barranco dos carros de víveres con sus conductores.

—¿Cuántos animales hemos perdido? —preguntó Aníbal dirigiéndose a Vilualta. Se sentía cansado, amargado, pero sobre todo furioso por lo que estaba sucediendo. El tiempo había sido clemente, pero por algún motivo aquellas malditas montañas conseguían tener una influencia nefasta sobre los hombres, ponían nerviosos a los animales y provocaban decenas de muertes absurdas, accidentes que se habrían podido evitar con un mínimo de sangre fría. Aníbal se atribuía sobre todo a sí mismo la culpa de tantas pérdidas, pero desde aquel momento tenía la intención de no descuidar nada, manteniendo un control directo sobre las tropas y los carruajes con víveres, las armas y todo aquello que un ejército necesitaba para combatir una guerra.

—He terminado el recuento de los elefantes —respondió Vilualta, con aire sombrío y una arruga profunda que le cruzaba la frente—. Hemos perdido doce, hasta hoy, contando también los dos que se enfermaron antes de atravesar el Ródano. Nos quedan veinticinco elefantes.

En la tienda se hizo el silencio, mientras todos miraban de reojo a Aníbal, como esperando su reacción a aquella noticia, antes de expresar un comentario.

—¿Y los caballos? —intervino Magón.

—Aún peor —respondió Vilualta—. Contando a los húmedas que hemos perdido en el enfrentamiento después de la travesía del Ródano, nos faltan casi novecientos caballos.

El susurro sorprendido se convirtió en un estruendo impetuoso, mientras todos empezaban a hablar a la vez animadamente. Aníbal, airado, impuso el silencio levantando el puño.

—Galo —rugió, dirigiéndose al guía que los boyos habían integrado a su ejército y que hasta aquel momento había permanecido apartado, cavando extraños símbolos en el terreno con la punta del cuchillo. Ante la llamada de Aníbal el hombre se levantó y se reunió con los comandantes que estaban sentados en torno al fuego encendido en el centro de la tienda.

—Os advertí que sería muy duro —dijo—. Y el tramo que nos falta atravesar será aún más arduo.

—¡Dijiste que este sendero era el tramo más difícil de toda la travesía! —lo encaró con ímpetu Magón, pero antes de que el galo pudiera rebatir, Aníbal lo aplacó apoyándole una mano en el hombro.

—¿Crees que es conveniente continuar? —preguntó Aníbal al galo, sorprendiendo a todos.

El hombre escrutó, ceñudo, al comandante cartaginés, como si le costara comprender el significado real de sus palabras, y luego asintió.

—Mi gente está preparada —respondió—. Por cada caballo que perdáis, os proporcionaremos otro. Por cada hombre que muera en estas montañas, os proporcionaremos dos.

Aníbal se mostró conforme. Se volvió y pasó en reseña con la mirada a sus comandantes, uno tras otro, empezando por Magón hasta llegar a Maharbal, que estaba sentado, sombrío, a su derecha.

—Eso es lo que quería oír —espetó a continuación, estirándose para dar una palmada fraternal en la espalda del galo—. Entonces preparémonos. Mañana por la mañana quiero un recuento exacto de las pérdidas y de los heridos, y todos los conductores de carros y de animales deberán reunirse al alba delante de esta tienda para escuchar lo que les diré. Consideraré a los comandantes responsables de cualquier pérdida, se trate de un carro de vituallas o de un elefante, y cuando estemos en Italia recompensaré a aquellos que se hayan demostrado más eficientes y castigaré a quienes no hayan cuidado de sus hombres y de sus animales. Es todo, podéis marcharos.

En silencio, los comandantes salieron de la tienda, salvo Magón, habituado a entretenerse con su hermano después de cada consejo de guerra.

—Tú también —ordenó Aníbal dirigiéndose a su camastro—. Duerme un

poco. Dentro de algunas horas te quiero de pie, para realizar juntos una inspección del campamento. Quiero entender cuáles son los puntos débiles de nuestra organización y ponerles remedio lo antes posible.

—Sólo tenemos un problema, en mi opinión —dijo Magón en voz baja.

—¿Cuál? —le preguntó Aníbal.

—Hemos reunido un hatajo de hombres a los que no conseguimos gobernar como quisiéramos —respondió su hermano, turbado—. En nuestras filas hay fenicios, munidas, galos, libios, ligures e íberos. ¿Cómo pudiste pensar que podrías convertirlos en un ejército compacto y dispuesto a moverse como un solo hombre?

Aníbal entornó los ojos e hinchó las mandíbulas, luego se relajó y se acercó a Magón.

—Tienes razón —le dijo—. Pero ese hatajo será también nuestra fuerza. Sólo debemos mantener la disciplina en estos momentos difíciles, para limitar las pérdidas y para hacer más sólida la cohesión entre los hombres. Cuando estemos en Italia, podremos disponer de un ejército de veteranos listo para lanzarse a la batalla sin vacilaciones, orgulloso por saber que es el protagonista de esta empresa. Sólo así podré hacer de este grupo heterogéneo una manada de lobos feroces. Y yo seré el líder de la manada, te lo puedo asegurar.

Magón se quedó observándolo unos instantes, aparentemente sorprendido por aquel lúcido examen de la situación, luego hizo un gesto con la cabeza y exhibió una sonrisa.

—Eres increíble —murmuró—. Lo tenías planificado todo, incluso estas dificultades, estas muertes, el esfuerzo al que nos estamos sometiendo. Estaba todo estudiado, formaba parte de un plan muy preciso.

También Aníbal sonrió.

—Hay muchas maneras de adiestrar a un ejército, y en mi opinión ésta es la mejor de todas. Aunque comporte algunos sacrificios.

Magón se echó a reír, y Aníbal lo imitó, luego le pidió que lo dejara solo y lo echó a la fuerza de la tienda. Estaba atardeciendo, y aquella noche ninguno de ellos reposaría. Era mejor aprovechar cada instante útil.

VI

Himilce terminó de lavarse los pies en un pequeño bajío del tumultuoso torrente de montaña, se los secó con un borde del vestido, pero al captar un movimiento con el rabillo del ojo evitó ponerse las sandalias y levantarse. Para lavarse se había subido el vestido hasta la mitad del muslo, y ahora sus piernas largas y fuertes relucían bajo el sol que se abría paso entre los salientes agudos de las cimas de las montañas. Himilce sabía que era una mujer apetecible, y también que sus piernas, naturalmente depiladas y lisas como los más preciados tejidos de Oriente, despertaban sensaciones fuertes en los hombres que se detenían a admirarlas.

Por más que fuera la esposa de Aníbal, y aun consciente de los deberes de una mujer casada, Himilce no escondía el placer que le provocaba mostrarse a los hombres, sobre todo cuando la escrutaban a escondidas, convencidos de que no se había percatado de ellos. Con Aníbal podía dar salida a toda su excitación provocándolo de todas las maneras posibles: se dejaba admirar mientras atravesaba desnuda sus habitaciones privadas en Nueva Cartago, o esperaba a que él estuviera cerca para lavarse y darle así la posibilidad de recorrer con la mirada cada centímetro de su cuerpo.

Pero las emociones más fuertes las sentía cuando eran otros hombres los que la observaban a hurtadillas, arriesgando la vida por tanta osadía. Lo mismo estaba ocurriendo ahora, después de que hubieran acampado, extenuados, en un claro herboso entre las rocas de montaña, y ella hubiese bajado al torrente para refrescarse.

Sabía que el comandante del pelotón de soldados del Escuadrón Sagrado que la escoltaba no conseguía resistirse a su fascinación, y que cuando creía que ella no lo advertía no le quitaba ojo de encima, como si pudiera desnudarla sólo con la fuerza del pensamiento.

Se llamaba Amidal, y ella había entendido de inmediato que podría aprovechar esa situación en su beneficio, para poner en práctica su plan. Así, ya la mañana después de su partida del campo de Aníbal en las riberas del Ebro, había procurado que él la viera mientras, parcialmente escondida detrás de una mata, se lavaba el pecho y las axilas con un paño mojado. Himilce tenía el pecho lozano y

duro propio de las mujeres de su raza, y sabía que Amidal no permanecería indiferente al espectáculo que ella le ofrecía.

Después de haberlo embrujado con aquellos movimientos rápidos y audaces, Himilce lo trató siempre con extrema amabilidad y respeto, sonriéndole y guiñándole el ojo cada vez que le era posible, y el comandante del pelotón no pudo contener su incomodidad cuando, un par de veces, lo sorprendió con los ojos clavados en ella. Pero en vez de desaprobando su comportamiento, Himilce le volvió a sonreír, dándole a entender que era una mujer abierta, halagada por las atenciones que él le dedicaba. Y en los días siguientes no perdió ocasión de dejarse mirar mientras se lavaba o cambiaba de ropas.

Había tocado a Amidal en lo más íntimo, hasta hacerlo esclavo de su fascinación, y lo había predispuesto para que la escuchara como sólo un varón excitado podía hacer.

Mientras se levantaba un poco más los vestidos, descubriendo las piernas hasta las ingles y disfrutando a su pesar del estremecimiento que le recorría la espalda ante la idea de que Amidal estaba escondido allí cerca, observándola, pensó que había llegado el momento de convencerlo de que la ayudara.

* * *

Algunas horas después, durante un alto para dar descanso a los caballos y comer algo, Himilce se acercó a Amidal.

—Quisiera hablarte —le dijo, mirándolo con una sonrisa.

Amidal se ruborizó, observando a su alrededor, circunspecto, y luego siguió a Himilce a su carro.

—Dime, mi señora —espetó, intimidado.

—No puedo regresar a Nueva Cartago —empezó Himilce, cogiéndolo desprevenido—. Mi hijo está en buenas manos, no temo por él. Lo que sí temo es no volver a ver a mi marido. Por eso necesito estar con él.

Amidal abrió la boca para decir algo, pero luego la cerró negando con la cabeza en silencio. Estaba desconcertado, se debatía entre emociones encontradas, quizá también un poco desilusionado (¿y aliviado?) por el hecho de que ella no lo hubiera llamado para ofrecerle quién sabe qué promesa de placer prohibido.

— Sé que mi marido lo desaprobaba — aprovechó Himilce, aproximándose y mirándolo directamente a los ojos—. Moriría antes de arriesgarse a que me sucediera algo. Pero yo no soy una gorda esposa cartaginesa o una matrona romana. Soy Himilce, hija de Ilapal, jefe de la tribu de los béticos, y no puedo soportar la idea de estar lejos de mi hombre mientras combate por la gloria de mi gente. ¿Puedes entenderme?

Amidal tragó ruidosamente, la miró confuso, casi asustado, luego cuando ella le pasó una mano por el rostro se sobresaltó por la sorpresa.

— ¿Crees que podrías hacer esto por mí? —le preguntó Himilce con un susurro—. ¿Me ayudarás a alcanzar a Aníbal para convencerlo de que me lleve con él?

— A estas alturas... —intentó decir Amidal con voz ronca, pero se vio obligado a interrumpirse y a tragar saliva.

Himilce le dejó tiempo para continuar, y el comandante del Escuadrón Sagrado negó con la cabeza.

— A estas alturas estarán lejos —continuó Amidal, sin conseguir sostener su mirada—. Y, además... Aníbal me mataría, si...

— No, no lo hará —lo interrumpió Himilce, decidida—. Siempre me ha escuchado, y esta vez también lo hará. Además, no creo que estén tan lejos como para no poder alcanzarlos en unos días. Nosotros podemos movernos con mucha más velocidad.

Amidal boqueó, tratando de recuperarse y de organizar una defensa al ataque inesperado al que había sido sometido y para el cual, evidentemente, no sabía qué contramedidas adoptar.

Pero Himilce lo descolocó de nuevo, abrazándolo con fuerza y apretando el seno contra su pecho, para que advirtiera el calor de su cuerpo.

— Te estaré siempre agradecida, comandante —le murmuró al oído, sintiéndolo estremecerse entre sus brazos—, ¿Podrás convencer a tus hombres para que den marcha atrás?

Amidal no pudo responderle. Asintió tratando de separarse amablemente de ella, y en aquel momento, al comprender que era mejor no excederse, Himilce lo

dejó marchar.

* * *

Su plan llegó a buen puerto. Oyó a Amidal discutiendo animadamente con los demás componentes del Escuadrón Sagrado, luego refunfuñar con autoridad para imponer su grado, hasta que volvió a montar a caballo y ella notó que el carro giraba sobre sí mismo para volver hacia el norte, a la búsqueda de Aníbal y de su ejército.

Sabía que había engañado al joven Amidal, pero su objetivo era demasiado importante como para andarse con muchos escrúpulos. Ahora sólo debía pensar en alcanzar a Aníbal, para acompañarlo en aquella descabellada empresa y compartir con él los riesgos y los peligros a los que se enfrentaría.

Un par de días más, pensó, y darían alcance a la retaguardia del ejército cartaginés. A partir de ese momento no le resultaría tan fácil controlar la situación. No tendría que vérselas con Amidal, sino con Aníbal. No le bastaría con embrujarlo con la belleza de su cuerpo para tener razón.

Se encogió de hombros y sonrió. De algún modo, lo conseguiría. Ahora era demasiado tarde para que Aníbal pudiera obligarla a volver atrás.

VII

—Los hombres están exhaustos. Y hambrientos como lobos. El racionamiento ha provocado numerosas peleas y nos hemos visto obligados a condenar a muerte a cuatro masilios que intentaban robar provisiones. Si no logramos atravesar estas malditas montañas dentro de pocos días, corremos el riesgo de ser derrotados incluso antes de encontrarnos frente al ejército romano.

Magón se había desahogado con ira, y Aníbal se lo había permitido, quizá porque de algún modo también él tenía la misma ansiedad y el mismo temor de no conseguirlo.

Miró a su alrededor, dejando vagar la mirada por el perfil altísimo de las montañas, cuyas cumbres más altas estaban cubiertas de nieve. El verano estaba a punto de llegar a su término, y el viento que barría aquellos valles y aquellos contrafuertes era cada vez más frío e insistente. Desde hacía algunos días llovía a ratos, con grandes nubes grises que oscurecían, de improviso, el sol y vertían sobre el ejército en marcha una cascada de agua gélida y punzante, que no contribuía a levantar la moral y hacía que fuera aún más peligroso recorrer los senderos de montaña. Ahora cada día sus comandantes le informaban de los hombres o animales que perdían contacto con el terreno y se precipitaban por barrancos de los que era imposible recuperarlos, y hasta dos veces, después de algunos violentos temporales, habían cedido las paredes de la montaña, provocando avalanchas de tierra y roca que se habían abatido la primera vez sobre una unidad de caballería húmeda, aniquilándola casi por completo, y la segunda sobre algunos carros de pertrechos, ocasionando un golpe terrible a sus provisiones de víveres. Por eso desde hacía algunos días se habían visto obligados a reducir las raciones y a enviar de caza a algunas unidades de honderos, empresa bastante difícil en aquellas montañas ásperas y frecuentadas sólo por cabras montesas y marmotas extremadamente desconfiadas.

Sin embargo, Aníbal sabía que aún faltaba un poco para que su empresa llegara a término. El guía galo, que pasaba la mayor parte del tiempo apartado, limitándose a indicar el camino que recorrer cada vez que se encontraban ante un desvío o ante quebradas paralelas que atravesaban los estrechos valles entre los montes, tenía un aire despectivo hacia ellos que ya había desencadenado la ira de Magón y que, desde luego, no contribuía a serenar los ánimos.

—Debemos hacer algo, de otro modo llegaremos a Italia diezmados —continuó Magón, trazando nerviosamente algunos signos en el terreno con un palo.

—Si los boyos y los insubres están manteniendo ocupadas a las legiones de Roma, como nos prometieron —intervino Vilualta—, quizá tendremos tiempo de reorganizarnos y dejar que los hombres recuperen las fuerzas.

—¿Dónde encontraremos la comida necesaria? —quiso saber Paribio, el comandante de los exploradores—. No podemos saquear aldeas o ciudades enemigas, tendremos que apoyarnos en esos bárbaros.

Al pronunciar aquellas palabras, Paribio había señalado al guía galo, que estaba sentado algunos pasos más allá, delante de un fuegucito en el que estaba tostando unas extrañas raíces que no sabían dónde había encontrado.

—Tratemos de calmarnos —se decidió finalmente a intervenir Aníbal—. La situación es difícil, pero no desesperada. Tal como habíamos previsto antes de lanzarnos a esta empresa. ¿O me equivoco?

Nadie replicó, y Aníbal continuó:

—Mañana nos tomaremos un día de descanso. Si tenemos suerte no lloverá, y podremos mandar algunas escuadras de cacería por estos contrafuertes. Cuidaremos de nuestros animales, pondremos a punto las armas y pondremos a secar las armaduras y los vestidos. No importa si aflojamos el ritmo de la marcha, lo que necesitamos sobre todo es recuperar la confianza en nosotros mismos y levantar la moral de las tropas.

Se interrumpió y miró uno a uno a sus comandantes, que escuchaban en silencio, como siempre cautivados por sus palabras, y continuó:

—Permaneced cerca de vuestros hombres, hablad con ellos, hacedles ver que sois fuertes y fiables. Yo haré lo mismo. Aún nos quedan unos días por estas montañas, no podemos ceder precisamente ahora. Cuando estemos en Italia veremos cuál será la situación. Si hay que combatir lo haremos como seamos capaces, de otro modo nos tomaremos todo el tiempo que necesitemos para recuperar las fuerzas y tratar de entender si la red de alianzas que hemos construido en los meses pasados es aún sólida y puede acudir en nuestra ayuda.

Calló de nuevo, y vio que todos asentían e intercambiaban miradas, como si

no hubieran esperado otra cosa que oír su opinión para recobrar la confianza.

Sólo Magón seguía poniendo ceño por la desconfianza, pero Aníbal sabía que no se echaría atrás, al contrario, haría lo que fuera para seguir sus órdenes y empujar también a los demás a hacerlo.

Estaba a punto de levantarse y despedir al consejo de guerra, cuando advirtió un estrépito que procedía del sur, en dirección a la pista que acababan de abandonar después de dos días de difícil escalada.

—¿Qué sucede? —preguntó Maharbal, exteriorizando las dudas de todos.

Un hombre a caballo llegó precipitadamente, saltó y corrió hacia Aníbal, inclinándose en su presencia.

—Hemos interceptado a Amidal y sus hombres —reveló el jinete de un tirón—. Están aquí.

Aníbal lo miró, sorprendido.

—¿Amidal? —preguntó—, ¿Y mi esposa?

—También está ella, comandante —respondió el hombre, y Aníbal se puso de pie de un brinco, apretando las mandíbulas por la ira.

—¡Llevala a mi tienda! —refunfuñó, sintiendo que la sangre le hervía en las venas—. Esa mujer... ¡Es más terca que una mula!

Se interrumpió al ver que Himilce, caminando con la cabeza alta y el paso expedito, iba directamente hacia él, seguida por Amidal y los demás hombres del Escuadrón Sagrado. Entonces con la cabeza erguida se dirigió a su vez hacia su esposa, dispuesto a un enfrentamiento que no sería menos impetuoso que una batalla contra el ejército romano.

VIII

—Tú eres... eres...

Aníbal buscó las palabras justas, pero no consiguió encontrarlas, anegadas como estaban en la mezcla de sentimientos que lo embargaba: la ira, la frustración y el desaliento se confundían con un sentimiento de excitación y deseo por aquella mujer que tenía el poder de embrujarlo.

—Lo sé —rebató Himilce, quitándose el último trozo del vestido y quedándose desnuda ante él. Lo observaba con la mirada encendida de excitación, sin mostrar la más mínima incomodidad, consciente de la belleza de su cuerpo, que no había sufrido en lo más mínimo los trabajos del parto—. Pero, ahora, ¿no crees que llegó el momento de perdonarme?

Después del arrebato que los había visto enfrentados y enfadados delante de medio campamento cartaginés, que se había quedado enmudecido, mirándolos, Aníbal había entendido que sería contraproducente para él y su imagen permanecer allí fuera peleando con su esposa, así que la había aferrado por una muñeca y arrastrado a su tienda, ordenando a un par de soldados que no dejaran entrar a nadie.

Una vez dentro, había seguido gritando rojo de ira, con las venas del cuello hinchadas como los cordajes de una nave, pero para su sorpresa Himilce había decidido callar y permanecer tiesa delante de él, con una mirada de desafío en los ojos negros y profundos.

—¿Por qué me miras así? —había soltado Aníbal, conteniendo la tentación de golpearla como habría hecho si se hubiera tratado de uno de sus hermanos o de cualquier subordinado indisciplinado. Pero la idea de golpear a Himilce lo horrorizaba, y así durante un rato había continuado caminando de un lado para otro como una fiera enjaulada, enumerando todas las órdenes que le había dado y a las que ella había desobedecido.

Por toda respuesta, Himilce había sonreído, burlona, y comenzado a desvestirse quitándose las ropas capa tras capa, y él no había podido sino quedarse mirándola plantado, con la boca abierta por el estupor, la ira y la imposibilidad de continuar con su arrebato.

Ahora, hermosa como una diosa y peligrosa como una leona, Himilce se le estaba acercando, dejando que el pecho lozano oscilase rítmicamente mientras los pezones se endurecían y apuntaban, arrogantes, hacia él.

Aníbal levantó una mano con la intención de detenerla, porque sabía que si se dejaba hechizar por su belleza se desvanecería su cólera, pero ese gesto sólo sirvió para acelerar su rendición: Himilce adelantó el pecho y puso un pezón en contacto con la palma tendida de Aníbal, que se mareó y notó como si de repente se abismara en uno de los barrancos que tachonaban las montañas.

—Tenía ganas de sentir tus manos en mi cuerpo —murmuró ella, cogiéndole también la otra y llevándosela al pecho—. ¿Cómo pudiste presumir que aceptaría que te fueras? ¿Y acaso no volver a verte nunca más?

Aníbal boqueó, vencido ante el calor de su cuerpo y el contacto con su piel sérica y llena de promesas. Ninguna mujer le había despertado semejantes sensaciones, y aunque de vez en cuando se desahogaba sexualmente con alguna prostituta o con alguna prisionera, nada podía compararse con lo que sentía cada vez que ella tomaba posesión de su cuerpo y se dejaba poseer por él.

Esta era quizá su mayor debilidad, e Himilce lo sabía bien.

—¿No entiendes que es peligroso, para ti, permanecer a mi lado? —se rindió al fin, tragándose la ira y atrayéndola hacia sí, para dejarse rodear y llenar por su calor—. ¿Y no piensas en nuestro hijo? ¿Qué hará sin su madre? ¿Y qué dirán todos cuando se enteren de que te he llevado conmigo?

Himilce comenzó a desatarle el jubón de cuero con manos rápidas y seguras, sin apartar los ojos de los suyos.

—Nadie sabe que estoy aquí —replicó, entre complacida y divertida, pasando a desabrocharle el cinturón—.

Y nuestro hijo es tan pequeño que ni siquiera se percatará de mi ausencia. Le pedí a Anshat que se ocupe de él, y ella se mostró más comprensiva de lo que esperaba. Volveremos a ocuparnos juntos de él.

Aníbal cerró por un instante los ojos mientras deslizaba las manos por su espalda fuerte, abajo hasta las nalgas musculosas, que se tensaron al contacto con sus dedos. Himilce lo apretó aún más, le abrió la túnica y desató la cinta que la mantenía atada a la cintura, luego juntó su piel contra la suya, dejando que sus

cuerpos se intercambiaran calor y estremecimientos de excitación. Cuando con la mano le cogió los testículos y luego le apretó el pene erecto, rio complacida.

—Según parece, eres el único, en esta tienda, que se muestra disgustado con mi presencia.

Aníbal no consiguió evitar sonreír a su vez, le levantó el rostro y la besó, con tanta fuerza e ímpetu que por un momento pensó que le había hecho daño. Pero cuando intentó apartarse, Himilce emitió un lamento sofocado y volvió a aplastarse contra él, levantando una pierna y usándola para ceñirlo por la cintura y anclarse a su cuerpo. Mientras seguían besándose, ella guió su pene dentro de ella, dándole a entender que así quería que la poseyera, de pie en el centro de la tienda, como dos jovencitos impacientes por hacer el amor.

Aníbal gruñó de placer al notar que ella estaba apretando con fuerza la pelvis contra él, y después de extender ligeramente las piernas para encontrar estabilidad, la aferró por los muslos y la levantó, de modo que pudiera cruzar los tobillos detrás de la espalda. Entonces la acomodó sobre él y la penetró.

Himilce gimió de placer, colgada con los brazos en tomo al cuello de él, la boca pegada a la suya, los pezones tensos que le presionaban el pecho, tan excitantes que por un momento Aníbal creyó que se correría de inmediato.

Pero logró controlarse, y comenzó a moverse al ritmo con que Himilce se movía encima de él. Continuaron durante un tiempo que le pareció infinito, como si estuvieran precipitándose en un abismo sin fin, luego cuando volvió a abrir los ojos bajo el impulso del orgasmo que estaba a punto de irrumpir, vio que también Himilce lo estaba mirando, con la boca abierta, jadeando de placer.

Se corrieron juntos, de un modo tan impetuoso que Aníbal sintió que casi le cedían las piernas, y faltó poco para que se derrumbara al suelo junto a ella, encima de ella, dentro de ella.

Cuando, más tarde, Himilce deslizó las piernas sobre las suyas y se apartó de él, Aníbal notó que estaba temblando, vaciado de toda energía pero lleno de un ardor que necesitaba seguir quemando.

Himilce lo cogió de la mano y lo condujo a su frugal camastro, que habían colocado en un rincón de la tienda.

—¿No querrás rendirte ahora, poderoso guerrero? —le dijo con una sonrisa

maliciosa.

Aníbal se sintió arder, y con sorpresa constató que habían bastado aquellas palabras y la fuerza lánguida de su mirada para que volviera a tener una erección impetuosa.

—Tenemos toda la noche para nosotros —le dijo, olvidando todo rencor, extremadamente feliz y satisfecho por tenerla allí, entre sus brazos.

—Entonces no perdamos más tiempo —murmuró ella, recostándose sobre el jergón y abriendo las piernas para mostrarle el fruto de su deseo.

Aníbal bufó como un toro mientras se arrancaba de encima las prendas que le quedaban y se lanzó sobre ella.

IX

A la grupa de su caballo, Aníbal escrutaba, ceñudo, las maniobras del gran carro arrastrado por una yunta de bueyes. En el pescante se sentaba Magón, que, como de costumbre, había querido hacer lo que le venía en gana, mientras Vilualta gritaba órdenes a los hombres que mantenían a raya a los elefantes y a los caballos, aquel día más nerviosos de lo habitual.

Por lo que decía el guía galo, se encontraban ya muy cerca de ver el fin de su empresa: más allá de las crestas rocosas que dominaban la estrecha garganta en que se habían metido, el desfiladero desembocaba en un valle más amplio, donde los hombres y los animales podrían hacer un alto reparador, para reconfortarse y sobre todo para celebrar el éxito de la travesía, una hazaña que muchos creían aún imposible.

El carro que conducía Magón iba cargado con piedras y trozos de roca, hasta el máximo de su capacidad, y avanzaba por la pista mientras su hermano guiaba con extrema prudencia la yunta de bueyes, también ellos nerviosos y cautos como si se dieran cuenta de que el mínimo error los llevaría a la muerte.

Una vez más se habían encontrado en un sendero que parecía cavado en la roca, tan intransitable y accidentado que era como si, en los últimos años, hubiera sufrido una serie infinita de avalanchas y hundimientos del terreno. Al verlo, los comandantes de las escuadras de elefantes y de caballos se habían negado a afrontarlo, y las mismas quejas habían llegado de los encargados de los pertrechos, que estimaban imposible que los carros con víveres y los equipos de campo pudieran pasar por aquel recorrido insidioso, suspendido por encima de la enésima sima entre las montañas.

—Este es el camino más corto —rezongó el guía galo, interpelado por Aníbal—. Así ahorraremos cuatro días. Después de esta pista los caminos son excelentes, todos practicables. Casi hemos llegado.

Su cartaginés era aproximativo, pero aquel hombre conseguía expresarse con frases tajantes y breves que no admitían ninguna duda de interpretación.

—Entonces sigamos adelante —sentenció Aníbal—.

No podemos perder cuatro días más, hemos avanzado demasiado lentamente. Los romanos ya estarán alineados a la espera de nuestra llegada.

Nadie se atrevió a rebatir, y Magón planteó una proposición sensata, que todos habían aprobado: que fuera delante un carro cargado de piedras para comprobar si la pista estaba firme y tantear el terreno. También Aníbal dio su visto bueno, aunque no pudo menos que quedarse sorprendido y contrariado cuando Magón le pidió que fuera él quien condujera el carro.

—Necesito que mis generales más fiables estén a mi lado —había refunfuñado, tratando de convencerlo de que desistiera, pero Magón había sonreído y le había dado una palmada en el hombro, diciéndole que no se preocupara. Para él sería un juego de niños.

Mientras recordaba la expresión bravucona de su hermano, Aníbal contuvo una sonrisa: se parecía mucho cuando tenía él a su edad, y de eso no podía sino estar contento. Por otra parte, tampoco podía evitar estar ansioso por su prueba de valor: si el terreno cediera y el carro acabase abajo, esta vez él no iba a poder hacer nada para salvarlo.

—Estate tranquilo, no le sucederá nada —afirmó una voz a sus espaldas. Himilce lo alcanzó a lomos de un pequeño pero robusto caballo blanco. Como siempre, estaba hermosa y radiante, a pesar de la cabellera oscura y la piel bronceada—. Ese muchacho es al menos tan astuto e inteligente como tú.

Aníbal asintió y volvió a mirar a Magón. El carro de prueba avanzaba lentamente, pero con seguridad, las ruedas a menos de un paso del borde de la pista. De vez en cuando alguna piedra se desprendía de la cresta de la montaña, desmoronándose por el declive para desaparecer en el barranco, pero el sendero era más seguro y sólido de lo que parecía.

—Después de esa montaña estaremos en Italia —le reveló Aníbal, con el semblante sombrío—. Tenemos que pensar en qué hacer contigo.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó ella, divertida. No parecía en absoluto turbada, y si por una parte esto contribuía a levantarle el corazón a Aníbal, que consideraba el valor una de las principales virtudes, por otra le causaba cierta desazón en el estómago, donde sentía agitarse la duda de que hubiera sido un terrible error haber aceptado llevarla consigo. Pero ahora estaba allí, y él debía pensar en cómo alejarla de los peligros.

—Necesitas una escolta. Alguien de quien me pueda fiar, dispuesto a dar la vida por la esposa de su comandante.

Himilce lo miró, sorprendida, pero no rebatió nada. Sabía que sobre ciertas cosas Aníbal no admitía réplicas.

—¿Ya has pensado en alguien? —le preguntó al fin, mientras en la pista que bordeaba la montaña el carro que conducía Magón tomaba incólume la última curva y se detenía. El hermano menor de Aníbal saltó del pescante e hizo señas de que todo estaba en orden: el sendero era transitable.

—No —respondió Aníbal dando un tirón a las bridas y volviéndose hacia Vilualta y los demás comandantes que esperaban su orden para poner en marcha el ejército—. Aparte precisamente de Magón.

—Nunca te lo perdonaría —dijo Himilce, y Aníbal comprendió que ella tenía razón—, Pero quizá yo tenga la solución.

Aníbal la miró entornando los ojos.

—¿Quién? —le preguntó.

—Amidal —respondió Himilce—. Es un joven capaz y de confianza. Ya ha tenido ocasión de demostrarlo.

Aníbal hizo una mueca.

—Habría debido matarlo con mis propias manos —gruñó—. Si no lo hice sólo fue porque me lo pediste tú.

—El mismo se habría matado, si se lo hubieras ordenado —objetó Himilce.

Aníbal permaneció un rato en silencio rumiando aquellas palabras, luego, al percatarse de que todos estaban a la espera de sus órdenes, tomó una decisión.

—De acuerdo —dijo—. Que sea Amidal.

Se volvió hacia Vilualta y levantó la mano con la palma abierta, dando la señal para poner en marcha el ejército.

—Pero ahora centrémonos en llegar al otro lado. Tengo prisa por celebrar

esta gran hazaña.

CAPÍTULO VII

218 a.C.

Valle del Po (Galia Cisalpina)

I

A marchas forzadas, las legiones del cónsul Cornelio Escipión alcanzaron un amplio claro que se abría en una ensenada del Po, y los comandantes ordenaron montar el campamento, según la ya probada colocación que veía las tiendas de los vélites y los asteros dispuestas en alineaciones frontales, en el centro aquellas de los principes y los triarii, y a los lados las de los jinetes, con los recintos para los caballos. Aquí y allá, dependiendo de dónde fuera necesario consolidar la defensa del campamento para no tener puntos expuestos a eventuales ataques por sorpresa, estaban las aglomeraciones irregulares de tiendas que habían erigido los aliados itálicos incorporados a la operación, las cohortes, entre las que destacaban las tribus de los samnitas, los umbros, los etruscos, los apulos, los mesapios y muchas otras raleas que a Cornelio Escipión le costaba reconocer. Los carros de los pertrechos se esparcirían por toda la vasta superficie del campamento para servir a las centurias de manera ordenada, sin desperdicios inútiles de vituallas.

Mientras los hombres trabajaban con su habitual eficiencia erigiendo las tiendas y las fortificaciones, cavando los canales de desagüe para el agua de lluvia y las letrinas comunes, el cónsul se dirigió con paso expedito hacia un lugar al oeste del campo, donde más allá de los recintos para los caballos algunos jóvenes soldados estaban construyendo una torreta de vigilancia.

Cornelio Escipión no pudo menos que sentirse satisfecho por la eficiencia mostrada por sus hombres, sacando la conclusión de que sólo aquel tipo de disciplina y adiestramiento sería capaz de volver invencibles a las legiones romanas.

Pero ahora era otra la preocupación que lo apremiaba.

Una vez localizado al pelotón de iuniores, que estaban ocupados en atender a sus caballos y en erigir las tiendas dispuestas en hileras ordenadas, hizo señas al centurión de su escolta personal para que fuera a buscar al comandante de la escuadra.

Pocos instantes después un joven de anchas espaldas y de aire altivo llegó escoltado a su presencia. Se inclinó respetuosamente, pero con una actitud que causó una excelente impresión en Cornelio Escipión.

—Necesito hablar contigo —le dijo.

—Te escucho, general —respondió el joven, usando el término que se empleaba cuando las legiones entraban en batalla y los cónsules asumían el mando.

—Mi hijo será nombrado vuestro comandante —fue directamente al grano—. Vuestra compañía deberá disponerse en la retaguardia, lista para intervenir, pero con otro cometido de suma importancia.

Calló y aguardó una reacción del joven, que, no obstante, se limitó a permanecer a la espera, moderado y rígido, en una pose que declaraba su absoluta fidelidad al cónsul.

—Deberás ocuparte de vigilar a mi hijo —continuó Cornelio Escipión, satisfecho de haber encontrado la persona adecuada para la delicada tarea que estaba a punto de confiarle—. Es inexperto, no tiene el nervio de un comandante, sobre todo en el campo de batalla. Te confío, por tanto, la misión de guiarlo, aunque dejándole creer que es él quien manda vuestra escuadra. Procura que los demás jinetes entiendan la importancia de vuestro cometido. Debéis batiros por Roma, pero también debéis preocuparos de proteger a mi hijo y aplacar su temeridad en los momentos culminantes de la batalla.

El cónsul se interrumpió de nuevo, miró al joven y suspiró, apoyándole una mano en el hombro.

—No es una tarea fácil, me hago cargo, y tampoco demasiado gratificante. Pero si la llevas a cabo como espero, disfrutarás de mucha fama en nuestras legiones, y un cometido de prestigio te esperará cuando hayamos domado a los cartagineses. ¿Qué contestas?

—Que es un honor asumir ese cometido —respondió sin vacilar el joven—. Haré lo posible por que tu hijo pueda expresar sus cualidades sin poner en riesgo su vida.

Cornelio sonrió.

—Eres listo, muchacho. ¿Cuál es tu nombre?

—Marco Aurelio Sedaño —respondió el joven, golpeándose el pecho con el antebrazo—. Y estoy a tus órdenes.

—Bien —asintió el cónsul, haciendo señas a su escolta de que podían alejarse—. Cuento con ello.

Dicho esto volvió hacia la gran tienda que ya estaba erigida en el centro del campamento, donde los legados y los tribunos militares lo esperaban para un consejo de guerra antes de que se hiciera de noche.

Ahora estaba más tranquilo: Marco Aurelio estaba dispuestos a dar la vida por proteger la integridad de Publio, y esto era más de cuanto habría podido pedir a un joven jinete que probablemente no conseguiría volver vivo a Roma. Lo importante, se dijo, era que su hijo pudiera sobrevivir a aquella expedición y seguir dando un honroso futuro a la estirpe de los Escipiones.

II

—Entonces, Versilio, ¿qué te parece?

Nunca como en aquellos días Publio se había sentido tan excitado y lleno de energía. Tenía la impresión de vivir en una de aquellas historias míticas de héroes y de guerras que de vez en cuando le contaba Versilio.

—Pareces el poderoso Heracles a punto de derrotar a alguna terrible criatura —respondió, divertido, el siracusano—. Sólo espero que en el campo de batalla estén el valiente Aníbal y sus hombres, y no la astuta Deyanira y el pobre centauro Neso.

—Por suerte, aún no estoy casado —contestó Publio abriendo las piernas y poniéndose de jarras, la cabeza levantada y la espalda recta como un palo para tratar de parecer más alto. La lámina de bronce reflectante le devolvía una imagen que no acababa de interpretar del todo. Aunque tenía casi dieciocho años y era bastante alto, Publio tenía el tórax poco vigoroso y las piernas delgadas, más adecuadas para un hombre dedicado a los estudios que a la guerra, y el conjunto le daba un aire extraño, con la loriga que aquella misma mañana había recibido de su padre al despertar.

—Ponte ésta —le había ordenado el cónsul tendiéndole la coraza de cuero y metal—. Fue de tu abuelo, y la llevé yo también, cuando me nombraron comandante de un escuadrón de caballería por primera vez.

Publio se levantó fascinado de su camastro, mientras Versilio, que dormía sobre una manta en un rincón, observaba la escena en silencio, como correspondía a un esclavo. Después de haber admirado el pectoral de la loriga y los cubreantebrazos de cuero prensado, los recogió de las manos de su padre, con movimientos lentos y solemnes, según merecía el momento. Su padre le puso una mano sobre el hombro.

—Te nombro comandante de un escuadrón de mis fieles iuniores —concluyó, abrazándolo y saliendo a paso rápido de la tienda—. Te esperan en las riberas del río para recibir órdenes —añadió, mientras Publio lo observaba atónito, con mil preguntas que le bullían en la cabeza.

Entonces Versilio se levantó, le quitó de las manos la coraza y la extendió cuidadosamente sobre el camastro. A continuación le dio una palmada en la espalda y dijo:

—Enhorabuena, comandante. Ahora el chiquillo que conocía ya no existe. Ahora, por fin, tendré que vérmelas con un hombre y un guerrero.

Publio lo miró parpadeando, como si de repente se hubiera despertado de un extraño sueño y se hubiera sentido invadido por un chorro ardiente que le bajase al estómago hasta quemárselo.

—¡Un escuadrón totalmente mío! —gritó, dando finalmente salida a la excitación que le ponía la carne de gallina—. ¡Es increíble!

—Yo no lo diría —rebató Versilio, comedido, pasándole la túnica que iba debajo de la coraza—. Diría que eso se te debía, como hijo de un cónsul. Ahora, más bien, tendrás otro problema.

—¿Cuál? —le preguntó Publio.

—¡Tratar de arreglarte para que no parezcas demasiado deslucido delante de tus soldados! —lo picó Versilio, en uno de sus raros momentos de ironía.

Publio rió sin demasiada energía, desahogando así la tensión que se le estaba acumulando por dentro, luego se puso las piezas de la armadura y se paró delante de la lámina de cobre, tratando de asumir una expresión lo más marcial posible.

Pero, una vez más, Versilio procuró que pusiera los pies en el suelo, comparándole con el gran Hércules y poniendo de relieve, así, los delgados brazos que despuntaban de la coraza.

—¿Crees que parezco ridículo? —preguntó Publio, preocupado, mirando su reflejo con aire más crítico.

—¡Qué va! —lo tranquilizó Versilio—. Además, recuerda, no es el aspecto lo que cuenta, sino la actitud con que te enfrentes a esos soldados y les des a entender quién manda.

Publio se demudó.

—Eso quizá sea peor —dijo aflojándose la loriga, que de improviso le pareció

pesadísima e incómoda. ¿Cómo era posible combatir con todo eso encima dificultando los movimientos?

—Tú eres Publio Cornelio Escipión —le recordó Versilio con voz baja y grave, haciendo que Publio se volviera, sorprendido—. Nunca lo olvides. Ellos lo saben, y sólo por eso se sentirán intimidados. Aprovecha la ventaja y demuestra que eres consciente de ella. Cuando llegue el momento de la batalla, repítetelo varias veces en la mente, y verás que servirá para darte fuerza y valor.

Publio se quedó observando a su esclavo con atención. Aquel joven estaba siempre lleno de sorpresas, era un amigo, un tutor y un sostén para su formación, quizá más de lo que sus propios padres hubiesen podido nunca imaginar. A menos que, naturalmente, todo no formara parte de los planes de su madre...

—Ya te he dicho lo valioso que eres para mí, ¿verdad? —admitió a Versilio con sinceridad.

El siracusano se encogió de hombros.

—Por desgracia, sí —respondió—. Quizá demasiado.

Y eso significa que nunca seré libre, ¿verdad?

Publio se entristeció, tratando de interpretar las palabras del siracusano. ¿Bromeaba? ¿O aprovechaba la ocasión para reivindicar sus razones?

Era un esclavo, eso lo sabían ambos, pero también era cierto que Publio, ahora que llevaba una coraza y que había sido nombrado comandante de un escuadrón, podría decidir qué hacer con él: mantenerlo como esclavo o liberarlo como una muestra de reconocimiento.

—Te concederé la libertad, ya lo sabes —le dijo con la máxima sinceridad—. Pero no ahora, porque no sabría qué hacer sin ti.

—Lo sé —asintió Versilio, acercándose y abrazándolo—. Te lo agradezco. En todo caso, incluso si me liberases, no te abandonaré. No podría hacerlo.

Se apartó de Publio y lo miró con una sonrisa irónica.

—Me gustaría ver cómo te las apañarías sin mí, comandante.

Publio se echó a reír, aliviado por las palabras de Versilio, y volvió a mirarse en el espejo.

—Está bien —dijo—, entonces fingiré que soy un gran caudillo y saldré a afrontar la nueva vida que me espera.

—Añorarás tus libros y nuestras discusiones de táctica militar, ya verás —sonrió Versilio.

—Tal vez —asintió Publio—. Pero entre tanto déjame saborear este momento. No tienes idea de lo mucho que había soñado con él.

III

El campamento se había adormecido, después de una jornada que Publio había pasado moviéndose como en un sueño. No creía que nunca hubiera visto tantas cosas nuevas e increíbles de una sola vez. Cuando volvió a su tienda, se sentía aturdido y embriagado, con la cabeza que le daba vueltas como si se hubiera bebido un odre de vino.

—Aquí estás, por fin —lo acogió Versilio, saliendo a su encuentro para ayudarlo a quitarse la loriga, que Publio había querido tener puesta durante todo el día, aunque no habría sido necesario.

—¡Es increíble! —exclamó, radiante—. No tienes ni idea de lo que he visto. Todos esos soldados, cómo se mueven... Parecen un solo hombre, ¡es de locos! Sus instructores son increíbles. Y además las unidades de caballería, ¡qué maravilla de animales! He conocido a mis hombres y...

—Calma, calma —lo interrumpió Versilio levantando las manos—. Si no vas más despacio no entenderé nada.

Publio parpadeó otra vez, trastornado, luego sonrió y permitió que Versilio terminara de desvestirlo. Una vez desnudo se sumergió en la gran tina llena de agua caliente y dejó que Versilio le pasara un paño mojado por los hombros y la espalda. Sólo en aquel momento se dio cuenta de lo cansado que estaba y de cuánto le dolían todos los músculos del cuerpo. Aquella coraza era magnífica, y no habría querido quitársela nunca de encima, pero también era muy pesada, y ahora tenía unas marcas rojas bien visibles en los hombros, y algunas llagas en los costados y debajo de las axilas, donde el cuero había rozado durante todo el día.

—Así que te has divertido, ¿verdad? —le preguntó Versilio lavándolo con delicadeza, mientras le pasaba un paño sobre las marcas dejadas por la coraza.

—¿Divertido? —respondió Publio con los ojos cerrados—. ¡Sin duda! He visto cosas increíbles.

—¿Por qué no intentas contármelas? —lo instó Versilio—. Pero despacio, porque, de otro modo, no podré seguirte.

Publio sonrió, se incorporó un poco para que el siracusano le lavase la espalda dolorida. Entonces dio inicio a su relato, con los ojos desorbitados por la excitación y a pesar de que le costaba aceptar que todo aquello de lo que estaba hablando había ocurrido de verdad.

Al montar a caballo había tratado de mostrarse desenvuelto, como si estuviera habituado desde siempre a esas incómodas armaduras de combate y a disfrutar del apoyo que uno de los esclavos de su padre le ponía a disposición para saltar a la grupa del animal. En realidad, se sentía nervioso y azorado como nunca, y advertía que una fastidiosa capa de sudor le cubría el cuerpo. Cuando finalmente consiguió aferrar las riendas y mantener a raya el caballo, que bufaba y pataleaba, vio que su padre se acercaba y le hacía una señal con la cabeza.

—¿Estás listo? —le preguntó mirándolo con una extraña expresión que Publio no consiguió descifrar. ¿Estaba preocupado por él? ¿Incómodo? ¿O simplemente molesto por la idea de tener que hacerle de nodriza durante todo el día, mientras lo presentaba a los centuriones y a los comandantes de las unidades de caballería, entre los que estaban los iuniores de los que Publio iba a asumir el mando? No lo sabía, pero desde luego no era precisamente la expresión de un padre orgulloso de su hijo y satisfecho de verlo cabalgar a su lado.

«Pronto cambiarás de opinión», se dijo, limitándose a responder a la pregunta del cónsul con un gesto seco de la cabeza. «Yo soy un Escipión, y hoy empieza una nueva vida para mí.»

Sintiéndose fortalecido por ese pensamiento, siguió a su padre, quien había hecho una seña a su guardia personal y cabalgaba hacia una hilera de colinas que se elevaban en el horizonte.

En los días anteriores habían avanzado a marchas forzadas para procurar alcanzar la Galia Cisalpina antes de que Aníbal y los cartagineses, una vez cruzados los Alpes, consiguieran reunirse con los insubres, después de haber atravesado los Alpes.

—Debemos impedir que los celtas vayan a engrosar las filas de los púnicos —había explicado el cónsul a sus oficiales, en el último consejo de guerra antes de partir de Pisae hacia la colonia de Placentia—. Si conseguimos alinear las legiones más allá del frente del Po cuando Aníbal haya cruzado los pasos montañosos, podremos enfrentarnos a él de inmediato, sin darle tiempo de recuperar las fuerzas. Organizad una marcha de acercamiento a la máxima velocidad posible.

Los legados y los tribunos militares habían obedecido sin replicar, y Publio se había dado cuenta de lo enérgico y decidido que era su padre, quien llevaba la espesa coraza de cuero que usaba en sus misiones de guerra.

Ahora, mientras lo seguía hacia las colinas, no podía menos de sentirse demasiado pequeño y débil en comparación con el cónsul y sus oficiales, que descollaban a lomos de sus caballos como guerreros resplandecientes bajo el sol de la mañana.

Cuando llegaron a los montes, sobre los que estaban alineadas varias decurias en formación de batalla, para el caso de que el campamento sufriera un ataque sorpresa, su padre se detuvo y señaló enfrente con el brazo, dando alguna instrucción a uno de sus generales. Publio incitó el caballo para adelantarse y acercarse a su padre: no quería perderse ni una sola palabra de aquella increíble jornada.

—Comencemos a vadear el río tal como acordamos —estaba diciendo el cónsul—. ¿Habéis comprobado la solidez del puente de barcas? No quiero sorpresas.

Dos hombres respondieron casi al unísono, garantizando que todo estaba bajo control, y Publio miró en la dirección que había señalado su padre. Lo que vio lo dejó sin aliento.

Por sus estudios sabía que el Po era el río más grande de cuantos se conocían, pero no imaginaba que lo fuera hasta tal punto. Estaba acostumbrado a contemplar las aguas del Tíber, a seguir la navegación de las barcazas que transportaban las mercancías de una orilla a otra del río que había marcado el nacimiento de Roma y que aún la abrevaba y ayudaba en su crecimiento imparable, pero el Po era algo que superaba su imaginación. La ribera opuesta al punto de observación en que se encontraba estaba a una distancia impresionante, de tal modo que a duras penas lograba distinguir a los hombres enfrascados en patrullar los campos y los bosques que se extendían hasta donde llegaba la vista. Las aguas, de un amenazante color oscuro, avanzaban impetuosas, dando la impresión de poder barrer sin demasiadas dificultades el frágil puente de barcas que los guerreros romanos habían construido para permitir la travesía del río.

—¿Tenemos que pasar por allí? —se sorprendió preguntando, casi sin darse cuenta de que su exclamación parecería inoportuna a su padre y a los oficiales.

—Ya lo hemos hecho muchas otras veces —respondió el cónsul con una media sonrisa—. Es menos peligroso de lo que puede parecer.

—Pero los carros más pesados no lo conseguirán nunca —objetó Publio negando con la cabeza—. Esas barcas no aguantarán el peso.

—Fíate de nuestros zapadores —respondió su padre riendo.

—¿Por qué no buscamos un punto más accesible? —continuó Publio, sin darse por vencido.

—Este es el mejor punto. En caso de retirada, el puente de barcas puede ser destruido fácilmente.

Publio observó sorprendido a su padre, advirtiéndole lo limitadas que eran las perspectivas de su pensamiento. Era aún demasiado inexperto, en cuestiones de tácticas militares y estrategias de guerra, y esto debía quedar incluso demasiado claro a los oficiales que cabalgaban engallados, dando la impresión de tolerar con fastidio sus preguntas fuera de lugar. Pero también tenía muchas ganas de aprender, y mientras pudiera hacer preguntas para entender mejor lo que veía, no las escatimaría.

—Si los cartagineses nos obligaran a retroceder, podríamos mantenerlos en la otra orilla del río —dijo, considerando las implicaciones de las palabras de su padre.

—Exacto —asintió satisfecho el cónsul—. Pero ahora vamos, quiero que veas algo.

—¿Qué? —preguntó Publio, tratando de contener la excitación que se estaba apoderando de él.

—¿Has visto alguna vez a los guerreros celtas totalmente enjaezados para entrar en batalla? —le preguntó el cónsul.

Publio abrió la boca para contestar, pero se dio cuenta de que su padre le había hecho una pregunta retórica, así que se limitó a negar con la cabeza y a espolear el caballo siguiendo al cónsul y a todos los oficiales, que habían dado media vuelta con sus corceles para descender la colina y dirigirse hacia la periferia oeste del campamento.

* * *

—¿De verdad son tan terribles como dicen? —preguntó Versilio, que había quedado fascinado a su pesar por el relato de Publio.

—Más de lo que puedas imaginar —respondió el joven Escipión relajándose en la bañera y dejando que el siracusano le echara otro cubo de agua caliente.

—¡Cuenta!

Publio no se hizo de rogar.

* * *

Dos hombres se estaban peleando. O, mejor, aquellos que a Publio le parecieron a primera vista unos gigantescos osos gruñendo. Los rodeaba un corro de hombres hirsutos que rezongaban, lanzaban gritos poderosos y levantaban largas espadas de hierro tan pesadas que probablemente él no habría conseguido alzar una por encima de la cabeza.

La mayoría de aquellos guerreros de aspecto bárbaro y feroz se parecían a esos gigantes que, indiferentes al frío que amordazaba el valle en cerco infranqueable, se golpeaban los brazos sobre el pecho desnudo, revestido en su mayor parte sólo por tiras de cuero cruzado o por toscas pieles curtidas de cualquier modo.

Los dos que se batían, en cambio, estaban cubiertos por espesas pieles de oso, y por cómo se movían, cautelosos pero con los rostros crispados en muecas terroríficas, las barbas híspidas y el largo cabello enrigidecido por la cal, parecían dos enormes bestias que se estuvieran disputando la supremacía sobre el territorio. No estaban armados: se enfrentaban a pelo, manteniendo los ojos azules como espejos de agua clavados el uno en el otro, a la espera de un movimiento que revelase la intención de lanzarse al ataque.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Publio a su padre, observándolos, consternado. Los galos tenían un aspecto impresionante, con sus largos bigotes rubios ensebados y los colores de guerra pintados en sus cuerpos para acentuar la sensación de brutalidad y de fuerza que ya se desprendía de sus figuras.

—Combaten —respondió el cónsul—. Es lo único que saben hacer.

Publio observó que los dos contendientes se escrutaban con ira, girando el uno en torno al otro como bestias dispuestas a asestar un ataque mortal. Del corro de los galos se alzaban gritos de incitación en una lengua oscura y estridente, que Publio no conseguía comprender, pero que le producía escalofríos. Se dio cuenta de que en un campo de batalla habría sido terrorífico verse ante uno de esos gigantes guerreros armado con espada, con el cuerpo semidesnudo pintado con los colores de guerra y una mueca siniestra en el rostro.

—Pues entonces tenemos la suerte de tenerlos de nuestro lado —murmuró, sujetando al caballo que bufaba y dilataba el hocico, inquieto.

—Sólo una pequeña parte —le recordó su padre—. De todos modos, no me fiaría demasiado de estos animales. Son capaces de volverse contra sus aliados en cualquier momento.

Publio lo miró, ceñudo. Sabía que los galos eran un pueblo altivo y belicoso, al que Roma había logrado domar con dificultades y que, a pesar de la inferioridad militar y la incapacidad de reunir a todas las tribus que componían su ralea en un único frente compacto, nunca dejaban de rebelarse, arriesgándose a perder la vida o ser exterminados siquiera fuera por el gusto de demostrar su valor en combate.

Estaban locos y eran unos bárbaros, y había que domarlos a latigazos y con métodos duros, pero en el campo de batalla podían revelarse un recurso precioso en apoyo de las legiones.

—Por eso debemos evitar que Aníbal estreche una alianza con los boyos y los insubres —continuó su padre, dando unas palmadas en el cuello del caballo para mantenerlo quieto. Los gritos de guerra de los celtas tenían el poder de enervar a las cabalgaduras, y no sólo a Publio y a los demás romanos que observaban a distancia la aglomeración de los galos.

Cuando uno de los dos contendientes con las pieles de oso lanzó de improviso un terrorífico grito de batalla y se arrojó hacia delante, cayendo encima de su adversario, el caballo de Publio hizo un extraño, espantado, y estuvo a punto de desarzonarlo, obligándolo a aferrarse a la crin para no caer.

—Míralos bien, muchacho —le recomendó su padre—. Aprende a entender cuáles son los instintos animales que guían a estos salvajes.

Tras haber tranquilizado al caballo, Publio se concentró en el enfrentamiento entre los dos galos, que ahora se agarraban como osos en lucha. Agitaban los

enormes brazos y lanzaban golpes que lo matarían en el acto, pensó, pero a pesar de eso mantenían los pies bien plantados en el suelo y empujaban con ira, tratando de que el adversario perdiera el equilibrio y mordiera el polvo. Pero los dos rivalizaban en fuerza, habilidad y ardor guerrero, y se golpeaban mutuamente sin que ninguno manifestara signos de desfallecimiento, dando la impresión de que podían continuar hasta que fuera noche cerrada.

Los demás guerreros celtas gritaban, algunos incitando al uno y otros clamando por el otro, y no raras veces estallaban trifulcas y se producían choques feroces. Pero la atención general se centraba en los dos gigantes que lanzaban golpes aparentemente letales, que sin embargo sólo lograban hacerlos tambalear un poco, mientras la sangre chorreaba de los labios o las cejas rotas.

En un momento dado, uno de los dos, gruñendo, logró asestarle un codazo al otro en la cara, luego le metió un pie entre las piernas e hizo fuerza, consiguiendo que perdiera el equilibrio y se derrumbara. La multitud exultó compacta por aquel movimiento inesperado, pero el guerrero que había caído reaccionó con habilidad, agarrando al adversario por la piel y arrastrándolo hacia el polvo. Una vez en el suelo, los dos siguieron golpeándose con furia, apuntando sobre todo a los costados y al rostro con poderosos puñetazos, luego de repente se desplomaron el uno junto al otro, exhaustos, con las bocas babeantes y ensangrentadas.

La multitud los incitó con ira, azuzándolos para proseguir el combate, pero los dos se pusieron de pie sosteniéndose mutuamente, se intercambiaron una mirada y se echaron a reír, abrazándose como viejos amigos.

Publio los observó, desconcertado. Hasta un momento antes parecía que estuvieran dispuestos a despedazarse recíprocamente, ahora, en cambio, estaban abrazados como hermanos y la multitud de sus compatriotas los aclamaba.

—No te asombres —le dijo su padre, mientras hacía girar el caballo y se alejaba—. Los galos tienen una manera muy suya de divertirse. Tú sólo trata de mantenerte lo más lejos posible de ellos.

Publio lanzó un último vistazo a aquellos gigantescos guerreros que infundían temor con sólo mirarlos, luego espoleó el caballo para alcanzar a su padre. En su interior se preguntó cómo lograría hallar la fuerza y el valor para afrontar a aquellos bárbaros, el día en que los tuviera ante sí en el campo de batalla.

La respuesta no llegó, y esto bastó para que se le hiciera un doloroso nudo en

la garganta.

—Vuestras legiones los han vencido no sé cuántas veces —recordó Versilio mientras le pasaba el paño mojado por el pecho, con un movimiento delicado que Publio encontró extremadamente relajante—. En el fondo, esos celtas no deben de ser tan terribles como dices.

Publio hizo una mueca.

—Me hubiese gustado verte a ti junto a uno de esos energúmenos —respondió—. Apenas si les llegarías al esternón.

—No siempre la fuerza bruta conduce a la victoria —rebatía el siracusano—. Cuentan más la inteligencia y la astucia. Tú deberías saberlo.

—Puede ser, pero quisiera evitar como sea tropezarme con la mueca refunfuñadora de uno de esos galos.

—Tú estás destinado a comandar legiones, no a combatir en primera línea —le recordó Versilio desplazando la mano, apenas sumergida en el agua, a la altura del vientre de Publio—. En todo caso, me parece que tú no tienes nada que envidiar a nadie, por lo que se refiere a la armonía del cuerpo.

—Armonía no significa fuerza, y tampoco brutalidad. Todas características de las que esos guerreros están dotados desde el nacimiento. Si no estuvieran tan desunidos y dispuestos a combatir incluso entre ellos por cualquier cosa...

—Por eso Roma es la que manda —afirmó Versilio—. Vosotros habéis hecho de la armonía, la sabiduría, la inteligencia táctica y la belleza armas formidables, que ningún bárbaro podrá nunca igualar.

Publio observó sorprendido a su esclavo, tratando de descifrar su expresión y entender en qué realmente estaría pensando. De vez en cuando Versilio demostraba su pertenencia a la cultura helénica con esas salidas enigmáticas, que detrás de significados aparentemente comprensibles escondían razonamientos mucho más profundos, a veces incluso peligrosos.

—¿Qué tiene que ver la belleza? —le preguntó al captar un matiz especial en la voz del siracusano cuando había pronunciado aquella palabra.

Versilio no respondió, limitándose a mirarlo con una intensidad que inquietó

a Publio. Luego hizo algo que dejó sin aliento al joven Escipión: bajó aún más la mano que sostenía el paño, y se lo envolvió en torno a las caderas, empezando a masajearlo lentamente.

El estupor de Publio duró sólo un instante, enseguida reaccionó con ira, aferrando la mano de Versilio y alejándola mientras salía con un brinco de la bañera y corría a buscar un trozo de tela seco, para cubrirse.

—¿Qué te ha pasado por la cabeza? —gritó, ruborizándose por la vergüenza y escrutando a su esclavo como si lo viera por primera vez.

—No he hecho nada malo —respondió Versilio bajando los ojos, incómodo.

—¿Nada malo? —espetó Publio, sin saber si estar sorprendido o furioso. Se quedó en silencio, sin palabras, a la espera de que Versilio se explicara.

—Para los griegos no hay nada malo en sentir deseo por el cuerpo bien hecho de un hombre —dijo el siracusano, al cabo de un momento, sin levantar la mirada del suelo—. Sobre todo cuando es un guerrero prometedor y un comandante romano.

Publio negó con la cabeza, desconcertado. Siempre había admirado la cultura griega, las enseñanzas de los grandes filósofos de Atenas, y sabía que la escuela helénica era un acicate para abrirse a horizontes de pensamiento más amplios, pero ahora que había tropezado de verdad con uno de estos aspectos culturales... no podía sino sentirse lleno de disgusto y de ira.

—A mí me gustan las muchachas, no los pervertidos —dijo con un chillido que contenía más maldad de la necesaria—. Soy un soldado romano; por eso que has hecho podría ordenar que te crucificaran.

Versilio no replicó nada, limitándose a permanecer encogido, lleno de vergüenza y de lo que a Publio pareció tristeza: una tristeza infinita y cargada de desilusión, que trastornó completamente la fisonomía del siracusano, presentándose por primera vez como era de verdad.

—¿Te has enamorado de mí? —le preguntó Publio, apretando los puños a la espera de la temida respuesta.

Versilio levantó la mirada, trató de decir algo, luego volvió a refugiarse en el silencio y en esa actitud compungida que inquietaba, más que nada, a Publio.

—No debiste haberlo hecho —concluyó aferrando la túnica y poniéndosela de prisa—. Ahora vete. No te necesito.

Versilio lo miró, sorprendido.

—¿Adonde voy a ir? —preguntó—. Soy un esclavo y...

—¡Y recibes órdenes de mí! —lo interrumpió bruscamente Publio—. Sal de esta tienda y vete a buscar una mujer. Encuéntrala lo más joven que puedas, dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de satisfacerme. Si es preciso, págale con anticipación y condúcela aquí. Dile que entre y espera fuera. Esta noche puedes dormir en el suelo, delante de la tienda.

Versilio asintió con gesto afligido, dudó un instante y luego se dirigió a la salida.

Cuando estuvo solo, Publio dio una patada a la bañera llena de agua, haciéndola caer en el suelo.

Aquella jornada había sido demasiado intensa para él. Y deseó que no fuese sólo el principio. Si aquello era su tributo para la edad adulta, entonces no tenía muchas esperanzas de poder cumplir los sueños de gloria que lo habían exaltado en la juventud.

CAPÍTULO VIII

218 a. C.

Victumulae (Galia Cisalpina)

I

Hacía frío, aunque el sol resplandecía alto en el cielo. Dos días antes el ejército cartaginés había vadeado el río Sesites, aprovechando un punto accesible que les habían señalado algunos insubres llegados como apoyo de las extenuadas tropas de Aníbal.

Una vez desembocados en las llanuras somontanas que les permitirían acampar para recuperar fuerzas y abastecerse de víveres y otros bienes de primera necesidad que comenzaban a escasear, las vanguardias de Aníbal habían informado que una población local hostil a los insubres, los taurinos, estaba ocasionando muchos problemas a las escuadras de aprovisionamiento.

—¿Son aliados de Roma? —preguntó Aníbal a los representantes de los boyos y los insubres que habían venido a acogerlo a los pies de los Alpes.

—No, mi señor —respondió uno de los insubres—. Es gente que sólo combate para sí misma, y no sabe qué significa aliarse con otro.

—Necesito que mis hombres descansen —fue la respuesta impaciente de Aníbal—. No quiero perder el tiempo con estas escaramuzas.

—Deja que me ocupe yo —se adelantó Magón, con uno de sus habituales arrebatos de pasión, pero Aníbal lo detuvo sólo con levantar la mano.

Luego, el comandante cartaginés se dirigió de nuevo al representante de los insubres.

—¿Y tu pueblo estará con nosotros? —le preguntó.

—Sí, mi señor— contestó el hombre, sin vacilaciones.

—¿Y vosotros? —preguntó Aníbal dirigiéndose al representante de los boyos, que hasta aquel momento había permanecido apartado, en silencio.

—Nosotros estamos dispuestos a combatir a los romanos —respondió el galo—, pero no nos interesa cruzar las espadas con los taurinos.

—Porque tenéis la misma sangre —refunfuñó el portavoz de los insubres.

El representante de los boyos reaccionó con ira a aquella acusación, desenvainando la espada y disponiéndose a atacar, pese a encontrarse entre los generales cartagineses, pero Maharbal intervino oportunamente, bloqueándolo y desarmándolo.

Enfurecido, Aníbal los miró a ambos, avasallándolos con su mole imponente.

—No me interesan vuestras rencillas y vuestras disputas personales —les reprochó—. Mis aliados combaten para mí, no entre ellos. Y si hace falta meter en razón a quien no acepta nuestra presencia en su territorio, entonces exijo que lo hagamos todos juntos.

Durante un momento en la tienda en la que se habían reunido reinó un profundo silencio, luego los dos representantes galos bufaron, intercambiaron miradas hostiles, pero al final le hicieron a Aníbal un gesto de consentimiento, dándole a entender que reconocían su autoridad.

—Maharbal —llamó Aníbal—. Coge a doscientos jinetes y un refuerzo de cincuenta hombres de cada uno de nuestros aliados y soluciona este asunto. Tenemos que centrarnos en Roma, no en las pretensiones territoriales de los taurinos.

Maharbal asintió con un gesto de la cabeza y salió corriendo de la tienda, después de haber hecho una señal de complicidad a los guerreros celtas, que no tardaron en seguirlo.

—¿Por qué no me has confiado la misión? —preguntó Magón cuando Aníbal y él se quedaron solos.

Aníbal lo observó un momento, y le sonrió.

—También para ti llegará el momento de demostrar tu valor y de procurarte un poco de gloria —le respondió al fin—, Pero no ahora. Deja que sea Maharbal quien se encargue de este cometido sin importancia. Tú preocúpate de seguir las operaciones de abastecimiento.

Magón estuvo a punto de replicarle, pero captó la mirada dura de Aníbal y comprendió que no serviría de nada intentar oponerse a las decisiones de su hermano.

—Está bien —respondió contrariado—. Pero trata de tener un poco más de confianza en mí. Ahora ya no soy un chiquillo.

Dicho esto, había salido de la tienda, y Aníbal había hecho un gesto con la cabeza, divertido.

Sin embargo, ahora, mientras el sol brillaba alto en el cielo y el aliento se le condensaba delante de los labios, se dijo que quizá había llegado de verdad el momento de confiar a Magón un cometido de responsabilidad.

Al verlo llegar, escoltado por los hombres del Escuadrón Sagrado que había mandado a buscarlo, tuvo la certeza de que el más joven de los Barca ya estaba listo para afrontar los desafíos que aquella aventura contra Roma les plantearía prácticamente cada día.

* * *

—¿Cómo ha ido la expedición contra los taurinos? —le preguntó Magón cuando estuvo a su lado.

—Muy bien, diría —respondió Aníbal, divertido por el hecho de que su hermano aún estuviera molesto con él por ese episodio—. Maharbal ha sido astuto, y ha dejado que fueran nuestros aliados galos los que se enfrentaran con los taurinos. Ha mantenido a nuestras tropas de refuerzo, para acabar con los fugitivos y proteger las alas de la formación, lo cual ha servido para preservar a nuestros hombres. Ahora la situación está bajo control, y podemos aprovecharnos de las aldeas de los taurinos para obtener comida y todo lo que necesitamos.

—Estupendo —gruñó Magón—, En efecto, era una misión perfecta para el valiente Maharbal.

—¿Tú, en cambio...? —le preguntó Aníbal—. ¿Has conseguido poner orden en las unidades? ¿Sabemos con cuántos hombres, caballos y elefantes podemos contar?

Magón lo miró, dubitativo.

—Hemos tenido grandes pérdidas —se decidió a revelar al final—. Quizá más de las que habíamos previsto.

—Explícate —ordenó Aníbal, dejando que una arruga le atravesase la frente.

Si bien era verdad que los boyos y los insubres podrían engrosar las filas del ejército, Aníbal contaba sobre todo con sus veteranos para desbaratar a las legiones romanas. No podía fiarse de los galos, que demasiadas veces habían demostrado seguir una sola bandera y una sola causa, la de su provecho personal.

—Nos han quedado sólo veintiún elefantes —respondió Magón—, Los jinetes númerados son unos seis mil; esta tarde tendré un recuento más preciso.

—¿Y el resto de los hombres?

—Todos los comandantes han llevado a cabo las comprobaciones. Ha habido varias deserciones, sobre todo entre los libios, pero deberíamos poder contar con unos treinta mil hombres. Tal vez algunos menos.

Aníbal apretó las mandíbulas. Habían partido de Sagunto con un ejército de más de cuarenta mil, entre hombres, jinetes y elefantes, y ahora se encontraba con casi cuatro mil menos. Había habido muchas más pérdidas de lo previsto, pero esperaba fortalecer las filas del ejército gracias al refuerzo de los celtas, que entre los soldados de infantería podrían tener un cierto peso. Le preocupaba un poco el hecho de poder contar sólo con veintiún elefantes, porque consideraba la fuerza de choque de esos animales un factor indispensable para las estrategias de ataque de su ejército.

—Completa el recuento e informadme —dijo a su hermano, sin exteriorizar sus preocupaciones.

—Bien —asintió Magón, y dio media vuelta para marcharse.

—Espera —lo detuvo Aníbal—. Tengo otro cometido que confiarte.

Magón lo miró, receloso.

—¿De qué se trata?

—Necesito que guíes una vanguardia de jinetes en avanzadilla —le reveló Aníbal—. Debes averiguar dónde están las legiones romanas y darme una estimación de las fuerzas que nos encontraremos cuando llegue el momento de la batalla.

Magón se iluminó.

—¿Quieres mandarme a mí? —preguntó, sorprendido y excitado a la vez ante la idea de la importante misión que se le confiaba.

—¿En quién más podría confiar para una tarea tan delicada? —respondió Aníbal, sonriendo.

Magón enderezó la espalda con orgullo, luego dijo:

—No te decepcionaré. ¿Cuándo quieres que parta?

—Primero termina el recuento de nuestras tropas y luego prepara a los hombres que te parezcan más adecuados para la expedición. Si todo marcha sin imprevistos, podríais partir esta noche, aprovechando la oscuridad para avanzar lo más posible.

Magón asintió, conteniendo apenas su exaltación.

—Así se hará —dijo.

—Por favor —lo retuvo unos segundos más Aníbal—. Ten cuidado. No te fíes de los romanos.

Magón lo miró durante un momento, luego lo abrazó y estrechó con fuerza. Cuando se separó y salió fuera, Aníbal se dio cuenta de que estaba muy ligado a su hermano. Y aunque se había convertido ya en un guerrero y un comandante a todos los efectos, no quería pensar en la eventualidad de que pudiera ocurrirle algo.

II

—¡Rápido, demonios, la espada! ¡Tráeme la espada!

Publio no conseguía poner freno a la excitación, y la ira que lo invadía cada vez más no iba dirigida tanto contra Versilio, que procuraba ayudarlo a prepararse lo más de prisa posible, como contra él mismo, por haberse dejado coger desprevenido justo en el momento en que finalmente llegaba la orden de movilizarse.

Aquella noche se había entretenido con una muchacha algo más joven que él, que pertenecía al grupo de prostitutas que se había unido a las legiones desde que se marcharon de Pisae. Era etrusca, y los rasgos delicados del rostro, los ojos claros y el largo pelo castaño lo habían hechizado desde el primer momento. Se había quedado sorprendido de que una muchacha tan joven ejerciera ya la profesión, pero algunos veteranos le habían contado que se trataba de la hija de otra prostituta, habituada a viajar con los soldados y probablemente iniciada en aquel trabajo desde las primeras menstruaciones. No era raro tropezar con aquellas chiquillas procaces, aunque a los legionarios más ancianos y a los veteranos de costumbre les agradaba entretenerse con mujeres más expertas, que conseguían satisfacer incluso a dos o tres de ellos a la vez.

Cuando Publio conoció a la chiquilla etrusca de ojos verdes, no tuvo dificultades para pretenderla para él y llevársela a la tienda que compartía con Versilio. Era un hábito al que se sometía cada vez más a menudo, como devorado por una fiebre que se expresaba en el deseo por el cuerpo inmaduro pero increíblemente sensual de la chiquilla.

Versilio no solía hacer ningún comentario al respecto y se limitaba a acurrucarse en su camastro en el rincón más oscuro de la tienda, donde Publio le había ordenado que permaneciera escondido, no sin antes haber reavivado el fuego en los braseros y preparado una túnica limpia para su amo, que se pondría cuando acabara de retozar con la prostituta etrusca sobre las pieles de oso que había hecho disponer para la ocasión.

Pero aquella noche la chiquilla y él se excedieron. En efecto, ella había decidido darle una sorpresa y se había presentado con una amiga, una muchacha

de pelo negro como la noche y con unos extraños ojos, que había declarado que tenía la misma edad que Publio. En realidad, él imaginó enseguida que debía de tener al menos dos o tres años más, pero, al intuir lo que la chiquilla etrusca tenía preparado para él, no protestó.

Ella siempre trataba de sorprenderlo y envolverlo en nuevos juegos eróticos, y aunque Publio sabía perfectamente que lo hacía solo por las monedas que le metía entre las manos cada mañana, cuando ella se deslizaba fuera de la tienda, no perdía la ilusión de que él le interesara de verdad y se divertiera mostrándole todas las capacidades amatorias que había aprendido de su madre.

Cuando las dos muchachas, después de imponerle que permaneciera sentado mirando, empezaron a besarse y desnudarse mutuamente, Publio se sintió invadir por una sensación de vértigo y no le cupo la menor duda de que prefería los cuerpos femeninos y que nunca podría dejarse llevar por la debilidad griega que empujaba a muchos soldados a yacer con otros hombres.

A él le gustaban las mujeres, precisamente como aquellas dos chiquillas que reían y lo miraban pasándose la lengua por los labios, mientras retozaban la una sobre la otra, completamente desnudas, exponiendo a su mirada y a su deseo las partes más íntimas de su cuerpo.

Aquella noche, cuando finalmente las muchachas le concedieron unirse a ellas, Publio se entregó completamente, hasta derrumbarse entre las pieles de oso, extenuado pero satisfecho como nunca en su vida. Hasta el punto de que a la mañana siguiente no logró despertarse a tiempo, y sólo la insistencia de Versilio, que le arrancó de encima los cuerpos calientes de las dos prostitutas y lo sacudió hasta obligarlo a ponerse en pie, evitó que Publio llegase con retraso a la reunión que los toques de trompeta habían anunciado.

Con la cabeza que le dolía y el cuerpo entumecido como si hubiera combatido con un gladiador en la arena, Publio pagó generosamente a las muchachas y ordenó que salieran para poder concentrarse en ataviarse según mandaba su rango.

Ahora, finalmente, todo estaba listo, y mientras el trasiego de los caballos lanzados al galope hacía temblar el terreno bajo sus pies y las trompetas continuaban resonando incesantes, Publio aferró la espada de las manos de Versilio y se concedió un último y profundo suspiro.

—¿Estás listo? —le preguntó el siracusano mirándolo con aprensión.

—Sí —respondió Publio, mintiendo descaradamente. Hacía días que había concluido la marcha de acercamiento de las legiones a la cabeza de puente de Aníbal, y gracias a los exploradores enviados el día anterior por su padre sabían que el ejército enemigo había vadeado el río Sesites y había acampado a menos de cien estadios de ellos, demostrando toda la arrogancia de Aníbal.

El cónsul y sus oficiales se habían reunido esa misma tarde para establecer las tácticas que debían poner en práctica con vistas al enfrentamiento que ya se presagiaba inminente, y aunque no habían convocado a Publio al consejo de guerra, lo habían advertido de que al día siguiente, al amanecer, lo esperaban en una reunión de todos los tribunos militares para organizar la formación de las legiones y marchar hacia el enemigo.

Quizá fuera precisamente a causa de la tensión y el nerviosismo de la espera por lo que Publio se había dejado arrastrar por los placeres de la carne, pero ahora pagaba las consecuencias de ello.

—¡Vete! —lo exhortó Versilio, arrancándolo de sus pensamientos con un estremecimiento doloroso—. ¡Y procura lucirte!

Publio trató de decir algo, pero advirtió que tenía la garganta seca, como si hubiera bebido breva caliente. Así que se limitó a asentir y salió de la tienda con el yelmo emplumado bajo el brazo.

Su caballo estaba listo, y saltó a la grupa con la ayuda de Versilio. Por doquier los legionarios estaban en movimiento, decuriones y centuriones aullaban órdenes tajantes a sus hombres, y las unidades de caballería comenzaban a reunirse siguiendo las indicaciones de los tribunos. El aire estaba saturado de polvo, el estrépito era impresionante, y Publio se dio cuenta de que nunca había visto a tantos hombres en orden de guerra.

Después de haber intercambiado una última mirada con Versilio, espoleó su caballo hacia la altura en la que habían instalado la gran tienda consular, donde se celebraría la reunión.

—¡Recuerda que eres un Escipión! —le gritó Versilio, y para su sorpresa Publio se dio cuenta de que aquellas palabras habían sido suficientes para que cobrara seguridad y ahuyentase el miedo que hacía que le temblasen las piernas.

Estaba a punto de entrar en batalla junto con su padre. Su primera batalla. En la que procuraría lucirse.

* * *

Durante el consejo de guerra todo pareció claro y bien planeado. La disposición de las legiones en el campo de batalla quedó reflejada en el gran cuadrado de arena que usaban los oficiales romanos, y el cónsul se esforzó por que todas las escuadras de caballería y los manípulos de legionarios, tanto aquellas que formaba los ciudadanos romanos como los que componían los aliados itálicos, pudieran alinearse de manera ordenada, sin estorbarse entre ellos.

Ahora que veía alineados los manípulos, con las unidades de caballería en los flancos, Publio se dio cuenta de que el ejército consular era mucho más fragmentado y heterogéneo de lo que había creído. Sobre todo si se comparaba con el ejército enemigo, que se había dispuesto a pocos estadios de ellos, extendiéndose hasta donde llegaba la vista con hileras y más hileras de soldados cartagineses perfectamente formados, las unidades de caballería en los flancos y en la retaguardia y los elefantes colocados ordenadamente aquí y allá, con enormes armazones de madera encajados en la grupa en los que varios hombres esperaban empuñando arcos y jabalinas.

Al observar a aquellas bestias de largos colmillos, de los que Publio sólo había oído hablar y que veía por primera vez, el corazón comenzó a latirle con fuerza en el pecho. Imaginó lo poderosa que podía ser su fuerza de choque: la carga de los elefantes abriría brechas por las que la caballería enemiga se desplegaría sin obstáculos, y éste sería el primer problema que deberían resolver los legionarios más expertos y los manípulos aliados.

Por su parte, Publio estaba alineado con su escuadrón en la vertiente occidental del campo de batalla, en la retaguardia, inmediatamente después de la fila de los triarii, que seguía a la de los principes y los astati.

No sabía cuándo su escuadrón podría desengancharse de las posiciones de refuerzo para enzarzarse en la batalla, pero sospechaba que esto ocurriría bastante tarde, después de que las tropas de caballería enemigas hubieran conseguido penetrar a fondo en la formación de las legiones, o para barrer a los enemigos fugitivos cuando el ejército cartaginés, como todos esperaban, fuera derrotado.

No era una perspectiva emocionante para un joven guerrero que soñaba con

cubrirse de gloria desde la primera batalla, pero Publio no era necio y sabía que no se encontraba ante una de las simulaciones que reconstruía junto a Versilio: aquella era la realidad, y la otra cara de la victoria era la derrota, e incluso la muerte.

Irguiéndose lo más posible sobre el caballo, escrutó las tropas inmóviles y silenciosas de los cartagineses, y trató de localizar al hombre que había decidido lanzar aquel desafío a Roma, adentrándose hasta Italia después de una increíble marcha que lo había llevado a atravesar montañas consideradas inaccesibles. Aníbal Barca estaba en alguna parte detrás de sus veteranos, a la grupa de su caballo y rodeado por sus generales, tal como el cónsul Escipión que, desde una altura apartada a pocos centenares de pasos de donde se encontraba Publio, observaba la situación en silencio, listo para ordenar el avance de las legiones.

Cuando, desde algún punto del campo de batalla, resonó el aullido de los cuernos enemigos, Publio se estremeció, dándose cuenta de que el momento tan esperado había llegado.

Las tropas cartaginesas respondieron al llamamiento como un solo hombre, acabando con las vacilaciones y avanzando en filas cerradas, mientras el estrépito de los cascos se elevaba en el aire, junto a las nubes de polvo, y la tierra temblaba bajo las enormes patas de los elefantes.

Publio apretó con fuerza las riendas, esperando la orden de avanzar, pero durante un momento que le pareció infinito no ocurrió nada. Los cartagineses avanzaban cada vez más rápidamente, mientras las unidades se extendían sobre las alas y los elefantes apuntaban derecho hacia la infantería ligera romana, luego de improvisado resonaron las tubas y la primera línea del ejército consular se movió, adelantando a los vélites y a las compañías refunfuñantes de los celtas, que estaban ansiosas de poder lanzarse contra el enemigo.

El impacto entre los dos ejércitos fue terrorífico, y por primera vez Publio advirtió el terror primordial del soldado que ve que se le echa encima el enemigo dispuesto a matarlo.

* * *

Aunque no tenía experiencia en batallas, Publio advirtió de inmediato que las cosas no iban como su padre y los oficiales habían planeado. La cuña del ejército cartaginés estaba constituida por los elefantes, pero también por las unidades de caballería pesada ibérica, que penetraron en las mallas de los vélites como una

cuchilla en la mantequilla, sin encontrar ninguna resistencia. Los celtas combatían con valor y con su insana voracidad de sangre, pero se habían fragmentado en grupos desordenados y no estuvieron en condiciones de asegurar ni una válida oposición a la caballería enemiga, ni un ataque a fondo en el corazón mismo de la alineación cartaginesa.

Al darse cuenta de la situación, el cónsul había puesto en marcha a la caballería romana y aliada para tratar de oponer a la cuña cartaginesa una enorme barrera que pudiera permitir que las legiones realizaran una maniobra de flanqueo y rodear en tenaza al grueso de las fuerzas enemigas.

La maniobra habría podido tener éxito si, de improviso, desde ambas alas de la formación púnica, no hubieran aparecido aquellas criaturas de pesadilla que Publio recordaría durante el resto de su vida. Negros como la noche, cabalgaban sin el auxilio de las bridas, sujetando a sus cabalgaduras con las piernas y las rodillas para poder mantener las manos libres y lanzar sus cortas jabalinas contra los legionarios romanos, tan rápidos y veloces como para evitar siempre el combate cuerpo a cuerpo con el enemigo y llegar, de pronto, desde cualquier dirección para matar con embestidas feroces a quien se interpusiera en su avance.

Publio vio que la caballería nómada hacía estragos con los vélites y los asteros, que no conseguían alcanzarlos con sus jabalinas, y una vez que las incursiones de aquellos Africanos de ojos salvajes acabaron de completar el cerco de la pesada caballería romana, comprendió que todo estaba perdido.

La acción había durado el tiempo de un suspiro, como si todo hubiera ocurrido en las espiras vaporosas de un sueño, y mientras la tierra temblaba bajo sus pies y el aire se llenaba de los alaridos desgarradores de los hombres heridos de muerte, Publio se dio cuenta de que los aliados galos abandonaban el enfrentamiento y se dispersaban en todas direcciones, mientras los centuriones gritaban desesperadamente las órdenes a sus hombres, tratando de mantener compactas las filas de los veteranos romanos, que ahora eran los únicos en el campo capaces de oponer una mínima resistencia.

Publio se volvió desesperado hacia los hombres de su escuadrón, que miraban a su alrededor, desorientados, aún milagrosamente a salvo del núcleo furibundo de la lucha, pero que pronto, si no se movían, serían localizados y atacados por los jinetes nómadas.

Estaba indeciso sobre qué ordenar a sus hombres, si mandarles replegarse

hacia el campamento romano para buscar la salvación en la retaguardia, que ya estaba preparada para la fuga, o incitarlos a ayudar a sus compañeros, zambulléndose en la lucha encarnizada que se había desencadenado entre los alaridos de los hombres, los relinchos de los caballos y los barritos de los elefantes.

Fue el azar el que decidió por él: se le acercó un elefante a paso de carga, con la trompa levantada para emitir un sonido estridente, y los colmillos adelantados, que habrían sido capaces de ensartar a tres hombres a la vez.

—¡Separaos! —aulló Publio desenfundando la espada y clavando los tobillos en los flancos del caballo, de modo que hiciera un extraño y evitase la carga del elefante. El escuadrón se dividió en dos, pero cuando Publio obligó al caballo, con un tirón de las bridas, a girar sobre sí mismo para dirigirse hacia el elefante, fueron muchos los que gritaron de ira y lo siguieron blandiendo las espadas.

—¡Rodeémoslo! —gritó Publio, tratando de espolear al caballo a acercarse. La empresa no era fácil porque el animal, espantado por los barritos salvajes, hacía extraños y se encabritaba, intentando sortear los dardos que los cartagineses situados en el armazón instalado sobre el elefante lanzaban con sus pequeños arcos letales.

Pero muy pronto Publio consiguió amansar a su caballo, y junto con una decena de jinetes de su escuadrón se lanzó contra la enorme bestia, golpeándola en los flancos y las patas. Cuando una flecha rebotó en una de las placas de hierro de la loriga que llevaba, Publio agradeció a sus antepasados y se desvió, para ponerse detrás del elefante, donde estaba al abrigo de los dardos que provenían de lo alto. La enorme bestia enemiga reaccionaba con ira y con barritos desgarradores a los golpes que recibía, moviéndose furiosamente y siguiendo las órdenes del cartaginés que se sentaba en su cuello, que a su vez combatía lanzando flechas con una habilidad impresionante.

Publio trató de ahuyentar el pánico que lo estaba invadiendo y se acercó, llegando casi a la altura de la corta cola del elefante, que batía sobre las nalgas imponentes, envueltas por las largas tiras de cuero que sostenían el armazón. Refunfuñando por la ira y para mantener alejado el terror, Publio golpeó furiosamente con la espada una de aquellas correas, repetidas veces, abriendo desgarros en la piel dura del elefante, pero sobre todo consiguiendo cortar casi por completo la tira de cuero, que de improviso, con un chasquido, salió despedida.

—¡Cuidado! —aulló Publio excitado al ver que el castillo de madera instalado

en la grupa del elefante se inclinaba hasta precipitarse al suelo. Sus hombres consiguieron apartarse a tiempo, y cuando la estructura se estrelló y los arqueros cartagineses cayeron rodando, volvieron a acercarse velozmente, matando a los enemigos uno tras otro.

Animado por aquel éxito, Publio ordenó a sus hombres que siguieran golpeando al elefante: debían abatirlo antes de que su conductor lo volviera contra ellos.

Ahora que ya no había púnicos asaeteándolos desde lo alto, los jóvenes jinetes romanos consiguieron rodear al elefante y golpearlo repetidamente, hasta que, después de un último y fragoroso berrido, la enorme bestia se derrumbó sobre un costado, aún viva pero extenuada por las heridas recibidas.

El conductor rodó lejos, antes de acabar aplastado, pero dos hombres de Publio lo alcanzaron y lo remataron de inmediato.

—¡Bien hecho! —gruñó Publio sintiendo que la sangre le llenaba los ojos. Habían logrado abatir a un elefante y matar a todos los arqueros cartagineses, lo cual significaba que el enemigo no era imbatible, y que aquella batalla aún no estaba perdida.

Dilatando las narices por la excitación, se volvió para buscar a su padre con la mirada, pero al percatarse de lo que estaba sucediendo en el campo de batalla, sintió que el corazón se le encogía por el terror.

* * *

Los romanos habían sido derrotados. La caballería nómada perseguía a los legionarios que se estaban dando a la fuga, para alcanzarlos y golpearlos en la espalda, el cuello o las piernas con sus largos puñales de hoja ancha.

Lo que quedaba de la caballería pesada romana estaba rodeado por los jinetes púnicos y los elefantes, que demostraban ser letales cuando los maniobraban en parejas.

Con lágrimas en los ojos por la desilusión, después del soplo de esperanza que lo había llenado, Publio trató de localizar a su padre, que ya no estaba en la altura. ¿Era posible que se hubiese retirado? ¿Que hubiese abandonado el campo de batalla, condenando a una muerte segura a sus legiones? No, no podía creerlo. Sollozando por la ira espoleó el caballo, dirigiéndolo hacia el punto en que la lucha

era más encarnizada, y de improviso lo vio: su padre estaba combatiendo a la grupa del caballo, rodeado por la guardia de corps consular que intentaba protegerle los flancos y las espaldas, aunque ahora la situación parecía desesperada.

—¡Padre! —gritó, lanzándose hacia delante para acudir en su ayuda, sin controlar si su escuadrón de jóvenes jinetes estaba dispuesto a seguirlo en aquella cabalgada desesperada. Aún no había alcanzado al cónsul, cuando se dio cuenta del guerrero cartaginés que avanzaba sobre un poderoso caballo negro. El hombre combatía con una fuerza, una energía y una habilidad tales que Publio comprendió de inmediato de quién se trataba: era Aníbal, el comandante en jefe del ejército cartaginés. Y estaba a punto de alcanzar a su padre, avanzando como una furia imparable.

* * *

Con un gruñido desesperado Publio se inclinó sobre el cuello del caballo y lo incitó a zambullirse hacia delante, superando los cuerpos de los soldados muertos o heridos que cubrían el terreno. Rotaba la espada con furia, procurando impedir que alguien lo detuviese. Debía alcanzar a su padre antes de que lo hiciera Aníbal, porque, estaba seguro, el Bárcida no tendría piedad del cónsul y lo mataría, separándole la cabeza del cuerpo para levantarla al cielo teñido de sangre y proclamar la victoria de los cartagineses.

Con la vista ofuscada por las lágrimas, Publio consiguió abrirse paso en la reyerta, y de improviso localizó a su padre. El cónsul aún estaba a caballo, y luchaba con ira, pero con método, demostrando una excelente técnica de combate y sin dejar de incitar a sus hombres.

—¡Estoy aquí, padre! —gritó percibiendo con el raballo del ojo la punta de una jabalina que habían arrojado contra él y evitándola por un pelo. Publio no perdió tiempo en desembarazarse del guerrero púnico que había intentado ensartarlo: al ver que Aníbal había alcanzado a su padre y cruzaba la espada con él, gritó de ira y miedo y se lanzó hacia delante, confiando en llegar a tiempo.

* * *

Las espadas de Aníbal y del cónsul chocaron entre sí, despidiendo una cascada de chispas. El guerrero cartaginés era gigantesco, una furia de hombre con ojos centelleantes que nada parecía capaz de detener, y cuando Publio vio que su padre encajaba con una mueca de dolor el golpe que le había asestado su enemigo,

comprendió que Aníbal lo mataría.

Espoleó aún más el caballo para acercarse y tratar de desarzonar al Bárcida u obligarlo a dirigir su furia a otra parte, pero no llegó a tiempo.

En efecto, moviéndose en la cascada de chispas producidas por el impacto de las hojas de las espadas, Aníbal giró decididamente el busto y consiguió asestar un nuevo golpe antes de que el cónsul tuviera tiempo de pararlo y Publio lograra interponerse entre ellos: la punta de la espada se hundió apenas debajo de la axila del cónsul, introduciéndose en un intersticio de la lorica y penetrando en la carne.

Publio se dio cuenta de ello mientras un alarido desgarrador le escapaba del pecho, y se echó con su caballo contra el corcel de Aníbal, logrando ahuyentarlo. El comandante cartaginés, cogido por sorpresa, no pudo apretar con bastante fuerza las rodillas en torno al cuerpo del caballo y cayó de él, derrumbándose sobre un montón de cadáveres y de jabalinas rotas.

Publio no se preocupó de comprobar la suerte del Bárcida, saltó de su caballo y se dirigió hacia su padre para socorrerlo. Aún estaba vivo, y Publio notó que la herida, aunque grave, no debía de ser mortal.

—¡Sal de aquí! —le dijo, intentando levantarlo.

El padre lo miró con una luz de sorpresa y extrañeza en los ojos, luego hizo fuerza con las piernas, apoyándose en él, y se levantó. En aquel momento, a pocos pasos de ellos, Aníbal se irguió como un dios enfurecido, empuñando la espada y con la mirada cargada de un odio que debía de quemarle el alma.

Durante un momento los ojos de Publio se clavaron en los del Bárcida, y el joven Escipión comprendió que para él y su padre era el fin.

* * *

—¡Comandante, por aquí!

El grito llegó repentino y lo hizo volver a la realidad. Publio miró en dirección a la llamada y vio llegar a algunos hombres de su escuadrón lanzados al galope contra los cartagineses que estaban convergiendo hacia ellos y contra Aníbal.

Publio aprovechó para alcanzar su caballo, que bufaba nervioso a poca

distancia. Lo tranquilizó con un par de golpecitos en el cuello y luego ayudó a su padre a montarse. Detrás de ellos los alaridos de la batalla eran desgarradores, y Publio comprendió que los valerosos jóvenes de su escuadrón se estaban inmолando para proteger su fuga. Gruñendo de ira saltó al caballo él también y pegó un tirón a las riendas para huir de aquel lugar en que el olor a sangre y muerte lo impregnaba todo.

Buscó a Aníbal con la mirada, pero no lo vio en ninguna parte. Sin más vacilaciones, espoleó al caballo y corrió a toda velocidad hacia el campamento romano, aullando a los oficiales que hicieran replegar las tropas y las reunieran en las colinas que conducían a la retaguardia, donde podrían plantear una defensa mejor.

No supo si alguien lo había escuchado. Ahora lo único que le importaba era poner a su padre a salvo. Deseando que sobreviviese y que el sacrificio de sus hombres no hubiera sido en vano.

* * *

—Tenemos que replegarnos... —murmuró el cónsul presa del delirio. Publio trataba de contener la sangre que le salía en abundancia de la desagradable herida. La punta de la espada había penetrado profundamente, y cuando Publio le había quitado la coraza, un chorro de sangre había brotado impetuoso, empapando la túnica del cónsul.

—Déjame a mí —dijo Versilio, apartando a Publio, pero éste se revolvió contra él con ira.

—¡No! —gruñó—. Es mi padre. Dime qué tengo que hacer.

Al llegar al campamento romano, Publio se había percatado de que la retaguardia ya había desmantelado gran parte del campo, entre otras cosas, también la tienda de su padre. Los carros con los pertrechos, los cocineros, los médicos y los artesanos se habían alejado para evitar la carga súbita del enemigo, en el caso de que hubiera roto definitivamente las líneas romanas. Sin saber qué hacer, Publio había dirigido el caballo hacia su propia tienda y había llamado a Versilio para que lo ayudase.

Ahora su padre yacía sobre algunas pieles que ya estaban bañadas de sangre, y Publio apretaba un paño sobre la herida, como Versilio le había dicho que hiciera, mientras el esclavo preparaba un empaste de hierbas y tierra que, según él, pararía

la hemorragia.

El cónsul nunca había perdido del todo la conciencia, y también ahora observaba a su alrededor con mirada enfebrecida, murmurando pocas palabras que producían una terrible angustia en el pecho de Publio.

—Retirad a los hombres... —dijo por enésima vez, mirando al vacío, como si tuviera delante, alineado, a todo el consejo de guerra—. Debemos replegarnos... debemos replegarnos...

—Sí, padre, lo estamos haciendo... —mintió Publio, mientras Versilio se acercaba y le hacía señas de que se alejara. Al apartar el paño que presionaba sobre la herida, Publio esperó ver brotar de nuevo un chorro de sangre, pero constató con alivio que la hemorragia parecía haberse detenido.

—Déjame poner este unguento —dijo Versilio, recogiendo con los dedos el empaste que había hecho con las hierbas y pasándolo delicadamente por los bordes desiguales de la herida—. Es sólo para evitar que se inflame, luego tendremos que suturarla.

—Lo harán los médicos de mi padre —afirmó Publio.

—Entonces vete e intenta reunir el ejército —replicó Versilio duramente—. Por lo que me he enterado, cuando se corrió la voz de que tu padre había caído, todos pusieron los pies en polvorosa.

Publio hizo un gesto de consternación. ¿Qué iba a hacer? ¿Permanecer allí con su padre, asistirlo mientras Versilio cuidaba de él, o salir corriendo y tratar de convencer a los oficiales de que cogieran las riendas de la situación para evitar una derrota completa?

—Yo me ocuparé de él —lo sacudió Versilio—. Por el momento no podemos hacer nada más. De todos modos, ni siquiera puede darse cuenta de que estás aquí. Sal e intenta reagrupar las legiones.

Publio lo miró, aturdido.

—Cómo voy a...

—Tú eres el hijo del cónsul —lo interrumpió Versilio, decidido—. Eres un Escipión. Te escucharán...

Publio dilató las narices, mientras por su mente pasaban mil pensamientos simultáneos, luego se levantó, echó un último vistazo a su padre y salió corriendo.

—Mantenlo con vida —ordenó a Versilio antes de desaparecer en el exterior.

En el caos que se había extendido entre las tropas romanas, Publio se dio cuenta de que, en realidad, eran sobre todo los aliados los que se habían desbandado completamente, dejando abiertos vastos corredores entre los cuales las furias negras de la caballería núnida se habían introducido para hacer estragos entre los legionarios. Pero las centurias de la primera y de la segunda legión aún eran bastante compactas y se movían con orden mientras se replegaban hacia las líneas de defensa romanas, formadas por grupos de arqueros y honderos dispuestos en varias filas, que lanzaban tal cantidad de dardos y proyectiles contra el enemigo que obligaban a la ofensiva cartaginesa a detenerse, a la espera de reorganizar un nuevo y más eficaz asalto.

Publio localizó al grupo de tribunos con los que su padre se reunía durante los consejos de guerra y se dirigió a ellos a toda velocidad, mientras en el aire resonaban los alaridos estridentes de los cuernos cartagineses, que convocaban a las tropas de Aníbal.

Cuando alcanzó a los oficiales, se percató de que todos parecían sorprendidos de verlo allí, cubierto de sangre y con la expresión trastornada. También estaba el pretor Cayo Atilio, que en ausencia del cónsul estaba listo para asumir el mando del ejército.

«Tú eres un Escipión», le volvió a la cabeza la voz de Versilio. «Eres el hijo del cónsul. Nunca lo olvides.»

Apretando con ira las mandíbulas, Publio detuvo el caballo a un paso del grupito de oficiales y se dirigió a ellos sin ningún temor reverencial.

—Mi padre está vivo. Pide que nos repleguemos y cerremos filas en una línea de defensa compacta. Mantengamos el control de los manípulos y olvidémonos de las tropas aliadas.

Un murmullo de sorpresa corrió entre aquellos hombres habituados a mandar, que hasta el día anterior lo habían considerado poco más que un chiquillo. Vacilaron un instante, luego casi se sobresaltaron cuando Cayo Atilio se dirigió a ellos con decisión:

—¡Haced lo que se os ha ordenado! ¡Repleguémonos y consolidemos la posición!

Los tribunos se movieron como un solo hombre, dispuestos a hacer circular las órdenes.

—Llévame donde está el cónsul —pidió Cayo Atilio a Publio.

III

—¿Por qué nos hemos detenido? —preguntó Magón bramando de ira.

Aníbal le lanzó sólo un breve vistazo, luego bajó del caballo y se dirigió hacia su tienda. Himilce lo estaba esperando, probablemente presa de la ansiedad típica de las mujeres cuando los hombres van a la guerra, y él no quería mantenerla en vilo más tiempo.

—¿Cómo puede ser que no logres verlo por tu cuenta? —rebatía Maharbal, que después de apearse, a su vez, del caballo, había cogido las bridas del semental de Aníbal y lo mantenía quieto—. La infantería romana estaba alineada en defensa compacta, apoyada por varias filas de arqueros y honderos. Atacarlos habría significado mandar a la muerte a muchísimos de los nuestros. Demasiados.

—¡No estoy de acuerdo! —gruñó Magón, acercándose a Aníbal y aferrándolo por un brazo, obligándolo a detenerse.

—¡Los hemos derrotado, estaban en nuestro poder!

Mostró el puño a su hermano y lo apretó con fuerza.

—Habría sido la derrota de Roma, y desde nuestra primera batalla.

Aníbal se quedó mirándolo un instante, luego sonrió y le puso una mano detrás del cuello, apretándolo con afecto.

—Me gusta tu valor, Magón —le dijo—. Pero la temeridad es un defecto que un guerrero debe intentar mantener a raya.

—¿Por qué me tratas como a un muchacho? —se lamentó Magón—, responde a mi pregunta, más bien, y explícame por qué no has llegado hasta el final.

Aníbal suspiró.

—Maharbal tiene razón. He visto de qué son capaces los arqueros romanos, cuando defienden una guarnición o una línea de retaguardia. Tienen una capacidad

de tiro impresionante, y sus honderos son implacables, nunca fallan un blanco. Nosotros tenemos por delante una larga marcha de conquista, recuérdalo. Debemos llegar hasta Roma, y no podemos arriesgarnos a diezmar las tropas con asaltos temerarios.

Magón había escuchado negando pausadamente con la cabeza.

—Quizá lo que dices sea verdad —convino al fin—, pero de este modo hemos dado a los romanos la posibilidad de reagruparse. Ahora será más difícil desbaratarlos.

—No —lo contradijo Aníbal—, Mañana tratarán de responder a nuestro ataque como han hecho hoy. Conozco a los romanos, sé que no son lo suficientemente astutos como para comprender cuándo ha llegado el momento de retirarse. Intentarán detenernos oponiendo sus manípulos de legionarios y de aliados itálicos, y nosotros aprovecharemos para barrerlos con los elefantes y la caballería nómada, como íbamos a hacer hoy. En ese momento, ya nadie podrá detenernos.

A pesar de la indecisión, Magón pareció vibrar ante las palabras de Aníbal. Su hermano siempre tenía el poder de transmitirle emociones fuertes, y una vez más inclinó la cabeza y asintió, consciente de que Aníbal tenía razón.

—Ahora Maharbal y tú ocupaos de los hombres —ordenó al encaminarse otra vez hacia su tienda—. Necesitan ver que estamos con ellos.

—¿Y tú?

Aníbal sonrió.

—Yo tengo que hacer algo, luego os alcanzaré. No necesitaré mucho tiempo.

* * *

Hizo una señal a los guardias que custodiaban la entrada de la tienda, apartó el telón y se sumergió en la penumbra alumbrada por algunos braseros. Mirando a su alrededor, Aníbal se dio cuenta de que la presencia de su esposa había hecho mucho más cálida y acogedora su tienda, de costumbre extremadamente espartana. Había una tibieza acogedora, unas mullidas pieles dispuestas un poco por doquier, una bandeja cargada de fruta y una jarra llena de vino siempre listas. Aunque Aníbal estaba convencido de que la frugalidad, para un guerrero, era una virtud, no

podía fingir que todas aquellas atenciones por parte de Himilce le disgustaban. Es más, en aquel momento estaba dispuesto a demostrar a su esposa lo feliz que estaba de tenerla con él.

Al verla aparecer, desde una de las zonas más en sombra de la gran tienda, extendió los brazos para acogerla.

—¡Maldito loco e insensato! —lo agredió Himilce, furibunda, lanzándose contra él con los puños levantados y golpeándole con ira la coraza de cuero que aún llevaba, sucia de la sangre de los enemigos que había abatido—, ¿Por qué me haces esto? ¿Por qué no te comportas como lo que eres?

—Eh, eh, eh —trató de calmarla Aníbal, sorprendido, aferrándola por las muñecas—, ¿Se puede saber qué sucede? ¿Esta es la manera de acoger a tu hombre, que acaba de volver de una feroz batalla?

Ella lo miró con una luz airada en los ojos, pero cuando Aníbal vio que se le saltaban las lágrimas, se dio cuenta de que el furor que la sacudía lo causaba sobre todo el miedo.

—Me lo han contado todo —replicó Himilce, esforzándose por contener el llanto—. Tú estabas allí, delante de las tropas, con el pecho expuesto a los golpes enemigos, listo para dejarte matar por... ¿por qué? ¿Me dices por qué?

Intentó soltarse de Aníbal para volver a golpearlo, desesperada, pero luego, cuando se percató de que sería inútil, se echó en sus brazos, estallando finalmente en llanto.

Él la estrechó, le acarició el pelo y la besó.

—Soy su comandante, ¿entiendes? —le dijo, lo más tiernamente posible—. Si están dispuestos a combatir y a morir por mí, por mis proyectos de conquista y mis ideales, ¿cómo voy a permanecer apartado? Tengo que combatir junto a ellos, deben sentir que soy uno de ellos.

—¡Pero no debes morir con ellos! —gritó Himilce, exasperada, echándose atrás de golpe—. Tú eres el comandante del ejército cartaginés, sin ti estarían perdidos. ¡No puedes arriesgar tu vida! Contigo a su lado combaten con más vigor, pero ¿qué harían si murieses? ¡Demonios, piénsalo!

Aníbal negó con la cabeza.

—Estos razonamientos valen bien poco durante la batalla. Ya sabes cómo soy. No puedo echarme atrás, no quiero que crean que su comandante es un cobarde que los lleva al matadero.

Himilce abrió la boca para replicar, pero las lágrimas le inundaron otra vez los ojos y la cerró, estrechándose de nuevo contra él.

—Perdóname —le dijo, y esas palabras hicieron comprender a Aníbal que era un hombre afortunado.

—Éste es nuestro destino —respondió, abrazando a Himilce—. Si eres fuerte y estás a mi lado, te prometo que llevaremos a cabo la misión que los dioses nos han encomendado.

Himilce volvió a mirarlo a los ojos.

—¿Me estás pidiendo que elija entre tu vida y el destino de Roma?

—No —respondió él—. Te estoy pidiendo que elijas entre el destino de nuestro pueblo y el olvido. Entre la libertad y la esclavitud. Mi vida es muy poca cosa.

—Quizá para ti, que no eres más que un salvaje —objetó Himilce golpeándolo otra vez en el pecho—. No para tu esposa.

—Lo sé —asintió él.

Siguieron mirándose durante un momento, luego, sin hablar y como si obedecieran a un instinto que tenían en la sangre, comenzaron a desvestirse mutuamente.

IV

—¿Estás seguro de que es prudente fiarse de este hombre? —preguntó Cayo Atilio dirigiéndose al cónsul, que yacía aún en el lecho de pieles que le había preparado Versilio. Junto a él había un decurión bastante viejo, con el rostro desfigurado por una cicatriz que le iba de la ceja izquierda a la mandíbula derecha. Era imposible imaginar cómo había podido sobrevivir a un golpe de espada semejante: desde luego, al precio de terribles sufrimientos. Las marcas de las suturas eran perfectamente visibles en toda la cara del hombre, que estaba de pie, mudo, habituado a mantenerse invisible para los poderosos con los que debía tratar.

En vez de responder, el cónsul levantó una mano hacia el decurión, que, no sin antes dirigir una mirada siniestra al pretor, se acercó al camastro y se sentó en el suelo, junto a su comandante.

También Publio, que observaba la escena un poco apartado, se había quedado sorprendido por el hecho de que su padre, en lugar de llamar a los mejores médicos al servicio del ejército, hubiera convocado a aquel oscuro decurión del que nunca había oído hablar.

—Nosotros dos hemos pasado muchas cosas juntos —murmuró el cónsul, cogiéndole la mano al decurión—. Si debo confiar mi vida a alguien, no tengo dudas: nadie sabe suturar una herida como Sabio Marcio.

—He adquirido experiencia conmigo mismo —comentó el decurión con una sonrisa amarga, que en aquel rostro devastado asumió la forma de una mueca siniestra—. Pero digamos que con los años he refinado mi técnica.

—Por suerte —rió el cónsul, quien enseguida sufrió un violento ataque de tos.

El decurión no perdió más tiempo: hizo una señal a Versilio, a quien habían encargado asistirlo.

Cayo Atilio lanzó una mirada poco convencida al decurión y acto seguido buscó apoyo en la mirada de Publio, que se limitó a apretar las mandíbulas: si su padre tenía confianza en aquel hombre, entonces él también la tendría.

—Está bien —consintió el pretor, volviendo a dirigirse al cónsul—. Hagamos lo que tú dices. Yo salgo a controlar la situación. Llamadme si hay problemas.

—No los habrá —rebatió Sabio Marcio con una seguridad que sorprendió a Publio.

Después de que el pretor hubo salido, el decurión hizo girar sobre un costado al cónsul y cogió la delgada aguja de hueso que los legionarios usaban habitualmente para suturarse mutuamente las heridas menos graves. Sin embargo, Publio notó que en este caso se trataba de una aguja valiosa, elaborada con cuidado, que daba la impresión de no haberse usado muchas veces.

—¿De qué está hecha? —preguntó, curioso, mientras el decurión enhebraba la aguja.

—De colmillo de elefante —respondió Sabio Marcio—. Una innovación que debemos a nuestros amigos cartagineses.

Rió, y se le arrugó la cicatriz que tenía en el rostro.

—¿Y el hilo? —preguntó Versilio, que seguía con atención los movimientos del decurión.

—Es mejor que no te lo diga —espetó Sabio Marcio.

—¡Basta ya! —se entrometió con un gruñido el cónsul—. Duele mucho estar en esta posición.

Sabio Marcio frunció el entrecejo, terminó de atar el hilo a la aguja de hueso y observó la herida. El empaste que había colocado Versilio había hecho efecto, aunque ahora la zona parecía negra y marcada por partes purulentas.

—Has hecho un buen trabajo —gruñó Sabio Marcio tocando con la punta de los dedos la axila del cónsul, que estaba hinchada y enrojecida—. No veo suciedad ni astillas de hierro metidas profundamente. La situación es mejor de lo que creía.

Versilio pareció agradecer los cumplidos del decurión y lo observó mientras palpaba con mano segura los bordes de la herida.

—Deprisa, ¡maldición! —chilló el cónsul—. No sé cuánto más podré resistir....

Publio se sobresaltó por la sorpresa al ver a su padre lanzar un grito de dolor y desplomarse sobre el costado, desvanecido.

—Así está mejor—afirmó Sabio Marcio—. Podremos trabajar en paz y él no sentirá nada.

Publio intentó contenerse, pero había visto claramente al decurión estrujar con fuerza la axila de su padre, como si quisiera hacerle daño a propósito. No le parecía la mejor manera de tranquilizar a un hombre antes de suturarle la carne. Pero, evidentemente, el decurión estaba acostumbrado a los rudos métodos que se usaban entre soldados, quienes ni siquiera sabían qué era un médico y tenían que recurrir a soluciones como aquella para acabar el trabajo deprisa y de la mejor manera posible.

—Ahora, ayúdame —pidió Sabio Marcio a Versilio—. Pon los dedos aquí, en torno a la herida, y aprieta. Los bordes tienen que coincidir lo más posible. Pero no tires demasiado, de otro modo se obtiene el efecto contrario: la piel se hincha y se arruga, y el resultado es similar a éste...

Se señaló la cara, donde la brutal cicatriz parecía una serpiente de carne que se agitaba y cobraba vida con cada una de sus expresiones.

Versilio se concentró y ejecutó la orden con la máxima atención. Cuando estiró delicadamente los bordes de la herida hasta su sitio, miró a Sabio Marcio, pidiéndole con la mirada un signo de aprobación.

—Excelente —asintió el decurión—. Ahora estate quieto, hasta que haya terminado. Si te parece ver que la piel se estira demasiado o, al contrario, los bordes no coinciden perfectamente, avísame. Hay que intervenir enseguida, si no al consúl le quedará un desagradable recuerdo bajo la axila para toda la vida.

—¿No morirá? —preguntó Publio por instinto.

El decurión se echó a reír.

—No, mi joven comandante, no morirá. Lo que está en juego, ahora, es mi reputación. Si hago un buen trabajo, todos querrán que les cosa las heridas, lo cual significa que ganaré un montón de sestercios. Por el contrario...

No concluyó la frase, limitándose a hacer una mueca que a Publio le pareció terrorífica.

Antes de que alguien pudiera añadir nada, Sabio Marcio acercó la punta de la aguja a la piel de su padre, y con movimientos expertos comenzó a suturarlo.

Publio sintió que le subía un borbotón ácido del estómago y se volvió para no mirar. Bastaría Versilio para vigilar con atención los movimientos del decurión.

* * *

Cuando lo vio parpadear, Publio suspiró aliviado. Por más que Sabio Marcio lo hubiese calmado diciéndole que la herida, aunque profunda, no había lesionado órganos vitales y que, por tanto, la vida de su padre no estaba en peligro, él no se había quedado tranquilo, pues lo había visto agitarse en sueños.

—¿Has llamado a los médicos? —le había preguntado Versilio después de que el decurión se hubiera marchado.

Publio se había encogido de hombros.

—El no los ha querido, en cualquier caso, ya no están aquí. La retaguardia se desplaza rápidamente, cuando el frente del ejército retrocede. Sabemos lo que hace el enemigo con los prisioneros.

—Pero los cartagineses no han roto el frente —rebatía Versilio—. Deberías llamar a esos médicos y pedirles que visiten a tu padre.

—¿Con qué fin? —preguntó Publio—. Ahora mi padre está bien. Su temple es robusto, estoy seguro de que no tendrá problemas.

Versilio no dijo nada más y se limitó a observar con mirada torva a Publio, que por su parte no pudo evitar sentirse a disgusto ante el pensamiento de que estaba cometiendo un error. Su padre se había confiado completamente a aquel decurión, pero ¿si se hubiera equivocado? ¿Si hubiese sido necesaria la intervención de un médico, para verificar sus reales condiciones de salud?

Aquella inquietud lo había atormentado durante algún tiempo, hasta que finalmente el cónsul se había despertado.

Publio se acercó y se sentó a su lado, en el suelo.

—¿Cómo te sientes, padre? —le preguntó.

El cónsul miró a su alrededor, desorientado, luego pareció recordar dónde se encontraba y lo que había sucedido y volvió a recostarse. Se pasó la lengua por los labios agrietados e hizo una mueca.

—Un poco de agua —pidió.

Versilio acudió de inmediato, ayudándolo a incorporarse lo necesario para poder tragar un sorbo de agua. El cónsul tosió y luego miró a Publio.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó—. Recuerdo la batalla, y a ese hijo de perra del Bárcida que venía a mi encuentro. Luego... luego me he despertado aquí, con esta maldita herida.

—Te he traído yo, en mi caballo —respondió Publio, procurando que no se le notara la emoción que lo dominaba con sólo recordar aquellos momentos, la mirada feroz de Aníbal, el terror de que la herida de su padre pudiera ser mortal—. Mis hombres han conseguido detener al enemigo lo suficiente como para sacarte de allí.

El cónsul lo miró.

—Entonces me has salvado la vida —dijo—. Y eso en tu primera experiencia de guerra.

—He hecho muy poco —rebató Publio—, El mérito es de mi escuadrón. Sin ellos, probablemente a estas horas ambos estaríamos en el campo de batalla, mezclando nuestra sangre con la de los demás caídos.

—Honraré a esos valerosos jóvenes —asintió el cónsul—. Y a su comandante, naturalmente.

Aun sintiéndose colmado por un soplo de orgullo, Publio no dijo nada. Ofreció a su padre la jarra de agua y lo ayudó a tomar unos tragos más.

—¿Cuál es la situación? —le preguntó poco más tarde.

—Nos hemos replegado, como me pediste que hiciera. La retaguardia ya se ha marchado, y los galos han desertado en masa. Sólo ha quedado el corazón de nuestras legiones, más algunos manípulos de arqueros y honderos, que por suerte no se han dejado contagiar por el pánico.

Su padre lo miró, sorprendido.

—Veo que ya hablas como un general habituado a estar en el campo de batalla —dijo.

—No —lo contradijo Publio—. Sólo te estoy informando de lo que he visto.

Luego suspiró.

—¿Estás seguro de que no quieres que te vea uno de tus médicos? Puedo llamarlo y...

—No —lo interrumpió decidido el cónsul—. No es necesario. Es inútil pedirles que vuelvan aquí. Seremos nosotros los que vayamos a verlos.

Publio lo miró, sorprendido.

—¿Qué quieres hacer?

—Si los cartagineses no han acometido el ataque decisivo, es porque no quieren arriesgarse a mayores pérdidas. Lo cual significa que creen que aún estamos en condiciones de dar batalla, acaso mañana mismo.

—¿No será así?

—No —respondió el cónsul, tratando de incorporarse apoyándose en los codos. Hizo una mueca al advertir una punzada de dolor, que lo obligó a recostarse de nuevo—. Llama a Cayo Atilio. Debemos urdir un plan de repliegue que nos permita estrechar filas, a la espera de que las legiones de Sempronio Longo nos alcancen.

—¡Pero podrían tardar semanas! —protestó Publio, que no conseguía apartar de la mente la mirada llena de odio de Aníbal—. Aún podemos derrotar a esos hijos de perra, si mandamos algunas escuadras a recuperar....

—No está sólo el ejército cartaginés —lo interrumpió el padre—. Los boyos y los insubres están listos para entrar abiertamente en liza contra Roma. Sólo esperaban una derrota como la que hemos sufrido hoy. Si dejamos que los galos nos rodeen por los flancos, ya no conseguiremos salir vivos.

El cónsul calló, y Publio se quedó sin palabras para protestar. La idea de retirarse ante Aníbal hacía que bramara dentro de sí de ira y vergüenza, como si se tratara de una admisión de derrota que no quería aceptar. Aquélla era su primera

expedición de guerra y, en vez de cubrirse de gloria, como habían hecho sus antepasados, se veía obligado a huir y atrincherarse a la espera de la llegada de los refuerzos.

— Ahora lo que importa no es la gloria personal — intentó hacerle entender su padre, hablando sin animosidad—. Roma está en peligro, y nosotros debemos pensar en salvarla. Si mantenemos las legiones separadas, Aníbal lo tendrá muy fácil, y ya nada conseguirá detenerlo.

Publio tuvo el impulso de rebatir de nuevo, pero se encontró con la mirada de Versilio, llena de ira y reprobación hacia él, y comprendió que también el siracusano pensaba como su padre.

Quizás era él quien estaba equivocado, aunque en su interior el deseo de borrar para siempre, con un golpe de espada y con el avance enérgico de las legiones, el recuerdo del cartaginés que lo miraba, era una marea ardiente que le causaba una sensación de vértigo.

Observó otra vez a su padre y al final se rindió, cuando entendió que, de todos modos, nadie le haría cambiar de idea. Desde luego, no su joven e inexperto hijo en su primera expedición militar.

— Versilio — llamó —, convoca al pretor Cayo Atilio. De inmediato.

El siracusano salió corriendo, y Publio volvió a ofrecer un poco de agua a su padre.

— ¿Qué piensas hacer? — le preguntó.

— Levantaremos el campamento esta misma noche — respondió el cónsul—. Luego nos dirigiremos hacia Placentia para reunimos con la guarnición local. Allí esperaremos a Sempronio Longo.

— Habrá que destruir los puentes de barcas a nuestras espaldas — constató Publio—. También el del Po.

— Naturalmente — asintió su padre—. Esto debería dejarnos el tiempo necesario para reorganizar la defensa.

— ¿Y si los cartagineses consiguieran atacarnos antes de la llegada de Sempronio Longo?

—Entonces nos defenderemos. En Placentia será más fácil.

Publio calló, mordiéndose un labio mientras su mente consideraba todas las posibles variantes de la estrategia que su padre había planificado. Al darse cuenta de que no podía proponer una alternativa verdaderamente válida, se rindió y consintió con un gesto de la cabeza.

—Bien, pues —dijo su padre—. Me alegra que pienses como yo.

Publio no logró comprender si había una pizca de ironía en aquellas palabras. Pero cuando volvió la mirada hacia su padre, comprobó que no era así. Ahora el cónsul lo consideraba un soldado a todos los efectos, y esto bastó para hincharle el pecho de orgullo.

—La próxima vez espero ser yo quien tenga el honor de cruzar su espada con el Bárcida —dijo.

—Para eso habrá tiempo —masculló su padre, cerrando los ojos, exhausto—. Ahora pensemos en mover las legiones con orden e inteligencia.

V

Aún no había amanecido, pero Aníbal ya estaba despierto. Recostado en su camastro, con Himilce pegada a él, trataba de comprender el origen de la inquietud que lo perturbaba. Aquella noche habían hecho el amor tan larga e intensamente que al final se había sentido agotado, como si hubiera combatido, solo, contra una patrulla de soldados romanos. Sin embargo, no había conseguido conciliar el sueño.

Se había quedado inmóvil, respirando profundamente, con la cabeza de Himilce apoyada en el pecho y su pelo cosquilleándole el cuello, las piernas cruzadas con las de ella, los ojos abiertos y apuntando hacia las sombras que se agitaban inquietas en la oscuridad.

No sabía qué le producía aprensión, y sus intentos de encontrar una explicación lógica habían desvanecido con el correr de sus pensamientos, con el eco de la batalla que había concluido gloriosamente el día anterior, aunque sabía que había perdido la gran ocasión de asestar un golpe mortal a las legiones romanas.

¿Acaso era por eso por lo que no conseguía dormir? ¿Por la conciencia de haber dejado escapar al cónsul romano, que ya estaba a su merced? Si le hubiera separado la cabeza del cuello y la hubiese levantado en la punta de una pica, las legiones romanas se habrían dispersado y Cartago habría obtenido una victoria completa. En cambio, se había dejado distraer por un chiquillo espantado que se había lanzado torpemente contra él; pero lo suficiente para alejarlo del cónsul y permitir que algunos jinetes romanos intervinieran para defenderlo.

El recuerdo de aquel episodio le despertaba una ira sorda en el pecho, pero en realidad Aníbal sabía que no era ése el origen de su inquietud. Habría más ocasiones para enfrentarse con el cónsul enemigo, ya aquel mismo día, y él debía tratar de recuperar su lucidez habitual. Los romanos habían demostrado que no podían competir con sus veteranos, con los elefantes y los jinetes nómadas: se enrocaban en sus ordenadas pero poco ágiles formaciones, y parecía que estaban preparados para sostener sólo choques frontales.

Aquel día demostraría a los romanos qué quería decir «maniobrar» un ejército. Los persiguiría, cercaría y dividiría en grupos para diezmarlos uno a uno, hasta que de las gloriosas legiones de Roma no quedase sino un montón de

cadáveres.

Apartando lentamente a Himilce para no despertarla, Aníbal se levantó y salió de la tienda para respirar una bocanada del aire gélido de aquellas tierras. Había otro factor a su favor, que sabía que debía aprovechar a fondo, si quería proseguir en la marcha de conquista hasta Roma. Los galos eran una gente extraña, poco fiable, propensa a traicionar a sus aliados en cualquier momento por su beneficio personal, y él debía sacar partido de las debilidades de aquellos guerreros poderosos, aunque desordenados, para que se pusieran de su parte y debilitar aún más al ejército romano.

Sabía que la revuelta de los boyos y los insubres no era suficiente. Todas las tribus de la Galia Cisalpina deberían rebelarse contra Roma, desertar de las filas romanas y alinearse con su ejército, donde sus dotes naturales de combate destacarían más.

Sonrió ante el recuerdo de cómo se habían comportado aquel día las formaciones celtas: acometiendo ataques desordenados, y enfurecidas por tener que obedecer las órdenes de los centuriones romanos, que les obligaban a permanecer reunidas y compactas, contraviniendo sus reglas de combate y su instinto natural.

Una vez que se hubieran sumado a su ejército, Aníbal los aprovecharía por lo que eran: perros vagabundos a los que lanzar contra el enemigo sin ninguna restricción, sin imponerles ningún orden de batalla, libres de combatir cada uno por sí mismo, en busca de esa vana gloria que, según sus creencias, los volvería inmortales. Y detrás de la furia desencadenada de los galos, Aníbal movería ordenadamente a sus veteranos, los elefantes y la caballería nómada, envolviendo al ejército romano y acorralándolo en una mordaza sin vías de escape.

—¡Comandante! —gritó una voz, que lo arrancó de aquellos pensamientos e hizo que volviera a notar el poderoso sentimiento de inquietud que no lo había abandonado en toda la noche—. ¡Ven, pronto!

Aníbal estaba semidesnudo, y tenía la piel encrespada por el frío punzante que estrechaba el valle en un cerco de hielo, pero no se preocupó de entrar en la tienda y echarse algo encima. La urgencia que había sentido en aquel reclamo era la misma que lo había impulsado a levantarse antes del amanecer, y esto no era una buena señal.

Alcanzó corriendo al centinela que lo había llamado.

—¿Qué sucede? —preguntó, entrecerrando los ojos para observar mejor. El sol estaba saliendo de detrás de los confines del mundo, y una luz rosada se expandía por doquier, haciendo brillar la escarcha helada y coloreando de rojo las montañas que se erguían al fondo.

—Allá abajo, mi señor —se limitó a responder el centinela, apuntando un dedo hacia el campamento romano.

Durante un momento Aníbal escrutó la extensión de fuegos a lo lejos, tratando de percibir algún movimiento, pero no vio nada.

—¡No hay nadie! —exclamó, mientras una rabia furibunda crecía en su interior—, ¡Se han marchado!

—Sí, mi señor—confirmó el centinela—. Eso sospechaba yo, pero hasta que no clareó un poco no estuve seguro de ello. Estaba a punto de venir a advertirte, pero luego te he visto.

Aníbal escrutó la extensión de fuegos aún encendidos y apretó los puños con tanta fuerza que se hizo daño.

—Deben de haber trabajado toda la noche para desmontar el campamento y largarse —dijo, sin poder persuadirse de la vileza de los romanos.

—Y han dejado los fuegos encendidos para darnos la impresión de que todo era normal —añadió el centinela, interpretando sus pensamientos.

—¡Da la alarma! —gruñó Aníbal, volviendo a la carrera a su tienda—. ¡Quiero las escuadras de caballería listas lo antes posible! ¡Debemos perseguir a esos hijos de perra y masacrarlos!

* * *

Mientras cabalgaba, con el viento helado que le rugía en los oídos, Aníbal sentía crecer la ira en su interior.

Durante toda la noche había tenido la sensación de que estaba ocurriendo algo, y ahora que conocía la verdad se maldecía a sí mismo por no haber hecho caso al malestar que lo atormentaba.

No quería culpar a Himilce por esto, pero sabía que su presencia había

dañado la armonía con la que dialogaba con Anat, la diosa de la guerra, cuando se encontraba frente al enemigo. Esas eran cosas sólo para hombres, y la presencia de una mujer a su lado le hacía dirigir la atención a otra parte, le impedía seguir las indicaciones que le llegaban por instinto, sugeridas por Anat en persona. Y ahora el ejército romano estaba en fuga, dispuesto a reunirse con otras legiones antes de afrontar de nuevo a las formaciones cartaginesas.

—¡Ánimo! —gritó, espoleando aún más el caballo, mientras Magón y Maharbal conducían otras escuadras de jinetes al sur y al norte, para tratar de cortar la retirada de los romanos y cogerlos desde varios frentes. Sabía que la suya era una carrera desesperada, porque el enemigo había tenido toda la noche para alejarse sin que lo molestasen, pero Aníbal contaba con la velocidad de sus caballos, bien entrenados y capaces de lanzarse a galopes furibundos. Tenían que alcanzar al grueso del ejército enemigo antes de que consiguiera atravesar el Po.

Hacía tiempo que sus exploradores habían localizado el punto en que los romanos habían construido el puente de barcas: él tenía la intención de aprovechar esa magnífica obra de ingeniería para llevar al ejército más allá del gran río y luego dirigirse al sur, al encuentro de las legiones del otro cónsul que estaban remontando Italia. Era importante salvar el puente, sin él perderían varios días para encontrar otro vado.

Aníbal cabalgaba inclinado para ofrecer menor resistencia al viento, y se percató con un cierto retraso del explorador que le hacía señales con los brazos levantados, reclamando su atención.

—¡Allá abajo! —gritó Aníbal conduciendo a sus hombres hacia la colina en que los esperaba el explorador. Cuando lo alcanzó, observó el valle que se extendía del otro lado, mientras el joven guerrero le hablaba, excitado.

—¡Ya han pasado casi todos, mi señor! Sólo quedan algunas centurias, quizá para destruir el puente de barcas. Ninguna unidad de caballería.

Aníbal escrutó el horizonte y localizó de inmediato el punto en que el río se estrechaba, hasta permitir que una hilera compacta de barcazas formara un sostén flotante para una pasarela de troncos, por la que el ejército romano estaba transitando con orden, sin prisa, pero dando una demostración ejemplar de disciplina. Sólo quedaban algunas unidades en la retaguardia, para cubrir los últimos carros y los últimos legionarios que estaban pasando el río.

—¡Ataquemos! —aulló Aníbal, haciendo una señal a los suyos para que se movieran. No sabía dónde estaban exactamente Magón y Maharbal, pero tenía que apagar la ira que lo quemaba por dentro con la sangre de aquellos hijos de perra—. ¡Tratemos de conquistar el puente! ¡Tiene que quedar intacto!

Como siempre fue el primero en lanzarse por la pendiente de la colina, en arremeter con la espada levantada hacia los escudos alineados y las picas tendidas de los legionarios. Aníbal estaba enfurecido. Y sólo la sangre de los romanos podría aquietar el deseo de darse de cabeza contra la pared que lo atormentaba.

* * *

—Ha sido del todo inútil —se lamentó Magón, bramando de cólera—. Ya habían soltado las amarras de las barcazas del otro lado del río. Luego han dejado que fuera la corriente la que completara el trabajo.

Aníbal observó las aguas crecidas del Po, que en aquella época eran particularmente impetuosas. Desde hacía algunas horas había comenzado a llover, gotas sutiles y afiladas como minúsculos dardos de hielo, que el viento contribuía a hacer aún más molestas. En la otra ribera los romanos habían desaparecido, camino de una de las fortificaciones en que podrían encontrar refugio para reparar las fuerzas de sus hombres y resistir a la espera de la llegada de las legiones de refuerzo.

Habían perdido la ocasión de diezmarlos, para hacer aún más fácil el enfrentamiento final.

Aníbal trató de contener la ira, la desilusión y el pesar, y miró los cuerpos de los legionarios que habían dejado en la retaguardia, para morir con tal de defender la obra de los zapadores romanos que debían destruir el puente.

—¿A cuántos hemos matado? —preguntó señalando a su alrededor con un gesto vago.

—A más de seiscientos —respondió Maharbal—. En todo caso, demasiado pocos.

—Honremos a estos hombres —rebatía Aníbal—. Se han quedado aquí, esperándonos, perfectamente alineados y sin ningún temor a la muerte. Habría querido conmigo soldados de este temple.

—También nosotros habríamos hecho lo mismo —afirmó Magón.

Nadie añadió nada, y Aníbal dio un tirón a las riendas, haciendo girar el caballo.

—Volvamos al campamento —ordenó—. Tenemos que ponernos en marcha para recuperar el tiempo perdido.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Maharbal. Señaló el Po a sus espaldas—. No será fácil atravesar ese maldito río.

—Pediremos a los galos que encuentren otro vado —respondió Aníbal— que sea más accesible y nos permita acercarnos a las fortalezas romanas sin que nos avisten con demasiada anticipación.

—Tendremos que volver a ponernos en camino —gruñó Maharbal poco convencido.

—Es verdad —añadió Magón—, Y esto nos debilitará aún más.

Aníbal lo miró, ceñudo.

—Nuestros hombres descansarán y se alimentarán cuando sea posible —dijo—. No podemos quedarnos plantados aquí a la espera del invierno. El clima es demasiado riguroso.

—Pero ¿dónde encontraremos la comida para los hombres y los animales? —preguntó Maharbal—, Los suministros están prácticamente agotados. Si no recuperamos las fuerzas y la moral de los hombres, corremos el riesgo de no ir muy lejos.

Aníbal lo miró con una mueca.

—¿Recuperar la moral de los hombres? —preguntó—. ¿De qué hablas? Nosotros hemos vencido, recuérdalo. Hemos derrotado a las legiones romanas, las hemos empujado más allá del Po. Y marcharemos hacia el sur mientras ellos estarán escondidos en alguna colonia fortificada lamiéndose las heridas. Esta es la verdad, esto es lo que todos deben saber. Mandemos mensajeros a las tribus celtas de la zona, convezámoslas de que ha llegado el momento de abandonar toda duda y unirse a nosotros, para poner fin de una vez para siempre al predominio de Roma. Serán ellos los que nos procuren la comida que necesitamos.

Calló durante un momento, luego transformó la mueca en una sonrisa.

—Cuando nos aclamen como vencedores y liberadores, nuestros hombres tendrán la moral por las nubes, os lo puedo garantizar.

Ni Maharbal ni Magón replicaron, fascinados por la manera clara y sin malentendidos con que Aníbal sabía resumir la situación y ver más allá, para planear los próximos movimientos.

—Ahora vamos —ordenó, incitando al caballo al galope. Los otros lo siguieron, de repente despreocupados de la humillación sufrida por los romanos, de la lluvia gélida que los azotaba y de las aguas rabiosas del Po que rugía a sus espaldas.

VI

La colonia de Placentia le causó buena impresión a Publio, aunque las tropas estacionadas en la ciudadela fortificada parecían más escasas y peor equipadas de lo esperado. Hablando con el joven Marco Aurelio, que estaba siempre a su lado cuando cabalgaba a la cabeza del escuadrón, expresó sus dudas ya desde que cruzaron el gran portal de madera de la colonia romana.

—Espero que al menos haya comida suficiente para alimentar a los caballos —fue su comentario, que Marco Aurelio acogió con una mueca solidaria.

—Este asentamiento lo han querido los terratenientes —le explicó su joven asistente—. Y sólo ha servido para soliviantar a las tribus galas de la zona.

—Creando terreno fértil para el descenso de Aníbal —concluyó Publio, dándose cuenta de que la situación era más difícil de lo que pensaba. Detrás de las empalizadas de la colonia podrían organizar una buena defensa y tratar de resistir hasta la llegada de Tiberio Sempronio Longo, pero si los indígenas se negaran a alistarse en las filas aliadas y, es más, fueran a engrosar las columnas del ejército cartaginés, la situación se volvería extremadamente difícil, ya que las legiones de los dos cónsules no podrían reunirse tan fácilmente para oponerse en un único frente compacto al avance de los púnicos.

Después de haber instalado a los legionarios en filas muy estrechas de tiendas en el interior de la colonia, los oficiales del ejército romano tomaron posesión de los únicos edificios de madera construidos en Placentia, echando a los legítimos propietarios e intimando a la población a observar los reglamentos que había dictado el cónsul Escipión. En tiempos de guerra, la voluntad de un cónsul era ley, superior incluso a la del Senado romano, si se preveía un enfrentamiento con el enemigo.

Publio intentó hacerse asignar un alojamiento en uno de los edificios construidos en los puntos estratégicos de la gran colonia, bastante lejos de las empalizadas de defensa, para evitar que los proyectiles lanzados por las catapultas pudieran golpearlos, pero le respondieron que sólo las más altas jerarquías de mando se beneficiarían de ese privilegio, y su escuadrón, por más que se hubiera comportado con gran honor en la batalla, no estaba ciertamente entre las milicias

con más prestigio de las legiones consulares.

Así que Publio se conformó con erigir la tienda cerca de la de sus hombres, en torno al recinto con los caballos y a los montones de forraje que habían requisado del almacén central.

Al final la ciudad resultó estar bien abastecida de provisiones, y esto levantó la moral de las tropas, aunque las condiciones de la guarnición local eran tales que obligaron a Cayo Atilio y los demás oficiales a organizar turnos de ronda con las tropas disponibles, dispensando a los lugareños de cualquier cometido de responsabilidad y destinándolos a los suministros.

Durante dos días Publio trató de ver a su padre, que estaba alojado en el más grande de los edificios de madera, atendido por una docena de civiles que habían reclutado entre la población local, pero los médicos le aconsejaron que lo dejara descansar, y él no insistió. Pero ahora necesitaba recapitular la situación con él, porque se moría por saber cuándo llegaría Tiberio Sempronio Longo y cuándo, por fin, las legiones unidas volverían a enfrentarse con Aníbal.

Esta vez, estaba seguro, los manípulos se moverían de otra manera, por haber aprendido del modo en que los púnicos los habían vencido, y aprovecharían la ocasión para volver contra el enemigo las tácticas de batalla que los cartagineses habían empleado.

El no había parado de pensar en ello, y junto con Versilio y Marco Aurelio había reconstruido hasta en los más mínimos detalles los movimientos de la infantería y la caballería enemiga, los desplazamientos de la cuña ofensiva formada por los elefantes, la eficaz maniobra de acorralamiento que habían llevado a cabo los jinetes númeridas con una velocidad y una determinación sorprendentes.

Publio quería discutir esos detalles con su padre, ponerlo al corriente de sus conclusiones y de las ideas que había elaborado para oponer una válida resistencia a las estrategias de Aníbal.

Por supuesto, sabía que no tendría ninguna posibilidad de exponer sus razones durante un consejo de guerra oficial, a pesar de ser el hijo del cónsul, así que confiaba en poder hablar con su padre de tú a tú para convencerlo de que lo llevara consigo al punto de observación durante la batalla, y ordenara a los tribunos los movimientos necesarios para replicar golpe a golpe la estrategia enemiga.

Cuando finalmente obtuvo el permiso de acercarse a la cabecera de su padre,

se puso la loriga familiar y trató de asumir el aire más marcial posible, mientras se dirigía junto a Marco Aurelio hacia el edificio rodeado por un cordón de legionarios.

—¡Alto ahí! —rugió un centurión con aire amenazador, con las espaldas tan anchas que parecía un gladiador que llevase los arneses de protección. Los escrutó con atención mientras se acercaban, pero cuando reconoció a Publio pareció relajarse.

—¿Podemos pasar? —preguntó éste—. Mi padre me espera.

—Tú, sí, comandante —respondió el centurión. Luego señaló a Marco Aurelio—: El se queda fuera.

—Es mi asistente —protestó Publio—, creo que...

—He dicho que él se queda fuera —lo interrumpió con decisión el centurión, en absoluto atemorizado de dirigirse al hijo del cónsul.

Publio apretó los puños por la ira, pero Marco Aurelio le apoyó una mano en el hombro y dijo:

—Está bien. El centurión obedece órdenes, es inútil tomarla con él. Te esperaré aquí, tú ve. Y procura que tu padre te escuche.

Publio lo miró durante un momento, lanzó una mirada airada al centurión y comprendió que Marco Aurelio tenía razón.

—De acuerdo —dijo, encaminándose hacia la entrada del edificio—. Lo haré lo mejor que pueda.

* * *

El edificio era bastante espartano y desangelado, un simple cuadrado construido con toscas paredes de madera en cuyo interior habían colocado algunos adornos de manufactura local. El gran brasero del hogar ardía en un rincón, demasiado lejos del punto en que habían puesto el camastro de su padre como para que lograra calentarlo de la manera apropiada. Algunas mujeres estaban atareadas en torno a la pequeña cocina, que consistía en un par de piedras puestas sobre braseros siempre alimentados, y el humo salía por una abertura hecha directamente en la pared, a la altura del techo. Se trataba de un agujero demasiado pequeño para

poder aspirar de forma correcta el aire del interior del edificio, y por ello, ya desde el primer momento en que puso el pie en él, Publio notó que el humo le irritaba los ojos y que un fuerte olor a quemado lo impregnaba todo.

Al fin y al cabo, se dijo, había sido mejor erigir su tienda: tenía menos espacio disponible, pero el aire no apestaba a humo ni los olores impregnaban las ropas, el pelo y la piel.

Mientras se acercaba al lecho de su padre, imaginó que el cónsul no debía de estar muy feliz de aquel acomodo, también porque en su situación debía sufrir aún más el hedor que lo rodeaba.

En aquel momento estaba solo, recostado boca arriba y con los ojos cerrados. Publio imaginó que estaba descansando, de modo que se detuvo junto al camastro tratando de no hacer ruido, y permaneció mirándolo con una mezcla de sentimientos. Estaba orgulloso por haber contribuido a la salvación del cónsul, y le complacía saber que el comandante supremo de las legiones era su padre, aunque esto no significaba que él pudiera beneficiarse de privilegios especiales. En el ejército consular los cargos eran asignados siguiendo rigurosas jerarquías; nadie disfrutaba de favoritismos particulares, y aún menos los hijos de los comandantes. Publio sabía que su padre quería que hiciera una rápida y gloriosa carrera, como convenía a un Escipión, pero su sentido del deber y su innata honestidad no le impedían favorecerlo por adelantado: Publio tenía que demostrar por sí mismo de qué era capaz, y merecerse el respeto de sus hombres y sus inmediatos superiores.

Estaba pensando en esto cuando su padre abrió los ojos y los volvió hacia él, exhibiendo una sonrisa.

—¡Por fin te has decidido a venir a verme! —le dijo.

—Los médicos se ocupan de ti, padre —respondió Publio—. Sólo ahora me han dado permiso para que te vea.

—Tú eres mi hijo —gruñó el cónsul—. Podías venir sin pedir permiso a nadie.

Publio asintió y se sentó en el suelo, junto al bajo camastro de su padre.

—¿Has consultado a tus oficiales? —le preguntó.

—Naturalmente —respondió el cónsul. Procuró acomodarse, pero una

mueca de dolor le arrugó el rostro.

—¿Aún te duele mucho? —le preguntó Publio, alarmado.

—Más de lo que crees, hijo. Sobre todo en el orgullo. Es una verdadera tortura estar acostado aquí mientras ese hijo de perra de Aníbal se apresta a lanzar el ataque.

Publio se enardeció.

—¿Tienes noticias del cartaginés? —preguntó con ímpetu. Desde el día en que sus miradas se habían cruzado, Publio ya no había logrado olvidarlo, y dentro de sí bramaba de deseo por enfrentarse de nuevo a él.

—Un traidor lo ha ayudado a abastecer al ejército —respondió el cónsul con una mueca de disgusto—. Ahora sus hombres se están hartando con las provisiones de comida de Clastidium, que ha conquistado sin mover un dedo.

El padre vibraba de indignación, y Publio hizo un gesto con la cabeza, desconcertado.

—¿Cómo ha podido ocurrir? —preguntó.

—La guarnición de Clastidium estaba gobernada por Dasio, uno de Brindisi que nunca ha aceptado que no se lo acogiese entre las más altas jerarquías de nuestras legiones.

—Nunca he oído hablar de él —espetó Publio.

—Es un hombre rencoroso y lleno de ira, y en cuanto ha tenido ocasión se ha vendido al enemigo, abriendo de par en par las puertas de Clastidium y de sus riquísimos almacenes al Bárcida. ¿Sabes qué significa eso?

—Que desaparece una de las pocas ventajas de las que podíamos disponer —respondió Publio sin vacilar—. Si los cartagineses recobran sus fuerzas, será más difícil luchar contra ellos.

—Para no hablar de esos malditos galos —prosiguió el cónsul—. Se están uniendo a él tribu tras tribu, con una insolencia y una falta de respeto por los tratados estipulados con Roma que sólo unos bárbaros pueden manifestar.

—La situación se está volviendo difícil —murmuró Publio, ceñudo.

—Exacto —asintió su padre—. Y el hecho de que yo esté relegado en esta cama no simplifica las cosas.

—Pero Sempronio Longo estará a punto de llegar —espetó Publio, tratando de analizar todos los aspectos de la complicada situación en que se encontraban.

Escipión *pater* hizo otra mueca; Publio no supo si se debía a otra punzada de dolor o al hecho de haber pronunciado el nombre del otro cónsul.

—Ten cuidado con ese hombre —dijo a continuación, confirmando que Sempronio Longo era su verdadera preocupación—. Es ambicioso y está dispuesto a todo con tal de cubrirse de gloria. Cuando esté aquí no dudará en aprovecharse de mi situación para asumir el mando de todas las legiones y hacer lo que le venga en gana.

—¿Quieres decir que no escucharé tus consejos? —preguntó Publio, sorprendido.

—Cualquier cosa que le diga, hará exactamente lo contrario. Por eso quizá sea mejor callar. Por el bien de nuestros hombres y de la misma Roma.

—¡No podemos permitirle comportarse de ese modo! —exclamó Publio, indignado—. Nosotros hemos luchado contra Aníbal, hemos visto cómo se mueven sus tropas, cuáles son sus estrategias. Nuestras valoraciones tácticas serán preciosas, en un nuevo enfrentamiento, y...

—Aprende a comprender el poder de la política, muchacho —lo interrumpió, con dureza, su padre—. En situaciones como ésta no importa lo que es justo, sino lo que puede dar mayor gloria a quien empuña el bastón de mando. Sempronio Longo no puede escuchar nuestros consejos y seguir nuestras disposiciones, porque de otro modo el triunfo no sería suyo. Asumirá el mando de las legiones y se enfrentará a Aníbal con ímpetu, convencido de que puede derrotarlo con facilidad y que puede volver a Roma como vencedor. Es lo único que le importa, y quizás en su lugar haría lo mismo.

Durante un momento reinó el silencio; a continuación Publio abrió la boca para replicar, pero su padre se le adelantó levantando un brazo y volviendo a cerrar los ojos.

—Ahora estoy cansado, hijo —susurró exhausto—. Déjame reposar. Volveremos a hablar cuando me sienta con más fuerza.

Publio habría querido protestar, porque sabía que de ese modo no iba a poder explicar a su padre las estrategias de guerra que había estudiado con Versilio y Marco Aurelio, pero al ver que estaba pálido y tenía la frente cubierta por un velo de sudor, a pesar de que allí dentro hacía mucho frío, comprendió que de verdad necesitaba descansar. Sin decir nada, se levantó y se dirigió a la salida.

Cuando llegase Sempronio Longo trataría de convencerle para que los escuchara a él y a su padre. Lo que habían aprendido del enfrentamiento con Aníbal era demasiado importante para pasar a un segundo plano respecto de la sed de gloria de Sempronio. El destino de Roma y de su pueblo estaba en juego.

Una vez fuera, cruzó una rápida mirada con Marco Aurelio y le hizo señas de que lo siguiera. Necesitaba intercambiar opiniones con él y con Versilio para establecer la mejor manera de convencer a Sempronio Longo para que les hiciera caso.

VII

Los romanos llamaban a aquel sitio *castellum*, y Aníbal no podía menos que sonreír mientras paladeaba aquella extraña palabra en la boca. Ahora, al llevarse a los labios la gran copa de vino que le había ofrecido el comandante de la guarnición de Clastidium, se concedió también un gesto de satisfacción por la facilidad con que había conseguido que aquel traidor le entregara la avanzadilla romana, la cual, si bien desde un punto de vista militar y estratégico no tenía una importancia particular, custodiaba sin embargo un tesoro extremadamente precioso para las tropas hambrientas de Aníbal: unos enormes almacenes en los que estaban guardadas las provisiones invernales para los tributos destinados a Roma y para garantizar la subsistencia de las legiones que se desplazaban al norte de Italia.

—No será fácil penetrar en esa pequeña fortaleza —se había lamentado Magón cuando Aníbal explicó al consejo de guerra los motivos por los que había ordenado que el ejército marchara hacia Clastidium, una ciudadela fortificada erigida como avanzadilla de la Urbe en la Galia Cisalpina—. Los romanos son buenos en cavar fosos y en erigir bastiones, e incluso una guarnición de pocos centenares de hombres podría mantenernos ocupados durante mucho tiempo.

—No sucederá —había respondido Aníbal, seguro de sí. Y lo había hecho con razón, porque hacía tiempo que sus exploradores le habían señalado la situación de las fortalezas romanas en territorio celta, y Clastidium estaba considerado como un blanco extremadamente importante también por los informadores galos que acompañaban al ejército cartaginés.

Aníbal sabía que Magón estaba en lo cierto al observar que Clastidium podía contar con una barrera defensiva eficiente y que ésta podría mantenerlos bloqueados durante mucho tiempo, con el riesgo de dejarse sorprender por la llegada de las legiones romanas.

Así, algunos días antes de alcanzar la avanzadilla, envió a sus embajadores a ofrecer grandes riquezas a Dasio, el comandante de la guarnición, consciente de que era fácil corromper a aquellos hombres codiciosos e indignos. Mandó que llevaran a Clastidium dos cajas llenas de oro, joyas y armas finamente taraceadas que pertenecían a su botín personal de guerra, y no dudó ni un instante de que servirían para hacer abrir de par en par las puertas de la avanzadilla.

Cuando Magón se dio cuenta de que no encontrarían resistencia, Aníbal se resolvió a explicarle sus maniobras diplomáticas, divirtiéndose en observar las reacciones de su hermano.

—Como de costumbre, me apartas de cualquier decisión —se quejó Magón, picado, pero Aníbal le dio una fuerte palmada en el hombro y rió a gusto.

—Preocúpate de nuestros hombres —respondió—. Y de disponer un cordón de vigilancia que nos garantice tener tiempo suficiente para reaccionar con orden en el caso de un ataque sorpresa de los romanos.

Ahora Magón se sentaba a disgusto en uno de aquellos absurdos camastros que los romanos llamaban triclinios, picoteando de una gran bandeja de carne a la brasa y tragando un vino negro y pastoso importado de algún oscuro dominio de la Urbe. Ignoraba ostentosamente al traidor Dasio, y le ponía morros a él también, aunque Aníbal sabía perfectamente que si lo hubiera implicado en aquellas maniobras de corrupción Magón habría tenido, de todos modos, de qué lamentarse.

Himilce, recostada a su lado en el triclinio, con una desenvoltura envidiable, conversaba amablemente con una gorda y descarada matrona romana que no parecía espantada en lo más mínimo por su presencia. Dasio no la había presentado como su esposa, sino sólo como una importante ciudadana de Roma que se encontraba allí por negocios, y para Aníbal esto era suficiente para no tenerla en nada. A él sólo le interesaba vaciar los almacenes del *castellum* y entregar luego la avanzadilla a los aliados galos que habían contribuido a su caída. No quería saber qué sucedería con Dasio y su matrona romana.

Aníbal bebió con gusto otro sorbo de vino y a continuación se volvió hacia su esposa. Himilce lo estaba mirando de reojo, como si tratase de descifrar sus pensamientos, y Aníbal le sonrió. Desde el punto en que se encontraba conseguía ver el interior del amplio escote de su esposa, y la promesa que aquel pecho generoso le transmitía era más interesante que nunca, ahora que tenía el estómago lleno y sabía que sus hombres estaban celebrando banquetes por todo Clastidium.

—Creo que ahora nos retiraremos —dijo con una afectación que hizo sonreír a Himilce. Tendió la mano a su esposa y la ayudó a levantarse.

Antes de salir de la sala hizo señas a Dasio de que no se levantara y disfrutase del vino y los extraordinarios manjares que había mandado cocinar para ellos.

Luego lanzó una ojeada a Magón, dándole a entender que podía divertirse

como quisiera, y se escabulló hacia las habitaciones que el comandante de Clastidium había puesto a su disposición.

—Estos romanos se dan una buena vida —rió Himilce al entrar en la amplia sala construida en madera y con paredes de ladrillos.

—Por poco tiempo —respondió Aníbal cerrando la puerta a sus espaldas y comenzando a desvestirse.

—Entonces disfrutemos del lujo mientras podamos —concluyó Himilce, quitándose el vestido con un único y rápido movimiento.

Durante aquella noche, por lo menos, Aníbal podría olvidar las dificultades de la guerra. Y concentrarse en placeres que sólo su esposa sabía regalarle.

VIII

Publio no conseguía dormir. Entre las mantas de su cama yacían dos muchachas: una etrusca morena, de ojos ligeramente rasgados, el pecho duro y las uñas largas como garras, que lo habían hecho estremecer cuando se las había pasado por todas partes; y una rubia y escultural gala del norte, a la que había localizado entre las muchachas que vagaban por los campamentos desordenados de las tropas auxiliares, dispensando placeres a aquellos hombres toscos y brutales que tenían la costumbre de lavar la sangre de las espadas con su orina. Cuando envió a Versilio a pedirle a la muchacha que estuviera lista para pasar la noche con el hijo del cónsul, ya había descubierto también a la joven etrusca de ojos inquietantes, y la sangre le bullía en las venas ante la idea de yacer con ambas. Eran como el agua fría y la caliente, la luz y la oscuridad, la languidez y la pasión. Y sus expectativas se revelaron correctas, hasta el punto de que durante algunas horas se sintió sumergido en un líquido viscoso y tumultuoso, en el que las muchachas lo arrastraron sin ningún pudor, intercambiándose miradas de complicidad y de interés que conseguían despertar en su interior energías que creía no poseer.

Sin embargo, cuando a mitad de la noche se abandonaron los tres entre las mantas, exhaustos pero satisfechos, Publio no pudo conciliar el sueño. Había un recuerdo malévolo que lo perturbaba, una imagen que siempre trataba de imponerse a su atención y que él conseguía expulsar de la mente: los ojos ardientes y feroces de Aníbal Barca.

¿Qué habría sucedido si los hombres de su escuadrón no hubieran intervenido? ¿Cuál habría sido su destino si de veras hubiese cruzado la espada con el gigante púnico?

Aquel pensamiento lo atormentaba día y noche, no lo dejaba respirar, y si de vez en cuando se complacía en imaginar que quizá, por un golpe de suerte o de temeridad, hubiera podido poner fin a aquella guerra matando al comandante en jefe del ejército cartaginés, la mayor parte de las veces se presentaba ante él con la fría determinación de la razón, y le obligaba a admitir que no habría podido salir vivo del enfrentamiento.

Estremeciéndose ante esos pensamientos, Publio se soltó del abrazo de las dos prostitutas, profundamente dormidas, y se levantó. Se calzó las sandalias, se

puso la túnica y decidió que el frío le serviría para aclararle las ideas, así que salió al aire libre sin echarse nada más sobre los hombros.

El aire punzante se le metió en las narices como si estuviera compuesto por minúsculas agujas heladas, pero una vez bajado a sus pulmones tuvo un fuerte efecto regenerador y contribuyó a borrar de su mente la mirada asesina de Aníbal.

—¿No puedes dormir?

La voz lo sobresaltó. Publio se dio la vuelta y vio a Versilio, sentado sobre una piedra apenas fuera de la tienda, envuelto en un pesado manto de piel.

—Yo, tampoco.

—¿Por qué? —le preguntó Publio, acercándose. Versilio le hizo un poco de sitio y él se sentó.

—¿Tal vez porque esas dos y tú armabais demasiado follón? —respondió Versilio con una media sonrisa.

Publio lo miró un instante y luego asintió con la cabeza, divertido.

—Tienes razón —dijo—. Debí haber sido más discreto.

Versilio permaneció un momento en silencio, soplándose aire caliente en las manos que había juntado a modo de cuenco. El siracusano no estaba acostumbrado a aquel clima riguroso y sufría particularmente el frío, aunque trataba de lamentarse lo menos posible.

—¿Qué es lo que te atormenta? —preguntó al fin, percibiendo quizá la inquietud que se agitaba en el rostro de Publio.

—Lo he mirado a los ojos —respondió—. Y ahora sé de qué sería capaz ese hombre.

—¿Quién? —preguntó Versilio, sorprendido.

—Aníbal Barca.

El silencio volvió a reinar sobre ellos, esta vez incluso más gélido que la noche que los dominaba.

—Quizá sea mejor que entremos —dijo después de un momento Versilio, levantándose—. Estoy temblando, y así corremos el riesgo de enfermarnos.

Publio asintió sin añadir nada. Empezaba a volverse cuando la tierra comenzó a temblar y un estruendo se extendió por el aire, con la furia de un trueno chocando contra la tierra durante un temporal.

—¿Qué ocurre? —aulló Versilio, espantado.

Publio miró a su alrededor, y de improviso vio emerger de la oscuridad a una manada de criaturas endemoniadas, con las narices dilatadas y los ojos fulgurantes de odio. Se echó de lado, arrastrando consigo a Versilio, mientras los caballos lanzados al galope pasaban a toda velocidad, incitados por sus jinetes y con los cascos que resquebrajaban el terreno.

Mientras rodaba por el suelo, Publio trató de entender quiénes eran aquellos locos, y al cruzarse con los ojos inyectados de sangre de un auxiliar galo, que se adelantaba sobre el caballo para arrojarle la jabalina, refunfuñó de ira y saltó hacia un lado, evitando por un pelo el *pilum* destinado a matarlo.

—¡Traidores! —gritó Publio después de que los galos hubieran desaparecido en las tinieblas. Se dirigió a Versilio y tiró de él para que se pusiera de pie—. ¡Pronto! ¡Corre a buscar un *cornicen*! ¡Tienes que dar la alarma!

—¿Y tú qué harás? —le preguntó Versilio, asustado, apretándose en el manto como si pudiera protegerlo de aquellas furias que habían aparecido de la noche para matarlos.

—Yo despertaré a los míos —respondió Publio—, Debemos dar caza a esos traidores.

—¡No, espera! —lo detuvo el siracusano, aferrándolo por un brazo—. Antes tratemos de ver qué ha sucedido.

Publio lo miró, enfadado, pero comprendió que Versilio tenía razón y trató de calmarse, inspirando una larga bocanada de aire gélido. En torno a ellos muchos otros se estaban moviendo, sosteniendo antorchas para iluminar el campamento: el estrépito de los caballos lanzados al galope debía de haber sembrado el pánico, y ahora ya no había necesidad de que los *cornicines* dieran la alarma.

—Ve a buscarme el manto y la espada —ordenó Publio mientras miraba a su

alrededor, trastornado—. Tengo un mal presentimiento.

* * *

Los gritos comenzaron a elevarse cada vez más fuertes y numerosos, y un estremecimiento de miedo recorrió la espina dorsal de Publio. Avanzaba empuñando la espada, con Versilio detrás de él, ambos listos para reaccionar ante un eventual ataque de otros galos de ojos endemoniados. Pero al llegar a la parte oriental del campamento, donde habían montado los vivaques las formaciones aliadas, se dio cuenta de que la devastación ya se había producido. Las filas ordenadas de tiendas, dispuestas de modo que hubiera amplios espacios de maniobra para las tropas y los caballos, habían sido despedazadas, y los cuerpos de sus ocupantes estaban tirados por doquier, cubiertos de sangre e inmóviles en posturas que sólo podían pertenecer a cadáveres. Publio y Versilio miraron en torno desconcertados, mientras el olor de la sangre los agredía con tanta fuerza que los hacía tambalear.

Nadie parecía haberse salvado, entre los auxiliares aliados que componían el grueso de la infantería de las legiones: sarsinatos, cenomanos, sarnnitas, apulios, messapos, marsos, marrucinos, frentanos y vestinos. Centenares y centenares de hombres degollados durante el sueño, a los que se les había quitado la vida sin concederles la dignidad de combatir, y que luego habían sido arrollados por los cascos de los caballos, lanzados sobre los restos de los legionarios en un acto de afrenta final.

—Han sido los galos —murmuró Publio mientras vagaba con otros soldados tan conmocionados como él entre los restos de aquella terrible masacre. En efecto, entre los cuerpos de los caídos no había rastro de los gigantescos aliados celtas de los que Publio siempre había desconfiado, desde que se cruzó por primera vez con sus miradas hostiles.

—Pero ¿por qué nos han traicionado? —preguntó Versilio sin comprender. Se estremecía con tanta fuerza en su manto de piel que parecía como si quisiera transformarse en una estatua de hielo. Pero no era sólo por el frío por lo que temblaba el siracusano: el horror que los rodeaba debía de haberse adueñado de él con la misma oleada de disgusto que Publio advertía dentro de sí.

No respondió a la pregunta de Versilio, porque sabía que sería inútil buscar una razón lógica en las acciones de aquellos bárbaros, tan arrogantes y feroces por carácter, como volubles y retorcidos en las decisiones que regulaban su cruenta

vida. Evidentemente, después de la derrota de las legiones contra Aníbal y como consecuencia de las revueltas de los boyos e insubres que hacían cada vez más difícil la situación en aquellos territorios, los galos habían decidido liberarse de los vínculos de alianza con Roma para convertirse en sus enemigos.

—Llegará el día en que nos desharemos para siempre de esos salvajes traidores —chilló Publio apretando la espada con tanta fuerza que se le emblanquecieron los nudillos.

—¡Pronto, venid a ver esto! —gritó una voz a su derecha, y Publio se puso en movimiento. Alcanzó al hombre que los había llamado, y vio que era Sannio Castro, el centurión *primipilus*, comandante del primer manípulo de la legión, el de grado más alto entre sus iguales. La expresión que tenía en el rostro estaba congelada por la ira y el disgusto.

Publio miró a su alrededor y comprendió al instante qué turbaba al centurión. En aquel lugar estaban amontonados decenas de cuerpos, todos de legionarios romanos, a los que se les había cortado brutalmente la cabeza. En lo que quedaba de cuello se percibían claramente los golpes de espada que habían asestado con desprecio, y el terreno era un lodazal de fango y sangre que se estaba helando lentamente.

En ninguna parte, en los alrededores, había rastro de la cabeza de aquellos hombres.

—¿Por qué los han decapitado? —preguntó un decurión que también había acudido a la llamada—. ¿Y dónde han llevado las cabezas?

Publio apretó las mandíbulas. Creía saber adonde se habían dirigido los galos, y por qué habían llevado con ellos las cabezas de los legionarios. ¿Qué mejor carta de presentación para demostrar a Aníbal su intención de ponerse a su lado? Exhibiendo las cabezas de los legionarios como macabros trofeos, los galos estaban seguros de que los cartagineses creerían en su traición, y no vacilarían en acogerlos en sus filas, para engrosar un ejército que se alimentaba día tras día con tropas frescas provenientes de las tumultuosas tribus locales.

—Debemos informar al cónsul —chilló Sannio Castro escupiendo en el suelo—. ¡Quiero perseguir a esos bastardos y degollarlos con mis propias manos!

—Sería una locura —replicó Publio mirándolo directamente a los ojos—. Más bien tratemos de comprobar qué otros daños han provocado.

El centurión dudó un instante, pero al final comprendió qué era lo que pretendía sugerirle Publio y se volvió de golpe hacia los demás legionarios que habían acudido.

—¡Controlad el estado de las puertas! —aulló—. ¡Reforzad la guarnición en las explanadas y en las torres de vigilancia! ¡Animo!

Los hombres se pusieron manos a la obra, aparentemente aliviados de poder reaccionar con la acción al horror que los rodeaba. Sannio Castro detuvo a un centurión *inferior* y le pidió que organizara una escuadra para recuperar los cuerpos y contar los muertos.

—Debemos saber a cuántos de los nuestros han matado —murmuró después de que incluso el centurión se hubiera marchado.

Publio asintió.

—Cuando tengamos un cuadro más claro de la situación iré yo mismo a informar a mi padre.

Aquél era el primer consejo de guerra en que participaba, y aunque las circunstancias que habían llevado a su convocatoria eran horripilantes, Publio no pudo menos que sentirse eufórico por el honor que se le concedía.

Extrañamente, su padre había decidido convocar a los jefes de las legiones consulares no en su alojamiento, sino en una amplia tienda dispuesta en el foro del *castrum*, el punto central en que se cruzaban las dos calles principales de Placentia. Toda la ciudadela fortificada estaba edificada siguiendo el más clásico de los esquemas arquitectónicos previstos para las avanzadillas coloniales romanas: una pequeña ciudadela con dos calles principales que dividían el *castrum* en cuatro rectángulos y que permitían una salida al exterior gracias a cuatro puertas fortificadas, situadas en los cuatro puntos cardinales. Las empalizadas de madera del recinto estaban construidas de modo que tuviesen un camino de ronda que permitiera alcanzar todas las puertas de acceso a la ciudad y las pequeñas torretas de observación que se elevaban en las esquinas del *castrum*.

Además de algunos edificios de madera, para los alojamientos de los personajes importantes que estuvieran de paso por la ciudadela, y el palacete del comandante de la guarnición local, estaban los almacenes, siempre llenos de provisiones de víveres, los establos para los caballos, los huertos y unas amplias explanadas de tierra batida en las que las legiones en tránsito podían instalar las

tiendas de sus hombres.

Placentia era una de las mayores avanzadillas coloniales de la Galia Cisalpina, pero tenía la desventaja de encontrarse en medio de un torbellino de alborotadas tribus celtas que no cesaban de causar problemas y de rebelarse a cualquier acto de sumisión por parte de Roma. Las batallas cotidianas de los colonos que habían enviado a cultivar el agro público debían sostenerse con el envío continuo de soldados, y estaba claro que las cúpulas militares del ejército consular estimaban poco seguro permanecer atrincheradas allí dentro, a la espera de la llegada de las tropas de Sempronio Longo.

Mientras miraba a su alrededor, nervioso, pero también excitado, Publio no pudo menos que darse cuenta de que todos los presentes se comportaban como si estuvieran a gusto en aquella reunión, tratándose mutuamente con respeto pero también con dignidad, independientemente de su rango.

Aparte del cónsul, que a causa de la herida se había visto obligado a participar en el consejo sentado en un pequeño trono de madera cubierto con cojines, ataviado sólo con una túnica bordada en rojo, los demás, que daban vueltas por la tienda, permaneciendo de pie, llevaban las lorigas de cuero reforzadas con placas de hierro y ostentaban con orgullo las *phalerae*, los discos de metal que indicaban las empresas en que habían participado y por las que habían merecido honores.

El era el único que no ostentaba, sobre su coraza familiar, más que las marcas de los mandobles que los Escipiones habían recibido en el pecho durante más de cincuenta años de batallas.

—Podemos comenzar —dijo su padre con voz firme, obligando a todos a detenerse y a silenciar el animado murmullo que llenaba la tienda.

Publio miró en torno y estudió con emoción los rostros de los presentes. Además del cónsul, estaban Cayo Atilio, los doce tribunos militares al servicio del ejército consular, dos prefectos que se ocupaban del campamento y de las comunicaciones, y Sannio Castro, el centurión *primipilus*, así como su colega de la otra legión, del que no conocía el nombre.

—Publio, adelántate y explícanos qué ha ocurrido. Quiero un cuadro completo de la situación.

Ante las palabras de su padre, Publio hinchó el pecho y enderezó la espalda,

consciente de que todos los ojos apuntaban a él.

—Dos formaciones de auxiliares galos han desertado —dijo, yendo de inmediato al grano. Sabía que su padre no soportaba los preámbulos, y aunque nunca había participado en un consejo de guerra, imaginaba que en situaciones como aquéllas prefería el máximo pragmatismo—. En total son unos dos mil soldados de infantería y doscientos jinetes. Se han movido esta noche, aprovechando las tinieblas. Mientras una de sus escuadras ha masacrado la guarnición de la puerta oeste, abriendo de par en par las puertas para darse a la fuga, los otros han agredido a los legionarios de las tiendas cercanas y los han matado mientras dormían. Una veintena de messapos han sido rudamente decapitados. Sus cabezas han desaparecido, lo cual nos permite creer que se las han llevado consigo como trofeo.

—¿Un trofeo para exhibir a quién? —preguntó Cayo Atilio apretando los dientes.

—Presumo que los desertores se han sumado a las fuerzas de Aníbal —respondió Publio—. En total han matado a más de trescientos de los nuestros, casi todos aliados itálicos.

El murmullo hizo vibrar de nuevo las paredes de la tienda, hasta que el cónsul levantó el brazo sano, aunque con una evidente mueca de dolor en el rostro.

—Sabíamos que los galos no eran fiables —afirmó—. Pero ahora tenemos que prestar mucha atención. No toleraré otra carnicería como ésta.

—No volverá a ocurrir —intervino, decidido, Sannio Castro—. Sólo queda un manípulo galo incorporado a las legiones. Son añares, y siempre se han demostrado fieles aliados de Roma.

—De todos modos, tengámoslos vigilados —gruñó uno de los tribunos militares, que, por las placas que tenía en su coraza, Publio reconoció como el *laticlavius*, de rango senatorio—. Y si es necesario desembaracémonos de ellos, en vez de arriesgarnos a tener otras serpientes en la túnica.

Casi todos asintieron, salvo Sannio Castro, que negó con la cabeza con vigor.

—Deberíamos ir a hablar con su comandante —propuso, dirigiéndose directamente al cónsul—. En esta región son los únicos que pueden garantizarnos un paso seguro hacia el Trebia.

—¿Y por qué deberíamos desplazarnos hasta allá arriba? —preguntó Cayo Atilio—, Nos quedaremos aquí hasta que lleguen los refuerzos de Sempronio Longo. No veo alternativas.

—Podría ser un error —rebató Sannio Castro, que evidentemente no se sentía intimidado por los personajes relevantes que lo rodeaban.

—¿Qué quieres decir? —intervino el cónsul, antes de que Cayo Atilio pudiera rebatir, enfurecido.

—Este sitio está comprometido —se explicó Sannio Castro—. Los galos han actuado con demasiada seguridad, y tengo la impresión de que tienen cómplices en la guarnición de Placentia.

—¡Entonces, encuéntralos! —refunfuñó Cayo Atilio, indignado, mientras todos empezaban a hablar y a discutir a la vez, creando una gran confusión.

—¡Basta! —gritó el cónsul, quien inmediatamente se puso rígido esbozando una mueca de dolor. Se dobló sobre sí mismo, y Publio corrió a sostenerlo.

—Padre, ¿qué sucede?, ¿te encuentras bien? —le preguntó, aprensivo.

El cónsul asintió y luego volvió a mirar a los presentes en la tienda.

—Sannio Castro tiene razón —dijo con un hilo de voz. Saltaba a la vista que estaba cansado y que quería concluir el consejo lo antes posible—. Por tanto, nos moveremos mañana mismo, para alcanzar una zona en el territorio de la tribu de los añares que nos permita atrincherarnos en una posición defensiva. Allí esperaremos la llegada de las otras legiones.

Calló, pero antes de que alguien pudiera tomar la palabra miró a Publio, y añadió:

—Te confío el cometido de encontrar el mejor terreno donde nuestros hombres puedan acampar. Informa directamente a Sannio Castro.

Publio aceptó con un gesto de la cabeza, lanzó una ojeada al centurión y a los demás presentes y a continuación salió de la tienda a paso de marcha.

Tenía un cometido importante que cumplir, y no defraudaría las expectativas de su padre.

IX

—¡Hay que atacar ahora! —gritó Maharbal. Cuando el comandante núnida castañeteaba los dientes de aquel modo, haciendo que resplandecieran sobre el fondo de la piel oscura, infundía temor en cualquiera que tuviese la osadía de enfrentarse a él. Sus palabras arrancaron gruñidos y alaridos de consenso por parte de otros muchos comandantes cartagineses, que estaban todos reunidos en torno al gran fuego encendido en el centro del campamento.

—El momento es favorable —lo apoyó Rustió, un hombre achaparrado, pero con enormes brazos, que estaba allí en representación de los honderos de las Baleares, una compañía que, al contrario de las demás unidades cartaginesas, estaba al mando de una especie de consejo de los soldados más ancianos, quienes tomaban las decisiones por todo el grupo—. Los galos están de nuestra parte y lo que queda del ejército romano lo podremos desbaratar con facilidad, aunque se hayan atrincherado en esa avanzadilla.

—¿Qué me dices al respecto, Paribio? —preguntó Magón, dirigiéndose al comandante de los exploradores.

Paribio, un hombre alto y delgado, cuya descendencia provenía en parte de la estirpe cartaginesa y en parte de la núnida, se adelantó y con una varita trazó en la tierra un dibujo sumario de la fortaleza romana.

—Las paredes son más altas que dos hombres —dijo—, y en el exterior un foso rodea todo el perímetro. Hay torres de guardia aquí, aquí y aquí.

La varita corría con habilidad mientras Paribio hablaba, mostrando con seguridad la ubicación de las defensas romanas.

—Como siempre, en estas fortificaciones, los romanos han dispuesto cuatro entradas, una por lado. No hay construcciones de piedra visibles.

—¡Entonces avancemos enseguida, vigilemos la zona y rodeemos la avanzadilla! —soltó Magón, impetuoso—. Cuando les hayamos bloqueado cualquier vía de escape, podremos construir unas máquinas de guerra capaces de arrasar esas ridículas empalizadas.

Mostró a todos la mano abierta y la cerró con fuerza.

—Llegados a ese punto, los tendremos en un puño.

El coro de asentimiento que se alzó vibraba de la excitación típica de los soldados que olfatean una presa fácil de derrotar. Pero había un problema y, en efecto, todos se volvieron hacia el lugar en que Aníbal estaba sentado, pensativo, sobre una gran piedra. El comandante cartaginés aún no había hablado y todos sabían que la suya sería la última palabra.

—¿Qué dices, hermano? —lo interpeló Magón.

En vez de responder, Aníbal volvió la mirada hacia el único hombre, además de él, que estaba sentado delante del fuego, ocupado en arrancar a mordiscos unos jirones de carne de caballo de un gran hueso que había dorado sobre las llamas. El gallo se llamaba Varix, y era un hombre de una corpulencia impresionante, muy parecido a un oso, también a causa de la piel que llevaba. Plantada en el suelo junto a él había una larga pica romana en cuya punta estaba clavada una cabeza. Cuando los galos habían llegado a su campamento, exhibiendo con muecas siniestras aquellos macabros trofeos, Aníbal había entendido que no sería fácil amansar a aquellos guerreros indómitos y facinerosos, aunque se daba cuenta de que tenía una absoluta necesidad de su ayuda para hacer verdaderamente imbatible a su ejército.

Los galos eran combatientes formidables, desdeñaban el peligro y no tenían miedo, y sobre todo conocían los lugares en que los cartagineses se estaban adentrando: podrían resultar muy valiosos para localizar los campos de batalla más indicados para afrontar a los romanos y evitar trampas y emboscadas.

Además, era importante que aquellos hombres enormes y con el pelo pegado por la cal no estuvieran alineados con los romanos, que no apoyasen a aquellos hijos de perra que preferían llevar al matadero a sus aliados, en vez de hacer avanzar las legiones.

Así que los había acogido como amigos, les había ofrecido vino, comida y a todas las prostitutas que estaban en el séquito del ejército, y había pedido que su jefe participara en aquel consejo de guerra ampliado a todos los comandantes de las unidades cartaginesas.

Sin embargo, ahora que lo miraba mientras arrancaba a mordiscos unos enormes bocados de carne y los tragaba casi sin masticar, Aníbal se dio cuenta de

que debería tener mucho cuidado con aquellos bárbaros y fiarse lo menos posible de ellos, aun procurando sacar provecho de su fuerza y su ímpetu en la batalla.

—¿Tú qué dices, Varix? —le preguntó—. ¿Cuál es la situación en la avanzadilla romana?

El galo volvió la mirada hacia Aníbal, arrancó otro trozo de carne, lo engulló entero, y a continuación lanzó directamente en el fuego lo que quedaba del enorme muslo de caballo que estaba devorando y exhibió una sonrisa constelada de dientes negros.

—La fortaleza es sólida —dijo, demostrando por sorpresa que tenía un cierto dominio de su lengua—. Pero no será necesario construir máquinas de guerra.

—¿Por qué no? —le preguntó Magón, que quizá desconfiaba del galo más que el mismo Aníbal.

—Porque algunos de los míos siguen allí dentro —respondió Varix, satisfecho. Se limpió la barba untada con el dorso de la mano, luego se puso de pie, irguiéndose en toda su estatura. Aquel hombre era un verdadero gigante, y Aníbal se dio cuenta de que en el campo de batalla debía de ser un guerrero formidable—. En todo caso —continuó Varix—, no han quedado muchos. Vosotros los diezmateis en la batalla, y nosotros matamos a muchos otros durante el sueño. No será difícil dominarlos, después de que alguno de los míos haya abierto las puertas de la fortaleza.

Un murmullo de sorpresa, pero también de satisfacción, se difundió en torno al gran fuego que ardía como durante un rito propiciatorio. Aníbal recorrió con la mirada los rostros de sus comandantes. Parecían todos propensos a creer en el galo, y bramaban por poner otra vez en marcha el ejército y atacar la avanzadilla romana.

—Bien —dijo, levantándose a su vez—. Mañana prepararemos el ataque. Procuraremos cogerlos por sorpresa, contando con la ayuda de los hombres de Varix en la avanzadilla. No perderemos tiempo en construir máquinas de guerra.

Una verdadera ovación se elevó en torno a él, mientras los comandantes cartagineses levantaban las espadas y aclamaban su nombre.

—Llamad a Maruda y a sus sacerdotes —ordenó Aníbal—. Esta noche debemos hacer sacrificios a los dioses, para que la suerte nos sea propicia y estén dispuestos a acoger a aquellos de nosotros que den la vida por la victoria de

Cartago.

* * *

Las aguas del río bajaban impetuosas, cargadas de la energía proveniente de los hielos de las alturas, y aún no había sido posible encontrar un vado adecuado. Aníbal no quería arriesgarse a perder más elefantes. Aquellas bestias, que no perdían ocasión de ponerse en remojo, parecían tener terror de las aguas tumultuosas de los ríos. Durante la travesía del Ródano, algunos elefantes se habían espantado hasta el punto de llegar a arrojarse al agua, matándose entre las olas con tal de no permanecer en las balsas tambaleantes.

Vilualta había ideado un sistema para hacer más seguras las travesías de los ríos: cubrir las balsas de tierra y hierba, de modo que los elefantes tuvieran la impresión de apoyar las patas sobre el terreno, y atar a su alrededor unos odres llenos de paja con el fin de estabilizarlas y aumentar su flotación. De este modo había sido más fácil transportar los elefantes de una ribera a otra, pero las maniobras, de todas formas, no dejaban de ser muy arriesgadas, y ahora que a Aníbal sólo le quedaba un puñado de aquellas bestias formidables, no quería perder más.

Los elefantes eran los que más padecían los esfuerzos de la larga marcha, la travesía de las montañas y el clima riguroso de aquellas regiones. Los pocos que habían sobrevivido recibían todos los cuidados posibles por parte de sus conductores, pero Vilualta ya había puesto a Aníbal en guardia sobre su destino.

—No resistirán demasiado, si no bajamos a zonas de clima más benigno. Si permanecemos aquí, probablemente ninguno conseguirá pasar el invierno.

—Haz lo que puedas —le había pedido Aníbal, confiando en la experiencia de Vilualta y en el amor que sentía por aquellas bestias. Pero no había sido suficiente, y los elefantes morían uno tras otro, antes de ser utilizados en la batalla.

Ahora que se encontraba frente a las aguas impetuosas del río, Aníbal decidió que no arriesgaría el último grupo de elefantes que le quedaba.

—Montemos el campamento de este lado del río —ordenó a sus asistentes, que se precipitaron a difundir las órdenes—. Esperaremos aquí el momento propicio para atacar a esos hijos de perra.

Bajó del caballo y se dirigió hacia el río, seguido por Magón y un par de

generales. También Varix los acompañaba, con el rostro pintado de blanco, azul y verde, como era habitual entre su gente cuando se iba a la batalla.

En realidad, Aníbal sabía que durante algunos días no habría combates, gracias a la barrera que les oponía aquel río. Llegado a la ribera, se agachó y recogió un poco de agua con la mano. Estaba gélida, como si fuera hielo que por alguna oscura magia no conseguía convertirse en sólido.

—¿Cómo habéis dicho que se llama este río? —preguntó escrutando hacia la ribera opuesta. No estaba demasiado lejos, pero las crestas de espuma y el fragor de las aguas que corrían impetuosas daban una idea precisa de lo peligroso que sería intentar atravesarlo a bordo de las balsas.

—Trebia —respondió Varix, inclinándose a su vez para recoger agua con las manos y bebiéndola con gusto—. Riega nuestras tierras y mantiene alejadas a las tribus hostiles del sur.

—Pero nos impide alcanzar a los romanos —gruñó Magón, dando una patada a algunos guijarros esmerilados por las aguas.

—Han sido astutos —comentó Maharbal, apretándose en la gran piel de oso que lo envolvía. Entre todos, era el que más sufría por el invierno ya a las puertas—. Sabían que estarían más seguros aquí que en aquella avanzadilla.

Aníbal se levantó, sopesó con la mano una gran piedra y luego la arrojó con fuerza hacia la otra ribera. Después de una estrecha parábola, la piedra cayó al agua, a cerca de un tercio del río.

—Confieso que estoy sorprendido —intervino Paribio—. Habría apostado que los romanos nunca iban a renunciar a permanecer encerrados en una de sus fortalezas.

—Sabían de los míos —afirmó Varix—. O, en cualquier caso, decidieron que sería absurdo correr el riesgo.

—Háblame de nuevo del terreno que han escogido —pidió Aníbal dirigiéndose a Paribio.

Este hizo un gesto con la cabeza.

—Lo habría elegido también yo para alinear a nuestras tropas, si hubiera

tenido la posibilidad. Es un terreno ondulado, con colinas que permiten colocar a los hombres en grupos de defensa y de refuerzo. No hay espacio suficiente para que la caballería pueda realizar las maniobras de flanqueo.

—Eso si se quedan quietos allí —objetó Magón—, a la espera de que nosotros los ataquemos.

—Es lo que harán —confirmó Varix, con una mueca de desprecio—. Conozco a los romanos, y sé que nunca se atreverían a atacar a un ejército como el nuestro, a menos que puedan contar con el doble de fuerzas.

—Yo no los subestimaría demasiado —lo contradijo Aníbal—. Los romanos ya han demostrado su valor y, sobre todo, su sagacidad táctica. Es ahí donde debemos hacerles frente, no tanto en el número o en la fuerza bruta.

El galo encogió sus enormes hombros y escupió en el suelo.

—Yo digo que los ataquemos. Antes de que lleguen las demás legiones. Los barreremos, aunque el terreno esté a su favor.

Nadie replicó, a la espera de que Aníbal dijera la última palabra.

—Somos demasiado pocos —dijo al fin, volviendo a su caballo—. Aprovechemos la situación para mandar emisarios a todas las tribus de la región. Deben unirse a nosotros para derrotar a Roma, o declararse abiertamente nuestros enemigos. No toleraré posiciones ambiguas.

—Mi gente te seguirá —afirmó Varix golpeándose con fuerza la mano en el pecho—. Nosotros somos los que más queremos desembarazarnos de Roma.

—Bien —asintió Aníbal—. Entonces ayúdanos a reclutar fuerzas frescas. Cuando los romanos ya no puedan contar con el apoyo de sus aliados y nosotros veamos engrosar las filas de nuestro ejército, significará que ha llegado el momento de movernos y combatir.

—Pero así dejaremos que las legiones tengan tiempo para reunirse —objetó Magón.

—Eso es lo que quiero, hermano —rebató Aníbal, tranquilo—. El ejército de Cartago contra el de Roma. Una única batalla que decida el destino de nuestros pueblos.

Antes de que nadie pudiera añadir nada, Aníbal saltó a la grupa de su caballo y se alejó para supervisar en persona, como era su costumbre, los trabajos de construcción del gran campamento cartaginés.

—Muy bien, muchacho.

Como siempre, su padre era lacónico y directo. No se extendía en inútiles preámbulos, tanto si hacía elogios como si tenía que manifestar su disconformidad. Una virtud que Publio estaba tratando de hacer suya, aunque se daba cuenta de que era demasiado fácil dejarse llevar por la retórica, sobre todo cuando estaba uno acostumbrado a estudiar a los grandes clásicos griegos y los autores latinos.

Por suerte, el cónsul Escipión era un ejemplo que tenía siempre delante de los ojos, y esto le daba la fuerza necesaria para obligarse a pensar y hablar procurando aprovechar al máximo el don de la síntesis. A] menos cuando tenía que vérselas con personajes de alcurnia o con situaciones que requerían velocidad de pensamiento o decisión para actuar.

—Gracias, padre —se limitó a responder, austero en el porte y en la expresión, además de las palabras. Ambos se encontraban en la tienda que hacía de alojamiento para el cónsul y de lugar de reunión para los consejos de guerra, y su padre yacía en un triclinio sosteniéndose el brazo herido con la otra mano. Llevaba encima una manta y una pesada piel de oso que habrían debido mantenerlo caliente, pero Publio lo veía temblar continuamente, como si la herida le hubiera sacado todo el ardor que le templaba la sangre. Aunque los médicos afirmaran que el cónsul estaba en vías de curación, Publio seguía viéndolo demasiado pálido y cansado como para estar tranquilo. Sabía que las heridas de guerra eran siempre muy insidiosas, más allá de la profundidad con que una hoja de espada se hundía en el cuerpo: cuando se inflamaban y comenzaban a corromper la carne, tan sólo los hombres de talante más fuerte conseguían resistir; y su padre no era ciertamente un guerrero acostumbrado a suturarse las heridas con sus propias manos, como el decurión que lo había asistido primero.

—Me dicen que el terreno es muy favorable y que los cartagineses tendrán dificultades para atacarnos —continuó el cónsul, conteniendo la enésima mueca de dolor. Parecía que hablar le costase un enorme esfuerzo, y Publio estaba tentado de marcharse para dejarlo descansar. Pero entendía que su padre lo había convocado para comunicarle algo importante, y no sólo para elogiarlo por el trabajo que había llevado a cabo.

— Esperemos que sea así — respondió—. El mérito, de todos modos, hay que dárselo a nuestros legionarios, no a mí. Ha sido gracias al orden y a la disciplina con que se han movido como hemos conseguido organizar esta maniobra y cerrar filas. Nuestros centuriones merecerían un elogio público.

— Lo haré cuanto antes — contestó el cónsul. Luego se volvió a mirarlo y exhibió una sonrisa—. Tú también mereces un elogio, hijo mío. Y algo más.

Publio frunció el ceño, observando a su padre, sin entender.

— Te haré conferir la corona cívica — continuó el cónsul, interpretando su expresión confusa—. Tienes derecho a ello, dado que has salvado la vida a un ciudadano romano y a tu cónsul.

— Sólo he actuado como cualquier hijo en esa situación — esgrimió Publio, que no sabía cómo interpretar las palabras de su padre. ¿Por qué decirle semejante cosa, si se encontraban tan lejos de Roma y de sus rituales de triunfo? ¿Con qué fin hablarle del otorgamiento de la corona cívica, si aquello en lo que habrían debido pensar era en el enfrentamiento inminente con Aníbal, del que no sabían si iban a salir con vida? A menos que... finalmente Publio comprendió la verdad y se puso tenso.

Entre tanto el cónsul que habría leído en su rostro el tumulto de emociones que lo alteraba, meneó despacio la cabeza.

— Tú debes regresar a Roma — le dijo, confirmando sus peores sospechas. Dispondré que Le sea concedida la corona cívica y pediré a Lucio Emilio Paulo que te haga de garante en mi ausencia. Para el día de mi regreso quiero que esté todo dispuesto para la boda con Emilia.

Hablar lo había cansado, y el cónsul cerró los ojos mientras respiraba con las narices dilatadas.

Publio permaneció durante algunos segundos aturdido, sin saber qué responder. Luego se sintió enardecido de ira y ya no consiguió contenerse.

— ¿Quieres enviarme lejos? — preguntó sin dar crédito a lo que estaba sucediendo—. ¿Precisamente ahora, en el momento más importante de mi vida? ¡Creía que te había demostrado mis dotes, creía que podía ser de ayuda para nuestra causa!

El cónsul abrió los ojos de golpe y lo miró con sorprendente dureza.

—No importa lo que pienses o lo que quieras demostrar —fue su respuesta—. Tú eres un Escipión, y debes pensar ante todo en nuestra familia. Debes regresar a Roma, casarte con Emilia y perpetuar la *gens* Cornelia. No hay nada más importante que esto.

—Pero ¿por qué yo? —preguntó Publio, exasperado—. ¿Por qué no piensas en Lucio? Mi hermano es más indicado que yo para seguir tus pasos.

—No digas tonterías —bufó el cónsul, conteniendo otra mueca de dolor—. Tu hermano no se inclina por la carrera militar, y esto significa que nunca podrá ser cónsul.

—Tampoco yo podré serlo, si no me permites que esté a tu lado y aprenda de ti cómo comportarme.

La réplica de Publio debió de surtir algún efecto, porque el padre estuvo a punto de añadir algo, pero luego desistió y adoptó una expresión ceñuda.

—¿Así que rechazarás la corona cívica? —le preguntó al fin.

—Mi recompensa ya la he tenido —respondió Publio, seguro—. He salvado a mi padre y al caudillo de nuestras legiones. Una acción que se recompensa por sí misma.

El cónsul lo miró durante algunos instantes, en silencio, luego exhibió una sonrisa.

—Tiene razón tu madre —dijo con un tono de voz más conciliador, que hizo resurgir la esperanza en Publio—, te pareces mucho a mí.

—Entonces déjame permanecer a tu lado —aprovechó de inmediato Publio, impetuoso—. No me mandes a Roma, deja que también yo pueda cumplir con mi papel en esta guerra crucial para nuestra gente.

—Sempronio Longo no te permitirá participar —afirmó su padre, dejándolo otra vez helado.

—¿Por qué? —consiguió preguntar Publio, conteniendo la respiración.

El cónsul hizo una mueca.

—Ya ves mi estado. No conseguiré restablecerme a tiempo para poder cabalgar a la cabeza de mis legiones, y esto le dará la oportunidad a Sempronio Longo, cuando llegue, de asumir el mando de ambos ejércitos consulares. Hará que las tropas lo aclamen *imperator* y acabará atribuyéndose todos los méritos y la gloria de la derrota de Aníbal.

—Yo no me apartaré —afirmó Publio, apretando los dientes.

—Tú deberás obedecer sus órdenes —rebatió su padre, tajante—. De otro modo, te mandará a Roma encadenado.

—¡Pero no puede hacerlo! —gritó Publio, escandalizado. No conseguía comprender el alcance de las palabras de su padre, porque aún ignoraba los retorcidos mecanismos políticos que hombres con poder como Tiberio Sempronio Longo manejaban con desenvoltura, aprovechándolos para sus fines.

—Si te opones a él, Sempronio Longo se enfrentará a ti —trató de explicarle su padre—. Por eso preferiría que partieras ahora para Roma. Una vez allí, recibirás la corona cívica, te casarás con Emilia y podrás actuar en defensa del honor de nuestra familia. En cambio, si te quedas aquí...

Hizo una pausa, para recuperar el aliento, pero también para dar mayor énfasis a sus palabras.

—Si te quedas deberás obedecer a Sempronio Longo y apartarte cuando él te lo pida.

Publio intentó pensar en una respuesta válida, pero en su mente sólo tenía una confusión terrible.

—Sempronio no conoce a Aníbal como lo conocemos nosotros —consiguió decir, al fin—. No ha combatido con él, ¡no lo ha mirado a los ojos!

—Por eso nos mantendrá lejos del campo de batalla —insistió el cónsul—. Sólo de ese modo, si consigue derrotar a los cartagineses, podrá atribuirse todo el mérito de la salvación de Roma y disfrutar de un triunfo de los que no se ven desde hace décadas.

Publio negó con la cabeza, incapaz de creer en aquella locura. Quiso rebatir

otra vez, pero vio que su padre se había dormido, probablemente exhausto después de aquella larga conversación.

Mordiéndose un labio trató de entender cuál debía ser la conclusión de aquella discusión, y comprendió que su padre le dejaba a él la decisión: volver a Roma y defender a distancia el honor y el respeto de la *gens* Cornelia, que se había visto obligada a dejar el mando de las legiones en manos de un solo hombre, o permanecer allí e intentar conseguir el respeto de Sempronio Longo, sin darle la impresión de querer ponerle trabas.

Después de respirar hondo y levantarse, Publio supo que había tomado ya su decisión. No abandonaría a su padre, no correría el riesgo de no verlo regresar nunca más a Roma. Y siempre que fuera posible, procuraría serle útil a Sempronio Longo, porque no las tenía todas consigo de que el otro cónsul tuviera una idea clara sobre lo que le esperaba.

* * *

Mientras miraba las formaciones perfectamente alineadas de los legionarios en marcha, con los *signiferi* que sostenían en alto los estandartes y las enseñas de los manípulos romanos y aliados, la caballería que avanzaba por las alas y en la retaguardia, y el sol que se reflejaba en las lorigas y los escudos de los más de veinte mil hombres al mando de Tiberio Sempronio Longo, Publio no pudo menos que sentirse animado, y pensar que el momento del ajuste de cuentas con Aníbal había llegado.

Los *cornicines* de ambas legiones consulares tocaban ininterrumpidamente, y los sonidos quejosos que salían de sus cuernos eran un coro de fiesta y de exaltación por la gloria de Roma, que en aquel lugar veía reunidas a sus mejores fuerzas armadas para dar vida a un ejército que expulsaría a los cartagineses más allá de los Alpes, en el limbo de una derrota que palpitaba en el aire junto con el orgullo de aquellos legionarios, habituados a combatir por Roma y con Roma hasta la muerte.

Mientras avanzaban, las legiones estaban alineadas en manípulos, compuestos cada uno por dos centurias, con los centuriones y sus asistentes a los lados, los optios, y los portaestandartes. Era impresionante observar cómo aquellos legionarios podían moverse con una armonía perfecta, haciendo avanzar los manípulos y las centurias como falanges compactas de hombres que parecían atados entre sí. También los pasillos entre los manípulos eran todos del mismo tamaño, y Publio se dio cuenta de que ver moverse a un ejército de aquel modo

debía provocar sensaciones contradictorias en cualquier enemigo: por una parte, la admiración por la coordinación y el nivel de adiestramiento demostrados, y por otra, el temor de ver avanzar aquellas filas compactas de hombres para un ataque ordenado y mortal.

—No te dejes impresionar —comentó Marco Aurelio, montado a caballo a su lado, junto con los hombres de su escuadrón—. En realidad, entre las filas de Sempronio Longo hay muy pocos veteranos. Por eso fuimos nosotros los que nos enfrentamos primero con Aníbal.

Publio lanzó una ojeada a su ayudante, y no supo qué responder. El cónsul Escipión había ordenado que los tribunos militares y los centuriones alineasen a sus hombres en un doble pasillo triunfal para la llegada de Sempronio Longo, aunque esto dejaba demasiado en evidencia hasta qué punto se habían reducido las filas de las que se podían disponer después de los primeros enfrentamientos con Aníbal.

Publio buscó con la mirada al otro cónsul, amigo y rival de su padre, pero no consiguió verlo claramente, debido a los lictores que lo rodeaban manteniendo levantadas las insignias de más de cincuenta manípulos que componían las dos legiones que estaban llegando.

Cuando finalmente hasta las últimas unidades de avituallamiento entraron en el valle y se dispusieron en los puntos a los que los prefectos las habían dirigido, comenzaron de inmediato los trabajos para erigir las tiendas de los recién llegados, y los centuriones, los optios y los decuriones se encontraron discutiendo sobre las necesidades organizativas para colocar de la mejor forma posible a sus hombres.

—Vamos —dijo Publio, desviando su caballo, impaciente por ir a la tienda de su padre, adonde probablemente, en aquel momento, se estaba dirigiendo también Sempronio Longo—. Habrá un consejo de guerra, y no quiero perdermelo.

—Ve tú —afirmó Marco Aurelio—. Yo miraré si entre los recién llegados hay alguien conocido. Quizá pueda obtener ese tipo de información que, de costumbre, no aflora en los consejos de guerra.

Publio lo miró sorprendido, luego sonrió y se alejó asintiendo con la cabeza. Sabía que Marco Aurelio tenía razón. No obstante, él no se perdería el encuentro entre su padre y Sempronio Longo por nada del mundo.

* * *

—Bienvenido, Tiberio. Perdona que no me levante, pero la herida aún me atormenta.

Tiberio Sempronio Longo sonrió, como un lobo que vislumbra a la más suculenta de las presas.

—Estate cómodo, querido —respondió extendiendo los brazos, para dar a entender que ahora todo estaba bajo control y Cornelio Escipión ya no tendría que preocuparse por nada.

Publio ya había tenido ocasión de conocer a Sempronio Longo, pero una vez más se quedó fascinado por su figura esbelta y longilínea, que se erguía como un *pilum* provisto de brazos y piernas, sobre cuya punta la cabeza parcialmente calva y un rostro afilado oscilaban a merced de una energía interior inagotable. De los ojos redondos del cónsul provenía una languidez apasionada, que podía tomarse por ardor, pero que Publio, después de haber escuchado las palabras de su padre, reconoció como aquello que era de verdad: codicia, avidez y deseo de estar por encima de todos y delante de todos, a pesar de las férreas reglas impuestas por el Senado.

Probablemente, Sempronio Longo había recibido con un sollozo de excitación la noticia de que su colega estaba herido, y por eso había conseguido alcanzarlo con un par de días de antelación, imponiendo a sus legiones un avance a marchas forzadas que, a pesar de la parada centelleante a la que habían asistido, las había agotado más de lo necesario. El cónsul no quería perder ni un instante, y hacerse con el ejército reunido de Roma lo antes posible.

—Por suerte has llegado —suspiró Cornelio Escipión, relajándose en su camastro—. La situación es más grave de lo que imaginas.

Publio observó sorprendido a su padre: ¿por qué tanta condescendencia hacia aquel hombre, si él mismo lo había puesto en guardia sobre lo que podían esperar de Sempronio Longo? Luego miró mejor, y se percató de la ojeada de través que su padre le lanzaba, y comprendió el mensaje que le estaba mandando: debía tener paciencia, y moverse con cautela, porque en aquel momento Sempronio Longo tenía la sartén por el mango, y por el bien de Roma nadie debía salir malparado. Salvo los cartagineses, naturalmente.

—Me informarás cuando podamos estar un momento a solas —zanjó el asunto Sempronio Longo, volviéndose hacia los demás que estaban presentes en la

tienda: además de Publio, estaban los tribunos militares de todas las legiones consulares, los centuriones *primipili*, los prefectos e incluso dos *littori* con las enseñas de Tiberio Sempronio Longo—, A todos vosotros os pido que predispongáis de inmediato al ejército para que forme una única y formidable máquina de guerra, que será mi deber y mi honor conducir en la batalla victoriosa contra los púnicos. Idos y procurad que los legionarios y los aliados estén a bien entre ellos, evitando las habituales escaramuzas entre camaradas.

Otro gesto indolente de la mano convenció a todos para que inclinasen la cabeza en señal de obediencia y se encaminaran hacia la salida, para ocuparse cada uno de sus asuntos. Publio dudó un instante, echó un vistazo a su padre sin recibir indicaciones, así que él también salió.

Ya se había dado cuenta de que la situación era más difícil de lo que había imaginado. Tiberio no tenía ni la más remota idea del enemigo al que iba a enfrentarse y, deslumbrado por el poder que recogía a manos llenas, podría cometer errores clamorosos.

Era su deber convencerlo de que tomara buena nota de la realidad, en la esperanza de que también su padre, ahora que estaba solo con Sempronio Longo, consiguiera que éste le hiciese caso.

* * *

Versilio intentó permanecer en silencio, enfurruñado, con los brazos cruzados sobre el pecho como un niño ofendido, pero luego no pudo más y soltó:

—¡Te creía distinto! En cambio, eres como todos los demás, un engreído patricio que trata a sus esclavos como... como...

—¿Como qué? —bufó Publio, en realidad divertido con la reacción infantil de Versilio.

—¡Como a asnos, a mulos de carga! —concluyó éste enfervorizado—. Es lo que somos para ti. Y sobre todo es lo que soy yo, a pesar de todo el tiempo que hemos pasado juntos.

—Tan sólo te he pedido que me ayudes con la loriga —rebató Publio. Tiene mucho polvo y quisiera quedar bien con Sempronio Longo.

—¡Claro, la loriga! —gritó Versilio, furibundo—. Y además el caballo que

cepillar, la espada que afilar y el escudo que cubrir con esas magníficas pieles que *yo* he tenido que curtir. Por no hablar de la porquería que tú y tus putitas dejáis cada mañana, cuando os levantáis. ¿Quién crees que tiene que ordenarlo todo?

Publio lanzó una ojeada sorprendida al siracusano, luego ya no pudo aguantarse más y se echó a reír.

—Así que es eso lo que te fastidia —afirmó, mientras Versilio se ponía de mil colores—. ¿No soportas que me divierta con algunas mujeres, verdad? Me parece que te has pasado con la doctrina griega.

Versilio abrió la boca para rebatir, pero en aquel momento hubo un gran trasiego más allá de la cortina de ingreso y un hombre entró en la tienda sin ni siquiera anunciarse. Miró a su alrededor, y cuando localizó a Publio se golpeó el antebrazo contra los anillos de hierro de la loriga.

—Publio Cornelio Escipión —empezó, con voz poderosa—, el cónsul Sempronio Longo desea hablarte. Ahora.

Después de un instante de sorpresa, Publio comprendió que sería inútil pedir explicaciones a aquel hombre, así que se levantó, aferró la coraza que Versilio se había negado a lustrar y se la puso, mientras el siracusano, ofuscado, lo ayudaba a apretar las correas de cuero.

Cuando estuvo listo hizo una señal al mensajero del cónsul y lo siguió afuera.

—Por favor —murmuró Versilio, con voz bastante alta como para que pudiera oírlo—, recuerda quién eres. Siempre.

Al entrar en la tienda de Tiberio Sempronio Longo, Publio se quedó un momento sorprendido: no había nadie más, aparte de él. Creía que el cónsul había convocado una especie de consejo de guerra para recoger los testimonios de aquellos que habían participado en los primeros enfrentamientos con el ejército cartaginés, pero, en cambio, se encontró solo ante aquel hombre de mirada atenta e indagadora, que estaba recostado en un triclinio junto a un brasero con el fuego encendido y delante de una mesa baja en la que destacaban una bandeja repleta de carnes saladas de distinto tipo y una jarra llena de vino.

—Pasa, mi joven Escipión —lo acogió Sempronio con una sonrisa cordial. Señaló la comida y el vino—: ¿Te apetece?

Publio sabía que sería una descortesía inadmisible negarse, así que asintió con una breve inclinación. El cónsul dio dos palmadas, y una nube de esclavos apareció como por arte de magia de los rincones oscuros de la gran tienda trayendo un triclinio para Publio, otra jarra llena de vino y una bandeja casi idéntica a aquella de la que Sempronio Longo picoteaba distraídamente.

—Te preguntarás el motivo de esta convocatoria —dijo el cónsul mientras Publio se quitaba la loriga y ocupaba su puesto en el triclinio—. Y haces bien, porque tu posición es muy delicada y no debe tomarse con ligereza.

Publio escondió el efecto que le causaron aquellas palabras detrás de la jarra de vino, que llevó a los labios fingiendo beber un sorbo de aquel líquido negro y áspero que probablemente el cónsul había hecho traer de las colinas de Roma.

—¿Qué posición, mi señor? —preguntó, tratando de parecer honesto y poco proclive a la retórica política, materia en la cual Sempronio Longo daba la impresión de descollar.

—Venga —sonrió el cónsul agitando una mano en el aire, con un gesto remilgado que chocaba con la leve mueca que Publio le vio aparecer en los labios—. Eres el hijo del otro hombre más poderoso de Roma, además del aquí presente, y he sabido que has merecido una mención para la corona cívica como reconocimiento de tu valor para poner a salvo a tu padre.

Publio no replicó nada y se limitó a escuchar, para entender adonde quería llegar aquel hombre tan astuto como desleal.

—Sin embargo —continuó Sempronio Longo, mostrando ahora una luz extraña en los ojos oscuros—, tu padre y tú no os habéis cubierto de gloria en el enfrentamiento que habéis tenido con aquellos bárbaros. Es más, por lo que me han dicho, la derrota ha sido casi total.

Publio se ruborizó. Apoyó la jarra en la mesa y se sentó, mirando al cónsul directamente a los ojos.

—Nos dejamos coger desprevenidos, es verdad —confesó—, pero porque hemos cometido el mismo error en el que estás incurriendo tú, mi señor.

—¿Y cuál sería? —preguntó el cónsul, divertido.

—Subestimar a Aníbal.

La mano de Sempronio Longo volvió a cortar el aire con un gesto aburrido.

—Yo no subestimo a nadie —dijo—. Simplemente soy consciente de mis capacidades y de las fuerzas a nuestra disposición. Ahora que las legiones consulares están reunidas, y a pesar de las pérdidas que sufristeis en el enfrentamiento con Aníbal, mis prefectos me aseguran que podré contar con más de treinta y seis mil legionarios y cuatro mil jinetes. No tengo dudas de que Roma masacrará a esa pandilla de bárbaros incivilizados.

—Eso es lo que todos deseamos —asintió Publio—, pero quizá sería mejor que tú y tus tribunos escucharais los testimonios de quienes han combatido con los cartagineses, para extraer útiles enseñanzas.

Por sorpresa, Sempronio Longo se sentó de golpe y se inclinó hacia Publio, observándolo con una mirada de fuego.

—No necesito los consejos de un perdedor como tu padre —chilló, con una voz tan tajante que a Publio le costó controlar el impulso de echarse hacia atrás—. Así como no necesito la ayuda del retoño de Cornelio Escipión. Éste, ahora, es mi ejército, y yo sabré aprovecharlo de la mejor manera para derrotar a Aníbal y llevar su cabeza a Roma, para mostrarla a todos cuando pase por debajo del arco de triunfo.

—¿Me estás pidiendo que me marche? —preguntó Publio tratando de contener la ira que se iba adueñando de él.

El cónsul pareció relajarse. Exhibió otra sonrisa y volvió a recostarse en el triclinio.

—Por supuesto que no —respondió—. Tu padre y yo tenemos los mismos poderes, aunque él está herido. No puedo obligaros a volver a Roma, pero os lo aconsejo cálidamente. En mi opinión, en este momento, tú deberías ocuparte de tu padre, hacer que se sienta tranquilo y velar por su herida, para que se recupere lo antes posible.

—Si es así —dijo Publio saltando en pie—, entonces podemos terminar esta discusión. No me marcharé, y tampoco creo que lo haga mi padre.

—Sois libres de actuar como queráis —asintió Sempronio Longo, endureciendo los rasgos del rostro—. Pero no me pongáis trabas. No me estorbéis, porque de otro modo no vacilaré en desembarazarme de vosotros. La victoria de

Roma tiene precedencia sobre cualquier otra consideración, por lo que a mí respecta, y esto vale sobre todo para ti, joven Escipión.

Publio permaneció algunos instantes mirando al cónsul, con los puños apretados con tanta fuerza que las uñas se le clavaban en las palmas, incapaz de encontrar las palabras adecuadas para responder a la arrogancia de aquel hombre. Finalmente comprendió que sería inútil rebatir y trató de recuperar el control de sí mismo.

—¿Ahora puedo marcharme? —preguntó.

El cónsul no se tomó la molestia de responder. Agitó otra vez la mano en el aire, señalando la salida, y Publio se encaminó hacia ella después de haber recogido la loriga familiar.

Cuando estuvo fuera, se dio cuenta de que Tiberio Sempronio Longo era un loco y un exaltado. Llevaría al ejército romano a la ruina, si él no conseguía hacer algo. Pero ¿qué?

Procuró darse una respuesta mientras corría hacia su tienda, donde podría intercambiar impresiones con Versilio.

Hacía mucho frío, y el cielo gris, del mismo color del humor de Publio, anunciaba lluvia, o quizás incluso nieve. En el norte de Italia, lo sabía, el invierno llegaba mucho antes que en Roma, y aunque aquellas desagradables condiciones climáticas habrían debido alegrarlo, dado que significaban más problemas para los cartagineses que para los legionarios romanos o los aliados galos que habían quedado, Publio no podía menos que sentirse humillado, disgustado y furioso.

Aquel tumulto de emociones lo sacudía porque Tiberio Sempronio Longo había conseguido deshacerse de él con una facilidad embarazosa, y porque, a pesar de haber pasado casi toda la noche junto a Versilio tratando de idear la manera para que el cónsul recapacitara y obligarlo a prestarle atención, las legiones ya se habían alineado en orden de combate y se disponían a marchar hacia el Trebia, donde tendría lugar la batalla.

Mientras se mordía los labios ante el recuerdo de la mirada siniestra de Aníbal y bramaba de ira al pensar que no podría enfrentarse de nuevo a él, los cuernos y las tubas tocaron la señal de avance, y las legiones se pusieron en marcha como si fueran un solo hombre.

Tiberio Sempronio Longo estaba a la cabeza del ejército, como correspondía a un comandante importante que quisiera dar a sus hombres una señal precisa de su voluntad de ser la mente y la mano de hierro del ejército romano, y aquellos pocos que lo miraban mientras cabalgaba rodeado por los *signiferi* con las enseñas consulares tenían el aire desconsolado y abatido de quienes han quedado marginados, oficialmente con cargos de vigilancia del campamento y de defensa de la retaguardia, pero en realidad porque el cónsul no los consideraba indispensables para enfrentarse a los cartagineses.

Publio se apretó en la piel y lanzó una ojeada al promontorio en que se erguía la tienda de su padre. Publio Cornelio Escipión no había salido, para rendir homenaje a la partida de las legiones, y esto significaba que la ruptura con Sempronio Longo era definitiva: los dos cónsules actuaban el uno independientemente del otro, contraviniendo las disposiciones del Senado, pero ahora estas consideraciones ya no tenían ninguna importancia.

Sempronio Longo había elegido aquel día para atacar a Aníbal porque coincidía con su turno de mando de las fuerzas consulares, y esto lo había puesto a resguardo de cualquier acusación. Por otra parte, también el padre de Publio podría aducir como justificación, en caso de derrota de las legiones, el hecho de que se le había dejado al margen de las operaciones de guerra.

Naturalmente, Publio no deseaba que Sempronio Longo fuera derrotado por Aníbal, porque esto supondría la derrota de Roma, y no sólo de aquel individuo mezquino y vanidoso, pero una parte de él le sugería que si Sempronio no vencía, quizás habría una segunda ocasión para los Escipiones de tomarse la revancha con el comandante cartaginés.

Negó con la cabeza, como si se avergonzase de esos pensamientos, y volvió a su tienda, donde Versilio había preparado vino caliente especiado que, de algún modo, consiguió mitigar su pésimo humor.

—Vosotros, los romanos, sois una gente extraña —dijo el siracusano mientras vertía el vino en una escudilla y se la pasaba a Publio—. Si tenéis que combatir estáis ansiosos, si se os exime de ello os avergonzáis de vosotros mismos. Evidentemente no sabéis qué es la serenidad, por más que hagáis lo que sea para fingir que la tenéis.

Publio bebió un sorbo de vino hirviendo, que se le deslizó en el estómago difundándole de inmediato una oleada de calor por todo el cuerpo, y sonrió a

Versilio.

—Si las guerras se pudieran ganar con la retórica, vosotros, los griegos, seríais los dueños del mundo —rebatío.

—Yo soy siracusano —le recordó Versilio.

—¿De veras? —preguntó Publio, fingiéndose sorprendido—. No me había percatado.

Ambos se echaron a reír, mientras fuera el viento arreciaba y el sonido de las tubas se alejaba, amenazando truenos de tormenta que podrían tener consecuencias irreparables para Roma. Pero ahora él no podía hacer nada. Debía resignarse y esperar noticias de los correos. Sin saber si deseaba oír estallar alaridos de victoria o de derrota entre las legiones que encabezaba Tiberio Sempronio Longo.

CAPÍTULO IX

218 a. C.

Valle del Trebia (Galia Cisalpina)

I

El invierno había llegado. Una constatación, ésta, que Aníbal hizo suya con una mueca, mientras se estrechaba en el largo manto que lo cubría. Se lo había confeccionado Himilce, y si en un primer momento Aníbal se había sentido a disgusto frente a los amorosos cuidados que su esposa le reservaba, ahora no podía menos que agradecerse los mentalmente. El viento que soplaba de través llevaba consigo sutiles agujas heladas que se clavaban en la piel, y Aníbal imaginó cómo debía de sentirse en aquel momento Magón, que había partido a la cabeza de mil auxiliares galos y mil jinetes, llevando sólo una almilla reforzada de cuero y las armas de las que nunca conseguía separarse. Ahora se encontraría en el punto preestablecido, agazapado entre la hierba gélida con sus hombres, a la espera de recibir la señal para hacer saltar la trampa que habían planeado.

—Si consigues que no te sorprendan —le había dicho Aníbal aquella mañana, antes aún de que saliera el sol—, entonces los romanos no tendrán escapatoria. Se encontrarán aplastados en una mordaza que los despedazará.

La idea de mandar a aquellos dos mil hombres para rodear al ejército romano y cogerlo por la espalda se le había ocurrido a Aníbal, pero debía confesarse a sí mismo que la verdadera inspiradora había sido Himilce. Cuando, la noche anterior, él le había confiado que la batalla que emprenderían al día siguiente era esencial para entender si toda su estrategia de enfrentamiento con los romanos en suelo itálico era válida, Himilce lo había abrazado con fuerza y le había dicho:

—Tengo confianza en ti. Y la tienen nuestros hombres. Porque sabemos que no te limitarás a enzarzarte en la batalla, sino que planearás algo para sorprender a los romanos y demostrarles que Aníbal no bromea.

Asombrado por aquellas palabras, se había quedado en un estado de agitado duermevela hasta la noche cerrada, cuando había comprendido que Himilce tenía razón. Con sus generales Aníbal ya había discutido las maniobras que realizarían para oponerse al avance de las legiones romanas. Conocían los puntos débiles y los fuertes del enemigo y, como había ocurrido en el Ticino, aunque de forma reducida, procuraría echar por tierra el esquema ordenado que los romanos adoptaban en sus batallas, gracias a la fuerza de choque de los elefantes y al impacto físico, pero también psicológico, que aquellas enormes bestias podían tener en las centurias

enemigas.

Parecía todo establecido, y sin embargo las palabras de Himilce habían hecho mella en él, así que, después de haber rumiado durante horas, se decidió a levantarse. Una vez puesto el manto se dirigió a la tienda de Magón y despertó a su hermano con urgencia.

Este se sentó con un salto en su camastro empuñando el puñal que llevaba siempre consigo, pero luego, al reconocer a Aníbal, se tranquilizó.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

—Debes preparar un destacamento y procurar que esté listo para partir antes del alba —le explicó Aníbal—. Al menos mil jinetes y mil soldados de infantería. Los de mayor confianza de los que puedas disponer entre las filas aliadas.

Magón, completamente despierto, lo miró, perplejo.

—¿Qué tenemos que hacer? —siguió interrogándole.

Aníbal cogió el puñal de Magón y trazó unos signos en el suelo.

—Este es el vado del Trebia —contestó—. Los romanos intentarán pasar por aquí, si caen en la trampa que he planeado para ellos.

—¿Qué trampa? —dijo Magón.

—Mandaré a la caballería nómada a azuzarlos. Deberán entablar una batalla con las vanguardias romanas, pero dar la impresión de encontrarse en dificultades y replegarse hacia el grueso de nuestro ejército.

—No será fácil engañarlos —hizo notar Magón.

—No es más que una manera de convencer a los romanos para que avancen —le explicó Aníbal—. Deben ser ellos los que atraviesen el río para alcanzarnos, no al revés.

Magón asintió lentamente, comenzando a entender.

—De ese modo, estarán exhaustos, y nosotros podremos golpearlos más fácilmente —dijo.

—Exacto —contestó Aníbal—. Pero esto no bastará para derrotarlos. Al menos no tal como lo veo yo.

—¿Qué te ronda por la cabeza? —lo instó a confiarse Magón.

—Debemos limitar las pérdidas —fue la respuesta de Aníbal—. No nos bastará con derrotar a las legiones. Roma aún está muy lejos, y necesitaremos a todos nuestros hombres para alcanzarla y someterla a sitio.

—Por tanto, ¿qué quieres hacer?

—Tú partirás antes del alba con dos mil hombres, rodearás estos montes al sur y te situarás aquí, apenas por detrás del flanco de las legiones. —Mientras hablaba, Aníbal iba trazando en el suelo el escenario que sólo pocos minutos antes había comenzado a ver con claridad—. Os esconderéis en el lecho de uno de esos torrentes secos que nuestros vigías han localizado, y cuando llegue el momento saldréis y atacaréis a los romanos por la espalda.

Magón contempló el dibujo y se le iluminó la cara al comprender el alcance del plan de Aníbal.

—De ese modo los romanos estarán la mitad en las aguas del Trebia —murmuró, excitado—, a la merced de nuestros veteranos ibéricos y de los elefantes, y la mitad presionados por detrás por mis hombres.

Levantó la mirada y la clavó en la de Aníbal.

—¡Será una carnicería!

—Exacto —convino Aníbal, aliviando, al fin, la tensión que lo había apretado en un rígido abrazo durante toda la noche—, ¿Crees que podrás hacerlo?

Magón se puso en pie de un salto.

—Voy a reunir a mis hombres de inmediato. Fíate de mí, tu plan funcionará.

Ahora, mientras el viento gélido silbaba y azotaba a sus hombres que, en posición de batalla, observaban avanzar a los romanos hacia el Trebia después de haber respondido a las provocaciones de la caballería nómada, Aníbal se dio cuenta de que podía creer a su hermano. Sería una carnicería, y Roma finalmente entendería con quién tenía que vérselas.

II

Nieve. De trasfondo, un cielo azul y plomizo que tenía la consistencia de un oscuro presagio.

—¿Por qué no vuelves dentro? —le preguntó Versilio a sus espaldas—. Hace demasiado frío, tu salud se resentirá.

—Mi salud es el último de mis problemas —respondió Publio, caminando de un sitio para otro con desasosiego. ¿Por qué estaba tan nervioso? ¿Por qué no demostraba el cinismo y la seguridad que había visto exhibir a tantos otros personajes políticos en Roma, entre ellos también su padre? Hablando con Versilio, el joven siracusano había sostenido una idea en la que aún no conseguía creer: fuera como fuese la batalla entre Aníbal y Sempronio Longo, los Escipiones saldrían vencedores.

—¿Cómo puedes decir eso? —había protestado Publio, impetuoso.

—Porque si el cónsul vence, entonces habréis vencido también vosotros: Sempronio se atribuirá gran parte del mérito, pero nadie podría impedir que vosotros también paséis bajo el arco de triunfo —había respondido Versilio—. Sin embargo, si pierde, el Senado tomará nota de la derrota y reaccionará como sólo Roma sabe hacer, con aún más fuerza y vehemencia, y echará a Aníbal por donde ha venido. Pero nadie podrá acusar a los Escipiones de haber perdido la batalla. Es más, estoy convencido de que tu padre sabrá aprovechar la ocasión para obtener otra victoria política que acrecentará el prestigio de tu familia.

Publio había bufado, en absoluto convencido de aquellas afirmaciones, y había salido para tratar de aclararse las ideas. Pensaba que el frío conseguiría aplacar la ira que sentía por dentro, pero muy pronto se había dado cuenta de que no era así.

Se debatía entre la conciencia de que Versilio tenía razón, y que quizás eran ésos los razonamientos que estaba haciendo su padre en aquel momento, y el deseo de estar también él entre los combatientes que estaban dando la vida para intentar detener al ejército cartaginés. Estaba en juego el destino de su pueblo, no el prestigio de los Escipiones. Entonces, ¿por qué...?

El fragor de los cascos lanzados al galope interrumpió el curso de sus pensamientos, haciendo que se volviera de golpe. Un hombre estaba llegando a caballo, con tal ímpetu que ni siquiera se daba cuenta de que podía arrollar a alguien durante su desbocada carrera. Publio siguió su recorrido, y al comprender que se dirigía a la tienda de su padre, tuvo un ataque de hipo por la sorpresa: debía de ser uno de los vigías que Cornelio Escipión había mandado con el séquito del ejército consular, para que observase las fases de la batalla y fuera a informar, en cuanto el resultado estuviera claro.

Sin vacilar, Publio corrió hacia el promontorio en que se levantaba la tienda de su padre, y la alcanzó sin aliento y con el corazón en la boca, pero justo a tiempo para acoger al mensajero que detenía su cabalgadura en un remolino de nieve y fango, y descendía jadeando.

—¿Cómo va la batalla? —le preguntó Publio, poniéndose a su lado, mientras el hombre se dirigía hacia la entrada de la tienda del cónsul.

—Estoy a punto de informar a tu padre, mi señor —respondió diplomáticamente el hombre, sin detenerse, y Publio comprendió por su expresión que no traía buenas noticias.

Entraron juntos en la gran tienda en que el cónsul aún yacía en la cama, rodeado por un enjambre de médicos que cuchicheaban entre ellos. Cuando el padre de Publio se percató de su presencia ordenó que los dejaran solos.

—¿Qué noticias tienes? —preguntó al mensajero, sin que le importase que Publio estuviera presente.

El hombre se adelantó, se batió un brazo sobre el pecho e hizo un gesto de desconsuelo.

—Es una derrota, mi señor. Debemos retirarnos inmediatamente, si no queremos caer presa de los cartagineses.

Aquellas palabras permanecieron durante un momento suspendidas en el aire, terribles, y sin embargo no eran en absoluto inesperadas, al menos para Publio; luego el cónsul apretó los dientes y se levantó, pidiendo ayuda a su hijo.

—Cuéntanos todo —ordenó mientras se hacía acompañar a una banqueta, sostenido por Publio—, Pero primero bebe un sorbo de vino y cálmate.

El hombre aceptó la invitación, recogió la jarra del vino y se vertió un poco en la copa que el cónsul le había señalado. Bebió rápidamente, se limpió la boca con un brazo y comenzó a describir lo que había visto.

—Los cartagineses han atraído a los nuestros a una trampa —afirmó—. He visto a la caballería enemiga azuzar a nuestras vanguardias y luego darse a la fuga. Sempronio Longo ha ordenado perseguirla y no le ha importado ordenar que los asteros atravesaran el Trebia, a pesar de que los arqueros y los honderos púnicos estaban en posición, listos para hacer una masacre.

—¡Qué idiota! —chilló Cornelio Escipión apretando los puños—. ¿Luego qué ha sucedido?

—Los nuestros han conseguido ganar la ribera opuesta y han entablado la batalla, pero esos elefantes... ha sido terrible ver con qué facilidad han penetrado en nuestra alineación, abriendo enormes pasillos. Sempronio Longo ha intentado reagrupar las legiones, pero de improviso los cartagineses han aparecido como por encanto a nuestras espaldas, acorralando a las legiones en mordaza. Sus jinetes, los nómadas, estaban exaltados y eran imparables. Al poder contar con el factor sorpresa han hecho una masacre con los nuestros.

El mensajero calló, y el cónsul se pasó una mano por el rostro. Luego, después de un largo suspiro, preguntó:

—¿Qué es de Sempronio Longo?

—Creo que aún está vivo —respondió el hombre—.

Estaba rodeado por algunos manípulos de veteranos que han conseguido cerrarse en formación de testudo, y después de haber atravesado otra vez el río han reagrupado a los supervivientes para una dura resistencia. Al ver que se estaban retirando con un cierto orden, he deducido que la batalla estaba perdida y he venido.

—¿Cuántos hombres había con Sempronio Longo? —preguntó Publio.

—Quizá diez mil. No más.

—Lo has hecho muy bien —dijo el cónsul volviendo a levantarse—. Probablemente Sempronio Longo y los suyos estarán intentando alcanzar alguna de nuestras colonias, Placentia o Cremona. Si los cartagineses los persiguen, entonces

nosotros tendremos un poco de tiempo para ponernos a salvo.

—Debemos movernos —afirmó el mensajero—. He visto que unas unidades de caballería cartaginesa se separaban del grueso de las tropas y se dirigían hacia esta zona.

—Bien —asintió el cónsul, sin titubear—. Ha llegado el momento de regresar a Roma e informar al Senado.

Se volvió hacia Publio.

—Reúne a los hombres y haz que recojan sólo las cosas indispensables del campamento. El resto dejémoslo aquí.

—¿Quieres regresar a Roma? —preguntó Publio, sorprendido.

—Lo haremos nosotros dos. Pero antes conduzcamos las tropas a Placentia.

Publio habría querido añadir algo, plantear mil preguntas al mensajero, pero se dio cuenta de que su padre tenía razón: ahora debían pensar en ponerse a salvo a sí mismos y a las tropas, ya no había tiempo para discusiones.

Así que se batió el brazo contra el pecho y salió corriendo, para llamar a todos los hombres aptos y organizar la retirada hacia una de las colonias romanas establecidas en aquella tierra fría e inhóspita.

III

La victoria había sido grande, y Maruda había recibido la autorización para organizar unos suntuosos ritos sacrificales de agradecimiento a los dioses y a Elisa, la fundadora de Cartago. Se degollaron algunas cabras, un carnero y hasta un toro, que habían capturado tras una incursión contra los taurinos, inmediatamente después de haber atravesado los Alpes. En el centro del campamento se dispuso un gran fuego, cuyas llamas se elevaban hasta el cielo hinchado de nieve, y cuando todos los comandantes estuvieron reunidos en torno a él, mientras los músicos tocaban desenfundadas baladas Africanas, el gran sacerdote levantó los brazos al cielo y comenzó la letanía ritual, mientras todos lo escuchaban arrebatados y bebían vino de pequeños odres que Aníbal había mandado repartir.

El momento era solemne y, como para subrayar la benevolencia con que los dioses seguían las hazañas del ejército de Cartago, el viento cortante que durante toda la jornada había azotado sin pausa a hombres y animales se aquietó de improviso, la nieve dejó de caer y la tibieza del gran fuego logró difundirse lo suficiente para envolver a todos en un cálido abrazo que sabía a victoria.

Maruda, al darse cuenta del prodigio, elevó la voz y pidió a los padres fundadores de Cartago, a la reina Elisa y a todos los dioses que concedieran a Aníbal el apoyo que necesitaba para continuar su admirable empresa. Canturreando en una lengua antigua de la que había quedado poca memoria en las nuevas generaciones de cartagineses, invocó a El, el dios supremo, padre de todas las criaturas, y pidió la ayuda de Anat, hermana de Baal, diosa de la violencia y de la guerra. Mientras Maruda hablaba dirigiéndose al cielo, con una potencia tal que producía escalofríos en la piel de los presentes, los demás sacerdotes esparcían por el suelo la sangre de las cabras y se disponían para el sacrificio final, que vería a Aníbal en el centro de un círculo sagrado trazado con las vísceras y la sangre del toro.

—¡Dioses todos, escuchadnos! —gritó al fin Maruda—. ¡El valiente Aníbal está aquí para ofreceros el corazón de un toro como señal de su fuerza y de su coraje! ¡Escuchadlo!, cuando os invoque antes de una batalla! ¡Descended a su lado, cuando marche hacia Roma y combata para imponer vuestra supremacía sobre los dioses romanos!

El gran sacerdote se volvió hacia Aníbal y le hizo la señal de que procediera. El caudillo cartaginés, consciente de la importancia que aquel rito tendría para la moral de los hombres, adoptó una expresión severa y levantó la mano que apretaba el corazón aún caliente del toro.

Luego, sin decir palabra, se lo llevó a la boca, arrancó un trozo con los dientes y se lo tragó, sin masticar.

De la multitud en torno a él se alzó una auténtica aclamación, una ovación que era a la vez tributo a los dioses y un grito de guerra, pero sobre todo la celebración de Aníbal como su único jefe.

Mientras mostraba el corazón mordido del toro, Aníbal comprendió que los tenía a todos de su parte. No había un solo hombre, en aquel poderoso y heterogéneo ejército, que no estuviera dispuesto a dar la vida por él, que dudara en obedecer sus órdenes, incluso las más oscuras y aparentemente descabelladas. Esta era la verdadera demostración de poder que necesitaba, la confirmación de que los dioses estaban con él y de que no lo abandonarían en su larga marcha hasta el corazón de Roma.

—¡Por mi padre! —gritó—. ¡Por Amílcar Barca y por Cartago! ¡Por todos los que estamos aquí para combatir y morir por la conquista del mundo!

Todos levantaron los odres llenos de vino y gritaron en respuesta a la exhortación de Aníbal. La tierra tembló por el ímpetu de aquellas voces, mientras las llamas parecían cada vez más altas y cálidas, e incluso el cielo cargado de nubes dudaba en vaciar sus propios intestinos helados sobre aquel valle en que hombres y dioses estaban reunidos en un solo grupo.

* * *

Una vez terminada la ceremonia sacrificial, la tregua con el viento había durado aún algunas horas, luego la nieve había vuelto a caer y el aire había comenzado otra vez a moverse, gélido. Parecía que una verdadera tormenta se hubiera desencadenado sobre el campamento cartaginés; los hombres y los animales estaban guarecidos en las tiendas o acurrucados el uno junto al otro en los recintos.

El único que no parecía impresionado por la intemperie era Magón, es más, desde el final de los ritos sagrados no había parado de apremiar a su hermano para que se decidiera a mover el ejército. Aníbal lo había escuchado con paciencia, pero

luego, en vez de responderle, le había pedido que esperara a que se convocara un consejo de guerra.

Ahora que se encontraban reunidos en la tienda de Aníbal, que la furia del viento sacudía impidiendo que el fuego difundiese su calor, Magón esperaba la opinión de los demás, y sobre todo la de su hermano.

Aníbal permaneció en silencio y escrutó a sus generales, luego con la mirada dio permiso a Maharbal para hablar.

—Creo que sería un error movernos de aquí —empezó de inmediato el comandante de la caballería nómada—. Los hombres ya están sufriendo mucho aunque estén resguardados en sus tiendas, ¿cómo reaccionarían en una tormenta de nieve? ¿Y los caballos? ¿Creéis que están en condiciones de moverse, ahí fuera? Los cascos no tendrían agarre sobre el hielo, se romperían las patas y los romanos ganarían la batalla sin asomar la cabeza de sus puestos avanzados.

—Podríamos proteger los cascos y las patas de los caballos con pieles —objetó de inmediato Magón, habitualmente reacio a desistir de una propuesta, aun cuando todos parecían estar en su contra.

—También los hombres deberían ir bien protegidos y abrigados —intervino Rustiós—, Pero, entonces, ¿cómo harían mis honderos para usar sus armas? Necesitan tener las manos libres para poder utilizarlas con eficacia, y con este frío no se les separarían los dedos.

Antes de que Magón pudiera rebatir, Aníbal levantó los brazos y puso fin al debate. Cuando habló, lo hizo mirando a Magón directamente a los ojos.

—No tiene sentido afrontar el invierno —dijo, provocando una mueca de desilusión en el rostro de su hermano—, sería un peligro mucho más temible que el ejército romano, y provocaría más víctimas.

—Mis elefantes ya están muriendo —murmuró Vilualta, abatido—. Estoy haciendo lo posible por protegerlos, pero este clima no tiene nada que ver con el que están habituados a soportar.

—Haz lo que puedas —le dijo Aníbal. Luego volvió a dirigirse a todos:

—Por nuestra parte debemos aprovechar esta pausa para reforzar los contactos con las tribus galas e incorporar más hombres a nuestro ejército.

—¿Te fías de esos bárbaros? —le preguntó Magón.

—Tenemos que hacerlo —respondió Aníbal—. Todos los galos que se unan a nosotros serán hombres que no tendrán las legiones romanas.

—Mandaré mensajeros hoy mismo a todas las tribus limítrofes —lo tranquilizó Paribio—. Convocaré a sus jefes para que se reúnan directamente contigo.

Aníbal asintió. Luego volvió a dirigirse a Magón.

—A ti, hermano, te pido que encuentres el modo de resolver un problema importante.

—¿De qué se trata? —quiso saber Magón, sin abandonar la mueca de desilusión que le estiraba los labios.

—Debemos localizar el mejor recorrido para dirigirnos al sur, cuando llegue la primavera. Los romanos vigilarán las principales vías de acceso a Etruria, y yo no quiero perder demasiado tiempo en continuas batallas campales. Necesitamos encontrar el modo de dirigirnos hacia Roma rápidamente y sin impedimentos.

—¿Por qué te preocupas? —intervino Amidal, que estaba allí en representación del Escuadrón Sagrado—. Las legiones ya están todas atrincheradas en Placentia y en Cremona. ¿Quién podrá detenernos en la marcha hacia Roma?

Aníbal hizo un gesto de contrariedad.

—Si hay una lección que la historia nos ha enseñado, es que Roma tiene muchos más recursos de los que tú puedas imaginar. En este momento el Senado estará haciendo alistamientos en todo el territorio de la República, y pronto veremos alineadas otras diez, veinte legiones, listas para damos batalla en toda Italia. Ahora podéis marcharos.

* * *

Cuando los hermanos Barca se quedaron solos, Magón se encaró otra vez con Aníbal.

—¡Debemos movernos enseguida! ¿Por qué esperar? ¿Para qué dar tiempo a los romanos a que se reorganicen? ¡Movámonos ya y barrámoslos!

—Ya te he dicho que no es posible —replicó Aníbal con tono perentorio—. Pasaremos aquí el invierno, es una decisión que no cambiaré.

—De acuerdo —bufó Magón, dándose la vuelta y dirigiéndose hacia la salida—. Entonces mi presencia es inútil.

—Cálmate y siéntate junto a tu hermano —dijo Himilce, apareciendo como por sorpresa desde una mancha de sombra y deteniendo a Magón. Lo miró con una sonrisa y le pasó una mano por el pelo, con delicadeza—. No tienes idea de lo mucho que os parecéis —continuó, mientras Magón apartaba la mirada, incómodo—. Incluso en vuestros arranques.

—Himilce tiene razón —dijo Aníbal, cogiendo una jarra de vino y señalándosela a Magón—, Vamos, ven aquí y bebe con nosotros. Fuera hace demasiado frío.

Magón lanzó una ojeada a Himilce, suspiró y finalmente volvió a sentarse junto al fuego, aceptando la copa de vino que le ofrecía Aníbal.

—De modo que necesitas saber cuál es el mejor camino para llegar a Etruria —dijo tras beber un largo sorbo—. Bien, creo que tengo una idea de cómo conseguir esta información.

Aníbal sonrió.

—No tenía dudas, hermano.

Los tres se echaron a reír, y mientras bebían aquel vino fuerte, Aníbal echó un vistazo a Himilce, quien correspondió a su mirada y se retiró en silencio a su nicho de sombra.

Aquella mujer estaba demostrando que era muy valiosa. Quizá más de cuanto Aníbal estaba dispuesto a admitir incluso ante sí mismo.

* * *

La nieve había dejado de caer, pero el frío no se había atenuado: al contrario, parecía que la temperatura había bajado aún más, y todo cuanto había en el valle en que estaban acampados estaba revestido por una capa de hielo. Aníbal realizaba inspecciones casi a diario del campamento, hablando con los hombres, comprobando la condición de los animales e incitando a todos a no apoltronarse,

sino a aprovechar aquel frío terrible para ejercitarse en los combates con la espada y las picas, en los lanzamientos con el arco y las hondas: así se mantendrían calientes y en forma.

Naturalmente, mientras exhortaba a estas actividades a sus soldados, no podía menos que notar que estaban cada vez más delgados, pálidos y con el aire resignado de quien está convencido de que no llegará vivo a la primavera. Libios, númeridas, masilios y celtíberos, y además numerosos aliados pertenecientes a las tribus de la Iberia meridional, padecían mucho aquel clima intransigente, y no conseguían reaccionar con la ira que calentaba a Aníbal por dentro.

—Si los romanos se dieran cuenta de en qué condiciones estamos, podrían atacarnos y barrernos como si nada —comentó un día mientras hablaba con Himilce, que se había convertido en su principal confidente. Con ella no podía discutir sobre tácticas de guerra, pero era muy sensible a las condiciones de las tropas y tenía bastante claro lo que debía hacerse para mantener alta la moral, además de pensar en cómo evitar que el ejército se debilitara demasiado.

—Quizá deberías mandar a alguien a rastrear las aldeas más accesibles —le respondió ella, mientras le masajeara la espalda con aceite calentado sobre el fuego.

—¿A rastrear, dices? —preguntó él—. ¿El qué?

—Mujeres —fue la respuesta de Himilce.

Aníbal giró el cuello para mirarla.

—¿Debería mandar rastrear a las mujeres de las aldeas galas? —volvió a preguntar—, ¿Con qué objetivo?

Himilce sonrió y se encogió de hombros.

—¿Qué te parece mi presencia aquí? —le preguntó—, ¿Qué efecto te produce saber que aquí estoy yo para hacerte la comida, masajearte la espalda cuando estás dolorido o calentarte las mantas cuando te acuestas?

Aníbal frunció el ceño, sorprendido.

—Un efecto... tónico —contestó—. Para la moral y el físico.

—Exacto —asintió Himilce—. Algo que tus soldados desde luego no tienen,

dado que están obligados a amontonarse en las tiendas entre hombres solos. En tiempos de guerra tienen otras cosas en qué pensar, pero en los largos inviernos gélidos como éste... no hay nadie que cuide de ellos.

—Así pues, ¿me sugieres que reúna a todas las muchachas que encontremos en las aldeas cercanas y las asignemos a las tiendas de mis hombres? ¿Tienes idea de lo que sucedería?

A Himilce le entró la risa y le dio un puñetazo en la espalda.

—Pero no, ¿qué has entendido? No hablaba de muchachas hermosas. O al menos, no sólo de ese tipo de mujeres.

—No te entiendo —admitió Aníbal.

—Localiza a todas las viudas, las madres que se han quedado sin hijos, las prostitutas. Y tráelas aquí. Las más jóvenes satisfarán los deseos de tus soldados, las demás los cuidarán, se preocuparán por ellos, les harán compañía y les darán mucho más consuelo del que imaginas.

Aníbal sonrió, desconcertado.

—Eres una continua sorpresa. Tu idea no está nada mal, es más, creo que la pondré en práctica. Por lo demás, no será difícil encontrar viudas y madres que hayan perdido a sus hijos, en estos tiempos.

—Verás que también ellas, después de las primeras reticencias, se darán cuenta de que no se trata de un cometido despreciable. Y al final del invierno, cuando retomemos nuestra marcha triunfal hacia Roma, serán libres de regresar a sus aldeas... si quieren.

Ahora, ya hacía tiempo que aquellas mujeres se habían instalado en las tiendas de sus hombres, y con sorpresa de todos se habían adaptado deprisa a su papel de madres, esposas y concubinas, contribuyendo de manera sustancial a restablecer el ánimo de sus soldados.

Pero quedaba mucho por hacer, antes de poner otra vez en marcha el ejército y esperar que estuviera en condiciones de enfrentarse con éxito a las legiones romanas.

Aún hacía demasiado frío, pero en cuanto el clima lo permitiera, Aníbal

estaba decidido a retomar las maniobras militares, para llegar a la primavera con los hombres listos para moverse y combatir en cualquier momento.

En esto estaba pensando cuando llegó a la gran área vallada que alojaba a los elefantes. Miró a su alrededor y vio que estaba desoladamente vacía. Un solo animal estaba aún en pie, cubierto de la cabeza a las patas por una papilla de hierbas y fango que habría debido protegerlo del frío. Era un ejemplar joven, evidentemente muy fuerte, cuidado por un enjambre de conductores que se ocupaban de él día y noche. Cuando localizó a Vilualta, Aníbal lo llamó y le pidió que le informara sobre la situación.

—También aquellos dos están muriendo —le reveló Vilualta, entristecido, señalando a dos paquidermos que yacían sobre el costado en un rincón del recinto. Los habían cubierto con estratos de paja y mantas, y agitaban débilmente las cortas colas, pero incluso Aníbal sabía que cuando un elefante se echaba de aquel modo era porque su vida estaba a punto de terminar—. No ha habido nada que hacer —continuó Vilualta, haciendo un gesto de desconsuelo—. Hace demasiado frío, para ellos es un tormento contra el que no pueden luchar.

—¿Cuántos nos quedan? —preguntó Aníbal.

—Sólo uno, el que ves allá abajo. Pero no sé cuánto resistirá.

—Haz todo lo posible para que no muera —le ordenó Aníbal—. Es importante que nos quede al menos un elefante vivo, cuando nos movamos en primavera.

Vilualta asintió, desconsolado. Aníbal lo saludó con una palmada en la espalda y se alejó, pero precisamente en aquel momento vio a Magón llegando al galope. El hermano se detuvo bruscamente, bajó del caballo y lo miró con una luz de triunfo en los ojos.

—Tengo informaciones para ti —le reveló—. Muy importantes.

—¿De qué se trata? —le preguntó Aníbal.

—Monta —respondió Magón, montando a caballo y tendiendo el brazo a su hermano para ayudarlo a hacer lo mismo—. Lo verás con tus propios ojos.

Aníbal sabía que no serviría de nada intentar convencer a Magón para que se explicara, así que también él subió a caballo y se dejó conducir a una gran tienda

circular que habían montado en el margen oriental del campamento. Era el sitio en que Magón interrogaba a los prisioneros itálicos y romanos que su ejército había capturado en las últimas batallas.

* * *

El olor a sangre que impregnaba aquel lugar era nauseabundo. Aníbal entró sabiendo perfectamente qué vería, pero se quedó sorprendido por la indiferencia con que Magón caminaba sobre *id* sangre que embadurnaba el terreno. En ambos lados de la tienda había prisioneros colgados por los brazos a largos palos colocados en lo alto, de modo que no tocaran nunca el suelo con los pies. Habían sufrido torturas de todo tipo, y dos de ellos habían muerto. Los otros aún respiraban, pero era evidente que al ritmo con que perdían sangre no conseguirían sobrevivir más que un par de horas. Bajo sus pies había una hez maloliente donde la sangre se mezclaba con los excrementos que habían liberado de los intestinos después de los primeros golpes de maza que les habían roto los huesos de las piernas y de la pelvis.

En total, Aníbal contó catorce hombres colgados a los palos de tortura. Estaban todos desnudos, y tan maltrechos que era imposible entender a qué pueblo pertenecían.

—Primero he interrogado a los romanos —le explicó Magón, mientras señalaba un montón de cuerpos amontonados al fondo de la tienda—, pero debo admitir que son huesos duros de roer. No han hecho más que gritar y quejarse durante todo el tiempo, pero no nos han dado ninguna información útil.

—¿Les has preguntado cómo llegar a Etruria evitando las grandes vías de comunicación construidas por su pueblo?

—Exacto. Y poco ha faltado para que esos soldados se echaran a reír, incluso mientras sufrían penas indecibles.

Aníbal observó los cadáveres de los soldados romanos, y para sus adentros invocó a Anat, la diosa de la guerra, para que tributase los honores que aquellos guerreros merecían. No estaba seguro de que sus soldados, de haber sido sometidos a aquellas torturas, hubieran reaccionado del mismo modo, si los romanos hubieran intentado arrancarles informaciones. Quizá los libios, y tal vez algunos pertenecientes a las tribus del interior ibérico, pero los demás...

—Luego hemos pasado a los aliados itálicos —continuó Magón

interrumpiendo el hilo de sus pensamientos y señalando a los hombres colgados de los palos—, y aquí las cosas han ido mejor.

—¿Qué has descubierto? —le preguntó Aníbal, impaciente por ir al grano y salir de aquel sitio.

Magón se acercó a uno de los dos itálicos aún vivos, le levantó el rostro aterrándolo por el pelo y lo mostró a Aníbal.

—Este hombre ha cedido bastante pronto —reveló—; como ves, no está demasiado mal. Le hemos sacado un ojo, pero aún tiene la lengua, dado que ha demostrado que tiene cosas valiosas que decirnos.

—¿Qué? —insistió Aníbal, impaciente.

—Ha hablado de una vía de acceso a través de los Apeninos, un recorrido que pocos conocen y que no está entre los caminos escogidos por las legiones romanas.

Aníbal se mostró más interesado.

—Continúa —dijo a su hermano.

Magón sonrió, soltó el pelo del prisionero e hizo una señal a sus hombres para que lo desataran.

—El será más preciso —dijo a continuación—. Nos ha dado a entender que existe un paso, un desfiladero bastante accesible entre los montes que conduce directamente a Etruria, y que nos haría ahorrar varios días de camino respecto de las vías tradicionales trazadas por los romanos. Son pistas que utilizan los criminales y los bandidos para desplazarse a la Italia central sin ser vistos.

—¿Es un paso seguro? —preguntó Aníbal, sintiendo que se le aceleraban los latidos del corazón. Desde hacía tiempo trataba de encontrar un modo de penetrar en el corazón de Italia sin que lo aplastaran por los flancos las legiones alineadas en Ariminum y en Arretium, donde sabía que Roma había consolidado dos de las más importantes guarniciones al sur de la Galia Cisalpina, precisamente con el fin de impedir que las hordas de los bárbaros del norte descendieran hacia el sur. Pero no había conseguido urdir nada viable, y ahora quizá tenía la ocasión que estaba buscando.

—El desfiladero, sí —respondió Magón. Nada que ver con lo que hemos padecido en los Alpes. Pero los problemas vienen después.

—¿Qué tipo de problemas?

—Un pantano —respondió Magón—. Inmenso y poblado por insectos grandes como escorpiones, según nuestro amigo etrusco. Una trampa para cualquier ejército que quiera atravesarlo.

Aníbal miró sorprendido a su hermano, luego captó la luz de sus ojos y asintió.

—Para todos, pero no para nosotros —dijo.

—Exacto —espetó Magón—. Se necesitarían cuatro días para cruzarlo, y aunque muchos de los nuestros morirán por la fatiga y las enfermedades, nadie podrá imaginar que nos hemos aventurado por semejante pista.

Aníbal intentó refrenar la excitación, pero comprendía que su hermano tenía razón.

—Debemos tratar de que nos tracen un mapa —dijo—, lo más preciso posible. ¿Crees que ese hombre nos ayudará?

Magón exhibió una sonrisa malvada.

—Oh, lo hará, sin duda. De otro modo lo daré en pasto a los perros, trozo a trozo, a partir precisamente de la lengua.

—Bien —dijo Aníbal saliendo de la tienda. Tenía las narices llenas del hedor de la sangre y los excrementos, y no veía la hora de tomar una bocanada de aire fresco—. Limpia a ese hombre y oblígalo a dar a nuestros exploradores todos los elementos útiles para realizar un reconocimiento del lugar. Encarga a Paribio que elija a los mejores exploradores para una inspección. Quiero que el camino que sigamos esté trazado con la máxima precisión. Y todo debe estar listo antes de que llegue la primavera.

IV

Mientras subían los peldaños del Foro, Publio advertía el latido de su corazón como un estrépito capaz de borrar cualquier otro ruido en torno a él. Estaba fascinado por encontrarse en Roma, la ciudad de la que nunca se había movido hasta la expedición hacia la Galia Cisalpina, y que, a pesar de haber dejado hacía pocos meses, ya le parecía profundamente cambiada. Había una increíble agitación, un fermento que sacudía el corazón mismo de la Urbe hasta sus cimientos, y que se había desencadenado contra ellos cuando habían llegado a las puertas de la ciudad. Pese a la escolta de caballería de la que podían gloriarse, el Senado se había visto obligado a mandar un manípulo de legionarios para protegerlos de la multitud encolerizada y custodiarlos hasta el Foro. El rumor de las derrotas sufridas en el Ticino y en el Trebia ya había llegado, y junto a éste el miedo por el nuevo enemigo que se perfilaba en el horizonte, cuya figura, a raíz de la emotividad y los relatos exagerados que traían los correos que mantenían los vínculos con el frente, se estaba ya transformando en una horrible leyenda de muerte y devastación que se cernía sobre Roma desde los territorios del norte.

—Estate tranquilo —le murmuró su padre mientras cabalgaban a través de las calles de la Urbe, atestadas de ciudadanos preocupados y enfurecidos, que, por una parte, pedían información sobre la situación de las fronteras y del avance de Aníbal, y, por otra, insultaban al cónsul por las derrotas sufridas—. Lo arreglaremos todo.

La gente tiene la memoria corta, pronto olvidará su deseo de venganza para concentrarse en la guerra.

Publio no respondió, limitándose a observar a su alrededor con ira, como si pudiera explicar sus motivos con la sola fuerza de la mirada. En realidad, sabía que no serviría de nada; es más, con toda probabilidad su mueca despreciativa no hacía más que fomentar la reacción de la multitud. Sin embargo, nunca relajó la expresión del rostro, hasta que llegaron al Foro y se dirigieron hacia la Curia en que los senadores se habían reunido, a la espera de verlos.

—¿Puedo ir también yo? —preguntó Publio a su padre antes de bajar del caballo.

—Naturalmente —fue la respuesta del cónsul—. Eres mi hijo, y además te necesito para sostenerme sobre las piernas.

Publio se apeó del caballo, ayudó a su padre a bajar y, sujetándolo por un brazo, subió junto a él los peldaños del Foro. Era la primera vez que lo hacía de manera oficial, para ir a conferenciar con el Senado, y desde luego no era aquélla la situación en que se había imaginado en sus sueños de muchacho. En vez de avanzar con la cabeza alta, con la multitud festiva en torno a él ensalzándolo, se veía obligado a sostener a su padre, ignorando los gritos y los insultos que les llovían de todas partes.

—Ahora déjame —le dijo el cónsul al llegar a la gran plaza rectangular del Foro. Se recompuso conteniendo una mueca de dolor, porque la herida debajo de la axila aún le dolía, enderezó la espalda y avanzó hacia la Curia, donde los senadores lo esperaban discutiendo animadamente.

Ante su aparición, todos callaron, y después de hacer señas a Publio de que se mantuviera un poco apartado, Cornelio Escipión avanzó hacia el centro de la asamblea y empezó a hablar, evitando cualquier preámbulo.

—Estoy aquí para informar y pedir la opinión del Senado —afirmó—, pero también para tomar nota de vuestras decisiones y del juicio que daréis sobre mi actuación.

Un murmullo agitado corrió por el círculo de senadores que los rodeaba, hasta que un hombre se adelantó y levantó los brazos, reclamando la atención de todos.

—El Senado está informado de lo que ha ocurrido —empezó el hombre, al que Publio reconoció como Cneo Servilio Gémino, un representante de la clase patricia favorable a su padre—, y no tiene intención de acusar a Publio Cornelio Escipión.

Fueron muchos los que asintieron con la cabeza, pero Publio notó que varios senadores expresaban su contrariedad ante aquellas palabras, que, sin embargo, la mayoría de los presentes compartía.

—Sabemos que yacías herido en tu camastro durante la batalla de Trebia —continuó Servilio Gémino, hablando al cónsul, pero dirigiéndose a todo el Senado, sobre todo a aquellos que no parecían convencidos de sus argumentos—. Y sabemos que eras contrario a la decisión de Sempronio Longo de atacar a Aníbal.

Nadie puede culparte de la derrota.

—En el Trebia han muerto al menos quince mil hombres —intervino un senador de baja estatura y aire agresivo, al que Publio no conocía—. ¿Y en el Ticino, cuántos? ¿Cuántos han sobrevivido de las legiones al mando de Cornelio Escipión?

El murmullo entre los senadores creció en intensidad, mientras que dos facciones muy contrapuestas comenzaban a delinearse.

—Yo he perdido mi batalla, es verdad —intervino el padre de Publio con voz fuerte y autorizada—, y si hubiera podido elegir, probablemente me habría quedado en las orillas de aquel río, derramando mi sangre y mi misma vida como todos los legionarios a los que he llevado a la muerte.

Calló durante un instante, y Publio se dio cuenta de que su padre había atraído la atención de todos.

—Aquella fue la primera vez que nos enfrentamos con Aníbal y sus fuerzas, no teníamos idea de cómo combatían y de cómo estaban organizados. Y fue entonces cuando comprendí que nos encontramos ante un enemigo formidable, que no debe subestimarse.

—Tu acto de admisión te honra, Publio Cornelio —intervino otro senador, al que Publio reconoció de inmediato. Era Quinto Fabio Máximo, el representante de la famosa familia de los Fabios. Uno de los hombres más influyentes de la Urbe, cuyas palabras pesarían muchísimo en aquella reunión—. Yo creo que tu experiencia con el enemigo podrá ser preciosa. Es más, estoy seguro de que si Sempronio Longo no se hubiera dejado llevar por el afán de mando y te hubiera escuchado, ahora nuestras legiones aún estarían intactas, y en la primavera habría sido posible organizar un contraataque definitivo.

—Te lo agradezco —dijo Cornelio Escipión—. Tus palabras me reconfortan, aunque no pueden borrar mis errores, por los que pido al Senado que tome las medidas que considere necesarias.

Los senadores dialogaron entre sí, y Publio se dio cuenta de que la actitud de su padre debía de haber causado impresión. Hasta los más hostiles ahora parecían querer escucharlo.

—Dejemos de juzgar las intenciones —se adelantó otro senador, aquel Lucio Emilio Paulo con cuya hija pronto se casaría Publio—, y tratemos de analizar los

hechos.

—Estoy de acuerdo —asintió Quinto Fabio Máximo, que luego se dirigió a Cornelio Escipión—: Cónsul, ¿cuál es la situación en la Galia Cisalpina?

El padre de Publio pareció reanimarse y explicó con claridad y sin extenderse lo que estaba sucediendo en el frente.

—Sempronio Longo está atrincherado con lo que queda de sus legiones en el *castrum* de Placentia. Mis hombres, al mando del pretor Cayo Atilio, están en la colonia de Cremona. Las posiciones están bien protegidas, y no creo que tengamos problemas durante todo el invierno. Las provisiones pueden llegar desde el Po y, por tanto, podremos contar con esas dos avanzadillas para mantener una cabeza de puente en territorio enemigo.

—¿Así que en eso se ha convertido la Galia Cisalpina? —preguntó Cayo Flaminio Nepote, uno de los más influyentes representantes del partido de los terratenientes—. ¿En territorio enemigo?

Cornelio Escipión sostuvo su mirada dura y penetrante, y respondió:

—Pues eso es lo que es ahora. Todas las tribus galas se han alineado abiertamente con Aníbal, aparte de los cenomanos y los vénetos, lo cual es una suerte, porque gracias a ellos podemos seguir enviando provisiones a Placentia y a Cremona.

Los senadores vociferaron todos a la vez, hablando los unos con los otros y armando un increíble escándalo. Publio los miraba, desconcertado. Siempre había considerado a la Curia como una entidad casi sagrada, en la que todo ocurría con la máxima calma y transparencia, sin las diatribas y la furia típicas de las discusiones de la plebe, pero aquello que veía modificaba la idea que se había hecho de la máxima autoridad política de la Urbe.

—¿De qué sirve discutir así? —gritó en un momento dado Quinto Fabio Máximo, devolviendo la calma a los senadores con la autoridad que manaba de su figura—. Debemos tomar decisiones, no pelearnos como gallinas en un corral.

Su reprimenda tuvo éxito, porque Publio vio que varios senadores se ruborizaban y otros se enardecían, pero todos callaron.

—Pese a estos problemas, puedo daros una buena noticia —dijo por sorpresa

Cornelio Escipión, dando la impresión de haber mantenido aquella novedad en secreto para ofrecerla en el mejor momento a los senadores.

—¿De qué se trata? —preguntó Cayo Flaminio Nepote, sin disimular su desconfianza.

—He recibido noticias de mi hermano Cneo —respondió el cónsul—. Sus tropas en Iberia están haciendo un excelente trabajo, y como botón de muestra puedo anunciaros que han derrotado en batalla a más de trece mil cartagineses, y su comandante ha sido capturado y encadenado. En este momento se encuentra en la ciudad griega de Ampurias, y lo están sometiendo a un interrogatorio que podría proporcionarnos informaciones preciosas.

Cornelio Escipión calló, y miró a su alrededor para ver si todos le prestaban atención.

—Pero lo verdaderamente importante es que se trata de Hannón de Bomílcar, el sobrino de Aníbal.

Los senadores prorrumpieron en una mezcla de exclamaciones de sorpresa y júbilo, y Publio vio que hasta las facciones adversas a los Escipiones, como la que encabezaba Cayo Flaminio Nepote, se habían quedado sorprendidas por la noticia, la primera positiva para Roma desde que Aníbal había emprendido su marcha imparable.

—Es una excelente noticia —afirmó Lucio Emilio Paulo levantando la voz hasta casi gritar, para que lo oyeran—. Ahora tenemos una concreta moneda de cambio que proponer a Cartago.

—Por desgracia, no creo que sea tan fácil —lo contradijo el padre de Publio, apoyándole fraternalmente una mano en el hombro—. Creo que ya conozco a Aníbal Barca, y sé que no se detendrá ni siquiera ante esto. Antes de renunciar a la guerra, dejará que su sobrino se pudra en nuestras prisiones, o que su cabeza descuelle en la pica más alta de nuestras legiones.

El clamor cedió casi de inmediato ante aquellas palabras, los senadores volvieron a cuchichear entre sí, divididos en grupitos.

Quinto Fabio Máximo se adelantó.

—Bien —dijo con tono seguro y autoritario—. Quizás Hannón no sea la clave

que nos permita ganar esta guerra, pero podremos aprovecharlo para debilitar la moral de los cartagineses y arrancarle las informaciones necesarias sobre Aníbal y sus intenciones.

—En eso pensará mi hermano —asintió Cornelio—. Creo que estará en condiciones de hacer un buen trabajo. Entre tanto, nosotros deberemos preocuparnos de Aníbal.

—¿Qué medidas nos sugieres? —le preguntó Quinto Fabio Máximo.

—Es inútil pensar en reconquistar ahora la Cisalpina —respondió el cónsul con convicción—. Aprovechemos el invierno para llamar a las armas a la mayor cantidad de hombres posible y creemos nuevas legiones. Luego situémoslas en los puntos estratégicos para defender a Roma del invasor.

—Necesitaríamos al menos dos en torno a la Urbe —intervino un senador anciano con una larga barba cándida—. Y además una en Sicilia, para afrontar un eventual desembarco de fuerzas cartaginesas.

—Sin duda —asintió Cornelio Escipión—, pero yo iría más allá y pensaría en la ofensiva contra Aníbal.

—¿Qué tienes en mente? —le preguntó Cayo Flaminio Nepote, que pese a la aversión evidente por el padre de Publio estaba escuchando con atención sus proposiciones.

—Reforcemos las legiones consulares, luego mandemos dos de ellas a Ariminum, para bloquear una eventual bajada de los cartagineses por la Vía Flaminia. Situemos las otras dos legiones en Arretium, para impedir que Aníbal baje hacia el sur. Pero, además de esto, mandemos otra legión a Iberia, con objeto de cortar los suministros al enemigo y golpearlo en su dominio.

—Estamos hablando de nueve legiones en total —resumió Cneo Servilio Gémino, con expresión decidida—. Deberíamos conseguirlo.

—Lo conseguiremos —afirmó Quinto Fabio Máximo—. Pero el Senado deberá tomar otras decisiones importantes. Y deberá hacerlo de inmediato.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Lucio Emilio Paulo.

—¿A quién confiaremos las legiones, a la espera de que los nuevos cónsules

tomen servicio? ¿Y a quién daremos el mando de las guarniciones en la Cisalpina?

Hubo otro murmullo, y las consultas se llevaron a cabo rápidamente, con una agitación que hizo comprender a Publio que los senadores estaban tratando de acercar posturas, después de que el encuentro con su padre hubiera cambiado algunos juicios expresados con anterioridad.

Fue uno de los senadores más ancianos, Marco Afilio Régulo, quien se adelantó y habló por todos, dirigiéndose directamente a Cornelio Escipión.

—El Senado no prolonga el mandato consular a Tiberio Sempronio Longo y confía el mando de las guarniciones de Cremona y Placentia al pretor Cayo Atilio, con efecto inmediato. La asamblea confía a Publio Cornelio Escipión, en virtud de su experiencia ganada en el campo, el cometido de conducir a las legiones que deberán oponerse a los cartagineses en suelo ibérico, con el cargo de procónsul, al lado de Cneo Cornelio Escipión.

Cuando el viejo calló, las discusiones entre los senadores continuaron a ritmo sostenido, pero esta vez ignorando ostensiblemente a Publio y a su padre, que dio media vuelta y se dirigió hacia la parte opuesta de la Curia.

Publio lo alcanzó a la carrera y lo sostuvo mientras bajaban los peldaños. La *domus* de los Escipiones estaba a poca distancia, y la guardia senatorial había dispersado la multitud, lo cual les permitiría llegar a casa bastante deprisa y sin incidentes.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Publio, sin conseguir resistir la curiosidad que lo acuciaba. En efecto, tenía la impresión de que las cosas habían ido bastante bien, para su padre, pero su mente aún no estaba madura para interpretar a fondo las implicaciones políticas de las decisiones del Senado.

—Me han castigado sólo en parte —respondió el padre con una media sonrisa—. Han apartado a Sempronio y a mí me han alejado para que no haga más daño.

Publio lo miró sorprendido.

—Pero yo creía...

—Ahora la lucha es entre patricios y plebeyos —lo interrumpió su padre.

—¿Voy a Iberia contigo? —le preguntó Publio.

—No —respondió su padre, con un vuelco en el corazón—. Tú sigues asignado a tu unidad, así que volverás a Cremona y te pondrás a disposición de Cayo Atilio.

Publio sintió que la cabeza le daba vueltas, pensó en cómo reaccionar a las palabras de su padre, pero no consiguió ordenar la confusión que lo atormentaba.

—Con Cayo Atilio podrás lucirte —concluyó su padre mientras llegaban a la *domus* y eran acogidos por un enjambre de esclavos, entre otros, también Versilio, a quien habían enviado a casa para advertir a Pomponia de su llegada—. Ahora tú eres el futuro de los Escipiones.

Sintiendo que el corazón le latía estruendosamente en el pecho, Publio calló, a la espera de comprender y asimilar el significado más profundo de aquellas palabras.

* * *

Mientras observaba caer el ocaso sobre los tejados de Roma, Publio intentó recapitular la situación. Aquel día habían ocurrido muchas cosas, tal vez demasiadas, y ahora su vida estaba a punto de cambiar definitivamente. La primera prueba de ello la tuvo al ver a su madre. Pomponia, aunque feliz de volver a verlo, con lágrimas en los ojos, no lo abrazó como era habitual. Le cogió una mano y se la besó, luego le acarició el pelo, mostrándole el respeto que las mujeres tenían por los adultos.

—Mi muchacho se ha convertido en un hombre —murmuró, llevándose una mano a la boca para no echarse a llorar.

Publio se quedó turbado por aquella actitud, y con un gesto dictado por el instinto abrazó a su madre y la estrechó contra su pecho, hundiendo la nariz entre su pelo para aspirar su olor, que lo devolvía a los tiempos felices y despreocupados de la infancia.

También su hermano Lucio lo acogió con entusiasmo, aunque con la dignidad mesurada que corresponde a un hombre, no a un hermano mayor, y lo invitó a contarle las aventuras que había pasado en los últimos meses.

Lucio nunca había estado muy presente en la vida de Publio, y aquellos

momentos de confianza con su hermano fueron una agradable novedad que le reconfortó el corazón.

Cuando, aquella noche, en la cena, se encontraron todos reunidos en el *triclinium*, con los servidores zumbando en torno a ellos como abejas atareadas, Publio sintió un sentimiento de paz, que, al saber que no duraría demasiado, se volvía frágil.

Cuando llegaron sus huéspedes, Publio ya sabía que debería dejar de lado, durante algunos instantes, sus preocupaciones por el futuro y concentrarse en las necesidades familiares para las que su padre había intentado prepararlo.

—Cuando parta hacia Iberia, esta casa quedará sin *pater familias* —le había explicado Cornelio mirándolo fijamente a los ojos—. Tu tío estará conmigo para hacer tierra quemada a las espaldas de Aníbal. Tú serás el único que podrá ocuparse de tu madre y de nuestra casa.

Publio lo había mirado, desconcertado.

—Pero, padre —rebatíó—, yo debo regresar a Cremona. Allí necesitan todos los hombres aptos y...

—No te estoy pidiendo que no partas —lo interrumpió su padre—. Pero piensa también en tu familia, en la importancia de construir un futuro para la *gens* Cornelia y los Escipiones.

Publio se quedó en silencio durante un momento, tratando de interpretar las palabras de su padre. A continuación preguntó:

—¿Qué tengo que hacer?

—Esta noche tendremos como huéspedes a Lucio Emilio Paulo y su hija, tu futura esposa —respondió Cornelio—. Mírala a los ojos, olvida tus pasiones juveniles y prométele que serás un buen marido y el padre de sus hijos. Luego sigue tu destino a Cremona, ponte a las órdenes de Cayo Atilio y espera a unirme a las nuevas legiones. Combate por Roma y por tu propia vida, pero sobre todo por tu familia. Regresa a casa vivo.

Aquellas palabras habían trastornado a Publio más allá de cuanto quería admitir. Abrían escenarios para el futuro de un alcance tan amplio que lo dejaban boquiabierto.

Cuando Lucio Emilio Paulo llegó, acompañado por su hija y un enjambre de esclavos y *clientes*, Publio afrontó el encuentro con la joven Emilia de manera completamente distinta de como lo había imaginado.

Ella nunca le había gustado: en la memoria aún tenía el color de los ojos y el pelo de Marcia, la chiquilla que lo había fascinado y por la cual había palpitado su corazón adolescente. Sin embargo, ahora conseguía verla bajo una luz nueva, con los ojos de un Escipión que no debía pensar sólo en los propios intereses, sino en el futuro de la familia. La unión de la *gens* Cornelia con la *gens* Emilia haría aún más fuerte su influencia en Roma y en el Senado, y ello aseguraría a sus hijos un porvenir claro y lleno de gloria, como el que le había dado su padre.

Durante toda la velada charló amablemente con Emilia, que estaba recostada junto a él en el triclinio, y cada vez que la miraba no pensaba en ella como en la mujer a la que amar o con la que hacer el amor, sino como la madre de sus hijos y la hija de un poderoso aliado en el complejo escenario político de la Urbe.

—¿Qué piensas de los nuevos cónsules? —preguntó en un momento dado su padre a Lucio Emilio Paulo.

Este acabó de saborear el vino pastoso de las colinas lucanas y arrugó el entrecejo, atrayendo la atención de todos los presentes.

—Cneo Servilio Gémino es nuestro hombre —respondió.

Cornelio Escipión asintió.

—Sí, es la persona correcta para sustituirme. Es inteligente y no es temerario, aunque no tiene mucha experiencia de guerra.

—Me preocupa su colega —continuó Lucio Emilio Paulo, ceñudo.

—¿Por qué? —preguntó Publio.

—Cayo Flaminio Nepote es un maldito plebeyo —contestó Lucio Emilio Paulo, pronunciando aquel nombre como si tuviera algo amargo en la boca.

—¿Podemos hacer algo para evitar que nos haga daño? —preguntó Cornelio.

—No, el pueblo está de su parte —fue la respuesta de Lucio Emilio Paulo—. Creo que deberemos aceptarlo y tratar de equilibrar su poder empezando ahora

mismo a trabajar en las próximas candidaturas consulares.

—Uno de los próximos cónsules deberás ser tú —afirmó Cornelio Escipión—. Mi familia te dará pleno apoyo.

Lucio Emilio Paulo sonrió, intercambiando un gesto de complicidad con Cornelio. Este gesto había sancionado la alianza entre las dos familias, que el matrimonio de Publio con Emilia haría indisoluble.

Ahora, mientras miraba cómo desaparecía el sol en el horizonte y daba paso a una noche fría y cargada de nubes a punto de llegar, Publio comprendía que estaba en el centro de un proyecto político y familiar mucho más vasto de lo que su ingenuidad de adolescente le había permitido nunca presagiar.

—Sé lo que te turba, y quisiera poder compartir tus dudas y tus pensamientos, si me lo permites.

Publio se volvió y, en cuanto vio a Versilio, sonrió.

—No sabes cuánto lo necesito —respondió, haciendo una señal al siracusano para que se acercara.

V

Aníbal vio llegar la embestida tal como se la había imaginado, así que desplazó el peso del cuerpo sobre el pie derecho, giró sobre el talón y tras una veloz pirueta lanzó un mandoble que había de golpear a su adversario en el costado, apenas detrás del óvalo del escudo celtíbero. Pero, para su sorpresa, la hoja se desvió por un contraataque realizado con increíble velocidad, que lo obligó a agacharse y a neutralizar con el escudo el golpe de remesón del adversario.

Aníbal saltó hacia atrás, respiró hondo y se repuso, atacando directamente las rodillas del guerrero celtíbero. El hombre brincó con la agilidad de un grillo, intentó cogerlo por sorpresa con un golpe asestado en diagonal, mientras salía de la trayectoria del mandoble de Aníbal, luego volvió a encogerse en posición de guardia, escrutando al adversario por encima del escudo.

Aníbal lo miró, desconcertado: le habían dicho que aquel hombre era extremadamente hábil en el combate cuerpo a cuerpo, pero nunca habría creído que consiguiera empeñarlo durante tanto tiempo. Era bajo y esmirriado, con una larga trenza de pelo que le revoloteaba detrás de la espalda, y tenía los brazos tan delgados que Aníbal había dudado de que estuviera en condiciones de sostener a la vez la espada y el escudo. En cambio, después de algunos golpes para estudiarse mutuamente, el celtíbero había comenzado a dar vueltas y a danzar en torno a él con una agilidad sorprendente, burlándose de sus poderosos golpes que asestaba para agotar al adversario, es más, aprovechándose de la energía de los mandobles de Aníbal para escabullirse y contraatacar de la manera más desleal, siempre muy peligrosa.

Un par de veces el comandante cartaginés había sentido silbar la espada del celtíbero a un palmo de su cabeza, y por más que intentara golpearlo o arrancarle el escudo de los brazos huesudos, se encontraba ante un adversario peliagudo y coriáceo, que aprovechaba la agilidad y la velocidad de los movimientos para compensar lo que le faltaba en la potencia de los golpes.

Ahora era Aníbal el que comenzaba a sentirse cansado, mientras el celtíbero daba saltitos a su alrededor pinchándolo con una insolencia que empezaba a ponerlo nervioso.

—Está bien —se decidió al fin a admitir, bajando el escudo y la espada—, me has convencido. No siempre la fuerza prevalece.

El celtíbero escrutó durante un momento a Aníbal, como si quisiera comprobar que no se trataba de un engaño, luego levantó la espada y mostró su júbilo, mientras la facción que tomaba partido por él elevaba coros de victoria.

Magón y los demás cartagineses que apoyaban a Aníbal, en cambio, bufaron desilusionados, y muchos de ellos se alejaron del círculo delimitado que servía para los adiestramientos.

—¿Se puede saber qué te ha dado? —le preguntó Magón, enfurecido—. ¡Podías despedazarlo cuando quisieras!

Aníbal sonrió mientras recogía un odre de agua y se vertía el líquido fresco sobre la nuca. La primavera estaba a las puertas, y la temperatura comenzaba a ser aceptable, después de un invierno terrible.

—Ese celtíbero era escurridizo como una anguila —respondió—. Habría querido verte a ti en mi lugar.

Magón abrió la boca para replicar, pero en aquel momento se oyeron unos gritos a sus espaldas y el estrépito de los cascos de un caballo lanzado al galope.

—¿Qué sucede? —preguntó Aníbal, observando que el animal se acercaba a gran velocidad y que luego, en el último momento, clavaba los cascos en el terreno para detenerse en un remolino de tierra y polvo.

—¡Mi señor! —gritó el hombre que estaba a caballo, saltando al suelo y postrándose ante él. Estaba pálido y demacrado, con los ojos hundidos y el pelo enmarañado y pegado debido a la suciedad, el polvo y el fango.

Aníbal tardó un poco antes de reconocerlo: era uno de los correos que habían enviado a inspeccionar el camino a través de los Apeninos que los llevaría directamente a Etruria.

—¡Subeldía! —gritó, aferrando al joven por los brazos y obligándolo a levantarse—. ¡Has vuelto! ¿Dónde están tus compañeros?

El correo hizo un gesto con la cabeza. Tenía los labios agrietados, y antes de que consiguiera decir nada lanzó una ojeada anhelante al odre lleno de agua que

Aníbal aún sostenía en la mano.

—Bebe —le dijo el comandante ofreciéndole el odre—. Luego nos lo contarás todo.

* * *

—La pista existe —repitió por enésima vez Subeldía, pasándose el dorso de la mano por los labios agrietados—. La he recorrido yo mismo, llegando hasta Etruria. Y no he encontrado prácticamente a nadie, aparte de algunas caravanas de mercaderes de aire poco recomendable, que se han escondido a mi paso.

Aníbal escuchaba tratando de mantener la calma. No quería ceder al entusiasmo antes de tener claros todos los detalles. Subeldía contó que había viajado con los demás correos hasta los desfiladeros apenínicos y que a partir de allí se habían separado para seguir las pistas caravaneras que les habían señalado los lugareños. Estaban de acuerdo en viajar cuatro o cinco días, luego, cualquier cosa que encontrasen, deberían regresar a aquel punto, a la encrucijada de los senderos que conducían en tres direcciones distintas, para comparar y referir lo que hubieran descubierto. Subeldía había llevado a término su misión y, aun con grandes dificultades, había regresado al punto de partida. Había esperado a sus compañeros durante dos días, luego había entendido que ya no vería ni rastro de ellos y había vuelto a partir, para regresar al campamento de Aníbal. En todo caso, estaba seguro de haber encontrado el camino para llegar a Etruria en pocos días, pasando por donde los vigías romanos y las avanzadillas construidas en defensa de las principales vías de comunicación que atravesaban Italia estaban del todo ausentes.

—Has dicho que no es un recorrido fácil —lo interrogó Magón—, Explicáte mejor.

El hombre respiró hondo, luego continuó su relato:

—Los desfiladeros apenínicos son accesibles, nada parecido a los Pirineos o los Alpes. Si el tiempo es favorable, deberíamos lograr franquearlos en poco tiempo. Las poblaciones locales no son hostiles, se dedican sobre todo a cultivar la tierra. Los problemas llegarán más adelante, cuando haya que atravesar un inmenso pantano que se extiende hasta la frontera con Etruria. Allí la marcha no será en absoluto fácil, sobre todo por los pertrechos. Para dormir me he visto obligado a trepar a los árboles, porque prácticamente no hay zonas de terreno seco. Y luego... el fango. Ese maldito fango está por doquier y te aprieta los pies como si quisiera

devorártelos.

—¿Las pistas pasan por allí? —preguntó Aníbal, sorprendido.

—Sí, mi señor —respondió Subeldía, seguro—. Son claramente reconocibles, gracias a la tala de árboles que se ha realizado a fin de crear un corredor bastante amplio como para dejar pasar los carros de los mercaderes.

—Si ellos lo consiguen —afirmó Magón, decidido—, no veo por qué no deberíamos conseguirlo nosotros.

Aníbal consideró durante un momento lo que había contado Subeldía, luego lo miró a los ojos y le preguntó:

—¿Cuánto podríamos tardar en atravesar ese pantano? Incluso andando muy despacio.

—En ese caso, necesitaríamos al menos cuatro o cinco días —respondió el correo—. Pero no deberíamos detenernos nunca, ni siquiera de noche.

Aníbal intercambió una mirada con Magón.

—¿Y si consiguiéramos avanzar más rápido? —preguntó este último.

—Entonces como máximo en tres días podríamos estar en Etruria.

Aníbal sintió crecer la excitación, mientras pensaba en las implicaciones de aquella afirmación. Los espías y los informadores que iban y venían cada día del campamento, trayendo noticias sobre cómo se estaban preparando los romanos para afrontar la primavera y la reanudación de las actividades por parte del ejército cartaginés, le habían explicado que se había elegido a los dos nuevos cónsules, en sustitución de aquellos a los que él había vencido en más de una ocasión. Al mando de dos legiones cada uno, habían avanzado a marchas forzadas, despreocupados de la inclemencia del tiempo y demostrando una capacidad organizativa impresionante, y se habían instalado en los puntos más neurálgicos del sistema de caminos que permitía bajar hacia Roma desde el norte de Italia. Uno de los cónsules se había detenido en la ciudadela fortificada de Ariminum, para bloquear el paso por la Vía Flaminia, la más directa y accesible para cortar en dos Italia y apuntar directamente a Roma. Junto a ellos, estaba lo que quedaba de las legiones derrotadas por Aníbal, un número de tropas imponente, bien enrocadas en una ciudad que no sería fácil conquistar, y que al elevarse sobre el mar daba la

posibilidad a los romanos de recibir continuos suministros y refuerzos.

El otro recorrido pasaba por los Apeninos, hasta la ciudad de Arretium, donde se habían establecido las legiones del otro cónsul, listas para interceptarlos en el caso de que eligieran aquel camino para avanzar hacia el sur.

La pista entre los pantanos señalada por Subeldía pasaba prácticamente por el medio, y les permitiría llegar a Etruria sin ser vistos, como si gracias a un poderoso sortilegio todo el ejército cartaginés desapareciera y luego volviese a aparecer más allá de las líneas de defensa romanas, tomándolas por sorpresa.

Las implicaciones de semejante eventualidad eran tales que Aníbal comprendió que ya había tomado su decisión, aun a sabiendas de que esto supondría para sus hombres embarcarse en otra difícil empresa.

—¿Cuándo crees que podría ser el mejor momento para partir? —se esforzó en preguntar a Subeldía, aunque para sus adentros habría querido ordenar la partida para el día siguiente.

—He preguntado a las poblaciones locales —respondió el correo, demostrando que era un joven despierto—, Según ellos, ahora el agua en los pantanos está al máximo nivel. Si esperamos algunas semanas, el terreno estará más seco y será más fácil de atravesar.

—¿Algunas semanas? —preguntó Magón—, No podemos esperar tanto.

Aníbal entornó los ojos, luego tomó su decisión.

—Si nos adelantamos demasiado podríamos sufrir pérdidas muy graves, y nos encontraríamos en Etruria sin la posibilidad de atacar Roma con el ímpetu necesario.

Antes de que Magón pudiera rebatir, levantó un dedo para callarlo.

—Por lo demás —continuó—, esperar tres semanas sería contraproducente: los romanos podrían mandar otras legiones para vigilar la zona, y esto nos costaría el efecto sorpresa.

—Entonces, ¿qué piensas hacer? —quiso saber Magón, impaciente.

—Preparémonos para la partida —respondió Aníbal—. Alimentemos a los

hombres y a los animales, acumulemos tantas provisiones como podamos y organicemos la caravana de modo que haya muchos carros vacíos en los que hacer descansar a los más débiles cuando nos encontremos en los pantanos. Si partimos dentro de una semana, el terreno estará un poco más seco, y los romanos aún estarán ocupados en alojar las legiones en Ariminum y Arretium. Debería ser un buen término medio, y las pérdidas entre nuestros hombres serían aceptables.

Magón lo pensó un instante, luego asintió. Aníbal puso una mano en el hombro delgado de Subeldía y le dijo:

—Ahora vete a descansar. Y en estos días intenta dormir y comer cuanto puedas. Te quiero en forma, cuando partamos. Tú serás el guía que llevará a nuestro ejército a Etruria, para desbaratar a Roma.

—Sí, mi señor —respondió el joven hinchando el pecho de orgullo. Salió corriendo decidido a obedecer con prontitud las órdenes recibidas, y Aníbal trató de saborear el plan que había elaborado. Era otra empresa descabellada, lo sabía, y quizá le costaría más hombres de los que había imaginado, pero si de verdad consiguiera desaparecer y reaparecer con todo el ejército a espaldas de los romanos, imprimiría otro brusco giro a la guerra, asestando a Roma un golpe del que difícilmente se recuperaría.

VI

Estaba llegando la primavera. Publio lo advertía sobre todo porque el viento, que soplaban en sentido contrario al de la barcaza en la que habían viajado durante dos días a lo largo del curso del Po, ya no era aquel viento frío y cortante que durante meses había barrido aquella tierra gélida e inhóspita. Era verdad que ahora Ariminum no estaba lejos y que, por tanto, el mar hacía sentir sus benéficos influjos, pero si miraba a su alrededor podía comenzar a ver los primeros signos del despertar de la naturaleza. Publio apreciaba la belleza de los árboles cargados de brotes y de algunas plantas que ya habían florecido, pero también comprendía que la llegada de la primavera significaría sobre todo una cosa, es decir, que el ejército cartaginés se despertaría y reanudaría su marcha hacia Roma.

—¿Crees que vendrá por aquí? —le preguntó Versilio, interpretando como siempre sus pensamientos.

Publio sonrió. Aquel siracusano tenía una inteligencia y una sagacidad que iban mucho más allá de cuanto daba a entender, quizá porque no quería acarrear más problemas de los que ya tenía: era archisabido que la oligarquía romana prefería rodearse de sirvientes robustos y dispuestos a obedecer cualquier orden. Por otra parte, su madre lo había comprado no para que lo ayudara en las tareas domésticas, sino como esclavo—tutor, una especie de guía espiritual en el vasto mundo de la instrucción en que Publio se había zambullido algunos años antes... un tiempo que ahora le parecía a siglos de distancia.

En todo caso, el siracusano había dado en el blanco, y lo había hecho dos veces. En efecto, no había usado el plural, refiriéndose a los cartagineses en general, sino que le había preguntado si creía que Aníbal pasaría por allí, para aprovechar la accesible Vía Flaminia y dirigirse sin obstáculos hacia Roma.

—No lo sé —respondió—. Ese hombre es astuto e inteligente, y los espías púnicos están diseminados por doquier entre la población itálica e incluso en nuestras mismas legiones.

—Por tanto, sabrá cómo nos estamos disponiendo.

Publio asintió, precisamente cuando la gran barcaza que hospedaba a todo el Estado Mayor de lo que quedaba de las legiones de Cornelio Escipión y Sempronio

Longo se acercaba a la ribera meridional, donde habían preparado los embarcaderos para permitir la rápida descarga de hombres y animales. En efecto, a espaldas de la barcaza en que se encontraba, avanzaban otras veinte, todas cargadas de legionarios, caballos, víveres y cuanto necesitara un ejército para ser autónomo.

En realidad, se trataba de poco más de diez mil hombres cansados, desmoralizados y, en gran parte, con urgente necesidad de cuidados médicos, dadas las heridas que habían recibido en batalla; pero serían preciosos para ir a acrecentar el ejército al mando del nuevo cónsul, Cneo Servilio Gémino.

—Sea como fuere —dijo a Versilio para zanjar aquella conversación y correr a controlar las operaciones de desembarco—, nosotros vigilaremos la Flaminia, y si Aníbal cometiera el error de pasar por aquí, encontrará una barrera infranqueable.

Versilio lo miró con una extraña mueca, pero no replicó nada, y Publio se alejó tratando de poner freno al malestar que se agitaba dentro de él.

Ardía por el deseo de enfrentarse otra vez con Aníbal, para obligarlo a la fuga y hacerle pagar el desconcierto que había sembrado en Roma y en el orden de su familia, pero por otra parte entendía que la seguridad de la que había hecho ostentación con Versilio era sólo aparente. En realidad, él temía a los cartagineses, la habilidad táctica y estratégica demostrada por su comandante, y no sabía si las legiones al mando de Servilio Gémino y Flaminio Nepote de verdad serían capaces de detenerlos. Si esto no ocurriese, Aníbal tendría allanado el camino hacia Roma.

Mientras bajaba de la barcaza, Publio meneó la cabeza, expulsando aquellos pensamientos negativos. Él era un Escipión, como seguía recordándole Versilio, y no debía dejarse desanimar por el pesimismo. Las legiones de Servilio Gémino incluían fuerzas frescas y bien adiestradas, que junto a los veteranos al mando de Cayo Atilio que estaban desembarcando en aquel momento en el delta del Po, formarían una barrera insuperable, incluso para los elefantes de Aníbal.

Sintiéndose aliviado por la energía con que se había hablado a sí mismo, llamó a Marco Aurelio Sedaño y junto a él se organizó para reunir a la caballería y montar puestos de vigilancia contra eventuales ataques enemigos, aunque parecían realmente improbables.

Ahora debería llegar a Ariminum y ponerse a disposición de Servilio Gémino. Publio dirigiría la atención hacia Aníbal cuando llegara el momento de enfrentarse de nuevo a él.

CAPÍTULO X

218 a.C.

Italia central

I

Al final sólo había sobrevivido un elefante. Aníbal trataba de no pensar en ello, aunque su mente estaba obsesionada por la idea de que los dioses se habían mostrado hostiles con él, como si quisieran lanzarle un mensaje... o una admonición.

Mientras avanzaba a la cabeza del ejército con el caballo que se hundía en el fango del pantano casi hasta la cruz, se daba cuenta de que los dioses aún no habían terminado de encarnizarse con él y sus hombres. Maruda se había lamentado varias veces de que los sacrificios que realizaban en honor de Mot, Baal y Anat no eran suficientes, pero Aníbal siempre había reaccionado con cólera, afirmando que su empresa no debía someterse al capricho de los dioses, sino llevarse a cabo gracias al valor, la astucia y la inteligencia de todos los hombres que componían su ejército, desde el más poderoso de los guerreros hasta el último de los servidores del rancho.

Pero ahora se daba cuenta de que quizás había pecado de presunción. El territorio en que se habían adentrado era difícil e inhóspito, tal como el joven Subeldía había anunciado, pero cuanto más avanzaban, más aumentaba el fango, dando la impresión de ser una criatura malvada que trataba de estrechar a sus hombres y animales, y arrastrarlos a un abismo de tinieblas del que ya no resurgirían.

Por no hablar de los insectos, que los agredían en oleadas famélicas, como no sucedía ni siquiera en Africa. Pero también la vegetación era hostil: creaba marañas inextricables que se erguían a lo largo de las pistas y que se veían obligados a evitar fatigosamente, llegando a sumergirse en las aguas fétidas incluso hasta el pecho.

Los soldados morían a una velocidad prodigiosa, o tenían que pedir que les curaran las hinchazones, las ampollas y los bubones que tenían, corriendo el riesgo de contraer infecciones de las que ya no se recuperarían. También los caballos, y sobre todo los mulos y los bueyes que arrastraban los carros, sufrían por las dificultades de aquella marcha extenuante, y no raras veces sucedía que debían ser sus hombres los que pusieran un caballo a salvo de las arenas movedizas o empujasen a fuerza de brazos los carros que se hundían en el fango.

—No podemos detenernos en ninguna parte —se había lamentado el día

anterior Magón, intentando matar a manotazos los mosquitos y las nubes de insectos que le zumbaban alrededor, para alimentarse de su sangre y de su sudor—. No hay claros de tierra seca bastante amplios.

—Subeldía nos había advertido —fue la respuesta de Aníbal, que había ordenado continuar la marcha—. Nos detendremos cuando hayamos atravesado el pantano.

—¡Pero así perderemos a miles de hombres! —se quejó Magón, y Aníbal comprendió que su hermano tenía razón.

Pero ¿qué podía hacer? Acampar era imposible, y tratar de salir de los pantanos para alcanzar un lugar en el que el terreno fuera bastante seco significaría perder el factor sorpresa en relación con los romanos. Las legiones de Flaminio Nepote estaban instaladas en Arretium, como le habían confirmado los exploradores, y si ellos lograran soslayarlas, penetrando en Etruria como un río en crecida, ya nada podría detenerlos.

Estaba aún pensando en esto cuando de improviso su caballo emitió un relincho estridente y se encabritó, espantado por algo. Cogido por sorpresa, Aníbal no consiguió mantener el agarre apretando las rodillas y el animal lo desarzonó. Cayó en el fango, y durante un momento sintió que se ahogaba, cuando el agua podrida del pantano lo sumergió, entrándole en la boca y la nariz. Al bajar un pie para buscar un punto de apoyo, resbaló sobre algo, quizás una piedra escondida en el barro, y en vez de izarse fuera del agua se hundió aún más, agitando las manos para intentar parar el descenso hacia aquella que le parecía la antecámara del infierno.

Quizá Mot se había cansado de su soberbia, y ahora quería arrastrarlo a su reino para hacerle pagar la falta de respeto y de adoración que Maruda siempre le había reprochado.

Aníbal tenía los pulmones en llamas, y ya casi estaba a punto de dejarse ir, con el fango que le entraba en la nariz y los ojos, cuando sintió que lo aferraban por la casaca y lo arrastraban a la superficie.

Cuando estuvo fuera aspiró ruidosamente, llenándose los pulmones inflamados, pero luego lo sacudieron unos conatos de vómito que le hicieron regurgitar el fango y el agua envenenada que había bebido.

—¡Ha sido una serpiente! —le explicó Magón, que por suerte había

intervenido justo a tiempo para arrancarlo de las garras de Mot—. Por poco no muerde a tu caballo.

* * *

—¡Es otra señal de mal agüero! —exclamó Maruda, acercándose. Avanzaba a lomos de un mulo, y quizás había hecho la elección correcta, porque aquellas torpes bestias caminaban sin vacilación por el barro, demostrando que tenían una fuerza y una capacidad de resistencia increíbles—. ¡Debemos hacer sacrificios a los dioses, de otro modo ninguno de nosotros saldrá vivo de estos pantanos!

Las palabras del gran sacerdote se difundieron como un relámpago por toda la fila de soldados que marchaban hombro con hombro, en parejas, y el malhumor de los hombres se transformó en una ira sorda y peligrosa que Aníbal advirtió con un escalofrío a flor de piel.

Un ataque de tos lo dobló por la mitad, pero cuando consiguió recuperar el aliento alzó la mirada hacia Maruda y le dijo:

—Tienes razón, me he equivocado al no hacerte caso desde el principio.

El gran sacerdote hizo un gesto de estupor y del ejército entero se alzó un fuerte murmullo, aún más alto que el zumbido incesante de los insectos que poblaban aquel lugar infernal.

—Haremos sacrificios a los dioses en cuanto salgamos de este pantano —continuó Aníbal, frotándose un ojo que le ardía a causa del fango—. Te confío el cometido de preparar una ceremonia solemne, para sacrificar nuestras mejores bestias a Mot y a Baal, en la esperanza de que nos escuchen y que dejen de mostrarse hostiles.

Maruda hinchó el pecho de orgullo. Nunca le había ocurrido oír a Aníbal admitir que se había equivocado, y la tarea que le había confiado demostraba la importancia de su papel, precisamente como el gran sacerdote que siempre había pretendido ser, desde que había empezado aquella expedición.

—Démonos prisa, entonces —se decidió a decir Maruda, dirigiéndose a todos

los comandantes del ejército—, No dejemos que mueran más hombres antes de recibir el beneplácito de los dioses.

Aníbal aferró las bridas de su caballo, que se había calmado, y saltó sobre él, frotándose aún el ojo que le quemaba como si el fango le hubiera penetrado en la pupila.

—¡Adelante! —gritó, con más ira de la que habría querido, porque se había visto obligado a humillarse ante todos y a conceder a Maruda una victoria que le daría mucho más poder del que él quería. Sabía que los sacerdotes tenían una gran influencia sobre los soldados, y hasta aquel día él siempre había intentado mantenerlos un poco apartados, para que todo el mundo entendiera que él era el único guía del ejército, el comandante supremo al que debían hacer referencia para lo que fuera.

Pero quizá no había tenido en su debida consideración la irritación de los dioses, y ahora pagaba su cólera.

Mientras la columna volvía a ponerse fatigosamente en marcha, pensó que dejaría que Maruda realizase sus ritos y sacrificios, pero que luego volvería a tomar firmemente las riendas de la situación, relegándolo otra vez. No quería que entre sus hombres se insinuara la convicción de que sin el apoyo de los dioses y la intercesión del gran sacerdote, para ellos las cosas se volverían difíciles.

Una punzada en el ojo lo hizo lagrimear, y Aníbal se lo frotó con furia, como si pudiera extirpar el escozor que lo irritaba sólo con su fuerza de voluntad.

II

—¿Estás bien? —le preguntó Aníbal cogiéndole una mano.

Himilce se levantó del camastro improvisado que le habían dispuesto para estirarse un poco y recuperar las fuerzas, después de aquella increíble y extenuante marcha de cuatro días y cuatro noches. Aún tenía el cuerpo cubierto por las picaduras de los insectos, y en los pies y en los tobillos las llagas palpitaban, mientras la sangre volvía a circular.

—Creía que después de la travesía de los Alpes estaría lista para todo —dijo ella levantándose y dirigiéndose al pequeño odre de agua colgado de uno de los palos maestros superiores de la tienda. Se puso debajo y lo abrió, dejando que el agua fresca la abofeteara y se le deslizara por el cuerpo, corriendo como un pequeño río tumultuoso en el valle entre sus senos—. En cambio, debo admitir que ese pantano ha sido peor.

Aníbal la miró tratando de distraerse con su cuerpo, con su belleza, pero el dolor en el ojo era tan fuerte que no lo consiguió. Desde hacía unos días habían salido del maldito pantano, que había literalmente diezmado a su ejército y matado a decenas de caballos y animales de tiro. Tras haber encontrado aquella llanura atravesada por un torrente, con bastante hierba como para permitir saciar el hambre de las bestias y el espacio suficiente para erigir el campamento, habían intentado recuperarse de aquella marcha terrible.

Hubiera debido estar excitado por su enésima hazaña, que habían celebrado con un día y una noche entera de festejos, acabando casi todos los víveres y las bebidas disponibles, seguros de poder aprovisionarse enseguida gracias a las aldeas etruscas que depredarían a lo largo del camino hacia Roma. Los sacerdotes habían dispuesto sus ritos sacrificales, y Manida se había desvelado por ofrendar un buey o una oveja para cada uno de los muchos dioses que velaban sobre el futuro de Cartago.

—Por favor, pide indulgencia por mis pecados —le había dicho Aníbal con la mente nublada por el hidromiel—. Y por mi maldito ojo.

Maruda había prometido que interpelaría a El en persona, además de a Elisa, Mot y Anat. Pero tampoco olvidaría a Ashtart, la diosa de la tierra y la fertilidad,

porque en los próximos meses necesitarían su apoyo para procurarse la comida necesaria para el ejército y abundantes pastos para los caballos, los animales de carga y los rebaños.

Sin embargo, el ojo de Aníbal no mejoraba; es más, tenía la impresión de que estaba cada vez peor. Le ardía de una manera increíble, provocándole un dolor que nunca había padecido, ni siquiera cuando había sido gravemente herido en batalla. Ahora apenas si conseguía mantenerlo abierto, y cuando lo hacía destilaba un humor amarillento y el dolor se hacía más intenso, obligándolo a cerrarlo de inmediato.

Sus médicos y sacerdotes no lograban comprender qué le había sucedido. Alguien decía que se debía al fango y al agua podrida del pantano que le había entrado en los ojos; otros, en cambio, no podían menos que coincidir con Maruda, quien sostenía que ése era el castigo de Mot a sus excesos, que aún no habían sido del todo perdonados.

—Debemos hacer más sacrificios —había sido la solicitud del gran sacerdote, pero Aníbal había respondido que ya habían hecho bastantes.

—Todos tenemos la barriga llena, no podemos matar más animales. Es desperdiciar su carne.

Maruda lo había mirado indignado y se había marchado, pronosticando que su testarudez irritaría aún más a Mot, y esto no llevaría a nada bueno, en primer lugar para la salud de su ojo.

Ahora Aníbal llevaba una venda atada de través sobre la cabeza, para mantener cubierto el ojo y absorber los humores fétidos que expurgaba continuamente. Desde hacía un día ya no conseguía abrirlo, y no sabía si, cuando lo hiciera, aún vería.

—¿Cómo está tu ojo? —dijo Himilce echándose hacia atrás el pelo mojado y acercándose.

Aníbal se encogió de hombros, procurando ocultar el dolor que hacía que le rechinaran los dientes.

—Se curará —respondió, dando por zanjada la conversación. Pero su esposa no era una mujer dispuesta a ceder tan fácilmente, sobre todo cuando se trataba de él y de su salud.

—Déjame ver —le pidió, intentando quitarle la venda del ojo.

—No es necesario —contestó Aníbal apartándose bruscamente—. Los médicos me lo controlan cada día. ¿Qué más podrías decirme tú?

—Soy tu esposa —se limitó a recordarle Himilce—. Déjame ver.

Aníbal dudó un instante, luego comprendió que no conseguiría hacer desistir a aquella mujer, de modo que aceptó y se fue a sentar en una banqueta para que ella pudiera mirarlo más fácilmente.

—Despacio —le dijo, mientras Himilce desataba la venda anudada en la nuca.

—¿Te duele, verdad?

En vez de responder, Aníbal emitió un gruñido, mitad de ira y frustración, mitad de dolor. Un dolor continuo, tan intenso que le parecía que antes o después la cabeza le estallaría, matándolo.

Cuando Himilce le quitó la venda y le miró el ojo, se estremeció por la sorpresa.

—¡Ha empeorado muchísimo! —exclamó, espantada. Aníbal sintió que el humor amarillento corría por su mejilla, como lágrimas pútridas impregnadas del fango del pantano, y se lo quitó con un gesto airado del dorso de la mano.

Ahora que ya no tenía la venda intentó levantar el párpado, pero sintió una punzada hiriente en el cerebro. Se vio obligado a cogerse de la banqueta para no caer al suelo.

—Voy a llamar a los médicos y a los sacerdotes —dijo Himilce, resuelta—. Es preciso hacer algo.

—¡No! —la detuvo Aníbal, cogiéndola por una muñeca—, Ya me han examinado mil veces, han probado todos los remedios a su disposición, y no ha servido de nada.

Himilce lo observó con miedo en la mirada.

—Ya he visto una infección como ésta —le desveló hablando en voz baja—.

La cogió un viejo en la aldea de mi padre, después de una herida banal que había descuidado.

—A mí no me han herido —le recordó Aníbal.

—Pero ese pus... es exactamente el mismo.

—¿Qué sucedió con aquel viejo? —le preguntó Aníbal.

Himilce vaciló un instante, luego respiró hondo y le contó la verdad:

—Seguía frotándoselo y mojándoselo con agua fresca, pero cada día estaba peor. Hasta que, de improviso, la infección se extendió también al otro ojo.

—¿Luego qué ocurrió?

—Primero quedó completamente ciego, y después murió —concluyó Himilce, apretando los dientes.

El silencio reinó en la tienda, y Aníbal intentó pensar con su habitual lucidez, aunque tenía la mente nublada por el dolor.

—No podemos correr el riesgo de que me suceda también a mí —dijo tras una pausa, decidido—. Quizá la infección se propaga desde el interior, por eso duele tanto... *dentro*.

—Entonces, ¿qué quieres hacer? —le preguntó Himilce, desesperada.

Aníbal levantó la cabeza y la miró con el ojo sano.

—Debemos extirparlo —dijo, con una seguridad que hizo vacilar a su esposa—. Si lo vaciamos, quizá cese la infección, y yo pueda continuar marchando hacia Roma a la cabeza del ejército. Veré perfectamente incluso con un solo ojo.

Himilce se llevó una mano a la boca, pero no rebatió sus argumentos.

—Deberás hacerlo tú —sostuvo Aníbal, haciéndola estremecer—. Sólo me fío de ti.

—No sé si podré —murmuró ella.

Aníbal se levantó, fue al brasero donde los tizones ardientes estaban siempre encendidos y echó leña encima. Cuando finalmente las llamas prendieron, cogió el cuchillo y lo puso sobre el fuego.

—Prepara agua y tiras de tela —dijo—. Después de que lo hayas extraído deberás limpiarme ese humor fétido. No debe quedar nada podrido, dentro de mí.

—Deja que llame a tus médicos —le imploró Himilce—. O a Maruda. El sabrá qué hacer.

Aníbal esta vez no replicó. Se limitó a mirarla con una intensidad que valía mil palabras, e Himilce salió a la carrera mordiéndose un labio. Cuando regresó con una bacía llena de agua y algunos trozos de tela limpios, el cuchillo ya estaba incandescente.

—Hagámoslo ahora —le dijo Aníbal tendiéndole el cuchillo y yendo a sentarse en la banqueta.

III

El dolor estaba comenzando a disminuir. Después de dos días y dos noches infernales, Aníbal finalmente había conseguido levantarse del camastro sin que la cabeza le diera vueltas y las punzadas en el ojo lo obligaran a acostarse de nuevo.

—Espera, te ayudo —le dijo Himilce aterrándolo por los hombros.

—Es extraño —murmuró él llevándose una mano a la venda que le cubría la órbita vacía—. Es como si el ojo aún estuviera en su sitio. Lo siento palpar, y me hace un daño terrible.

Himilce lo abrazó, y Aníbal sintió que temblaba. Debía de estar más espantada que él, y aunque había sido hábil cuando había hundido el cuchillo incandescente, arrancándole el ojo con una determinación y una eficiencia sorprendentes, lo que se había visto obligada a hacer debía de haberla trastornado, y aún le costaba recuperarse.

—Tengo que levantarme —afirmó él—. Hace demasiado tiempo que estoy aquí sin hacer nada. Debemos movernos.

Himilce lo miró, preocupada.

—No puedes ponerte en marcha, aún estás demasiado débil.

Aníbal le sonrió, le besó la frente y apretó los dientes para darse ánimos y levantarse. Se quedó sorprendido cuando se dio cuenta de que había sido más fácil de lo previsto. Sus piernas robustas temblaban un poco, pero estaba firme sobre sus pies y la cabeza no le daba vueltas.

—Moverme me sentará bien —le dijo, yendo a buscar agua y bebiendo ávidamente. Le ardía la garganta, como si una parte del calor liberado por el cuchillo candente que le había cauterizado las incisiones se le hubiera deslizado hasta el estómago.

Intentó mirar a su alrededor, para tratar de entender qué significaba orientarse con un solo ojo, pero tuvo una impresión vaga, suavizada por el hecho de que llevaba varios días sin usar el ojo izquierdo y, por tanto, de algún modo se

había acostumbrado a apañárselas con un solo ojo.

—Veo mejor de lo que esperaba —dijo, procurando aparentar más optimismo del que en realidad experimentaba.

—No te esfuerces demasiado —le rogó Himilce, llevándole una banqueta y obligándolo a sentarse—. Ahora debes comer algo. Te devolverá las fuerzas.

Aníbal sonrió.

—Tienes razón —le dijo—. Es más, te diré que tengo bastante hambre.

Ella corrió a atizar el fuego para calentarle algo, y Aníbal respiró hondo, intentando no pensar en el dolor que le atravesaba el cráneo.

Sentía el impulso de levantar la mano y rascarse el ojo herido, aunque sabía que no era más que un engaño de su mente, dado que debajo de la venda sólo tenía un agujero del que salían humores malolientes y algo de sangre. Himilce no paraba de limpiarlo y vendarlo, y él la dejaba hacer, porque se daba cuenta de que aquélla era su manera de no recordar lo que había hecho.

—Has sido muy hábil, ¿sabes? —le dijo, mientras ella ponía trozos de carne sobre el fuego—. Sin tu ayuda habría podido morir.

Himilce no respondió. Siguió cocinando dándole la espalda, pero por los ligeros temblores de los hombros Aníbal comprendió que estaba llorando.

«Mejor así —se dijo—. Las mujeres necesitan desahogarse con las lágrimas.»

Por su parte, sabía qué necesitaba para recuperar las fuerzas y la determinación que siempre lo habían distinguido: volver al mando de su ejército y espolear a sus hombres para ponerse en marcha, llegar a Roma y conquistarla para gloria de Cartago.

Aún estaba pensando en esto cuando dos sombras se perfilaron a la entrada de la tienda. Al correrse la cortina, vio entrar a Magón y Maruda, que se quedaron observándolo, sorprendidos.

—¿Qué significan esas caras? —les preguntó, divertido—. Me estoy recuperando. Se ve que los dioses han dejado de estar airados conmigo.

Magón relajó la frente y sonrió aliviado.

—Por suerte, todo ha ido bien —dijo.

—Mis sacrificios han dado resultado —afirmó Mamda, satisfecho—. Anunciaré personalmente a los generales y a los soldados que nuestro comandante se está recuperando.

—No —lo contradijo Aníbal—. Lo haré yo mismo. Pero ahora dejad que coma algo: tengo un hambre terrible.

Magón se echó a reír y abrazó a su hermano.

—¡Al menos ahora no cabrá duda de que soy el más guapo de la familia! —sostuvo, haciendo sonreír también a Aníbal, aunque el solo movimiento de estirar los labios le producía punzadas hirientes.

Aguantaría en silencio, porque había terminado el tiempo de yacer enfermo. Los hombres lo necesitaban, y los dioses, estuvieran más o menos irritados con él, deberían tomar nota de que nada conseguiría detenerlo.

IV

Cabargar le sentaba bien. Aníbal lo advertía en lo profundo de su corazón y su mente. Y de algún modo servía para hacerle olvidar el dolor del ojo, empujándolo a concentrarse en la marcha forzada a la que había espoleado a sus hombres.

Después de haber descansado y recuperado las energías perdidas en aquel maldito pantano, ahora parecían todos más determinados. El hecho de que él hubiera vuelto a la cabeza del ejército era la confirmación de que los dioses estaban con ellos y que la marcha victoriosa podría continuar.

Himilce había aceptado permanecer en el carro que avanzaba en la retaguardia, aunque se había quejado airadamente, porque pretendía cabargar a su lado, para cuidarlo.

—¿Cómo puedes pensar que conceda que una mujer cabalgue conmigo a la cabeza del ejército? —había protestado él, tratando de contener el enfado—. Me cuesta mantener un mínimo de dignidad, ahora que soy tuerto, imagínate si me dejara ver con mi esposa atendiéndome como a un niño.

Himilce había tratado de rebatir, pero luego se había contenido, había apretado los labios y asentido secamente.

—Está bien, haré lo que me pides —había aceptado al fin, aunque la expresión que le hacía dilatar las pupilas no era ciertamente benévola.

Pero, por suerte, era una mujer inteligente, y debía de haber comprendido sus preocupaciones.

—¡Aníbal! —lo llamó en aquel momento una voz a sus espaldas.

Se volvió sobre la grupa del caballo y vio llegar a gran velocidad a Paribio, con una expresión preocupada que le cortaba en dos la frente.

—¿Qué sucede? —quiso saber Aníbal.

El comandante de los correos cartagineses detuvo el caballo con un brusco

tirón de las riendas y respondió con tono agitado:

—He recibido dos noticias, una de un mensajero mandado por Asdrúbal y una de mis correos.

Aníbal lo miró, sorprendido.

—¿Qué esperas para hablarme de ellas?

Paribio se mordió un labio. Vio que también Magón se acercaba para entender qué estaba ocurriendo y esperó a que también el otro Barca estuviera con ellos para explicar la situación.

—Asdrúbal nos comunica una mala noticia. Vuestro sobrino Hannón ha sido capturado por los romanos, y se encuentra prisionero en una ciudad griega, Ampurias.

Aníbal escuchó impasible, luego, al ver que Paribio vacilaba, soltó:

—Has dicho que tenías dos noticias que comunicarme. ¿Cuál es la otra?

—Mis correos creen que han divisado a exploradores romanos. Se mantienen a distancia, como si quisieran vigilarnos sin entrar en contacto.

—¿Es una impresión o una certeza? —le preguntó Magón.

—No estamos del todo seguros —respondió Paribio.

—Eso significa que los romanos nos han localizado —dijo Aníbal.

—¡Debemos enfrentarnos a ellos! —gruñó Magón—. ¡Y luego regresar para liberar a Hannón!

—No digas tonterías —lo reprendió Aníbal—. No podemos hacer nada por él, salvo mandar a alguien para corromper a los griegos y darle la posibilidad de escabullirse.

—¡Los romanos lo estarán torturando! —protestó Magón—. Dame una escuadra de jinetes y deja que vaya a liberarlo.

—No —dijo Aníbal con decisión—. No podemos prescindir ni siquiera de un

hombre. Las legiones nos han localizado, y pronto buscarán batalla. Y quiero contentarlos.

Magón lo miró, incrédulo, amagó una réplica, pero luego dio un violento tirón a las riendas y se marchó.

—Diles a tus hombres que mantengan vigilados a los exploradores romanos —ordenó Aníbal a Paribio—. Deben dar a entender adonde nos estamos dirigiendo, pero sin revelar que se han percatado de su presencia.

—No creo que se hayan dado cuenta —confirmó Paribio.

—Bien —asintió Aníbal—. Entonces manda a otros exploradores por delante de nosotros, con un radio de acción lo más amplio posible. Tendrán que buscar el mejor terreno para entablar batalla con los romanos, o para tenderles una trampa.

Paribio empezó a alejarse, pero Aníbal lo detuvo.

—Mándame a uno de tus mensajeros más fiables. Tengo un cometido que confiarle.

—¿Quieres enviarlo a Ampurias?

—Hay apoyos, en aquella ciudad, que podemos intentar conseguir gracias al brillo del oro.

Paribio se lamió los labios, nervioso, luego se animó y dijo:

—Hannón podría estar muerto. El mensajero que nos ha traído la noticia ha tardado semanas en alcanzarnos.

—Le daré bastante oro para que pueda alcanzar un puerto y embarcarse —rebató Aníbal—. Más no puedo hacer.

V

Aquel sitio era maravilloso. En cierto modo, era un pecado que debiera convertirse en teatro de una masacre de hombres, por más que se tratara de los odiados romanos.

Aníbal miró a su alrededor, contempló las tranquilas aguas del lago, cuya superficie, sobre todo en la ribera, estaba poblada por cañaverales y numerosas variedades de plantas acuáticas.

A la izquierda, una baja cordillera montañosa hacía de collar rocoso a aquella parte del lago, creando un paso accesible para los soldados y los animales, aunque demasiado estrecho para alinear al ejército en posición de batalla.

El punto que daba acceso al valle que corría a lo largo de la orilla del lago era aún más estrecho, un desfiladero que se abría paso entre las rocas abruptas de las montañas que descendían hasta el agua, y que sólo permitía el paso de pocos hombres a la vez. Cuando el ejército romano pasara por allí y se adentrara en el valle, estaría del todo inerme ante el ataque sorpresa que él había urdido.

Aunque estaba a punto de llegar el verano, el alba era fría y húmeda, y Aníbal se ciñó el manto mientras, desde el lugar en que se encontraba, mantenía vigilado el paso montañoso por el que ya había aparecido la vanguardia romana.

—Espero que Maharbal consiga mantener en silencio a sus caballos —murmuró Magón, que después de haber dispuesto las últimas tropas en las montañas lo había alcanzado para seguir la batalla desde aquel punto de observación privilegiado.

—Les están dando de comer —respondió el hermano, apretando la espada, excitado—. Está todo listo.

Aníbal recorrió lentamente con la mirada la cordillera de montañas y colinas que tenía enfrente: parecían sin vida, aunque en realidad ocultaban a gran parte del ejército cartaginés, agazapado a la espera del enemigo. En las montañas que bordeaban el paso que permitía el acceso al lago, Aníbal había mandado disponer la caballería nómada de Maharbal y la celta, de modo que cerrasen la vía de escape a los romanos, cuando se desplegaran por el interior del valle.

Detrás de las crestas escarpadas, frente a las riberas del lago, estaban a la espera la infantería ibérica y la Africana, alternadas con escuadras de honderos de las Baleares que desde aquella posición harían estragos entre los romanos. Por último, los veteranos libios e ibéricos estaban al acecho a la altura del estrecho pasaje que permitía salir del valle, para cortar el paso por el desfiladero a cualquiera que intentase huir de aquella trampa mortal.

Hasta que los primeros exploradores romanos de la vanguardia habían aparecido en la niebla que se extendía uniforme sobre todas las cosas, confundiendo las aguas del lago con la tierra húmeda de la ribera, Aníbal no sabría si la trampa que había urdido funcionaría. Hacía dos días que el ejército cartaginés había entrado por aquel pasaje sinuoso y atravesado por pequeños torrentes impetuosos, pero el cónsul romano, según le habían informado los vigías de Paribio, había sido prudente, y en vez de continuar la persecución había ordenado disponer el campamento antes de la entrada del paso que permitía bajar al lago.

—¡Debemos convencerlos para que nos persigan! —refunfuñó Magón cuando los exploradores habían informado al consejo de guerra sobre los movimientos de los romanos.

—Es inútil, no son estúpidos —rebatía Maharbal—. Si no han dado batalla hasta hoy es porque están esperando refuerzos.

—Así es —confirmó Paribio—. He mandado otros exploradores hacia la Flaminia, para interceptar la llegada de las demás legiones consulares.

—Están muy lejos, tardarán demasiado tiempo —dijo Amidal, que ya había conquistado la confianza de Aníbal y participaba en el consejo como comandante del Escuadrón Sagrado—. Y conociendo la soberbia de los cónsules romanos, no creo que este que nos pisa los talones quiera dejarse escapar la oportunidad de derrotarnos, solo.

Magón rió.

—Tienes razón. Probablemente de noche sueña con volver a Roma triunfante, con nuestras cabezas clavadas en las picas de sus legionarios.

Carcajadas, gruñidos y comentarios salaces sobre la arrogancia de los romanos se prolongaron un tiempo, luego Aníbal desenvainó la espada y comenzó a trazar signos en el terreno. Todo el mundo calló y se apretó en torno a él, para ver lo que estaba dibujando.

—Este es el valle que corre a lo largo de las riberas del Trasimeno —explicó Aníbal—, Y éstos son los pasos de acceso y el punto de salida. Lo que tenemos que hacer es mandar una escuadra de exploradores al este, hasta las colinas que se entrevén desde la desembocadura del valle. Cuando estén allí, tendrán que encender unos fuegos y mantenerlos encendidos durante toda la noche. Deberán ser tantos como para que crean que nuestro ejército ya ha atravesado el valle y está acampado en las colinas, a la espera de partir al día siguiente.

Un murmullo de excitación se difundió entre los componentes del consejo de guerra, que siempre se sorprendían de la sagacidad de Aníbal.

—De este modo, deberían decidirse a proseguir la persecución —dijo Magón—, porque, en caso contrario, correrían el riesgo de perdernos de vista.

—Y entonces adiós gloria para el valiente cónsul romano —gruñó Maharbal, sarcástico, haciendo relampaguear los ojos en la tez oscura del rostro.

—Exacto —fue el comentario tajante de Aníbal, mientras con la espada seguía trazando signos sobre el terreno—, Y ésta será la posición de nuestras tropas, que se esconderán detrás de las montañas a la espera de que todas las legiones hayan pasado al valle. Una vez allí —levantó el puño izquierdo y lo apretó con fuerza—, les cerraremos cualquier escapatoria y los aniquilaremos.

A pesar de la seguridad de la que había hecho ostentación, Aníbal no estaba en absoluto seguro de que su truco funcionara. Los romanos disponían de exploradores perspicaces y experimentados. Bastaría incluso el más mínimo indicio de la presencia de los cartagineses entre aquellas montañas, como por ejemplo el relincho de un caballo, para estropearlo todo.

En aquel caso, Aníbal estaba decidido a hacer bajar a los hombres de las montañas y enviarlos abiertamente contra las legiones, porque estaba convencido de que la victoria sería, en cualquier caso, suya. Pero si su plan se concretaba, podrían diezmar a los romanos limitando al máximo las pérdidas entre sus filas, y esto sería el mejor salvoconducto para poder continuar la marcha triunfal hacia Roma.

Aún estaba pensando en esto cuando Magón le dio una palmada en un hombro y señaló en dirección al desfiladero entre las montañas. Una unidad de caballería ligera romana apareció en la niebla, se dispuso en abanico y comenzó a inspeccionar el terreno. Pocos instantes después los primeros legionarios a pie

comenzaron a afluir en el valle, cerrando filas y avanzando con cautela, lo cual, sin embargo, no le impidió a Aníbal darse cuenta de que todo había ido como había previsto.

—Ya estamos —murmuró a su hermano, deslizándose hacia atrás y agachándose para correr hacia la unidad del Escuadrón Sagrado, que encabezaría él mismo.

—¿Qué debemos hacer con el cónsul? —le preguntó Magón.

—Matadlo —fue la respuesta de Aníbal—. No necesito mercancía de intercambio. Me basta con que Roma entienda que nada nos detendrá.

VI

Alaridos de cólera y de dolor, gritos de alegría, cantos, quejidos desgarradores. Ese coro infernal acompañaba cualquier batalla, y Aníbal creía haberse acostumbrado a ello, pero cada vez se estremecía hasta los huesos, mientras veía chorrear la sangre del filo de la espada y chupaba su sabor metálico en los labios.

En tanto que sus hombres estaban exultantes y loaban su nombre, blandiendo altas las espadas y las picas sobre las cuales habían izado las cabezas de centenares de romanos, los lamentos de los heridos se oían por doquier, y la sangre había transformado el terreno en una hez densa y resbaladiza por la que no era fácil caminar.

Los cadáveres estaban amontonados los unos encima de los otros, con miles de astas de flechas clavadas en las carnes, las armaduras y los escudos. Hasta el agua del lago había cambiado de color, volviéndose marrón a causa del increíble número de muertos que habían derramado en ella su propia sangre.

—¡Fue una victoria que los hombres y los dioses recordarán para siempre! —gritó Magón, excitado. Estaba cubierto de sangre de pies a cabeza, y, mirándolo, Aníbal imaginó que no sería muy distinto de su hermano, en aquel momento. Sentía la sangre en los labios, la cara, los brazos y las manos, y un par de veces, mientras blandía la espada para hacer estragos entre los enemigos, había tenido la impresión de que podía escapársele de la mano, de tan resbaladiza que era la empuñadura.

—¡Esta noche nadie dormirá! —exclamó Maruda levantando al cielo el rico yelmo emplumado de un tribuno romano—. Sacrificaremos a los dioses nuestros mejores animales, y les agradeceremos la victoria que nos han concedido.

Aníbal contuvo a duras penas una mueca. Los dioses no le habían dado nada, pensó. Aquella victoria la habían conquistado solos, con la astucia y el engaño, pero también con una energía inagotable, que había hecho una escabechina en las legiones romanas.

Sin embargo no dijo nada, porque sabía que sería un mal augurio impedir que Maruda celebrara la victoria. Y, además, los hombres lo necesitaban, porque

después de la furia de los combates ahora se hallaban todos en un estado confuso y excitado, ajenos al horror de las articulaciones mutiladas, las cabezas cortadas y los ríos de sangre que bañaban la tierra.

—¿Dónde está el cuerpo del cónsul romano? —preguntó a Magón limpiando la espada con un borde del manto y envainándola.

El hermano extendió los brazos y se echó a reír, borracho de sangre y de muerte.

—En alguna parte, por aquí —respondió—. Si quieres hurgo entre los restos para tratar de juntar los pedazos.

También los otros comandantes se echaron a reír, conjurando de ese modo la sensación de repugnancia que, Aníbal estaba seguro, los embargaba a todos, provocándoles náuseas que apenas si podían contener. El mismo, si hubiera podido, en aquel momento se habría arrodillado y habría vomitado la ira y la hiel que le ardían en el vientre.

Sin embargo, no era el momento de dejarse llevar por los remordimientos de la guerra. Debían celebrar la increíble victoria, que les había permitido aniquilar a dos legiones consulares con mínimas pérdidas, tan escasas que no retrasarían la marcha de Aníbal hacia Roma ni siquiera un día.

—Si lo encontráis —dijo, sorprendiendo a todos—, dadle sepultura.

* * *

—¿Cómo está tu ojo?

—Bien —respondió Aníbal—. Casi no me duele.

—Déjame ver —dijo Himilce extendiendo las manos para desatarle la venda.

—No —la detuvo él—. No es un espectáculo bonito.

Himilce rió y lo besó en la punta de la nariz.

—Estate tranquilo, la fascinación del gran guerrero continúa intacta, por lo que a mí respecta. Incluso con un ojo menos.

El gruñó, poco convencido, pero luego dejó que su esposa le desatase la venda, que aún ahora absorbía los extraños fluidos que salían de la órbita vacía. No era exactamente sangre, ni tampoco aquel líquido denso y maloliente que le chorreaba antes de que Himilce le hubiese arrancado el globo ocular. Pero no paraba de salir, y la venda que él se ataba en torno al ojo no le servía sólo para cubrir aquella obscena cavidad, sino también para evitar tener que limpiarse constantemente la mejilla.

—A mí me parece que va bastante bien —afirmó Himilce limpiándole el contorno de la órbita con la punta de un paño limpio que había empapado con agua—.

Y cuando hayamos regresado a Cartago, podrás consultar a uno de aquellos mercaderes griegos que venden ojos de vidrio. Hay algunos tan bien hechos que parecen de verdad.

Aníbal hizo una mueca.

—Nunca me meteré uno de esos objetos. Prefiero llevar una venda en el ojo.

—He oído que los romanos han progresado aún más que los griegos, en esas cosas —continuó Himilce, impertérrita—. Cuando hayas conquistado la Urbe, podrás reunir a los mejores artesanos y ver qué pueden proponerte.

Aníbal la miró con su único ojo.

—No creo que esto ocurra tan pronto —dijo.

Himilce se detuvo y lo miró, sorprendida.

—No entiendo.

Aníbal respiró hondo y trató de explicarle aquello en lo que había meditado durante toda la noche, mientras en el campamento cartaginés los cantos, las risas y las celebraciones continuaban acompañados de ríos de hidromiel y unas extrañas bebidas ofrecidas por los mercaderes etruscos que se habían sumado a su caravana. Dentro de pocas horas hablaría al consejo de guerra, explicando sus decisiones, e Himilce podía ser un buen banco de prueba para entender si sus argumentos eran válidos o no.

—Considero que es demasiado peligroso apuntar a Roma, en este momento

—dijo, procurando poner orden en sus pensamientos—. Esa ciudad tiene muros demasiado poderosos y un gran número de legiones alineadas en su defensa. Sería imposible tomarla, con las fuerzas disponibles.

Himilce lo miró, inclinando la cabeza.

—Sin embargo, acabáis de obtener una increíble victoria —dijo—. En Roma se difundirá el pánico, cuando se enteren, y quizá muchos soldados deserten. No es la primera vez que sucede y...

—No con los romanos —la interrumpió Aníbal—. Podemos decir lo que sea sobre esa gente, pero no que sean cobardes o que no estén dispuestos a batirse hasta la muerte, con tal de defender a su patria.

—Entonces, ¿qué quieres hacer? —le preguntó Himilce.

—Debemos seguir depredando Italia —respondió Aníbal, convencido—. Movernos como una nube de langostas que lo destruye todo a su paso, persuadiendo a las poblaciones locales de que su único modo de sobrevivir es abandonar la alianza con Roma y ponerse de nuestra parte. Si esta estrategia da frutos, pronto nuestro ejército crecerá desmesuradamente, y a la vez los romanos perderán los recursos para volver a crear sus legiones, a medida que las aniquilemos. Necesitamos combatir cara a cara con los romanos en el campo de batalla. Sólo así nuestra supremacía táctica y militar conseguirá vencerlos. Si asediamos Roma, corremos el riesgo de acabar acorralados por todas las legiones que afluirán hacia la Urbe.

Aníbal calló, e Himilce volvió a mirarlo sólo durante un momento, luego bajó la mirada.

—¿Qué pasa? —le preguntó Aníbal—. ¿No te parece sensato?

—Incluso demasiado —respondió ella—. Confiaba en una conclusión más rápida de esta guerra.

Aníbal comprendió finalmente qué la angustiaba.

Y comprendió además por qué las esposas no eran demasiado gratas en las campañas militares: te recordaban otra vida, las alegrías y las comodidades de un mundo que no estaba hecho de metal, sangre y continuo deseo de matar.

—Lo sé —le dijo, abrazándola—. Nuestro hijo nos está esperando. Cartago nos está esperando. Pero hasta que no haya terminado, no puedo regresar.

La apartó ligeramente de sí, con dulzura, y le pasó las manos por el pelo.

—Pero tú sí, tú puedes hacerlo, en cualquier momento. Ahora sabes que me las apañaré. Deja que te haga escoltar a un puerto que no nos sea hostil y que Amidala te procure sitio en una nave, para que puedas regresar con nuestra familia. Tendrás noticias de mí con frecuencia, no tendrás nada de qué preocuparte.

Las lágrimas que le habían aparecido en los ojos no consiguieron mitigar la dureza de su expresión cuando hinchó las mandíbulas y le respondió:

—No, no te dejaré. No después de todo lo que hemos pasado. Yo también iré contigo, hasta el final, adondequiera que nos lleve esta locura.

—¡No es una locura! —soltó él, sin poder evitar un gesto de cólera—. Es la misión a la que estaba consagrado mi padre y que me ha transmitido por derecho de sangre. Y yo quiero honrar las promesas que hice ante su pira funeraria.

Himilce renunció a replicarle. Se limitó a estrecharse de nuevo a él, dándole a entender que no le resultaría fácil deshacerse de ella. Bien pensado, Aníbal comprendió que prefería enfrentarse con mil legiones romanas, que obligarla por la fuerza a regresar a Cartago.

«Si eso es lo que quieren los dioses —pensó sin escatimar una buena dosis de sarcasmo—, entonces los contentaré.»

Ahora tenía que explicar su plan al consejo de guerra. Pero después de superar la prueba con Himilce, sabía que se trataría de un mero trámite.

CAPÍTULO XI

218—217 a. C.

Ariminum (Italia)

I

Para Publio, el cónsul Cneo Servilio Gémino era un hombre inteligente, pero demasiado prudente. Había hecho construir empalizadas, fosos defensivos y torretas de observación, como si tuviera la certeza de que Aníbal pasaría por allí para conquistar Ariminum y hacer de ella una base operativa desde la que extender sus conquistas en suelo itálico, hasta llegar al pie de los muros de Roma.

En realidad, aunque ya era primavera avanzada, no había rastro del ejército cartaginés. Los exploradores sólo tropezaban con reducidos grupos de galos que realizaban correrías en las aldeas aliadas de Roma, pero nada que hiciera presagiar un inminente ataque por parte de Aníbal, que parecía haber desaparecido en la nada con sus hombres.

—Probablemente se haya escondido en algún valle de los Apeninos —repitió por enésima vez el cónsul mientras picoteaba de una bandeja trozos de carne de jabalí cortados en tiras delgadas y cocidos sobre piedra.

—He mandado exploradores a todas partes —le recordó Cayo Atilio—. No han visto nada, y un ejército de esa entidad no puede desaparecer en la nada.

—Entonces, ¿qué sugieres? —le preguntó Marco Varrón, uno de los tribunos de los que a Servilio Gémino le agradaba rodearse. Publio participaba en el banquete sólo porque era el hijo de Cornelio Escipión, y si este privilegio era visto con benevolencia por el cónsul, era evidente que a los demás presentes, salvo quizá a su comandante inmediato, Cayo Atilio, les provocaba una mezcla de ira y fastidio.

—Enviemos algunos mensajeros al cónsul Flaminio —intervino Publio, captando al instante la vacilación de Cayo Atilio.

Todos se volvieron a mirarlo.

—¿Y qué podría decirnos de tan interesante nuestro querido Flaminio? —le preguntó Servilio Gémino, divertido, mientras los demás no se preocupaban de ocultar su desacuerdo.

—También ellos habrán enviado exploradores —respondió Publio—. Si localizaran a Aníbal y uno de nuestros mensajeros estuviera disponible, nos podría

avisar rápidamente y podríamos movernos para coger a los cartagineses por sorpresa.

—Muy astuto —chilló Marco Varrón con una mueca de burla—. Pero ¿por qué mandar a nuestros mensajeros? Si Cayo Flaminio localiza a Aníbal nos mandará los suyos.

Publio escrutó, ceñudo, al tribuno, preguntándose si de verdad era un estúpido o si estaba intentando ponerlo en apuros.

—Publio tiene razón —intervino Cayo Atilio, adelantándosele—. El cónsul Flaminio podría... *vacilaren* advertirnos, si pensara que puede resolver solo la disputa con los cartagineses.

—Sería un loco —murmuró Servilio Gémino, bostezando aburrido.

—Pero podría tomar una decisión por el estilo —insistió Publio—. En el fondo, él representa los intereses de la plebe, y si consiguiera obtener una victoria contra Aníbal, pasaría por debajo del arco de triunfo ante una multitud como Roma nunca ha visto.

Durante un momento se hizo el silencio, luego el cónsul, ya con aire indignado, se levantó del triclinio e hizo un gesto con la mano, ordenando a todos que lo dejaran solo.

—Tú no —ordenó a Publio, cuando él también se levantó para salir de la habitación.

Al quedarse a solas, el cónsul, con las manos cruzadas detrás de la espalda, lo miró con una extraña expresión.

—¿Crees de verdad que Aníbal puede haber decidido atravesar los Apeninos para dirigirse hacia Arretium? —le preguntó.

—Si hubiera elegido la Flaminia —respondió Publio—, a estas horas nuestros exploradores habrían entrado en contacto con su ejército.

Servilio Gémino apretó los dientes con una mueca airada e hizo un gesto con la cabeza.

—No puedo dejar que ese plebeyo se atribuya todo el mérito de derrotar a los

cartagineses —murmuró tan débilmente que Publio creyó que estaba pensando en voz alta.

—Francamente, dudo que con tan sólo dos legiones se pueda vencer a Aníbal —rebatíó, obligando al cónsul a levantar la mirada otra vez hacia él.

—Lo sé, tú crees que Aníbal es imbatible —bufó—. Nos lo habrás dicho mil veces.

—Imbatible, no. Sólo muy peligroso. Y tenaz. Por eso no lo subestimaría.

—¿Acaso crees que yo lo hago? —le preguntó el cónsul, irritado.

—No lo sé —respondió Publio—. Pero quizá lo haga Gayo Flaminio Nepote. Y eso significaría un gran problema para Roma.

Servilio Gémino permaneció en silencio, meditando sobre las palabras de Publio.

—De acuerdo —dijo al fin—. Organizaré un servicio de correos entre los dos ejércitos consulares, para mantener el contacto y para que nos movamos lo más rápidamente posible en el momento en que Aníbal reaparezca de los infiernos en que se ha escondido.

Publio contuvo con dificultad una sonrisa, luego se llevó el brazo al pecho y salió. Su padre habría estado orgulloso de las inesperadas dotes diplomáticas que había conseguido emplear para amansar a Servilio Gémino.

Ahora únicamente debían esperar a que Aníbal cayera, solo, en la trampa que las legiones estaban organizando contra él.

II

—¡Dejad que yo también vaya! —exclamó Publio espontáneamente.

Tanto el cónsul como Cayo Atilio se volvieron para mirarlo, sorprendidos. En la ciudadela fortificada de Ariminum las actividades bullían de manera espasmódica, después de que los tribunos militares y los centuriones hubieran hecho circular la orden de levantar las tiendas y disponerse a partir. Todos los hombres debían recomponer los manípulos que componían las legiones y las unidades aliadas, y estar listos para ponerse en marcha antes de que el sol señalase la hora sexta.

Pero la caballería romana, al mando de Cayo Centenio, ya estaba dispuesta para partir, y los caballos piafaban dilatando los ollares, mientras se realizaban los últimos preparativos.

La noticia, que había llegado al alba gracias a uno de los mensajeros que iban y venían entre Ariminum y Arretium, donde estaban acampadas las legiones de Cayo Flaminio Nepote, había logrado sacudir la atmósfera somnolienta del *castrum*. Según el mensajero, Aníbal y su ejército habían reaparecido misteriosamente en Etruria, como si un sortilegio los hubiera materializado más allá de los Apeninos y de los territorios pantanosos que ningún hombre sano de mente habría intentado atravesar, y ahora estaban saqueando las aldeas dejadas indefensas por Flaminio, que nunca hubiese esperado semejante movimiento.

Cuando Servilio Gémino había preguntado enfadado qué movimientos tenía previstos el otro cónsul para detener el avance de Aníbal, el mensajero había negado con la cabeza, amargado.

—Ya no es posible interceptar a los cartagineses y acorralarlos —había revelado, entre el estupor de los tribunos militares y de todo el Estado Mayor—, Flaminio los está persiguiendo, y pide la ayuda inmediata de todas las fuerzas disponibles, sobre todo de la caballería, que podría alcanzarlos a tiempo para prestar su auxilio en caso de batalla.

Ante aquellas palabras, que confirmaban las sospechas de Publio, a Servilio Gémino le había costado contener la ira.

El dilema del cónsul era bastante extraño: si mandaba su caballería, ayudaría a Flaminio a ganar y a atribuirse el triunfo por aquella magnífica hazaña, pero si no lo hacía y su colega era derrotado... Roma lo consideraría responsable del desastre.

Así, después de haber consultado largamente con sus oficiales, Servilio Gémino había decidido levantar el campamento y poner en movimiento las legiones. Cayo Centenio, el comandante de la caballería, partiría con cuatro mil jinetes para acudir corriendo en socorro de Flaminio, con la orden perentoria de lucirse durante los enfrentamientos y reclamar una parte de gloria también para su cónsul. Entre tanto, las legiones avanzarían a marchas forzadas, en el intento de llegar al lugar del enfrentamiento antes de que la batalla hubiera terminado, contribuyendo así de manera decisiva a la victoria de Roma.

Publio, que no había participado en el consejo de guerra, al enterarse de las novedades se había precipitado de inmediato a ver al cónsul, precisamente cuando Cayo Atilio y Cayo Centenio estaban discutiendo los últimos detalles antes de que partiera la caballería, y sin pensárselo había planteado su petición.

No sabía por qué quería formar parte del pelotón que alcanzaría primero a Flaminio, quizá para zambullirse en una batalla furibunda o acaso sólo para engrosar las filas del otro ejército consular, pero sabía que no podría resistir demasiado aquel clima de indecisión y verse obligado a mantener el caballo al paso para avanzar con su escuadrón junto con los legionarios de a pie.

—No es necesario —dijo Cayo Centenio, mirándolo con dureza—. Mis hombres serán más que suficientes para barrer a la caballería enemiga.

Publio negó la cabeza.

—No tienes ni la más mínima idea de lo que te encontrarás enfrente —le dijo, recordando a los letales jinetes núbidas y la habilidad con la que cabalgaban—. Para vencerlos deberíamos ser al menos dos veces más numerosos, de otro modo...

—Tu escuadrón se necesita aquí —lo interrumpió, tajante, Cayo Atilio, mirándolo con irritación—. No podemos quedarnos sin la caballería.

—Mis hombres se quedarán —replicó Publio, exasperado—. Iré yo solo con Cayo Centenio.

Los tres intercambiaron largas ojeadas, luego el cónsul dio un paso hacia delante y lo miró inclinando la cabeza de costado.

—Creo que empiezo a comprender tu extraña actitud —le dijo, con voz tan baja que sólo él podía oírlo—. Estás tratando de reparar el deshonor de tu padre, ¿verdad? Por eso te empeñas tanto y pretendes ser uno de los primeros en levantar la espada contra Aníbal.

Publio amagó una réplica, pero el cónsul lo calló alzando bruscamente una mano y continuó, ahora en voz bastante alta para que también los demás pudieran oírlo:

—Centenio irá solo y combatirá por su cónsul al lado de Flaminio Nepote. Si la batalla dura bastante, nosotros conseguiremos alcanzarlos, y los ejércitos consulares reunidos masacrarán a esos cartagineses.

Publio habría querido protestar, pero una torva mirada de Cayo Atilio le dio a entender que se estaba excediendo.

—Está bien —dijo, dando bruscamente media vuelta y alejándose.

Aquellos necios no sabían con quién se las veían. Continuaban subestimando a Aníbal y manteniendo sus complejas disputas de poder, deslumbrados por el espejismo de la victoria y del triunfo que conseguirían. Anteponían la gloria personal al riesgo que corría Roma, y éste era un error gravísimo.

No es que Publio dudara del hecho de que las legiones estuviesen en condiciones de detener el avance de los cartagineses y aniquilarlos, pero sabía de qué pasta estaba hecho el enemigo, y ya no quería subestimarlo, como le había ocurrido a su padre.

Mientras entraba en su tienda y llamaba a Versilio a voz en cuello para que le sirviera de beber, trató de calmarse y razonar con la mente fría, como siempre había hecho.

Quizá Servilio Gémino se había comportado de la mejor manera, intentaba hacer lo posible para asegurar a Flaminio un socorro inmediato y, a la vez, evitaba renunciar a participar en la batalla, engrosando así las filas del ejército que se opondría a Aníbal.

El verdadero problema era uno solo: ¿sus legiones llegarían a tiempo al lugar de la batalla?

No lo sabía, pero para sus adentros confió en que así fuera.

III

Los soldados ya estaban cansados y sudados, con los pies cubiertos de llagas y devorados por el hambre, porque los centuriones los espoleaban a comer durante la marcha, y lo que conseguían picotear lo consumían de inmediato por el gran esfuerzo que estaban realizando, de modo que parecía que llevaban días en ayunas.

También Publio, que avanzaba montado sobre su caballo, se sentía agotado, con las piernas doloridas y las nalgas insensibles. Hasta su bestia tenía el cuerpo cubierto por una capa de sudor que, por debajo de la manta, sobre el lomo, se había transformado en una espuma que resbalaba por los flancos.

Cneo Servilio Gémino estaba demostrando una determinación y una voluntad encomiables, pero quizá excesivas. Si seguían avanzando a aquel ritmo durante los próximos días, las legiones llegarían extenuadas a Etruria, y en el enfrentamiento con Aníbal podrían hacer muy poco.

—Alguien debe ir a hablar con el cónsul —se lamentó por enésima vez Marco Aurelio Seciano, que cabalgaba a su lado. Era evidente que creía que Publio debía hacerse portavoz de las quejas no sólo de su escuadrón, sino de todos los hombres que componían la larga caravana de legionarios en camino.

—Sería inútil —rebatía él, lanzando una ojeada furibunda al sol que resplandecía alto y abrasaba en aquel día de finales de primavera. Nunca como en aquel momento Publio habría deseado un poco de lluvia, al menos para aliviar la canícula infernal que subía del terreno y limpiar a hombres y animales, todos cubiertos de sudor y polvo.

Las unidades de caballería viajaban sobre los flancos de las legiones en marcha, tratando de garantizar una cobertura suficiente para poder intervenir en caso de ataques por sorpresa. En realidad, habían quedado tan pocos jinetes, después de que Cayo Centenio había espoleado a sus hombres hacia Etruria, que Publio se había visto obligado a disponer a su escuadrón a lo largo de un perímetro vastísimo, transformando de hecho las unidades de caballería en correos encargados de inspeccionar las zonas de su competencia.

Era una situación que no le gustaba en absoluto, pero que no había hecho cambiar de opinión al cónsul, cuando él y otros comandantes fueron a expresarle su

preocupación.

—Haz al menos un intento —le imploró Marco Aurelio—. Un alto de diez minutos no le hará olvidar su cita con la gloria y permitirá que nosotros recuperemos un poco el aliento.

Publio bufó irritado, pero luego comprendió que Marco Aurelio tenía razón. Continuar a aquel paso sería una locura, y si nadie tenía el valor de enfrentarse al cónsul para procurar abrirle los ojos, aquel cometido le tocaría a él.

«Recuerda siempre quién eres», le resonaban de nuevo las palabras de Versilio en la mente.

—Está bien —aceptó al fin, girando bruscamente el caballo para alcanzar el gran carro en el que viajaba el cónsul—. Veré qué puedo hacer.

Cabalgó sintiendo encima no sólo la mirada esperanzada de Marco Aurelio, sino también de muchos otros jinetes y legionarios, y comprendió que aquel absurdo suplicio debía terminar. No tenía sentido extenuar a los hombres, si el objetivo al que apuntaban era un ejército enemigo, que tendría las de ganar con unos legionarios cansados y hambrientos.

Localizó el carro en que viajaba el cónsul y se acercó, pero, precisamente en aquel instante, algunos hombres a caballo aparecieron desde el este, lanzados al galope. Una centuria se separó del grueso del grupo y se dispuso en línea de defensa para enfrentarse a los recién llegados, pero de inmediato quedó claro que se trataba de mensajeros romanos, y los legionarios volvieron a las filas.

Publio vio que los recién llegados conversaban con un centurión, que les señaló el carro del cónsul, y dedujo que serían unos mensajeros que llegaban del frente.

Clavó los talones en los flancos del caballo y alcanzó a los mensajeros en las cercanías del carro consular.

Cneo Servilio Gémino oyó que uno de sus tribunos militares lo reclamaba y se asomó del interior del carro, donde estaba resguardado a la sombra, bebiendo vino y comiendo fruta.

—¿Qué sucede? —preguntó mientras los mensajeros se apeaban del caballo y se aproximaban batiendo los brazos sobre el pecho.

—Tenemos noticias de Cayo Flaminio Nepote —respondió el más alto de los dos, un hombre macizo y con una poblada barba negra.

—¿Qué noticias? —quiso saber Servilio Gémino.

El mensajero dudó un momento antes de responder, luego lo hizo con voz calma y neutra, como si estuviera recitando de memoria un despacho que hubiese recibido la orden de entregar al cónsul:

—Los cartagineses han tendido una trampa a las legiones de Cayo Flaminio, en las riberas del lago Trasimeno. Nuestros hombres han sido diezmados.

El cónsul abrió desmesuradamente los ojos, atónito.

—¿Y Cayo Flaminio? —preguntó.

—Ya no hemos tenido más noticias —respondió el mensajero—. Presumimos que ha muerto.

Por un momento, Publio se sintió desfallecer, pero logró mantenerse firme en las bridas del caballo. Habría querido hacer mil preguntas a aquel hombre, pero no sabía por dónde comenzar.

—¿Qué ha ocurrido con Cayo Centenio y con mi caballería? —preguntó el cónsul, con voz temblorosa.

—Han sido aniquilados también ellos —respondió el mensajero, con un quiebro en la expresión rígida que había mantenido hasta aquel momento—. Nosotros somos todo lo que queda de la caballería de Cayo Flaminio Nepote y de Cayo Centenio.

Publio escrutó al hombre para entender si era un mentiroso o sencillamente un loco. Detrás de él había un puñado de jinetes cubiertos de polvo y con las miradas espantadas, no era posible que fuera todo lo que quedaba de la caballería consular.

—Si lo que dices es verdad, esto es una catástrofe —murmuró el cónsul, expresando los mismos pensamientos que Publio.

—Los cartagineses nos han perseguido durante dos días —continuó el mensajero—. Hemos conseguido salvarnos sólo porque teníamos caballos más

frescos que ellos.

El cónsul miró a su alrededor, aturdido. Encontró la mirada de Cayo Atilio, que se había acercado y lo había escuchado todo, luego la de Publio, y sólo consiguió mover la cabeza.

—Entonces todo está perdido —dijo, desplomándose en el interior del carro.

—¡No! —exclamó Publio—. Cayo Flaminio habrá opuesto resistencia, probablemente haya cansado a los hombres de Aníbal, antes de morir. Debemos continuar la marcha, alcanzar a los supervivientes de la batalla, unirnos a ellos y atacar a esos hijos de perra antes de que consigan reorganizarse. ¡Podría ser nuestra ocasión de aniquilarlos definitivamente!

Servilio Gémino lo miró como si estuviera loco.

—¿De qué estás hablando? —le preguntó—. No hay nada que podamos hacer. ¡Aníbal ha derrotado a Cayo Flaminio y sus legiones! —Su voz había sido un continuo crescendo, hasta aquella última exclamación chillona que había hecho que se ruborizara—. Debemos volver atrás, alcanzar Ariminum y mejorar los sistemas defensivos de la ciudad. Nuestra única esperanza es enrocarnos tras los muros y mandar mensajeros a Roma para informarles.

Publio no podía dar crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Y dejarás que Aníbal no tenga más obstáculos en su marcha hacia Roma? —le preguntó.

El cónsul hizo una mueca.

—Hay otras legiones listas para esperarlo. Y los muros de Roma son tan robustos que nunca conseguirá abatirlos. El cartaginés sería un loco si tratara de atacar la Urbe.

Publio sacudió la cabeza maravillado y disgustado al mismo tiempo. Iba a rebatir, pero Cayo Atilio se adelantó y lo precedió, con tono determinado.

—El cónsul tiene razón —dijo—. En este momento no sabemos con qué fuerzas puede contar Aníbal, por tanto, sería demasiado arriesgado intentar enfrentarnos a ellos, sobre todo sin caballería. Debemos replegarnos en Ariminum, mandar mensajeros a Roma y esperar órdenes del Senado. Os recuerdo que el

cónsul Cayo Flaminio Nepote ha muerto como un héroe, caído en batalla para defender su patria. Debemos honrarlo ante los dioses y esperar a que se elija a un sucesor.

A Publio le costó contener su ira. Aquellos cobardes sólo pensaban en sí mismos, en las relaciones de poder y en los nombramientos que podían derivar de las destrucciones provocadas por la guerra, tal como había ocurrido con su padre. Y no se daban cuenta de que, de este modo, brindaban a Aníbal la posibilidad de llegar a un paso de Roma y someterla a asedio. Algo inconcebible hasta hacía algunos meses, que ahora se estaba convirtiendo en una absurda realidad.

—Os ruego que reconsideréis la situación —dijo Publio, dirigiéndose al cónsul y a Cayo Atilio—. Estamos cometiendo un error garrafal.

—¿Quién eres tú para explicarme qué es correcto y qué es equivocado? —lo encaró con ira Servilio Gémino—. ¡He tomado mi decisión, y tú obedecerás las órdenes!

Publio se dio cuenta de que rebatir significaría empeorar las cosas, así que calló, pero sin evitar dirigir al cónsul y a Cayo Atilio una mirada llena de cólera y desprecio.

—¡Nos replegamos hacia Ariminum! —gritó Servilio Gémino.

Las órdenes corrieron de boca en boca, atravesando toda la larga caravana de legionarios a la espera, hasta que los centuriones y los tribunos pusieron de nuevo en marcha al ejército.

Publio se vio obligado a sumarse a la fila, pero en su interior había entendido que ya no tenía ningún sentido quedarse al lado de Cneo Servilio Gémino. Si Aníbal iba hacia Roma, él haría lo mismo.

IV

—Pero ¿para qué? —le preguntó Marco Aurelio, realmente incapaz de comprender su decisión—. Ahora sabemos que Aníbal no se dirige a Roma. Se está alejando. Ese cobarde probablemente nunca tendrá el valor de desafiarnos abiertamente. Se conforma con depredar pequeñas aldeas y ciudades sin ninguna relevancia estratégica. Te necesitamos aquí.

Publio suspiró. No sería fácil, para él, explicar a su amigo todos los motivos que lo habían impulsado a recoger sus bártulos y disponerse a partir hacia Roma. Versilio también estaba preparado, sentado en el pescante del pequeño carro en el que había cargado todas sus cosas.

—Te agradezco tus palabras —se decidió a responder—, pero la decisión está tomada. En Roma me esperan asuntos importantes.

Vio que en los labios de Marco Aurelio se dibujaba una mueca y comprendió que se había equivocado de táctica. Cuando se entrevistó con Servilio Gémino para ponerlo al corriente de su resolución había sido distinto: el cónsul pertenecía a su misma clase patricia, sabía que un Escipión tenía deberes que trascendían aquellos ligados al servicio en las legiones, sobre todo tan lejos de los lugares de los enfrentamientos con los cartagineses.

En su fuero interno, Publio no tenía mayor deseo que medirse con Aníbal, pero también entendía que no podía pensar sólo en sí mismo. Versilio no perdía ocasión para recordárselo, con su amable pero punzante ironía.

Y Publio, por más que al principio hubiese intentado ignorarlo, se había dado cuenta de que tenía razón. Su madre se había quedado sola en Roma, sin un hombre que pudiera desempeñar el papel de *pater familias* que competía a su padre. Y luego estaban los acuerdos con la familia de Lucio Emilio Paulo, que lo obligaban a consolidar las relaciones de la *gens* Cornelia con la de los Emilios, sobre todo en aquel momento difícil en que la presencia de su facción en el Senado era fundamental para oponerse a la invasión de los tribunos de la plebe, que adquirirían cada vez mayor poder.

—Mi padre y mi tío están en Iberia, combatiendo contra Asdrúbal Barca —empezó, cuando el cónsul le concedió audiencia—. Han capturado a Hannón, y

esto podría ser una ventaja formidable para nosotros, porque obligará a Aníbal a permanecer lejos de Roma durante aún mucho tiempo. Mi hermano es demasiado joven. Sólo quedo yo para cumplir con mis obligaciones familiares.

Servilio Gémino le lanzó una mirada distraída, luego movió lentamente la cabeza y cortó el aire con un gesto afectado de la mano.

—Así que quieres regresar a Roma —se limitó a constatar.

—Me espera la hija de Lucio Emilio Paulo —asintió Publio, dando a entender lo poderosa que sería su familia.

—En ese caso, no puedo sino darte la razón —afirmó el cónsul. Sabía que su cargo sólo duraría un año y no quería enemistarse con el futuro *pater de* la coalición entre dos de las más poderosas familias de Roma. El mismo pertenecía a la aristocracia de la Urbe, y se consideraba más un político que un militar—, Pero antes de partir, deja el mando de tu escuadrón a un hombre en el que pueda confiar.

—Marco Aurelio Seciano estará dispuesto a morir por ti —le explicó Publio, sintiéndose más aliviado ahora que se había quitado de encima el peso que lo atormentaba desde hacía días—. Confío en él como en mí mismo.

—Bien —concluyó el cónsul, agitando otra vez la mano y dándole a entender que podía retirarse—. Saluda de mi parte a tu madre y a Lucio Emilio Paulo.

—Eso haré —lo tranquilizó Publio llevándose el brazo al pecho y saliendo de la sala de banquetes del cónsul.

De improviso, casi no podía creerlo, se habían abierto ante sus ojos nuevos escenarios para el futuro. Sin embargo, la disputa con Aníbal tan sólo estaba aplazada, no concluida.

Con este convencimiento, se dirigió a Marco Aurelio, sonriéndole abiertamente.

—Lúcete bajo el mando de Servilio Gémino —le dijo—. Yo, por mi parte, haré que en Roma se den cuenta de que Aníbal es el adversario más difícil que podíamos encontrar. Estoy seguro de que volveremos a vernos muy pronto, probablemente en el campo de batalla.

—Es lo que espero —farfulló Marco Aurelio—. Tenemos una cuenta

pendiente con ese cartaginés.

Publio rió, alargó una mano para apretar la de Marco Aurelio, luego giró el caballo y le hizo señas a Versilio de que lo siguiera, junto a los ocho jinetes que el cónsul le había confiado como escolta para el largo viaje hacia Roma.

CAPÍTULO XII

217—216 a. C.

Roma y Agro de Falerno

I

Cuando la vio llegar, Publio no podía entender si estaba más excitado o angustiado por lo que estaba sucediendo. Emilia era muy guapa, y avanzaba con porte altivo y elegante, llevando una túnica ligerísima, confeccionada con un tejido que provenía de Oriente. Iba descalza, la cabeza adornada con una coronita de laurel. Durante un momento Publio encontró todo aquello gracioso: aquella mujer estaba desfilando como un caudillo bajo el arco de triunfo, dispuesta a recibir los honores del público, que en aquella ocasión estaba compuesto sólo por él.

Cuando consiguió captar su mirada, a pesar de la penumbra que atenuaba los colores en el dormitorio, comprendió que debía de estar emocionada, aunque hacía todo lo posible para que no se notara. Publio esperó no haber malinterpretado el andar de su esposa: ahora tenía la impresión de que ella se presentaba más como la víctima sacrificial que como la recién casada que había permitido que los Escipiones y los Emilios sancionaran una alianza sin rivales en la aristocracia romana.

—Siéntate a mi lado —le dijo, tratando de parecer relajado.

En realidad, sentía una extraña inquietud, porque había conseguido entrever, siquiera sólo por un instante, el pecho de Emilia que hinchaba la túnica y las curvas de sus caderas que estiraban el tejido con una ardiente promesa provocadora. Habría querido aferrarla por un brazo y arrastrarla a la fuerza a la cama, y luego saltarle encima sin demasiadas consideraciones, como se había habituado a hacer con las prostitutas de las legiones, pero con Emilia no podía comportarse así. Era su esposa, y aquélla era su noche de bodas, un momento de intimidad que marcaría su relación en los años por venir.

Publio no sabía qué pensaba Emilia de él. No sabía si ella lo encontraba agradable o no, si querría pasar algunas horas hablando, sentados el uno junto al otro como dos simples amigos, para conocerse más a fondo, o si, como él, preferiría liberarse de las ropas y ahogar la incomodidad entre las sábanas, dejando a los gestos y gemidos de la pasión el cometido de dar libre desahogo a su alma, a sus sentimientos, a lo que eran de verdad.

En la duda, se limitó a mirarla mientras se sentaba, comedia, a su lado, la

mirada tranquila y la sonrisa que le pareció un poco tensa, poco natural.

—Confieso que no me siento muy a gusto —dijo, imitando su sonrisa—. ¿Y tú?

Emilia apartó la mirada de la suya, permaneció un momento en silencio, luego volvió a observarlo. Seguía sonriendo, aunque ahora el pliegue en la comisura de los labios era un poco más profundo que antes.

—Yo estoy feliz por este matrimonio —dijo, y Publio no logró entender si estaba diciendo la verdad—. Me gustaste desde que nos presentaron por primera vez, de niños.

—Pero ahora tenemos algunos años más, ¿no crees?

Ella sonrió y apartó la mirada.

—No te preocupes —le dijo Publio, levantándose—. No estamos obligados a fingir que estamos enamorados. Sólo debemos cumplir de la mejor manera posible nuestro cometido, por el bien de nuestras familias.

Empezó a alejarse y dejarla sola, pero ella lo cogió por una muñeca y lo retuvo.

Publio se volvió, pero antes de que pudiera decir algo Emilia se quitó la túnica y quedó desnuda ante él.

—Antes no estaba mintiendo —le reveló—. Tú me gustas de verdad.

Publio la contempló sorprendido, luego encontró su mirada y comprendió que la excitación que advertía en su interior era distinta del impulso tosco y brutal que sentía cuando se acostaba con las prostitutas de las legiones.

—¿Vosotros, los comandantes, no tenéis la costumbre de desnudaros cuando hacéis el amor? —le preguntó Emilia, mirándolo con una sonrisa burlona.

Publio, arrollado por el deseo, se quitó de prisa las ropas y luego permaneció desnudo delante de su esposa, contemplándola y dejándose contemplar, en un silencio cargado de mil palabras.

II

—Es hora de despertarse.

Publio trató de desligarse de las redes del sueño, pero había algo que lo retenía. Quizás era el recuerdo de la piel fragante de Emilia, cuyo olor ahora impregnaba las sábanas y que él aspiró con fuerza, procurando saturarse los pulmones y la mente. O tal vez era por el extraño sueño que había tenido, y que aún ahora le ponía los pelos de punta, por más que sólo recordara algunas imágenes confusas e inquietantes.

—Venga, te están esperando.

Esta vez Versilio fue más enérgico: arrancó las mantas con un único y amplio gesto, y se quedó observando la escena que se presentaba a sus ojos con aire crítico.

—¿Qué miras? —le preguntó Publio—. Ya te he dicho que no aprecio las extravagancias eróticas de los griegos.

Y menos aún las de un esclavo siracusano.

—O, eso lo he entendido perfectamente —rió Versilio, señalando el campo de batalla en el que Publio yacía acurrucado—. Por lo que veo, a las mujeres romanas se les da muy bien.

Publio también se echó a reír y se levantó, aturdido. En efecto, Emilia había sido una auténtica sorpresa. Aquella noche había parecido insaciable, y en un momento dado Publio había entendido que era fácil mostrarse firme y tenaz con las prostitutas. Aquellas mujeres dispensaban placer y no obligaban a proporcionarlo, mientras con Emilia..., con ella había sido algo muy distinto.

—Pareces trastornado —lo reprendió Versilio—. Quizá necesites un buen masaje regenerador.

Publio levantó las manos e hizo una mueca.

—Te lo suplico —masculló—. Tráeme agua. No necesito nada más.

El siracusano se alejó riendo y Publio movió la cabeza para tratar de despejarse. Estaba trastornado de verdad, y más cansado de lo que hubiera estado nunca, incluso después de una batalla con Aníbal Barca.

De golpe se puso rígido, y la inquietud volvió a revolverle el estómago. Aquel maldito sueño. Recordaba poco: sólo una noche oscura, sin estrellas, y la aprensión creciendo dentro de él mientras *algo* se acercaba, algo que él trataba desesperadamente de identificar pero que se mantenía escondido en las tinieblas.

Luego, de improviso, hubo un relámpago, y de la oscuridad emergieron dos ojos rojos, centelleantes. Dos ojos que lo miraban como si él fuera una víctima sacrificial.

Era la mirada de Aníbal, estaba seguro. La misma que el cartaginés le había dirigido cuando él se había lanzado en ayuda de su padre.

—Refréscate un poco —le dijo Versilio sacudiéndolo—. Tu esposa te espera.

Publio lo miró sorprendido, como si sólo en aquel momento recordase que se había casado.

—Me impresiona un poco oírtelo decir —murmuró, mientras sumergía las manos en la bacía y recogía un poco de agua.

—Me temo que deberás acostumbrarte —respondió el siracusano—. Por el bien de los Escipiones.

Publio se enjuagó la cara, vigorosamente, para despertarse del todo, luego se secó con el paño que le tendía Versilio y miró a su amigo. No había conseguido descifrar del todo su tono de voz, y creía haber percibido más ironía de la que hubiera sido lícita.

—Pásame la ropa —ordenó, decidiendo que no serviría de nada meterse en averiguaciones con el siracusano. A veces se comportaba como una amante celosa, o como una madre caprichosa que no soportaba la idea de que alguien se llevara a su hijo.

—He oído rumores —dijo Versilio cogiéndolo una vez más por sorpresa.

—¿De qué tipo?

—El miedo se está difundiendo en toda Roma. Se dice que Aníbal ha desaparecido, quizá por un sortilegio o por obra de los dioses.

Publio estiró los labios en una mueca.

—No creo en encantamientos —dijo—. Y los dioses de Cartago no me dan miedo.

—Pero el pueblo está presionando al Senado —rebatía Versilio—. Dicen que podría nombrarse a un *dictator*.

Publio tiró el paño con ira.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó.

—Fue Emilia quien nos habló de ello —respondió el siracusano—. La fuente es su padre. Y no creo que sean sólo habladurías.

—¿Quién será nombrado *dictator*? —quiso saber Publio¿Servilio Gémino? El cargo le correspondería a él, dado que es el único cónsul que queda.

—No —respondió Versilio negando con la cabeza—. Por lo que he entendido, no lo consideran a la altura. Además, está lejos de Roma, lo cual lo deja fuera de juego.

Publio se sintió aliviado. No sabía qué podía ocurrir si Servilio reunía en sus manos el poder absoluto.

—Entonces, ¿cuál es el nombre más probable? —preguntó al siracusano, tratando de dominar la curiosidad que lo devoraba.

—Quinto Fabio Máximo —respondió Versilio.

Por algún motivo, Publio no se sorprendió. Al contrario, le pareció que podía ser la elección correcta, aunque sólo fuera porque Fabio Máximo tenía una gran experiencia, por más que su padre le hubiese dicho un par de veces que desconfiara de él. Pero ya había sido censor y cónsul, lo que le daba la posibilidad de moverse fácilmente en el terreno difícil (diplomático, político y militar) en que debería adentrarse en los próximos meses.

Publio no tenía del todo claro qué significaba someterse a las órdenes de un

dictador, aunque fuera un cargo temporal de sólo seis meses, como preveían las leyes de la República. Sin embargo, se daba cuenta del giro que Roma había decidido dar. Después de haber perdido decenas de miles de hombres y no haber conseguido detener a Aníbal, los senadores y el pueblo romano habían entendido que no serviría de nada seguir confiando las legiones a los cónsules y esperar un golpe de genialidad por parte de alguno de ellos. Era necesaria una acción decidida y resolutiva, emprendida por alguien que tuviera el cargo y el poder de mandar a todo el ejército romano, sin las inercias derivadas de los conflictos personales que ya habían causado terribles desastres a las fuerzas de Roma.

Y el hecho de que el Senado se hubiera decidido a nombrar a un dictator, a pesar de la aversión que la Reíos pública siempre había demostrado a dejar todo el poder en las manos de un solo hombre, era la demostración de que finalmente se comenzaba a comprender el alcance del ataque que había lanzado Aníbal, y que había llegado el momento de oponerle una resistencia válida.

—¿Tú qué piensas de ese hombre? —le preguntó Versilio, arrancándolo de sus pensamientos.

Publio hizo un leve gesto con la cabeza.

—He tenido ocasión de conocerlo, y sé que le interesa la suerte de Roma, por tanto creo que esta decisión es la mejor que el pueblo puede tomar.

—Espero que tengas razón —farfulló Versilio en voz baja, y Publio se dio cuenta de que pensaba exactamente como el siracusano. Por más que Quinto Fabio Máximo fuera el único, en aquel momento, al que pudieran confiar un cargo tan importante y delicado como el de dictatur, Publio no sabía cómo reaccionaría cuando él le pidiera que le asignase un papel en las filas de su Estado Mayor.

Podía contar con el hecho de que era hijo de Cornelio Escipión, con el cual Quinto Fabio Máximo mantenía relaciones de igualdad, pero no tenía idea de cómo actuaría en el campo de batalla aquel hombre frío y solitario, que nunca había asistido a las tertulias en casa de su padre.

—Iré a hablar con él de inmediato —dijo Publio, sobresaltando a Versilio por la sorpresa—. Debe llevarme consigo, cuando mueva las legiones contra Aníbal.

El siracusano volvió los ojos al techo.

—La tuya es una fijación —gimió.

—Naturalmente —respondió Publio—. Y tú vendrás conmigo.

III

Aníbal campaba a sus anchas. Desplazaba a su ejército en una lenta marcha triunfal a través de Italia, sembrando el pánico en las ciudades aliadas de Roma y apoderándose de inmensas riquezas. La larga caravana que seguía a la serpiente sinuosa de las tropas, compuesta por decenas de carros abarrotados del botín recogido durante las correrías, y por una cantidad enorme de esclavos que satisfacían a todas las necesidades de los soldados cartagineses, se hacía cada vez más imponente, sin que esto obstaculizase de ninguna manera las ambiciones de conquista del comandante púnico.

Frente a este avance imparable y despreciativo del ejército cartaginés, Publio ya no sabía qué pensar de la táctica adoptada por Quinto Fabio Máximo. Aquel hombre taciturno y, sin embargo, muy seguro de sí, raras veces convocaba consejos de guerra para informar a sus comandantes de las estrategias que había urdido, limitándose a hacer circular las órdenes sin dejar margen para la discusión.

Estaba en su derecho, dado que Roma le había confiado el imperium, pero Publio la estimaba una actitud poco sabia, sobre todo en vista de las oposiciones y las resistencias que provocaba entre los oficiales más hostiles a su estrategia dilatoria, que consistía en continuos ataques con inmediatas retiradas a grupos de cartagineses sorprendidos lejos del grueso de su ejército, sin buscar nunca la batalla campal con las tropas de Aníbal. Era como si Quinto Fabio Máximo procurara debilitar hombre a hombre las filas del ejército adversario, siguiéndolo de cerca para no perderlo nunca de vista, listo para golpear en cuanto se presentara la ocasión, pero también rápido para retirar las legiones en cuanto Aníbal tratase de reaccionar.

—No acabo de entender si la estrategia de Quinto Fabio Máximo es la correcta o no —se desahogó una noche con Versilio, después de haber trazado en el terreno los desplazamientos que habían realizado las tropas cartaginesas y romanas en los últimos meses—. Es evidente que está intentando desgastar a Aníbal con estas continuas incursiones, pero entre tanto pasan los meses y la situación no cambia. Los cartagineses siguen depredando a nuestra gente, haciendo tierra quemada en torno a ellos y mofándose de Roma y sus aliados.

—¿Crees que es mejor enfrentarse cara a cara con ellos? —lo pinchó Versilio,

consciente de su papel en aquella discusión. Sólo así Publio lograba aclararse las ideas y tener una visión precisa de la situación.

—No, sería una locura —respondió el joven Escipión—. Los cartagineses ya han demostrado su valor en la batalla, sobre todo si pueden contar con amplios espacios de maniobra para la caballería.

—Pero ya no tienen elefantes —rebatía Versilio—. Y si es verdad que cuando se desplazan parecen diez veces más numerosos que nuestras legiones, los combatientes podrían ser menos de los que tenemos a nuestra disposición.

Publio negó con la cabeza, poco convencido.

—Eso es lo que cree el magister equitum, Marco Minucio Rufo —dijo—. Si fuera por él, se lanzaría al ataque de inmediato con todos los hombres disponibles, seguro de poder barrer a Aníbal al primer asalto.

Para Quinto Fabio Máximo, Marco Minucio Rufo era una espina en el costado. Nombrado por el pueblo, y no elegido por él como quería la tradición, tenía una profunda aversión personal por la clase conservadora romana y hacía lo posible por hacer valer su posición, bastante anómala, en las decisiones que tomaba el dictador, disfrutando también del apoyo de senadores importantes como Cayo Terencio Varrón, que no escondía su desprecio por cualquiera que no se lanzara ciegamente contra el enemigo, dispuesto a batirse hasta la muerte por la gloria de Roma.

En teoría, el imperium habría debido permitir a Quinto Fabio Máximo moverse con la máxima autonomía y autoridad, sin perder tiempo, como ocurría con los cargos consulares corrientes, en hacer consultas con sus iguales. Pero, de hecho, el pueblo había puesto un límite al poder concedido al dictador pro tempore, eligiendo de una manera del todo anómala un magister equitum, que, como comandante de la caballería, tenía poder de decisión autónomo por lo que concernía a sus hombres, obligando a Quinto Fabio Máximo a consultar con él cada vez que tenía que tomar una decisión que comportase el despliegue de tropas.

—¿Sabes cómo han apodado a Quinto Fabio Máximo, en Roma? —continuó Versilio rompiendo el hilo de los pensamientos de Publio.

—¿Cómo?

—Cunctator, el contemporizador.

—Me parece un mote acertado —rió Publio, pero sin conseguir expulsar el extraño sentimiento de malestar que le bullía dentro. En efecto, no estaba del todo seguro de que la táctica de Fabio Máximo estuviera equivocada. Desde luego, no estaba cargada de gloria, como toda Roma habría esperado del dictator nombrado para resolver el problema cartaginés, pero de momento también a Publio le parecía la mejor posible, al menos hasta que hubiera un verdadero giro de los acontecimientos.

Un giro que parecía haberse presentado, de improviso, ante la tenaz obstinación de Quinto Fabio Máximo cuando, el día anterior, algunos correos habían vuelto de los habituales reconocimientos de amplio alcance para comunicar que los cartagineses se dirigían hacia el agro de Falerno.

Quinto Fabio Máximo había convocado un consejo de guerra urgente, y ahora estaba exponiendo su plan a los oficiales reunidos y a todos aquellos que disfrutaban de su estima y confianza, incluido Publio, al que el dictator no había ocultado que consideraba un válido interlocutor, sobre todo teniendo en cuenta que era uno de los pocos a su servicio que ya había combatido contra Aníbal.

* * *

—Quizás el Bárcida finalmente haya cometido un error —afirmó Fabio Máximo al observar el pergamino en que los cartógrafos habían dibujado un mapa de la zona en que se había adentrado el ejército cartaginés.

Publio se asomó para observar los puntos que Quinto Fabio Máximo señalaba con una varita, y sintió que la excitación crecía en su interior, mientras el dictator explicaba. cuáles serían sus próximos movimientos.

—Como veis, el agro de Falerno es una llanura amplia y próspera, rodeada de montañas no demasiado altas pero escarpadas, que ningún ejército puede atravesar fácilmente si no es pasando por estos desfiladeros.

La varita tocó algunos puntos del mapa, dando a entender a los presentes que la situación era sorprendentemente favorable.

—Bien —rugió Marco Minucio Rufo, ignorando ostentosamente al dictator y dirigiéndose a los demás oficiales—. Los cartagineses están atrapados. Aprovechemos para pedir más tropas y aplastarlos allí donde se encuentran, con un ataque en varios frentes.

Golpeó con un dedo en diversos puntos del mapa, como si quisiera hacer patente que ya tenía estudiada una estrategia precisa, aunque las noticias sobre los últimos desplazamientos de Aníbal acababan de llegar.

—No, no atacaremos a nadie —lo contradijo de inmediato Quinto Fabio Máximo, escrutando con hostilidad a su *magister equitum*—. A menos que tú quieras llevar al matadero a tus hombres y causar una masacre.

Las mejillas de Marco Minucio Rufo se sonrojaron de la ira, pero Cayo Atilio, que como siempre aportaba una ráfaga de sano pragmatismo a aquellas discusiones, intervino diciendo:

—Si conseguimos cerrar los desfiladeros y mantener su control, obligaremos a los cartagineses a pasar el invierno en ese valle, lo que para ellos significaría morir de hambre, o casi. Entonces, estarán bastante débiles como para que los podamos derrotar sin demasiados riesgos.

—Sois todos unos cobardes —estalló Marco Minucio Rufo—. ¿Esa es vuestra táctica? ¿Sólo en eso sabéis pensar? ¿Esperar a que el enemigo se muera de hambre o se debilite hasta el punto de poder derrotarlo con facilidad? —La mueca que le endureció los rasgos era inequívoca y mostraba todo su desprecio por semejantes argumentaciones—. ¿Con qué valor pasaréis por debajo del arco de triunfo, cuando hayáis vencido así a los cartagineses? Yo sólo sentiría vergüenza.

—¿No entiendes que por fin ahora están atrapados? —intervino uno de los tribunos militares, Paulo Severo, un joven al que Publio ya había tenido ocasión de apreciar en otras discusiones—. Ya no podrán realizar correrías, y nosotros tendremos la posibilidad de tenerlos vigilados y atacarlos cuando sea el momento oportuno.

Marco Minucio Rufo probablemente se dio cuenta de que todos los presentes pensaban lo mismo, así que, después de haber distribuido miradas despreciativas a todos, decidió que no valía la pena responder: dio media vuelta y salió de la tienda manteniendo la espalda recta y la mano apretada con fuerza en la empuñadura de la espada.

—Bien —comentó Quinto Fabio Máximo, satisfecho—, ahora podemos razonar con calma sobre lo que debemos hacer.

Publio había observado atentamente al *dictator*, tratando de entender hasta qué punto había manipulado a los presentes para ponerlos de su parte y aprovechar

la ocasión para desembarazarse de Minucio Rufo, pero no consiguió hacerse una idea de ello. Se negaba a pensar que todos los valientes comandantes romanos fueran unos cobardes, como sostenía el magister equitum. Por otra parte, la ocasión que se les presentaba de asestar un duro golpe a Aníbal era demasiado tentadora para que unas personas sensatas pudieran ignorarla.

Evidentemente, las discrepancias entre Quinto Fabio Máximo y Minucio Rufo iban mucho más allá de las estrategias militares, y los llevaban a enfrentarse siempre y como fuera, independientemente del alcance de las situaciones que debían debatir.

«Este es un error que ha cometido la asamblea —pensó Publio, mientras el dictator y los demás oficiales discutían animadamente sobre cuántas fuerzas emplear y dónde colocarlas para vigilar mejor los desfiladeros de montaña, a fin de impedir que los cartagineses salieran de la cuenca del agro de Falerno—. No habrían debido nombrar a un dictator, si no querían darle plenos poderes.»

Movió varias veces la cabeza para intentar concentrarse en lo que se estaba decidiendo en el consejo de guerra y se prometió intercambiar opiniones aquella misma tarde con Versilio, para ver qué pensaba el siracusano de lo que había ocurrido y de las consideraciones que él había hecho.

IV

La cordillera montañosa marcaba un perfil de sombras más oscuras contra la noche sin estrellas, punteado de vez en cuando por los fuegos que los romanos habían encendido para dejar claro que tenían vigiladas todas las vías de escape del agro de Falerno.

—Esta vez me parece que estamos atrapados —comentó Magón, mascullando las palabras con ira, mientras observaba las montañas junto a su hermano.

—¿Por qué no mandamos una unidad allá abajo, al desfiladero del oeste, para tratar de forzar un paso? —propuso Paribio, señalando con el brazo tendido hacia un racimo de puntitos luminosos—. Según mis exploradores no habrá más de un centenar de romanos vigilándolo. No debería ser difícil vencerlos y abrirnos una vía de fuga.

—¿Tus exploradores no te han explicado la conformación del terreno? —preguntó Maharbal con una pizca de desprecio en la voz—. La quebrada que lleva al paso es estrecha y se puede controlar fácilmente desde arriba. Con cien hombres puedes aniquilar a un ejército, en un callejón como éste.

Paribio negó con la cabeza.

—Es obvio que no los mandaríamos al matadero —replicó—. Los haría subir a las montañas, de modo que pudiesen atacar a los romanos por la espalda. A lo mejor podríamos mantenerlos ocupados con una maniobra diversiva, para distraerlos.

—¿Entonces por qué no probamos a forzar el bloqueo con un ataque masivo? —propuso Amidal—. Si ponemos delante la infantería, aprovechando los escudos como hacen los romanos para protegerse de las flechas y las piedras lanzadas desde arriba, deberíamos conseguir burlar el bloqueo.

—Sería una carnicería —objetó Magón—, ¿Por qué no lo intentamos con los honderos? Si se acercan de noche, podrían atacar sin ser vistos, y quizá...

—Son todas excelentes ideas —lo interrumpió Aníbal, sin apartar los ojos del perfil tenebroso de las montañas—, pero dudo que lleven a nada bueno.

—¿Tú qué propones? —le preguntó Maharbal.

Aníbal sonrió. Cuando era niño, su padre le había contado que se había encontrado en una situación análoga: estaban bloqueados en un estrecho valle de montaña, rodeados por tribus celtíberas hostiles, que los mantenían vigilados desde las montañas circundantes y controlaban los pasos por los que se podía salir de aquella trampa natural. Amílcar había consultado con sus generales, y probablemente había escuchado decenas de propuestas similares a las que Magón y los demás habían sugerido, pero después había hecho lo que le había parecido, poniendo en práctica una idea que se le había ocurrido mientras contemplaba algunas vacas en el pasto. Una idea que podría revelarse ganadora también en aquella situación.

—Reunid a todos los animales de pasto —ordenó, decidiéndose a responder a la pregunta de Maharbal tras algunos instantes de silencio—. Vacas, bueyes y toros. Sólo las bestias provistas de cuernos.

Magón lo miró sorprendido.

—¿Qué quieres hacer, lanzar un rebaño contra los romanos?

Aníbal sonrió sin responder y Magón negó con la cabeza.

—No serviría de nada —protestó—. Los romanos dejarán pasar a las bestias y continuarán vigilando los desfiladeros desde arriba. Si fuéramos pocos podríamos confundirnos con el rebaño, pero así...

Aníbal le puso una mano en el hombro y apretó con fuerza.

—Ten confianza en las estrategias de los Barca —le dijo—, Y ayúdame a ejecutar el plan. Ha sido nuestro padre quien me ha explicado qué hacer. Y estoy seguro de que funcionará.

Magón amagó una réplica, pero luego calló y siguió a su hermano hacia la pila de leña que habían preparado en el centro del campamento como aprovisionamiento para alimentar los fuegos del vivaque.

—Haced fajinas con esas ramas —ordenó Aníbal—, luego rociadlas con pez. Cuando hayáis reunido al rebaño atad las fajinas a los cuernos de los animales y tenedlos listos.

Calló y se dirigió a Magón:

—Tú, entre tanto, prepara una escuadra de hombres escogidos. Debéis moveros escondidos detrás del rebaño en movimiento, y luego desengancharos cuando alcancéis las montañas.

—¿En ese momento qué haremos? —preguntó Magón sin entender.

—Encenderemos las fajinas atadas a los cuernos de las bestias y lanzaremos al rebaño hacia uno de los desfiladeros, el más accesible para los animales y... para un ejército como el nuestro. Entre tanto, tus hombres y tú subiréis hacia el paso más alto, que debería ser el menos vigilado. Si todo funciona como creo, los romanos pensarán que estamos intentando forzar en masa el bloqueo, para cogerlos por sorpresa y salir del valle.

Magón abrió los ojos, excitado.

—¡Claro! —gritó—. ¡Verán llegar centenares de antorchas y pensarán que nos hemos puesto en marcha!

—Entonces haremos bajar a parte de las tropas que vigilan los otros desfiladeros, para reforzar la vigilancia del valle —continuó Aníbal, mientras en torno a ellos bullía la actividad bajo las órdenes que gritaban los comandantes—. De este modo no debería ser difícil, para ti, tener las de ganar con los romanos que hayan quedado en el desfiladero más alto y despejarnos el camino para que pasemos inadvertidos.

—Pero, de ese modo, no podremos llevar con nosotros los carros con el botín —le hizo notar Maharbal—. Ese desfiladero es demasiado impracticable. Tendremos que dejarlo todo aquí.

Aníbal lo miró con una extraña luz en la mirada.

—Lo que hemos recogido hasta hoy no es nada en comparación con las riquezas que encontraremos en Roma —respondió—. Pero para poder atacar la Urbe antes deberemos aniquilar a las legiones que andan merodeando a nuestro alrededor.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —le preguntó Maharbal.

—Salgamos de esta trampa, dejemos ver de qué somos capaces. Estoy seguro

de que ya no podrán continuar con su cobarde estrategia, cuando se den cuenta de que los hemos ridiculizado. Será el Senado mismo, todo el pueblo de Roma, el que pida al dictator que se bata para lavar la afrenta sufrida.

Aníbal hizo una mueca de satisfacción.

—Conozco a los romanos y su arrogancia. Y sé que no fingirán que no ha pasado nada, cuando los hayamos humillado frente a sus aliados itálicos.

Ante aquellas palabras, que Aníbal había pronunciado con una energía y un convencimiento impresionantes, ya nadie tuvo nada que rebatir.

Magón sonrió y salió corriendo para reunir a los hombres con los que realizaría la correría. Paribio y Maharbal fueron a preparar el rebaño. Amidal y sus comandantes hicieron correr las órdenes por todo el campamento, explicando que había que estar dispuestos a partir en cuanto Aníbal lo ordenase.

Estaba a punto de llevar a cabo otra gran hazaña, y una vez más Aníbal no tuvo ninguna duda de que todo funcionaría como lo había planificado.

V

Estaban entrando en Roma, pero no lo hacían como vencedores, pasando por debajo del arco de triunfo como Publio había soñado muchas veces. Al contrario, el pelotón de escolta de Quinto Fabio Máximo, del que también él formaba parte, entró de noche a través de una puerta vigilada por un manípulo de legionarios que tenía la misión de controlar el acceso a la ciudad y, a la vez, evitar que las aglomeraciones de personas obstaculizaran la llegada del dictator.

Las noticias sobre lo que había ocurrido en el agro de Falerno habían circulado deprisa, no sólo en Roma sino en toda la Italia central. Aníbal y los cartagineses se habían burlado de las estrategias de Quinto Fabio Máximo, eludiendo el cerco con una estrategia tan absurda e improbable que había tenido la máxima eficacia.

Publio había sido despertado en plena noche por un estrépito impresionante, mientras se encontraba en su tienda en el campamento que Fabio Máximo había hecho erigir a poca distancia de la cordillera montañosa en la que habían encerrado a los cartagineses. El terreno temblaba y vibraba, y por un momento había pensado que se trataba de un terremoto, pero luego habían resonado los gritos de los centuriones y los tribunos militares, y todo el campamento se había despertado recomponiendo en poco tiempo las formaciones de defensa.

Sin embargo, de entre las tinieblas no había aparecido ningún enemigo, sólo un rebaño de bestias enloquecidas por el miedo que destrozaban cualquier cosa que tuvieran bajo las pezuñas mientras intentaban huir de las llamas que ardían sobre su cabeza.

Al contemplar desde lejos aquella visión infernal, Publio había sentido que se le revolvía la sangre. Por un lado estaba furioso consigo mismo, con Quinto Fabio Máximo y con todos los legionarios que estaban inmóviles, como él, observando asombrados el rebaño que corría como un río en crecida. Se habían dejado sorprender como tontos, con un truco ideado para distraerlos del verdadero objetivo de Aníbal, que en aquel momento, con toda seguridad, estaba atacando uno de los desfiladeros dejados sin vigilancia. Pero, por otro, estaba admirado por aquella enésima muestra inventiva de su adversario, que demostraba que la estrategia de Quinto Fabio Máximo ya había caducado. No se podía encerrar a

Aníbal entre empalizadas y esperar a desgastarlo hasta la derrota: había que enfrentarlo a cara descubierta, y tratar de vencerlo como Roma siempre había hecho en el curso de su larga historia.

Cuando el Senado había reclamado a Quinto Fabio Máximo, oficialmente para «informar» sobre lo ocurrido, aunque en realidad —Publio estaba convencido de ello para pedir un cambio de estrategia, él había seguido advirtiendo en su interior un tumulto de emociones contradictorias: por una parte, sentía arder el deseo de revancha, de castigar de una vez por todas a los cartagineses por su soberbia y, por otra, se daba cuenta de que nunca como en aquel momento Aníbal había sido tan peligroso. Había que detener a aquel hombre, a toda costa, y quizá de verdad había llegado el momento de escuchar a quienes, como Marco Minucio Rufo y Cayo Terencio Varrón, pedían que se reuniera un ejército como Roma nunca había poseído y enfrentarse a campo abierto al caudillo cartaginés.

VI

—Mira, ha llegado esto.

Aníbal observó sorprendido a Himilce, mientras ella se acercaba tendiendo ambas manos, en las que sostenía un pergamino enrollado como si se tratara de una ofrenda votiva.

—¿Qué es? —preguntó Aníbal, volviendo a cepillar su caballo. Le gustaba ocuparse personalmente de su cabalgadura, para establecer esa relación de complicidad que es indispensable para que el jinete y el caballo se sientan una sola cosa cuando llega el momento de lanzarse a la batalla.

—Ábrelo —respondió Himilce con un ligero temblor en la voz, que sorprendió a Aníbal.

—¿Llega de Cartago? —preguntó a su esposa—. ¿O de alguna tribu aliada de Roma que finalmente ha entendido con quién debe estar?

—Es de Anshat —le reveló su esposa tendiendo otra vez el pergamino, para que él lo cogiera.

—¿Qué dice? —quiso saber Aníbal, advirtiendo que un hilo de inquietud le bajaba a la garganta. En todos aquellos años Himilce nunca lo había molestado pidiendo noticias sobre su familia, sobre cómo crecía el pequeño Amílcar, y esto Aníbal debía reconocérselo. Pero por cómo le temblaban las manos, era evidente que las noticias que provenían de Anshat debían de haberla sacudido profundamente.

—Están todos bien —le dijo—, Amílcar está creciendo, y según Anshat se parece cada vez más a ti. Es fuerte y robusto, y no para de desafiar a pelear a cualquiera que se le cruza en el camino.

Aníbal sonrió y miró sorprendido a su esposa.

—Buenas noticias, entonces —constató.

Himilce bajó los ojos y asintió.

—¿Qué más nos cuenta Anshat? —quiso saber Aníbal.

—Tu sobrina Sofonisba se ha hecho mujer —le contó Himilce—. Tiene una hilera de pretendientes, pero sus simpatías parecen dirigirse al príncipe Masinisa.

Aníbal frunció el ceño. ¿Sofonisba rodeada de pretendientes? La recordaba como una niña descarada y difícil, y ahora...

—¿Masinisa es el hijo de Gaya, el rey de los masilios? —preguntó—. No creo haberlo visto nunca.

Himilce no dijo nada, y Aníbal la miró con atención. Mantenía la cabeza gacha, y cuando él alargó una mano para levantarle el rostro, vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Nuestro hijo te necesita —le dijo—. Y tú lo necesitas.

—¡No! —gruñó Himilce, enardeciéndose—. Aún no ha llegado el momento de que yo vuelva a casa.

—La guerra podría continuar aún durante mucho tiempo —intentó convencerla Aníbal, aunque sabía que sería inútil. Aquella mujer era tan testaruda como toda su estirpe—. Quizá durante años.

—No importa —respondió ella—. Me quedaré aquí hasta que lo considere necesario. A menos que tú quieras desembarazarte de mí.

Aníbal la apretó contra su pecho y hundió el rostro en su pelo.

—Sabes que nunca lo haría —le dijo—. Pero creo que Amílcar tiene derecho a crecer junto a su madre.

—También junto a su padre, entonces —rebatía Himilce.

—De acuerdo —se rindió Aníbal—. Hagamos como quieras. Pero ahora escribamos una carta para nuestro hijo, mis hermanas y ese joven Masinisa. Antes de poner los ojos en Sofonisba debería pedir mi aprobación.

Himilce sonrió y le dio un puñetazo en el pecho.

—Tú no cambias —le dijo, frotándose el hermoso rostro bronceado para

enjugarse las lágrimas.

Aníbal la estrechó de nuevo y la besó. Sabía que lo mejor para ambos sería que Himilce volviera a la seguridad de los muros de Cartago. Sin embargo, era impensable para él quedarse solo, sin el consuelo de su presencia en las largas noches después de las batallas.

—Cuando llegue el momento prométeme que no pondrás inconvenientes y que regresarás con nuestro hijo —le dijo.

Ella lo miró, ceñuda, luego relajó la frente y lo besó. Aníbal, arrollado por la pasión, no se dio cuenta de que de ese modo ella había evitado responderle. Y hacerle promesas.

VII

—Ese hombre es un fanático —gruñó Quinto Fabio Máximo, bebiendo un sorbo de vino—. Vanidoso, arrogante y desvergonzado. Llevará Roma a la ruina.

Publio se mordió un labio para contener el impulso de contestar al Cunctator, como era comúnmente conocido Fabio Máximo, aunque ya hacía casi un año que su imperium había caducado. Inmediatamente después de la burla del agro de Falerno, el Senado había logrado que la asamblea se reuniera para la elección de los nuevos cónsules, y desde entonces, aprovechando el invierno, había hecho todo lo posible por mediar entre las facciones patricias y las plebeyas en su intento de buscar al hombre más adecuado para tomar las riendas de la situación y resolverla a favor de Roma. Quinto Fabio Máximo había sido apartado y olvidado, aunque, en definitiva, no había perdido ninguna batalla contra Aníbal; es más, durante sus seis meses de imperium el ejército cartaginés había sufrido pérdidas no desdeñables, siquiera fuese en escaramuzas que no podían celebrarse como triunfos ante el pueblo de Roma.

Precisamente aquel mismo pueblo de Roma que parecía haber dado la espalda al Contemporizador y que había impulsado con fuerza la elección de Cayo Terencio Varrón como nuevo cónsul, dejándose deslumbrar por sus actitudes seguras y sus palabras fuertes y determinadas, que proclamaban la absoluta certeza de poder derrotar a Aníbal y a los púnicos, si Roma se decidía a abandonar toda vacilación y le confiaba el ejército que necesitaba.

—Es un nuevo rico —continuó con desprecio Quinto Fabio Máximo—. El hijo de un carnicero. ¿Os dais cuenta?

—Quizás en este momento sea el hombre que necesitamos —lo contradijo Lucio Emilio Paulo con su habitual tono acompasado—. El pueblo necesita un punto de referencia, un héroe al que mandar al matadero. Y nosotros necesitamos a alguien que pueda ser sacrificado en aras de la gloria de Roma. Y de nuestra supervivencia.

—Por suerte, hemos conseguido que te eligieran a ti también —comentó Atilio Régulo, el anciano senador que, junto a Cneo Servilio Gémino, habían elegido cónsul inmediatamente después de que venciera el mandato del imperium de Fabio

Máximo, y que se había limitado a mantener las tropas en alerta mientras Aníbal se trasladaba a Apulia para pasar el invierno junto a su ejército. La influencia de Atilio Régulo había sido determinante para que Lucio Emilio Paulo acompañase al vehemente Terencio Varrón en el consulado, aunque ya estaba claro que su papel sería sobre todo el de equilibrar la arrogancia de Varrón.

—Por el momento dejemos que Terencio obtenga todo lo que quiera del Senado —asintió Lucio Emilio Paulo—. La primavera ya está avanzada, y si no nos preparamos como es debido, corremos el riesgo de dejarnos sorprender de nuevo por los púnicos.

—He oído decir que quiere reunir ocho legiones —intervino Publio, no pudiendo resistir la tentación de participar en la discusión. Sabía que estaba allí sólo porque era el único representante varón de los Escipiones en Roma, en aquel momento, y porque era el yerno de Lucio Emilio Paulo. Pero creía haber demostrado que no era alguien que hablara por hablar, y sabía que tenía argumentos válidos que proponer a aquellos hombres de poder, a pesar de su juventud.

—Así es —confirmó Servilio Gémino, que con cierta sorpresa había sido invitado al banquete de aquella noche en casa de Quinto Fabio Máximo—. Está haciendo reclutamientos en toda Italia, y dentro de algunas semanas conseguirá reunir un ejército imponente.

La expresión que había acompañado las palabras de Servilio Gémino no era en absoluto entusiasta, y Publio creyó comprender el motivo de su preocupación.

—Lo tendremos vigilado —lo tranquilizó Lucio Emilio Paulo, confirmando las sospechas de Publio—. Terencio controlará directamente dos legiones, no todo el ejército. Otras dos estarán a mi mando, y tanto tú como Atilio Régulo tendréis las riendas de vuestras legiones de veteranos.

—Pero dejaremos que el pueblo crea que es Varrón quien lo dirige todo —chilló Quinto Fabio Máximo con una mueca sarcástica.

—Si ganamos, cada uno de nosotros tendrá su parte de gloria—añadió Emilio Paulo—. Si perdemos... será Terencio quien acabará despedazado, como el último de los bandoleros.

«Y Roma acabará arrasada por Aníbal», pensó Publio, reservándose para sí ese comentario. Por una parte, entendía las tramas que urdían aquellos hombres,

por otra, no apreciaba todos los matices del intrincado tejido político que estaban componiendo, moviéndose con cautela pero con la agresividad típica de quien está dispuesto a sacrificarlo todo, con tal de preservar la propia autonomía y el propio poder.

—¿Cuántos hombres creéis que conseguirá reunir? —preguntó al fin, más que nada por curiosidad personal.

Quinto Fabio Máximo se encogió de hombros.

—Quizás ochenta mil —respondió, sobresaltando a Publio por la sorpresa—. Naturalmente, contando también a los aliados.

—Subiremos los efectivos de las legiones a un total de cinco mil hombres cada una —explicó Lucio Emilio Paulo, que como cónsul tendría el mando del ejército a días alternos con Terencio Varrón—. De este modo, tendremos cuarenta mil cives y otros tantos aliados.

—¿Y las demás legiones? —preguntó Publio—. No podemos dejar desguarnecidos los otros frentes de guerra.

Pensaba sobre todo en su padre y en su tío, que en Iberia seguían teniendo bajo presión a las fuerzas de Asdrúbal, de modo que no pudiera acudir a Italia para ayudar a Aníbal.

Lucio Emilio Paulo entornó los ojos, en el esfuerzo de recordar la imponente formación militar que Roma había desplegado por todo el territorio bajo su dominio.

—Cuando esté listo el ejército que se enfrentará a Aníbal, deberíamos poder contar con diecisiete legiones en total —dijo—. Dos en España, dos en defensa de la Urbe, dos en la Galia Cisalpina, una en Cerdeña y dos en Sicilia. Además, naturalmente, de las ocho legiones a mis órdenes y de Terencio Varrón.

—Un despliegue de fuerzas impresionante —comentó Quinto Fabio Máximo—, Sobre todo el ejército que se opondrá a Aníbal.

—Pero un ejército que carecerá de caballería —hizo notar Servilio Gémino—. En mi opinión, no conseguiremos reunir más de seis mil jinetes.

—Más que suficiente para un gran estratega como Terencio, ¿no creéis?

—espetó Quinto Fabio con aire burlón.

Todos se echaron a reír. Salvo Publio, a quien se le había puesto la carne de gallina y que intentaba dar forma en su mente a un ejército compuesto por ochenta mil legionarios y seis mil jinetes. Quizá, después de todo, Emilio Paulo tenía razón: si Cayo Terencio Varrón estaba en condiciones de reunir semejante ejército, entonces podía ser de verdad el hombre adecuado para Roma.

En aquel momento, las divisiones políticas y de clase a Publio le interesaban bien poco. Aún tenía en mente la mirada despreciativa de Aníbal, y su mayor deseo no era asegurarse su propia parte de poder en las jerarquías romanas, sino borrar de una vez para siempre aquella mueca que lo atormentaba todas las noches.

Procuraría obtener un mando y sumarse a las legiones en marcha, una vez que Terencio las hubiera organizado. Para dar así su contribución a la derrota de Aníbal.

CAPÍTULO XIII

216 a. C.

Cannae (Apulia)

I

—Tenías razón —murmuró Magón dando señas de admiración con la cabeza—. Por fin se han decidido.

Aníbal trató de contener la excitación y contempló el escenario grandioso que tenía delante.

En aquella inmensa llanura, encrespada sólo por modestas colinas, los dos ejércitos se enfrentaban en silencio, ordenadamente alineados en una explanada vastísima. Para poder mantener vigiladas a todas las fuerzas con las que estaban a punto de chocar, Aníbal y sus generales habían subido a un carro.

A pesar de que debía contemplar aquella escena grandiosa con un solo ojo, Aníbal se sintió satisfecho: era como si finalmente todos sus deseos se vieran cumplidos, y el momento tan esperado, aquel en que celebraría de una vez por todas su grandeza frente a los hombres y los dioses, estuviera a punto de tener inicio.

—Son muchos más de los que había imaginado —rezongó Maharbal escrutando las filas ordenadas de las legiones romanas—. ¿Cuántos serán?

—Ochenta mil, según los primeros cálculos —respondió Paribio—. Mucho más que los nuestros.

—Nunca bastarán —respondió Aníbal lamiéndose el labio inferior, mientras su mente elaboraba las maniobras que su ejército debería realizar para compensar la superioridad numérica de los romanos—. Y, sobre todo, fijaos en su caballería. Es muy inferior a la nuestra.

—Eso nos dará una gran ventaja —asintió Magón, dando una palmada en el hombro de Maharbal. También él estaba excitado por la inminencia del enfrentamiento: los romanos en los últimos meses se habían mantenido a distancia, y después de la burla del agro de Falerno incluso habían renunciado a atacar a su retaguardia y las tropas que se separaban de la formación principal, limitándose a tenerlos vigilados durante todo el otoño y el invierno y permitiendo que Aníbal eligiera con cuidado el lugar en que invernar y aprestarse para la gran batalla.

Sus infiltrados en Roma, que se comunicaban a menudo con él mediante mensajeros itálicos bien pagados, le informaban del tumulto político que sus correrías en Italia habían provocado en el Senado y entre el pueblo romano, y sabía que pronto llegaría el momento del enfrentamiento. Al recibir la noticia de que se había nombrado cónsul al vehemente Cayo Terencio Varrón, Aníbal tuvo la certeza de que sus esperanzas y sus cálculos se transformarían pronto en realidad. Aquel hombre no era un noble, tenía orígenes humildes y quería demostrar al pueblo que la grandeza se conquista en el campo de batalla, no por derecho de nacimiento. Era precisamente la persona que Aníbal anhelaba que tomara lo antes posible el mando de las prudentes tropas romanas.

Por eso había enviado exploradores por toda la Apulia, ordenándoles que localizaran el mejor campo de batalla para las estrategias de guerra del ejército cartaginés. Cuando le informaron de aquel sitio, que los romanos llamaban Cannae, una pequeña altura situada en el centro de una ilimitada llanura, atravesada por el río Aufidus y con varios almacenes llenos de víveres a su disposición para asegurar adecuados suministros a hombres y animales durante todo el invierno, no dudó e hizo converger las tropas en aquel lugar, desbaratando fácilmente la débil guarnición romana y asegurando a la población local que no haría daño a nadie, si colaboraban en la instalación del campamento.

Los mensajeros de Aníbal batieron la Apulia a lo largo y a lo ancho durante todo el invierno, vigilando hasta el más mínimo desplazamiento de las tropas romanas, y cuando, al final de la primavera, localizaron a las primeras vanguardias del ejército consular que avanzaban hacia Cannae a ritmo sostenido, las disposiciones para la batalla comenzaron con ritmo frenético.

—Debemos ejercitar a los hombres hasta que hayan aprendido de memoria cada movimiento, respetando las órdenes de los mandos con la máxima rapidez y familiaridad, como si pudieran anticiparse a ellas en base a los movimientos del enemigo.

Aníbal fue claro con sus generales, cuando los reunió para que comprendieran la importancia de esa batalla. Se enfrentarían dos de los más grandes ejércitos de la historia, y quien triunfara sería el dueño del mundo.

—Los romanos no tienen nuestra fuerza, no tienen nuestra agresividad —continuó—, pero tienen una organización impecable, que permite que sus centurias se muevan como si fueran un solo hombre, en perfecto silencio, para no perder ni siquiera una de las órdenes gritadas por los comandantes o sopladas por

los cuernos. Nosotros debemos llegar a igualarlos también en esto, si queremos vencerlos.

Durante todo el mes de julio, mientras el ejército al mando de Terencio Varrón se acercaba y luego se establecía junto a las riberas del Aufidus, con un campamento provisto de estructuras fortificadas que dejaron atónitos a los generales cartagineses, Aníbal espoleó a los suyos a repetir hasta el infinito el duro adiestramiento militar que transformaría las tropas cartaginesas en una despiadada máquina de guerra.

Ahora, en el segundo día del mes de agosto, las dos formaciones se enfrentaban a poca distancia la una de la otra, con filas de soldados ordenadamente alineadas en unidades contrapuestas que parecían equivalentes por cantidad y rigor marcial.

Aníbal estaba satisfecho: había conseguido sacar mucho de sus hombres, y sabía que con la aportación de la formidable caballería nómada y con las estrategias que había planificado junto a sus generales, los romanos no tendrían salvación.

Aun estaba pensando en esto cuando llegó un hombre al galope, a lomos de un caballo con los ollares dilatados y el cuerpo cubierto de espuma.

—¡Comandante! —gritó, mientras Amidar y algunos hombres del Escuadrón Sagrado interceptaban al recién llegado y lo obligaban a detenerse.

—Dejadlo pasar—ordenó Aníbal reconociendo al joven mensajero que él mismo había mandado a recabar información sobre la situación en Iberia y sobre Hannón.

El mensajero bajó del caballo y alcanzó a Aníbal. Tenía las ropas hechas jirones, le temblaban las piernas y estaba cubierto de pies a cabeza por una mezcla de sudor y polvo. Era evidente que debía de haber cabalgado noche y día para llegar lo antes posible, y aunque estaba agotado y le costaba mantenerse en pie, no vaciló en inclinarse ante su comandante.

Aníbal saltó del carro y lo aferró por los hombros, obligándolo a enderezarse.

—¿Qué noticias tienes que darme? —le preguntó de inmediato. La batalla estaba a punto de comenzar, y él no podría concentrarse en el enfrentamiento sin antes saber qué suerte había corrido Hannón.

—Tu plan ha tenido éxito, mi señor —le dijo el mensajero, haciendo que un estremecimiento de alivio le recorriera la espina dorsal—. Los nuestros han logrado corromper a algunos prohombres griegos, e incluso a un centurión romano. Hannón ha sido liberado, y ha vuelto al mando de sus tropas.

Aníbal cerró los ojos y suspiró profundamente. ¿Qué mejor auspicio para la suerte de la batalla que estaba a punto de comenzar?

—Hannón pregunta si puede unirse a ti para lanzar el ataque decisivo contra Roma —continuó el mensajero—, También Asdrúbal está listo.

—No —respondió Aníbal volviendo a abrir los ojos. Se sentía lleno de una energía sobrenatural, que le confirmaba que todas sus acciones tenían el beneplácito de los dioses y formaban un sendero que conducía a la gloria para sí y para Cartago.

—Ahora descansa. Quédate en la retaguardia y recupera las fuerzas. Cuando todo haya terminado, vuelve a ver a Hannón y Asdrúbal y explícales que tienen que permanecer en Iberia, para consolidar nuestro dominio y barrer de una vez para siempre a los romanos de aquellas tierras. Más tarde te escribiré una carta con órdenes precisas.

El mensajero salió corriendo, mientras el Escuadrón Sagrado se cerraba en torno al comandante.

Aníbal volvió a mirar al ejército romano alineado, aquella multitud de hombres que parecía no tener fin, y la certeza de la victoria le sopló en el corazón como el viento cálido que le desordenaba el pelo y levantaba remolinos de polvo.

Los dioses estaban con él, y ahora nada podría detenerlo.

II

El viento levantaba el polvo árido y los rastrojos quemados de aquella tierra abrasada por el sol. Publio alzó la mirada hacia el cielo claro, casi blanco, y entornó los ojos en el deslumbrante reflejo de luz, preguntándose cómo estaría dentro de algunas horas, cuando el sol liberara toda su fuerza. Ahora, poco después del amanecer, ya hacía calor, y él sentía las palmas de las manos sudadas mientras apretaba las riendas del caballo. El viento era un alivio, pero no sabía cuánto duraría.

—¿Por qué Emilio Paulo nos ha ordenado permanecer aquí? —preguntó Apio Claudio Pulcro, moviéndose a disgusto sobre el lomo de su caballo. Era un tribuno militar como él, y Emilio Paulo lo había puesto a su lado para comandar dos escuadrones de caballería en apoyo de algunos manípulos de refuerzo, sobre la ribera derecha del río.

—Debemos impedir que los cartagineses pasen a este lado para rodear a los nuestros —respondió Publio poco convencido. Tampoco a él le había hecho gracia la decisión de su suegro de ponerlo al mando de aquellas escuadras de refuerzo. Por un momento, había tenido la impresión de que Emilio Paulo trataba de protegerlo, manteniéndolo en la ribera opuesta del Aufidus y, por tanto, lejos del campo de batalla principal. Pero luego se había calmado y había intentado convencerse de que el suyo era un cometido muy importante: debían vigilar la orilla oriental del río, para impedir que con una audaz maniobra la caballería de Aníbal consiguiera rodear a la formación romana, atacándola por la espalda.

—¿Y tú te lo crees? —le preguntó Apio Claudio con una mueca.

—Naturalmente —mintió Publio—. Cumplamos con nuestro deber. Luego, cuando tengamos clara la situación y estemos seguros de que nadie pasa por aquí, iremos a apoyar a los nuestros.

Apio Claudio señaló con el mentón hacia los dos ejércitos alineados, mientras el viento desordenaba las crines de los caballos.

—Somos mucho más numerosos —dijo, con una sonrisa de satisfacción—. La victoria será nuestra.

Publio lo miró y no dijo nada. Una arruga profunda le atravesó la frente, mientras escrutaba con aprensión las filas de sus adversarios.

Al contrario de Apio Claudio, él ya había visto a los cartagineses alineados en formación de batalla. Pero lo que recordaba era completamente distinto de lo que veía ahora. Las columnas púnicas estaban dispuestas de manera ordenada, con criterio; incluso las unidades celtas permanecían inmóviles y en silencio, imitando a los legionarios romanos en su compostura y concentración, listos para moverse a las órdenes de sus comandantes, y esto hizo pensar a Publio que la batalla sería más difícil de lo previsto.

Los gigantescos galos, con el torso desnudo pintado con los colores de guerra, estaban en el centro de la alineación enemiga, junto a las unidades escogidas de guerreros libios.

—¿Has visto cómo están alineados? —le preguntó aún Apio Claudio, poniendo una mano de visera para poder mirar mejor—. En tu opinión, ¿qué tienen en mente?

Publio negó con la cabeza.

—No lo sé —respondió, y esta vez era sincero. Hasta la disposición de las tropas había cambiado mucho, respecto de la batalla en el Ticino. En vez de alinearse en un frente compacto diametralmente opuesto al romano, los cartagineses estaban formados con la parte central más avanzada, en arco, y las alas ligeramente retrasadas, como si estuvieran listas para replegarse y cerrarse en un círculo en torno al grupo central del ejército, compuesto por manípulos de infantería con galos e ibéricos interpuestos, precedidos por unidades de honderos. En la alineación estaban también aquellos que Publio supuso que serían los comandantes cartagineses. Intentó entornar los ojos para ver si conseguía vislumbrar a Aníbal, pero estaba demasiado lejos. El flanco derecho enemigo había sido confiado a jinetes númeridas.

—¿Y de aquéllos qué opinas? —lo interpeló aún Apio Claudio, que parecía haber seguido la dirección de su mirada—. Tienen caballos bastante pequeños, menos potentes que los nuestros.

—Desconfía de los númeridas —lo reconvino enseguida Publio—. Y sobre todo no los subestimes. Yo los he visto en acción, sé cómo son de veloces y audaces. Cabalgan con una habilidad innata, y son capaces de combatir usando ambas

manos, llevando los caballos con las rodillas.

Apio Claudio frunció el ceño, escrutando las formaciones de jinetes núbidas. Publio lo imitó: aquellos demonios oscuros eran muchos, quizá más de cuantos Publio recordaba y, como los demás soldados de Aníbal, habían cambiado de actitud, permaneciendo quietos y ordenados a la espera de instrucciones, en vez de lanzarse en carreras desenfrenadas a lo largo de todo el frente de la alineación adversaria, aguardando para enzarzarse en la batalla.

—¿Has hablado de ellos con el cónsul? —le preguntó Apio Claudio.

—Sí —respondió Publio, sabiendo que su amigo se refería a Lucio Emilio Paulo—. He ido también a ver a Terencio Varrón, he tratado de ponerlos en guardia.

—¿Qué te han dicho?

Publio hizo una mueca.

—Terencio está convencido de la victoria. Hoy el mando le toca a él, de modo que no ha dejado escapar la ocasión para declarar batalla.

—¿Emilio Paulo no está de acuerdo?

—No importa lo que piense Emilio Paulo. Es más, a estas alturas creo que él mismo se guarda para sí sus opiniones. Está al mando de la caballería ligera sobre el ala derecha, y no creo que tenga tiempo de pensar en las consecuencias de haber tenido que dejar la iniciativa a Terencio.

—Juro que no los entiendo —estalló Apio Claudio—, ¿A qué están jugando?

Publio suspiró pero no respondió. Sabía perfectamente qué tenía en mente Lucio Emilio Paulo: la humillación de Terencio Varrón. Si luego llegaba también la victoria sobre Aníbal, acaso gracias a las estrategias de batalla adoptadas por la caballería que estaba a su mando, entonces todo iría de la mejor manera posible.

Un juego muy arriesgado, que Publio no podía aprobar, porque estaba en juego la supervivencia misma de Roma.

—Podemos perder también esta batalla —le había explicado su suegro, mirándolo con una extraña expresión—, pero Roma no capitulará. Es como el ave

fénix, y su fuerza es la de saber regenerarse después de cada derrota, reconstruyendo sus legiones cada vez más fuertes y numerosas. Esto Aníbal aún no lo ha entendido.

Si sobrevive a este enfrentamiento, no habrá ganado la guerra. Lo importante es que Varrón lo debilite al máximo, y luego se aparte para dejarme la gloria del triunfo.

Publio había estado a punto de rebatir aquel razonamiento retorcido y peligroso, pero se había dado cuenta de que sería inútil. Emilio Paulo estaba allí para combatir dos batallas en dos frentes opuestos: la militar y la política. Y su adversario principal no era, necesariamente, Aníbal.

Y era precisamente en esto en lo que se equivocaba, según Publio. Una vez más la aristocracia romana subestimaba al cartaginés y daba más crédito a las disputas políticas internas que al hombre que estaba poniendo en discusión la existencia misma de la Urbe.

En aquel momento, por sorpresa, los cornicines hicieron resonar los cuernos a lo largo de toda la alineación romana, que se estremeció y se puso en movimiento, apuntando como un solo hombre al ejército cartaginés.

—Ya estamos —dijo Apio Claudio, excitado.

Publio apretó con fuerza las riendas, conteniendo la emoción que lo embargaba. En el campo de batalla, también los cartagineses y sus aliados se despertaron todos a la vez, y el aire se llenó de los gritos de batalla que miles de soldados elevaban en un coro ensordecedor.

III

—¡Dejadlos avanzar más! —gritó Aníbal conteniendo apenas al caballo, que piafaba y relinchaba como si advirtiera la excitación de los hombres que lo rodeaban.

Los romanos habían tomado la iniciativa, tal como Aníbal esperaba, y ahora marchaban en filas cerradas, enfrentándose a la primera línea cartaginesa con su táctica habitual, que él ya había visto aplicar varias veces y que sus hombres estaban bien adiestrados para afrontar. De las formaciones compactas de los manípulos romanos se separaban dos filas de legionarios por vez, que se adelantaban algunos pasos, lanzaban sus jabalinas y luego se retiraban detrás de los otros manípulos en marcha, resguardándose con los escudos.

A medida que las líneas enemigas avanzaban, el frente de la medialuna cartaginés se retrasaba, entablado combates cuerpo a cuerpo sólo cuando los romanos entraban en contacto, pero sin romper la línea de defensa y manteniéndose en formación compacta. Los galos y los veteranos libios combatían bien, con valor y con un temple que ponía en serias dificultades a los romanos, aunque éstos tenían la impresión de avanzar por mérito de su capacidad de empuje. No se daban cuenta de la grandiosa maniobra que el ejército cartaginés estaba poniendo en práctica.

—¡Que se muevan las alas! —ordenó Aníbal al darse cuenta de que el frente de auxiliares galos y veteranos libios se había retirado bastante. Si hubiera dudado, los romanos habrían podido desbaratar el frente y todo se habría perdido—. ¡Decid a Maharbal que adelante a los suyos! ¡Deben extenderse y rodear a las legiones!

Las órdenes circularon a lo largo de toda la alineación cartaginesa, que se movió con disciplina y sin ceder a la poderosa presión de las legiones romanas, las cuales, viendo retroceder la primera línea enemiga, habían acrecentado los esfuerzos para tratar de abrirse paso en el centro y partir en dos al ejército adversario.

Era lo que Aníbal y los suyos esperaban, y para lo que se habían preparado.

* * *

Desde la posición ligeramente sobreelevada en que se encontraba, Publio observó con desasosiego lo que estaba sucediendo.

La primera, la segunda y la duodécima legión habían conseguido avanzar con determinación empujando hacia atrás el frente cartaginés, que, inferior en número y dispuesto en filas más exiguas que las formaciones romanas, no parecía resistir el impacto con su muro de escudos y lanzas. Pero precisamente cuando Publio estaba exultante por la eficacia de aquel embate, todo el ejército cartaginés realizó una maniobra inesperada y arrolladora, que sembró el pánico entre los oficiales romanos que observaban desde la distancia la evolución de la batalla: las alas de la formación púnica avanzaron, en vez de retroceder para encerrarse en un círculo de protección en torno al núcleo del ejército, y llevaron a cabo una audaz maniobra en tenaza.

El espectáculo que observaba Publio tenía algo de sobrenatural. Un escalofrío le recorrió la espalda, mientras se daba cuenta de que no estaba viviendo un sueño con los ojos abiertos, sino la realidad.

—¿Qué ocurre? —preguntó Apio Claudio, exasperado, tensando todos los músculos del cuerpo mientras se enderezaba al máximo a la grupa de su caballo para contemplar el desastre al que se enfrentaban las legiones de Roma.

Publio no respondió. No tenía palabras para describir lo que estaba sucediendo, y no daba crédito a lo que estaba viendo.

La caballería enemiga, mucho más numerosa y compacta que la romana, se había adelantado de improviso, secundando las maniobras de acorralamiento del ejército cartaginés. Con una furia formidable, se arrojó contra las alas del ejército consular barriéndolas con extrema facilidad, para luego concentrarse en un doble movimiento convergente que Publio no pudo menos que admirar por la rapidez de maniobra y eficacia. Mientras algunos escuadrones de jinetes nómadas se separaban del grueso para perseguir a la caballería romana derrotada, los otros alcanzaron la retaguardia de las legiones, cerrando el círculo de la formación cartaginesa en torno a la consular.

—No es posible... —murmuró Apio Claudio, con voz temblorosa.

Publio abrió la boca para decir algo, pero no consiguió emitir ningún sonido. En el espacio de pocos minutos la situación en el campo de batalla se había invertido por completo, y ahora lo que tenía delante de los ojos era una pesadilla.

La masa enorme de legionarios romanos era similar a un pululante montón de hormigas enloquecidas, aplastadas las unas contra las otras por un delgado pero compacto cerco de soldados cartagineses que empujaban y apretaban cada vez más hacia el centro, matando a los legionarios romanos por centenares y aprovechando el caos que se había generado para dejar que los adversarios se ahogaran en una multitud inhumana, que no conseguía romper la presión letal del acorralamiento.

Publio miró a su alrededor, buscando a las otras tropas de refuerzo que, como su escuadrón, estaban colocadas al sur y al norte del campo de batalla, pero no vio a nadie. No sabía si se habían lanzado todos a la batalla para tratar de ayudar a sus compañeros, que caían bajo los golpes del enemigo como espigas de trigo segadas sin piedad, o si se habían dado a la fuga, pero ahora poco importaba.

—¿Qué hacemos? —lo apremió Apio Claudio mirándolo con los ojos desorbitados.

—Si bajamos, moriremos —respondió Publio, notando que la ira y la vergüenza lo invadían por lo que había dicho.

—¡Podemos cogerlos por sorpresa! —protestó Apio Claudio—. ¡Si conseguimos romper el cerco nuestros compañeros podrán reaccionar!

Publio observó con consternación a su amigo, luego se volvió hacia el campo de batalla, con un soplo de esperanza. Pero la sangre se le heló en las venas al comprender que todo estaba perdido.

* * *

Aníbal cabalgó hacia la retaguardia, preocupado, más que de hacer su aportación a la batalla lanzándose a los combates como era habitual, de controlar la ejecución exacta de las maniobras que en los últimos meses habían probado mil veces.

Sabía perfectamente que una cosa era hacer mover a miles de soldados durante las ejercitaciones militares, y otra era aplicar aquellas mismas maniobras de acorralamiento en el campo de batalla, y además contra un ejército bien adiestrado y capaz de reaccionar con ira como el romano.

Aníbal sabía que se trataba de un movimiento arriesgado, porque el lazo de hombres que debía formar el cerco era exiguo, y si los romanos conseguían romperlo, todo degeneraría en una furiosa lucha cuerpo a cuerpo, donde la

superioridad numérica de las legiones tendría las de ganar sobre el valor y la determinación de sus veteranos.

Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo y presenciaba la maniobra de acorralamiento, Aníbal sentía crecer la excitación dentro de sí y la conciencia de que los dioses estaban de su parte.

La caballería de Maharbal, después de haber completado el cerco y haber aniquilado a la retaguardia romana, recorría todo el perímetro del acorralamiento a velocidad prodigiosa, interviniendo allí donde los legionarios romanos parecían a punto de abrirse paso, para volver a meterlos en el foso infernal de miles de cuerpos amontonados, que les impedía no sólo combatir, sino también moverse y respirar.

Aníbal vio a los romanos empujando, pisoteando y aplastando a sus mismos compañeros, como hombres caídos al mar que se debaten por permanecer a flote y respirar. Y mientras la carnicería se desarrollaba ante sus ojos, se dio cuenta de que las pérdidas entre sus hombres eran insignificantes: por cada cien romanos que mataban, moría un cartaginés, que de inmediato era reemplazado por un compañero, para mantener firme el cerco y apretar cada vez más el lazo que exterminaría a las legiones de Roma.

—¡Los arqueros! —ordenó, cuando comprendió que había llegado el momento de la masacre final—. ¡Que disparen! ¡Que disparen!

* * *

La pesadilla parecía no tener fin. Publio estuvo a punto de levantar un brazo y ordenar a sus hombres que se lanzaran en ayuda de sus compañeros, pero luego vio a los arqueros cartagineses alinearse en torno al cerco de soldados púnicos que combatía hombro con hombro, presionando con fuerza inhumana hacia el centro del encierro. Cuando miles de flechas se elevaron en el aire y, formando estrechas parábolas, cayeron en una lluvia mortal sobre lo que quedaba del ejército consular, entendió que todo estaba perdido y que no serviría de nada que él o sus hombres se inmolaran.

Miró a su alrededor, en busca de Lucio Emilio Paulo y de Cayo Terencio Varrón, pero no vio ni rastro. Sólo habían quedado ellos, fuera del cerco mortal de los cartagineses, y esto se debía a que se encontraban en la ribera opuesta del río, a una cierta distancia del vado más accesible.

—¡Nos han localizado! —gritó en un momento dado alguien desde las filas

alineadas de su escuadrón—. ¡Se están acercando!

Publio se volvió para mirar, y con un sentimiento de pánico se percató de que diversas formaciones de jinetes númeradas estaban corriendo hacia ellos, lanzadas al galope después de haber atravesado el Aufidus en un punto en que el agua llegaba a la cruz de los caballos.

—¡Repleguémonos! —gritó, y se le puso la carne de gallina al ver los ojos blancos de aquellos jinetes homicidas resplandeciendo en los rostros oscuros. Sabía de qué eran capaces, conocía su habilidad en el combate y la manera despiadada, sin escrúpulos, con que golpeaban a los adversarios en las piernas y en la ingle, en los puntos más expuestos y sensibles para desarzonarlos y volverlos inofensivos, antes de regresar y liquidarlos a golpe de espada o de cuchillo.

No tenía ninguna intención de dejarse masacrar, y el único pensamiento que le vino a la mente en aquel momento fue poner a salvo a sus hombres.

—¡Dirijámonos hacia Canusium! —aulló girando el caballo y lanzándose al galope.

Mientras se alejaba no se volvió atrás. Tenía los ojos llenos de polvo y de lágrimas, y el corazón hecho pedazos por el dolor y la vergüenza, pero nunca se detuvo, nunca dio respiro a su cabalgadura, hasta que se dio cuenta de que las criaturas demoníacas que los perseguían habían desistido.

Las vería de nuevo, lo sabía, en sus pesadillas más feroces.

Así como volvería a ver a la masa de soldados romanos empujados y aplastados los unos contra los otros, masacrados como una manada de jabalíes durante una terrible batida de caza.

De improviso, todo terminó.

Aníbal miró a su alrededor, y lo que vio era la consagración de su genio militar y de la fuerza de Cartago.

La maniobra de acorralamiento había salido bien, y la lluvia de flechas había sido el golpe de gracia para los ejércitos consulares, que habían quedado aniquilados. Decenas de miles de cadáveres yacían amontonados los unos encima de los otros, mientras los jinetes númeradas y los veteranos libios e ibéricos corrían en círculo como lobos hambrientos, cubiertos de sangre y con las espadas levantadas,

invocando la gloria del ejército más poderoso que se hubiera visto nunca.

—¡Aníbal! ¡Aníbal! ¡Aníbal! —gritaban en coro, haciendo viajar sus voces en el viento cálido que barría el valle, y cuando descubrían a un legionario herido que se arrastraba por el polvo lo liquidaban con un golpe de espada o lo pisaban con los cascos de los caballos.

Maruda y sus sacerdotes ya estaban agradeciendo a los dioses la increíble victoria que les habían concedido, y ayudaban a transportar a los caídos cartagineses a un círculo ritual que purificaría sus almas.

—Nunca había visto nada igual —murmuró una voz junto a él, y Aníbal se volvió sorprendido. Himilce lo había alcanzado a caballo, rodeada por algunos jinetes del Escuadrón Sagrado al mando de Amidal.

—¿Por qué has venido? —le preguntó él, ayudándola a bajar del caballo y abrazándola con tanta fuerza que casi le hizo daño.

—Estás temblando —murmuró Himilce.

—Hemos ganado —respondió Aníbal, apartándose de ella, abrumado por un cansancio terrible, como si todo aquello por lo que había sufrido y combatido en aquellos años le hubiera caído de improviso sobre los hombros, haciéndole doblar las piernas.

—Ha sido una masacre —le hizo notar Himilce, con una extraña expresión que él no consiguió descifrar.

—Ahora Roma sabe con quién está tratando.

—¿Y tú? —le preguntó Himilce; ¿Tú lo sabes?

Aníbal sonrió, aunque se sentía invadido por un sentimiento de inquietud.

—Este no es momento para preguntas —respondió—. Debemos celebrar la victoria. Y agradecer a los dioses por lo que nos han concedido.

Himilce no replicó nada. Lo miró unos instantes y luego lo abrazó de nuevo apretándolo con fuerza.

Aníbal aspiró el perfume de su pelo, luego la apartó y miró sus ojos oscuros.

—Llegó la hora de cumplir la promesa que nunca me has hecho —le dijo.

Himilce frunció el ceño, quiso decir algo, pero le pareció entender a qué se refería.

—Nuestro hijo te necesita.

—También necesita a su padre —rebató ella.

—Ahora hemos ganado, Roma está a un paso de la capitulación. Ha llegado la hora de que mi esposa regrese a Cartago para volver a tomar las riendas de mi familia. A la espera de mi regreso.

Himilce iba a protestar otra vez, pero de repente, tal vez porque captara la luz que brillaba en los ojos de Aníbal, perdió esa rigidez que le había hecho contraer los músculos de todo el cuerpo.

—Está bien —dijo al fin—. Haré lo que dices. Pero no me hagas esperar demasiado tu regreso.

Aníbal sonrió y la besó. Sabía que era lo correcto, aunque trataba de no mostrar el dolor que lo mortificaba al pensar que ya no la tendría cerca.

—Magón se ocupará de escoltarte —le dijo—. Ya lo he hablado con él. Llevará consigo la noticia de esta gran victoria y convencerá al consejo de que confíe en mí y envíe nuevos refuerzos.

Himilce lo miró inclinando la cabeza.

—De modo que ya lo habías decidido todo.

—Pero estaba dispuesto a morir, en el caso de que tú hubieras intentado matarme por eso.

Himilce se echó a reír, luego le lanzó los brazos al cuello y lo besó.

—Antes celebrémoslo juntos —dijo—, Y hagamos el amor durante toda la noche. Mañana Magón se encargará de mí.

—No podía pedir nada mejor —aprobó Aníbal, besándola con pasión.

IV

—¡Publio! —gritó Apio Claudio—. ¡Ven! ¡Ha llegado un superviviente!

Publio se levantó del camastro en el que intentaba reposar. Después de la carrera desenfrenada que los había llevado al fuerte de Canusium, Publio había informado a la situación al comandante de la guarnición, un centurión que en realidad era un inferior suyo, y luego se había hecho asignar un alojamiento, con el propósito de caer en un sueño reparador que desvanecería la ira, el miedo y la vergüenza que se habían adueñado de su cuerpo.

Pero en realidad no había conseguido pegar ojo, y cuando Apio Claudio irrumpió en su habitación, no tuvo problemas para levantarse, completamente despierto.

Siguió a su amigo a la gran sala común en que se habían acomodado diversos jóvenes retoños de las familias patricias romanas enrolados en su escuadrón, y localizó de inmediato al hombre del que había hablado Apio Claudio.

—¿Cómo estás? —le preguntó, observando la túnica sucia de polvo y sangre del hombre, y el aire asustado que tensaba sus rasgos. Le parecía haberlo visto antes y sólo cuando lo oyó hablar recordó quién era: Público Bíbulo, un tribuno militar asignado a la segunda legión.

—Lo he conseguido —murmuró el hombre, con los ojos desorbitados ante un montón de recuerdos que todavía atormentaban a Publio—, Ellos, en cambio..., —movió la cabeza y los ojos le brillaban—. Han muerto todos.

—¿Qué noticias puedes darnos? —le preguntó Apio Claudio, sacudiéndole por los hombros. Publio le hizo una señal de que no se excediera, y su amigo asintió mordiéndose los labios.

—¿Sabes dónde están los cónsules? —intentó preguntarle Publio—. ¿Y los demás comandantes? ¿Los demás tribunos militares?

Bíbulo levantó la mirada y apenas inclinó la cabeza, como si tuviera dificultades para comprender las palabras de Publio. Luego se mordió un labio y comenzó a hablar, con la voz rota por los sollozos.

—Los he visto caer... a todos, uno tras otro. Servilio Gémino, Marco Minucio Rufo... también al cónsul Emilio Paulo.

Al oír aquella noticia le dio un vuelco el corazón.

—¿Estás seguro? —le preguntó con un hilo de voz.

El hombre asintió.

—Los he visto caer con mis propios ojos, junto a Camilo Tercio y a decenas de otros senadores. Nuestra caballería fue la primera en ceder al asalto.

—¿Y Terencio Varrón? —le preguntó Apio Claudio.

—Yo... creía que estaba aquí —respondió Bíbulo—. Sé que ha conseguido huir, junto a varios manípulos. Pensaba que se había dirigido aquí, a Venusia.

Publio y Apio intercambiaron una mirada.

—Esto es Canusium —explicó Publio a Bíbulo, que lo miraba confuso—. ¿Estás seguro de que el cónsul logró ponerse a salvo?

—Sí —confirmó el hombre, con más determinación de la necesaria—. Se dirigía a Venusia. Yo intenté seguirlo, pero luego... me perdí.

—Está bien —suspiró Publio, haciendo una señal a algunos sirvientes para que trajeran vino—, Al menos nos has dado una buena noticia.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —le preguntó a Apio (Claudio).

—Reunámonos con Terencio Varrón en Venusia —respondió Publio—. Aquí no estamos seguros.

Apio Claudio negó con la cabeza, pero luego comprendió que no le quedaba otra alternativa y asintió.

Cuando Magón y los demás generales estuvieron reunidos, la euforia que los embargaba era tan intensa que casi podía palpase.

—¡Sólo hemos perdido ocho mil hombres! —gritó, incrédulo, el hermano de Aníbal, moviendo la cabeza como si aquello a lo que había asistido no fuera una

batalla conducida con gran agudeza táctica, sino el resultado de un sortilegio o de la intervención del capricho divino.

—¿A cuántos romanos hemos matado? —preguntó Aníbal.

—Aún no hemos conseguido contarlos todos —respondió Maharbal—. Creo que más de cincuenta mil.

Durante un momento en la gran tienda se hizo el silencio. Quizás aún no habían comprendido del todo el alcance de su hazaña.

—Pero algunos han huido —dijo Paribio—. Los míos los han perseguido.

—¿Cuántos? —preguntó Vilualta—. ¿Y adonde han ido?

—Algunas escuadras de jinetes se han dirigido a Canusium —respondió Paribio—. Al menos cinco mil hombres. Pero el grueso de las fuerzas que se nos han escapado ha llegado a Venusia. Más de quince mil hombres, creemos. Al mando de uno de los cónsules.

—Podríamos alcanzarlos y acabar con ellos —dijo Magón, excitado—, así...

—No, no serviría de nada —lo interrumpió Aníbal—. Dejemos que se lamen las heridas y que vuelvan a Roma e informen de lo que ha sucedido.

—¡Vayamos hacia Roma! —exclamó Magón—. ¡Ha llegado el momento de rematarlos! —Mostró el puño y lo apretó con fuerza—. Debemos aprovechar ahora que los hemos debilitado como nunca habrían pensado.

—Magón tiene razón —afirmó Maharbal—. Reorganicémonos y partamos lo antes posible, mientras el tiempo sea benigno.

—¿Para qué? —preguntó Aníbal, helando el entusiasmo de todos—. Habéis oído los informes de nuestros correos. Los muros de Roma son impenetrables, y hay otras dos legiones en defensa de la ciudad. Somos más fuertes, pero sólo cuando podemos enfrentarnos a los romanos a campo abierto, creía que lo habías entendido. No podemos enfrascarnos en un asedio de años.

Magón dio una patada en el suelo, conteniendo apenas la ira.

—¡Ya estamos con la historia de siempre! —protestó—. ¿Cuándo llegará el

momento de atacar Roma? Empiezo a creer que para ti la respuesta es nunca.

Aníbal miró a su hermano sin ninguna indulgencia.

—Ya sabes lo que pienso. Necesitamos que los aliados de Roma se rebelen y se pongan de nuestra parte. Sólo así podremos reunir un ejército bastante fuerte como para poder asediar Roma. Sin tener que preocuparnos de que de la noche a la mañana aparezcan nuevas legiones a nuestro alrededor. Nunca olvides la extraordinaria capacidad de Roma para renacer de sus cenizas.

Aquellas palabras tuvieron el doble efecto de calmar a Magón, que en el fondo sabía que su hermano tenía razón, y de nublar un poco la alegría por el gran éxito que habían conseguido aquel día.

Aníbal se dio cuenta de ello y exhibió una sonrisa mientras cogía una jarra de vino y la mostraba a sus generales.

—De esas cosas nos ocuparemos en los próximos días —dijo—. Ahora celebremos la victoria. Habéis sido extraordinarios, y todo el mundo hablará de vuestra hazaña.

—De tu hazaña —añadió Maharbal—. ¡La gran hazaña de Aníbal el invencible!

La ovación que surgió de las gargantas de los generales cartagineses fue tan fuerte que Aníbal olvidó durante un momento los alaridos de la masacre que se había consumado aquel día. Y pudo concentrarse en elaborar la mejor estrategia para enfrentarse a Roma al amanecer de aquella extraordinaria victoria.

V

—Es increíble, ya no hay casi nada.

Versilio miró a su alrededor, consternado, y no tuvo más remedio que dar la razón a Emilia. También aquella vez había acompañado a la esposa de Publio al mercado de la ciudad, y por tercer día consecutivo se habían dado cuenta de que los puestos de los comerciantes, sobre todo los que, de costumbre, ofrecían frutas, verduras, hortalizas y alimentos de todo tipo, estaban desoladamente vacíos. Los precios de las pocas mercancías expuestas estaban por las nubes, y en las calles estallaban continuamente riñas entre los ciudadanos exasperados y los vendedores, que proclamaban que hacían todo lo posible por intentar aprovisionarse. Pero, desde hacía algunos meses, la situación se había vuelto insostenible: los mercaderes ya no podían moverse con la habitual desenvoltura por toda la Italia central, y los suministros comenzaban a escasear, aunque se habían intensificado los transportes por mar, que se habían demostrado más seguros.

Roma, sin embargo, era una ciudad vastísima, densamente poblada y en continua expansión, y sus necesidades alimentarias iban mucho más allá de lo que las naves de carga conseguían transportar, aun descargando mercancías sin pausa.

Aníbal había hecho tierra quemada en las regiones que circundaban Roma, y eran pocos los que se aventuraban a emprender viajes para transportar sus mercancías a la Urbe. Muchos campos, además, habían sido pasto de las llamas, y los cartagineses habían robado el ganado o lo habían dejado muerto sobre el terreno, con la precisa estrategia de que las poblaciones aliadas de Roma, y la Urbe misma, pasaran hambre.

El mercado, que se extendía en un área vastísima en lomo al Foro, era el síntoma más evidente de cómo aquella estrategia del terror estaba dando excelentes frutos.

En la domus de los Escipiones la situación se vio clara con cierto retraso, aunque Pomponia era una mujer práctica y realista y no se atrincheraba detrás de la estólida altivez de la clase patricia romana, que se negaba a admitir la gravedad de la situación. Cuando la comida comenzó a escasear, Emilia intervino, proponiendo que no esperaran más y fueran directamente al mercado a abastecerse. Se ocuparía

ella, con la ayuda de Versilio y de algún otro esclavo. No lo consideraba deshonroso y, en cualquier caso, tenía curiosidad por moverse entre la gente para averiguar cuán crítica era realmente la situación.

Todos estaban espantados, aunque la partida de Lucio Emilio Paulo y Cayo Terencio Varrón a la cabeza del formidable ejército que derrotaría Aníbal había serenado un poco los ánimos. Sin embargo, desde hacía meses no se tenían noticias seguras del ejército consular y la situación de los suministros en Roma se hacía cada vez más difícil, llevando al pueblo a la exasperación.

Emilia nunca se había desanimado y afirmaba que debían tener paciencia y que pronto llegarían las provisiones, una vez que su padre y Terencio Varrón hubieran eliminado el peligro de aquel bárbaro Africano. Pero ahora, después de tres días en los que apenas conseguían recoger lo necesario para saciar el hambre, se vieron obligados a admitir que no sólo la situación no parecía mejorar, sino que incluso empeoraba por momentos.

Las riñas eran cada vez más frecuentes, de vez en cuando había un muerto, y la tensión que recorría el pueblo y toda la ciudad se percibía en el aire como un humor denso y untuoso que se les pegaba encima y producía picor en la piel.

—¿Qué hacemos? —preguntó Versilio a su ama al mirar a su alrededor, desconcertado, y darse cuenta de que para ellos no era muy seguro permanecer en medio de toda aquella confusión.

—Volvamos a casa —respondió Emilia, triste, mirando los capazos vacíos que Versilio y los demás esclavos tenían en la mano—. Lo intentaremos otra vez mañana.

Versilio suspiró, porque ya sabía que al día siguiente no cambiaría nada, pero asintió e hizo una señal a los demás esclavos para que volvieran atrás. En aquel momento, la multitud se abrió en dos y unas parihuelas sostenidas por cuatro esclavos avanzaron velozmente, mientras algunos legionarios mantenían alejada a la gente con unos palos.

Las parihuelas pasaron junto a ellos, pero se detuvieron ante una orden del hombre que estaba sentado en los cojines, cuando éste reconoció, sorprendido, a Emilia.

—Mi niña, ¿qué haces aquí? —le preguntó, bajando de las parihuelas—. Vete, es peligroso.

—Tengo a quien me protege —respondió Emilia, señalando a Versilio y a los otros dos esclavos—. De todos modos, gracias.

Emilia sonrió, pero frunció el ceño al percatarse de que el hombre que había bajado de las parihuelas y que llevaba la toga blanca bordada de rojo de los senadores, se mordía los labios, nervioso, y evitaba mirarla a los ojos.

—¿Qué sucede? —le preguntó Emilia. Luego cayó en la cuenta y se quedó con los ojos desmesuradamente abiertos—. ¿Has tenido noticias del frente? —preguntó el senador—. ¿Cómo va la guerra?

El hombre se pasó una mano por el mentón, visiblemente incómodo, a continuación extendió los brazos e hizo un gesto con la cabeza. Habló con ansiedad, devorado por algo que le asomaba a los ojos y que Versilio interpretó como puro terror.

—Ha sido una masacre —dijo, con la voz rota por el miedo—, Aníbal ha aniquilado a nuestro ejército. ¡Han muerto más de cincuenta mil hombres!

Versilio se mareó. Luego miró a Emilia y vio que estaba pálida.

—Es para no creérselo —continuó el senador—. Nos han informado de que han muerto ochenta senadores y veintinueve tribunos militares, y quién sabe cuántos jinetes. Y además..., además también Servilio Gémino y Minucio Rufo y...

De improviso se paró, miró a Emilia y, al darse cuenta de a quién tenía delante, se quedó con los ojos abiertos.

—Lo siento... —balbuceó, y Versilio se precipitó a sujetar a Emilia en cuanto la vio tambalearse.

Pero la muchacha hizo un esfuerzo, suspiró hondo y preguntó al senador:

—¿Tienes noticias de mi marido? ¿Y mi padre?

El senador miró a su alrededor, como si pidiera ayuda, luego volvió a hacer un gesto con la cabeza.

—Sé que Publio ha conseguido huir —dijo, y Versilio sintió que la sangre le volvía a circular por las venas. Al mirar a Emilia, notó que también ella había recuperado un poco de color—. Se ha reunido con Terencio Varrón, que ha logrado

ponerse a salvo con los supervivientes.

—¿Y mi padre? —insistió Emilia.

El senador bajó la cabeza, consternado.

—No lo ha conseguido —respondió—. Ha combatido hasta el final a la cabeza de sus jinetes, y ha muerto como un héroe por...

—Calla —murmuró Emilia con un hilo de voz.

El senador abrió la boca, pero la cerró de inmediato, meneó por enésima vez la cabeza y luego, al no saber qué más hacer, estrechó los hombros de Emilia en un torpe ademán de consuelo y subió de nuevo a sus parihuelas, haciendo una señal a los esclavos para que volvieran a ponerse en movimiento.

Versilio lo miró alejarse en medio de la multitud, que rumoreaba y gritaba por cuestiones que ahora parecían increíblemente lejanas de la terrible realidad a la que el senador los había arrastrado por la fuerza.

Aníbal había ganado, y las legiones de Roma habían sido barridas. La ciudad no estaba del todo indefensa, es más, sus muros eran sólidos y estaban bien vigilados, pero las implicaciones de lo que había sucedido no tardaron en aclararse en la mente de Versilio. Ahora Aníbal podía moverse como quería, recibir refuerzos de Cartago y campar a sus anchas por toda Italia, provocando revueltas entre las poblaciones aliadas de Roma y preparando el terreno para un asedio de la Urbe.

—Llévame a casa —murmuró Emilia, pálida y deshecha.

Versilio asintió, y mientras avanzaban entre la multitud trató de pensar en Publio y el destino que lo había visto salir indemne de aquella tragedia.

Los dioses lo habían ayudado, y ahora esperaba poder verlo otra vez lo antes posible. Con Publio en Roma, la situación sería más fácil para todos.

Ante todo, para él.

CAPÍTULO XIV

209 a.C. (siete años después) Mar Mediterráneo

I

La tablazón del sólido trirreme crujía y gemía mientras la quilla se hundía en las aguas, levantando salpicaduras de agua salada y espuma. El cuervo de la proa, que servía para enganchar a las naves enemigas en caso de combate en el mar, estaba levantado, para que la proa no bajara demasiado y el trirreme pudiese viajar a la máxima velocidad. En el puente de la nave, ochenta legionarios en orden de guerra, con su centurión apostado en el castillo de mando, conseguían mantenerse en pie con las piernas abiertas, alineados en la formación clásica que la centuria volvería a adoptar una vez desembarcados en tierra.

Publio respiró profundamente el aire salobre que soplaba, impetuoso, mientras los bogadores impulsaban el trirreme a una velocidad que parecía imposible, y volvió la mirada a su alrededor, para tomar conciencia de la empresa en la que estaba participando y en la cual, como muchas veces había soñado en sus noches atormentadas, era, en calidad de procónsul, el comandante supremo.

Además del trirreme en que viajaba, había otros treinta bajeles cargados de soldados y máquinas de guerra, así como un puñado de naves dedicadas al transporte de los caballos, el forraje y los víveres.

A Publio se le hinchó el pecho de orgullo, y comprendió que su padre habría estado satisfecho de él, si lo hubiera visto al mando de aquel ejército. Sólo tenía veintiséis años y, sin embargo, ya era procónsul y había recibido el cometido de gobernar la provincia ibérica, para llevar la guerra al corazón mismo de los nuevos dominios de Cartago y reconquistar los territorios en los que su padre y su tío habían combatido durante años y finalmente habían muerto.

El pensamiento le causó un malestar en el estómago, pero Publio trató de expulsarlo respirando el aire impregnado de minúsculas partículas de agua que batía contra el castillo de mando del trirreme.

—Sé lo que estás pensando —dijo una voz junto a él, acercándose a la balastrada en que Publio estaba apoyado—. También yo estoy convencido de que tu padre estaría satisfecho de ti.

Publio sonrió, y contuvo su deseo de abrazar a Versilio. El siracusano había insistido en poder acompañarlo a Iberia, y Publio no había podido renunciar a su

compañía: ¿quién, mejor que él, iba a leerle el pensamiento, descifrar sus sentimientos y comprender sus estados de ánimo? ¿Con quién más iba a hablar sin imponerse frenos o mordazas de ningún tipo?

Por una parte, Publio habría querido que Versilio, en aquella situación difícil, se quedara en Roma, junto a Emilia y su madre, pero, por otra, sabía que lo necesitaba, ahora que estaba afrontando la prueba más difícil de su joven vida.

—No puedes dejarme aquí sola —le había dicho Emilia con lágrimas en los ojos, cuando Versilio y él estaban listos para partir. Pomponia estaba un poco apartada, aún hundida en el dolor por la pérdida de su marido y de todas las certezas que habían envuelto su rica domus patricia, debido a aquel demonio cartaginés que había sometido a sangre y fuego la República, y se había limitado a escuchar su conversación, sin intervenir.

Publio había observado a Emilia y luego a su madre, y sólo en aquel momento se dio cuenta de que las estaba abandonando a su destino. Su hermano, Lucio, estaba regresando de Sicilia, donde había prestado servicio como tribuno militar, y asumiría el papel de pater familias que Publio había desempeñado en los últimos siete difíciles años, luchando cada día contra el miedo de que Aníbal y su ejército llegaran para someter Roma a un asedio.

—Déjanos al menos a Versilio —le imploró Emilia, pero él negó con la cabeza.

—No puedo —respondió—. Lo necesito.

Emilia estalló a llorar y se sujetó a él, temblando entre sus brazos.

—Tengo miedo —murmuró con un hilo de voz.

—Estate tranquila —le dijo Publio, tratando de mantenerse firme sobre sus piernas y evitando mirar a su madre, que poco más allá había levantado los ojos y lo había mirado como si fuera la última vez—. Las defensas de Roma son inaccesibles, y nuestras legiones se refuerzan día tras día. Por eso Aníbal nunca ha podido atacar la Urbe, a pesar de la masacre de Cannae.

—¡Pero ha estado a un paso de hacerlo! —gritó Emilia apartándose de él y mirándolo con ira. Publio se alegró de aquel repentino cambio de humor, porque sentía que podría afrontar mejor su cólera que sus lágrimas.

—Aníbal está solo —intentó explicarle, hablando más que nada para sí mismo, para convencerse de las teorías que había elaborado en aquellos largos años de espera, mientras hacía lo posible por aprestarse y adiestrarse para el momento del enfrentamiento final—. No ha recibido de Cartago los refuerzos que pedía, porque esos cobardes aún le tienen miedo a Roma y temen dejarse involucrar abiertamente en aquella que siguen considerando una batalla deseada por su caudillo rebelde. Y el rey Filipo no le está dando el apoyo necesario, porque está bloqueado en Macedonia por nuestra flota. Este es el mejor momento para que yo me vaya. Estoy listo, ¿entiendes?

—¡Pero eres demasiado joven! —protestó Emilia, dando la impresión de querer abofetearlo, exasperada.

—Por eso tengo que ir a Iberia —trató de explicarle con dulzura—. Necesito entender si mis estrategias pueden funcionar, antes de enfrentarme a Aníbal. Y tengo que convencer a Roma de que me dé su confianza, obteniendo algunas victorias importantes.

—Te matarán —intervino Pomponia—. Tal como ha sucedido con tu padre y tu tío.

Publio respiró hondo, procurando mantenerse firme en sus propósitos.

—No —respondió—. Te lo prometo, madre.

Y nunca como en aquel momento entendió que decía la verdad. Cuando, algunos meses antes, había llegado la noticia de lo que había ocurrido en Iberia, Publio se había sentido morir, conmocionado y frustrado más que cualquier otro, incluso que su madre, porque sabía que habría debido estar junto a su padre cuando éste se enfrentó con los cartagineses y combatió hasta la muerte.

Durante algún tiempo Publio había permanecido anonadado, rodeado de amigos y parientes que intentaban consolarlo, que hacían elogios de su padre, de su tío y de toda la familia de los Escipiones, garantizándoles que harían lo que fuera para ayudarlos. El era el heredero de la gens Cornelia, y no debía desmoralizarse, no debía renunciar a combatir en nombre de su padre y de sí mismo.

Fueron aquellas palabras las que sacudieron a Publio y le ayudaron a entender que la respuesta a su dolor y a su ira no estaba en la autoconmiseración, sino en aquello en que se había comprometido para toda la vida, desde el día en que, en las riberas del Ticino, salvó a su padre.

Debía concentrarse en Aníbal y su estrategia de desgaste, en su intento por mantener a Roma ocupada en varios frentes, y entre tanto tratar de atraer a las poblaciones aliadas de la República. Durante algún tiempo había parecido que Aníbal había conseguido sus propósitos: después de algunas tribus del Samnio, la Lucania y el Brucio, varias ciudades importantes habían decidido traicionar a Roma, ante todo Capua, que por su magnitud y prosperidad llegaba a rivalizar con la Urbe misma.

Más tarde, llegó el turno de Siracusa y de toda Sicilia, y la declaración de guerra de Filipo V el Macedonio obligó a la República a empeñarse en un esfuerzo sobrehumano para no ver derrumbarse la densa red de alianzas que aseguraba su fuerza.

Pero luego Roma logró levantar cabeza y, mientras Claudio Marcelo reconquistaba Siracusa, a pesar de las asombrosas máquinas de guerra construidas por Arquímedes, que pusieron en un serio aprieto a las legiones consulares, la flota romana conseguía contener a los macedonios más allá del Mare Superum, y las tropas situadas en Iberia combatían con valor, manteniendo ocupados a los hermanos de Aníbal e impidiéndoles llevar su ayuda al caudillo cartaginés.

Publio volvió a estudiar los movimientos del Bárcida, a recorrer junto con Versilio y algunos amigos de confianza las hazañas de Aníbal, intentando comprender las finalidades y las estrategias más escondidas, y reconstruyendo con precisión milimétrica los desplazamientos de sus tropas durante las terribles batallas a las que Publio había asistido, y que habían llevado a la aniquilación de las legiones.

Día tras día tuvo la impresión de que comprendía cada vez más el genio militar de Aníbal, y de algún modo empezó a apreciar y admirar su audacia, su habilidad en el mando, su modo de adiestrar a las tropas y mantenerlas siempre listas para atacar al enemigo con ferocidad devastadora.

Publio estaba convencido de que esto era lo que le faltaba a Roma: la República conseguía reconstruir sus legiones enrolando hombres de toda Italia, bebiendo (le un depósito casi inagotable de ciudadanos y aliados, pero luego adiestraba y movía sus tropas según esquemas anticuados, con maniobras que pertenecían a una época que hacía tiempo que Aníbal había dejado atrás, y que se habían demostrado perdedoras.

En sus discusiones con Versilio, Cayo Lelio, Apio (Claudio y otros amigos de

confianza, Publio llegó a exponer sus teorías, convencido de que los soldados romanos necesitaban adquirir experiencia sobre el terreno, aprender a moverse según esquemas menos tradicionales y más audaces, tal como hacían los veteranos de Aníbal. Solamente después de un duro adiestramiento de este tipo, las legiones podrían volver a alinearse en campo abierto frente al comandante cartaginés, y combatir por la victoria.

—Quizá lo que dices sea verdad —comentó Apio (Claudio—, pero ¿cómo piensas llevarlo a la práctica?

—Pediré que me asignen algunas legiones —respondió Publio, exteriorizando sólo en aquel momento algo que llevaba tiempo meditando—. Las adiestraré y las llevaré a combatir lejos de Aníbal, para organizarías como es debido. Luego me enfrentaré al Bárcida y lo derrotaré.

Nadie se atrevió a rebatirle, al ver la mueca de determinación que le había trastornado los rasgos, aunque todos eran perfectamente conscientes de lo absurdas que eran sus palabras. Publio era demasiado joven, no había sido nunca pretor ni cónsul, y, por tanto, de ninguna manera iba a poder ambicionar el mando de una legión, y menos aún de un ejército suficientemente fuerte como para enfrentarse a Aníbal.

Sin embargo, el destino y los dioses se demostraron favorables a Publio y lo llevaron a afrontar con el semblante severo propio de los Escipiones al mismo Senado reunido en audiencia delante de él.

Mientras el viento salobre le azotaba el rostro en el castillo de mando del trirreme, Publio recordó aquel momento con una punzada en el corazón y un arrebató de orgullo.

II

La convocatoria al Senado llegó de repente, pero Publio no se sorprendió. Mientras se vestía y Sumia, la peluquera de su madre que entre tanto se había convertido en la más vieja y experta de las servidoras de la domus Scipionis, le arreglaba el pelo, Publio procuraba concentrarse en todo lo que podía decir a los senadores para convencerlos de que confiaran en él.

Sabía que se trataba de una empresa ardua, pero en las semanas anteriores había hecho lo imaginable para poner de su lado a la mayor cantidad de senadores posible, visitando a todos los viejos amigos de su padre y procurando que incluso los aliados de Lucio Emilio Paulo recordasen que él estaba emparentado con los Emilios. Había recibido muestras de apoyo de muchos poderosos patricios romanos, pero Publio sabía que, con las tensiones de la guerra y la ciudad en perenne estado de alerta, también el pueblo tenía una gran influencia en las decisiones del Senado, así que se había entretenido con varios tribunos de la plebe, había invitado a banquetes privados a los representantes de las clases mercantiles y agrarias, para extender su red de conocidos y entender hasta qué punto un joven obstinado, aunque dotado de grandes medios y de una cierta influencia, podría desafiar cualquier regla y lograr que le asignaran semejante cometido a pesar de su edad y su inexperiencia política.

—En mi opinión, se reirán de ti —comentó Versilio, mientras elegía la toga más blanca y limpia entre aquellas que Publio había heredado de su padre. Encontró una realizada con una variedad de lana proveniente de alguna lejana tierra del norte, que era una maravilla por esplendor y uniformidad de la coloración del tejido. Escipión pater habría pagado una fortuna, y ahora parecía perfecta para conferir a Publio aquella dignidad y aquella autoridad que no provenían de los cargos de gobierno o de los méritos adquiridos en el campo de batalla.

—Nadie se ríe de un Escipión —afirmó Sumia, mientras se ponía en las manos un ungüento perfumado que luego usó para alisar hacia atrás el pelo de Publio—. Sería una afrenta imperdonable.

—Es demasiado joven —repitió por enésima vez Versilio—. Y aún no ha obtenido la pretura. ¿Cómo podría reivindicar el mando de una legión?

—No una —puntualizó Publio—, Quiero al menos dos.

Versilio bufó, y Sumia acabó de peinar a Publio y se apartó.

—Ahora estás perfecto.

Publio se examinó en el espejo de bronce y asintió, satisfecho. Se puso la toga que había preparado Versilio, calzó un par de sandalias nuevas y respiró hondo.

—Ya estamos —dijo—. Ahora entenderé cuánto vale aún en Roma el nombre de los Escipiones.

Salió de casa tras despedirse de su madre con un beso en la frente y de Emilia con una ligera caricia en la mejilla, y se encaminó hacia el Foro acompañado por Versilio y por dos esclavos germánicos muy robustos, que servían como guardaespaldas en aquellos tiempos oscuros en que ladrones y malhechores se habían multiplicado a un ritmo vertiginoso.

La situación en la Urbe era más crítica que nunca, y él había hecho todo lo posible para poner a disposición de los ciudadanos los recursos que los Escipiones habían acumulado con el tiempo: comida, ropas, unas viviendas que su padre tenía en propiedad junto con otros senadores, incluso varios terrenos fuera de Roma, cuya explotación había concedido gratuitamente a las familias más necesitadas.

Sin embargo, todo lo que hacía parecía no servir para nada, y Roma estaba oprimida por el miedo y la ira de los ciudadanos, que acusaban al Senado de no hacer lo suficiente para liberarse de la amenaza cartaginesa y devolver la prosperidad a la República.

Quizá fuera precisamente gracias a estas presiones populares por lo que el Senado finalmente había aceptado recibir a Publio y escuchar su propuesta, por más que muchos senadores ya hubiesen dejado claro que no tenían ninguna intención de favorecerlo sólo porque perteneciera a una de las familias más ricas e influyentes de Roma, aunque diezmada.

Cuando llegó al Foro y subió los peldaños que llevaban a la Curia, Publio se dio cuenta de que no se sentía ni atemorizado ni cohibido.

De un modo u otro, conocía a casi todos los presentes, por haberlos frecuentado desde que su padre había comenzado a hacerlo partícipe de las complejas relaciones políticas y sociales en que su familia se movía con

desenvoltura, y sabía distinguir las miradas hostiles que apuntaban hacia él de aquellas más indulgentes, que mostraban la intención de escucharlo.

Se volvió para echar un último vistazo a Versilio, que se quedaría esperando junto con los otros dos esclavos, luego atravesó la barrera de los guardias y se dirigió al centro de la Curia, mientras los senadores se disponían según las facciones que desde los tiempos de la fundación de la República representaban las diversas corrientes políticas y sociales de la Urbe.

—Deprisa —dijo enseguida Quinto Fabio Máximo, escrutando a Publio con una mueca—. Tenemos problemas más urgentes de los que ocuparnos.

El anciano Cunctator, que tras la derrota de Cannae estaba cada vez más orgulloso de ese sobrenombre, y que a raíz de la conquista de Capua por parte del cartaginés había recibido por cuarta vez el encargo consular de poner freno a los pillajes de Aníbal, tenía una opinión precisa sobre cómo afrontar la guerra y 110 perdía ocasión para atacar a cualquiera que intentara imponer nuevamente la idea de una batalla frontal contra el Bárcida. Después de que el padre y el tío de Publio habían fracasado en sus enfrentamientos directos con el enemigo, obteniendo al final sólo derrotas y la aniquilación de otros miles de hombres, además de su propia muerte, Quinto Fabio no veía con buenos ojos las presiones que Publio estaba tratando de hacer para que le confiaran un cometido que le permitiese seguir los pasos de su padre.

—Tienes razón —intervino Quinto Fulvio Flaco, otro autorizado representante de la facción de los Fabios—, Oigamos qué cosa tan urgente tiene que pedirnos el joven Escipión.

Publio apretó las mandíbulas, intentando reprimir la ira que el aire de suficiencia de Fulvio Flaco había despertado en él, luego se alisó la toga y trató de hablar con la máxima calma y propiedad de lenguaje, como Versilio le había enseñado.

—Mi familia ha hecho mucho por Roma —empezó, mirando a todos y a nadie en particular—, y, por tanto, os debería parecer natural que también yo, hijo del cónsul Publio Cornelio Escipión, aspire a dar mi contribución al bienestar de la República.

—¿Y cómo podrías hacerlo? —intervino Claudio Marcelo, mirándolo con una mueca—. Tienes la misma edad de mi hijo, pero él ahora milita en la decimotercera

legión, como tribuno militar. Debería tener tu misma experiencia, dado que él también ha estado en Cannae y, sin embargo, no está aquí para jactarse de glorias que no posee.'

—Yo no me jacto de ninguna gloria —rebatió Publio, decidido a no dejarse pisotear por nadie, ni siquiera por uno de los generales más valientes de Roma. Claudio Marcelo era el hombre que había conseguido reconquistar Siracusa después de un largo y difícil asedio, y en aquellos años de escasas victorias su hazaña había obtenido una vasta resonancia, confiriéndole un gran prestigio e influencia entre los senadores—. Sólo reivindico el derecho a concluir lo que mi padre y mi tío han iniciado. He combatido contra Aníbal en más de una ocasión, y quizá más que nadie, aquí, sé cómo luchan los cartagineses, cuáles son sus tácticas militares y cómo hay que enfrentarse a ellos.

Mientras un fuerte murmullo se difundía entre los senadores, Publio decidió aprovechar el momento y se dirigió directamente a Claudio Marcelo.

—Tú eres un valeroso comandante —sostuvo—, y has tenido el mérito de conquistar Siracusa, a pesar de las increíbles máquinas de guerra que ideó Arquímedes. Pero nunca has visto combatir a Aníbal, nunca has visto en acción su caballería núpida, nunca has sentido temblar el suelo por una carga de sus elefantes.

Claudio Marcelo vaciló un instante, estuvo a punto de rebatir, pero Publio no le dio tiempo y se volvió a Quinto Fabio Máximo, que sabía que era la personalidad más influyente del Senado.

—Tú deberías entender lo que estoy diciendo, Cunctator. Arrojarle ciegamente contra Aníbal nunca ha servido de nada, sólo para que se desvanezcan en un santiamén legiones enteras. Yo creo saber el porqué de todo esto: nuestros soldados no están preparados, no están adiestrados para combatir como los cartagineses, para pensar como ellos, para actuar en batalla como si supieran exactamente lo que los soldados y los jinetes núpidas son capaces de hacer. Yo los he visto, los he estudiado a fondo, he reconstruido mil veces su modo de combatir, y sé cómo deberíamos adiestrar a nuestras tropas para enfrentarnos a ellos.

Muchos senadores empezaron a hablar a la vez, armando un jaleo terrible, pero Quinto Fabio Máximo los hizo callar con un gesto brusco de la mano y se adelantó, mirando a Publio con curiosidad.

—Por tanto, ¿qué propones? ¿Que te demos el mando de todas las legiones? —preguntó con aire burlón.

—No —respondió Publio, que esperaba esa pregunta y estaba listo para refutarla—. No soy tan estúpido. Pero estoy convencido de lo que he dicho, así que os pido que me deis el mando de un número de tropas suficiente para volver a Iberia y reanudar la guerra allí donde se interrumpió por la muerte de mi padre y de mi tío. De este modo, tendré la posibilidad de adiestrar a los hombres y enviarlos a combatir contra los cartagineses, para comprobar si mis teorías son correctas. Antes de enfrentarme a Aníbal, sería mejor averiguar si realmente soy un loco exaltado y para ello deberíais dejarme combatir contra sus parientes, ¿no te parece?

Se había dirigido directamente al Cunctator, que lo había escuchado frunciendo el ceño y también sorprendido.

Publio aprovechó para asestar otro golpe, dándose cuenta de que sus palabras comenzaban a hacer mella.

—Además, hay otro aspecto que os invito a considerar. En este momento, está combatiendo en Iberia uno de los pocos generales válidos que Roma tiene a su disposición, Claudio Nerón, que estimo que sería más útil aquí en Italia. Llamadlo, y reforzad el frente que se opone a Aníbal.

—Si llamáramos a Claudio Nerón —le hizo notar Quinto Fabio Máximo, sopesando con cuidado sus palabras—, difícilmente encontraríamos a alguien dispuesto a sustituirlo.

—Porque, en este momento, el frente ibérico tiene una importancia secundaria —aseveró Publio, satisfecho de que la discusión tomara la dirección que deseaba—. Roma, después de haber reconquistado Capua y castigado a sus habitantes, debe mantener a raya las correrías de Aníbal, impedir que se acerque demasiado a la Urbe, y entre tanto aislar a Filipo el Macedonio, para evitar que se una a los cartagineses.

Quinto Fabio Máximo asintió con un gesto de la cabeza, y casi pareció a punto de sonreír.

—Entonces, ¿qué propones? —preguntó a Publio.

—Enviadme a mí en lugar de Claudio Nerón. No necesito demasiados hombres, lo necesario para comenzar a adiestrarlos y comprobar sobre el terreno si

mis estrategias bélicas pueden funcionar. En todo caso, mantendré ocupados a los cartagineses para no darles la posibilidad de desentenderse y mandar refuerzos a Aníbal.

—No podemos encargarte semejante cometido —intervino Claudio Marcelo. Publio se dio cuenta de que estaba a disgusto y continuaba intercambiando miradas interrogativas con Quinto Fabio Máximo, como si esperara una sugerencia.

—Es verdad —añadió Fulvio Flaco—. Aún no has ocupado ningún cargo político de relieve y...

—Sí que podemos hacerlo —lo interrumpió Quinto Fabio Máximo, con decisión—. Propongamos a Publio Cornelio Escipión como procónsul de la provincia ibérica y pidamos la confirmación de la Asamblea legislativa.

Un verdadero clamor se elevó de entre los senadores. Había quien gritaba indignado y quien defendía excitado la causa de Publio. Mientras todos discutían y se acusaban el uno al otro de actuar sólo por intereses personales, sin tener en cuenta el bien de Roma, Quinto Fabio Máximo escrutó con atención a Publio y se acercó a él exhibiendo una extraña sonrisa en los labios.

—Eres un joven inteligente —le dijo, en voz bastante baja para que pudiera oírlo sólo él—. Me recuerdas a tu padre, y por eso te apoyaré, aunque sé que correrás derecho hacia la muerte.

—Gracias, Cunctator—respondió Publio, irónico—. Pero trataré de desilusionarte.

Dicho esto, al darse cuenta de que la discusión ya no le concernía, Publio se marchó. Los senadores votarían su propuesta y someterían a la Asamblea aquel nombramiento sin precedentes en la historia de Roma. Publio no tenía ninguna duda de que le conferirían el imperium proconsular, permitiéndole seguir los pasos de su padre y crecer como estratega y como soldado.

Sabía que Quinto Fabio Máximo tenía razón, y que su inexperiencia podría llevarlo a la muerte, pero no veía otro modo de templar su cuerpo y su alma a la espera de enfrentarse de nuevo con Aníbal y tener esta vez una concreta posibilidad de derrotarlo.

* * *

Pocos días después Publio fue elegido procónsul de la provincia ibérica, y partió de inmediato hacia Tarraco a la cabeza de diez mil soldados y mil jinetes, incluso más de los que habría esperado, sin tener en cuenta que en Iberia podía reunirse con lo que quedaba de las legiones y la flota de naves que habían pertenecido a su padre y a su tío.

Ahora, mientras desde el castillo de mando del trirreme escrutaba los bajeles que lo rodeaban, con un ejército de más de treinta mil hombres a bordo, Publio sentía que estaba a un paso de su sueño de venganza y de gloria. Venganza por el destino sufrido por su padre en aquella tierra lejana y brutal, y gloria porque podía demostrar a Roma, a sus ciudadanos y al Senado, que se habían equivocado al subestimarle, y que si había alguien que pudiese oponerse con éxito a Aníbal, ése era él, Publio Cornelio Escipión.

—Entremos —lo sacudió Versilio—. Cayo Lelio y los demás te esperan.

Publio sonrió.

—Por suerte estás tú para recordarme siempre lo que tengo que hacer —dijo.

Versilio hizo una mueca y un gesto con la cabeza, sin replicar nada. Era evidente que sabía que Publio tenía razón.

III

En el interior del trirreme el cabeceo de la nave, provocado más por el ímpetu de los bogadores que por las olas del Mediterráneo, se advertía con fuerza aún mayor. En las primeras horas de navegación Publio había experimentado un cierto malestar, una sensación de náusea que le había provocado un nudo en el estómago, pero luego se había habituado, y ahora conseguía moverse en sintonía con el cabeceo, de modo que mantenía la parte central del cuerpo casi perfectamente vertical al suelo.

Cayo Lelio, comandante de la flota y gran amigo, le había explicado que aquél era un buen remedio para combatir las náuseas cuando se viajaba por mar. Y luego lo había animado a comer, aclarándole que si el estómago estaba lleno sufría menos las sacudidas provocadas por las olas.

En la pequeña cabina de la torre de mando del trirreme, además de él y Cayo Lelio, estaban Marco Aurelio Seciano, al que Publio había querido con él en aquella aventura, y Sannio Castro, el centurión que había combatido hasta el último instante al lado de su padre y que, después de conseguir ponerse a salvo casi por milagro, había llegado a Ampurias, donde Publio había establecido su cuartel general tras desembarcar en Iberia.

Versilio se había colado sin que nadie protestase: ya estaban todos acostumbrados a la discreta presencia del esclavo personal de Publio, que pese a ser un siracusano ya podía considerarse a todos los efectos un romano. Versilio había pedido estar a su lado como servidor y consejero, y desde aquel momento los dos eran prácticamente inseparables.

Alguien incluso había fantaseado sobre una posible relación según el estilo griego entre los dos, pero Publio, aun estando casado, no desaprovechaba ocasión para rodearse de espléndidas jovencitas, y sus dotes amorosas se habían vuelto proverbiales entre la tropa, que consideraba a su joven comandante como una persona a la que juzgar con atención, pero también, por el momento, con respeto y simpatía.

Inmediatamente después de su llegada a Ampurias, que había elegido como base para los acuartelamientos de las legiones, Publio reunió todas las fuerzas a

disposición de Roma en los territorios al norte del Ebro y dio inicio a los adiestramientos. Ante todo, mandó seleccionar los caballos más veloces y robustos, y obligó a las unidades de caballería a largas horas de carreras y persecuciones. Para desencadenar la competitividad entre los hombres e impulsarlos a dar lo mejor de sí, inventó incluso una especie de juego. Después de dividirlos en equipos, se liberaba un cordero en el centro de una gran explanada, y los contendientes debían conseguir capturarlo y pasárselo el uno al otro sin que los adversarios se lo robaran mientras la arena corría por una clepsidra. El equipo que tuviera el cordero al término del tiempo establecido se adjudicaba la victoria.

Sin embargo, para complicarlo aún más Publio obligó a los participantes a rivalizar con caballos desprovistos de bocado y bridas: si querían aprovechar las manos para disputarse el cordero, deberían aprender a llevar a sus animales sólo con las piernas.

Con el tiempo sus jinetes se volvieron muy hábiles en aquel juego, y Publio constató con satisfacción que pronto serían capaces de cabalgar como hacían los nómadas, combatiendo con las manos libres y manteniéndose a caballo sólo con la presión de las rodillas.

Pero tampoco la infantería pudo librarse. De la batalla de Cannae, Publio había extraído una lección importante: no cuenta tanto la profundidad de una alineación defensiva, como la capacidad de las primeras líneas de resistir el impacto con el enemigo, porque ello permite que las alas se ensanchen y encierren a los adversarios en una mordaza en forma de tenaza, como había visto hacer a los cartagineses.

Publio aprendió la lección, y obligó de inmediato a sus hombres a extenuantes sesiones de adiestramiento para que aprendieran a resistir la presión de una cuña enemiga de ruptura y, además, a moverse sincronizados para aligerar el impulso adversario creando una bolsa capaz de ampliarse y luego restringirse sobre las alas, de modo que las unidades enemigas quedasen aisladas en bloques compactos de hombres a los que aplastar como había ocurrido en la llanura de Cannae.

Nadie puso nunca en discusión las órdenes de Publio, aunque varios comandantes que habían servido bajo las órdenes de su padre y su tío no tardaron en expresar sus dudas sobre estas tácticas de guerra tan distintas de aquellas otras con que Roma había combatido siempre.

Uno de ellos era Ludo Marcio Septimio, que había estado al mando de algunas unidades que sobrevivieron a la masacre y que probablemente habría querido un comandante más viejo y experto que Publio. A pesar de su abierta desconfianza, Marcio Septimio nunca había dejado de obedecer escrupulosamente sus órdenes, y ahora, tras casi seis meses desde que el nuevo procónsul había desembarcado en Iberia, estaba comenzando a comprender el valor de los adiestramientos que Publio había querido.

Lucio Marcio Septimio no iba a bordo del trirreme, sino que estaba avanzando por tierra con varias unidades de caballería e infantería, para alcanzar desde otra dirección su objetivo.

Un objetivo que muy pocos conocían, y que desde hacía días provocaba discusiones entre los legionarios y los tribunos militares al mando de Publio, que no conseguían entender qué pasaba por la cabeza del procónsul.

Ahora había llegado el momento de poner en conocimiento de todos sus propósitos, de modo que se dieran cuenta de la oportunidad que se les ofrecía para cubrirse de gloria y dar una señal a Roma y a Cartago de que un nuevo e importante frente de guerra se había abierto allí donde los púnicos creían que eran los indiscutibles dominadores.

IV

—Así que es aquí donde quieres ir —murmuró Marco Aurelio Seciano, sorprendido—. A Nueva Cartago.

—Exacto —espetó Publio. El pergamino en que los cartógrafos de la flota habían dibujado los confines de la costa ibérica y las principales ciudades, a partir de Ampurias, al norte, hasta Carteia, en la punta más cercana a Africa, estaba extendido ante ellos, sobre una mesa con las patas clavadas en el suelo—. Los cartagineses no se lo esperan y podremos tomarlos por sorpresa.

—Pero es una ciudad muy bien fortificada —protestó Sannio Castro—. Si iniciamos un asedio, los ejércitos de los hermanos Barca tardarán poco en alcanzarnos y rodearnos.

Publio señaló el gran mapa.

—Nosotros necesitamos esta hazaña —explicó—. Se lo debemos a nuestros hombres, que se han adiestrado duramente no para empeñarse en una batalla sin importancia, sino para recoger la gloria que les corresponde. Y se lo debemos a Roma, que desde hace demasiado tiempo no puede festejar una gran victoria, capaz de dar una señal no sólo a los cartagineses, sino también a todos nuestros aliados, presionados por las correrías de Aníbal.

—Lo que dices es cierto —asintió Marco Aurelio—, pero también Sannio tiene razón. No podemos empeñarnos en un asedio. —Señaló los puntos en que estaban acuartelados los tres ejércitos cartagineses que, al mando de Magón, Asdrúbal Barca y Asdrúbal Ciscón, controlaban con mano de hierro todo el territorio ibérico—, Fíjate en cómo están dispuestos. Pueden mandar en cualquier momento todos los contingentes que quieran hacia Nueva Cartago, y aplastarnos desde varios frentes.

—Pero no desde el mar —intervino Cayo Lelio.

—Exacto —dijo Publio. Recogió otro pergamino más pequeño y lo desenrolló. Era el mapa de Nueva Cartago, con las descripciones del terreno realizadas por los exploradores y reproducidas con extrema precisión—. Mirad cómo está dispuesta la ciudad. Se encuentra sobre un istmo que se asoma al mar y que a Oriente está

conectado con la tierra firme gracias a esta delgada franja de tierra que divide la laguna interior del mar abierto.

Todos miraron el mapa, sorprendidos por el hecho de que Publio hubiera ordenado relevamientos tan cuidadosos de la zona.

—¿Desde cuándo planeas atacar Nueva Cartago? —le preguntó Marco Aurelio.

—Desde el día de nuestro desembarco en Iberia —respondió Publio—. No estoy aquí para perder el tiempo o para enzarzar a los púnicos en escaramuzas irrelevantes. Quiero que todo el mundo entienda enseguida que tengo las ideas claras y que apunto directamente a los objetivos más importantes.

—Nueva Cartago puede ser un objetivo de gran valor —convino Sannio Castro—, pero está lejos de los ejércitos cartagineses y no los debilitará. ¿No sería mejor centrarnos en un enfrentamiento con Asdrúbal o Magón, que podrían poner en peligro nuestras guarniciones al norte del Ebro?

—Nueva Cartago no es sólo un objetivo de valor —le explicó Publio—. Es el símbolo del poder cartaginés en estas tierras, la ciudad de la que los Bárcidas han partido para tratar de conquistar el mundo y reducir a Roma a la esclavitud, el punto de referencia para todas las tribus ibéricas aliadas de Cartago. Si la conquistamos, asestaremos un duro golpe a las miras expansionistas de Aníbal y sus hermanos, y los ibéricos deducirán que Roma está dispuesta a acogerlos como aliados para echar a los púnicos a Africa.

Durante un momento en la cabina se hizo el silencio, mientras todos meditaban sobre las palabras de Publio.

—No olvidemos, además —añadió de improviso Cayo Lelio—, que esa ciudad está situada en una posición estratégica, y si queremos atacar a los cartagineses en todos los frentes, no podemos dejar una cabeza de puente tan importante en las manos del enemigo. Sería un error estratégico gravísimo.

Todos asintieron, y Publio comprendió que los había convencido.

—Imagino que una parte del ejército cartaginés se ha quedado para vigilar la ciudad —dijo Sannio Castro, tratando de pensar en todos los aspectos de la

empresa que les esperaba.

—No es así —rebatió Publio—. Los cartagineses consideran inexpugnable Nueva Cartago, y probablemente creen que nunca tendremos el valor de aventurarnos en una empresa semejante.

—Diría que no les falta la razón —farfulló el centurión.

—Sin embargo, han cometido un error —continuó Publio—. Han subestimado el alcance de mis ambiciones.

—La guarnición de Nueva Cartago no supera los mil efectivos —intervino Cayo Lelio, que entre ellos parecía el único en estar informado de los planes de Publio.

—Exacto —confirmó éste—. Mil soldados de infantería y un puñado de jinetes. Y la mayoría de la población son mujeres, viejos y niños, además de comerciantes de distinta procedencia.

—Más que la guarnición me preocupan los muros —dijo Marco Aurelio—. Son sólidos y muy altos. Además, tú mismo reconoces que el único paso para alcanzarlos es esta franja de tierra, que es demasiado estrecha y fácilmente defendible incluso por una guarnición escasísima.

—Como ha dicho Cayo, te olvidas del mar —sonrió Publio.

—¿Qué quieres hacer? —le preguntó Marco Aurelio, frunciendo el ceño—. ¿Quieres acercarte a la costa por el mar? ¿Hay amarres?

—No —explicó Cayo Lelio—. No hay ningún amarre bajo los muros, sólo arrecifes y una pared rocosa a pico sobre el mar. Y luego la laguna.

—Entonces no comprendo —se rindió Marco Aurelio, mientras junto a él Sannio Castro se mostraba perplejo.

—Mis exploradores no se han limitado a observar el territorio —explicó Publio—. Di órdenes precisas para que se confundieran con la población local y sonsacaran a los habitantes del lugar todas las informaciones que pudieran sernos útiles.

—¿Y lo lograron? —preguntó Marco Aurelio.

—Sí —asintió Publio—, Han descubierto un detalle muy interesante.

Publio lanzó un vistazo a Cayo Lelio, que captó la sugerencia y comenzó a explicar.

—Las mareas, en esta zona, son recurrentes y de cierta magnitud. Pero lo importante es que, cuando se unen con un fuerte viento de tierra que barre las aguas con ráfagas impetuosas, bajan el nivel del mar hasta abrir un paso hacia la parte occidental de los arrecifes que rodean los muros de Nueva Cartago.

—Un paso... ¿desde dónde? —preguntó Sannio Castro, confuso.

—Desde el punto en que anclaremos nuestras naves —respondió Publio, dejando al centurión y a Marco Aurelio boquiabiertos—. Mientras Cayo se ocupa de bloquear el puerto de Nueva Cartago, para impedir que zarpen las naves cartaginesas, y vosotros, junto a Marcio Septimio, distraéis a la guarnición dando inicio a un asedio en toda regla, yo y cincuenta legionarios escogidos aprovecharemos la marea baja y desde las naves vadearemos la bahía a pie, escalando los muros a occidente, donde creo que ningún cartaginés estará esperándonos.

—¿Y si algo sale mal? —preguntó Marco Aurelio—. ¿Si alguno de los ejércitos de los hermanos Barca lograra llegar antes de la conquista de la ciudad?

—Es importante que Marcio Septimio consiga entrar en Nueva Cartago en los tiempos previstos —respondió Publio—. Hasta que él no esté en posición, listo para luchar contra la guarnición de la ciudad en el único frente aparentemente atacable, no podremos actuar. He dado órdenes para que se afane en construir terraplenes y una empalizada defensiva en el acceso a la franja de tierra practicable del istmo, de modo que impidamos la llegada de eventuales ayudas cartaginesas.

Todos lo miraron, desconcertados, y luego, mientras Versilio hacía un gesto con la cabeza sin que nadie lo viera, divertido por el espíritu teatral de Publio, éste enrolló los mapas y añadió:

—En todo caso, deberíamos poder resistir a uno, quizás a dos ejércitos cartagineses, sobre todo si logramos conquistar la ciudad y aprovechar su perímetro defensivo. Pero si los Bárcidas enviaran más fuerzas, entonces podremos embarcar nuevamente a los hombres en las naves y salir a mar abierto.

Nadie replicó, y mientras la excitación por la empresa a la que se estaban

aventurando comenzaba a contagiarse, Publio salió de la pequeña cabina. Quería volver arriba, respirar un poco del fragante aire de mar que azotaba las jarcias. A la espera de empeñarse en su primera batalla como comandante, para dar a Roma una victoria clamorosa.

V

—Esta noche he tenido un sueño. Un sueño propiciatorio, que ahora quiero compartir con vosotros.

Publio hizo una pausa y miró a los soldados que estaban reunidos en el puente del trirreme, listos para desembarcar bajo su mando. Eran sólo ochenta legionarios, entre los más robustos y entre aquellos que tenían alguna familiaridad con el agua, como había pedido expresamente, pero sabía que cuando hubiera concluido el asedio a Nueva Cartago, hablarían con sus camaradas y el rumor de que los dioses eran benévolos con Publio se propagaría a una velocidad prodigiosa, precisamente como él esperaba. Para hacer mella en los soldados, no había nada mejor que invocar a los dioses y demostrar con un acontecimiento sobrenatural que se estaba en contacto directo con ellos y se gozaba de la ayuda fundamental que podían conceder durante una guerra.

Para todo esto Publio se había preparado con cuidado, y ahora estaba listo para poner en escena su golpe de efecto, una comedia que hasta el gran Quinto Ennio habría admirado, y tal vez incluido en sus *Annali*, si hubiera podido verlo en acción.

—Poseidón me ha hablado —continuó Publio, lanzando una breve mirada a la laguna que los separaba de los arrecifes que daban a los muros meridionales de Nueva Cartago. Parecía imposible que alguien pudiera pasar por allí para atacar la ciudad. Lo creían sus hombres, y también los cartagineses, que habían dejado sin vigilancia aquella parte de la ciudad—, Y ha prometido que intervendrá en nuestra ayuda para darnos la posibilidad de conquistar Nueva Cartago, con el menor número posible de pérdidas, y adueñarnos de sus tesoros.

Un susurro de sorpresa se difundió por el puente de la nave, mientras los legionarios, que estaban con el torso desnudo y armados sólo con la espada, se preguntaban qué prodigio realizaría Poseidón para ayudarlos en aquella empresa y trataban de entender qué parte del botín le correspondería a cada uno.

Cuando el viento proveniente del norte se levantó de improviso, desordenando el pelo de Publio, éste comprendió que era el momento adecuado.

—Me han dicho que se abrirá un camino entre las aguas que nos permitirá

llegar a esta parte de los muros, donde las defensas son inexistentes. Los escalaremos y penetraremos en la ciudad sin ser vistos, mientras vuestros compañeros combatirán del lado del istmo fortificado, para atraer toda la atención del enemigo.

El susurro se convirtió en una animada cháchara, mientras el estupor corría entre los soldados junto a un extraño sentimiento de excitación, que acompañaba al extraño fenómeno del viento que se había levantado de improviso y azotaba a los legionarios con fuerza, haciendo silbar las jarcias de la nave.

Publio observó la laguna, y percibió claramente la acción de la marea, que estaba haciendo refluir las aguas con la ayuda del empuje del viento. Si no hubiera estado preparado para aquel espectáculo, él también habría creído en un prodigio.

—¡Coged las escalas! —ordenó, recordando que debían aprovechar enseguida la marea baja, porque el fenómeno no duraría demasiado—. Bajad según lo establecido y dirigios a los muros. ¡Prometo una rica corona muralis al primero que consiga penetrar en la ciudad sin ser visto!

Subyugados por el prodigio que se estaba produciendo ante sus ojos y embriagados por la idea de las riquezas custodiadas en Nueva Cartago, los legionarios abandonaron todo reparo y bajaron por las escaleras de cuerda que llevaban al mar. Desde los otros trirremes que fondeaban alrededor, otros soldados se desperdigaron por el agua, llevando consigo las largas escaleras que servirían para llegar a la cima de los muros. Publio los observó mientras recorrían el primer tramo de agua profunda y luego, como por milagro, notaban que el fondo subía bruscamente y empezaban a moverse fácilmente, a medida que el viento y las mareas dejaban al descubierto una franja de arena cada vez más expuesta, llevando las escaleras en grupos de quince hombres a la vez.

El viento no permitía oír el sonido de la batalla del otro lado de la ciudad, donde Marcio Septimio, según habían establecido, debía de haber dado inicio al ataque, para obligar a la guarnición de Nueva Cartago a combatir en aquel frente.

—No sé si Neptuno de verdad está de nuestra parte murmuró Publio a Versilio, atento a que nadie más lo oyera—, pero esta victoria no se nos escapará.

—¿Tienes que ir por fuerza? —le preguntó el siracusano, preocupado.

—¿Quieres que me eche atrás el día de mi primera victoria?

—Podría ser peligroso —masculló Versilio—. Manda al frente a tus comandantes, deja que sean ellos los que hagan el trabajo más peligroso. En todo caso, el mérito será tuyo, dado que es a ti a quien ha hablado Neptuno.

Publio sonrió e hizo un gesto con la cabeza, luego le dio una palmada en el hombro a Versilio, aferró la espada y corrió hacia el parapeto del trirreme, donde estaban atadas las escaleras de cuerda.

—¡Reúnete conmigo en cuanto todo haya terminado! —gritó al siracusano, mientras franqueaba la balaustrada—. ¡Te necesito para organizar el más rico banquete que se haya visto nunca en estas costas!

VI

—Es increíble lo que hemos encontrado —dijo Cayo Lelio bebiendo un largo sorbo de vino de una copa de oro tan pesada que le costaba sostenerla con una sola mano—. ¿Cómo es posible que los cartagineses hayan sido tan necios como para dejar casi sin vigilancia una ciudad como ésta?

—Han sido unos necios por no informarse con las poblaciones locales sobre las características del territorio —puntualizó Publio, que, sentado en una amplia banqueta con respaldo miraba a su alrededor satisfecho, lamentando no tener a su disposición un cómodo triclinio para reconstruir la atmósfera de los grandes banquetes que su padre organizaba en Roma—. Y en subestimar al aquí presente.

—Estaba seguro de que los Bárcidas acudirían en ayuda de sus conciudadanos —dijo Marcio Septimio, que después de la asombrosa victoria obtenida aquel día parecía mantener otra actitud hacia Publio. Su desconfianza y la animadversión que había demostrado desde que había desembarcado en Iberia, se habían disuelto en los vapores del vino y en las comidas abundantes que enjambres de criados servían en platos de oro y plata. Sabía que la noticia de aquella importante victoria se propagaría de inmediato, y llegaría a Roma agrandada con mil detalles gloriosos que encalzarían su gesta a niveles inimaginables.

Publio lo miró, complacido, intentando absorber sosegada pero profundamente todas las sensaciones nuevas y embriagadoras que lo embargaban. La victoria había sido clara y más fácil de lo previsto, y las pérdidas insignificantes. Después de haber escalado los muros en perfecto silencio, sus hombres se habían introducido en la ciudad, habían eliminado a todos los soldados cartagineses con que se habían tropezado, y luego habían abierto las puertas a Marcio Septimio y a sus hombres, que habían atravesado el primer cerco de muros como una avalancha imparable. El comandante de la guarnición de Nueva Cartago se había atrincherado en la fortaleza, pero cuando Publio había mandado a un mensajero para asegurarle que nadie resultaría muerto si se rendían, había cedido casi de inmediato, entregándole la ciudad.

—¿Sabes por qué no han venido? —dijo Publio—, Porque saben que sería inútil. ¿Qué podrían hacer? ¿Asediar Nueva Cartago? ¿Destruirla con el lanzamiento de piedras y flechas incendiarias? ¿Para qué? Entre tanto nosotros

subiríamos a nuestras naves con todas sus riquezas y desapareceríamos en un santiamén, dejando sólo ruinas a nuestras espaldas.

—O podríamos resistir atrincherados aquí dentro mucho mejor de lo que han sabido hacer ellos, y mantenerlos empeñados en un asedio agotador e inútil durante meses, mientras que las tribus rebeldes ibéricas lo tendrían muy fácil para recuperar el control de sus tierras —añadió Sannio Castro.

—Exacto —asintió Publio, satisfecho, perfectamente consciente de que también él, de haberse encontrado en el lugar de los hermanos Barca, se lo habría pensado muy bien antes de aventurarse a un asedio tan arriesgado.

—Pero aquí están sus mujeres, sus tesoros, sus compañeros —dijo Marcio Septimio, quizá más por polemizar que por otra cosa—. Yo estaría dispuesto a morir por intentar recuperarlos.

—Ellos no son Aníbal —dijo Publio, sin añadir nada más.

En la gran sala del palacio real de los Barca la fiesta continuaba al ritmo de los sonidos de los músicos, mientras los sirvientes traían los exquisitos manjares que estaban custodiados en las despensas y los vinos que guardaban en grandes ánforas en las bodegas subterráneas. Los cartagineses tenían buen gusto, y las provisiones conservadas en el palacio habrían sido suficientes como para que un ejército celebrara banquetes durante meses.

Pero la mayor sorpresa se la llevaron Publio y sus comandantes cuando descubrieron la estancia del tesoro, una pequeña cueva cavada en la parte meridional de la ciudad y protegida por pesadas puertas de madera cubiertas de hierro y por una garita de vigilancia. Publio ordenó que transportaran al aire libre las riquezas custodiadas en aquel lugar e hicieran un inventario de ellas. Cuando Versilio le llevó el recuento, él mismo se quedó sorprendido.

—Hemos hecho una estimación pesando el oro y la plata y comprobando la calidad de las piedras preciosas —le reveló el siracusano—. Este tesoro no valdrá menos de seiscientos talentos.

Era una cantidad enorme, que habría servido para comprar los edificios de media Roma.

—Pero eso no es todo —continuó Versilio, consultando sus pergaminos—. Hay documentos que atestiguan la capacidad productiva de algunas minas de plata

a pocos estadios de la ciudad. Deberían estar en condiciones de proporcionar más de veinticinco mil dracmas de plata al día.

Publio sintió que la cabeza le daba vueltas, pero enseguida recuperó el control.

—Mis hombres, en cambio, han hecho el inventario de las naves ancladas en el puerto —intervino Cayo Lelio, al que le costaba contener la excitación. Hemos contado sesenta y tres naves de carga, muchas de las cuales tienen las bodegas llenas de materiales valiosos.

Publio hizo poner a buen recaudo el tesoro y ordenó a Cayo Lelio que controlara las naves: no toleraría ningún episodio de depredación, ni el intento de apropiarse de la carga. Todo lo que habían conquistado pertenecía a Roma, y él tenía la intención de trasladarlo a la Urbe lo antes posible, para dar al Senado y al pueblo de la República una señal concreta de la victoria que habían obtenido.

Ahora, mientras miraba a su alrededor y veía a los tribunos militares, a los centuriones y a los primipili que participaban en el banquete, comprendía que no podría contentarse con aquel primer triunfo, por más significativo que fuera.

Había sido una victoria fácil, y no la habían conquistado en una batalla campal. Se prometía poner remedio de inmediato a esa carencia, desafiando a los ejércitos de los Bárcidas a campo abierto, pero no antes de haber consolidado el control romano en la ciudad y en aquellos territorios.

Se trataba de pasos lentos, pero necesarios, para acercarse a su objetivo final, el verdadero objetivo de su vida y de su misión política y militar: enfrentarse con Aníbal y derrotarlo sobre el terreno.

—¡Procónsul! —lo llamó de improviso una voz—. ¡Tenemos un regalo para ti, y estamos seguros de que lo apreciarás!

Publio se dio la vuelta y vio llegar a Marco Aurelio y a Ennio Marco Catulo, uno de los tribunos que más se habían distinguido bajo su mando. Se aproximaban tambaleándose un poco, como si estuvieran hasta las orejas del vino fuerte y aromático de aquellas tierras, y entre los dos llevaban sujeto algo, una visión que dejó a Publio sin aliento: era una chiquilla de no más de diecisiete años, con la piel tan blanca que reflejaba la luz que se filtraba por las ventanas y el pelo rubio como el trigo. Caminaba tropezando con los pies descalzos, espantada, cubierta por un vestido tan ligero y transparente que parecía desnuda, como una virgen sacrificial.

Publio se quedó subyugado por ella, y al ver cómo la arrastraban a su lado y la echaban a sus pies, fue presa de un arrebato de ira.

—¿Quién es? —preguntó, haciendo esfuerzos por contenerse, pues tenía ante sí a dos de sus más fieles comandantes.

—Una virgen celtíbera, de sangre noble, según nos han dicho —respondió Marco Aurelio con voz gangosa.

—Estaba prometida a algún príncipe celtíbero —añadió Ennio Marco con un guiño—, pero me parece que serás tú quien la consagrará a Venus.

Todos se echaron a reír, también Cayo Lelio y Marcio Septimio, pero Publio interceptó la mirada de Versilio, que los observaba a poca distancia, y comprendió que compartían la misma opinión.

—Soltadla —ordenó, evitando mirar a la muchacha para no dejarse seducir por su belleza—. Reunid a todas las mujeres ibéricas y decidles que son libres, que pueden regresar con sus familias.

El silencio reinó de improviso en la sala.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Marcio Septimio.

—Sí —asintió Publio, con voz firme—. No quiero enemistarme con las tribus ibéricas. Necesitamos su apoyo para combatir a los cartagineses, y no hay mejor demostración de nuestras intenciones que ésta: devolverles a sus seres queridos. Es una lección que he aprendido de Aníbal, y que valoro.

No hubo ninguna objeción, y Publio percibió la mirada satisfecha de Versilio.

—De acuerdo —dijo al fin Marco Aurelio—. Creo que tienes razón. Perdona nuestra torpeza.

Ayudó a la joven virgen a levantarse y la acompañó fuera de la estancia del banquete, tratándola con extrema amabilidad.

Publio la miró salir mientras una punzada de arrepentimiento le atravesaba el corazón, pero apretó los puños para reafirmarse en que había actuado correctamente.

—¡Celebremos nuestra victoria! —gritó en voz alta, levantando la copa llena de vino, con un gesto que pronto todo el mundo en la gran sala imitó—. ¡Por Roma y por nuestros dioses!

—¡Por Roma y por nuestros dioses! —respondieron a coro todos los presentes, y el vino corrió otra vez a mares, mientras Publio planificaba sus siguientes movimientos.

Adiestraría a las tropas escrupulosamente, aplicando una férrea disciplina. Luego las movería en rápidas campañas de guerra en un radio cada vez más vasto a partir de Nueva Cartago, que sería su cuartel general. Su intención era acostumar a las tropas al combate con los cartagineses comprometiéndolas en enfrentamientos de alcance cada vez mayor y, de ese modo, crear un grupo de veteranos que sería el corazón de su ejército, cuando tuviera la ocasión de encontrarse nuevamente cara a cara con Aníbal.

Publio sabía que los hermanos del Bárcida no tenían ni el temple ni el genio militar del mayor de los Barca, y éste era uno de los motivos por los que había decidido que le asignaran Iberia: sería más fácil combatir contra Asdrúbal, Hannón o Magón, y entre tanto familiarizarse con las maniobras de los jinetes númidas y las tácticas de la infantería libia, los verdaderos puntos fuertes de Aníbal.

Incluso las armas que usaban los cartagineses habían sido objeto de un atento estudio por parte de Publio, que ya había ordenado reconvertir los talleres de artesanos de Nueva Cartago para fabricar armas adecuadas para enfrentarse a los púnicos en condiciones de igualdad.

Publio se había quedado muy impresionado por la espada corta ibérica, provista de una amplia empuñadura y una hoja de doble filo, con la punta ancha y ligeramente plana. Un arma extraordinariamente manejable, capaz de garantizar mayor precisión y velocidad en el combate cuerpo a cuerpo.

Ya había hecho iniciar la producción de esas espadas, con las cuales quería equipar a todo su ejército. Como también dotaría a sus vélites de las eficientes jabalinas usadas por los cartagineses, las phalarica, cuya ligereza y manejabilidad estaban garantizadas por el asta de madera, y en cuya punta de hierro estaban fijados unos ovillos de tejido impregnado con pez que permitían convertirlas en cualquier momento en eficaces armas incendiarias.

Mientras alrededor de él la fiesta continuaba, Publio dejó que en su mente el

gran plan de acercamiento a Aníbal tomara lentamente forma, siguiendo el camino hecho de fatiga, máximo empeño y capacidad de aprender que estimaba indispensable para enfrentarse al caudillo cartaginés con esperanza de victoria.

No dejaría nada al azar. Tal como habría hecho Aníbal si se hubiera encontrado en su lugar.

CAPÍTULO XV

207 a.C. (dos años después) Italia central

I

Aníbal terminó de colocarse la venda sobre el ojo y se dispuso a acoger a la delegación que había conseguido evitar el bloqueo de la flota romana y había atracado en Caulonia, donde los combates aún continuaban, si bien de una forma que nadie habría esperado.

En efecto, aquella noche Aníbal, ya cansado de combatir contra aquellas poblaciones de cobardes que se enrocaban en sus fortalezas y sólo se dejaban ver para negociar los términos de la rendición, había decidido poner en práctica un plan que le rondaba por la cabeza desde hacía algunos días, desde que uno de sus exploradores había descubierto una gruta en las inmediaciones del mar que había resultado estar llena de madrigueras de serpientes. Aníbal había pedido a los suyos que encontraran algún paso que llevara a la ciudadela fortificada, de suerte que un par de sus espías pudiesen deslizarse dentro de la ciudad sin ser vistos, para comprobar la situación y averiguar si era posible abrir las puertas por la noche y coger por sorpresa a los caulonios. Siempre había pasajes de ese tipo en los alrededores de las fortalezas construidas en las proximidades del mar, y Aníbal deseaba que los suyos hallaran uno, pero no fue posible.

Aparentemente no había manera de entrar en la ciudad. Entonces, después de meditar largamente, Aníbal decidió que serían los caulonios los que salieran de su fortaleza.

Para realizar ese propósito aparentemente imposible, envió algunas escuadras de libios habituados a vérselas con las serpientes a la gruta que había descubierto su explorador. Después de que hubieron recogido centenares de esos reptiles, mandó introducirlos en grandes tinajas de terracota. En cuanto cayeron las tinieblas, ordenó a los operadores de las catapultas que cargaran las tinajas y las lanzaran más allá de los muros de la fortaleza.

Cuando las tinajas, tras una parábola silenciosa en la noche, cayeron sobre los tejados de la ciudad y se hicieron añicos, dejando salir a las serpientes furiosas por el miedo, a Aníbal no le quedó sino esperar: estaba seguro de que pronto se abrirían las puertas de la ciudad y los ciudadanos de aquella fortaleza impenetrable se arrojarían espontáneamente entre los brazos de sus hombres, que los esperaban alineados en formación de batalla.

No tuvo que esperar mucho. Sabía que las poblaciones de aquellas tierras eran muy supersticiosas y adoraban a divinidades oscuras que se divertían lanzando señales de sangre cada vez que manifestaban su voluntad, de modo que a los ojos de los caulonios la lluvia de serpientes parecería una amenaza mucho más terrible que las espadas de los cartagineses, contra los cuales al menos podían intentar una débil resistencia.

Y así fue: las puertas se abrieron, y una multitud presa del pánico se precipitó al exterior, dejándose segar por las espadas, las jabalinas y las flechas cartaginesas casi con una sensación de alivio, como si prefirieran mil veces ser matados de aquel modo, antes que afrontar la cólera de sus dioses.

La carnicería había continuado hasta aquella mañana, y aún ahora, mientras Aníbal se preparaba, resonaban por doquier los gritos de los hombres muertos o torturados para diversión de los suyos, y los chillidos de las mujeres violadas en los callejones de la ciudad.

Aníbal hizo una mueca y se dijo que no era la primera vez que asistía a semejante espectáculo, y no sería la última. Pero lo que más le inquietaba era la conciencia de que, a pesar de esto, a pesar de la demostración de fuerza y astucia que su ejército podía hacer, también Caulonia, como tantas otras ciudades que habían conquistado, volvería a alinearse de inmediato con Roma, a poco que tuviera la posibilidad de hacerlo.

Ya había tenido una prueba de ello con una de las conquistas más prestigiosas de su campaña militar en el territorio de la República, Tarento.

Después de una larga marcha de acercamiento y algunos breves pero violentos enfrentamientos con las legiones romanas que vigilaban aquella importante fortaleza sobre el mar, situada en una posición estratégica para controlar el desembarco de hombres y medios en el sur de Italia, los cartagineses habían conquistado el puerto y toda la ciudad de Tarento, pero los romanos habían seguido defendiéndose manteniendo el control de la antigua roca fortificada, que desde tiempo inmemorial elevaba sus muros como barrera ante cualquiera que hubiese querido conquistarla.

Al darse cuenta de las dificultades a las que se enfrentaría, si empleaba el ejército para someter a asedio la fortaleza, Aníbal decidió cambiar completamente de estrategia y ordenó a sus hombres que erigieran una empalizada en torno a la fortaleza, con un profundo foso erizado de palos puntiagudos en el fondo, con el

objeto de encerrar a los romanos en un cerco de contención, del cual ya no podrían escapar.

La fortaleza tenía una salida al mar, con una ensenada que permitía el aprovisionamiento de víveres y hombres gracias a la superioridad de la flota romana, pero también en este caso Aníbal se mostró lo bastante astuto como para impedir cualquier intervención marítima por parte de la República. Después de haber llevado a la embocadura del golfo todas las naves tarentinas de las que estaba dispuesto a privarse, las había hundido en el tramo de mar en que las aguas eran más bajas, para obstaculizar de ese modo el paso de otras embarcaciones. Según el movimiento de la marea, un observador proveniente del mar abierto vería un verdadero bosque de mástiles saliendo de la superficie de las aguas, y se daría cuenta de que ninguna nave podría alcanzar la ensenada en que se situaba el pequeño puerto de la fortaleza.

Aníbal habría podido asediar por hambre a los romanos, pero no era su intención establecerse allí con sus hombres: tenía otras ciudades que conquistar y depredar, otros pueblos a los que convencer de que abrigaran su causa. Así que dejó un pelotón de guardia en la empalizada construida en torno a la roca y volvió a partir, dispuesto a lanzarse a otras conquistas.

La noticia de que Tarento había vuelto a manos de los romanos, tras duros combates por tierra y mar, no sorprendió a Aníbal, pero lo hizo montar en cólera. Los tarentinos no habían colaborado, se habían limitado a asistir, impasibles, a los enfrentamientos, listos para alinearse con los vencedores.

Ahora, allí en Caulonia, estaba a punto de ocurrir lo mismo. Por eso Aníbal había decidido no partir de inmediato. Puesto que había conquistado la fortaleza y podía controlar sin problemas la ciudad, tenía la intención de dar descanso a sus hombres y fortalecer, entre tanto, la política de alianzas con los pueblos itálicos, que procuraba poner de su parte, como fuera, a pesar de las grandes dificultades que encontraba al respecto.

Varias veces, hablando con Maharbal y con sus demás generales, Aníbal había intentado entender qué poder tenía Roma sobre esos pueblos para que prefiriesen dejarse masacrar por su ejército antes que proclamarse sus aliados, renegando de los pactos firmados con los romanos.

Tenía un ejemplo asombroso de ello en Nápoles, una ciudad que, aunque floreciente y rica en mercaderes, artesanos y clases emprendedoras del todo ajenos

al ejército y a las canalladas de la guerra, no dudó en cerrarle las puertas en las narices y en proclamar su fidelidad a Roma. Esos testarudos no cedieron a ningún halago, a ninguna promesa de nuevas y mayores riquezas que los cartagineses estaban dispuestos a compartir con ellos, cuando Roma hubiera caído y, por el contrario, llamaron a filas a todos los hombres aptos, los artesanos, los carpinteros y los comerciantes, espoleándolos a poner en juego su propia vida con tal de no ceder a las amenazas que Aníbal hizo seguir a sus ofertas de alianza.

El enfrentamiento resultó inevitable, y dio a Aníbal la medida de la capacidad de Roma para mantener bajo su dominio a las poblaciones que pertenecían al círculo de sus aliados.

—¿Cómo lo hacen? —preguntó, furioso, a sus generales, aun sabiendo que ninguno de ellos tenía una respuesta—. ¿Qué les dan a cambio para tener en un puño, con tanta fuerza, su fidelidad? ¿Por qué están dispuestos a dejarse masacrar, con tal de no renegar de Roma?

—Es un misterio que sólo los dioses pueden resolver —comentó Maruda—. Haré algunos sacrificios, y quizá dentro de algunos días...

—¡Necesito respuestas ahora! —lo interrumpió Aníbal, furibundo—. Por cada ciudad que destruimos o que ponemos de nuestra parte, hay diez que nos cierran las puertas o que al día siguiente de irnos vuelven a proclamarse fieles a Roma. ¿Cuántos pueblos deberemos exterminar, antes de que esta gente entienda que nosotros somos el futuro, que tarde o temprano nuestro puño se abatirá como una maza sobre Roma?

—Tal vez ése haya sido nuestro error —comentó Maharbal, mirándolo fijamente—. Debimos dirigirnos de inmediato hacia Roma, someterla a asedio y destruirla antes de que consiguiera reorganizar sus legiones.

—Eso ya lo hemos discutido mil veces —intervino Paribio—. No era el momento de hacerlo. Necesitábamos que los aliados de Roma se pasaran a nuestro lado.

—Pero eso no está ocurriendo —rebató Maharbal—. Si hubiéramos atacado Roma, quizás esta gente se habría dado cuenta de lo que éramos capaces y se habría pasado a nuestro lado.

—Eso no podemos saberlo —dijo Vilualta—. Y, en todo caso, ahora no sirve de nada recriminarnoslo.

—Entonces, ¿qué podemos hacer? —preguntó Maharbal, exasperado—. No podemos seguir consumiéndonos en una guerra como ésta. Mientras nosotros perdemos el tiempo conquistando ciudades sin importancia, Roma consolida sus alianzas, aumenta el número de sus legiones y se vuelve cada vez más fuerte y peligrosa.

—Tenemos que comprender ese mecanismo y destruirlo —afirmó Aníbal—. Roma está aumentando los tributos que exige a las ciudades aliadas, pide continuamente hombres, materiales y recursos, y sin embargo son muy pocas las defecciones, y nosotros tenemos que combatir paso a paso para abrirnos el camino que nos conducirá a la victoria final.

—Eso es bueno —intervino Manida—, Los dioses aprecian los sacrificios de sangre, y honran a quienes combaten con valor y determinación.

—Además —añadió Vilualta—, nuestros hombres son cada vez más expertos y están más compenetrados, nuestro ejército es cada vez más temible. Siempre que nos enfrentamos con los romanos los masacramos.

—Pero todo eso sirve de muy poco —comentó Aníbal, sombrío.

—Esperemos a la delegación de Cartago y escuchemos qué tienen que decirnos —dijo Maharbal—. Si nos dan los refuerzos que hemos pedido y nos traen noticias reconfortantes de Iberia, entonces podremos movernos de verdad hacia Roma. Ahora o nunca.

Nadie añadió palabra alguna, ni siquiera Aníbal, que se detuvo a considerar las palabras del númerido con inquietud. Temía quizá más a la idea de tener que enfrentarse con la delegación enviada por Cartago, que con todo el ejército romano, pero sabía que a esas alturas necesitaba entender hasta dónde Cartago estaba dispuesta a apoyarlo en aquella larga guerra que había durado quizá más de lo que cualquiera hubiese imaginado.

Además, quería noticias de sus hermanos, que estaban combatiendo en Iberia contra un joven procónsul que, por lo poco que sabía gracias a las noticias fragmentarias que le llegaban, había sido capaz de ponerlos en apuros e incluso de conquistar Nueva Cartago.

Aquella noticia no lo perturbó, al contrario, durante un momento tuvo la impresión de que era algo bueno, porque Asdrúbal había transformado aquella ciudad en un lugar en que el ocio, la necedad y la molición más desenfundados se

habían impuesto sobre la rígida moral cartaginesa, que su padre había llevado a Iberia convirtiéndola en el elemento fundamental con el que construir un nuevo reino bajo el dominio de Cartago.

Si era verdad que Nueva Cartago era un diamante precioso engarzado en las tierras que los Bárcidas habían conquistado al precio de duras batallas y miles de muertos, también lo era que la debilidad mostrada por Asdrúbal y los contingentes ibéricos era la prueba de que tener la impresión de que la guerra estaba lejos y, por tanto, dejarse coger desprevenidos por los romanos, de quienes podía decirse cualquier cosa, menos que no fueran coriáceos, obstinados y siempre dispuestos a combatir para reconquistar cada metro de tierra perdida, era un error que ningún comandante cartaginés habría debido cometer. El hecho de que Asdrúbal fuera el comandante de aquellos contingentes avergonzó a Aníbal, pero los relatos que le refirieron sobre cómo aquel procónsul romano había conquistado Nueva Cartago, lo llevaron a entender que era eso lo que necesitaba su gente: adversarios fuertes y temibles con los que medirse, para obtener sobre el terreno las victorias más importantes y demostrar al mundo que nada podría detener a los hijos de Amílcar Barca.

Ahora, mientras se aprestaba a recibir a los delegados de Cartago, sentía que la inquietud volvía a crecer dentro de él, y esto hizo que apretara los puños con ira.

Ya no era tiempo para sutiles juegos diplomáticos: debía tener la confirmación del pleno apoyo del Consejo de Ancianos, en caso contrario debería considerar a Cartago del mismo modo que a las ciudades itálicas que desconfiaban de él y de sus propuestas de alianza por temor a la reacción de Roma.

Y actuar en consecuencia.

II

El jefe de la delegación cartaginesa se llamaba Istatten, y tenía un aspecto que a Aníbal le pareció familiar, aunque no consiguió entender por qué motivo. Tenía más o menos su edad y, por tanto, representaba a esa generación de cartagineses que había crecido siguiendo las empresas de Amílcar Barca primero y de sus hijos después. Ignoraba si esto sería de buen agüero, pero al menos no se enfrentaría a uno de esos viejos aristócratas mordaces que siempre se habían mostrado hostiles a las ideas expansivas de su padre.

Aníbal sabía que gran parte del Consejo de Ancianos temía aún la reacción que tendrían los romanos si él perdiera la guerra, y que no valoraba los éxitos que él había cosechado año tras año, o los ignoraba ostensiblemente, prefiriendo continuar con sus sucios negocios con los mercaderes romanos, que nunca habían cesado, a pesar de la guerra, de batir el Mediterráneo para seguir transportando mercancías de una ciudad a otra.

Las veleidades de revancha de Amílcar Barca habían encontrado siempre la oposición de una parte del Consejo. Por eso Aníbal nunca había querido entregar a Cartago los tesoros y los trofeos recogidos durante su campaña militar: sabía que no servirían para convencer a esos viejos conservadores a apoyarlo abiertamente, es más, habría corrido el riesgo de financiar él mismo un movimiento profundamente contrario a aquella guerra con Roma.

Cuando, inmediatamente después de la memorable batalla de Cannae, Aníbal mandó a Magón a Cartago para escoltar a Himilce hasta el palacio de los Barca, decidió demostrar al Consejo la importancia de sus victorias: entregó a su hermano miles de anillos de oro, brazaletes y collares que habían quitado de los cuerpos de los romanos muertos, pidiéndole a Magón que los hiciera caer a los pies del Consejo reunido, para que vieran de qué eran capaces los Barca.

Pero tampoco aquel movimiento, por más clamoroso que fuese, sirvió para nada: Cartago se limitó a mandar algunas naves con elefantes y algunos refuerzos libios, pero nada que pudiera hacerle entender que finalmente el Consejo se había alineado de su parte.

Ahora era Aníbal el que recibía una embajada de Cartago, que había pedido

explícitamente poder hablar con él después de los últimos y escandalosos acontecimientos que lo habían visto como protagonista: durante algunos enfrentamientos entre sus tropas de refuerzo y algunas vanguardias de las legiones romanas, una patrulla de númidas había tropezado con un pelotón de jinetes enemigo y había entablado batalla, exterminándolos sin demasiados problemas. Sólo en un segundo momento Aníbal se había enterado de que entre los romanos muertos estaban también los dos cónsules de aquel año, Marco Claudio Marcelo y Tito Quinto Crispino, que se habían dejado sorprender como unos desprevenidos.

La noticia había dado la vuelta a Italia, y había llegado también a los oídos del Consejo de Ancianos, y esto debía de haber sacudido la proverbial animadversión de la aristocracia de Cartago hacia él.

Aníbal no sabía si era por eso por lo que se había enviado la delegación, corriendo un riesgo enorme al atravesar aquellos mares aún en manos de la flota romana, pero pronto lo descubriría.

Se arregló otra vez la venda sobre el ojo, porque no quería que se supiera lo que le había ocurrido (si se le interrogaba al respecto explicaría que sufría de una fuerte irritación en el ojo y que los médicos le habían aconsejado que lo dejara reposar un poco), luego se dirigió a la sala en que había acomodado a sus huéspedes, en torno a una mesa ricamente dispuesta.

Los hombres del Escuadrón Sagrado lo seguían como siempre, silenciosos y eficientes, y él entró con paso marcial en la sala, reconociendo enseguida, por cómo se habían dispuesto los delegados de Cartago, quién era Istatten.

Se adelantó hacia él, del lado opuesto de la mesa, y sin mostrarse demasiado hostil, pero tampoco obsequioso, lo escrutó con atención mientras todos se levantaban y se inclinaban brevemente en su presencia.

—¿Tú eres Istatten, verdad? —empezó de inmediato, mirando al hombre alto y de anchas espaldas que lo observaba con una expresión decidida en el rostro, en absoluto intimidado.

—Sí, soy yo —respondió el hombre—. Deja que te diga que para mí es un honor encontrarme en tu presencia.

Aquellas palabras parecieron sinceras y contribuyeron a relajar a Aníbal.

—Bien —dijo, sentándose y haciendo señas a los demás de que lo imitaran—.

Tenemos mucho que discutir. Podemos hacerlo mientras saboreamos estos manjares.

III

—Tus hermanos no están dando un gran ejemplo de valor en tierras ibéricas.

La introducción de Istatten, resuelta y fuminante, hizo comprender de inmediato a Aníbal que aquellos hombres no estaban allí para traerle el apoyo de Cartago y una ayuda concreta por parte del Consejo de Ancianos.

Fue suficiente para que fuera más cauteloso en la manera de dirigirse a Istatten, mientras lo escrutaba atento, listo para captar hasta los más mínimos matices de la expresión rígida del rostro.

—La pérdida de Nueva Cartago ha sido un asunto irritante, estoy de acuerdo —rebatí sin descomponerse—, pero de poca relevancia. No comprometerá el predominio de Cartago sobre esa región.

—Evidentemente no te han informado de las últimas novedades —lo contradijo Istatten, como si hubiera esperado su reacción y estuviera listo para rebatir.

—Ya habéis notado con qué dificultad se consigue sortear a la flota romana. Esto impide que las noticias de Cartago o de Iberia me lleguen a tiempo.

Istatten asintió, luego extendió una mano y cogió una jarra de vino que los criados habían llenado para él. Antes de acercársela a los labios la observó con atención, como si nunca hubiera visto una jarra igual, luego bebió un pequeño sorbo.

—El procónsul romano en Iberia está demostrando capacidades estratégicas poco comunes —dijo al fin, después de haberse limpiado los labios con la manga de la sencilla túnica que llevaba.

—Publio Cornelio Escipión —asintió Aníbal. Sabía qué iba a decirle Istatten, y en el fondo no le sorprendía: aún recordaba la mirada llena de miedo, y también de decisión, del muchacho que había salvado al cónsul Escipión en la batalla del Ticino, y siempre había sabido que antes o después sus caminos volverían a cruzarse.

—Exacto —espetó Istatten—. Ya ha derrotado a tus hermanos en batalla más de una vez, ha tomado posesión de Nueva Cartago y de las minas de plata de la región, y sobre todo está trabajando con astucia y sutileza para poner a las tribus ibéricas de su parte.

—Mis hermanos domarán los impulsos veleidosos de los ibéricos, como ya hizo mi padre —rebatió Aníbal—.

Y tarde o temprano ese procónsul quedará engullido por los problemas políticos que están atenazando a Roma. —Hizo una pausa, inclinándose apenas hacia Istatten—. Porque acaso vosotros no conocéis las últimas novedades de la guerra que estoy capitaneando en Italia.

El delegado cartaginés contuvo una mueca, cuyo esbozo Aníbal captó perfectamente, y a continuación dijo:

—Nos hemos enterado de la muerte de los cónsules, naturalmente. Imposible ignorar un hecho de semejante importancia.

—Bien —estalló Aníbal, que comenzaba a hartarse de los melindres de Istatten—. Entonces sabréis que es aquí donde se decide el destino de Roma y de Cartago, no en Iberia. Dejemos esas escaramuzas a mis hermanos, y preocupémonos de cómo derrotar de una vez por todas a la República y someterla a nuestro dominio.

—No creo que sea tan sencillo —respondió Istatten, sorprendidamente—. El ascenso de Publio Cornelio Escipión podría beneficiarse del terremoto político que está conmocionando a Roma.

—¡No me interesa la política, sino la guerra! —refunfuñó Aníbal, dando un fuerte puñetazo sobre la mesa.

Todos los delegados cartagineses se sobresaltaron, salvo Istatten, que permaneció impassible—. Lo que quiero saber es si Cartago se decidirá a darme el apoyo que pido desde hace años, o si continuará dejando que sea yo quien someta a Roma. Solo.

Istatten respiró hondo, antes de responder.

—Evidentemente no has sabido nada de tu hermano Asdrúbal —dijo, consiguiendo, una vez más, tomar por sorpresa a Aníbal—. Después de un

enfrentamiento perdido con Cornelio Escipión en Baecula, ha reunido a todas las fuerzas restantes y ha decidido seguir tus pasos. Se está dirigiendo hacia los Alpes, para atravesarlos como has hecho tú y descender a Italia desde el norte.

Aníbal miró a Istatten, en silencio. ¿Cómo era posible que no hubiera sido informado de algo semejante? ¿Y por qué motivo ese estúpido de Asdrúbal contravenía sus órdenes?

Sintió que la ira crecía en su interior, sobre todo porque a causa de uno de sus hermanos ahora se encontraba repentinamente desarmado frente al representante del Consejo de Cartago.

Reaccionó de manera espontánea, fingiendo pleno apoyo a Asdrúbal, aunque si en aquel momento hubiera podido matarlo con sus manos, lo habría hecho allí mismo.

—A falta de decisiones por parte de Cartago, no puedo más que apoyarme en mis hermanos para resolver la guerra en Italia —afirmó—. Ellos, al menos, no son unos cobardes que estén a la espera de entender qué partido tomar. Son unos Barca, y combaten por su gente sin miedo a morir.

—Pero de este modo Cornelio Escipión tomará pronto el control de Iberia, abriendo un camino que conduce directamente a una ofensiva contra Cartago —lo refutó Istatten, como si siguiera un guión que ya había establecido con antelación.

—Magón y Asdrúbal Ciscón aún están allí —le recordó Aníbal—. Ellos sabrán vencer a vuestro procónsul.

Istatten exhibió una extraña sonrisa, que obtuvo el efecto de acrecentar la ira de Aníbal.

—Los romanos te han subestimado durante mucho tiempo, por eso has cosechado tantas victorias —afirmó—. Pero ahora eres tú quien subestima al adversario.

—Publio Cornelio Escipión no es mi adversario —le recordó Aníbal—. Si lo fuera, ya estaría muerto.

—Puede ser —le concedió Istatten—, pero pronto podría serlo. Y la inteligencia que ha demostrado en batalla y con sus maniobras políticas y diplomáticas debería despertar tu interés.

—¿Por qué? —preguntó Aníbal.

—Porque aquel joven procónsul te está tomando como ejemplo, y por lo que hemos podido constatar lo está haciendo muy bien, obteniendo resultados asombrosos.

Aníbal tuvo que reconocer que aquel hombre era mucho más hábil de lo que había pensado. A pesar de la ira, ahora comprendía que no podía seguir ignorando el ascenso de Cornelio Escipión en Iberia, como había hecho durante demasiado tiempo, confiando de manera ilimitada en sus hermanos. Una confianza que, según parecía, desde aquel momento empezaría a peligrar.

—Dame algunos ejemplos de lo que dices —pidió a Istatten, mirándolo con semblante sombrío.

—¿Has oído hablar de Masinisa?

—Naturalmente. Es el nuevo comandante de los masilios en el ejército de mis hermanos en Iberia.

—No es sólo eso. Está destinado a convertirse en el rey de su gente, y tiene una notable tendencia a la autonomía que lo hace difícilmente controlable.

Aníbal frunció el ceño, incapaz de comprender adonde quería llegar Istatten.

Este quizá leyó su desconcierto en los pliegues de su rostro contrariado y continuó:

—Publio Cornelio Escipión ha capturado en la batalla de Baecula al sobrino de Masinisa, pero en vez de condenarlo a muerte lo ha cubierto de oro y de presentes, y lo ha liberado, junto con los hombres de su escolta y las mujeres de su séquito.

Istatten no añadió más, no explicó nada. No era necesario, no con Aníbal. Este, a su pesar, apretó los dientes, consciente de la inteligencia táctica de aquel movimiento del procónsul. Una verdadera rareza entre los generales romanos, habituados a resolver con brutalidad y sin medias tintas sus disputas con los adversarios. Aquel gesto de magnanimidad probablemente no le aportaría nada concreto, de momento, pero conociendo el ánimo rebelde e independentista de los masilios, podría resultar un movimiento extremadamente importante en los delicados equilibrios de alianza entre romanos, cartagineses y sus respectivos

aliados.

—De acuerdo —se resolvió a decir al final Aníbal—, tienes razón al decir que no debemos subestimar a Publio Cornelio Escipión. Pero esto no cambia el estado de las cosas aquí, en Italia. Siempre he vencido, y seguiré haciéndolo hasta que me encuentre ante los muros de Roma. En ese momento, deberé saber de qué parte estará Cartago.

—¿Es una amenaza, comandante? —le preguntó Istatten, aparentemente tranquilo.

—Absolutamente sí —respondió Aníbal con dureza, saboreando el guiño de sorpresa que atravesó el rostro de Istatten—. Por tanto, ahora vuelve a ver al Consejo e informa de mis palabras. Cartago debe decidir de qué parte estar. O me apoya abiertamente, proporcionándome la ayuda que necesito, o se aparta y deja que sea yo quien conquiste Roma y se beneficie de este triunfo. Después de lo cual, seré yo, naturalmente, quien decida cuál deberá ser el destino del mundo. Cartago incluida.

Antes de que Istatten pudiera rebatir, Aníbal se levantó y se alejó, seguido por los guardias del Escuadrón Sagrado.

Sabía que Istatten informaría fielmente de su conversación, y también sabía que difícilmente el Consejo abandonaría sus reservas. Esos cobardes temían demasiado a Roma, y tenían demasiados intereses personales que defender.

Ya se ocuparía él de cambiar el curso de la historia, incluso sin su ayuda. Y luego, cuando llegara el momento de ajustar las cuentas, no tendría la más mínima consideración por quienes habían decidido darle la espalda.

Pero ahora debía pensar en un problema mucho más importante: Asdrúbal estaba cometiendo una locura, y él debía mandar a alguien para guiarlo en el difícil recorrido a través de los Alpes. Cuando lo tuviera al alcance de la mano, no lo dejaría irse de rositas por aquella locura.

CAPÍTULO XVI

206 a.C. (un año después) Ampurias (Iberia septentrional)

I

—No consigo entender del todo tus sentimientos.

Publio lanzó un vistazo a Versilio a través de la lámina de bronce en la que se estaba reflejando. Nunca lograba comprender cuándo el siracusano hablaba por curiosidad personal o, en realidad, para estimular una discusión que a Publio le permitiera desahogarse. Sea como fuere, no podía más que estar agradecido al hombre que, desde hacía tiempo, ya no consideraba su esclavo, sino su mejor confidente, y esto contribuyó a relajarlo.

—¿Cuáles quieres que sean? —respondió ajustándose la loriga familiar—. Todo va de maravilla, ¿no crees?

Versilio se encogió de hombros.

—Si tú lo crees...

Publio suspiró.

—Está bien, explícame por qué debería estar preocupado.

—No he dicho que debieras estarlo —puntualizó Versilio—. Sólo que... —se interrumpió, agitando una mano en el aire.

—¿Sólo qué?

—Esa coraza, por ejemplo —respondió el siracusano—, ¿Crees que es sensato llevarla en esta ocasión?

Publio se volvió para mirarlo, sorprendido.

—Me la dio mi padre, ahora forma parte de mí y...

—Pero está vieja —lo interrumpió Versilio—. Se cae a trozos.

Los dos se miraron durante un momento, luego Publio hizo una mueca y terminó de atarse la loriga, contemplando el resultado en el espejo.

—Hoy quiero estar sereno —dijo—. No me metas pensamientos extraños en la cabeza. Tenemos muchas cosas que festejar, y quiero hacerlo de la mejor manera posible.

—Naturalmente —murmuró Versilio, apartándose como si su tarea hubiera terminado. Y en el fondo Publio se dio cuenta de que eso era lo que ocurría. Mientras la lámina de bronce permitía reflejar su imagen exterior, la confrontación con Versilio hacía posible que saliera a la luz aquella parte de sí mismo que conocía poco, aquel conjunto de pensamientos, emociones y sugerencias, a veces incluso contradictorios, que formaba su personalidad, y que a Publio le costaba exteriorizar, incluso a sí mismo.

De esto no podía sino estar agradecido a Versilio, aunque el siracusano a veces se excedía un poco en aquello que consideraba su deber. Sobre todo en jornadas como aquélla, en la que celebraban un momento importante de su vida.

—Estoy listo —dijo al fin, contemplándose por última vez delante del espejo.

—Entonces vamos. Te están esperando.

* * *

La gran sala había sido concebida como recreación, incluso en aquellos territorios salvajes, de la opulencia y el lujo típicos de la Urbe. Pero Publio se desinteresó enseguida de ello, cuando finalmente encontró la mirada del hombre que Roma había enviado en calidad de legatus para apoyarlo en su campaña de conquista de Iberia.

—¡Lucio! —exclamó mientras alargaba los brazos y salía al encuentro de su hermano. Este se apartó del grupo con el que se estaba entreteniendo y lo alcanzó, abrazándolo con un ímpetu que a Publio le pareció incluso excesivo. Al enterarse de que el Senado había nombrado a Lucio legatus y lo había trasladado a Iberia para garantizarle su ayuda, se había quedado agradablemente sorprendido. Quizás, ahora, tendría ocasión de conocer mejor a su hermano.

—Eh, ya te has hecho famoso, ¿lo sabes? —exclamó Lucio, dándole palmadas en la espalda, mientras lo miraba con una expresión llena de alegría—. En Roma todos hablan de ti.

Publio asintió con la cabeza y acompañó a su hermano hacia los triclinios dispuestos en un rincón de la sala, que estaban reservados a los pocos íntimos que

celebrarían el banquete y conversarían con él sobre los últimos acontecimientos políticos y militares que estaban conmocionando al mundo.

Mientras se encaminaba, interceptó la mirada de Versilio, que lo escrutaba con discreción, y le sonrió. El siracusano asintió, y a continuación se retiró para realizar sus tareas.

—Debes de tener un montón de cosas que contarme —dijo Publio, mientras señalaba a su hermano el triclinio que estaba a su lado—. Empecemos por las buenas. Dejemos para después las funestas.

II

—Casi trescientas naves, ¿entiendes? ¡La mayor flota jamás vista!

Publio sonrió y bebió un sorbo de vino, haciendo una señal a su hermano para que continuara. Lucio era un verdadero río en crecida, y llevaba ya tanto tiempo hablando que todos los oficiales que participaban en el banquete parecían aturridos, desbordados por tantas informaciones sobre aquello que estaba ocurriendo en Roma y en toda Italia, hasta el punto de quedarse alelados.

Sumido en una especie de mullida tibieza, con el vino que lo calentaba por dentro y las palabras de su hermano que lo envolvían en un relajante clima familiar que casi había olvidado, Publio escuchaba con poca atención las hazañas de algún oscuro tribuno militar que había obtenido alguna victoria sobre tropas desbandadas de cartagineses, o cómo los mares estaban ya completamente en manos de Roma. En realidad, su atención estaba siempre fija en los problemas que debería afrontar en breve en Iberia, para oponerse a las tropas unidas de Magón Barca y Asdrúbal Giscón, que se interponían a la expansión como el último y difícil obstáculo que superar antes de poder dar por concluida su obra de conquista de los territorios sometidos a los cartagineses.

No sería una broma, y aunque Publio sabía que aquellos dos juntos no podían interponer ni una décima parte del genio militar de Aníbal al avance de sus legiones, se daba cuenta de que era también la ocasión de demostrar a Roma su valor y regresar a la Urbe como vencedor, aclamado por el pueblo como un futuro cónsul, a pesar de su juventud y de que en realidad sólo tenía un cargo proconsular.

Sin embargo, Publio ya tenía en mente los caminos que debería recorrer para llegar primero al consulado, luego al mando de las legiones de Roma y, por último, al enfrentamiento decisivo con Aníbal, el verdadero objetivo final.

—El Senado ha sido durísimo con las ciudades que se han alineado con los púnicos —dijo Lucio, arrancando a Publio de sus pensamientos—. ¿Os habéis enterado de qué ha sucedido a Tarento y Capua?

—No —respondió Publio—, Cuéntanoslo.

Lucio bebió un sorbo de vino, enjuagándose bien la boca antes de volver a

hablar.

—La población de Tarento fue reducida a la esclavitud, del primero al último hombre, sin olvidar mujeres y niños.

Lucio calló, para dejarles el tiempo de asimilar el alcance de aquel hecho, y luego continuó:

—A los ciudadanos de Capua les fue un poco mejor.

En un primer momento se había decidido deportarlos aquí, a Iberia, a las minas de plata y de hierro, pero luego se los dejó en sus tierras, aunque a cambio del pago de un oneroso tributo a Roma. ¡Nunca podrán liberarse de este impuesto, ni en mil años!

—Admitiendo que dentro de mil años Roma aún exista —intervino Cayo Lelio con una risita.

—Yo no lo dudaría —espetó Ennio Marco Catulo, con la boca llena de una mezcla de carnes aromatizadas con las especias que se cultivaban en aquellas tierras.

—Pero el acontecimiento más asombroso acaba de ocurrir —prosiguió Lucio, con el aire satisfecho de quien está listo para sorprender a su platea con un golpe de efecto.

—¿De qué se trata? —preguntó Marco Junio Silano, el propretor que el Senado había asignado a Publio, después de que este último hubiera obtenido las primeras victorias sobre el terreno.

—Asdrúbal, el hermano de Aníbal. Ha conseguido atravesar los Alpes y llegar al río Metauro, más allá de Ariminum.

Publio prestó de inmediato atención. Apoyó la jarra de vino y se levantó, mirando fijo a su hermano, que disfrutaba complacido de aquel momento de interés por parte de todos.

—¿Qué le ha pasado a Asdrúbal? —preguntó Publio—. ¿Se ha atrincherado en el Metauro? ¿Y Aníbal? Si los dos ejércitos se unen...

—No, no, tranquilo —lo interrumpió Lucio echándose a reír—. Las cosas ya

se han solucionado, y con una triunfal victoria para Roma.

Publio observó, sorprendido, a su hermano, que continuó sin necesidad de que lo apremiase:

—¿Recuerdas a Livio Salinator y Claudio Nerón? Han conseguido interceptar a Asdrúbal y se han enfrentado a él sin vacilar. Es más, a decir verdad Claudio Nerón ha demostrado su valor y su inteligencia táctica no sólo en el campo. Pensad que hasta dos días antes se encontraba en Apulia, donde estaba siguiendo de cerca los movimientos de Aníbal, que estaba tranquilo en sus campamentos de Canusium, y desde allí con una marcha forzada llevó a sus hombres a espaldas de Asdrúbal, permitiendo que Livio Salinator rodeara a los cartagineses y les impidiera la fuga.

—Así que hubo una batalla —dijo Publio, ansioso por conocer todos los detalles.

—Sí, y fue una victoria aplastante por parte de los nuestros —afirmó Lucio—. Claudio Nerón se ha demostrado un general valiente, y me imagino qué cara pondría Aníbal al ver llegar la cabeza de su hermano.

Lucio se echó a reír, seguido por los demás que celebraban el banquete recostados en los triclinios, pero Publio frunció el ceño. Ya había comprobado en persona que Asdrúbal no era un general valiente como Aníbal, es más, valía muy poco en comparación con su hermano. Sin embargo, gracias a la tonta equivocación de Publio, que había permitido que Asdrúbal huyera después de la derrota de Baecula, ahora esta victoria daría una enorme popularidad a Claudio Nerón, desluciendo sus hazañas en Iberia. Y Publio no podía olvidar que Claudio Nerón pertenecía al ala patricia de los Fabios, que con el viejo y severo Quinto Fabio Máximo seguía ejerciendo una gran influencia sobre el Senado.

—Claudio Nerón es un hombre rastrero y mezquino, si ha hecho lo que dices —se oyó decir como si fuera algún otro quien hablara.

—¿Qué? —le preguntó Lucio, sorprendido.

Publio lo miró con una mueca.

—Aníbal nunca se ha comportado de ese modo, con nosotros —afirmó—. ¿Acaso ha cortado la cabeza de Quincio Crispino y Claudio Marcelo, después de haberlos matado? ¿Acaso ha usado sus cuerpos para hacer una afrenta a Roma? No.

Y esto demuestra su grandeza.

Un silencio embarazoso reinó sobre ellos, mientras en la gran sala la gran fiesta continuaba.

Publio se quedó un momento callado, luego volvió a mirar a su hermano e intentó calmarse. Se daba cuenta de que Lucio y los demás oficiales no podían entender lo que estaba diciendo. No habían hundido su mirada en la de Aníbal, y no lo odiaban y respetaban tanto como había llegado a hacerlo él.

El caudillo cartaginés era el objetivo primordial de su vida, y haría cualquier cosa con tal de ser él quien lo derrotara. Pero no lo haría con desprecio; es más, le tributaría los honores que el más grande de los guerreros mereciese. No podía soportar la idea de que algún otro, una vez lograda la confianza del Senado y conseguido el apoyo decisivo de la facción de Quinto Fabio Máximo, le arrancase la posibilidad de enfrentarse con Aníbal en el choque decisivo.

—Si es Claudio Nerón quien te preocupa —intervino Lucio, escrutándolo de reojo—, entonces puedes estar tranquilo. Livio Salinator y él han derrotado a Asdrúbal, pero han tenido muchas pérdidas entre sus hombres, y ahora no tienen fuerzas suficientes para enfrentarse a Aníbal. De todos modos, nadie en el Senado está dispuesto a ordenar un ataque decisivo. Antes es preciso aislar definitivamente al Bárcida de Cartago y, sobre todo, recuperar la posesión de Iberia, para evitar que otros ejércitos puedan atravesar los Alpes y llegar en su ayuda.

Sólo en aquel momento Publio se percató de que había seguido las palabras de su hermano conteniendo el aliento. Respiró lentamente, para no desvelar la emoción que lo había embargado, luego hizo una señal de asentimiento.

—Lo sé —dijo a continuación dirigiéndose a su hermano pero hablando sobre todo consigo mismo—. No será fácil vencer a los cartagineses, pero en breve veremos si todo lo que hemos preparado servirá para algo o no.

—¿Tienes la intención de mover pronto tus tropas? —le preguntó Lucio.

Publio sonrió.

—Antes de lo que te imaginas, hermano.

III

El tiempo era benigno y el campo de batalla que Publio había elegido parecía el ideal para lo que tenía en mente.

—¿Por qué una llanura? —le preguntó Lucio cuando, junto con otros oficiales, realizaron un reconocimiento de la región.

Publio sonrió, señaló la ribera derecha del río Baetis, donde sus zapadores estaban aprestando el terreno para el enfrentamiento, y luego respondió:

—Me recuerda el Ticino. Y es lo ideal para poner a prueba a nuestros hombres y comprobar si el adiestramiento ha dado sus frutos.

Allí no se libraría la batalla con el caudillo cartaginés, pero Publio estaba intentando reproducir lo más fielmente posible las condiciones en que los romanos habían sufrido la primera derrota, para averiguar lo preparados que estaban sus hombres para enfrentarse a las formaciones cartaginesas. En efecto, sabía que ni Magón ni Asdrúbal Giscón pondrían en liza técnicas innovadoras o valientes, sino que se limitarían a seguir las enseñanzas de Aníbal alineando las tropas como habían hecho siempre en los últimos días, cuando él los había engatusado dando la impresión de querer atacar para luego ordenar que las legiones se retiraran más allá de los campamentos fortificados.

Sin embargo, él no tenía ninguna intención de moverse de manera convencional, siguiendo los procedimientos clásicos. La primera lección que había aprendido de Aníbal, desde el día de aquella terrible derrota en el Ticino, era precisamente que la mejor táctica consistía en adaptarse a los movimientos del adversario, cambiando y evolucionando de manera ordenada pero decidida, para seguir los desplazamientos de las tropas enemigas y tomar rápidamente las contramedidas necesarias para contener su ímpetu.

Por eso, en los últimos meses, Publio había ordenado a sus oficiales que intensificaran las sesiones de adiestramiento de los hombres. Los hacía correr hasta el agotamiento, obligándolos a transportar sobre sus espaldas grandes piedras o largos troncos de árbol, y los obligaba a furiosos combates cuerpo a cuerpo con espadas de hierro sin hoja que reproducían la forma y el peso de la espada corta ibérica, que ahora ya formaba parte del equipo de todos sus soldados.

Había ideado, además, unos certámenes de tiro con arco, con el *pilum* con las hondas en los que, por turno, participaban todos y para los cuales ponía en juego odres de vino, las mejores prostitutas que conseguía reclutar en las aldeas ibéricas y monedas de plata acuñadas en Nueva Cartago. La competición caldeaba los ánimos, y los importantes premios disponibles obligaban a los hombres a dar lo mejor de sí con tal de demostrar sus aptitudes.

Ahora, las tropas estaban listas para moverse en un campo de batalla como él quería, divididas en *cohortes*.

—Combatiré con mis hombres —tranquilizó Publio a sus oficiales—, pero no antes de haber coordinado a las legiones para responder al avance del enemigo.

Y esto era precisamente lo que tenía intención de hacer.

Levantó un brazo y dio la orden de marcha. El ejército cartaginés, como todos los días a aquella hora, ya estaba dispuesto para aceptar su desafío, alineado ordenadamente a lo largo del típico frente en arco que Publio conocía tan bien: en el centro los veteranos libios, más fuertes y tenaces, y en las alas los aliados ibéricos y los elefantes, para proteger los flancos del ejército e intentar una maniobra de acorralamiento con el apoyo de la caballería nómada.

Cuando las legiones tomaron posición, disponiéndose como él había ordenado la tarde anterior, Publio intentó imaginar el desconcierto que cundiría entre los comandantes cartagineses. Contrariamente a lo que siempre había hecho, también en las batallas anteriores que los habían visto empeñados contra los hermanos Barca, esta vez Publio ya no había opuesto una formación análoga a la cartaginesa, con los legionarios romanos en el centro, frente a los libios, y los aliados en las alas. Sus mismos oficiales se habían quedado sorprendidos, cuando él había dado las órdenes, y ahora esperaban nerviosos y con escasa confianza el momento del choque.

Sin embargo, Publio sabía que aquélla era la mejor manera de enfrentarse al enemigo: con inventiva, valor, tenacidad y audacia, para confundirlo y desorientarlo. Tal como había visto hacer a Aníbal cuando se lo había encontrado delante en la llanura del Ticino.

—¡Preparados! —gritó de improviso, al darse cuenta de que todo estaba listo y que el día era propicio para la batalla. Clavó los talones en los flancos del caballo y alcanzó el ala de caballería a su mando.

Cuando dio la señal, los manípulos se movieron al unísono, como si fueran un solo hombre.

Del otro lado, los alaridos de los libios y los berridos de los elefantes se elevaron para acoger su desafío primordial.

IV

—¡Somos más numerosos! —refunfuñó Magón dirigiéndose hacia su ejército, ya alineado—, ¡Y tenemos los elefantes! ¡Destruyamos a los romanos! ¡Conquistemos la victoria para la gloria de Cartago!

El clamor que se levantó de las tropas amontonadas en torno a él hizo que un escalofrío le recorriera la espina dorsal.

Aquella mañana, por fin, los romanos se habían decidido a aceptar la batalla. Ya otras veces se habían alineado, dando la impresión de querer avanzar, pero luego se habían retirado de prisa, tomando posición más allá de las trincheras y las empalizadas erigidas a los márgenes de su campamento.

El día anterior, furioso por aquella actitud cobarde, Magón había estado a punto de ordenar el ataque para barrer a aquellos bellacos de una vez por todas, pero Masinisa, el comandante de la caballería nómada, lo había hecho desistir.

—La suya es una estrategia muy precisa —le explicó el joven príncipe nómada—. Escipión nos está provocando. Si atacamos, hacemos su juego, y corremos el riesgo de comprometer nuestra superioridad numérica.

Magón bufó como un toro, pero luego tuvo que admitir que Masinisa tenía razón. Aquel Publio Cornelio Escipión era astuto y se comportaba de una manera distinta de los otros generales romanos con que había combatido. Algunos días antes, Masinisa y él, junto a algunos escuadrones de caballería, habían intentado sorprender a los romanos mientras estaban ocupados en construir su campamento fortificado, pero el procónsul debía de haberse esperado el movimiento, porque los nómadas se habían encontrado de improviso rodeados por algunas *turmae* romanas que los habían atacado por los flancos, desbaratando y matando a decenas de jinetes nómadas.

Después de aquel episodio, la ira que encogía el estómago de Magón en una mordaza incesante se hizo aún más áspera y dolorosa, pero el más joven de los hermanos Barca comprendió que no podía subestimar al comandante adversario; al contrario, debería estudiar sus movimientos para comprender sus intenciones.

Masinisa estaba presente en los consejos de guerra que Magón, junto a

Asdrúbal Ciscón, celebraba cada día, pero se mantenía casi siempre aparte, como si quisiera expresar su desacuerdo con la vehemencia de la que daba muestras Magón, y que lo impulsaba a desear medirse lo antes posible con los romanos.

—¿Qué es lo que te preocupa? —le había preguntado Magón el día anterior, a la cara, como era su costumbre.

—No temo a Escipión —respondió Masinisa—. Si nos entabla batalla, lo hará seguro de podernos batir.

—¿Y cómo lo conseguirá? —replicó Magón, despreciativo—. Nosotros tenemos cincuenta mil hombres y cinco mil jinetes, además de treinta y dos elefantes. ¿Ellos cuántos son?

Masinisa entrecerró los ojos en dos fisuras.

—También Aníbal se ha enfrentado a los romanos en inferioridad numérica —le recordó—. Y los ha vencido.

—¡También yo los venceré! —refunfuñó Magón, apretando el puño con fuerza—. Barreré a Escipión y sus legiones, y llevaré su cabeza a Nueva Cartago para exponerla a la vista de todos, antes de reconquistar la ciudad que fue de mi padre.

Masinisa no replicó nada, y se marchó estrechándose en su manto. Magón había estado a punto de correr tras él y plantarle cara otra vez, para obligarlo a confesar la verdad. En efecto, estaba convencido de que el príncipe númida le era tan hostil porque no podía olvidar la deuda que tenía con el procónsul romano, que le había devuelto a su sobrino predilecto, en vez de degollarlo como diversión. Y ello hacía de Masinisa un hombre en el que Magón no podía confiar.

Sin embargo, tampoco podía prescindir de sus jinetes, si quería enfrentarse a Escipión y aniquilarlo. Antes ganaría aquella batalla, y después pensaría en ajustar las cuentas con el númida.

Ahora, mientras guiaba a sus tropas a la cabeza del ejército, como había aprendido de Aníbal, observaba con sospecha la alineación romana, preguntándose el significado de la extraña disposición de las tropas enemigas.

—¿Por qué oponen sus aliados ibéricos a nuestros veteranos libios? —le preguntó uno de sus generales, poniéndose a su lado.

—No lo sé —gruñó Magón—, pero no importa. Cualquier cosa que pueda haber urdido Escipión, nadie podrá resistir a la carga de nuestros elefantes y de la caballería n mida.

Durante un momento, Magón se preguntó si su hermano reaccionaría del mismo modo ante aquella situación insólita, pero luego escupió en el suelo, ahuyentó cualquier duda y levantó el brazo para espolear a sus hombres a la carga.

Tenía la certeza de que Publio Cornelio Escipión y sus legiones pronto sólo quedaría un montón de cadáveres, a los que mandaría cortar los dedos y las orejas para sacrificarlos a Baal y a todos los dioses de Cartago.

V

Con un sentimiento de euforia que le llenaba el pecho mientras gritaba las órdenes a sus comandantes, Publio se dio cuenta de que la maniobra en tenaza estaba funcionando. La primera línea formada por los aliados ibéricos había aflojado el paso, permitiendo que los legionarios, en las alas, bien entrenados para correr, se exhibieran en un arranque formidable, con el objeto de extenderse en torno a las formaciones cartaginesas. Sus adversarios afrontaron con suficiencia aquel movimiento, quizás imaginando que los legionarios llegarían agotados hasta sus alas, tras semejante carrera, sin imaginar lo duros y comprometidos que habían sido los entrenamientos a los que los había sometido Publio, precisamente para llevar al máximo nivel posible su resistencia a la carrera.

Tampoco se percataron de los ágiles asteros que Publio había mezclado con los legionarios, provistos de largas picas con una hoja de doble filo en la punta, que aprovecharon la confusión generada por el contacto entre las alas de los dos ejércitos para desengancharse y atacar directamente a los elefantes. Estos hombres habían sido adiestrados para golpear a los paquidermos en sus puntos débiles, que Publio recordaba incluso demasiado bien por las batallas que había tenido con Aníbal: en las patas, en la trompa y, sobre todo, en las grandes tiras de cuero que sostenían las estructuras de madera sobre las grupas, desde las que los arqueros lanzaban dardos contra ellos.

En breve tiempo, los asteros lograron confundir a los elefantes, encolerizándolos y enloqueciéndolos de dolor, y aquellos gigantescos animales sembraron el pánico entre los mismos cartagineses, intentando huir de las largas picas que los acuciaban.

También la caballería romana dio muestras de eficiencia y preparación, atacando con rapidez a los jinetes númidas y empujándolos hacia las unidades de arqueros y honderos que Publio había hecho colocar en las retaguardias de su alineación, para neutralizar el intento de los númidas de golpearlos por la espalda con la rapidez y la ferocidad que les conocía.

Pero el verdadero golpe de genio Publio lo dio en la preparación de la formación central del ejército, la que debía oponerse al avance de los veteranos libios, que se habían movido con eficiencia y altivez, seguros de poder desbaratar la

débil resistencia de los aliados ibéricos que los romanos habían alineado en el centro.

Publio imaginó el desconcierto de los generales cartagineses al ver que no sólo sus veteranos no habían podido partir en dos al ejército romano, sino que se habían encontrado frente a manípulos compactos que, tras haberse retrasado lo suficiente para dar tiempo a los legionarios, sobre las alas, de realizar la maniobra de flanqueo, habían iniciado una dura resistencia, oponiéndose con tenacidad a las fuerzas escogidas del ejército cartaginés.

Su estratagema en realidad era muy sencilla, y él estaba sorprendido de que Magón y Asdrúbal Giscón no la hubieran comprendido de inmediato: había ordenado que sus mejores legionarios, aquellos que habían demostrado más habilidad en los combates cuerpo a cuerpo, se mezclasen entre los aliados ibéricos, de modo que todos estuvieran armados con la variante de la espada corta ibérica, que él mismo había perfeccionado, para obtener una mayor ventaja en los enfrentamientos de cerca.

De este modo, las unidades centrales del ejército se habían movido como él había ordenado, retrasándose lo necesario para hacer avanzar a los cartagineses y dar tiempo a las alas de adelantarse y rodear a la alineación adversaria, apretándola en una mordaza que, en ciertos aspectos, recordó a Publio la que Aníbal había empleado contra las legiones en la derrota de Cannae.

Con un grito de triunfo empujó a su ala contra las últimas bolsas de resistencia de los cartagineses que procuraban impedir el acorralamiento total, luego cuando todo estuvo listo dio la orden a los arqueros de que concentraran el tiro hacia la masa de adversarios que se debatía en la trampa, cerrada por un círculo compacto de legionarios romanos.

La masacre de aquel día no sirvió para lavar la vergüenza de la derrota de Cannae, pero hizo comprender a Publio que sus hombres estaban al fin listos para enfrentarse a Aníbal. Y sobre todo lo estaba él, después de tantos años estudiando y procurando poner en práctica las estrategias que había visto aplicar al caudillo cartaginés, para imitarlas y perfeccionarlas hasta el punto de poder aprovecharlas contra el mismo Bárcida y reducirlo finalmente al silencio.

Sin embargo, las simples estrategias de batalla no le bastarían para darle la victoria final, lo sabía perfectamente. Aún debía dar otros pasos, después de que hubiera concluido aquella masacre de cartagineses, que le aseguraba el control

definitivo sobre toda Iberia: debía convencer a Roma de que confiara en él, y debía buscar aliados precisamente entre aquellos que combatían al lado de Aníbal.

Empezando por el joven príncipe númida, al que había visto huir junto a sus hombres al darse cuenta de que la batalla estaba perdida.

VI

—¡Hemos perdido! ¡Huyamos!

El grito de Masinisa se abrió paso en el fragor de la batalla que rodeaba a Magón, pero éste tardó en percatarse de que el príncipe nómida se estaba dirigiendo a él.

Miró a su alrededor, trastornado, en busca de Aníbal, para pedirle consejo, para que le dijera cómo debía comportarse, ahora que los romanos los habían rodeado y... cuando comprendió que Aníbal no estaba allí y no podría ayudarlo, pareció como si se le cayera el mundo encima. Los gritos de la batalla se hicieron más impetuosos, los berridos de los elefantes, que caían abatidos con increíble facilidad por los golpes de los soldados enemigos, se le insinuaron en la cabeza, provocándole un dolor desgarrador.

—¡Magón! —lo llamó Masinisa, mientras los jinetes del Escuadrón Sagrado combatían y morían como furias para asegurar la salvación de su comandante—. ¿Qué esperas? ¡Vete!

Magón se estremeció y se volvió para mirar al príncipe nómida. Como él, estaba cubierto de sangre de la cabeza a los pies, pero no parecía espantado, ni particularmente perturbado por lo que estaba sucediendo. Era como si siempre hubiera sabido que perderían aquella batalla, como si hubiera intuido desde los días anteriores al enfrentamiento que el procónsul romano era mucho más hábil y astuto de cuanto él estuviera dispuesto a admitir.

—¡Vete tú! —refunfuñó—. ¡Yo me quedo a combatir con mis hombres!

Masinisa espoleó el caballo, poniéndose a su lado, y lo miró rechinando los dientes en una mueca furibunda.

—Si te quedas aquí y te dejas matar, ya no habrá ninguna esperanza para Cartago, ¿no lo entiendes? —le gritó—. ¡Aníbal te necesita, no puede quedarse solo contra Roma! ¡Aún podemos retirarnos con una parte de las tropas, aprovechémoslo de inmediato!

—¡No! —ladró Magón—. ¡No abandonaré a mis hombres!

—Ellos ya están muertos —chilló Masinisa, mirándolo con los ojos llenos de ira. Luego, cuando vio que él no reaccionaba, tiró del caballo e hizo señas a sus hombres de que lo siguieran, combatiendo para abrirse una vía de escape entre las alas del ejército romano, que estaban a punto de completar el cerco. Magón lo vio alejarse paso a paso, hasta que, después de haber roto las líneas romanas, logró huir al galope junto a los últimos jinetes nómadas supervivientes.

Aquel hombre era un cobarde. Magón lo pensó apretando las riendas del caballo y dilatando las narices. Iba a volverse hacia los hombres del Escuadrón Sagrado, para ordenarles que atacaran a los romanos hasta la muerte, cuando se dio cuenta de que se había quedado solo. Estaba rodeado por cadáveres de hombres y animales, de heridos que aullaban por el dolor, y por un silencio innatural que había caído sobre el campo de batalla donde, hasta un momento antes, el fragor era ensordecedor.

Trastornado, miró a su alrededor, y lo que vio lo estremeció: los combates continuaban aún, pero los elefantes habían sido todos abatidos, la caballería nómada había desaparecido y los cartagineses luchaban con el terror en los ojos, mientras los legionarios los masacraban y los apretaban en un cerco cada vez más estrecho combatiendo sin pronunciar una palabra, como criaturas de los infiernos a las que algún dios de la oscuridad había mandado a la tierra para castigarlos por un acto sacrílego.

—¡Huyamos! —se resolvió a gritar, al fin, cuando comprendió que Masinisa siempre había tenido razón. Alcanzó a una escuadra de caballería en la retaguardia que aún disfrutaba de un cierto margen de maniobra y la espoleó a seguirlo, para escapar de aquel maldito lugar.

Estaba dejando morir a sus hombres, en vez de combatir con ellos para verter su sangre en nombre de Cartago, huía como un cobarde, buscando una salvación que sabía que no merecía.

Sin embargo, en una cosa el príncipe nómada tenía razón: no podía dejar solo a Aníbal. No ahora que Iberia parecía perdida y que aquel procónsul había demostrado que sabía combatir con astucia y firme determinación.

Su hermano aún lo necesitaba, y Magón se puso a pensar en lo que podría hacer para reclutar un ejército y vengarse de la ignominiosa derrota que había sufrido aquel día. Ante todo iría a las Baleares, donde podía contar con aliados seguros y preciosos, y desde allí emprendería su marcha para reunirse con Aníbal,

para dar vida junto a su hermano a un ejército tan vasto y poderoso como para barrer a Roma de una vez para siempre.

Con lágrimas en los ojos por la ira y la vergüenza, mientras cabalgaba más veloz que el viento, trató de no pensar en los cartagineses a los que había dejado a su destino. Y se maldijo por la incapacidad que había demostrado al mando de sus tropas.

Ahora no le quedaba más que luchar por la venganza y la propia redención. Confiando en que Aníbal aún lo quisiera con él.

VII

El joven soldado celtíbero se echó al suelo, postrándose en una actitud de sumisión que no gustó en absoluto a Aníbal.

—Levántate —ordenó conteniendo la ira—, y repite lo que has dicho.

El celtíbero alzó la frente del polvo y miró a Aníbal, luego se levantó escrutando a su alrededor, circunspecto. Quizá lo hubieran advertido de la susceptibilidad del gran comandante y, por tanto, habría de haber pensado que la mejor manera de presentarse ante él era mostrar su sumisión y devoción, sin saber que en realidad aquellas actitudes tenían el poder de irritar aún más a Aníbal.

Este, sentado en un banco de madera que había sido tallado en su honor por un grupo de niños de una aldea siciliana a la que él había librado del saqueo, hizo una señal al celtíbero de que hablara, conteniendo apenas la impaciencia.

Desde que los romanos habían desbaratado en el Metauro al ejército de Asdrúbal y le habían hecho llegar su cabeza en una cesta, como macabra demostración de la victoria conseguida por las legiones, las malas noticias se habían sucedido con alarmante frecuencia en el campamento cartaginés. Pero lo que más le preocupaba era el silencio que seguía a las victorias y a las hazañas que él continuaba obteniendo, a pesar de los intentos de Roma de aislarlo y de impedir a Cartago o a sus lugartenientes en Iberia que le enviaran fuerzas frescas y las ayudas que necesitaba.

En realidad, la desilusión de Aníbal era fuerte, aunque intentaba esconderla detrás de un temperamento que se hacía cada vez más hostil y furibundo con todos, incluso con sus generales más fieles.

Espoleaba a sus hombres a combatir, desafiaba a las legiones romanas a una confrontación a campo abierto prácticamente cada día y, sin embargo, Roma se mantenía a distancia; por lo que sabía de los mensajeros que había mandado por doquier, los mares estaban vigilados por centenares de naves romanas, todas las ciudades que habían traicionado a Roma y se habían aliado con él habían sido arrasadas, y los ciudadanos castigados de manera ejemplar. Cartago estaba aislada, también de la Iberia de los Bárcidas, donde aún se combatía con valor, pero con escasa fortuna.

—Ha sido Publio Cornelio Escipión —dijo el celtíbero tratando de mantener un tono de voz firme—. Ahora Iberia ha caído en sus manos.

Aníbal ya había escuchado a aquel hombre, sus palabras cargadas de significados terribles, que más aún que la derrota sufrida por Asdrúbal le habían hecho entender de inmediato cuánto había cambiado el escenario de la guerra. No obstante, había obligado al celtíbero a repetirse, porque no podía aceptar tan fácilmente las consecuencias de las noticias que le traía el mensajero.

Publio Cornelio Escipión. Ese era el nombre que desde hacía tiempo lo atormentaba por las noches. Recordaba haber combatido contra un Escipión, en los días gloriosos de su descenso a Italia después de cruzar los Alpes, pero este joven era distinto. No era un ingenuo y tampoco un cobarde, no era un atolondrado y no lo desafiaba ansioso de gloria, como ya habían intentado muchos otros comandantes romanos. Por lo que sabía, adiestraba a sus tropas de manera férrea antes de llevarlas a combatir, y cuando se enfrentaba con el enemigo adaptaba sus estrategias al desarrollo de la batalla.

Características que Aníbal había adoptado desde hacía mucho tiempo, y que nunca había visto en los romanos. Sabía que Asdrúbal había perdido en el Metauro no sólo porque las legiones habían utilizado hábiles estratagemas, sino porque su hermano era un estúpido y un incapaz. Los romanos lo habían entendido, y lo habían derrotado con facilidad. Sin embargo, no se habían precipitado en su contra, presumiendo de la victoria obtenida, para desafiarlo abiertamente. Habían reanudado aquella larga y desgastadora táctica de persecución y acecho, para mantenerlo bajo control mientras las legiones crecían en número año tras año y Roma consolidaba su presencia en los territorios que Aníbal había conquistado, pero que luego se había visto obligado a abandonar a su destino.

Y mientras en Italia nadie se aventuraba a enfrentarse a él, en Iberia aquel Publio Cornelio Escipión afinaba sus técnicas de combate y adiestraba a sus hombres, transformándolos en veteranos habituados a luchar contra los cartagineses, los númidas y los elefantes, destruyendo el dominio que Cartago tenía sobre los territorios que su padre había conquistado.

—¿Qué ha sucedido con Magón? —preguntó por enésima vez al celtíbero, como si repetir las preguntas hubiera podido influir de algún modo en las respuestas del hombre, cambiándolas respecto de cuanto ya sabía.

—Está tratando de formar un ejército bastante fuerte para reunirse contigo

—dijo el mensajero, haciendo estallar una vez más la ira en el pecho de Aníbal—. En las Baleares ha reclutado a casi mil honderos, y ahora se dirige a Génova, para buscar el apoyo de los ligures. Luego...

—Tienes que alcanzar a mi hermano —lo interrumpió Aníbal—. Dile que reclute todos los hombres que pueda y regrese a Iberia. Debe reconquistar Nueva Cartago.

El celtíbero lo miró, atónito, mientras en torno a ellos se elevaban los murmullos sorprendidos de quienes estaban escuchando.

—No debe reunirse conmigo —continuó Aníbal—, de otro modo lo aniquilarán, como le ha ocurrido a Asdrúbal.

—Mi señor, yo... —procuró decir el celtíbero, pero Aníbal lo aferró por el cuello y lo miró directamente a los ojos.

—Tú obedece las órdenes —chilló—. Magón tiene que regresar a Iberia y combatir por las ciudades que fundó nuestro padre. Debe vencer a Publio Cornelio Escipión y demostrar a Cartago que los hermanos Barca aún están activos y dispuestos a continuar la guerra.

Al ver que el celtíbero se estaba ahogando por su apretón, lo soltó y a continuación se dirigió a los comandantes que lo rodeaban.

—¡Esa es la estrategia de los romanos! —gritó, para que todos pudieran oírlo—. Aislar a Cartago, aislar a nuestros aliados, aislar a Iberia. ¡Aislarnos a nosotros en esta tierra! Tienen miedo de enfrentarse a nosotros, porque saben que por más legiones que reúnan, los derrotaremos. Así que intentan hacer tierra quemada en torno a nosotros, y entre tanto consolidan las relaciones con los traidores que se sientan en el Consejo de Ancianos, para impedir que nos lleguen ayudas y fuerzas frescas, con las cuales podríamos marchar hacia Roma.

Aníbal calló, apretando los puños con tanta fuerza como para clavarse las uñas en las palmas. Tenía en mente la cabeza de Asdrúbal, en la cesta manchada de sangre; Nueva Cartago, conquistada y saqueada; a Magón, derrotado y en fuga. Y sobre todo a Himilce y su hijo, atrincherados en una ciudad que era presa de traidores, que en cuanto advirtieran un signo de debilidad de su parte no dudarían en entregar Cartago a los romanos.

Pero en esto se equivocaban, porque él no tenía ninguna intención de ceder.

—¡El enemigo se está preparando! —volvió a gritar, reanimado por la convicción de que nadie sería capaz de desbaratar a su ejército, mientras él estuviera al mando—, Está tratando de formar nuevos comandantes y nuevos soldados, en la esperanza de enfrentarse a nosotros y derrotarnos. ¡Pero esto no sucederá! ¡Os lo prometo!

Un clamor de exultación acompañó sus últimas palabras y se propagó por el valle en que estaba acampado el ejército.

Aníbal volvió a mirar al mensajero celtíbero y le hizo una señal con la cabeza. Este se inclinó y acto seguido salió corriendo, dispuesto a llevar sus órdenes a Magón.

—Que se acerque, este Publio Cornelio Escipión —chilló Aníbal, volviendo a sentarse en su banco—. Yo estoy listo para enfrentarme a él.

CAPÍTULO XVII

206—205 *a.C.*

Roma

I

A su entrada en la ciudad, Publio fue aclamado como un triunfador. La multitud alababa su nombre, le atribuían el apelativo de *imperator*, y ello a pesar de que nunca había sido elegido pretor o cónsul y, por consiguiente, no tenía los requisitos para desfilarse en triunfo por las calles de Roma.

Naturalmente, sabía que dejarse complacer por aquel alborozo y saludar a la multitud como si fuera un conquistador que volviera después de años de batallas sería no sólo un error formal, que podría exponerlo a una intervención del Senado, sino sobre todo una jugada equivocada desde la óptica de aquellas alianzas políticas en las que pronto debería apoyarse para obtener sus fines.

Publio había programado con extrema precisión sus próximos pasos, que lo llevarían primero a la elección como cónsul y, después, al mando de un ejército bastante poderoso como para poner en marcha los planes para el que consideraba el epílogo no sólo de la guerra contra Aníbal, sino de toda la primera parte de su vida. Una vez que hubiera aplastado al Bárcida y el desafío proveniente de Cartago hubiese sido controlado, lo aclamarían como el más grande general romano de todos los tiempos y podría relajarse para centrarse en todas las demás cosas importantes que hasta entonces siempre había descuidado: su esposa, su madre, toda su familia, su carrera política. Como cualquier otro buen Escipión, era en eso en lo que debía pensar, para asegurar la prosperidad de su familia y un futuro lleno de gloria para sus hijos.

Sin embargo, mientras Aníbal siguiera al mando del ejército de Cartago, todo ello debería esperar.

Cuando el clamor de la multitud lo sacudió, y muchas manos se alargaron para intentar tocarlo, mientras avanzaba a pie junto a algunos de sus tribunos de mayor confianza, Publio sonrió y se dijo que, en el fondo, el alborozo que la multitud le estaba tributando no sería tan dañino para él. Es más, quizá serviría para que las facciones hostiles en el Senado entendieran que ahora él ya no era un chiquillo, ya no era sólo el hijo de Publio Cornelio Escipión, sino que reivindicaba con fuerza un lugar destacado en la jerarquía política y militar de la República.

Sabía que sobre todo los Fabios, encabezados por el viejo y siempre

carismático Quinto Fabio Máximo, no veían con buenos ojos su regreso a Roma y que por ello habían hecho lo posible por convencer al Senado de que, aun tratándolo con respeto, no sobrestimase los resultados que él había obtenido en Iberia. Gracias también a las relaciones políticas de su hermano Lucio y de Emilia, Publio estaba informado de las corrientes que existían en el Senado, algunas a su favor, otras hostiles y dispuestas a apoyar a los Fabios para que él, con aquel imprevisto regreso a Roma, no se beneficiara demasiado de la popularidad que había conseguido entre la gente, harta de oír hablar sólo de las victorias de Aníbal y las derrotas de las legiones.

Publio levantó una mano y saludó a la multitud, obteniendo como respuesta una verdadera ovación. Todos gritaban su nombre, lo aclamaban *imperator*, y evidentemente no se preocupaban demasiado por el hecho de que él, por orden del Senado, no hubiera podido hacer su ingreso en la ciudad pasando por debajo del arco de triunfo. No era un cónsul, no era un gran comandante que hubiera obtenido la victoria final contra el enemigo, y aquello que había hecho en Iberia, por más decisivo que hubiese sido, no había provocado el entusiasmo de los políticos a la antigua, ante todo de aquel Quinto Fabio Máximo que aún se vanagloriaba de que su estrategia dilatoria con relación a Aníbal hubiera sido la única que había dado un cierto resultado.

El primer ejemplo de aquella hostilidad preconcebida que debería tener en cuenta, Publio lo tuvo a su llegada a Roma, aquella misma mañana. En vez de ser recibido por los representantes del Senado en el *pomoerium*, donde solían recibir a los caudillos romanos en reconocimiento a sus victorias, le acompañaron al templo de Bellona, y allí le tributaron los honores por los éxitos obtenidos, no sin antes darle a entender de inmediato que no lograría el consenso para pasar por debajo del arco de triunfo.

Publio se esperaba una jugada semejante y replicó a su manera: aceptó los honores que le tributaban los *paires* y luego pidió conferir con el *pontifex maximus*, Publio Licinio Craso, para organizar una celebración por los caídos en Iberia, a los que había prometido interceder ante los dioses. Además, solicitó llevar en persona al Foro el botín que había recogido durante su expedición, para entregarlo al erario público.

El Senado no había podido negarse, y ahora Publio se dirigía hacia el Foro a pie, sabiendo perfectamente que el rumor de su llegada ya se había esparcido por la ciudad y que toda la Urbe esperaba ver al vencedor de Iberia. Publio Licinio Craso, coetáneo suyo y proveniente de una familia muy cercana a la suya, caminaba a su

lado, para demostrar a la gente que los dioses eran favorables a las celebraciones que Publio iba a dedicar a los gloriosos caídos de sus campañas militares; pronto se revelaría un formidable aliado para el plan que Publio ya tenía estudiado hasta en sus más mínimos detalles.

La parte más difícil sería el enfrentamiento, en el Senado, con las facciones más hostiles a su familia, envidiosas del éxito que estaba cosechando. Pero Publio había pensado también en esto, y sabía cómo poner de su lado a los senadores indecisos y suavizar a los hostiles.

Con una sonrisa en los labios alcanzó el Foro y, después de saludar a la multitud, se dirigió hacia el centro de la Curia, seguido por Publio Licinio Craso y una hilera de esclavos que transportaban enormes baúles reforzados con tiras de hierro.

Al ver que Quinto Fabio Máximo lo esperaba observándolo con mirada siniestra, como un cernícalo posado en una rama a la espera de devorar a la presa, comprendió que el momento había llegado. Que empezaran los juegos...

II

—¿Cómo ha ido? —le preguntó Versilio, escrutándolo de reojo.

—Hummm... —respondió Publio, tratando de recorrer mentalmente todo lo que había ocurrido, y para lo que le costaba dar aún un juicio desapasionado.

—En mi opinión, ha sido genial —afirmó Publio Licinio Craso, echándose, satisfecho, en un triclinio y comenzando de inmediato a picotear en las ricas bandejas que los esclavos de Pomponia traían a ritmo incesante.

La madre de Publio quería celebrar a su manera el regreso de su hijo, y él estaba decidido a no impedírselo, para relajarse en las atmósferas acolchadas de la *domus Scipionis*, rodeado de los vestidos vaporosos de su madre y Emilia, que no había tardado en sugerirle que deseaba quedarse a solas con él.

Entre los huéspedes que participaban en el banquete en su honor, Publio había querido que estuviera Versilio. Pomponia había levantado las cejas, sorprendida, pero luego se había dejado de historias, y ahora el siracusano se sentaba rígido e incómodo en un triclinio, sin recostarse con la naturalidad de los demás huéspedes y mirando a su alrededor como si esperara acabar convertido en ceniza por la cólera de alguna oscura divinidad.

No obstante, era evidente que ardía de curiosidad por saber qué había sucedido en el Senado.

—Podrías intentar contarlo, ¿qué dices? —intervino Cayo Lelio, que ya se había convertido en un amigo inseparable de Publio y en el más valiente de sus comandantes. Tenemos curiosidad.

—Digamos que no ha ido mal —sonrió Publio. Habían sucedido tantas cosas, demasiadas, y todas las novedades de aquel día lo habían desbordado. Sólo ahora conseguía relajarse un poco—. He propuesto mi candidatura al consulado —continuó, sobresaltando a Versilio por la sorpresa—. Como también la de Publio Licinio. Ahora sólo nos queda esperar que los senadores no intenten extraños golpes de mano.

—Imposible —intervino el *pontifex maximus*, divertido—. Tenemos a los

dioses a nuestro favor, ¿recuerdas?

Todos se echaron a reír, mientras Publio razonaba sobre el hecho de que la suerte estaba de su lado. La amistad con Publio Licinio Craso se estaba revelando fundamental para sus objetivos. El *pontifex maximus* era la máxima autoridad religiosa de la República, y Publio Licinio, también gracias a las inmensas riquezas acumuladas por su familia, que lo convertían en uno de los hombres más acaudalados e influyentes de la Urbe, desde hacía seis años ocupaba ininterrumpidamente aquel cargo. Fue gracias a su intercesión y su opinión ampliamente positiva por lo que Quinto Fabio Máximo y los suyos se habían encontrado en dificultad, cuando intentaron poner obstáculos a la candidatura de Publio para el consulado del año siguiente.

—No olvidemos, además, que quien presida la Asamblea será Lucio Veturio Filón —añadió Publio Licinio—, que me ha prometido que cumplirá con su papel.

—Por tanto, te convertirás en cónsul —afirmó Versilio, mirándolo con atención—. Sin embargo, no te veo satisfecho. ¿Hay algo que no nos has dicho?

Publio suspiró. Su padre habría estado orgulloso del hecho de que con sólo treinta años lo hubieran nombrado cónsul, sin embargo... ése no era su verdadero objetivo, y para llegar a donde le pedían el corazón y la mente, Publio necesitaba más tiempo y moverse con absoluta precisión, para no incurrir en errores que podrían comprometerlo todo.

—Tienes razón —respondió—. No estoy del todo satisfecho porque el *Cunctator* no se ha quedado mirando en silencio, al contrario. Ha hecho lo posible por ponerme trabas, y en cierta medida lo ha conseguido.

—¿Quieres explicarte, por favor? —le pidió Versilio.

Publio volvió a suspirar.

—Me concederán el consulado, pero deberemos movernos con discreción para que las artimañas que ha ideado Quinto Fabio Máximo se traduzcan en una ventaja real para mí y para lo que quiero hacer.

Todos lo miraron, esperando que continuase, y Publio sonrió, dándose cuenta de que había pensado en voz alta en lugar de explicar a sus amigos los pasos retorcidos del difícil juego político y diplomático en que se había zambullido.

—He pedido también a Publio Licinio que presentara su candidatura a cónsul, y no creo que nadie se atreva a oponerse a semejante decisión —continuó—. Llegados a ese punto, pediré que me concedan el mando de las legiones que están asentadas en Sicilia, visto que un *pontifex maximus*, por su cargo sagrado, no puede alejarse de la Urbe.

—Así es —confirmó Craso—. Las legiones de Roma estarán a mi mando, mientras que a Publio le confiarán las que están asentadas en Sicilia.

—¿Las *legiones Cannenses*? —preguntó Versilio, sorprendido—. ¿Qué broma es ésta? ¿Por qué no te dan la posibilidad de organizar un ejército poderoso como mereces? En Sicilia están los desechos de todas las batallas que hemos perdido contra Aníbal.

Publio asintió, íntimamente satisfecho de haber querido también a Versilio entre sus interlocutores: el siracusano era el único que parecía comprenderlo a fondo.

—No me habrían concedido reunir un nuevo ejército —respondió—. Quinto Fabio Máximo ha sido muy hábil. Me ha dado su apoyo indirecto para la elección como cónsul, pero, al mismo tiempo, ha sugerido al Senado que podría ser muy peligroso si dispusiera de un ejército de un cierto peso.

—¿Peligroso? —preguntó Cayo Lelio—. ¿Por qué? ¿Qué piensan que harías, echarlos a patadas de la Curia?

—Bueno, en cierto sentido no sería una mala idea... —murmuró Craso, haciendo reír a todos. Pero Publio levantó una mano y los hizo callar, porque aquello era muy importante para él.

—Los Fabios me tienen miedo, ¿no lo entendéis? —dijo—. El *Cunctator* es viejo, y no saben cuánto más vivirá. Yo soy el único que ha conseguido victorias importantes contra los cartagineses, y estoy disfrutando del favor popular. Mis soldados me han concedido el título de *imperator* sobre el terreno, y esto les ha hecho pensar que podría ser muy peligroso, si tuviera ambiciones al menos equivalentes a las suyas. Y esto, en resumen, puede jugar en mi beneficio.

—¿Cómo? —le preguntó Versilio.

Publio lo miró.

—Las *legiones Cannenses* están formadas por veteranos de guerra —respondió—. Soldados amargados y desilusionados, porque Aníbal los derrotó y los dejó pudrirse en Sicilia con el peso de la vergüenza sobre sus espaldas. Muchos de ellos son tan viejos que se los podría licenciar, pero no se van porque saben que en Roma se los trataría con ignominia. Yo me apoyaré en eso. Los adiestraré y les enseñaré a luchar por su redención personal, y esto los transformará en veteranos sedientos de sangre, listos para morir sin vacilar, con tal de ver rescatada en batalla su vergüenza.

Un murmullo se difundió entre los invitados e incluso Publio Licinio Craso dejó por un instante de beber para observar a Publio, sorprendido.

Este se levantó y siguió hablando, intentando dar voz a la emoción que sentía crecer en su interior.

—Mi intención es convertir las *legiones Cannenses* en unidades de veteranos de altísimo nivel, y entre tanto reclutar la mayor cantidad de hombres posible en las ciudades aliadas de Roma. No pediré un solo legionario más al Senado, pero si todas las poblaciones que tienen cuentas pendientes con Aníbal quieren mandarnos soldados, jinetes, naves y armas, yo no se lo impediré.

—¿Naves? —le preguntó Versilio, asombrado, quizás el único que había captado aquel detalle aparentemente de escasa importancia—. ¿Para qué quieres las naves? Aníbal está en Italia, y no te será difícil alcanzarlo desde Sicilia, incluso sin reunir una flota.

—Pero yo no tengo ninguna intención de atacar a Aníbal —respondió Publio, sobresaltándolos a todos por la sorpresa—. Tengo otros objetivos en mente.

—¿Cuáles? —le preguntó Cayo Lelio, impaciente. Como todos, ya no lograba seguir a Publio.

—¿Qué hemos hecho en Iberia? —respondió Publio, mirándolos a todos, alternativamente—, ¿Acaso hemos entablado una batalla con los hermanos de Aníbal golpeándolos ciegamente, sin tener ninguna estrategia preventiva?

—No —habló por primera vez Marco Aurelio Sedaño, que había seguido toda la discusión en silencio—. Nos has enviado a Nueva Cartago, para conquistarla y cortar los suministros de los Bárcidas, además de dar una señal fuerte a las tribus ibéricas aliadas de los cartagineses.

Publio le apuntó con un dedo, satisfecho.

—Exacto —dijo—. Y es lo que haremos ahora. Es inútil atacar a Aníbal aquí en Italia y dejar que Cartago continúe tramando y prosperando en la sombra. ¿Tenéis idea de cuántos senadores, sobre todo en la facción de los Fabios, siguen comerciando con los cartagineses? ¿Cuántos se hacen de oro, aprovechando la guerra?

—Y quieres poner fin a todo eso, ¿verdad? —le preguntó Versilio.

—Quiero atacar Cartago, o, en cualquier caso, desembarcar en Africa y llevar allí la guerra. Quiero obligar a Aníbal a venir a buscarme para luchar en defensa de su ciudad, e inducirlo de este modo a abandonar Italia.

El murmullo entre los invitados creció, cuando todos se dieron cuenta de las implicaciones de lo que estaba diciendo.

—¡Claro! —asintió Cayo Lelio—. Si Aníbal vuelve a Africa le será imposible amenazar de nuevo a Roma, aunque te... —se interrumpió, mirando a Publio, incómodo.

—Aunque me derrotara —concluyó Publio, con una sonrisa—. Tienes toda la razón. Y dado que no soy estúpido y sé que puede ocurrir, es más, en cierto modo es la hipótesis más probable, una derrota en Africa tendrá para mí contragolpes políticos muy inferiores, comparados con otra batalla perdida en Italia. Y, como he dicho, gracias a la supremacía absoluta de nuestra flota, una vez desembarcado en Africa, Aníbal ya no podrá regresar a Italia.

—No podrá hacerlo por mar y tampoco por Iberia —constató Marco Aurelio—. Ahora está completamente bajo nuestro control.

—Así es —asintió Publio volviendo a sentarse. Fuera como fuese, devolvería la confianza a los romanos, que al no tener ya el peligro de Aníbal en sus territorios, lo considerarían un salvador, incluso en el caso de una derrota en una batalla campal.

—Pero tú estás convencido de que podrás vencerlo —intervino Versilio con su sagacidad habitual.

Publio lo miró y evitó estirar los labios en una sonrisa. Se limitó a encogerse de hombros y a responder:

—Haré lo posible para que eso ocurra.

Aníbal se sentía como un león enjaulado. Iba de un lado para otro en su tienda pisando el suelo con ira, como si de aquel modo pudiera mandar una señal a Mot, el dios de los infiernos, para que se decidiera a hacer algo.

La inacción lo irritaba. Un sentimiento de inadecuación no le permitía dormir de noche. Los romanos ya no se dejaban embaucar por los escuadrones de caballería que él enviaba para azuzarlos y obligarlos a reaccionar. De vez en cuando, se producían unas escaramuzas entre sus veteranos y alguna unidad al mando de algún joven tribuno poseído por sueños de gloria, pero todo se reducía a veloces combates que decretaban la derrota de los romanos, y en nada afectaba al deseo de Aníbal de enfrentarse otra vez con las legiones.

Sin embargo, sabía que Roma, en este sentido, no se quedaba de brazos cruzados: cada día se reclutaban centenares de legionarios y auxiliares, que iban a engrosar las filas de un ejército que, de ser reunido bajo un único estandarte de mando, sería cinco veces más numeroso que el cartaginés.

—Nadie puede gobernar semejante ejército —sostuvo Maharbal durante una encendida discusión con Aníbal y sus principales comandantes—. Los romanos lo saben y, por tanto, esperan que sea el tiempo el que nos agote.

—¡Si las cosas siguen así, sucederá de verdad! —exclamó Maruda, al que los años habían consumido el rostro, como si fuera un antiguo pergamino, y cuya mirada se había hecho aún más sombría e inquietante—. Debemos hacer sacrificios a los dioses y movernos hacia Roma. ¡Combatamos hasta la muerte para ganarnos el favor de los dioses!

Aníbal escupió al suelo, furioso.

—Si yo tuviera esas legiones —gritó—, nadie podría detenerme.

Se hizo el silencio. Aníbal sabía que se había equivocado: tal vez habría debido atacar Roma de inmediato, después de la masacre del Trasimeno. Pero no lo había hecho, convencido de que podría aislar a Roma del resto de Italia, de aquellos aliados que componían su fuerza y que se habían demostrado un depósito inagotable de hombres y medios para sus adversarios.

Ahora era demasiado tarde para volver atrás. Si Maruda quería inmolarse en nombre de los dioses, podía hacerlo incluso solo, degollándose junto a uno de sus

toros sacrificales. Por su parte, no tenía ninguna intención de desafiar a Roma directamente, dado que sabía que el ejército alineado en defensa de la Urbe estaba compuesto por más de sesenta mil hombres. Continuaría con su estrategia de desgaste, tratando de reflexionar sobre lo que había sucedido y volviendo a empezar desde el principio, quizás incluso abandonando Italia para regresar a Iberia, allí donde su padre había dado los primeros pasos hacia la gloria de los Bárcidas.

—¿Qué noticias hay de Escipión? —preguntó a Paribio, que se sentaba en la mesa a la que Aníbal había mandado llevar bandejas de frutas y garrafas de vino, junto a Amidal y a Varix, el galo que se había quedado con ellos durante todos aquellos años y no dejaba de aportar refuerzos de las tribus aliadas de la Galia Cisalpina.

Paribio negó con la cabeza.

—No se mueve, tampoco él. Se ha establecido en Sicilia, y se desplaza de ciudad en ciudad como si estuviera ocupado en legaciones comerciales, en vez de en operaciones de guerra. Está comprando madera, hierro y telas. Y está equipando una flota de naves que añadir a la que ya posee.

Aníbal gruñó. También Publio Escipión había resultado ser una decepción. Cuando lo eligieron cónsul, él creyó que por fin había llegado el momento de la confrontación definitiva, la que esperaba desde hacía tiempo y que reviviría los días de gloria de las batallas del Trasimeno y de Cannae. Aquel joven de mirada cargada de odio ya se había atravesado en su camino, y nunca había vacilado en combatir por sí mismo, por su padre y por Roma, con una furia y una habilidad que en cierto sentido le parecían sorprendentes.

Al enterarse de sus victorias en Iberia, en perjuicio de los ejércitos al mando de Asdrúbal y Magón, Aníbal se persuadió de que era el caudillo que Roma necesitaba para decidir reunir a sus legiones y enfrentarse con él a campo abierto.

Aníbal estaba convencido de que nadie lograría derrotarlo y, por tanto, deseaba ardientemente que Escipión hallara el valor de confrontarse con él, dándole la posibilidad de obtener otra importante victoria, que al fin sacudiría a Cartago de su letargo y la persuadiría a darle todo el apoyo que necesitaba para el acto final: el asedio y la destrucción de la Urbe.

Pero antes necesitaba que todas las esperanzas y la confianza que Roma tenía

depositadas en el más valiente de sus generales se derrumbaran bajo el ímpetu de su ejército, difundiendo el desasosiego y el miedo por toda Italia, hasta el corazón mismo de la República.

En cambio, Publio Cornelio Escipión se había revelado como un cobarde y un partidario de tácticas dilatorias al igual que todos los demás cónsules que le habían precedido. Se había atrincherado en Sicilia tomando el mando de un ejército compuesto de desechos de las legiones romanas, y nunca había mostrado la intención de organizarse para moverse contra él.

Aníbal se detuvo, frunció el ceño al notar un pensamiento que se abría camino dentro de él y a continuación se volvió para mirar a los demás.

—Vamos a Sicilia —dijo, sintiéndose sacudido por un estremecimiento de excitación—. No esperemos a que Escipión esté preparado. Cojámoslo por sorpresa y aniquilémoslo. Entonces, si Sicilia está en nuestro poder, y con ella todas las naves de la flota romana, Cartago ya no podrá escudarse en el pretexto del bloqueo naval y deberá intervenir en nuestro apoyo.

Cuando terminó de hablar, en la tienda se hizo el silencio. Paribio, Amidal y Varix se intercambiaron ojeadas inciertas, luego volvieron a mirar a Aníbal, como si esperasen de él una respuesta a lo que había propuesto.

Pero Aníbal ya estaba cabalgando hacia los nuevos horizontes que se abrían en su mente. Había encontrado el modo de escapar de la inmovilidad que los paralizaba, y que les impedía continuar la guerra con el empuje que siempre habían mantenido.

—Sicilia está repleta de fortalezas bien defendidas —intervino Paribio—. No será fácil.

Aníbal sonrió mostrando los dientes.

—Nada es fácil, cuando se combate —respondió—. Lo importante es ir siempre un paso por delante del adversario. Y es lo que haremos.

Nadie objetó nada, así que Aníbal los despidió.

—Que circulen las órdenes. Que se disponga todo para desplazar al ejército. Con la llegada de la primavera deberemos ponernos otra vez en marcha.

CAPÍTULO XVIII

204 a.C. (un año después) Italia meridional

I

Versilio llegó agitando una hoja de pergamino, con la mirada cargada de excitación.

—¡Es increíble! —exclamó—. No sé cómo, pero tenías razón. ¡Tus dioses te son extremadamente favorables!

Publio sonrió y dejó que Versilio le comunicara la situación, aunque ya lo sabía todo: sus consejeros y administradores se movían por todas partes, en Sicilia y en el resto de Italia, siguiendo las instrucciones que él había dado, e informaban continuamente sobre los progresos que obtenían.

Versilio tenía la tarea de reunir todas aquellas noticias en un único documento de recapitulación, pero el cuadro de la situación estaba muy presente en la mente de Publio, donde cada tesela ocupaba día tras día su sitio.

—Están llegando medios y dinero de todas partes de Italia —le informó Versilio, mostrándole el pergamino compilado con su caligrafía menuda y ordenada—.

¡De Camerino, Caere, Arretium, Perugia, Volaterrae y muchísimas otras ciudades!

—¿Está llegando la madera para las naves? —le preguntó Publio.

—¡Claro! ¡En cantidades impensables! Y la tela para las velas, las cuerdas para las jarcias, por no hablar del hierro para las armas y de tanto oro que, si quisieras, podrías comprarte media Roma.

Publio negó con la cabeza.

—Yo no tengo que comprar Roma —rebatió, divertido—, Sólo debo trasladar mis legiones a Africa.

Ante aquellas palabras, Versilio se entristeció.

—Los adiestramientos de las tropas continúan —informó—, pero no estoy

seguro de que puedas fiarte de ellas.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Publio.

—Muchos de ellos son demasiado viejos. Pueden quedar bien en un desfile militar, para que se vea que has conseguido enderezar a una manada de inútiles que llevaban años holgazaneando... —Dio un largo suspiro moviendo la cabeza—. Hablemos claro: Aníbal y sus veteranos los masacrarán al primer asalto.

Publio miró con atención al siracusano, rumió un poco sus palabras, luego señaló un pequeño baúl que tenía sobre la mesa.

—Ábrelo —lo exhortó.

Curioso, Versilio obedeció, y sacó del baúl varios pergaminos, ya enrollados y sellados con la marca de cera de los Escipiones.

—¿Qué son? —preguntó.

—Las licencias de los legionarios más ancianos —le reveló Publio—. Mi intención es mandarlos a todos a casa, antes de partir para Africa. Pero no quiero que pasen el resto de su vida como perros vagabundos, pateados por todo el mundo. El adiestramiento que están siguiendo sirve para enderezarles la espalda, y para borrar la afrenta de las derrotas sufridas en el pasado. Trato de redimirlos y de que vuelvan a casa como verdaderos soldados.

Versilio observó los pergaminos, luego los devolvió a su lugar delicadamente, como si tuviera miedo de estropearlos.

—Confieso que me has cogido por sorpresa —dijo—. Creía que eras un simple torturador que se divertía haciendo sufrir a esos pobrecillos.

—Para algunos de ellos soy justo eso —rió Publio—. Pero míralos atentamente, y descubrirás que los hombres que más se empeñan, los que más han escuchado mis palabras cuando hemos llegado, son precisamente los más viejos. Anhelan la redención, y están dando un excelente ejemplo a todos los demás, permitiendo que los centuriones progresen más velozmente. Incluso más de lo que esperaba.

Versilio lo miró con una extraña expresión.

—La verdad es que siempre estás en todo —murmuró.

—Exacto —asintió Publio—. Porque con un adversario como Aníbal no podemos dejar nada al azar.

—Dentro de poco tendremos las naves, las armas y las legiones indispensables para seguir tu plan, pero aun falta un elemento, quizás el más importante.

Publio se pasó la lengua por los dientes y miró a Versilio.

—La caballería —dijo—, interpretando las preocupaciones del siracusano.

—Eso es. Sabes perfectamente cuánto valen los númidas. Nosotros no podemos competir.

Publio asintió con un lento movimiento de la cabeza. De las ciudades aliadas y de los *païres* romanos que patrocinaban su causa, estaba llegando todo lo necesario para reunir un ejército de primer orden, pero Publio sabía que con la caballería sería más difícil. Gracias a una estratagema había conseguido recuperar trescientos caballos de guerra, alistando a algunos nobles sicilianos que habían seguido un duro adiestramiento antes de darse cuenta de que aquel tipo de vida no era para ellos. Cuando pidieron la licencia, rescatando con dinero su enrolamiento en el ejército, Publio aceptó, pero a cambio pidió que los caballos se quedaran con las legiones. Entonces encomendó los corceles de guerra a sus mejores oficiales y jinetes y logró reunir una buena ala, que puso al mando de Marco Aurelio Seciano.

Sin embargo, trescientos jinetes no eran suficientes, para un ejército que tenía la intención de desafiar a Aníbal en su mismo terreno. El reclutamiento proseguía, pero el flujo de caballos y jinetes avanzaba demasiado lentamente para los gustos de Publio. Aunque él, entre tanto, no estaba dispuesto a quedarse mano sobre mano.

—Tienes muy poca confianza en tu amo —dijo sobresaltando a Versilio.

Desde hacía mucho tiempo no utilizaba aquella palabra, y aunque el tono que había usado era irónico, el sabor que le quedó en la boca era amargo y desagradable, como el del hierro.

—Perdóname —dijo incómodo—. No se me da muy bien hacerme el gracioso.

—¿Y de qué tienes que disculparte? —le preguntó Versilio—. Más bien, intenta explicarme qué tienes en mente.

Publio recuperó de inmediato su buen humor.

—Ten un poco de paciencia y lo verás —respondió—. Estoy esperando a un huésped. Un huésped importante que podría resolver todos nuestros problemas.

II

El campo de adiestramiento resonaba a cualquier hora del día por los gritos de los centuriones y el ruido de las espadas. Publio había ordenado que los soldados se ejercitaran siempre con la espada corta reglamentaria y no con las espadas de madera que, de costumbre, se usaban en aquellas ocasiones. Esto ocasionaba alguna herida casual de más, pero en definitiva había contribuido a robustecer los brazos de los hombres y a que éstos se movieran con mayor concentración y prudencia, evitando las fanfarronadas típicas de las sesiones de adiestramiento entre soldados.

Ahora, mientras contemplaba la gran plaza de armas que daba al edificio en que había asentado su cuartel general, Publio estaba satisfecho de los progresos que habían hecho los legionarios y los aliados incorporados a su ejército.

Se habían adiestrado duramente durante muchos meses, con un empeño y una dedicación que no eran solamente el resultado de su voluntad de redención: aquellos soldados sabían que estaban destinados a combatir por su vida y la de sus familias, por el destino de Roma y de todo su pueblo. Cuando Publio reunió las tropas, menos de una semana después de su llegada a Sicilia, se había dirigido a ellas con palabras breves y eficaces, aclarando de inmediato cuáles eran las perspectivas a las que se enfrentaban.

Nadie había conseguido nunca derrotar a Aníbal a campo abierto, a pesar de la superioridad numérica. Porque los cartagineses sabían combatir con ira y energía, pero también con método, moviéndose a las órdenes de sus comandantes como un solo hombre, capaces de adaptar las formaciones según cómo cambiaba el curso de la batalla. Para alcanzar semejante compenetración y una capacidad casi innata de interpretar los movimientos del adversario, los veteranos de Aníbal se habían adiestrado largamente, y habían seguido haciéndolo durante todos aquellos años.

Lo mismo había hecho él en Iberia, cuando había demostrado que era posible derrotar a los cartagineses, si se aprovechaban los conocimientos de su modo de combatir y se seguía la disciplina con que el ejército adversario sabía moverse.

Pero Aníbal no era como sus hermanos, y esto significaba que no les bastaría un simple adiestramiento militar. Si querían tener alguna esperanza de éxito,

debían llegar a comprender la grandiosidad de la empresa que estaban a punto de acometer.

A aquellos que habían quedado apartados se los aclamaría como héroes, reivindicando para siempre su honor frente a Roma, al pueblo romano y a los dioses.

Entrarían en la historia, y serían recordados al igual que los más grandes caudillos de todos los tiempos.

Pero para que eso pudiera ocurrir, debían vencer. Debían derrotar a Aníbal demostrando que eran más fuertes, más inteligentes y más resueltos que los veteranos cartagineses.

Publio dio a entender que la empresa era difícil, pero que él creía en ella hasta el final, y estaba dispuesto a dar la vida, con tal de obtener el éxito que el pueblo romano esperaba.

Si alguien no tenía esa determinación y no quería correr el riesgo de morir por aquella causa, que lo dijera de inmediato: sería apartado sin ningún castigo, pero nunca más tendría el derecho de combatir para redimir su honor.

Nadie se movió, entre las filas de soldados que lo escuchaban inmóviles, y Publio continuó su discurso sabiendo que ahora tenía la máxima atención por parte de todos.

—Vosotros sois como los veteranos del gran Alejandro, que no olvidaron el juramento que hicieron a su comandante y en Ipso combatieron como leones, aunque habían pasado veinte años de la muerte de su señor.

Un clamor se elevó entre la multitud. Aquellos hombres encontraban, de improviso, un punto de referencia al que mirar, un comandante, que había llegado no para despreciarlos y humillarlos, sino para alentar su anhelo de redención.

A partir de aquel día los adiestramientos se hicieron incesantes, y Publio se quedó sorprendido de la energía inagotable que aquellos hombres ponían en el intento de dar vida a un ejército que no tendría rival en la historia de Roma.

Cuando, más tarde, llegaron *cohortes* enteras de soldados procedentes de los aliados más impensables, engrosando las filas de su ejército como él nunca se había atrevido a imaginar, Publio entendió que los dioses estaban de su parte, y que se le

concedía la ocasión de medirse cara a cara con el gran Aníbal.

En menos de cincuenta días sus carpinteros, que estaban repartidos en los principales puertos de Sicilia, habían construido una flota poderosa, compuesta por más de cuarenta bajeles, y cada día un trirreme o un quinquerreme iba a engrosar esa armada, en la que Publio embarcaría a sus legiones para zarpar hacia Cartago.

Aún quedaba un problema que resolver, y si todo iba como pensaba, pronto podría ponerse a la cabeza del ejército para dar la orden de partir.

—Mi señor, han llegado —dijo una voz a sus espaldas, y Publio sonrió. Si necesitaba otra prueba de que la intervención divina era benévola con él, ahora ya la tenía.

Se volvió y se dirigió hacia la sala de audiencias que había hecho instalar en su cuartel general.

—Que vengan todos mis comandantes —ordenó al esclavo que había corrido a advertirle—. Y llama también a Versilio.

III

El príncipe Masinisa entró con la cabeza alta, acompañado por un pelotón de guerreros nómadas de aspecto feroz, aunque Publio, después de haberlos visto cabalgar, se daba cuenta de que aquellos hombres se encontraban más a gusto a lomos de un caballo que a pie.

—Bienvenidos —los acogió, extendiendo los brazos para señalar los cojines que había hecho disponer en el suelo, en torno a las bandejas y las bajas mesitas repletas de todo tipo de manjares, vino e hidromiel. Sabía que aquellos hombres no estarían a gusto en los triclinios romanos, y había procurado que todo fuera lo más familiar posible para sus huéspedes.

Masinisa inclinó la cabeza en señal de cortesía, luego fue a sentarse en el centro de la alineación de sus hombres, todos armados con espadas y cortos puñales con mangos historiados. Publio había ordenado que nadie intentara desarmarlos, porque sabía que un nómada no se separaba nunca de sus armas, sobre todo cuando se encontraba en territorio hostil. Y mientras él no lograra convencer a Masinisa para que fuese su aliado, para aquella gente los romanos serían enemigos de los que desconfiar.

Sin embargo, también sabía que ya había obtenido una victoria importante por el solo hecho de que el príncipe estuviera allí, dispuesto a discutir con él los pasos futuros que daría en territorio Africano. Si consiguiera poner a Masinisa de su parte, convenciéndolo de que sumara su caballería a la romana, entonces también la última tesela estaría en su sitio, y Publio podría moverse hacia Cartago.

—Te agradezco que hayas aceptado mi invitación —dijo Publio dirigiéndose a Masinisa, después de ponerse también él cómodo. Versilio estaba presente como él había pedido, pero se mantenía aparte, vigilando a los nómadas y, al mismo tiempo, impartiendo órdenes a los criados.

Masinisa respondió en su lengua, y el hombre sentado a su lado tradujo rápidamente.

—Somos nosotros quienes te agradecemos tu hospitalidad y los manjares que nos ofreces.

Publio se inclinó ceremoniosamente, luego hizo una señal a los criados para que sirvieran el vino y bebió él primero, dando a entender que no había nada de qué preocuparse. Masinisa bebió, a su vez, un largo sorbo, sellando aquel encuentro amistoso, y Publio se relajó.

—Estamos a punto de partir hacia Africa. —Publio fue de inmediato al grano, porque había comprendido que el príncipe númera, que era casi su coetáneo, prefería los hechos a las palabras—. Moveremos la guerra a Cartago y esperaremos allí la llegada de Aníbal.

El traductor númera informó sobre lo que acababa de decir, pero antes de que terminara, Masinisa levantó una mano y lo hizo callar.

—Es lo que estaba esperando —dijo, hablando en un excelente latín.

Publio asintió complacido.

—Si tú y tu gente queréis ayudarnos, Roma os estará agradecida.

Masinisa bebió otro sorbo de vino, luego asintió a su vez, aunque su rostro se ensombreció.

—Quiero ser sincero contigo —respondió—. Mi pueblo está dividido y las tribus están en guerra entre sí. Sifax me ha destronado, tras la muerte de mi padre y de mi hermano mayor, y ahora soy yo el que necesita vuestra ayuda para volver a gobernar mi tierra.

Publio, que ya estaba enterado de la difícil situación en que se encontraba el joven guerrero númera, exhibió una sincera sonrisa.

—Asegura la fidelidad de tus jinetes al ejército de Roma, y yo te devolveré tu reino.

—No será fácil —dijo Masinisa—. Sifax ha prometido que luchará contra vosotros hasta la muerte, si tratáis de atacar Cartago.

—Mi verdadero objetivo no es Cartago —reveló Publio, intuyendo que podía fiarse de aquel hombre.

—Lo sé —espetó Masinisa, en absoluto sorprendido—. Tú quieres combatir contra Aníbal.

—¿Y tú? —le preguntó Publio—, ¿Estás dispuesto a unirme a mí para combatir contra el más grande de los caudillos cartagineses?

—Los nómadas no son los siervos de Cartago —respondió Masinisa, decidido—, Y yo no soy Sifax. Combatiré a tu lado, y lo haré para reconquistar mi reino.

—¿No hay nada más que te preocupe? —le preguntó Publio, mirándolo con atención.

Masinisa dudó un instante, luego debió de darse cuenta de que no tenía sentido que su próximo y poderoso aliado ignorase aquello que le preocupaba de verdad, así que llenó los pulmones de aire y dijo:

—Sifax no me ha robado sólo el reino, sino también a la mujer que amo, Sofonisba.

Publio se ensombreció.

—Por lo que sé, se ha casado con ella. Ahora Sofonisba es la reina de un pueblo enemigo de Roma.

—Lo sé —asintió Masinisa—. Y sé que no puedo pedirte que me la devuelvas.

Publio no dijo nada, dejando que fuera su mirada la que diera a entender al nómada lo que opinaba.

—Sin embargo, prométeme que me darás la posibilidad de verla otra vez.

—¿No intentarás arrancarla de su destino?

—Quizá lo haga —respondió Masinisa, sincero—. Pero no de la manera que crees. Y no para que vuelva a mi lado.

Publio se quedó observando durante un momento a aquel altivo príncipe de piel oscura y comprendió que podía fiarse de él.

—De acuerdo —dijo, sancionando su pacto de alianza.

—¿Cuándo partiréis? —preguntó Masinisa.

—Lo antes posible —respondió Publio—, Tenemos más de cuatrocientas naves listas para zarpar desde toda Sicilia.

Masinisa lo miró, impresionado.

—¿De cuántos hombres puedes disponer? —le preguntó.

—Casi veintisiete mil, caballería incluida.

Masinisa sonrió.

—Yo no puedo prometerte muchos hombres, pero te aseguro que cada uno de los míos combatirá como tres de los vuestros.

También Publio exhibió una sonrisa.

—Oh, lo sé perfectamente —dijo—. Por eso os necesitamos.

Aquella tarde, después de que Masinisa y la delegación de masilios hubieran partido, por decisión del mismo príncipe númida, que no quería tardar en organizar sus tropas a la espera de la llegada del ejército romano, Publio se relajó en su cama y mandó llamar a Versilio para poder comentar con él lo que había sucedido.

El siracusano entró frunciendo el entrecejo, sosteniendo en la mano un pergamino desenrollado, y antes aun de que Publio pudiera saludarlo, se lo mostró, diciendo:

—¿Qué significa esto?

—Creía que lo habías entendido.

Versilio lo escrutó, enfadado.

—Si es una broma... —empezó, pero se interrumpió de inmediato, cuando Publio se levantó de golpe y lo encaró.

—¿Te parece que podría hacerte una broma semejante?

Versilio estuvo a punto de replicar, pero luego desistió y apartó la mirada.

—Eres un hombre libre —lo tranquilizó Publio—. Y no pensé que esto te sorprendiera. Ya hace mucho tiempo que no te considero un esclavo.

Versilio permaneció en silencio, apretando el pergamino que atestiguaba su regreso a la plena dignidad de hombre libre.

—Esta es una...

—Una *manumissio* —asintió Publio—, O, mejor, una promesa de *manumissio*, dado que para que tenga valor deberemos convalidarla ante un magistrado.

Hizo una mueca.

—A menos que quieras esperar a mi testamento.

Versilio negó con la cabeza, consternado.

—Te estarás preguntando por qué ahora —dijo Publio, seguro de leerle el pensamiento.

Versilio lo miró fijo.

—No te desembarazarás de mí.

—No tengo ninguna intención de hacerlo —rió Publio—. Pero no tiene sentido que tú vengas conmigo a Africa. Vuelve a Siracusa, reúnete con tu familia y espérame. Cuando regrese a Roma, certificaremos tu libertad de manera oficial.

Versilio se limitó a mover la cabeza, despacio, sin decir nada. Estaba temblando, quizá porque se sentía vencido por el significado del gesto de Publio.

—Deberías estar contento, yo...

—He dicho que no te desembarazarás de mí —lo interrumpió con vehemencia el siracusano—. Estoy conmovido por tu indulgencia, y feliz de tener la confirmación de que eres mi amigo, pero eso no significa que puedas pedirme que te abandone precisamente ahora.

Publio lo observó, sorprendido.

—Allá no será fácil, ¿lo entiendes? —le dijo—. No es la primera vez que te

pido que me esperes a resguardo, me parece.

—Al contrario, sí que lo es —objetó Versilio—, Es la primera vez que me lo *pides*. Antes podías ordenármelo. Pero ahora soy un hombre libre, ¿correcto?
—Levantó el pergamino, mostrándoselo a Publio—. Al menos, formalmente.

Publio hizo un gesto de resignación y suspiró.

—Testarudo como de costumbre, ¿verdad?

Los dos se miraron durante un momento, luego se echaron a reír.

—¿Qué haría sin ti? —confesó al fin Publio.

—Ah, la verdad es que no lo sé —rió Versilio—. Aparte de entre las sábanas, naturalmente...

IV

Demasiadas dificultades, y demasiada saña por parte de las poblaciones locales, para que pudiera ser una marcha normal de acercamiento al enemigo.

De ello Aníbal se dio cuenta ya desde los primeros días cuando, moviéndose desde los campamentos en el Brucio en que habían pasado el invierno, vio que no lograba avanzar de manera compacta hacia Sicilia como había programado, aprovisionando a hombres y animales a lo largo del camino gracias a la complacencia (o al temor) de las aldeas y las ciudades que fuesen encontrando.

Muchas fortalezas les cerraron el acceso a la ciudad, declarándose dispuestas a resistir a un asedio, antes que entregar sus últimas reservas de comida; a menudo sus vanguardias a caballo sufrieron emboscadas y ataques a traición, por parte de los romanos y de patrullas formadas por soldados procedentes de las poblaciones locales, y no bastó someter a hierro y fuego algunas aldeas que habían osado rebelarse, para dar el ejemplo y meter a las demás en razón.

Era como si se hubiera encendido un fuego, y un extraño viento encolerizado soplase sobre los matorrales, avivándolo cada vez que él y sus hombres conseguían apagarlo con sangre.

La señal era nefasta, y de esto Aníbal no podía sino darse cuenta. Para entender si se trataba de premoniciones que los dioses habían decidido mostrarle, incluso llegó a convocar a Maruda y a pedirle que escrutara en las visceras de un ternero para obtener alguna respuesta de El y de Baal, pero el viejo brujo, ya cansado y achacoso, sólo se limitó a hundir las manos en la sangre y hablar de oscuros presagios, señales de muerte que llegaban del sur y que conducían hasta las orillas de Africa.

Para tranquilizarlo, Aníbal concedió a Maruda que se dedicase una jornada de sacrificios y celebraciones a los dioses, aprovechando el alto para que sus tropas cansadas y desanimadas recuperaran el aliento, pero luego convocó a Paribio y a los demás comandantes y les explicó cómo deberían comportarse a partir de aquel día: nada de centinelas aislados, quería grupos de cuatro exploradores por vez, a bastante distancia para cubrir la más amplia porción posible de territorio, pero, al mismo tiempo, capaces de acudir de prisa, cuando alguno del grupo fuera atacado.

Procediendo de aquel modo consiguió evitar muchas emboscadas, pero la desconfianza de las poblaciones locales, los campos abrasados antes de su llegada, los puentes sobre los ríos destruidos y otras mil dificultades no dejaron de arrojar una sombra malévolamente sobre su avance, demorando la marcha y esparciendo el mal humor incluso entre los más veteranos.

Al darse cuenta de que detrás de todo esto debía de haber algo muy distinto del capricho de los dioses, Aníbal convocó un consejo de guerra tras haber establecido el campamento en unas colinas fáciles de vigilar y defender de eventuales ataques.

—¿Qué temas, comandante? —le pregunto Vilualta, escrutándolo con aprensión, mientras se servía un poco de vino. Por su parte, el jefe de los conductores de elefantes había vuelto a estar sereno y confiado, después de que algunas naves procedentes de Africa hubieran conseguido llegar al Adriático, entregándoles una carga de veinte elefantes jóvenes y bien adiestrados. Estaba impaciente por volver a medirse con los romanos, y apoyaba plenamente el descenso hacia Sicilia que había ordenado Aníbal.

Este último entornó los ojos, buscando las palabras justas. En realidad, había convocado el consejo para encontrar respuestas, y no para darlas a sus comandantes, como sucedía demasiado a menudo. Pero, una vez más, notó que todos lo observaban como si él tuviera una explicación para todo.

—No lo sé —respondió al fin—. Creo que detrás de todo esto hay una estrategia precisa de los romanos, aunque no entiendo cuál.

—¿Una estrategia de los romanos? —gruñó Varix—. ¿Con qué fin? ¿Para retrasarnos a la espera de refuerzos?

—Quizá —dijo Aníbal—. Pero no es su táctica habitual del «muere y huye». Todas las aldeas y las ciudades que hemos encontrado nos han cerrado la puerta en las narices, muchos se han dejado masacrar, con tal de no ayudarnos, y los campesinos devastan sus campos, cuando saben que estamos a punto de llegar. No sólo quieren retrasarnos, están intentando bloquearnos aquí.

—Si esto continúa así, pronto lo conseguirán —farfulló Asalubal, el responsable de los pertrechos—. Las provisiones escasean y he tenido que imponer una reducción de las raciones.

—Los sacrificios no han sido suficientes —afirmó Maruda, a quien Aníbal se

había visto obligado a convocar a la reunión para que no cundiera el descontento. Aquel viejo loco no disfrutaba de las simpatías de los oficiales, pero con el tiempo había conseguido obtener cada vez más crédito entre la tropa, y no tenía escrúpulos en aprovechar cualquier situación negativa para imputar la culpa a la escasa propensión de Aníbal a congraciarse con los dioses.

—Entonces, ¿qué propones? —le preguntó Paribio, desconfiado.

—Sangre —respondió Maruda, con los ojos anegados por la locura—. Debemos someter a asedio a la más grande de las ciudades que se opongan a nuestro camino, y capturar a todas las vírgenes y a los niños para inmolarlos a los dioses. Sólo así aplacaremos la ira de Mot y de Baal, y podremos reanudar nuestra marcha triunfal.

—Tú estás loco, viejo —dijo Varix, expresando lo que todos pensaban. Entre los presentes era el único que no tenía ningún temor del brujo, dado que rezaba a oscuras divinidades de las que era difícil incluso pronunciar el nombre—. Y si no dejas de decir idioteces, juro que te cortaré la lengua y me la comeré cruda.

Maruda abrió la boca para replicar, furioso, pero cuando tropezó con la mirada dura de Varix comprendió que el enorme galo hablaba en serio, así que se levantó y, sin decir una palabra, sombrío como una nube de tempestad, abandonó el consejo de guerra.

Alguien se echó a reír, ante su reacción, otros farfullaron comentarios llenos de desprecio, pero Aníbal contuvo con dificultad la ira.

—No vuelvas a hacerlo —chilló con voz tajante a Varix, cuando éste se volvió, satisfecho, hacia él—. Maruda es peligroso y desleal como una serpiente, y en este momento no necesito crearme enemigos dentro de mi propio ejército.

El silencio reinó en la tienda, e incluso Varix, a pesar de la mueca hosca que tenía en el rostro, se vio obligado a apartar la mirada del único ojo de Aníbal.

—Mañana reanudaremos la marcha —dijo éste al disolver el consejo—. Pero antes de partir pediré a Maruda que sacrifique un toro a los dioses, delante de todo el ejército alineado. Y serás tú quien se lo lleve, Varix.

Dicho esto, hizo un gesto seco con la mano, despidiendo a sus oficiales.

—Tú no, Paribio, quédate.

El comandante de los exploradores volvió a sentarse, sorprendido. Cuando estuvieron solos, Aníbal le sirvió vino y le dijo:

—Encuentra a alguien que pueda pasar por ciudadano romano y dile que se adelante. Dale bastante oro para que pueda abrir las puertas correctas e ir a Sicilia. Quiero que se dé cuenta de la situación y vuelva a informarme. Estoy seguro de que detrás de todo esto está Publio Cornelio Escipión. El ha instigado las revueltas, él ha organizado las continuas emboscadas para retrasarnos, él ha ordenado hacer tierra quemada en torno a nosotros, para dificultarnos los aprovisionamientos.

—¿Por qué crees que lo hace? —le preguntó Paribio.

—No lo sé —respondió Aníbal, sincero—, Pero no creo que quiera simplemente impedirnos llegar a Sicilia. Si hay un general romano que desee batirse conmigo, ése es Escipión. Pero evidentemente aún no está preparado, y está intentando ganar tiempo. O tiene algo en mente.

Paribio asintió.

—Descubriré de qué se trata —dijo, levantándose.

—Por favor —lo detuvo Aníbal—, nadie debe saber nada.

El comandante de los correos asintió con un gesto seco de la cabeza y salió.

Una vez a solas, Aníbal lamentó no tener a Himilce a su lado. Con ella habría podido desahogarse, y tratar de entender qué estaba sucediendo sin tener que tropezar por fuerza a cada paso con la presunta ira de los dioses.

* * *

—¡Mi señor, Paribio quiere verte!

Aníbal detuvo el caballo y escrutó al joven mensajero que lo había alcanzado.

—¿Dónde está? —preguntó.

El joven señaló hacia una mancha de árboles cercana, donde se vislumbraban algunos caballos que abrevaban en un minúsculo torrente.

—Está bien —asintió Aníbal. Levantó una mano para llamar a Amidal, que se

reunió con él de inmediato, y le dijo que continuara la marcha. El se alejaría un momento.

Amidal lo miró sorprendido.

—Haré que los míos te escolten y...

—No —lo interrumpió Aníbal—, No necesito al Escuadrón Sagrado.

Dicho esto, giró el caballo y se alejó, precedido por el joven mensajero que había mandado Paribio.

Encontró al comandante de los exploradores sentado en el pedregal del torrente, con los pies hundidos en el agua.

—Una verdadera rareza, por aquí —comentó Aníbal bajando del caballo y sentándose junto a Paribio—. Entonces, ¿qué han descubierto los tuyos?

Paribio lo miró con una expresión que a Aníbal no le gustó en absoluto.

—Ahora está todo claro —dijo el comandante de los exploradores.

—Habla —le ordenó Aníbal.

—Publio Cornelio Escipión ha equipado una flota inmensa, compuesta por más de cuatrocientas naves, y ha zarpado de Sicilia llevándose todo su ejército.

Aníbal lo miró como si no pudiera creer sus palabras.

—¿Adonde se dirige? —preguntó, aunque en su interior lo sabía perfectamente.

—A Cartago —respondió Paribio con un hilo de voz—. Según se dice, quiere arrasarla.

Aníbal apretó los dientes con tanta fuerza que los sintió chirriar.

Por eso lo había retrasado. Por eso había hecho todo lo posible por obstaculizar su marcha hacia Sicilia. Como ya había hecho en Iberia, asediando Nueva Cartago e ignorando a sus hermanos, ahora ponía en práctica la misma táctica: atacaba Cartago, para conquistarla antes de enfrentarse a él. O, más

sencillamente, estaba intentando atraerlo a una trampa de la que difícilmente podría escapar.

—Ese hombre es más astuto de lo que imaginaba —gruñó Paribio—. Ahora es inútil avanzar hacia Sicilia.

—Volvamos a Crotone —asintió Aníbal—. Debemos construir también nosotros una flota, bastante grande como para permitir embarcar todo el ejército.

Paribio lo miró, sorprendido.

—¿Y luego? —preguntó.

—Luego haremos lo que Escipión espera de nosotros. Zarparemos hacia Africa e iremos a combatirlo a las puertas de Cartago.

—¡Pero así estaremos atrapados! —protestó Paribio—. Aunque ganáramos, los romanos ya no nos permitirían regresar a Italia.

—Lo sé —asintió Aníbal—. Pero no tenemos elección.

Pensó en Cartago, en la firmeza de sus muros, en los miles de ciudadanos que animaban sus calles, y sobre todo en Himilce y su hijo, que lo esperaban convencidos de encontrarse en lugar seguro.

Publio Cornelio Escipión era un hombre inteligente, que no pensaba ni actuaba con la soberbia de los otros caudillos romanos con los que se había enfrentado y que había derrotado. Y por eso era mucho más peligroso.

Sin embargo, él no podía hacerse a un lado mientras Cartago era atacada, mientras todo lo que quedaba de su familia y su patria corría el riesgo de ser aniquilado.

Esto Escipión lo sabía perfectamente, y él debía aceptar su desafío.

—Manda al más veloz de tus jinetes a avisar a Magón —ordenó a Paribio volviendo a montar—, Dile que se dirija con todas las tropas disponibles hacia Cartago. Nos uniremos allí, para la última batalla con Roma. La decisiva.

CAPÍTULO XIX

202 a. C. (dos años después) Zama (Africa nororiental)

I

Aníbal respiró a pleno pulmón el aire seco y candente de Africa, y se sintió tan bien como no le ocurría desde hacía mucho tiempo. Habían pasado dieciséis años desde que había dado inicio a aquella aventura, sometiendo a asedio la pequeña ciudad de Sagunto, y durante quince años se había ensañado contra Italia, un suelo que los romanos habían intentado defender con obstinado valor. ¿A cuántos ejércitos había derrotado? ¿A cuántos soldados había matado? Una cantidad tan grande que resultaba incalculable. Cualquier otro pueblo, ante semejante masacre, habría caído desde hacía tiempo a sus pies.

Sin embargo, Roma había seguido combatiendo, respondiendo golpe tras golpe a las victorias que él había acumulado gracias al sabio uso del arte de la guerra. Y ahora estaban aún allí, con las legiones alineadas sobre un vasto frente compacto, listas para enfrentarse a él por enésima vez, con un comandante nuevo y la sorprendente capacidad de regenerarse que él creía que sólo pertenecía al fénix, un animal mitológico en el que nunca había confiado.

Pero debía cambiar de opinión. El fénix existía, y tenía las alas robustas de los estandartes romanos, que se agitaban en el viento señalando a las *cohortes* de legiones surgidas de la nada, como si un dios se hubiera divertido devolviendo la vida a todos los guerreros que él había matado en batalla.

Ahora se encontraban en Africa, y el viento cálido que soplaba sobre ellos tenía el perfume de su tierra, aunque no traía consigo el olor de nuevas conquistas.

Aníbal se arrodilló, aferró un puñado de polvo y lo sopesó con una sonrisa. Al fin Publio Cornelio Escipión había obtenido lo que quería: sus ejércitos volvían a encontrarse, se enfrentaban en aquella que sería la última y memorable batalla, y paradójicamente Aníbal no podía sino mostrarse satisfecho por la elección del lugar del choque que había realizado su enemigo.

Aunque no había sido él quien había elegido el campo de batalla, debía admitir que Escipión le había leído el pensamiento, disponiendo las legiones sobre aquella llanura de arena y roca barrida por un viento cálido, sin elevaciones en las que una de las dos alineaciones pudiera instalarse, y con amplios espacios de maniobra para la caballería.

De algún modo, aquel sitio le recordaba Cannae, donde había obtenido su victoria más clamorosa, si bien el hecho de hallarse en Africa cambiaba un poco la perspectiva y atenuaba la sensación de victoria inminente y el deseo de conquista que siempre lo habían animado en aquellos años.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó una voz a sus espaldas. Aníbal se volvió hacia Himilce, que lo miraba desde la entrada de su tienda. Al observarla, sintió que el corazón se le abría, volviendo a palpar de una pasión que nunca se había aquietado en su interior.

—He deseado durante mucho tiempo este momento —respondió—. Pero tenía una idea distinta de cómo sería.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó ella, abrigándose con los brazos por debajo del pecho, como si tuviera frío incluso entre las caricias lánguidas de aquel viento que sabía a tierra y arena.

Aníbal sonrió, luego volvió a mirar hacia el este, donde las legiones romanas, como todas las mañanas, se alineaban diligentemente, listas para recibir la señal de que había llegado el momento de la batalla.

—Publio Cornelio Escipión —dijo—. Todo comenzó con un hombre que tenía el mismo nombre, y al que derroté en la primera gran batalla contra Roma. Ahora está de nuevo aquí, aunque es más joven y está más seguro de sí, y pronto cerraremos el círculo de esta aventura.

—El hijo no siempre se parece al padre —constató Himilce, abrazándolo.

Aníbal aspiró su perfume y asintió.

—En este caso, creo que tienes razón. El Escipión que tenemos enfrente, hoy, es de una pasta muy distinta de la de su padre.

Ella se apartó y lo miró con sorpresa.

—¿Crees que es un buen comandante?

—¡Oh, puedes decirlo en voz alta! Y también creo que vencerá esta batalla.

Durante un momento se hizo el silencio, mientras Aníbal volvía a escuchar en su mente las palabras que había pronunciado. Tenía esa sensación

profundamente arraigada dentro de él desde hacía tiempo, pero sólo ahora, con el consuelo de Himilce, había conseguido exteriorizarla, concretándola en un pensamiento que lo hería y, sin embargo, extrañamente, no lo inquietaba.

—Tú lo derrotarás —rebató Himilce, resuelta—. Tal como has hecho con todos los demás comandantes romanos.

Aníbal suspiró.

—Me gustaría creerlo, pero ahora sé a qué destino nos enfrentamos. Haré lo posible por evitarlo, y quizá muera en el intento, pero no puedo cambiar la realidad de los hechos.

—¿Por qué lo dices? —lo interrogó Himilce—. Vuestras fuerzas son más o menos equivalentes y, por lo que me han dicho, los romanos han mandado a combatir a los desechos de su ejército, las tropas que tú ya venciste. ¿Por qué estás tan convencido de que perderemos?

Aníbal la miró, sorprendido: aquella mujer era una continua fuente de estupor para él. No sabía dónde obtenía sus noticias, pero desde que se había dirigido a Cartago, para volver a verla y poder abrazarla otra vez junto a su hijo, parecía estar perfectamente informada de lo que hacía y de los propósitos que lo habían impulsado a volver a Africa. Y cuando él fue a despedirse, para dejarla a solas entre los muros de Cartago, mientras iba a enfrentarse a su enemigo, ella no quiso atender a razones y se unió nuevamente a él. Esta vez, Aníbal ni siquiera intentó protestar. Sentía que la necesitaba, que necesitaba su presencia reconfortante, los debates que mantenía con él, de manera inteligente, siempre constructiva. Y así, a pesar de todo y quizá con la sensación de que ella podría aportarle aquella pizca de suerte que necesitaba, había aceptado llevarla consigo, aunque no le permitiría asistir al momento de su muerte.

Extrañamente, Aníbal no sentía ningún miedo: estaba convencido de que las esperanzas de vencer aquella batalla eran exiguas, aunque no era alguien que se rindiera antes de lo previsto, pero la presencia de Himilce serviría para compensar la falta de ira, de energía y de espíritu de combate, sentimientos que había sentido escabullirse de su cuerpo, cuando embarcó para dejar Italia.

En aquel momento entendió que la guerra estaba perdida. Quizá no necesariamente sobre el terreno, pero todo el grandioso proyecto que había perseguido en aquellos años sucumbía con la decisión de regresar a Africa. Y Publio

Cornelio Escipión, estaba convencido, pensaba como él. Sabía que una vez que se marchase de Italia, él perdería todo verdadero interés por aquella guerra, por los combates a muerte y las estrategias geniales que había aplicado en los campos de batalla. Ganar o perder en Zama no cambiaría las cosas: él se había retirado de los territorios conquistados en Italia, y la flota romana ya no le permitiría volver atrás.

Las legiones que tenía delante eran sólo un obstáculo para su afirmación personal, pero ya no contaban nada en el contexto general de la estrategia de expansión que su padre había imaginado muchos años atrás.

Por eso Aníbal ya no sentía arder en su interior el fuego de la conquista. Aquella batalla sería un episodio limitado a sí mismo, que decidiría la grandeza de un único comandante, pero que no tendría ningún peso en la aventura que él había comenzado dieciséis años antes, y en la cual había creído con todo el corazón.

Por eso sabía que perdería.

Pero naturalmente no habría conseguido que Himilce comprendiera ese cúmulo de emociones, así que prefirió atenerse a explicaciones más racionales y fácilmente comprensibles.

—El nuestro es un ejército chapucero —dijo—, constituido en su mayor parte por tropas no adiestradas, que nunca han servido bajo mi mando. Mis veteranos sólo son quince mil, demasiado pocos como para esperar aprovecharlos de manera útil contra las legiones de Cornelio Escipión.

—¡Pero tienes los elefantes! —rebató ella—. Son más de ochenta, y harán estragos entre los romanos.

Aníbal respondió como si debiera dar una clase de estrategia militar a un joven guerrero.

—Esos elefantes valen menos que los chiquillos que nos ha enviado Cartago. ¿Sabes cuánto tiempo necesitan nuestros adiestradores para que un elefante sea de verdad apto para las maniobras en el campo de batalla? Al menos tres meses. A éstos los recibí hace sólo tres días.

—Pero yo... —intentó decir Himilce, desconcertada.

—De todos modos, causarán una excelente impresión —la tranquilizó Aníbal—. Los alinearé en primera fila, dejaré que se lancen contra el enemigo, y esto

desencadenará el pánico en las filas más avanzadas de las legiones, pero nada más. Ya he visto cómo Escipión ha hecho formar a sus hombres, y estoy seguro de que no podremos contar con el arma de los elefantes más que en los primeros instantes de la batalla.

—Según parece, ya lo tienes todo previsto, ya tienes claro lo que sucederá —dijo Himilce—. Entonces, ¿por qué combatir? ¿Por qué llevar a una muerte segura a tus hombres? Acepta las condiciones de rendición de ese romano y acaba ya.

Se había ruborizado, mientras hablaba, y Aníbal la encontró más hermosa que nunca. Pero contuvo el impulso de abrazarla y besarla con ímpetu, porque sabía que ella tenía derecho a una respuesta. Y también él lo tenía, con relación a sí mismo, a los hombres que combatían para él y a los dioses que los observaban con sus muecas inescrutables.

—No hay paz honorable con los romanos —respondió—, Sólo la humillación de los medrosos y los derrotados. Me enviaron la cabeza de Asdrúbal en un cesto, y es con este recuerdo como me enfrentaré a ellos, para dejar claro una vez más que Aníbal no se doblega ante nadie.

—Te matarán —murmuró Himilce, bajando la vista—. En cambio, si pides negociar la paz...

—Entonces me matarán mis propios hombres, o lo hará mi hijo, cuando tenga edad para comprender —rebatía él—. No, debo enfrentarme a ellos, como siempre he hecho. Y tratar de vencerlos, a pesar de que todo esté en nuestra contra. Se lo debo a mis hermanos.

Aníbal calló, mientras se le hacía un nudo amargo en la garganta. Algunos días antes había recibido otra terrible noticia, que lo había conmocionado tanto como ver la cabeza de Asdrúbal separada del cuello, y que había reforzado su convicción de que se encontraba al final de toda su empresa, y quizá de su misma vida.

Las tropas de Magón habían conseguido unirse a él, aportando fuerzas frescas, que le serían indispensables para intentar oponer una válida resistencia a las legiones romanas, pero su hermano no estaba con ellos. Cuando pidió noticias suyas, le dijeron que había muerto durante el trayecto desde las Baleares, a bordo de una nave. Habían tenido que amputarle una pierna a causa de una fea herida,

pero luego no había resistido el dolor, la pérdida de sangre y la humillación. ¿Cómo iba a poder combatir, un Barca, sin una pierna? Podía hacerlo sin una mano, sin un ojo, pero no era posible sin una pierna.

Tal vez por ello Magón se había rendido, no había luchado como habría podido hacerlo.

Y Aníbal lo entendía.

—Me lo debes también a mí —añadió Himilce, mirándolo—. Y a nuestro hijo. Combate por nosotros. Y vence por ti mismo.

Aníbal asintió.

—Trataré de hacerlo —admitió—. No pienso en otra cosa, noche y día. Aunque todo esté en nuestra contra.

—¿Estás preocupado por Masinisa? —le preguntó Himilce, sorprendiéndolo de nuevo.

—¿Quién no lo estaría? —respondió Aníbal—. Todas mis victorias en Italia se debían también a la ayuda fundamental de la caballería nómada, y ahora... ahora esos formidables jinetes están alineados con el enemigo. Su caballería es más numerosa, más fuerte y mejor organizada, y yo debo superar este obstáculo, soslayando las tácticas que Escipión emplee, precisamente como siempre he hecho yo contra los romanos.

—¿Ya has pensado en ello? —le preguntó Himilce, quizá para estimular su natural inclinación a la lógica militar, a las estrategias en el campo de batalla.

—Por supuesto —le confesó, sonriendo—. Deberé procurar que la caballería romana se retire, y transformar esta batalla en un enfrentamiento entre infanterías. Pero no será fácil.

Ella le echó los brazos al cuello.

—Pero tú lo conseguirás, ¿verdad? Porque tú eres Aníbal el grande, el invencible.

—Sea quien fuere, combatiré como sé hacer —respondió él—. Y si puedo vencer, lo haré. Pero no por la gloria de Cartago, o por la aversión a los romanos.

—¿Por qué, entonces?

—Por ese extraño dios burlón que se divierte siguiendo mis empresas —respondió Aníbal—, Y por mí mismo. Porque si hay algo en lo que me parezco a mi padre, es en la aversión a las derrotas.

Himilce lo miró largamente, luego se puso de puntillas y lo besó.

En su interior, Aníbal sintió que nadie tenía el poder de regenerarlo como aquella mujer. Y ahora que el milagro se había cumplido de nuevo, debía pensar en cómo invertir a su favor el destino de una batalla que parecía marcado.

Aquel día Publio Cornelio Escipión tendría aún algo más que aprender. Y aquel estúpido dios burlón que se divertía a sus espaldas debería inclinarse ante su capacidad de conducir a un ejército como ningún caudillo había hecho nunca.

II

Versilio irrumpió en la tienda con el rostro enrojecido y, al ver a Publio, abrió la boca, desconcertado.

—¿Qué haces aún aquí? ¡Los comandantes te esperan!

Publio exhibió una sonrisa.

—Que esperen —respondió.

—¿Cómo?

Versilio no podía persuadirse. Estaba excitado, y expresaba de aquel modo la agitación que le encogía el estómago. Publio, por su parte, se sentía extrañamente sereno, aunque se daba cuenta de que aquél era el momento que había esperado durante toda su vida.

A poca distancia de donde se encontraba, el ejército cartaginés estaba listo para entablar batalla, con Aníbal Barca a la cabeza de sus hombres.

—Ven, siéntate y toma un poco de vino —dijo al siracusano, mirándolo divertido—. Y no pongas esa cara, que no he enloquecido. Sólo quiero revisar algunos detalles y discutir contigo un par de cosas, antes de reunirme con mis comandantes.

Versilio lo miró durante un momento, luego asintió con la cabeza y fue a sentarse a la mesa en la que Publio había hecho disponer algunas bandejas con dátiles y frutos exóticos, además de una garrafa de vino de las colinas romanas.

—Sabes que no tomo vino —dijo el siracusano, pero Publio lo ignoró y le sirvió una jarra de la bebida negra y pastosa.

—Eres un hombre libre —le recordó—. Puedes hacer lo que quieras. Pero si no bebes conmigo podría considerarlo una falta de cortesía.

Versilio bufó y cogió la jarra.

—Era mejor cuando era un esclavo al que dabas órdenes —dijo, bebiendo un sorbo—. Al menos no me embaucabas con estos trucos de tres al cuarto.

Publio sonrió.

—No olvides que has sido tú quien me ha enseñado el arte de la retórica.

Rieron juntos, luego Publio tomó, a su vez, un poco de vino y miró a su amigo.

—No será fácil, ¿verdad? —preguntó.

Versilio no apartó la mirada.

—No —respondió—. En absoluto. Aníbal no es uno de sus hermanos o uno de los generales cartagineses a los que nos hemos enfrentado y hemos vencido.

Publio era consciente de ello, pero necesitaba que alguien se lo hiciera notar, por enésima vez.

—Tampoco puedo plantear otras propuestas de paz —objetó—. Serían ofensivas.

—¿Para quién? —le preguntó Versilio, leyéndole el pensamiento y el alma, como siempre.

Publio hizo un gesto con la cabeza, feliz de tener al lado a aquel siracusano inteligente y agudo.

—No sólo para Aníbal, es verdad —admitió. También para mí.

—Entonces no plantees ninguna propuesta. Ve allí, habla con Aníbal y comenzad esta locura.

Publio respiró hondo y consideró durante un momento las palabras de Versilio.

—Cuando comience la batalla, tú deberás permanecer en la retaguardia —dijo.

—Naturalmente —espetó el siracusano—. Si hay algo que no soporto, es ver

a unos energúmenos como vosotros despedazándoos el uno al otro con tanta violencia.

—Bien —asintió Publio—. Es lo que quería oírte decir. He preparado algunas cartas, que deberías llevar a mi madre y a mi esposa, en el caso...

—¿En el caso *de qué?* —le preguntó Versilio con una mueca—. Por favor, evitemos ciertos temas. Ni quiero tomar en consideración la idea.

—Pero podría suceder —le recordó Publio.

Versilio puso los ojos en blanco.

—De acuerdo —se rindió Publio—. ¿Entonces qué te parece si comparto contigo mis dos tretas tácticas para la batalla?

—Eso ya es mejor —asintió el siracusano—, Pero no hagas esperar demasiado a tu Estado Mayor. Podría parecer una señal de debilidad e indecisión.

—Lo prometo —dijo Publio levantándose y dirigiéndose hacia el cuadrado de arena en el que solía dibujar los desplazamientos de las tropas. Versilio lo siguió sin dejar la jarra de vino.

Publio cogió una vara y comenzó a trazar líneas y cuadrados, mientras el siracusano lo observaba con atención.

—Así es cómo dispondremos las legiones —dijo, después de haber delineado la infantería y la caballería.

Versilio frunció el ceño.

—¿Por qué los manípulos no están colocados en damero? —preguntó.

—Nuestros exploradores me han señalado que Aníbal dispone de casi ochenta elefantes —respondió Publio—. Eso significa que probablemente serán su primera línea de ruptura. O al menos, si yo fuera Aníbal eso es lo que haría.

Publio dibujó algunas líneas a la altura del ejército cartaginés, luego a partir de allí trazó algunas rayas hacia las formaciones compactas de las legiones.

—Entiendo —se anticipó Versilio—. Has puesto los manípulos uno detrás del

otro para crear pasillos de salida para los elefantes, así podrán correr entre los legionarios sin hacer demasiado daño.

—No será fácil —asintió Publio—, pero ésa es la idea. He ordenado que entre las filas se mezclen varios centenares de vélites, todos soldados adiestrados para golpear con las jabalinas las partes más sensibles de los elefantes, para sacarlos de quicio y conducirlos como un rebaño a través de los pasillos entre nuestras formaciones.

Con la vara dibujó el recorrido que esperaba que siguieran los elefantes, hasta la retaguardia de las legiones, donde trazó algunos pequeños cuadrados a la altura del punto de salida de cada pasillo entre los manípulos.

—Aquí los esperarán algunas unidades especializadas, que deberán abatirlos y derrumbar los armazones que tienen en la grupa, para neutralizar de ese modo a los arqueros cartagineses.

—Un plan osado, pero inteligente —comentó Versilio—. Pero...

—¿Pero? —quiso saber Publio, que contaba precisamente con estos debates para afinar sus estrategias. Demasiado a menudo, durante los consejos de guerra, los oficiales se limitaban a aprobar pasivamente sus decisiones.

—¿Y si la maniobra fracasa y los elefantes hacen estragos entre tus hombres? —preguntó Versilio.

Publio extendió los brazos.

—Entonces habremos perdido.

—¿Quieres decir que no tienes un plan de reserva?

—No en una situación semejante, y contra un adversario como Aníbal. Aun así, quisiera introducir una variante en esta estrategia, pero sólo si nos damos cuenta de que todo está funcionando como hemos previsto.

—¿De qué se trata?

Publio trazó otras líneas sobre la arena, y Versilio lo observó, sorprendido.

—¿Esos son los elefantes cartagineses de antes? —preguntó el siracusano.

—Después de dejar pasar a los animales más fuertes y atrevidos, quisiera cerrar los pasillos de salida y obligar a algunos elefantes a dar media vuelta y volver atrás. No hacia el frente central de los cartagineses, sino aquí, sobre las alas, para sembrar confusión en la caballería de Aníbal.

Versilio estaba asombrado.

—Nunca hemos intentado una táctica semejante —murmuró.

Publio suspiró.

—Lo sé. Por eso quería conocer tu opinión. Podría ser un movimiento determinante para el destino de la batalla. Nuestra caballería es más numerosa, y si esta maniobra por sorpresa tuviera éxito, podríamos rodear a los cartagineses en un santiamén, aplastándolos en una mordaza de la que difícilmente podrían liberarse.

Durante un momento reinó el silencio en la tienda. Publio observaba a Versilio, que a su vez no podía apartar los ojos de los dibujos trazados en la arena.

Al final, el siracusano rompió su inmovilidad y sonrió a Publio.

—Tú estás absolutamente seguro de que vencerás, ¿verdad? —dijo. Hizo un gesto que comprendía el escenario de la batalla dibujado en la arena—. Todo esto sólo es una manera de concentrarte. En realidad, no tienes idea de lo que sucederá en la batalla y de cómo reaccionarás. Te dejarás guiar por el instinto, y descubrirás sobre la marcha cuáles son los mejores movimientos que realizar. Pero eso no resquebraja tu certeza de victoria.

Durante algunos segundos, Publio no supo qué responder, luego decidió ser honesto consigo mismo y con Versilio.

—Sí —dijo—, tienes razón. Sé que venceré esta batalla. Y las tácticas sirven de poco, con un adversario como Aníbal. Cualquier estratagema que yo pueda imaginar o preparar, él estará listo para reaccionar con habilidad, para trastocar las cosas. Será difícil, quizá mucho más de lo que mis propios oficiales opinan, pero al final venceremos.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque soy un Escipión —respondió Publio—. Fuiste tú quien me dijo que nunca lo olvidara. Y te he tomado la palabra.

Versilio sacudió la cabeza, tragó el vino e hizo una mueca.

—Me parece que he creado un monstruo —dijo, mientras Publio estallaba en una carcajada liberadora.

—Tienes razón —afirmó—. Por tanto, ahora vayamos a reunirnos con el Estado Mayor y establezcamos las estrategias generales. En lo demás pensaremos cuando llegue el momento.

—Primero deberás encontrarte con Aníbal —le recordó Versilio.

Publio se ensombreció al instante.

—Lo sé —dijo—. Y eso es quizá lo que me preocupa de verdad, más que la batalla misma.

—¿No le pedirás la rendición?

—No, sería inútil. Pero, conociéndolo, podría ser él quien me la pidiera.

—¿En ese caso qué harás?

Publio lo pensó un momento, antes de responder. Luego dijo:

—Le recordaré quién soy. Y que el destino no ha hecho que nos encontráramos después de quince años para estipular un tratado de rendición, sino para combatir.

—En realidad, creo que Aníbal piensa exactamente como tú —bufó Versilio.

—Entonces estoy listo para enfrentarme a él —concluyó Publio, mientras iba a recoger la vieja loriga familiar y salía de la tienda.

Versilio lo siguió, y de improviso Publio tuvo la impresión de que la temperatura había subido mucho, hasta dejarlo sin aliento. Pero se impuso ignorar ese malestar y reunirse con sus oficiales, que lo acogieron con alivio y agitación.

Aníbal ya lo estaba esperando, le dijeron. Había pedido un encuentro entre los dos, en un lugar equidistante entre los dos ejércitos.

Publio escrutó hacia el punto que le señalaban, y vio a un hombre detenido

en el campo polvoriento. Aníbal Barca.

Publio se acomodó la lorica, confió la espada a Versilio y, sin decir una palabra, se dirigió hacia el punto en que lo esperaba el hombre al que había perseguido durante toda su vida.

III

Cuando lo tuvo delante, Aníbal, por una parte, tuvo la confirmación de aquello que pensaba y, por otra, advirtió un extraño sentimiento de desilusión. Publio Cornelio Escipión era más bajo que él, mucho menos imponente, a pesar de la coraza de placas de hierro, y casi calvo. No tenía, desde luego, el aspecto de un gran guerrero, del conquistador intrépido que, siendo el único entre los suyos después de tantos años de guerra, se erguía como una pesada amenaza a la que debería prestar una extrema atención.

Sin embargo, la luz que le brillaba en los ojos, la energía y la inteligencia curiosa e inquieta que veía en cada gesto, en cada expresión de aquel hombre, a partir del modo en que lo miraba, le hicieron entender que su mayor error sería subestimarle.

Aníbal comprendió que sería un adversario difícil: porque lo observaba admirado, como si desde hacía tiempo deseara encontrarlo, pero también con una chispa de desafío que se cimentaba en una profunda conciencia de las propias capacidades. Se movía con circunspección pero seguro de sí, cauto y, sin embargo, altivo, y no parecía en absoluto intimidado por su presencia, por el pensamiento de que se encontraba frente al gran Aníbal en persona, el asesino de romanos. Es más, lo veía temblar con una excitación contenida, adulta, que indicaba claramente que ya estaba listo para la batalla, y que no haría nada por evitarla.

Cuando se detuvo ante él, Aníbal permaneció callado, y ambos se examinaron en silencio durante un momento. Ahora que podía mirarlo mejor a la cara, se dio cuenta de que era mucho más joven que él, aunque la calvicie lo hacía parecer más viejo. Los brazos que asomaban de la coraza eran más fuertes de lo que había imaginado, con los músculos marcados por un ejercicio constante con la espada, y esto le causó buena impresión: Aníbal sabía que un buen comandante debe dar ejemplo a sus hombres y no echarse atrás, cuando llega el momento de combatir.

En definitiva, el hombre al que estaba mirando era el mismo al que había encontrado en el Ticino, cuando con ira había conseguido sustraer a su padre del filo de su hoja, pero ahora lo animaban una conciencia y un deseo de combatir que tenían algo de sobrehumano y que raras veces él había notado en sus adversarios.

— Bien — se resolvió finalmente a decir en latín, enderezando la espalda para parecer aún más alto e imponente de lo que ya era —. He aquí al hombre que cree que puede derrotarme.

* * *

Se encontraba ante quien ya había visto mil veces en sus peores pesadillas, ante aquel Aníbal Barca que había odiado con todo su ser y del que no había podido menos que admirar sus capacidades estratégicas e imitar sus tácticas de combate. Si podía considerarse un buen caudillo, a pesar de su juventud, con muchas batallas vencidas a sus espaldas y un gran deseo de demostrar que era digno del triunfo, se lo debía principalmente a aquel hombre, a aquel faro en la noche que lo había conducido en la marcha difícil y atormentada hacia la edad adulta, cerniéndose sobre él, sobre su familia y sobre toda Roma como una amenaza siempre presente, capaz de desencadenar en cualquier momento una tempestad sin parangón.

Este era Aníbal Barca, y él lo había perseguido siempre a distancia, buscando el momento ideal para sentirse listo y seguro de las propias capacidades y afrontarlo, con la certeza de poder vencerlo.

Y parecía que aquel momento por fin había llegado.

Mientras se acercaba a Aníbal, entornando los ojos por el reflejo cegador del sol, había intentado contener las increíbles emociones que le embargaban: estaba el deseo irrefrenable de luchar de inmediato con el hombre que había matado a decenas de miles de ciudadanos romanos; pero también estaban la alegría y la satisfacción de poder encontrarse de igual a igual con él, a quien consideraba el más grande caudillo al que Roma se hubiera enfrentado nunca; de ahí que sintiera crecer un soplo de admiración que en circunstancias distintas lo habría impulsado a rendirle el homenaje que merecía un gran guerrero.

Había procurado dominar todas esas emociones contrastantes y no dejarlas traslucir en su mirada o sus movimientos, pero cuando se halló frente a Aníbal comprendió que el general cartaginés tenía el poder de mirar dentro de él como se hace en una charca de agua cristalina.

Dejó, pues, que sus pensamientos y sus turbaciones fluyeran sin obstáculos, y esto bastó para relajarlo y tranquilizarlo, aunque se hallaba junto al hombre al que más odiaba y admiraba en el mundo.

Aníbal seguía siendo tal como lo recordaba. De complexión robusta,

músculos fuertes perfectamente esculpidos, cabellera todavía espesa y negra, como si el tiempo no hubiera pasado. Sólo la barba, salpicada de pelos grises, y aquella venda que le cubría el ojo izquierdo, revelaban que también para el caudillo cartaginés las estaciones se habían sucedido, implacables. La sensación de fuerza y de seguridad que emanaba aquel hombre era impresionante, pero con sorpresa Publio comprendió que no estaba intimidado por él. Era como si estuviera habituado a encontrarse ante el gran Aníbal, que en aquellos años había venido muchísimas veces a verlo en sueños, a hablarle y combatir con él en nombre de todas las glorias militares de aquella interminable guerra.

Ellos ya se habían encontrado miles de veces, y aunque Aníbal no lo sabía, para Publio aquélla era la confirmación de que los dioses habían decidido un destino común para ambos, que los quería listos para enfrentarse y desafiarse en aquella tierra árida quemada por el sol, no sólo por la supremacía de sus pueblos, sino también como resultado de un crecimiento común, que los había visto implicados en un proyecto que sólo entidades superiores tenían completamente claro.

Cuando Aníbal habló, con su voz profunda y cavernosa y una excelente pronunciación latina, Publio no pudo evitar que un estremecimiento de placer le recorriera la espina dorsal.

—Bien —dijo el cartaginés—. He aquí al hombre que cree que puede derrotarme.

Publio sintió que los labios se le estiraban en una sonrisa.

—No soy el primero, imagino —rebató, con una seguridad que lo sorprendió—. Pero quizá podría ser el último.

—He sabido que has obtenido importantes victorias —continuó Aníbal, mirándolo atentamente con su único ojo—, y que estás listo para lograr el triunfo.

—Lo pensaría si no te tuviera a ti como adversario —respondió Publio—. Sería estúpido por mi parte subestimar al hombre que ha puesto a Roma de rodillas.

—Pero me parece que no me temes.

—Sólo los débiles y los estúpidos temen a sus adversarios, una vez que han decidido enfrentarse a ellos.

—O a aquellos demasiado seguros de sí —rebató Aníbal.

Publio contuvo otra sonrisa.

—Yo conozco mis capacidades, y sé lo que puedo obtener de mis hombres. ¿Tú puedes decir lo mismo?

Por un instante tuvo la impresión de que también Aníbal estaba a punto de sonreír. Pero luego el guerrero cartaginés volvió la mirada hacia las legiones alineadas a las espaldas de Publio, a una distancia tal que no era posible darse cuenta de su consistencia, y negó con la cabeza.

—Quizá no —respondió—. Tus espías te habrán explicado en qué situación me encuentro. Pero nadie puede saber qué tácticas de batalla adoptará Aníbal Barca.

—Tengo curiosidad por verlas —dijo con sinceridad Publio—. Y de mostrarte mis contramedidas.

Entre los dos volvió a hacerse el silencio, mientras se estudiaban mutuamente.

Luego Aníbal hizo un gesto con la mano en el aire caliente.

—Me parece evidente que no hay margen para negociaciones —dijo—. Ninguno de nosotros quiere dictar condiciones de paz sin antes combatir.

—Me complace que pienses como yo —asintió Publio.

Se escrutaron aún durante algunos instantes, luego Aníbal dio media vuelta y se alejó sin añadir nada más.

Publio se quedó mirándolo mientras se le erizaba el pelo de todo el cuerpo, consciente de que el momento tan anhelado por fin había llegado.

—Será un honor combatir contra ti —murmuró, antes de volverse, a su vez, y reunirse con sus oficiales, que lo aguardaban nerviosos. Nadie esperaba que él volviera de aquella conversación con una propuesta de rendición por parte de Aníbal y, por tanto, todos estaban impacientes por que la batalla comenzara de una vez, para concluirla lo antes posible, fuera como fuese.

Publio pensaba como ellos. Pero tenía la certeza de que esta vez el cartaginés no conseguiría volver a echar por tierra las ambiciones del enésimo comandante romano que trataba de detenerlo.

Sabía que ganaría, y esta certeza se la sugería directamente su padre, que sin lugar a dudas habría aprobado sus decisiones.

EPÍLOGO

202 *a. C.*

Zarria (Africa nororiental)

I

Eligió el caballo más fuerte y robusto que tuviera a su disposición, aquel con la cruz más alta, negro como una noche sin estrellas. Después de haber montado a su grupa, Aníbal se dirigió hacia las tropas alineadas, enderezando la espalda y tratando de parecer más imponente y seguro de lo que era en realidad. Sabía que aquel día se decidiría su destino. Y sabía que la confianza y la determinación mostradas por Publio Cornelio Escipión tenían una lógica, se basaban en unos hechos objetivos que ningún comandante podía ignorar. A pesar de la igualdad numérica de las fuerzas en liza, ellos no iban a beneficiarse de la aportación de la caballería, disponían de elefantes demasiado jóvenes y poco adiestrados, y sobre todo sólo podían contar con un núcleo de veteranos de no más de quince mil hombres, demasiado preciosos para que él pudiera arriesgarse a mandarlos al matadero.

Todo parecía estar en su contra, lo mirase por donde lo mirase, y sin embargo..., sin embargo, él estaba aún al mando, y mientras así fuera, nadie iba a poder cantar victoria antes de tiempo. En los días anteriores había imaginado todas las situaciones posibles en el campo de batalla, y había elaborado unas tácticas para adaptarlas a las que emplease el enemigo, pero no podría vencer, si no tuviera de su parte el ímpetu y el entusiasmo de sus hombres. Esta era una de las características fundamentales de su ejército, y él lo sabía perfectamente: la capacidad que él tenía para infundir valor, garra y audacia en sus hombres, para espolearlos a combatir dando lo mejor de sí y siguiendo sin vacilar sus órdenes, incluso aquellas aparentemente menos claras.

—¡Veo miradas sorprendidas, y otras espantadas! —gritó cuando su voz estuvo al alcance de sus soldados. Había mandado colocar a los veteranos en la retaguardia, para poder dirigirse directamente a los nuevos, que todavía no habían tenido ocasión de combatir bajo su mando—. ¡Y me preguntó por qué! ¿De qué estáis sorprendidos? ¿De que una vez más, a pesar de las derrotas que les he infligido, los romanos estén dispuestos a dejarse masacrar? ¡No es un problema que nos concierna! ¡Si acaso, serán ellos los que deban preocuparse!

Calló, mientras algunas carcajadas se propagaban por las filas de los soldados alineados, ayudando a aflojar la tensión.

—¿Y qué os asusta? —respondió moviendo lentamente el caballo, cuyo paso solemne contribuiría a hacerlo parecer aún más alto y majestuoso de lo que ya era—. ¿Quizás el hecho de que estáis a punto de ir al encuentro de la gloria? ¿De que los nombres de aquellos que van a combatir en esta jornada vivirán para siempre, en el recuerdo imperecedero de nuestros hijos y de los hijos de sus hijos?

Un clamor se levantó de la retaguardia, donde los veteranos habían comprendido que debían apoyar a su comandante. Aníbal vio que muchos de los nuevos comenzaban a saborear la exaltación de aquel momento, ahuyentando el miedo para dejarse contagiar de la impresión de fuerza y seguridad que él emanaba, sostenido por el bullicio que los veteranos provocaban batiendo las espadas contra los escudos.

—¡Son los romanos los que deben tener miedo de nosotros! —gritó superando el ruido de las armas—. ¡Serán sus mujeres las que lloren, cuando no los vean regresar a casa! ¡Porque con sus cuerpos abonaremos estas tierras, y una nueva prosperidad llegará a Cartago y al reino que pronto instauraremos en todo el mundo!

Los veteranos levantaron sus espadas y gritaron todos a la vez, y un estremecimiento de excitación recorrió la espalda de Aníbal. También los nuevos y los mercenarios de última hora se dejaron arrastrar por aquel trueno que recorrió la tierra y se elevó al cielo, y finalmente Aníbal los vio dispuestos. Dispuestos a combatir como él pedía, y a morir sabiendo que lo darían todo con tal de ganar aquella batalla.

—¡Lucios! —aulló levantando a su vez la espada—. ¡Por Cartago!

—¡Por Cartago! —respondieron en coro miles de voces—. ¡Por Aníbal!

Giró el caballo y lo espoleó para reunirse con sus generales, alineados a poca distancia.

—Estamos preparados —dijo—. Aprovechemos el momento y ataquemos.

—¡Por Cartago! —respondieron a coro sus oficiales.

—Y por nuestra gloria —respondió Aníbal, poniéndose a la cabeza del Escuadrón Sagrado y dando la orden de moverse al ejército.

II

Cuando el terreno comenzó a temblar, Publio comprendió que el momento tan esperado al fin había llegado. Espoleó el caballo para ponerse delante de sus legionarios y, levantando la espada, gritó para hacerse oír por encima del estrépito de la carga de los elefantes:

—¡Esta es vuestra batalla! ¡El día en que demostraréis a Roma vuestro valor y redimiréis las derrotas sufridas en el pasado para disfrutar de un triunfo solemne!

Las *legiones Cannenses*, alineadas en un vasto arco compuesto por manípulos bien subdivididos y separados por los vélites, que iban provistos de las largas picas con las que desviarían la carrera de los elefantes, irrumpieron en una aclamación que expresaba toda su voluntad de combatir y vencer, para borrar la vergüenza que pesaba sobre sus espaldas.

—¡Yo estoy dispuesto a morir! —aulló, mientras la nube de polvo que estaba levantando la carga del ejército cartaginés se acercaba cada vez más—. ¿Vosotros también lo estáis?

El estruendo de voces, de espadas chocando contra los escudos y pataleos en el suelo fue una respuesta suficiente, y Publio se dio cuenta de que sus hombres no se echarían atrás.

Hizo que su caballo se girara y alcanzó a sus oficiales.

—¡Disponéos a moverlos según lo convenido! —gritó, para superar el sonido aterrador de los berridos de los elefantes—. ¡Nadie debe abandonar la alineación establecida!

Sus asistentes corrieron a impartir las órdenes y Publio se volvió para observar el momento en que los dos ejércitos entraban en contacto.

Ahora todo debería cumplirse como había programado: el resultado de aquella batalla pendía de un delgado hilo, él lo sabía, y lo importante sería, por su parte, ejecutar sus planes con una velocidad y determinación que Aníbal y los cartagineses no se esperaran. Un solo instante de vacilación y todo estaría comprometido.

* * *

—¡Adelante las alas! ¡Que avancen rápido!

Los *cornicines* que estaban a su lado hicieron resonar las órdenes a través de los cuernos, y las alas de la alineación en arco de las legiones comenzaron a avanzar, mientras el frente que había sufrido el asalto, primero de los elefantes y luego de la infantería cartaginesa, retrocedía ligeramente, lo suficiente para crear la bolsa dentro de la cual Publio esperaba acorralar a los enemigos en un cerco mortal.

Todo iba exactamente como lo había planificado, y en cierto sentido estaba sorprendido: había creído que Aníbal no caería en aquella trampa que por primera vez Publio había visto poner en práctica precisamente a sus tropas, cuando en la batalla de Cannae habían aniquilado al ejército de Terendo Varrón.

Sin embargo, ante sus ojos se estaba realizando la maniobra de acorralamiento que durante tantos años había soñado y que, si se completara, supondría el fin de Aníbal.

Todo empezó con la carga de los elefantes, cuando los manípulos abrieron unos profundos corredores para que allí confluyesen aquellas enormes bestias. Los vélites de Publio, armados con largas picas que en la punta llevaban marañas de rastros impregnados de pez a los que habían prendido fuego, lograron crear verdaderas barreras, contra las que los elefantes no se atrevieron a arrojarse. Enfurecidos y espantados por los gritos que los soldados romanos emitían precisamente con el objetivo de confundirlos, los elefantes intentaron huir, y donde pudieron enfilaron los corredores que habían dejado libres los manípulos. Durante aquella carrera hacia la retaguardia de las legiones, los arqueros y los honderos masacraron a los cartagineses que iban sobre los amazones, y los grupos de vélites adiestrados para ello se adelantaron para cortar las correas de cuero que sostenían aquellas estructuras sobre el lomo de los paquidermos, derrumbándolas.

Sin embargo, la verdadera jugada ganadora de Publio fue obligar a los elefantes de las alas a replegarse espantados y correr enloquecidos de dolor por las heridas que les habían ocasionado sus vélites. De este modo, ignorando los ganchos de sus conductores, los elefantes se dirigieron hacia los márgenes de la alineación cartaginesa, arrollando a la caballería de Aníbal y haciendo estragos.

Entonces los jinetes de Cayo Lelio, sobre la izquierda, y los de Masinisa, sobre la derecha, se pusieron en movimiento, alcanzando las alas del ejército

cartagineses y atropellándolas con furia.

Publio había pensado que la caballería de Aníbal opondría una denodada resistencia, empeñando a sus jinetes en el intento desesperado de no dejar desguarnecidos los flancos de la infantería, pero para su sorpresa vio que los cartagineses se batían en retirada, huyendo para no ser masacrados.

Espoleados por esa inesperada victoria, y por la facilidad con que habían conseguido poner en práctica sus artimañas, los legionarios respondieron con determinación a sus órdenes y dieron inicio a las maniobras para rodear al ejército de Aníbal y aplastarlo en una mordaza inexorable.

Mientras observaba a sus legionarios, que en las alas corrían hacia delante con paso ágil y acoplado, Publio se sintió lleno de excitación, aunque en su fuero interno algo le decía que estaba yendo todo demasiado bien, y que la situación era más favorable de lo esperado.

Buscó a Aníbal con la mirada, pero había demasiado polvo en el aire, y no era fácil distinguir nada más allá de las primeras líneas enemigas.

—¿Dónde está la caballería? —preguntó tras unos instantes, cuando se dio cuenta de que no había rastro ni de los hombres de Cayo Lelio ni de los de Masinisa.

—Están persiguiendo a los fugitivos —respondió Lucio Marcio Septimio—. ¡Los exterminarán!

Publio se volvió para mirarlo con el corazón en la boca.

—¿Quién ha dado la orden? —gritó—. ¡Deben replegarse! ¡Que vuelvan atrás para ayudar a las alas! ¡Debemos cerrar el cerco!

Lucio Marcio Septimio lo miró desconcertado, ordenó a un *cornicen* que tocara la orden de llamada para la caballería, pero era evidente que no serviría de nada. Cayo Lelio y Masinisa, impulsados por el éxito obtenido, habían desaparecido en persecución de los jinetes cartagineses, y ahora ya no podían dar su apoyo a la infantería.

—¿De qué te preocupas? —le preguntó Marcio Septimio—. Todo está procediendo a la perfección. El cerco se está completando.

Publio lo escrutó como si estuviera loco, luego volvió a mirar el campo de

batalla. La inquietud en su interior había crecido desmesuradamente, y algo le gritaba que no debía fiarse: conocía a Aníbal, sabía que no sería fácil derrotarlo, y aquello que estaba sucediendo... era todo demasiado fácil, todo demasiado ordenado.

Invadido por el pánico, clavó los talones en los flancos del caballo, espoleándolo a adelantarse para alcanzar las últimas líneas en lucha y comprobar en persona la situación.

Ahora que los elefantes y las caballerías de los dos ejércitos se habían alejado, el polvo estaba comenzando a bajar y él se fijó en el punto a las espaldas del ejército cartaginés donde sus legionarios estaban convergiendo en una maniobra en arco que cerraría el cerco.

De inmediato advirtió que había algo extraño: los enemigos combatían con furia, en el intento de romper el frente romano para abrirse paso y dispersarse a las espaldas de sus hombres, pero a pesar de que luchaban con valor Publio se dio cuenta de que eran pocos. Demasiado pocos. Y entre ellos no vio los estandartes y las corazas de cuero prensado típicas de los veteranos libios, los hombres que habían combatido junto a Aníbal durante muchos años y que componían la poderosa columna vertebral de su ejército.

Batallando contra sus hombres había tropas de Lodo tipo, incluidas algunas escuadras de íberos y de galos que debían de haberse sumado recientemente al ejército cartaginés, pero que no tenían la capacidad de combate de los veteranos.

—¿Dónde está Aníbal? —gritó Publio intentando localizar a su enemigo—. ¿Dónde están los libios? ¿Dónde está el Escuadrón Sagrado?

Sus preguntas quedaron en el aire y en el polvo, sin que ninguno de sus oficiales pudiera responder.

Luego, finalmente, una vibración en el terreno reveló a Publio la verdad. Levantó la mirada más allá de la retaguardia cartaginesa, y con un vuelco en el corazón se dio cuenta de que lo habían engañado. Aníbal no era un hombre que se quedara quieto observando mientras rodeaban a los suyos. Y él había sido un ingenuo al creer que sería tan fácil derrotar al caudillo cartaginés.

—¡Retirad las alas! —gritó dirigiéndose directamente a los *cornicines*, aunque sabía que ya no había tiempo—. ¡Retiradlas!

Los cuernos emitieron su sonido sordo y quejumbroso, y las órdenes se difundieron, pero Publio comprendió que quizás era demasiado tarde.

En efecto, cuando la nube de polvo se desvaneció, se había dado cuenta de la estratagema que había urdido Aníbal. Había enviado al matadero a todas sus tropas de refuerzo, secundando las maniobras de Publio y obligándolas a batirse con ímpetu, a las espaldas de los elefantes y escondidas por el remolino de polvo que habían levantado los paquidermos. Pero entre tanto había mantenido firmes, inmóviles en posición de espera, a sus veteranos libios: quince mil hombres que no habían dado un paso, y que ahora, después de haber esperado que las alas romanas trataran de converger hacia el centro, estaban listos para golpearlas por la espalda y aniquilarlas.

Publio, aun sintiendo un nudo en el estómago, no pudo menos que admirar la sagacidad de Aníbal. Había cambiado una vez más su modo de combatir, adaptándolo a una situación difícil y maniobrando con inteligencia para situarse en una posición beneficiosa.

Ahora el cartaginés tenía fuerzas frescas listas para echar en la lucha, sus mejores fuerzas, compuestas por aquellos veteranos de tantas batallas que nunca habían perdido un enfrentamiento con los romanos.

Mientras los *comicles* aún tocaban, inútilmente, las órdenes de retirada para las alas de su ejército, Publio vio avanzar la última línea cartaginesa, que envolvió a sus legionarios y los aplastó en un cerco inexorable, del que no podrían escapar.

Anonadado por lo que estaba sucediendo, Publio comprendió qué debió de sentir Terencio Varrón durante la batalla de Cannae, y también los demás generales romanos que Aníbal había vencido: una sensación de impotencia y frustración hasta el punto de que se le saltaban las lágrimas, pero a la que no podía rendirse.

Necesitaba la caballería. Si Cayo Lelio y Masinisa regresaran a tiempo, quizás aún podrían ganar la batalla, pero entre tanto sus hombres debían resistir la presión de los veteranos de Aníbal. Hombres que por segunda vez se encontraban cercados por el enemigo, y que no podrían menos que recordar el miedo, el dolor y la vergüenza de las derrotas sufridas en el pasado.

Abrasado por la ira, Publio espoleó su caballo, desenvainó la espada y se lanzó al galope hacia el torbellino de combatientes, seguido por el escuadrón de su escolta personal.

Si debía perder la batalla, entonces lo haría vertiendo su propia sangre sobre el polvo, porque nunca tendría el valor de regresar a Roma con la afrenta de aquella derrota.

—¡Legionarios de Roma! —gritó mientras arrollaba a algunos cartagineses y lanzaba fuertes mandobles con la espada—, ¡No podemos perder otra vez! ¡No podemos volver a nuestra patria derrotados! ¡Combatamos y muramos! ¡Enseñemos a estos cartagineses lo que vale la sangre de un soldado romano!

A su alrededor se elevó la aclamación de centenares de legionarios, entre los cuales Publio reconoció a los veteranos de las guerras de Italia, en cuya mirada asomaba el miedo de la ignominia que no habían conseguido borrar y que aún les atenazaba junto con el ruido de las armas de los cartagineses.

Vio que apretaban los puños y multiplicaban los esfuerzos, cerraban las filas y se defendían de la presión de los veteranos de Aníbal con un ímpetu y una ferocidad que nunca habían mostrado.

Mientras combatía junto a ellos, Publio se sintió feliz: ahora sabía que de cualquier modo que fuera aquella batalla él había hecho lo posible por vencer, y nadie podría recordar su nombre con vergüenza.

Miró a su alrededor, en busca de Aníbal, pero no lo vio por ningún lado.

—¡Estoy aquí! —gritó, mientras en torno a él la sangre salpicaba por todas partes—, ¡Ven! ¡Te espero!

Pero no obtuvo otra respuesta que el refunfuño lúgubre de los veteranos cartagineses que avanzaban paso a paso, haciendo estragos entre sus legiones.

Publio comprendió que la batalla estaba perdida.

III

Aníbal contuvo el aliento cuando vio llegar a la caballería romana. Los elefantes se habían comportado como esperaba, levantando bastante polvo y creando una cortina impenetrable, que había impedido que el enemigo se percatara de su estrategia, y en cualquier caso habían matado a unos cuantos romanos, causando suficiente desorden antes de ser abatidos o desviados donde no habían hecho daño.

Consciente de que Publio Cornelio Escipión intentaría aprovechar los paquidermos para volverlos en su contra, Aníbal había ordenado colocar a los animales más débiles y fácilmente condicionables en el exterior de la alineación: cuando los vio enloquecer y volverse para correr contra su caballería, exhibió una sonrisa, consciente de que todo estaba procediendo según sus planes.

Los conductores fueron hábiles en espolear a los elefantes a lanzarse contra la caballería cartaginesa sin matar en el último momento algún compañero. Sus jinetes fingieron la derrota y el pánico, y se dispusieron a afrontar la carga de la caballería romana, que había llegado a rienda suelta.

Aníbal sabía que aquél era el movimiento más osado de su estrategia: si los romanos caían en la trampa y se dejaban embaucar por aquella aparente victoria, entonces él tendría de verdad alguna posibilidad de combatir de igual a igual con la infantería legionaria y, llegados a ese punto, la victoria podría estar más cercana.

Durante un momento no sucedió nada, luego de improvisado desde las volutas de polvo aparecieron los jinetes romanos y masilios lanzados al galope, sobre ambos flancos de la alineación cartaginesa. Entonces, Aníbal dio la orden a los suyos de que entablaran batalla, y luego se retiraran como estaba convenido, para lanzarse en una fuga desordenada en la esperanza de que los romanos, al creer que tenían la victoria en un puño, se echaran en su persecución, alejándose del campo de batalla.

A pesar del polvo suspendido, el estrépito de la batalla, los caballos a la carrera y los berridos de los elefantes, Aníbal se dio cuenta de que todo iba como había esperado: sus jinetes se lanzaron en una fuga desesperada, y los romanos fueron tras ellos, desapareciendo muy pronto en el horizonte.

—¡Listos para moverse! —gritó Aníbal a sus quince mil veteranos, que permanecían quietos a la espera de órdenes. Ahora que la caballería romana ya no podía preocuparlos, contaría con la habilidad y frescura de los libios para coger por sorpresa a Escipión y frustrar su trivial maniobra de acorralamiento.

Los romanos se habían movido bien, demostrando una gran habilidad de maniobra y una determinación sorprendente, pero Aníbal estaba un poco desilusionado por la facilidad con que Publio Cornelio Escipión se había dejado engañar y arrastrar precisamente a donde él había querido.

Mientras sus hombres avanzaban, aplastando a las legiones en un cerco implacable, a Aníbal le recorrió un estremecimiento de excitación. Tarde o temprano la caballería romana regresaría para festejar la victoria junto a los demás legionarios, ignorante de lo que estaba ocurriendo, y él debía aniquilar al enemigo antes de que esto ocurriera.

—¡Adelante! —gritó poniéndose a la cabeza de sus hombres—. ¡Por nuestra gloria y la de Cartago!

—¡Por Cartago! —respondieron a coro los veteranos libios—. ¡Por Aníbal!

El impacto con los legionarios romanos fue devastador, y la sangre se mezcló con el polvo creando una hez que atrapaba los pies de los soldados como arenas movedizas, aumentando la dificultad de los movimientos.

Aníbal combatía rodeado por los hombres del Escuadrón Sagrado, y avanzaba paso a paso en busca del hombre al que consideraba su verdadero adversario sobre el terreno. Pero no había ni rastro de Publio Cornelio Escipión, y durante un momento temió que ese cobarde hubiera huido, como demasiado a menudo hacían los comandantes romanos cuando advertían que las cosas se ponían feas.

Luego oyó un grito, nítido sobre todos los demás, y comprendió que era la voz de Escipión. Lo estaba llamando, para un desafío en el desafío, y él no podía dejar de responder a aquella furiosa invitación.

IV

Lo que tenía en los ojos era una mezcla de ira, polvo y sangre, pero a pesar de eso Publio combatía como nunca había hecho en su vida. En torno a él los legionarios gruñían y luchaban como leones, demostrando un valor y una fuerza de voluntad que le sorprendían. Vio a un soldado hundiendo la espada en el vientre de un enemigo y luego volverse para afrontar a otro, aunque estaba combatiendo con un solo brazo, porque el otro le colgaba, inerte, sobre el costado, con un desgarramiento del que la sangre salía a chorros.

Pese a las heridas, a veces tan graves que parecía imposible que consiguiesen siquiera mantenerse de pie, sus hombres no dejaban de luchar, no se rendían y oponían una increíble resistencia.

Publio combatía junto a ellos, sin pausa, con la lorica rota en varios puntos por los golpes de espada que había recibido, cubierto de sangre.

—¡La caballería regresará! —gritaba desplazándose de un manípulo a otro, para que lo vieran y todos entendiesen que estaba dispuesto a combatir y a morir con ellos—, ¡Debemos resistir! ¡A toda costa!

Los legionarios respondían con gritos de ira, y cerraban aún más las filas, levantaban escudos y ponían en práctica las maniobras que habían ensayado muchas veces en los adiestramientos, logrando resistir a la agobiante presión de los cartagineses.

En un momento dado, en la confusión de la lucha, entre nubes de polvo y chorros de sangre que salpicaban por doquier, Publio vio aparecer una figura vestida de negro: descollaba un palmo por encima de los demás soldados cartagineses, y avanzaba a tajos y mandobles despedazando a los legionarios que intentaban detenerlo.

—¡Dejádmelo a mí! —gruñó Publio, furibundo, al reconocer a Aníbal. Se lanzó hacia el caudillo cartaginés, con los ojos cargados de una furia salvaje.

Había planificado aquella batalla hasta en los más mínimos detalles, estudiando todas las posibles jugadas y réplicas de Aníbal, seguro de poder vencer al cartaginés, y ahora veía que todo se derrumbaba sin saber por qué.

¿Qué sentido podía tener su vida después de una derrota semejante? ¿Y cómo podría seguir comiendo, respirando y relacionándose con los demás cuando sabía que el recuerdo de la mueca de Aníbal nunca lo abandonaría?

Tanto daba acabar de inmediato, batiéndose contra aquel que había decretado la derrota más dura que Publio y la propia Roma habían podido imaginar jamás.

Apretó la espada, listo para enfrentarse al cartaginés, aun a sabiendas de que difícilmente saldría vivo de un choque contra aquel gigante de aspecto resuelto y espantoso, que lo escrutaba con su único ojo dilatado hasta lo inverosímil. Faltaban pocos pasos para el momento en que volverían a encontrarse cara a cara, y en torno a ellos la batalla continuaba sin pausa, con los veteranos libios que empujaban y presionaban como posesos, y los legionarios que resistían al precio de un esfuerzo descomunal, que casi tenía algo de milagroso.

—¡No conseguirás destrozarnos tan fácilmente! —refunfuñó Publio deshaciéndose de lo que quedaba de la loriga familiar—, ¡Somos romanos, y combatimos por la gloria de Roma!

—¡Y yo soy Aníbal! —respondió con furia el coloso cartaginés—, ¡Y combato por mí mismo y por *mi* gloria!

Ambos franquearon los cuerpos de algunos soldados que yacían boca abajo en el suelo, y finalmente se encontraron el uno frente al otro, mientras el estrépito de la batalla crecía y se extendía en torno a ellos.

Se miraron durante un tiempo que a Publio le pareció eterno. Luego levantaron las espadas, dispuestos a lanzarse a un duelo a muerte, que no perdonaría la vida al más débil de los dos.

En aquel momento, resonó el sonido estridente de los cuernos de los *cornicines*, y Publio se quedó inmovilizado y sorprendido.

También Aníbal se quedó quieto, luego se volvió de golpe, para entender qué estaba sucediendo.

Un estruendo se estaba propagando en el estrépito de la batalla, un fragor sombrío que vibraba en el terreno y hacía temblar el estómago, subiendo por las piernas.

—¡Cayo Lelio y Masinisa! —gritó alguien a las espaldas de Publio, interpretando los toques de los cuernos—. ¡Han vuelto!

Publio miró a su alrededor y se dio cuenta de que quien había hablado tenía razón. El estruendo de los cascos se hizo cada vez más cercano, luego irrumpió en la batalla a las espaldas de los veteranos libios, y el frente compacto de los cartagineses se abrió como una piedra partida por un poderoso mazazo.

¡La caballería romana había vuelto atrás! Los soldados de infantería de las legiones habían conseguido resistir la presión enemiga más de lo que cualquiera hubiera esperado, combatiendo con la energía de la desesperación y el orgullo de quien no teme morir.

Habían logrado oponerse a los veteranos de Aníbal, y los habían mantenido a raya llegando incluso a olvidar el motivo por el que combatían con tanta y tan desesperada ira: la caballería no podía demorarse mucho más; y ahora había llegado en su ayuda.

Los combates cesaron casi al instante, cuando los cartagineses se dieron cuenta de que estaban rodeados, y el destino de la batalla volvió a invertirse: el impacto de la caballería romana fue devastador, y en poco tiempo hizo estragos entre los veteranos libios. Publio, al notar que el vello se le erizaba por la excitación, se volvió para mirar a Aníbal y encontró su mirada.

Se observaron en silencio durante un momento, sin decir una palabra, sin levantar de nuevo las espadas, luego Aníbal, rodeado por los hombres del Escuadrón Sagrado que se habían situado en torno a él, hizo una señal de asentimiento con la cabeza, se volvió y desapareció en la aglomeración de los combatientes.

Publio no trató de perseguirlo. No era necesario.

Sabía que había ganado, y el silencioso homenaje que Aníbal le había tributado era el sello de una victoria que iba más allá de la que había obtenido sobre el terreno.

Había derrotado al gran Aníbal, había sido el primer y único comandante romano en lograr la hazaña después de dieciséis años de guerra, y lo había hecho en suelo Africano, no muy lejos de Cartago.

La posteridad hablaría largamente de aquella empresa, y su nombre

quedaría inscrito entre los de los mayores caudillos de la República.

Sin embargo, ahora no era en esto en lo que Publio pensaba.

Recordaba el gesto breve y decidido que Aníbal le había dirigido, la admisión por parte del gran comandante cartaginés de que él lo había vencido, y que se inclinaba frente al vencedor. Pero no lo había derrotado. Lo hacía de igual a igual, porque, por más que Publio pudiera jactarse del éxito en aquella batalla, ambos sabían que una vez más el verdadero maestro había sido Aníbal.

Si los legionarios a los que él había derrotado en Cannae no hubieran resistido más allá de cualquier expectativa, ahora no habrían quedado más que pilas de cadáveres de las legiones romanas, y Aníbal hubiera podido vanagloriarse de su enésimo triunfo. Pero aquellos hombres habían combatido heroicamente, y habían resistido hasta que Aníbal había comprendido que ahora las cosas habían cambiado. Roma ya no estaba dispuesta a esperar, a mirarlo desde lejos por miedo a enfrentarse a él. Roma estaba lista para combatir de igual a igual, y Publio lo había demostrado.

Ahora no sabía qué sería del Bárcida, pero imaginaba que regresaría a Cartago, para discutir con el Consejo de Ancianos los términos de la rendición.

Mientras terminaban los combates a su alrededor y los legionarios alzaban las espadas gritando su alegría y aclamando a Roma y a su comandante, Publio buscó otra vez con la mirada a Aníbal, inútilmente.

Se había marchado, escondido por una nube de polvo.

Publio no sabía si volverían a encontrarse. Si esto ocurriera, se mirarían con respeto, sabiendo que ninguno de los dos podría jactarse de ser mejor que el otro.

Y tal vez fuera eso lo que siempre había anhelado.

NOTA FINAL

La señal del destino

Después de la derrota de Zama, Aníbal regresó a Cartago y participó en la discusión sobre los términos de la rendición con Roma, que puso fin a la que es recordada como la Segunda Guerra Púnica. Las condiciones que impusieron los romanos fueron durísimas: Cartago tuvo que renunciar a todas sus posesiones fuera de Africa, e incluso en su suelo natal debió ceder amplios territorios a los masilios. Además, tuvo que entregar a Roma toda su flota y pagar un considerable tributo como indemnización por la derrota, aparte de sufrir durísimas restricciones de la propia autonomía política interna y externa. En cuanto a Aníbal, que en la época de la batalla de Zama tenía sólo cuarenta y cinco años, estuvo apartado durante algún tiempo, hasta que volvió a desempeñar un papel político relevante en 195 a.C., al ser nombrado sufete, cargo correspondiente a uno de los jefes del Gobierno de Cartago. Esta estaba recuperando su vigor, a pesar de los tributos que debía a Roma y la imposibilidad de extender la propia influencia por el Mediterráneo, y Aníbal intentó resucitar aquellos valores de independentismo y de grandeza que su padre le había transmitido, y por los cuales había dado inicio a la Segunda Guerra Púnica. Sin embargo, encontró la tenaz oposición de la oligarquía cartaginesa, que nunca lo había ayudado y que no creía (o no quería) que Cartago pudiera levantar cabeza, volviendo a plantar cara a Roma. Así, Aníbal eligió el exilio, volvió a combatir a la cabeza de ejércitos de mercenarios hasta que, derrotado nuevamente, huyó a Libisa, donde se suicidó para poner fin con sus propias manos a la leyenda que se estaba construyendo en torno a su nombre. Era el año 183 a.C.

Y precisamente en ese año, después de numerosos problemas de naturaleza política, murió también su más formidable adversario, Publio Cornelio Escipión, que después de Zama recibió el apodo de el Africano. Nombrado censor en 199 a.C. y otra vez cónsul en 194 a.C., Publio obtuvo de nuevo grandes victorias batiéndose con el rey Antíoco de Siria y derrotándolo definitivamente en 189 a.C. A pesar de estos éxitos y de los inmensos botines que aportó a las arcas de Roma, las hostilidades políticas que envenenaron al Senado en aquellos años lo arrastraron a varios litigios judiciales, entre otros, también por infamantes acusaciones de corrupción, que lo indujeron a abandonar la carrera política y retirarse a la vida privada en su villa de Liternum, en Campania. Aquí, a los cincuenta y tres años,

murió Publio, dejando a la posteridad esta amarga frase: «Ingrata patria, no tendrás mis huesos».

Desapareció precisamente cuando, en Libisa, en las orillas del mar de Mármara, también Aníbal decidía que el mundo ya no lo necesitaba.

Su entrelazado destino finalmente se había cumplido.

En perfecta simbiosis.

AGRADECIMIENTOS

No es fácil recordar a todos aquellos por los que siento gratitud, por el empeño y la ayuda que me han dado en la realización de esta novela. Desde luego, debo mencionar a Antonio Riccardi y Antonio Franchini, de Mondadori, que han confiado en mí y me han concedido la máxima libertad de maniobra; y además, también en Mondadori, a Giulia Ichino, por su profesionalidad y extraordinaria simpatía, a Laura Cerutti, Nicoletta Reboa y Marzia Mortarino, valiosas colaboradoras de vastísima cultura. Imposible, para mí, olvidar el apoyo firme y constante de un amigo y maestro, Sergio Altieri, y el empeño de mi agente, Piergiorgio Nicolazzini. Un afectuoso agradecimiento, además, a Enrico, Claudio, Elisabetta, Dario, Silvio y a todos aquellos que han estado cerca de mí y me han echado una mano a la hora de recopilar el material historiográfico necesario para escribir este libro. Finalmente, por supuesto, un agradecimiento a todos vosotros, los lectores, sin los cuales esta novela no podría existir.